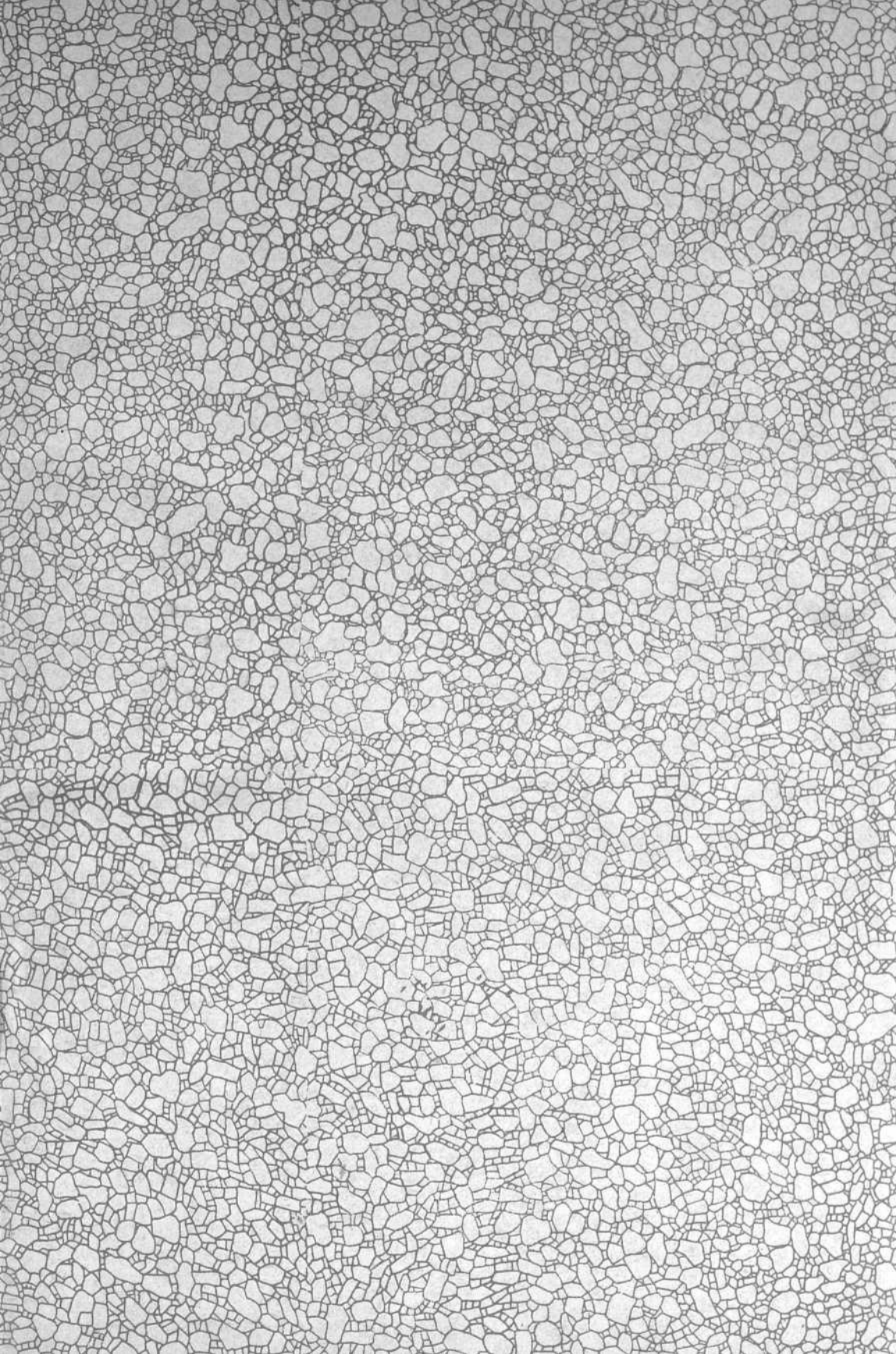
BIBLIOTECA DE GRANDES NOVELAS

Víctor Hugo

Los Miserables

TOMO II

P
1599



LOS MISERABLES

TOMO II

B.P. de Soria
61091975
D-2 14753

D-2
14753

R. 111

BIBLIOTECA DE GRANDES NOVELAS

PATRONATO DE MISIONES PEDAGÓGICAS

VÍCTOR HUGO

LOS MISERABLES

VERSIÓN CASTELLANA

TOMO II

CASA EDITORIAL SOPENA BARCELONA Nulla dies sine linea

BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA 83 A 97
1931

Ramón Sopena, impresor y editor, Provenza, 93 a 97.—Barcelona

PATRONATO DE MISIONES PEDAGÓGICAS

LOS MISERABLES

LIBRO SÉPTIMO

El patrón Minette.

I

LAS MINAS Y LOS MINEROS

Las sociedades humanas tienen todas lo que en los teatros se llama «el foso». El suelo social está mimado por todas partes, ya en favor del bien, ya en favor del mal. Estas obras se superponen unas a otras. Hay las minas superiores y las minas inferiores. Hay un alto y un bajo en ese obscuro subsuelo que se abre a veces bajo la civilización, y que nuestra indiferencia y dejadez huellan a cada momento. La Enciclopedia del siglo último era una mina casi a cielo abierto. Las tinieblas, esas sombrías encubridoras del cristianismo primitivo, sólo esperaban una ocasión para hacer explosión en tiempo de los Césares, y para inundar de luz al género humano. Porque en las tinieblas sagradas hay luz latente. Los volcanes están llenos de una sombra capaz de arrojar llamas: Toda lava comienza por ser noche. Las catacumbas donde se dijo la primera misa, no eran sólo la cueva de Roma, sino que eran también el subterráneo del mundo.

Hay bajo el edificio social la complicada maravilla de los sótanos de todo edificio grande, excavaciones de todas clases. Allí están la mina religiosa, la mina filosófica, la mina política, la mina económica y la mina revolucionaria. Unos acaban con la pica de la idea, otros con el número, otros con la cólera. Se llaman y se responden desde una catacumba a la otra. Las utopías caminan por bajo de tierra en las galerías, y se ramifican en todos sentidos. Encuéntranse a veces y fraternizan. Juan Jacobo presta su pico a Diógenes, que a su vez le presta su linterna. Algunas veces combaten entre sí. Calvino anda a la greña con Socino. Pero nada detiene ni interrumpe la tensión de todas estas energías hacia su fin, ni la vasta actividad simultánea que va y viene, sube, baja, y vuelve a subir en aquellas obscuridades, y que transforma lentamente lo superior por lo inferior, el exterior por el interno: inmenso hormiguero desconocido. La sociedad apenas sospecha esta excavación, que, dejándole la superficie, le cambia las entrañas. Tantos pisos subterráneos suponen otros tantos trabajos diferentes, otras tantas extracciones diversas. ¿Qué sale de todas estas profundas simas? El porvenir.

Cuanto más ahonda, más misteriosos son los trabajadores. El trabajo es bueno hasta un grado que el filósofo social sabe conocer. Más allá de este grado, es dudoso y mixto: más abajo llega a ser terrible. A cierta profundidad, las excavaciones no son ya penetrables al espíritu de civilización: el límite respirable del hombre está traspasado; y es posible un principio de monstruos.

La escala descendente es extraña: cada uno de sus escalones corresponde a un piso en que la filosofía puede asentar el pie, y donde se encuentra a uno de esos obreros; algunas veces divinos, otras veces deformes. Más abajo de Juan Huss se halla Lutero: más abajo de Lutero, está Descartes; por bajo de Descartes, está Voltaire: por bajo de Voltaire, está Condorcet; por bajo de Condorcet, Robespierre; por bajo de Robespierre, Marat; por bajo de Marat, Babeuf. Y así se continúa. Más abajo aún, en el límite que separa lo distinto de lo invisible, se divisan confusamente otros

hombres sombríos que acaso no existen aún. Los de ayer son espectros : los de mañana son larvas. La vista del espíritu los distingue obscuramente. El trabajo embrionario del porvenir es una de las visiones del filósofo.

¡Inaudito espectáculo! ¡Un mundo en el limbo, en el estado de feto!

Saint-Simon, Owen, Fourier, se hallan también allí en simas laterales.

Realmente, aunque cierto encadenamiento divino, invisible, une entre sí, y sin saberlo ellos mismos, a todos estos minadores subterráneos que casi siempre se creen aislados, y no lo están, sus trabajos son muy diversos, y la luz de los unos contrasta con las llamaradas de los otros.

Los unos son paradisíacos, los otros son trágicos. Sin embargo, sea el que quiera el contraste, todos estos trabajadores, desde el más alto al más nocturno, desde el más sabio hasta el más loco, tienen una semejanza, y es el desinterés. Prescinden de sí propios, no piensan en sus personas, ni en sus particulares intereses : ven otra cosa distinta de ellos mismos.

Tienen una mirada, y en esa mirada buscan lo absoluto. El primero tiene todo el cielo en los ojos ; el último, por enigmático que sea, tiene también en sus pupilas la pálida claridad del infinito. Respetemos de todos modos a todo el que tiene por signo la pupila estrella.

La pupila sombra es el otro signo.

En ella principia el mal. Delante de aquel que no tiene mirada, meditad y estremeceos.

El orden social tiene también sus mineros negros.

Hay un punto en que el ahondamiento es el enterramiento ; en que la luz se apaga.

Por bajo de todas estas minas que acabamos de indicar, más abajo de todas estas galerías, más abajo de todo ese sistema inmenso, venoso, subterráneo, del progreso y de la utopía ; mucho más adentro de la tierra, más abajo que Marat, más abajo que Babeuf, más abajo, muchísimo más abajo, y sin relación ninguna con los pisos superiores, se halla la última zapa. Sitio formidable. Es lo que hemos designado con el nombre de foso. Es el foso de las tinieblas. Es la cueva de los ciegos. «Inferi».

Este foso se comunica con los abismos.

II

EL BAJO FONDO

Allí el desinterés desaparece. El demonio se bosqueja vagamente. La máxima es : cada cual para sí. El yo ciego aúlla, busca, tantea y roe. El ugolino social se halla en este caso.

Los seres feroces que vagan por esas profundidades, casi bestias, casi fantasmas, no se ocupan en el progreso universal ; ignoran la idea y la palabra ; no se cuidan más que de la satisfacción del apetito individual. Casi carecen de conciencia, y hay en su interior una especie de tabla rasa aterradora. Tienen dos madres, ambas a dos madrastras : la ignorancia y la miseria. Tienen una guía, la necesidad ; y por toda forma de satisfacción, el apetito. Son brutalmente voraces, es decir, feroces : no a la manera del tirano, sino al modo del tigre. Del padecimiento estas larvas pasan al crímen ; filiación fatal, engendro vertiginoso : lógica de la obscuridad. Lo que se arrastra en el foso social no es la reclamación ahogada de lo absoluto ; es la protesta de la materia.

El hombre se convierte allí en dragón. Tener sed y hambre es el punto de partida ; ser Satanás es el punto de llegada. De esta cueva sale Lacenaire.

Acabamos de ver ha poco, en el libro cuarto, una de las regiones de la mina superior, de la gran zapa política, revolucionaria y filósofica. Allí, acabamos también de decirlo, todo es noble, puro, digno y honrado.

Allí ciertamente puede uno engañarse, y se engaña ; pero el error es venerable porque lleva envuelto en sí el heroísmo. El conjunto del trabajo que allí se ejecuta, tiene un nombre : el Progreso.

Ha llegado el momento de entrever estas profundidades : las profundidades repugnantes.

Existe bajo la sociedad, insistimos en ello, y existirá hasta el día en que la ignorancia sea destruída, la gran caverna del mal.

Esta cueva es la última de todas y el

enemigo de todas. Es el odio sin excepción. Esta cueva no conoce filósofo ninguno : su puñal nunca ha servido para tajar una pluma. Su negrura no tiene relación ninguna con la sublime negrura de la tinta. Nunca los dedos de la noche que se crispan bajo aquel techo asfixiante han hojeado un libro, ni desplegado un periódico. Babeuf es un aristócrata para Cartucho : Marat es un explotador del género humano para Schinderhannes. Esta cueva tiene por fin la excavación de todo.

De todo, inclusas las capas superiores a quienes execra. No mina solamente en su horrible hormiguero el orden social actual, el derecho, el pensamiento humano, la civilización, la revolución y el progreso. Se llama simplemente robo, prostitución, homicidio y asesinato. Es tinieblas y quiere el caos. Su bóveda está formada de ignorancia.

Todas las demás minas, las de arriba, no tienen más que un objeto : suprimir ésta. A esto tienden por todos sus órganos a la vez, así por el mejoramiento de lo real, como por la contemplación de lo absoluto, la filosofía y el progreso. Destruíd la cueva Ignorancia, y habréis destruído la sima Crimen.

Condensemos en algunas palabras una parte de lo que acabamos de escribir. El único peligro social es la obscuridad.

Humanidad es identidad. Todos los hombres son del mismo barro. No existe diferencia, por lo menos en este mundo, respecto de la predestinación. La misma sombra antes, la misma carne ahora, igual ceniza después. Pero la ignorancia, mezclada con la pasta humana, la ennegrece. Esta incurable negrura se apodera del interior del hombre y se convierte allí en el mal.

III

BABET, TRAGA-MAR, SUENA-DINERO Y MONTPARNASE

Desde 1830 a 1835, gobernaba el foco de París una cuadrilla de bandidos, llamados Traga-mar, Suena-dinero, Babet y Montparnase.

Traga-mar era un hércules decaído. Tenía por astro la alcantarilla del Arche-Marion. Tenía seis pies de estatura, pecho de mármol, piernas de acero, la respiración de caverna, el tono de un coloso y el cráneo de un pájaro. Creíase ver en él al hércules Farnesio vestido con pantalón de cutí y blusa de veludillo. Formado de esta manera escultural, Traga-mar hubiera podido domar monstruos : le había parecido mejor y más corto ser uno de ellos. Frente estrecha, sienes anchas, menos de cuarenta años, y la pata de gallo, el pelo áspero y corto, las mejillas a modo de cepillo y barba de jabalí : tal era el hombre. Sus músculos solicitaban el trabajo ; su estupidez lo rechazaba. Era una gran fuerza perezosa. Era asesino por dejadez ; se le suponía criollo. Probablemente habría estado algún tanto en contacto con el general Brune, puesto que en 1815 había sido mozo de cuerda en Avignon. Después de esto se había hecho bandido.

La diafanidad de Babet contrastaba con la corpulencia de Traga-mar. Babet era flaco y sabio. Era transparente, pero impenetrable. Sus huesos se transparentaban, pero no su pupila.

Decíase químico. Había sido bufón en casa de Bobiche, y payaso en casa de Bobino. Había representado el vaudeville en Saint-Mihiel. Era hombre intencionado, gran charlatán, que subrayaba sus sonrisas, y entrecomaba sus gestos. Su industria consistía en vender al aire libre bustos de yeso, y retratos «del jefe del Estado». Además era sacamuelas. Había enseñado fenómenos en las ferias, y poseído una barraca con trompeta, y este anuncio : «Babet, artista, dentista, miembro de varias academias ; hace experimentos físicos en metales y metaloides, extirpa los dientes y saca los raigones dejados por sus colegas. Precio : una muela, franco y medio ; dos muelas, dos francos ; tres muelas, dos francos y medio. Aprovechad la ocasión». (Este «aprovechad la ocasión» significaba : haceos arrancar todas las muelas posibles.) Había sido casado y tenido hijos, pero no sabía qué había sido de su mujer ni de sus hijos. Los había perdido como se pierde un pañuelo. Rarísima excepción en el mundo en que vivía, Babet leía los periódicos. Un día, cuando aún vivía con él su familia en su barraca movible, leyó

en el «Mensajero» que una mujer había dado a luz un niño suficientemente viable, el cual tenía hocico de ternera, y exclamó : «¡ Oh, qué fortuna ! ¡ No será mi mujer la que tenga el talento de darme un hijo por el estilo !»

Después lo abandonó todo para «trabajar en París». Dicho suyo.

¿Quién era Suena-dinero? Era la noche. Esperaba para presentarse que el cielo se hubiera cubierto de negro. Por la noche salía de un agujero, adonde volvía antes de amanecer. ¿Dónde estaba ese agujero? Nadie lo sabía. Siempre en la más completa obscuridad, nunca hablaba a sus cómplices sino volviendo la espalda. ¿Se llamaba Suena-dinero? No. El solía decir : «Yo me llamo Nadie». En cuanto aparecía una luz, se ponía una careta. Era ventrílocuo. Babet decía : Suena-dinero es un nocturno a dos voces». Suena-dinero era un ser vago, errante, terrible. No había seguridad de que tuviese un nombre, puesto que Suena-dinero era apodo : no era seguro que tuviese voz, pues su vientre hablaba con más frecuencia que su máscara. Desaparecía como un fantasma, y aparecía como por escotillón.

Montparnase era un ser lúgubre : era casi un niño. Tenía menos de veinte años, linda cara, labios parecidos a las cerezas, hermosos cabellos negros, y la claridad de la primavera en los ojos : tenía todos los vicios, y aspiraba a todos los crímenes. La digestión le daba apetito para lo peor. Era el pilluelo convertido en ladrón, y el ladrón convertido en bandido. Era garboso, afeminado, gracioso, robusto, blando, feroz. Llevaba el ala del sombrero levantada hacia la izquierda para dejar bien al descubierto el mechón de pelo rizado según la moda de 1829. Vivía de robar violentamente. Su levita tenía el mejor corte, pero estaba siempre raída ; era una especie de figurín entregado a la miseria, y cometiendo toda clase de crímenes. La causa de todos los atentados de este adolescente, era el deseo de ir bien vestido. La primera modista que había dicho : «Eres guapo», le había impreso la mancha de las tinieblas en el corazón, y había hecho un Caín de aquel Abel. Viéndose guapo, quiso ser elegante : ahora bien, la primera elegancia es la ociosidad ; y la ociosidad del pobre es el crimen. Pocos ladrones eran tan temidos como Montparnase. A los diez y ocho años había ya dejado tras de sí algunos cadáveres. Más de un transeunte, con los brazos extendidos, yacía en la sombra de aquel miserable, hundida la cara en un charco de sangre. Rizado, perfumado, ajustada la cintura, con caderas de mujer y busto de oficial prusiano, oyendo el murmullo de admiración que alzaban a su alrededor las muchachas del bulevar, sabiamente atada la corbata, con un rompe-cabezas en el bolsillo y una flor en el ojal ; tal era este petimetre del sepulcro.

IV

COMPOSICIÓN DE LA COMPAÑÍA

Estos cuatro bandidos formaban por sí solos una especie de Proteo que serpenteaba al través de la policía, y procuraba librarse de las miradas indiscretas de Vidocq «bajo distinta forma, árbol, llama o fuente» ; prestándose mutuamente sus nombres y sus guaridas, ocultándose en su propia sombra ; teniendo cajas de secreto, y asilos unos para los otros ; deshaciéndose de sus personalidades como se despoja uno de una nariz postiza en un baile de máscaras ; simplificándose a veces hasta el punto de no ser más que uno ; multiplicándose en otras ocasiones hasta el punto de que el mismo Coco Latour los tomaba por una turba.

Estos cuatro hombres no eran cuatro hombres ; eran una especie de ladrón misterioso de cuatro cabezas, que trabajaba en grande sobre París : eran el pólipo monstruoso del mal, que habitaba la cripta de la sociedad.

Gracias a sus ramificaciones y a la red subyacente de las relaciones, Babet, Traga-Mar, Suena-dinero y Montparnase tenían la empresa general de los crímenes del departamento del Sena. Ejercían una especie de soberanía inferior, cuyos golpes de Estado descargaban siempre sobre el pobre transeunte. Los que concebían una idea de este género, los hombres de imaginación nocturna, se dirigían a ellos para la ejecución. Se suministraba a estos cuatro bribones el argumento, y ellos se encargaban de la

representación. Trabajaban como en un teatro. Siempre se hallaban en situación de presentar un personal proporcionado y conveniente para los atentados en que se pudiera arrimar el hombro, y que fuesen suficientemente lucrativos. Cuando un crimen andaba en busca de brazos, se subarrendaban cómplices. Tenían una compañía de actores de tinieblas a disposición de todas las tragedias de las cavernas.

Reuníanse habitualmente al caer la noche, hora de su despertar, en las llanuras inmediatas a la Salpetrière, y allí conferenciaban; tenían ante sí doce horas negras, y arreglaban su empleo.

El «Patrón Minette», tal era el nombre que en la circulación subterránea se daba a la asociación de estos cuatro hombre. En el antiguo lenguaje popular y fantástico que diariamente desaparece, «Patrón Minette» significa la mañana, lo mismo que «entre perro y lobo» significa la noche. Este apelativo Patrón Minette, procedía probablemente de la hora a que concluían su trabajo, puesto que el alba es el momento en que se desvanecen los fantasmas, y en que se separan los bandidos.

Bajo esta firma eran conocidos aquellos cuatro hombres... Cuando el presidente del Tribunal del Crimen visitó a Lacenaire en su prisión, le preguntó sobre un delito que éste negaba:

—¿Quién ha hecho esto?

Lacenaire dió esta respuesta enigmática para el magistrado, pero clara para la policía:

—Tal vez el Patrón Minette.

A veces se adivina toda una pieza de teatro con sólo la enunciación de los personajes: lo mismo se puede apreciar una banda por la lista de los bandidos.

Véase, pues que estos nombres sobrenadan en las memorias especiales, a qué apelativos respondían los principales afiliados del Patrón Minette.

Panchaud (a) Primaveral, (a) Colmenero.

Brujón (había toda una dinastía de Brujón, de la cual acaso tendremos ocasión de hablar).

Bouletruelle, el caminero que ya conocemos.

La viuda.

Finisterre.

Homero-Hogu-negro.

Malanoche.

Estafeta.

Fauntleroy (a) la Ramilletera.

Glorioso, presidiario cumplido.

Para-coches, llamado el señor Puente.

La explanada del Sur.

Poussagrive.

Carmañoleto.

Kruideniers (a) Bizarro.

Tragaencajes.

Volatinero.

Demi-liard (a) Dos millares.

Etc., etc.

Callemos los de otros, y no de los peores. Estos nombres tienen rostros. No expresan solamente seres, sino especies. Cada uno de estos nombres corresponde a una variedad de esos deformes hongos de las capas inferiores de la civilización.

Estos seres, poco pródigos de sus caras, no eran de esos que se ven pasar por las calles. Por el día, cansados de las noches feroces que tenían, se iban a dormir, ya a los hornos de yeso, ya a las canteras abandonadas de Montmartre o de Montrouge, y a veces a las alcantarillas. Se agazapaban en la huronera.

¿Qué ha sido de estos hombres? Siempre existen: siempre han existido. Horacio hablaba de ellos: «Ambubaiarum collegia, pharmacopolae, mendici, mimae»; y mientras que la sociedad sea lo que es, serán ellos lo que son. Bajo el obscuro techo de su cueva renacen continuamente de las filtraciones sociales. Vuelven a aparecer, como espectros siempre idénticos: solamente que no llevan los mismos nombres, ni se ocultan bajo las mismas pieles.

Extirpados los individuos, subsiste la tribu.

Tienen siempre las mismas facultades. Del truhán al vago la raza se mantiene pura. Adivinan el dinero en los bolsillos, y huelen los relojes en los chalecos. El oro y la plata tienen para ellos olor. Hay hacendados crédulos, de quienes se puede decir que están predestinados a ser robados. Estos hombres siguen pacientemente a esas gentes. Al paso de un extranjero o de un provinciano se estremecen como arañas.

Cuando hacia la media noche se des-

cubre o se ve a estos hombres en una calle desierta, son horribles. No parecen hombres, sino formas hechas de bruma animada. Diríase que habitualmente forman cuerpo con las tinieblas, que no se distinguen de éstas, que no tienen más alma que la sombra, y que sólo momentáneamente, y para vivir por espacio de algunos minutos con una vida monstruosa, se han desprendido de la noche.

¿Qué hay que hacer para desterrar estas larvas? Luz, luz a torrentes. No hay un murciélago que resista al alba. Iluminad la sociedad en sus mayores profundidades.

LIBRO OCTAVO

El mal pobre.

I

DE CÓMO MARIO, BUSCANDO UNA JOVEN DE SOMBRERO, ENCUENTRA A UN HOMBRE CON GORRA.

Pasó el verano y después el otoño, y llegó el invierno. Ni el señor Blanco ni la joven habían vuelto a poner los pies en el Luxemburgo. Mario no tenía más que un pensamiento, volver a ver aquel dulce y adorable rostro, y lo buscaba sin cesar y en todas partes; pero no hallaba nada. No era ya Mario el soñador entusiasta, el hombre resuelto, ardiente y firme, el arriesgado provocador del destino, el cerebro que engendra porvenir sobre porvenir con la imaginación llena de planes, de proyectos, de altivez, de ideas y de voluntad; era un perro perdido. Había caído en una negra tristeza; todo había concluído para él. El trabajo le repugnaba, el paseo le cansaba, la soledad le fastidiaba; la vasta Naturaleza tan llena para él en otro tiempo de formas, de luz, de voces, de consejos, de perspectivas, de horizontes, de enseñanzas, se presentaba ahora vacía ante sus ojos. Le parecía que todo había desaparecido.

Continuaba pensando, porque no podía hacer otra cosa; pero ya no encontraba placer en sus pensamientos; y a todo lo que éstos le proponían en voz baja, respondía en la sombra:

—¿Para qué me sirve?

Se respondía con frecuencia:

—¿Por qué la he seguido? ¡Era feliz sólo con verla! Me miraba; ¿y no era esto ya una dicha inmensa? Parecía que me amaba: ¿No es esto todo lo que yo podía desear? He querido algo más. ¿El qué? Nada hay después de esto. He cometido un absurdo; mía es la culpa, etcétera, etc. Courfeyrac, a quien nada confiaba, porque así era propio de su carácter, pero que adivinaba un poco, siendo esto también propio del carácter de Courfeyrac, había empezado felicitándole por su amor: pero asombrándose por otra parte, y después viendo a Mario sumergido en aquella melancolía, había concluído por decirle:

—Veo que eres simplemente un animal. Anda, ven al baile de la Chaumiere.

Una vez, confiando en un hermoso sol de septiembre, Mario se dejó llevar al baile de Sceaux por Courfeyrac, Bossuet y Grantaire, creyendo, ¡qué delirio! que tal vez la encontraría allí. Como era de esperar, no vió a quien buscaba. Y sin embargo, aquí se encuentran todas las mujeres perdidas, decía Grantaire aparte. Mario dejó a sus amigos en el baile, y se volvió a pie, solo, cansado, febril, con los ojos turbados y tristes en la noche, aturdido del ruido y del polvo producido por los alegres carruajes llenos de personas que volvían cantando de la fiesta, y pasaban a su lado, mientras él, desanimado, aspiraba para refrescarse la cabeza el acre olor de los nogales del camino.

Dióse entonces a vivir más solitario, extraviado, humillado, entregado sólo a su angustia interior, yendo y viniendo en su dolor como el lobo en la trampa, y buscando en todas partes el ser ausente, perdido de amor.

Otra vez tuvo un encuentro que le produjo un efecto singular. Había visto en las callejuelas próximas al bulevar de los Inválidos a un hombre vestido como un obrero, que llevaba en la cabeza una gorra de gran visera, y de la cual salían algunos mechones de blancos cabellos. Mario quedó sorprendido de la belleza de aquellos cabellos blancos, y examinó a aquel hombre que marchaba a pasos lentos; y como absorto en una meditación dolorosa; y, ¡cosa extraña! creyó conocer al señor Blanco.

Aquéllos eran sus mismos cabellos, el mismo perfil, en cuanto le dejaba ver la gorra, el mismo aspecto, sólo que más triste. Pero, ¿por qué llevaba aquel traje de obrero? ¿Qué quería decir esto? ¿Qué significaba aquel disfraz? Mario se quedó absorto: cuando volvió en sí, su primer movimiento fué seguir a aquel hombre; ¿quién sabe si tenía ya la huella que buscaba? En todo caso, bueno era ver al hombre de cerca y aclarar aquel enigma. Pero esta idea se le ocurrió ya tarde; el hombre había desaparecido. Sin duda había entrado en alguna de las calles laterales, y no pudo encontrarle. Este encuentro le tuvo pensativo algunos días; después se borró.

—No será—se decía—, más que una semejanza.

II

HALLAZGO

Mario seguía viviendo en la casa de Gorbeau, donde no hacía caso de nadie.

En esta época no había ya en aquella casa más vecinos que él y aquellos Jondrette, por quienes había pagado una vez el alquiler, sin que nunca hubiese hablado al padre, a la madre ni a las hijas. Los demás inquilinos se habían mudado o se habían muerto, o habían sido echados por no pagar.

Un día de aquel invierno había salido el sol un momento después del mediodía, pero era el 2 de febrero, es decir, el día de la Candelaria, en que el sol traidor, precursor de un frío de seis semanas, ha inspirado a Mateo Laensberg estos dos versos que se han hecho justamente clásicos:

Que llueva o que no llueva
el oso vuelve a su cueva.

Mario acababa de salir de la suya; caía la noche. Era la hora de comer, porque había tenido necesidad de volver a comer. ¡Oh debilidad de las pasiones ideales!

Acababa de pasar el umbral de su puerta que estaba barriendo la tía Bougon, mientras murmuraba este monólogo, digno de memoria:

—¿Qué es lo que está ahora barato? Todo está caro. Sólo andan baratos los trabajos del mundo; ¡esto sí que no cuesta nada: las penas!

Mario subía lentamente el bulevar hacia la barrera con objeto de llegar a la calle de Santiago: iba pensativo con la cabeza baja.

De repente sintió un empujón en la bruma: se volvió, y vió dos jóvenes cubiertas de harapos; la una alta y delgada, la otra menor, que pasaban rápidamente sofocadas, asustadas, y como huyendo; venían a su encuentro, no le habían visto, y le habían tropezado al pasar.

Mario distinguía en el crepúsculo sus figuras lívidas, sus cabezas despeinadas, sus cabellos esparcidos, sus horribles gorras, sus rotos vestidos y sus pies descalzos. Sin dejar de correr, iban hablando.

La mayor decía en voz baja:

—Los corchetes han venido: no han podido trincarme.

La otra respondió:

—Los he visto: ¡y he chapescado; chapescado, chapescado!

Mario comprendió, al través de este repugnante caló, que los gendarmes, o los agentes de policía habían tratado de prender a estas dos muchachas, y ellas se habían escapado.

Se metieron por entre los árboles del bulevar que estaban detrás de Mario, y formaron por algún tiempo en la obscuridad una sombra blanquecina que desapareció al fin.

Mario se detuvo un momento.

Iba ya a continuar su camino, cuando vió en el suelo a sus pies, un paquetito gris; se bajó y lo cogió. Era como un sobre, y parecía que contenía papeles.

—Bueno—dijo—, ¡esas desgraciadas lo habrán dejado caer!

Volvió atrás, llamó, pero no las encontró; creyó que estarían ya lejos; se metió el paquete en el bolsillo y se fué a comer.

En el camino vió en el paseo de la calle Mouffetard un ataúd de niño, cubierto de un paño negro, colocado sobre tres sillas, y alumbrado por una vela. Las dos jóvenes que había visto en el crepúsculo se presentaron a su imaginación.

—¡Pobres madres!—pensó—. Hay

una cosa más triste que ver morir a los hijos; y es verlos con mala vida.

Después, estas sombras que distraían su tristeza, abandonaron su pensamiento, y cayó en sus habituales meditaciones. Volvió a pensar en los seis meses de amor y de felicidad que había pasado al aire libre y en plena luz bajo los hermosos árboles de Luxemburgo.

—¡Qué sombría se ha hecho mi vida! —se decía—. Las jóvenes eran ángeles, y ahora son abismos.

III

CUADRIFRONTE

Por la noche, cuando se desnudaba para acostarse, encontró en el bolsillo de la levita el paquete que había recogido en el bulevar. Ya se había olvidado de él. Creyó que sería útil abrirlo, porque tal vez el paquete contuviese las señas de la morada de aquellas jóvenes, si en realidad les pertenecía; y en todo caso, los indicios necesarios para restituirlo a la persona que lo había perdido.

Rompió el sobre.

No estaba pegado, y contenía cuatro cartas, sin cerrar tampoco.

Todas tenían señas.

Todas exhalaban un olor repugnante a tabaco.

La primera estaba dirigida: «A la señora marquesa de Grucheray, plaza de enfrente de la Cámara de Diputados, número...»

Mario se dijo que encontraría probablemente las indicaciones que buscaba en ella, y que además, no estando cerrada la carta, era probable que pudiese ser leída sin inconveniente.

Estaba concebida en estos términos:

«Señora marquesa.

»La virtud de la clemencia y de la piedad es la que une más estrechamente la soziedad. Dad salida a vuestros cristianos sentimientos, y dirigid una mirada de compasión a este desgraciado español víctima de la lealtad y fidelidad a la causa sagrada de la legitimidad, que ha sellado con su sangre; a que ha consagrado su fortuna, todo por defender esta causa, y hoy se encuentra en la mayor povreza. No duda que vuestra honorable persona le concederá un socorro para conservar una existencia extremadamente penosa para un militar de educación y de honor, cubierto de heridas, que cuenta de antemano con la humanidad que os anima, y con el interés que la señora marquesa tiene por una nación tan desgraciada. Su súplica no será vana, y su agradecimiento conservará su encantador recuerdo.

»Tengo el honor de ofrecer mis sentimientos respetuosos, y ser

»Señora:

»ALVAREZ, capitán español de caballería, realista refugiado en Francia, que está de biaje para su patria, y carece de recursos para continuar su biaje.»

La firma no tenía señas de habitación. Mario creyó encontrar las señas en la segunda carta, cuyo sobre decía: «A la señora condesa de Montverdet, calle Cassete, núm. 9.»

Mario leyó lo siguiente:

«Señora condesa:

»Os escribe una desgraciada mare de familia con seis hijos, y el menor no tiene más que ocho meses. Yo estoy enferma desde mi último parto, abandonada de mi marido desde hace cinco meses, no teniendo ningún recurso en el mundo en la más orrorosa endigencia.

»Eperando en la señora condesa, tiene el honor de ser, señora, con un profundo respeto,

»DE BALIZARD.»

Mario pasó a la tercera carta, que era, como las anteriores, una petición:

Decía así:

«Señor Pabourgeot, elector, negociante-gorrero al por mayor, calle de San Dionisio, esquina a la calle de los Hierros.»

«Me tomo la libertad de dirigiros esta carta para rogaros que me concedáis el favor preciso de vuestras simpatías, y de interesaros por un literato que ha presentado un drama al Teatro francés. El argumento es histórico, y la acción pasa en Auvernia, en tiempo del Imperio; creo que el estilo es natural, lacónico, y

puede tener algún mérito. Tiene algunos versos cantables en cuatro escenas. Lo cómico, lo serio, lo imprevisto se mezclan en él con la variedad de los caracteres, y con una tinta de romanticismo, extendida ligeramente en toda la intriga que marcha misteriosamente, y va por peripecias sorprendentes a un desenlace en medio de varias escenas notables.

»Mi objeto principal es satisfacer el deseo que anima progresivamente al hombre de nuestro siglo, es decir, a la moda, esa caprichosa y extraña beleta que cambia casi a cada variación del biento.

»A pesar de estas cualidades, tengo mis temores de que la envidia, el egoísmo de los autores privilegiados consiga mi exclusión del teatro, porque no ignoro los disgustos que tienen que pasar los autores nuevos.

»Señor Pabourgeot, vuestra justa reputación de protector ilustrado de los letrados, me da balor para enbiaros mi hija, que os expondrá nuestra situación endigente, sin pan, sin lumbre en esta estación de ibierno. Deciros que os ruego admitáis la dedicatoria que deseo haceros de mi drama y de todos los que haga, es probaros cuánto ambiciono el honor de colocarme bajo vuestra egida, y honrar mis escritos con vuestro nombre. Si os dignáis honrarme con la más modesta ofrenda, me ocuparé pronto en hacer una pieza de verso para pagaros mi trebuto de reconocimiento. Esta pieza, que trataré de hacer tan perfecta como me sea posible, os la enviaré antes de insertarse al principio del drama y de ponerse en escena.

»Al señor
y señora de Pabourgeot
»Mis homenajes más respetuosos;

GENFLOT, literato.

»P. D. Aunque no sean más que cuarenta sueldos.

»Perdonadme que os envíe mi hija, y que no me presente yo mismo; pero tristes razones de tocador no me permiten ¡ay de mí! salir de casa...»

Mario abrió por fin la cuarta carta: el sobre era éste: «Al señor bienhechor de la iglesia de Santiago de Haut-Pas», y contenía las siguientes líneas:

«Hombre bienhechor:

»Si os dignáis acompañar a mi hija, veréis una calamidad miserable, y os enseñaré mis certificados.

»Al ver estos escritos, vuestra alma generosa se convencerá con un sentimiento de sensible benevolencia, porque los verdaderos filósofos experimentan siempre vivas emociones.

»Convenid, hombre compasivo, en que es preciso experimentar la más cruel necesidad, y que es muy doloroso para conseguir algún consuelo, atestiguarlo con la autoridad, como si uno no fuese libre para padecer o para morir de inanición, esperando que sea socorrida nuestra miseria. El destino es muy fatal para unos, y demasiado pródigo para otros.

»Espero vuestra visita o vuestro socorro, si os dignáis darle, y os ruego que recibáis los sentimientos respetuosos con que se honra de ser,

»hombre verdaderamente magnánimo, vuestro muy humilde y muy obediente servidor,

P. FABONTOU, artista dramático.»

Después de haber leído estas cuatro cartas, no se quedó Mario mucho más enterado que antes.

En primer lugar, ningún firmante ponía las señas de su casa.

Además, parecía que provenían de cuatro individuos diferentes: el capitán Alvarez, mujer de Balizard, el poeta Genflot y el artista dramático Fabontou, pero tenían la particularidad de estar escritas por la misma mano.

De aquí sólo podía deducirse que provenían de la misma persona.

Por otra parte, y esto hacía más verosímil esta sospecha, las cuatro tenían el mismo papel grueso y amarillento, el el mismo olor a tabaco, y aunque en ellas se había tratado evidentemente de variar el estilo, las mismas faltas de ortografía se repetían con profunda tranquilidad, y el literato Genflot no cometía menos que el capitán español.

Esforzarse en adivinar este misterio poco importante, era un trabajo inútil. Si no hubiese sido un hallazgo, habría parecido una burla, y Mario estaba demasiado triste para recibir bien una

broma de la casualidad, y para prestarse al juego que quería tener con él el empedrado de la calle. Le parecía que estaba jugando a la gallina ciega entre las cuatro cartas que se burlaban de él.

Nada indicaba, por otro lado, que estas cartas perteneciesen a las muchachas que Mario había encontrado en el bulevar; y sobre todo, eran evidentemente unos papelotes sin valor alguno.

Mario las volvió al sobre, las tiró a un rincón, y se acostó.

A las siete de la mañana del día siguiente, cuando acababa de levantarse y desayunarse, iba a ponerse a trabajar cuando llamaron suavemente a la puerta.

Como no poseía nada, nunca quitaba la llave, sino alguna vez, muy rara, cuando estaba ocupado en un trabajo que corría prisa; aun cuando salía, dejaba la llave en la cerradura.

—Mirad que os han de robar—decía la tía Bougon.

—¿El qué?—decía Mario.

Sin embargo, el hecho es, que un día le robaron un par de botas viejas, con gran triunfo de la tía Bougon.

Dieron un segundo golpe tan suave como el primero.

—Adelante—dijo Mario.

Abrióse la puerta.

—¿Qué queréis, tía Bougon? — dijo Mario sin levantar los ojos de los libros y manuscritos que tenía encima de la mesa.

Una voz, que no era la de la tía Bougon, respondió:

—Perdón, caballero...

Era una voz sorda, cascada, ahogada, áspera; una voz de viejo enronquecido por el aguardiente y los licores.

Mario se volvió con presteza, y vió a una joven.

IV

UNA ROSA EN LA MISERIA

En efecto, una muchacha se hallaba en pie en el hueco que dejaba la puerta entreabierta. La claraboya de la boardilla por donde entraba la luz, estaba precisamente enfrente de la puerta, e iluminaba aquel rostro con un resplandor lívido. Era una criatura flaca, descolorida, descarnada; no tenía más que una mala camisa y un vestido sobre su helada y temblorosa desnudez. Llevaba por cinturón un bramante; otro le servía de atadero en el pelo: los puntiagudos hombros le salían de la camisa; una palidez rubia y linfática, clavículas terrosas, manos rojas, la boca entreabierta y desfigurada, con algunos dientes de menos, la vista mate, audaz y baja, las formas abortadas de una joven, y la mirada de una vieja corrompida: cincuenta años mezclados con quince; uno de esos seres que son a la vez débiles y horribles, y que hacen estremecer a aquellos a quienes no hacen llorar.

Mario se había levantado, y consideraba con cierto estupor a aquel ser, casi semejante a las formas de la visión que atraviesa la imaginación en los sueños.

Lo que sobre todo era doloroso, es que aquella muchacha no había venido al mundo para ser fea. En su primera infancia hasta debía de haber sido bonita. La gracia de la edad, luchaba todavía contra la horrible vejez anticipada de la disolución y de la pobreza.

Un resto de belleza moría en aquel rostro de diez y seis años, como ese pálido sol que se apaga entre horribles nubes durante el alba de un día de invierno.

Aquella cara no era absolutamente desconocida a Mario. Creía recordar haberla visto en alguna parte.

—¿Qué queréis, señorita?—preguntó.

La joven contestó con su voz de presidiario borracho:

—Traigo una carta para vos, señor Mario.

Llamaba a Mario por su nombre: no podía dudar que era a él a quien se dirigía; pero, ¿quién era aquella muchacha? ¿Cómo sabía su nombre?

Sin aguardar que le dijese que pasara adelante, se entró en la habitación. Entró resueltamente, mirando con cierta especie de seguridad que oprimía el corazón, todo el cuarto y la deshecha cama. Llevaba los pies desnudos. Grandes agujeros en su vestido dejaban ver sus largas piernas y sus flacas rodillas. Estaba tiritando.

Tenía efectivamente en la mano una carta, que presentó a Mario.

Mario, al abrir ésta, observó que la oblea grande y enorme estaba aún hú-

meda. El mensaje, pues, no podía venir de muy lejos. La abrió y leyó :

«Mi amable y joven vecino.

»He sabido vuestras bondades para conmigo, que habéis pagado mi alquiler hace seis meses. Os bendigo, joven. Mi hija mayor os dirá que estamos sin un pedazo de pan hace dos días cuatro personas, y mi mujer enferma. Si mi corazón no me engaña, creo deber esperar de la generosidad del vuestro, que se humanizará a la vista de este espectáculo, y que os subyugará el deseo de serme propicio, dignándoos prodigarme algún socorro.

»Soy con la distinguida consideración que se debe a los bienhechores de la humanidad, vuestro

»JONDRETTE.»

«P. D. Mi hija esperará vuestras órdenes, querido señor Mario.»

Esta carta, en medio de la misteriosa aventura que ocupaba la imaginación de Mario desde la noche anterior, era como una luz en una cueva. Todo quedó para él iluminado de repente.

Aquella carta venía de donde venían las otras cuatro. Era la misma letra, el mismo estilo, la misma ortografía, el mismo papel, el mismo olor a tabaco.

Había cinco misivas, cinco historias, cinco nombres, cinco firmas y un solo firmante. El capitán español Alvarez, la desgraciada tía Balizard, el poeta dramático Genflot, el viejo cómico Fabontou, se llamaban todos cuatro Jondrette, si es que el mismo Jondrette se llamaba efectivamente de este modo.

Hacía ya mucho tiempo que Mario vivía en el caserón ; pero, como ya hemos dicho, muy pocas, muy raras eran las ocasiones que había tenido de ver, más bien de entrever su ínfima vecindad. Tenía la imaginación ocupada en otra parte, y donde está la imaginación está la mirada. Más de una vez había debido cruzarse con los Jondrette en el corredor o en la escalera, pero no eran para él más que sombras ; tan poco había reparado en ellos, que la víspera por la noche había tropezado en el bulevar, sin conocerlas, con las hijas de Jondrette, porque evidentemente eran ellas, y por cierto que con gran trabajo, la que acababa de entrar en su cuarto, había despertado en él, al través del disgusto y de la piedad, un vago recuerdo de haberla visto en otra parte.

Ahora veía claramente todo. Comprendía que su vecino Jondrette tenía por industria, en su miseria, explotar la caridad de las personas benéficas, cuyas señas se proporcionaba, que escribía bajo nombres supuestos a personas que juzgaba ricas y caritativas, cartas que sus hijas llevaban de su cuenta y riesgo, porque aquel padre había llegado al extremo de arriesgar a sus hijas ; jugaba una partida con el destino, y sus hijas eran la puesta. Mario comprendía que probablemente, a juzgar por su fuga de la víspera, por su precipitación, por su terror y por las palabras que las había oído en caló, aquellas desgraciadas desempeñaban además no sé qué sombrías ocupaciones, y que de todo esto había resultado, en medio de la sociedad humana, tal como está formada, dos miserables seres, que no eran ni niñas, ni doncellas, ni mujeres, especie de monstruos impuros o inocentes producidos por la miseria.

Tristes criaturas sin nombre, sin edad, sin sexo, para las que ya no son posibles ni el bien ni el mal ; y que al salir de la infancia no poseen ya nada en este mundo, ni libertad, ni virtud, ni responsabilidad : almas abiertas ayer, marchitas hoy, semejantes a esas flores caídas en la calle, manchadas por toda clase de lodos mientras llega una rueda que las aplasta.

Sin embargo, mientras Mario fijaba en ella una mirada admirada y dolorosa, la joven iba y venía por la boardilla con una audacia de espectro. Movíase en todos sentidos sin cuidarse para nada de su desnudez. A veces su camisa rota y desgarrada le caía casi hasta la cintura. Movía las sillas, desarreglaba los objetos de tocador colocados sobre la cómoda, tocaba los vestidos de Mario, y rebuscaba lo que había por los rincones.

—¡ Calla !—exclamó—: ¡ tenéis un espejo !

Y como si estuviese sola tarareaba coplillas de vaudeville, estribillos ligeros, que cantados por su voz gutural y ronca, parecían lúgubres. Bajo aquel velo de

osadía, asomaba a veces cierto encogimiento, cierta inquietud y humillación. El descaro, en ocasiones, tiene vergüenza.

Nada más triste que verla andar de un lado para otro, o por mejor decir, revolotear por el cuarto con los movimientos de un pájaro, a quien la luz asusta, o que tiene una ala rota. Comprendíase que con otras condiciones de educación y de fortuna, el aire alegre y libre de aquella joven, había podido tener más dulzura y atractivo. Nunca entre los animales la criatura nacida para ser una paloma se cambia en una oxifraga. Esto sólo se ve entre los hombres.

Mario estaba pensativo, y la dejaba hacer.

Aproximóse a la mesa.

—¡Ah!—exclamó—, ¡tenéis libros!

Un relámpago cruzó por sus vidriosas pupilas. Volvió a hablar, y su acento expresaba el placer de poder gloriarse de algo, placer al cual no hay criatura que sea insensible.

—Yo también sé leer.

Y cogiendo vivamente el libro que estaba abierto sobre la mesa, leyó con bastante soltura.

«... El general Bauduin recibió la orden de apoderarse, con los cinco batallones de su brigada, del castillo de Hougomont, que está en medio de la llanura de Waterloo...»

Aquí suspendió su lectura.

—¡Ah! Waterloo; lo conozco. Es una batalla de hace tiempo. Mi padre ha servido en el ejército. ¡Ah! nosotros en casa somos muy bonapartistas. Waterloo fué contra los ingleses.

Y dejó el libro, cogió una pluma, y exclamó:

—También sé escribir.

Mojó la pluma en el tintero, y se volvió hacia Mario:

—¿Queréis ver? Mirad, voy a escribir una palabra para que veáis.

Y antes que Mario hubiera tenido tiempo de contestar, escribió sobre un pedazo de papel blanco que había sobre la mesa: *Los corchetes están ahí.*

Luego, arrojando la pluma, añadió:

—No hay faltas de ortografía, podéis verlo. Mi hermana y yo hemos recibido educación. No siempre hemos sido lo que somos. No estábamos criadas para...

Aquí se paró, fijó su pupila apagada en Mario, y rompió a reír, diciendo con una entonación que contenía todas las angustias ahogadas por todos los cinismos:

—¡Bah!

Y se puso a cantar estas palabras con tono alegre:

Tengo hambre, padre,
y vos ni una libreta;
el frío madre,
me impide hacer calceta.
Tirita,
Lolita.

Luego que hubo acabado la canción, exclamó:

—¿Vais alguna vez al teatro, señor Mario? Yo voy de cuando en cuando. Tengo un hermanillo, que es amigo de los artistas, y algunas veces me da billetes. Pero no me gustan los asientos de galería. Se está allí incómodo, se está mal. A veces hay mucha gente, y a veces hay gente que no huele bien.

Luego consideró a Mario, tomó un aire extraño, y dijo:

—¿Sabéis, señor Mario, que sois un guapo mozo?

Y al mismo tiempo se les ocurrió a ambos la misma idea, que a ella la hizo sonreír, y a él ruborizarse.

Aproximóse a él, púsole una mano sobre el hombro, y añadió:

—Vos no habéis reparado en mí; pero yo os conozco, señor Mario. Os suelo encontrar aquí en la escalera y os veo entrar algunas veces en casa del tío Mabeuf que vive hacia el lado de Austerlitz, cuando me paseo por allí. Os sienta bien el pelo rizado.

Su voz trataba de ser dulce, y no conseguía más que ser muy baja. Una parte de sus palabras se perdía en el trayecto de la laringe a los labios, como sobre un teclado donde faltan notas.

Mario se había retirado suavemente.

—Señorita—dijo con su fría gravedad—, tengo un paquete que creo os pertenece. Permitid que os lo devuelva...

Y le alargó el sobre que contenía las cuatro cartas.

Palmoteó ella de contento y exclamó:

—Lo habíamos buscado por todas partes.

Después lo cogió vivamente, y abriendo el sobre continuó diciendo:

—¡Dios de Dios! Pues apenas hemos buscado mi hermana y yo. ¿Sois vos quien lo habéis encontrado? ¿En el bulevar, ¿no es verdad? Se nos cayó cuando íbamos corriendo. La tonta de mi hermana es la que cometió tal torpeza. Al volver a casa no lo teníamos. Como no queríamos que nos pegasen, porque esto es inútil, dijimos que habíamos llevado las cartas y que nos habían dicho: «¡Nequaquam!» ¡Pobres cartas! ¿Y en qué habéis conocido que eran mías? ¡Ah! sí; en la letra. ¿Luego erais vos con quien tropezamos al pasar ayer noche? No se veía nada. Le dije a mi hermana: ¿Es ese caballero? Y mi hermana me dijo: Creo que sí, que es un señor.

Mientras hablaba, había desplegado la súplica dirigida «al señor benéfico de la iglesia de Santiago de Haut-Pas».

—¡Calla!—dijo—, ésta es para ese viejo que va a misa. Y ésta es la hora. Voy a llevársela. Tal vez nos dará algo, con lo que podremos almorzar.

Después se echó a reír y añadió:

—¿Sabéis de lo que servirá el almuerzo de hoy, si es que almorzamos? Nos servirá para el almuerzo de anteayer, para el almuerzo de ayer y para la comida de ayer, todo junto, de una vez, esta mañana. Pardiez, si no estáis contentos, reventad, perros.

Esto hizo recordar a Mario lo que aquella desgraciada había ido a buscar a su casa.

Registró su chaleco y no halló nada.

La joven continuaba y parecía hablar como si ignorase que Mario estaba allí.

—A veces salgo por la noche. Otras no vuelvo a casa. Antes de vivir aquí, el otro invierno, vivíamos bajo los arcos de los puentes. Nos estrechábamos unos contra otros para no helarnos. Mi hermanita lloraba. ¡Qué triste que es el agua! Cuando pensaba en ahogarme, decía: No, está muy fría. Salgo sola cuando quiero, y duermo a veces en los fosos. Por la noche cuando voy por el bulevar, veo los árboles ahorquillados y las casas negras y grandes como las torres de Nuestra Señora, y me figuro que las paredes blancas son el río, y me digo: ¡Toma! ahí está el agua. Las estrellas me parecen hachas de iluminación; diríase que arrojan humo y que el viento las apaga, me siento aturdida, como si caballos me resoplasen en los oídos: aunque sea de noche, me parece oír organillos y telares y qué sé yo qué más. Creo que me tiran piedras, huyo sin saberlo; todo da vueltas, todo, todo. Cuando no se ha comido, es muy raro lo que pasa.

Y miró a Mario con aire espantado.

Mario, a fuerza de buscar y rebuscar en sus bolsillos, había conseguido reunir cinco francos y diez y seis sueldos. Era todo cuanto en el mundo tenía.

—Mi comida de hoy—pensó—; hela aquí: mañana ya veremos.

Y guardando los diez y seis sueldos, dió los cinco francos a la joven.

Esta cogió la moneda.

—¡Bueno!—exclamó—; ¡ya salió el sol!

Y como si el sol hubiera tenido la propiedad de fundir en su cerebro torrentes de calor, prosiguió:

—¡Cinco francos! ¡trigo largo! ¡Un monarca! Sois un chavó de primera. ¡Salud! ¡Adelante los piñones! ¡Dos días de bureo! Habrá chistón tinto, y peñascaró, y brinsa, y jamaremos y tragelaremos hasta allí.

Recogió su camisa sobre sus hombros hizo un profundo saludo a Mario, después una señal familiar con la mano, y se encaminó hacia la puerta diciendo:

—Buenos días, caballero: voy a buscar a mi viejo.

Al pasar, vió sobre la cómoda una corteza de pan seco, que se enmohecía allí con el polvo: arrojóse sobre ella, y la mordió murmurando:

—Durilla está: casi me va a romper los dientes.

Luego salió.

V

EL VENTANILLO DE LA PROVIDENCIA

Hacía cinco años que Mario vivía en la pobreza, en la desnudez, en la indigencia; pero entonces advirtió que aún no había conocido la verdadera mise-

ria. La verdadera miseria era la que acababa de pasar ante sus ojos. Y en efecto, quien no ha visto más que la miseria de la mujer, no ha visto tampoco nada. Es menester ver la miseria del niño o de la joven.

Cuando el hombre ha llegado al último extremo, llega también a los últimos recursos. Desgraciados los seres sin defensa que le rodean. El trabajo, el salario, el pan, el fuego, el valor, la buena voluntad, todo le falta a la vez. La claridad del día parece apagarse en el exterior, y la luz moral se apaga en el interior : en esta sombra, el hombre encuentra la debilidad de la mujer y del niño, y las doblega violentamente a la ignominia.

Entonces todos los horrores son posibles. La desesperación está rodeada de frágiles tabiques, que lindan con el vicio o con el crimen.

La salud, la juventud, el honor, las santas y pudorosas delicadezas de la carne, todavía nueva, el corazón, la virginidad, el pudor, esa epidermis del alma, son siniestramente manoseados por ese tiento incierto que busca recursos, que encuentra el oprobio y se acomoda con él. Padres, madres, hijos, hermanos, hermanas, hijas, se adhieren y se agregan casi como una formación mineral, en esa brumosa promiscuidad de sexos, de parentescos, de edades, de infamias, y de inocencias. Se amontonan, pegados los unos a los otros, en una especie de predestinado chiribitil. Allí se entremiran lamentablemente. ¡Oh, infelices! ¡qué pálidos están! ¡qué frío tienen! ¡Parece que se hallan en un planeta más lejano del sol que el nuestro!

Aquella muchacha fué para Mario una especie de enviado de las tinieblas.

Le reveló todo un lado horrible de la noche.

Mario hasta casi se acusó de los sueños de delirio y pasión que le habían impedido hasta aquel día dirigir una mirada a sus vecinos. Haber pagado su alquiler era un movimiento maquinal; todo el mundo podía tener aquel movimiento; pero Mario debía haber hecho más. ¡Cómo! Le separaba solamente un tabique de aquellos seres abandonados, que vivían a tientas en la noche, fuera del resto de los vivientes; codeábase con ellos; era, en cierto modo, el último eslabón del género humano que tocaban; les había oído vivir, o más bien suspirar al lado suyo, y no había parado la atención en ellos. Todos los días, a cada instante, al través de la pared, les oía andar, ir, venir, hablar, y no prestaba el oído; y en aquellas palabras había gemidos, ¡y tampoco los escuchaba! ¡Su pensamiento estaba en otra parte, soñando, ocupado con visiones imposibles, con amores en el aire, con locuras; y sin embargo, criaturas humanas, sus hermanos en Jesucristo, sus hermanos del pueblo, agonizaban inútilmente a su lado; tenía parte en su desgracia, la agravaba! Porque si hubiesen tenido otro vecino, un vecino menos entregado a quimeras, y más atento; un hombre ordinario y caritativo, evidentemente su indigencia hubiera sido notada, sus señales de angustia hubieran sido vistas, y desde hace largo tiempo tal vez hubiesen sido recogidos y salvados. Parecían, sin duda, muy depravados, muy corrompidos, muy envilecidos, hasta muy odiosos; pero son raros aquellos que han caído y no se han degradado. Además, hay un punto en que los infortunios y las infamias se confunden y mezclan en una sola palabra fatal: los miserables: ¿de quién es la culpa? Además, ¿no es cuando la caída es más profunda, cuando la caridad debe ser mayor?

Dándose esta lección de moral, porque había ocasiones en que Mario, como todos los corazones verdaderamente honrados, se erigía en su propio pedagogo y se reprendía más que lo que merecía, consideraba la pared que le separaba de los Jondrette, y hubiera querido hacer pasar al través de aquel tabique su mirada llena de piedad, para con ella reanimar a aquellos desgraciados. La pared estaba formada por una pequeña capa de yeso, sostenida por listones y pies derechos, que, como acabamos de decir, dejaba distinguir perfectamente el ruido de las palabras y de las voces. Era preciso ser el soñador Mario para no haberlo notado todavía. No había pegado papel ninguno en la pared, ni por el lado de los Jondrette,

ni por el de Mario; veíase completamente desnuda la grosera fábrica.

Mario, sin saber casi lo que hacía, examinaba la pared; algunas veces la meditación examina, observa y escudriña, como lo haría el pensamiento. De pronto se levantó: acababa de observar hacia lo alto, cerca del techo, un agujero triangular, resultado de tres listones que dejaban un hueco entre sí. Faltaba la mezcla que debía llenar aquel hueco, y subiendo sobre la cómoda, se podía ver por aquel agujero la boardilla de los Jondrette. La conmiseración debe tener también su curiosidad. Aquel agujero formaba una especie de trampilla. Permitido era mirar como a traición el infortunio para socorrerlo.

—Veamos, pues, lo que son esa gente—pensó Mario—, y lo que hacen.

Escaló la cómoda, aproximó la vista a la abertura, y miró.

VI

EL HOMBRE FIERA EN SU CUEVA

Las ciudades como los bosques tienen sus antros, donde se oculta todo lo que aquéllas tienen de más malo y de más temible. Solamente que en las ciudades lo que se oculta así es feroz, inmundo y pequeño, es decir, feo: en los bosques, lo que se oculta es feroz, salvaje y grande, es decir bello. Madrigueras por madrigueras, preferibles son las de las fieras a las de los hombres. Las cavernas valen más que los zaquizamíes.

Lo que Mario veía era un zaquizamí.

Mario era pobre, y su cuarto era indigente; pero así como su pobreza era noble, su boardilla era limpia. El tugurio en que su mirada se hundía en aquel momento era abyecto, sucio, fétido, infecto, tenebroso y sórdido. Por todo mueblaje, una silla de paja, una mesa coja, algunos viejos tiestos, y en dos rincones dos tarimas indescriptibles. Por toda claridad, una ventanilla de un pie en cuadro con cuatro vidrios, adornada de telas de araña. Por aquel agujero entraba la luz suficiente para que una cara de hombre pareciese la faz de un fantasma. Las paredes tenían un aspecto leproso, y estaban cubiertas de costurones y cicatrices, como un rostro desfigurado por alguna horrible enfermedad. Destilábase al través de ella una humedad legañosa, y se divisaban algunos dibujos obscenos groseramente trazados con carbón.

El cuarto que Mario ocupaba estaba embaldosado de ladrillos ya destrozados; éste no estaba ni embaldosado, ni enyesado: andaban los inquilinos sobre la antigua mezcla de la fábrica, que se había convertido en negra con el roce de los pies. Sobre un suelo desigual, donde el polvo parecía como incrustado, y que sólo tenía una virginidad, la de la escoba, se agrupaban caprichosamente constelaciones de calzones viejos, de zapatos viejos y de pingajos horribles: por lo demás, aquel cuarto tenía una chimenea, por lo cual su alquiler valía cuarenta francos al año. De todo había en aquella chimenea: una estufilla, una marmita, planchas rotas, trapos colgados en clavos, la jaula de un pájaro, ceniza, y aun un poco de fuego. Dos tizones humeaban tristemente.

Lo que hacía aún más horrible aquel desván era su longitud. Tenía cabos, ángulos, agujeros negros, camaranchones, bahías y promontorios. Allí se veían horribles rincones insondables donde parecía que debían encastillarse las arañas, gordas como puños, corredoras como el pie, y tal vez no sé qué seres humanos monstruosos.

Una de las tarimas estaba cerca de la puerta, y la otra cerca de la ventana. Ambas tocaban por uno de sus extremos a la chimenea, y daban frente a Mario. En un ángulo próximo a la abertura por donde Mario miraba, estaba colgado en la pared, en un cuadro de madera negro, un grabado iluminado, por debajo del cual estaba escrito en letras gruesas. EL SUEÑO. Este representaba a una mujer dormida y un niño dormido, el niño en el regazo de la madre; un águila en una nube con una corona en el pico, y la mujer apartando la corona de la cabeza del niño, por supuesto, sin despertarse: en el fondo, Napoleón en una gloria, apoyándose en una columna de azul obscuro, con un capitel amarillo adornado con esta inscripción:

MARINGO
AUSTERLITS
IENA
WAGRAMME
ELOT

Por bajo de este cuadro, una especie de tablero de madera, más largo que ancho, estaba colocado en el suelo, y apoyado en plano inclinado contra la pared. Tenía aquello el aire de un cuadro vuelto al revés, de un lienzo, probablemente embadurnado por el opuesto lado, de algún cuadro descolgado de la pared, y olvidado allí, esperando que lo volvieron a colgar.

Cerca de la mesa, sobre la cual Mario divisaba pluma, tinta y papel, estaba sentado un hombre de sesenta años próximamente, pequeño, flaco, lívido, huraño, de aire astuto, cruel e inquieto: un bribón horrible.

Si Lavater hubiera considerado aquel rostro, hubiera hallado allí al buitre, mezclado con el procurador; el ave de rapiña y el curial redomado, afeándose y completándose uno con otro, el curial haciendo innoble al ave de rapiña, y ésta haciendo horrible al leguleyo.

Aquel hombre tenía una larga barba gris. Estaba vestido con una camisa de mujer, que dejaba ver su pecho velludo, y sus desnudos brazos erizados de pelos grises. Bajo la camisa se veía un pantalón enlodado, y botas, por las cuales asomaban los dedos de los pies.

Tenía una pipa en la boca y fumaba. En aquella casa no había pan, pero aun había tabaco.

Escribía, probablemente, alguna carta como las que Mario había leído.

En una esquina de la mesa se veía un tomo viejo, rojizo, desencuadernado, y cuya forma, que era el antiguo dozavo de los gabinetes de lectura, revelaba que era una novela. En la cubierta campeaba este título, impreso en grandes letras: DIOS, EL REY, EL HONOR Y LAS DAMAS, POR DUCRAY-DUMISNIL: 1814.

Mientras escribía el hombre hablaba en voz alta, y Mario le oyó estas palabras:

—«¡Decir que ni en la muerte hay igualdad! ¡Véase el Padre Lachaise! Los grandes, los que son ricos, están en lo alto, en la calle de las Acacias, que está empedrada. Pueden llegar allí en carruaje. Los pequeños, los pobres, los desgraciados, ¡qué! se les mete abajo, donde hay barro hasta las rodillas, en los agujeros, en la humedad. Los meten allí para que se descompongan más pronto. No se puede ir a verlos sin hundirse en la tierra».

Detúvose aquí; pegó un puñetazo en la mesa, y añadió rechinando los dientes:

—«¡Oh! ¡me comería el mundo!»

Una mujer gorda, que lo mismo podría tener cuarenta años que ciento, estaba acurrucada cerca de la chimenea sobre sus desnudos talones.

Tampoco ella tenía más traje que una camisa y un vestido de punto, remendado con pedazos de paño viejo. Un delantal de gruesa tela ocultaba la mitad del vestido. Aunque aquella mujer estaba doblada y recogida, se conocía que era muy alta. Era una especie de gigante al lado de su marido. Tenía espantosos cabellos rubios tirando a rojos, entrecanos, que removía de cuando en cuando con sus enormes y relucientes manos de uñas chatas.

A su lado estaba colocado en el suelo, abierto por completo, un volumen de la misma forma que el otro, y probablemente de la misma novela.

En una de las tarimas, Mario entreveía una muchacha larguirucha, sentada, casi desnuda, con los pies colgando, pareciendo por su aire, que ni escuchaba, ni veía, ni vivía. Era la hermana menor, sin duda, de la que había estado en su cuarto.

Parecía de once a doce años. Examinándola con atención, se veía que tenía muy bien catorce. Era la muchacha que la víspera por la noche decía en el bulevar:

—«He chapescado, chapescado».

Era de esa especie enfermiza que está atrofiada largo tiempo, y luego crece pronto, y casi de repente. La indigencia es la que forma estas tristes plantas humanas. Estas criaturas no tienen ni infancia, ni adolescencia. A los quince años aparentan doce; a los diez y seis, veinte. Hoy niña, mañana mujer. Diríase que saltan la vida para concluir más pronto.

En este momento aquel ser tenía el aire de un niño. Nada revelaba en aquella habitación la presencia de ningún trabajo : ni un aparato, ni una rueda, ni un instrumento de ninguna especie. En un rincón había algunos objetos de hierro de aspecto dudoso. Era esa triste y sombría pereza que sigue a la desesperación, y que precede a la agonía.

Mario consideró por algún tiempo aquel interior fúnebre, más espantoso que el interior de una tumba, porque allí se sentía removerse el alma humana, y palpitar la vida.

El desván, la cueva o el foso desde donde ciertos indigentes se arrastran a lo más bajo del edificio social, no es del todo el sepulcro : es su antesala ; pero como esos ricos que ponen de manifiesto sus mayores magnificencias a la entrada de sus palacios, parece que la muerte, que está al lado, ostenta sus más grandes miserias en este vestíbulo.

El hombre se había callado, la mujer no hablaba, la joven parecía que ni aun respiraba. Oíase rechinar la pluma sobre el papel.

El hombre masculló sin dejar de escribir :

—¡ Canalla ! ¡ canalla ! y todo ¡ canalla !

Este variante al epifonema de Salomón, arrancó un suspiro a la mujer :

—Cálmate, amiguito—dijo—. No te pongas malo, querido. Eres demasiado bueno escribiendo a esa gente, marido mío.

Con la miseria los cuerpos se aprietan los unos contra los otros, como con el frío, pero los corazones se alejan. Aquella mujer, según todas las apariencias, había debido amar a aquel hombre con la cantidad de amor que había en ella ; pero probablemente, con las reconvenciones cotidianas y recíprocas de una espantosa miseria que pesaba sobre todo el grupo, aquel amor se había apagado. No había ya en ella para su marido más que cenizas de un afecto. Sin embargo, los apelativos cariñosos, como sucede frecuentemente, habían sobrevivido. Le llamaba «querido, amiguito, marido mío» con la boca, mientras el corazón guardaba silencio.

El hombre se había puesto nuevamente a escribir.

VII

ESTRATEGIA Y TÁCTICA

Mario con el corazón oprimido, iba a bajarse de la especie de observatorio que se había improvisado, cuando un ruido atrajo su atención, y le obligó a permanecer en el sitio que estaba.

La puerta del desván acababa de abrirse bruscamente. La hija mayor apareció en el umbral. Llevaba puestos gruesos zapatos de hombre, manchados de barro, que la había salpicado hasta sus encarnados tobillos, y estaba cubierta con una vieja manta hecha jirones, que Mario no la había visto una hora antes, pero que probablemente dejaría a la puerta para inspirarle más piedad, y que sin duda había recogido al salir. Entró, cerró la puerta tras sí, se detuvo para tomar aliento, porque iba muy fatigada, y luego gritó con expresión de triunfo y de alegría :

—¡ Viene !

El padre volvió los ojos ; la madre la cabeza ; la chica no se movió.

—¿ Quién ?—preguntó el padre.

—El señor.

—¿ El filántropo ?

—Sí.

—¿ De la iglesia de Santiago ?

—Sí.

—¿ Ese viejo ?

—Sí.

—¿ Y va a venir ?

—Me sigue.

—¿ Estás segura ?

—Estoy segura.

—¿ Conque de veras viene ?

—Viene en un coche de alquiler.

—¡ En coche ! ¡ Es Rothschil !

El padre se levantó.

—¿ Conque estás segura ? Pero si viene en coche, ¿ cómo es que has llegado antes que él ? ¿ Le has dado a lo menos bien las señas ? ¿ Le has dicho bien claro la última puerta al fondo del corredor a la derecha ? ¡ Con tal que no se equivoque ! ¿ Le has hallado en la iglesia ? ¿ Ha leído mi carta ? ¿ Qué ha dicho ?

—¡ Ta, ta, ta ! y cómo corres, buen hombre—dijo la muchacha—. Mira : he entrado en la iglesia, estaba en su sitio de costumbre ; le he hecho una reverencia, le he dado tu carta, la ha leído, y me

ha dicho: «¿Dónde vives, hija mía?» Contesté: «yo os llevaré, caballero». Me dijo: «No, dadme vuestras señas: mi hija tiene que hacer algunas compras, tomaré un carruaje, y llegaré a vuestra casa al mismo tiempo que vos». Le di, pues, las señas. Cuando le dije la casa, pareció sorprendido, y como que dudaba un instante; pero luego añadió: «Es igual, iré». Concluída la misa, le vi salir de la iglesia con su hija, y subir los dos en un coche. Le he indicado bien la última puerta, al último del corredor a la derecha.

—¿Y qué te hace suponer que vendrá?

—Que acabo de ver al coche que llegaba por la calle del Petit-Banquier. Por esto es por lo que he corrido.

—¿Cómo sabes que es el mismo coche?

—¡Toma! Porque había mirado el número.

—¿Cuál es el número?

—Cuatrocientos cuarenta.

—Bien, eres una chica de talento,

La joven miró atrevidamente a su padre, y enseñando los zapatos que llevaba en los pies, añadió:

—Una chica de talento es posible: pero digo que no me volveré a poner estos zapatos, que no los quiero, primero por la salud, y luego por la limpieza: no conozco nada más fastidioso que las suelas que rechinan, y que hacen ri, ri, ri, todo lo largo del camino. Prefiero ir con los pies descalzos.

—Tienes razón—contestó el padre con un tono de dulzura que contrastaba con la rudeza de la joven—; pero como no te dejarían entrar en las iglesias, es preciso que los pobres tengan zapatos. No se va con los pies descalzos a la casa de Dios—añadió amargamente.

Luego, volviendo al objeto que le ocupaba la imaginación, continuó:

—¿Estás segura, segura de que viene?

—Viene pisándome los talones.

El hombre se enderezó: había una especie de iluminación en su rostro.

—Mujer—gritó—, ya lo oyes. Aquí tienes al filántropo. Apaga el fuego.

La madre estupefacta no se movió.

El padre, con la agilidad de un saltimbanqui, agarró un puchero desportillado que había sobre la chimenea, y arrojó el agua sobre los tizones.

Luego dirigiéndose a su hija mayor:

—Quítale el asiento a la silla—añadió.

Su hija no comprendió.

Cogió la silla, y de un talonazo le quitó, o por mejor dicho le rompió el asiento. Su pierna pasó por el agujero que había abierto.

Al retirarla, preguntó a la muchacha:

—¿Hace frío?

—Mucho. Está nevando.

Volvióse el padre hacia la hija menor que estaba en la tarima cerca de la ventana, y le gritó con voz tonante:

—¡Pronto! fuera de la cama, perezosa: nunca servirás para nada. Rompe un vidrio.

La niña se levantó tiritando.

—¡Rompe un vidrio!—replicó.

La chica permaneció como absorta.

—¿No me oyes?—repitió el padre—; te digo que rompas un vidrio.

La chica, con una especie de obediente pavor, se alzó sobre la punta de los pies, y pegó un puñetazo en uno de los vidrios, el cual se rompió y cayó con estrépito.

—¡Bien!—dijo el padre.

Estaba grave y brusco. Su mirada recorría rápidamente los rincones del desván.

Hubiérase dicho que era un general haciendo los últimos preparativos en el momento en que va a comenzar la batalla.

La madre, que aun no había dicho una palabra, se levantó y preguntó con voz lenta y sorda, cuyas palabras parecían salir como coaguladas.

—Querido, ¿qué pretendes hacer?

—Échate en la cama—respondió el hombre.

La entonación no admitía réplica.

La madre obedeció, y se arrojó pesadamente en una tarima.

Mientras tanto oíanse sollozos en un rincón.

—¿Qué es eso?—preguntó el padre.

La hija menor, sin salir de la sombra en que se había guarecido, enseñó su puño ensangrentado. Al romper el vidrio se había herido: había ido a colocarse cerca de la tarima de su madre, y allí lloraba silenciosamente.

Tocóle ahora a la madre levantarse, y gritar :

—Ya lo ves. No haces más que tonterías : al romper el vidrio se ha cortado la mano.

—¡ Tanto mejor !—dijo el hombre— ; lo había previsto.

—¿ Cómo tanto mejor ? — replicó la mujer.

—¡ Calma !—replicó el padre— : suprimo la libertad de la prensa.

Y desgarrando la camisa de mujer que tenía puesta, sacó de ella una tira de tela, con la cual envolvía vivamente el puño ensangrentado de la niña.

Hecho esto, la mirada se fijó con satisfacción en la desgarrada camisa.

—¡ Y la camisa también !—dijo—. Todo tiene un aire magnífico.

Un viento helado silbaba al pasar por el vidrio y entraba por el cuarto. La bruma exterior penetraba en él, y se dilataba como blanquecino algodón vagamente deshecho por dedos invisibles. Al través del vidrio roto se veía la nieve. El frío prometido la víspera por el sol de la Candelaria había llegado en efecto.

El padre paseó una mirada alrededor suyo como para asegurarse de que nada había olvidado. Cogió una vieja paleta, y echó con ella ceniza sobre los tizones mojados hasta ocultarlos completamente.

Luego, enderezándose y apoyándose en la chimenea, dijo :

—Ahora podemos recibir al filántropo.

VIII

EL RAYO DE SOL EN LA CUEVA

La hija mayor se acercó y puso su mano sobre la de su padre.

—Tienta—le dijo—, verás qué frío tengo.

—¡ Bah !—respondió el padre— ; más tengo yo.

La madre gritó impetuosamente :

—Siempre lo tuyo es mejor o mayor que lo de los demás ; hasta en lo malo.

—¡ Silencio !—dijo el hombre.

La madre, mirada de cierto modo, se calló.

Hubo en la cueva un momento de silencio.

La hija mayor deshilaba con aire indiferente el extremo inferior de la manta ; la más pequeña continuaba sollozando : la madre le había cogido la cabeza entre las manos y la cubría de besos, diciéndole por lo bajo :

—¡ Tesoro mío ! No llores, te lo suplico ; eso no será nada : mira que se va a enfadar tu padre.

—No—gritó éste— ; al contrario, llora, llora ; eso está muy bien.

Luego, volviéndose a la mayor, añadió :

—¡ Ese hombre no llega ! ¡ Si no viniese, habría apagado mi fuego, desfondado mi silla, desgarrado mi camisa y roto mi vidrio por nada !

—¡ Y herido a la niña ! — murmuró la madre.

—¿ Sabéis—replicó el padre—que hace un frío de perros en este desván del diablo ? ¡ Si este hombre no viniera ! ¡ Oh, cómo se hace esperar ! El dirá : «Me esperarán : ¡ Allí están para eso !» ¡ Oh, cómo los aborrezco ! ¡ y con qué júbilo, con qué alegría, con qué entusiasmo, con qué satisfacción ahogaría a todos esos ricos ! ¡ A todos esos ricos, a esos pretendidos hombres caritativos, que se hacen los santos, que van a misa, que predican por aquí y por allá, que se creen por encima de nosotros, y que vienen a humillarnos y a traernos vestidos, como ellos dicen, trapos que no valen cuatro sueldos, y pan ! No es eso sólo lo que yo quiero, atajo de canallas : es dinero. ¡ Ah, dinero, nunca ! porque dicen que iríamos a beberlo, y que somos unos borrachos y unos holgazanes. ¿ Y ellos ? ¿ Qué es lo que son y lo que fueron en su tiempo ? Ladrones : si no, no se hubieran enriquecido. ¡ Oh ! debiera cogerse a la sociedad entre las cuatro puntas de una manta y arrojarlo todo por el aire. Todo se rompería, es posible ; pero a lo menos nadie tendría nada, y esto habríamos ganado. Pero, ¿ qué es lo que hace el mastín de tu benéfico señor ? ¿ Vendrá ? ¡ Tal vez el animal habrá olvidado las señas ! Apostemos a que ese viejo bestia...

En aquel momento dieron un ligero golpe a la puerta : el hombre se precipitó hacia ella, y la abrió, exclamando con profundos saludos y sonrisas de adoración :

—Entrad, señor, dignaos entrar, mi

respetable bienhechor, así como vuestra encantadora hija.

Un hombre de edad madura y una joven aparecieron en la puerta del desván.

Mario no había dejado su puesto. Lo que sintió en aquel momento no puede expresarse en ninguna lengua humana. Era ella.

Todo el que haya amado sabe las acepciones resplandecientes que contienen las tres letras de esta palabra: Ella.

Era ella, efectivamente. Mario apenas la distinguía al través del luminoso vapor que se había esparcido súbitamente sobre sus ojos. Era aquel dulce ser ausente, aquel astro que para él había lucido durante seis meses: era aquella pupila, aquella frente, aquella boca, aquel bello rostro desvanecido, que le había dejado sumiso en la obscuridad al marcharse. La visión se había eclipsado y reaparecía.

Reaparecía en aquella sombra, en aquel desván, en aquella cueva deforme, en aquel horror.

Mario se estremeció. ¡Cómo! ¡Era ella! Las palpitaciones de su corazón le turbaban la vista. Sentíase próximo a prorrumpir en llanto. ¡Cómo! ¡La volvía a ver, después de haberla buscado tanto tiempo! Le parecía que había perdido su alma, y que acababa de encontrarla.

Se conservaba la misma, solamente un poco más pálida: formaba el marco de su delicado rostro un sombrero de terciopelo violeta, y ocultaba su talle una manteleta de raso negro. Bajo su larga falda se entreveía su pequeño pie, aprisionado en una botita de seda.

Acompañábala el señor Blanco.

Había dado algunos pasos por el cuarto, y había dejado un gran paquete sobre la mesa.

La Jondrette mayor se había retirado detrás de la puerta, y miraba con tristes ojos aquel sombrero de terciopelo, aquel abrigo de seda, y aquel encantador rostro feliz.

IX

JONDRETTE CASI LLORA

A tal punto estaba obscuro el chiribitil, que las personas que venían de fuera experimentaban al entrar en él lo mismo que hubieran sentido al entrar en una cueva. Los dos recién venidos avanzaron con cierta vacilación, distinguiendo apenas formas vagas en torno suyo, en tanto que eran perfectamente vistos y examinados por los habitantes del desván, acostumbrados a aquel crepúsculo.

El señor Blanco se aproximó con su mirada buena y triste, y dijo a Jondrette padre:

—Señor, en ese paquete hallaréis algunas prendas nuevas: medias y cobertores de lana.

—Nuestro angelical bienhechor nos abruma — dijo Jondrette inclinándose hasta el suelo.

Luego acercándose al oído de su hija mayor mientras que los dos visitantes examinaban aquel lamentable interior, añadió por lo bajo y rápidamente:

—¡Hein! ¿no lo decía yo? trapos, pero no dinero. Todos son lo mismo. A propósito, ¿cómo estaba firmada la carta para este babieca?

—Fabontou—respondió la hija.

—El artista dramático, ¡bueno!

A tiempo se acordó Jondrette, porque en aquel momento el señor Blanco se volvía hacia él y le hacía con ese aire de quien busca un nombre:

—Veo que sois muy digno de lástima, señor...

—Fabontou — respondió vivamente Jondrette.

—Señor Fabontou, sí, eso es. Ya lo recuerdo.

—Artista dramático, señor, que ha obtenido algunos triunfos.

Aquí Jondrette creyó evidentemente llegado el momento de «apoderarse» del filántropo. Exclamó, pues, con un acento que participaba a la vez de la charla del titiritero de las ferias y de la humildad del mendigo en las carreteras:

—Discípulo de Talma, señor, he sido discípulo de Talma. La fortuna me ha sonreído en otro tiempo. ¡Ah! Ahora ha llegado su turno a la desgracia; ya lo veis, mi bienhechor, no tengo ni pan ni fuego. ¡Mis pobres hijas no tienen fuego! ¡Mi única silla sin asiento! ¡Un vidrio roto! ¡Y con el tiempo que hace! ¡Mi esposa en la cama, enferma!

—¡Pobre mujer! — dijo el señor Blanco.

—¡Mi hija querida!—añadió Jondrette.

La muchacha, distraída con la llegada de los dos extraños, se había puesto a contemplar a la «señorita» y había dejado de llorar.

—¡Llora, chilla!—le dijo por lo bajo Jondrette.

Y al mismo tiempo le pellizcó la mano herida; todo esto con un verdadero talento de escamoteador.

La chica puso el grito en el cielo.

La adorable joven que Mario llamaba en su corazón «su Ursula» se acercó vivamente.

—¡Pobre niña!—dijo.

—Ya lo veis, hermosa señorita—prosiguió Jondrette—; su puño está ensangrentado. Es un accidente que le ha sucedido trabajando en una mecánica para ganar seis sueldos al día. Acaso habrá necesidad de cortarle el brazo.

—¿De veras?—dijo el señor Blanco alarmado.

La chica, tomando estas palabras por lo serio, comenzó a llorar con más fuerza.

—¡Ah, sí, mi bienhechor!—respondió el padre.

Desde hacía algunos momentos, Jondrette contemplaba al «filántropo» de un modo extraño. Mientras hablaba, parecía escudriñar con atención, como si tratase de buscar algo en sus recuerdos. De pronto, aprovechando el momento en que los recién venidos preguntaban con interés a la niña sobre la herida de la mano, pasó cerca de su mujer, que estaba en la cama, con aire estúpido, y le dijo vivamente y en voz baja:

—¡Mira bien a ese hombre!

Luego, volviéndose hacia el señor Blanco y continuando su lamentación:

—¡Ya lo veis, señor, tengo por todo vestido una camisa de mi mujer y desgarrada en el rigor del invierno! No puedo salir porque no tengo ropa. Si la tuviera, por mala que fuese, iría a ver a la señorita Mars, que me conoce y me quiere mucho. ¿No vive aún en la calle de las Tourdes-Dames? Sabed, caballero, que en provincias hemos trabajado juntos. He compartido sus laureles. Celimene vendría a mi socorro, caballero. ¡Elmira daría limosna a Belisario! Pero no; ¡nada! ¡y ni un sueldo en casa! Mi mujer padece de espasmos, efectos de la edad, complicados con una afección del sistema nervioso; necesita ciertos cuidados, lo mismo que mi hija. ¡Pero cómo pagar al médico y la botica sin un cuarto! Me arrodillaría ante una décima, señor. Mirad a lo que están reducidas las artes. ¿Y sabéis, hermosa señorita, y vos, mi generoso protector, vos que respiráis la virtud y la bondad, y que perfumáis esa iglesia donde mi pobre hija, al ir a rezar, os ve todos los días... sabéis por qué yo educo religiosamente a mis hijas? No he querido que se dedicasen al teatro. ¡Ah, las picaruelas! Que las vea yo torcerse... ¡No gasto bromas yo! Les echo largos sermones sobre el honor, sobre la moral, sobre la virtud. Preguntádselo. Es menester que anden derechas. Tienen padre. No son de esas desgraciadas que comienzan por no tener familia y acaban por emparentar con el público: que al principio son la señorita Nadie y después se convierten en la señora de Todo-el-mundo. Pardiez: eso no sucederá en la familia de Fabontou. Trato de educarlas virtuosamente, y que sean honradas y buenas, y que crean en Dios, pardiez. Y bien, señor, mi digno señor, ¿sabéis lo que va a pasar mañana? Mañana es el 4 de febrero, el día fatal, el último plazo que me ha concedido mi casero. Si esta noche no le pago, mañana, mi hija mayor, yo, mi esposa con su calentura, mi hija menor con su herida, todos cuatro seremos arrojados de aquí y echados a la calle, al bulevar, en medio de la lluvia y de la nieve. Mirad, señor: ¡debo cuatro trimestres! un año, es decir, ¡sesenta francos!

Jondrette mentía. Cuatro trimestres no hubieran hecho más que cuarenta francos, y no podía deber cuatro, puesto que no hacía seis meses que Mario había pagado dos.

El señor Blanco sacó cinco francos de su bolsillo, y los echó sobre la mesa.

Jondrette tuvo tiempo de murmurar al oído de su hija mayor:

—¡Tacaño! ¿Qué querrá que haga yo con cinco francos? Con eso no me paga ni la silla, ni el vidrio. ¡Haga usted gastos!

Entretanto se había quitado un gran sobretodo obscuro que llevaba sobre su

levita azul, y lo había echado sobre la espalda de la silla.

—Señor Fabontou—dijo—, no traigo aquí más que esos cinco francos; pero voy a llevar mi hija a casa, y volveré esta noche: ¿no es esta noche cuando debéis pagar...?

La cara de Jondrette se iluminó con una extraña expresión, y contestó vivamente:

—Sí, mi respetable bienhechor. A las ocho debo estar en casa del propietario.

—Vendré a las seis, y os traeré los sesenta francos.

—¡Oh! ¡mi bienhechor! —exclamó Jondrette como delirante.

Y añadió por lo bajo:

—Míralo bien, mujer.

El señor Blanco había cogido el brazo de su hermosa hija, y se volvió hacia la puerta.

—Hasta la noche, amigos míos—dijo.

—¿A las seis?—dijo Jondrette.

—A las seis en punto.

En aquel momento la Jondrette mayor se fijó en el sobretodo dejado sobre la silla.

—Señor—dijo—, olvidáis vuestro gabán.

Jondrette dirigió a su hija una mirada furibunda, acompañada de un encogimiento de hombros formidables.

El señor Blanco se volvió, y contestó sonríendo:

—No lo olvido, lo dejo.

—¡Oh, mi protector! ¡mi augusto bienhechor! —dijo Jondrette—, voy a llorar a lágrima viva con tantas bondades. Permitid que os acompañe hasta vuestro carruaje.

—Si salís—dijo el señor Blanco—, poneos ese abrigo. Verdaderamente hace mucho frío.

Jondrette no se lo hizo repetir dos veces. Enjaretóse rápidamente el sobretodo obscuro.

Y todos tres salieron del desván; Jondrette precediendo a los dos visitantes.

X

TARIFA DE LOS CARRUAJES DE ALQUILER: DOS FRANCOS POR HORA

Mario no había perdido nada de toda esta escena, y en realidad, sin embargo, nada había visto. Sus ojos habían estado constantemente fijos en la joven, su corazón se había, por decirlo así, apoderado de ella, y la había rodeado toda entera desde su primer paso en el desván. Durante todo el tiempo que ella estuvo allí, Mario había vivido con esa vida del éxtasis que suspende las percepciones materiales, y precipita toda el alma sobre un solo punto. Contemplaba, no a aquella joven sino aquella luz que llevaba una manteleta de raso, y un sombrero de terciopelo. Si la estrella Sirio hubiera entrado en el cuarto no le habría deslumbrado más.

En tanto que la joven abría el paquete, desplegaba las prendas y los cobertores, preguntaba a la madre enferma con bondad y a la muchacha herida con enternecimiento, Mario expiaba todos sus movimientos, y procuraba oír sus palabras. Conocía sus ojos, su frente, su belleza, su talle, su andar: lo que no conocía era su voz. Había creído oír algunas palabras una vez en el Luxemburgo, pero no estaba absolutamente seguro de ello. Hubiera dado diez años de su vida por oírla, por poder llevar en su alma un poco de aquella música. Pero todo se perdía en las declamaciones lastimeras, y en las jeremiadas de Jondrette; lo cual irritaba verdaderamente a Mario, aun en medio de su éxtasis. No apartaba de ella los ojos. No podía imaginarse que fuese realmente aquella criatura divina la que veía en medio de seres tan inmundos en aquel monstruoso tugurio. Parecíale ver un colibrí entre sapos.

Cuando la joven salió, él sólo tuvo un pensamiento: seguirla, no perder sus huellas, no dejarla hasta saber dónde vivía, no volverla a perder, a lo menos después de haberla hallado tan milagrosamente. Saltó de la cómoda y cogió su sombrero. Al poner la mano en el picaporte, cuando ya iba a salir, le detuvo una reflexión. El corredor era largo, la escalera estrecha y empinada, Jondrette muy charlatán, el señor Blanco no había aún subido en su coche, y si volviéndose en el corredor, en la escalera o en el portal, le veía en aquella casa, evidentemente se alarmaría, y hallaría medio de escapar de nuevo, y otra vez habría acabado todo. ¿Qué hacer?

¿Esperar un poco? Pero mientras esperaba, el carruaje podría marchar. Mario se hallaba perplejo. Por fin se arriesgó y salió de su cuarto.

No había ya nadie en el corredor; corrió a la escalera; tampoco había nadie en la escalera. Bajó a escape, y llegó al bulevar a tiempo para ver a un coche de alquiler volver la esquina de la calle del Petit-Banquier y entrar en París.

Mario se precipitó en aquella dirección. Al llegar a la esquina del bulevar, volvió a ver el coche que bajaba rápidamente por la calle Mouffetard. El coche estaba ya muy lejos, y no había medio de alcanzarle. ¿Qué hacer? ¿Correr detrás de él? Imposible. Además, desde el carruaje podrían observar que un individuo corría a todo escape en su persecución, y el padre le conocería. En aquel momento, ¡casualidad inaudita y maravillosa! Mario vió un cabriolé de alquiler que pasaba vacío por el bulevar. Sólo había un partido que tomar: subir en el cabriolé y seguir al coche. Esto era seguro, eficaz.

Mario hizo seña al cochero de que parara, y le gritó:

—¡Por horas!

Mario estaba sin corbata, tenía puesto el traje viejo de los días de trabajo, al cual le faltaban algunos botones, y su camisa estaba rota por uno de los pliegues de la pechera.

El cochero se detuvo, guiñó el ojo, y extendió hacia Mario su mano izquierda, frotando suavemente el índice y el pulgar.

—¿Qué hay?—dijo Mario.

—Pago anticipado—dijo el cochero.

Mario se acordó que no llevaba consigo más que diez y seis sueldos

—¿Cuánto?—preguntó

—Cuarenta sueldos.

—Al volver, pagaré.

El cochero por toda respuesta silbó la canción de la Palisse, y aplicó un latigazo al caballo.

Mario miró alejarse el cabriolé con aire consternado. Por veinticuatro sueldos que le faltaban, perdía su alegría, su felicidad, su amor y volvía a caer en las tinieblas. Había visto, y quedaba nuevamente ciego. Pensó amargamente, y preciso es decirlo, con un profundo pesar en los cinco francos que aquella misma mañana había dado a aquella miserable muchacha. Si hubiera tenido sus cinco francos, estaba salvado; renacía, salía del limbo, de las tinieblas; salía del aislamiento, del *spleen*, de la viudez; reanudaba el negro hilo de su destino a aquel hermoso hilo de oro que acababa de flotar ante sus ojos y de romperse otra vez. Volvió, pues, a su boardilla desesperado.

Habría podido reflexionar que el señor Blanco había prometido volver por la noche, y que sólo de él dependía manejarse mejor aquella vez para seguirle; pero en su contemplación apenas lo había oído.

En el momento de subir la escalera vió al otro lado del bulevar, junto a la desierta pared de la calle de la Barrera de los Gibelinos, a Jondrette envuelto en el sobretodo del «filántropo», que hablaba con uno de esos hombres de figura sospechosa, que se ha convenido en llamar *vagos de las barreras*; gentes de aspecto equívoco, de monólogos sospechosos, que tienen aire de mal pensados, y que duermen muy comúnmente por el día, lo que hace suponer que trabajan por la noche.

Aquellos dos hombres, hablando inmóviles bajo la nieve que caía a grandes copos, formaban un grupo, que a un agente de policía le hubiera de seguro llamado la atención, pero en el que Mario apenas reparó.

Sin embargo, por dolorosa que fuese su meditación, no pudo menos de decirse que aquel vago de las barreras con quien Jondrette hablaba se parecía a un tal Panchaud, (a) Primaveral, (a) Colmenero, que Courfeyrac le había enseñado una vez, y que pasaba en el barrio por un paseante nocturno bastante peligroso. Ya hemos visto en el libro precedente el nombre de este mozo. Aquel Panchaud, (a) Primaveral, (a) Colmenero, figuró posteriormente en muchas causas criminales, y llegó a ser un bribón célebre. Entonces no era más que un bribón notable. Hoy existe en estado de tradición entre los bandidos y ladrones. A fines del último reinado, formaba escuela. Y al anochecer, a la hora en que se forman grupos y se habla en voz baja, hablaban de él

en la Fuerza, en la Cueva de los Leones. En aquella prisión, precisamente en el sitio donde pasaba bajo el camino de ronda el canal de la alcantarilla que sirvió para la inaudita fuga en pleno día de treinta presos en 1843, se podía, encima de los ladrillos de la alcantarilla, leer su nombre. PANCHAUD, audazmente grabado por él en la pared en una de sus tentativas de evasión. En 1832, la policía le vigilaba ya; pero aún no se había estrenado seriamente.

XI

OFERTAS DE SERVICIO DE LA MISERIA AL DOLOR

Mario subió la escalera de la boardilla a paso lento: cuando iba a entrar en su celda, vió detrás de sí a la Jondrette mayor, que le seguía. Aquella muchacha le era odiosa a la vista: ella era quien tenía sus cinco francos; era ya demasiado tarde para reclamárselos; el cabriolé no estaba ya allí, y el coche del señor Blanco iba muy lejos. Además, no se los devolvería. En cuanto a preguntarle por la casa de los que ha poco habían estado allí, era inútil, pues evidentemente no lo sabía, toda vez que la carta firmada Fabontou iba dirigida «Al bienhechor de la iglesia de Santiago de Haut-Pas».

Mario entró en su cuarto y empujó la puerta tras de sí. No se cerraba, y volviéndose vió una mano que mantenía la puerta entreabierta.

—¿Qué hay?—preguntó—, ¿quién está ahí?

Era la Jondrette.

—¿Sois vos?—replicó Mario con dureza—; ¿otra vez vos? ¿Qué queréis?

Ella parecía pensativa y no le miraba. No tenía la seguridad de aquella mañana. No había entrado, y se mantenía en la sombra del corredor, donde Mario la veía por entre la puerta entreabierta.

—¿Contestáis o no?—dijo Mario—. ¿Qué me queréis?

Ella levantó hacia él su vista apagada, donde parecía encenderse vagamente una especie de claridad, y le dijo:

—Señor Mario, parece que estáis triste; ¿qué tenéis?

—¡Yo!—dijo Mario.

—Sí, vos.

—No tengo nada.

—Sí.

—No.

—Os digo que sí.

—Dejadme en paz.

Mario empujó nuevamente la puerta, pero ella continuó reteniendola abierta.

—Mirad—dijo—, hacéis mal. Aun cuando no seáis rico, habéis sido bueno esta mañana, sedlo también ahora. Me habéis dado para comer; decidme ahora lo que tenéis. Estáis apesadumbrado, eso se ve a la legua. No quisiera que tuvierais pena ninguna. ¿Qué hay que hacer para ello? ¿Puedo serviros en algo? Empleadme. No os pregunto vuestros secretos, no necesito que me los digáis; pero, en fin, puedo seros útil. Bien puedo ayudaros, puesto que ayudo a mi padre. Cuando es menester llevar cartas, ir a las casas, preguntar de puerta en puerta, hallar unas señas, seguir a alguno, yo sirvo para eso. Pues bien: confiadme lo que tenéis, iré a hablar a las personas; algunas veces alguien que hable a las personas basta para que se sepan las cosas, y todo se arregla. Servíos de mí.

Una idea atravesó por la imaginación de Mario. ¿Quién desdeña una rama cualquiera cuando se siente caer?

Acercóse a la Jondrette.

—Oye—le dijo.

Esta le interrumpió con un relámpago de alegría en los ojos.

—Sí, sí, tuteadme: prefiero eso.

—Pues bien—replicó—; ¿tú has traído aquí a ese caballero anciano con su hija?

—Sí.

—¿Sabes dónde viven?

—No.

—Averígualo.

La mirada de la Jondrette de triste se había vuelto alegre, de alegre se tornó sombría.

—¿Eso es lo que queréis?—preguntó.

—Sí.

—¿Los conocéis acaso?

—No.

—Es decir—replicó vivamente—, no la conocéis, pero queréis conocerla.

Aquellos *los* que se habían convertido en *la* tenían un no sé qué de significativo y de amargo.

—¿Puedes o no?—dijo Mario.

—Tendréis las señas de esa hermosa señorita.

Había en las palabras *hermosa señorita* un acento que importunó a Mario, el cual replicó:

—¡En fin! no importa: las señas del padre y de la hija. Sus señas es lo que quiero.

La Jondrette le miró fijamente.

—¿Qué me daréis?

—Todo lo que quieras.

—¿Todo lo que yo quiera?

—Sí.

—Tendréis esas señas.

Bajó la cabeza; luego con un movimiento brusco tiró de la puerta que se cerró. Mario se encontró solo.

Dejóse caer sobre una silla, la cabeza y los codos apoyados en la cama, abismado en pensamientos que no podía retener, y como poseído de un vértigo. Todo lo que había pasado desde la mañana, la aparición del ángel, su desaparición, lo que aquella muchacha acababa de decirle, un vislumbre de esperanza flotando en una inmensa desesperación, todo esto llenaba confusamente su cerebro.

De pronto se vió interrumpida violentamente su meditación.

Oyó la voz alta y dura de Jondrette pronunciar estas palabras, que para él tenían el más extraño interés.

—Te digo que estoy seguro de ello, y que le he conocido.

¿De quién hablaba Jondrette? ¿A quién había conocido? ¿Al señor Blanco? ¿Al padre de «su Ursula»? ¿Acaso Jondrette le conocía? ¿Iba Mario a tener de aquel modo brusco e inesperado todas las noticias, sin las cuales su vida era obscura para él mismo? ¡Iba a saber, por fin, a quién amaba? ¿Quién era aquella joven? ¿Quién era su padre? ¿Estaba a punto de iluminarse la espesa sombra que los cubría? ¿Iba a romperse el velo? ¡Ah, cielos!

Saltó más bien que subió sobre la cómoda, y volvió a su puesto cerca del pequeño agujero del tabique.

Desde allí volvió a ver el interior de la cueva de Jondrette.

XII

EMPLEO DE LA MONEDA DE CINCO FRANCOS DEL SEÑOR BLANCO

Nada había cambiado en el aspecto de la familia, como no fuese la mujer y las hijas, que habían sacado del paquete y se habían puesto medias y camisetas de lana. Dos cobertores nuevos estaban tendidos sobre las dos camas.

Jondrette acababa evidentemente de entrar. Tenía todavía como una especie de sobrealiento producido por el cansancio. Sus hijas estaban sentadas en el suelo cerca de la chimenea, la mayor curando la mano de la menor. Su mujer estaba como acurrucada en la tarima inmediata a la chimenea, con rostro estupefacto. Jondrette se paseaba por el desván, de un extremo a otro, a largos pasos, y sus miradas eran extraordinarias.

La mujer que parecía tímida, y como herida de estupor ante su marido, se atrevió a preguntarle:

—Pero, ¿de veras? ¿Estás seguro?

—¡Seguro! Hace ya ocho años, pero ¡le conozco! ¡Oh, sí, le conozco! ¡le conocí en seguida! ¡Cómo! ¿no te ha saltado a la vista?

—No.

—¡Y, sin embargo, te dije que pusieras atención! Pero es su estatura, su cara, apenas más viejo; hay personas que no envejecen, yo sé cómo hacen, es el mismo eco de voz. Mejor vestido: es la única diferencia. ¡Ah, viejo misterioso del diablo, ya te tengo!

Se paró, y dijo a sus hijas:

—Vosotras idos de aquí. Es raro que no te haya saltado a la vista.

Las hijas se levantaron para obedecer. La madre balbuceó:

—¿Con su mano mala?

—El aire le sentará bien—dijo Jondrette—. Idos.

Evidentemente aquel hombre era de esos a quienes no se replica. Las dos muchachas salieron.

En el momento en que iban a atravesar el umbral de la puerta, el padre detuvo a la mayor por el brazo, y dijo con un acento particular:

—Estaréis aquí las dos a las cinco en punto: os necesito.

Mario redobló su atención.

Jondrette, solo ya con su mujer, se

puso a pasear nuevamente por el cuarto, y dió dos o tres vueltas en silencio. Después ocupó algunos minutos en hacer entrar y pasar por la cintura del pantalón la parte inferior de la camisa de mujer que tenía puesta.

De pronto volvióse hacia la Jondrette, cruzó los brazos, y exclamó:

—¿Quieres que te diga una cosa? La señorita...

—Y bien, ¿qué?—replicó la mujer—: ¿la señorita?

Mario no podía dudar; era de ella de quien se hablaba. Escuchaba con ardiente ansiedad. Toda su vida estaba en sus oídos.

Pero Jondrette se había inclinado, y había hablado bajo a su mujer. Luego se levantó, y terminó en alta voz:

—¡Es ella!

—¿Esa?—dijo la mujer.

—Esa—contestó el marido.

No hay palabra que pueda expresar lo que había en el «esa» de la madre. Eran la sorpresa, la rabia, el odio y la cólera mezclados y combinados en monstruosa entonación. Habían bastado algunas palabras, el nombre sin duda que su marido le había dicho al oído, para que aquella mujer gorda adormecida se despertase, y de repugnante se volviese espantosa.

—¡Imposible!—exclamó—. Cuando pienso que mis hijas van con los pies descalzos, y que no tienen un vestido que ponerse: ¡Cómo! ¡Una manteleta de raso, sombrero de terciopelo, botas y todo! ¡Más de doscientos francos en trapos! ¡Cualquiera creería que es una señora! No, te engañas; pero, en primer lugar, la otra era horrible, y ésta no es fea: de veras que no es del todo fea. ¡No puede ser ella!

—¡Te digo que es ella! Ya verás.

A aquella afirmación tan absoluta, la Jondrette alzó su ancha cara roja y rubia, y miró al techo con una expresión deforme. En aquel momento le pareció a Mario más temible aún que su marido. Era una cerda con la mirada de un tigre.

—¡Cómo!—replicó—: esa horrible hermosa señorita que miraba a mis hijas con aire de piedad, ¿sería aquella pelona? ¡Oh! ¡quisiera destriparla a zapatazos!

Saltó de la cama y permaneció un momento en pie, despeinada, con las ventanas de la nariz dilatadas, entreabierta la boca, crispados los puños, y echados hacia atrás. Luego se volvió a dejar caer sobre la tarima.

El hombre iba y venía sin parar la atención en su hembra.

Después de algunos momentos de silencio, se aproximó a la Jondrette, y se detuvo delante de ella con los brazos cruzados, como lo había hecho momentos antes.

—¿Y quieres que diga otra cosa?

—¿Qué?—preguntó ella.

Jondrette respondió en voz baja y breve:

—Que mi fortuna está hecha.

La Jondrette le miró con esa mirada que quiere decir: «¡Si estará loco el que me habla!»

El continuó:

—¡Mil truenos! Ya hace bastante tiempo, me parece que soy feligrés de la parroquia muérete de hambre si tienes fuego; muérete de frío si tienes pan. Bastante miseria he tenido ya, mi carga y la de los demás. No me chanceo, esto ya no me divierte; ¡basta de bromas, buen Dios! ¡No más farsas, Padre Eterno! Quiero que mi hambre coma, y que mi sed beba: quiero zampar, dormir, y no hacer nada. ¡Quiero ser un poco millonario!

Dió la vuelta a la cueva y añadió:

—Como los demás.

—¿Qué quieres decir?—preguntó la mujer.

Sacudió la cabeza, guiñó los ojos, y alzó la voz como un charlatán de plazuela que va a hacer una demostración.

—¿Lo que quiero decir? Escucha.

—¡Chist!—murmuró la Jondrette—: ¡no tan alto! Si vas a hablar de asuntos, no es menester que nos oigan.

—¡Bah! ¿quién nos ha de oír? ¿el vecino? Le he visto salir hace poco. Además, que ese gran bestia, ni oye, ni ve, ni entiende, y luego, como ya te he dicho, le he visto salir.

Sin embargo, por una especie de instinto, Jondrette bajó la voz aunque no lo bastante para que sus palabras no llegasen a oídos de Mario. Una circunstancia favorable, y que había per-

mitido a Mario no perder nada de esta conversación, es que la nieve que había caído amortiguaba el ruido de los carruajes del bulevar.

Mario oyó lo siguiente:

—Escucha: el Creso está cogido o como si lo estuviera; es cosa hecha; todo está arreglado. He visto a algunos amigos; él vendrá a las seis. ¡Traerá sesenta francos! ¡canalla! ¿Has visto cómo le he enredado para que suelte los sesenta francos, con mi casero y con el 4 de febrero que no puede ser fin de trimestre? ¡Qué bestia! Vendrá, pues, a las seis. A esa hora el vecino se habrá ido a comer; la tía Bougon estará fregando los platos en la ciudad; no habrá nadie en la casa. El vecino no vuelve nunca hasta las once; las chicas estarán de escucha, tú nos ayudarás, y él se ejecutará.

—¿Y si no se ejecuta?—preguntó la mujer.

Jondrette hizo un gesto siniestro, y dijo:—Nosotros lo ejecutaremos.

Y soltó una carcajada.

Era la primera vez que Mario lo veía reír. Aquella risa era fría y suave, y hacía estremecer.

Jondrette abrió un armario que estaba cerca de la chimenea, y sacó de él una gorra vieja, que se puso, después de haberla limpiado con la manga.

—Ahora—dijo—voy a salir; tengo aún que ver a algunos de los buenos. Ya verás cómo esto marcha. Estaré fuera el menos tiempo posible; es un buen golpe el que vamos a dar: guarda la casa.

Y con las manos metidas en los bolsillos del pantalón permaneció un momento pensativo, luego exclamó:

—¿Sabes que no es mala chiripa que no me haya conocido? Si me hubiese conocido, no volvería: ¡Se nos escapa! ¡Mi barba es la que nos ha salvado! ¡Mi perilla romántica! ¡Mi linda perilla romántica!

Y se echó a reír de nuevo.

Después se acercó a la ventana. Continuaba nevando, y el cielo estaba gris.

—¡Qué tiempo tan perro!—dijo.

Luego, abrochándose el sobretodo, añadió:

—Tiene el pelo muy largo. Es igual; ha hecho endiabladamente bien en dejármelo el tunante del viejo. Sin esto no hubiera podido salir, y todo se lo habría llevado la trampa. ¡Qué casualidades hay en el mundo!

Y, hundiéndose la gorra hasta los ojos, salió.

Apenas había tenido tiempo de dar algunos pasos fuera, cuando la puerta se volvió a abrir, y su perfil montés e inteligente reapareció por la abertura.

—Me olvidaba decirte que tengas preparada una estufa de carbón.

Y arrojó a su mujer en el delantal el napoleón que le había dejado el «filántropo».

—¿Una estufa de carbón?—preguntó la mujer.

—Sí.

—¿Cuánto compro?

—Una arroba.

—Eso costará treinta sueldos: con el resto traeré de comer.

—Diablo, no.

—¿Por qué?

—No vayas a gastarlo todo.

—¿Por qué?

—Porque yo por mi parte tendré que comprar algo.

—¿El qué?

—Algo.

—¿Cuánto necesitarás?

—¿Dónde hay por aquí un quincallero?

—En la calle de Mouffetard.

—¡Ah! sí: en la esquina de la calle; ya recuerdo la tienda.

—Pero, dime, ¿cuánto te hace falta para eso que necesitas comprar?

—Cincuenta sueldos o tres francos.

—No quedará mucho para la comida.

—Hoy no se trata de comer: hay algo mejor que hacer.

—Basta, hermoso.

Oído este mimo de su mujer, Jondrette cerró la puerta, y esta vez Mario oyó sus pasos alejarse por el corredor del caserón, y bajar rápidamente la escalera. La una daba en aquel momento en San Medardo.

XIII

SOLUS CUM SOLO, IN LOCO REMOTO, NON COGITABUNTUR ORARE PATER NOSTER

Por más soñador que fuese Mario, ya hemos dicho que era de naturaleza fir-

me y enérgica. Los hábitos de recogimiento solitario, desarrollando en él la simpatía y la compasión, habían disminuído tal vez la facultad de irritarse; pero habían dejado intacta la facultad de indignarse. Tenía la benevolencia de un brahmán, y la severidad de un juez: se apiadaba de un sapo, pero aplastaba a una víbora. Ahora bien: su mirada había penetrado en un agujero de víboras: era un nido de monstruos el que tenía en su presencia.

—¡Es preciso aplastar a esos miserables!—dijo.

Ninguno de los enigmas que esperaba ver disiparse se había aclarado: por el contrario, casi todos se habían obscurecido más tal vez. Nada más sabía sobre la hermosa joven del Luxemburgo, ni sobre el hombre a quien llamaba el señor Blanco, sino que Jondrette los conocía. Al través de las tenebrosas palabras que había oído, sólo entreveía una cosa distintamente, y era que se preparaba una emboscada, una emboscada obscura, pero terrible; que los dos corrían un gran peligro; la joven probablemente, el padre, de seguro; que era menester salvarlos; que era preciso deshacer las horribles combinaciones de los Jondrette, y romper la tela de aquellas arañas.

Observó un momento a la Jondrette. Había sacado de un rincón un viejo hornillo de palastro, y andaba revolviendo en sus útiles de hierro viejo.

Bajóse de la cómoda lo más suavemente que pudo, y cuidando de no hacer el menor ruido.

En su espanto por lo que se preparaba, y en el horror que los Jondrette le habían causado, sentía una especie de alegría con la idea de que le sería dado prestar un gran servicio a la que amaba.

—Pero, ¿qué hacer? ¿Advertir a las personas amenazadas? ¿Dónde encontrarlas? No sabía sus señas. Habían reaparecido un momento a sus ojos, y después se habían vuelto a hundir en las inmensas profundiddes de París. ¿Esperar al señor Blanco a la puerta, por la noche a las seis, en el momento en que llegase, y prevenirle del lazo? Pero Jondrette y su gente le verían espiar; el sitio estaba desierto, serían más fuertes que él; hallarían medio de cogerle o de alejarle, y aquel a quien Mario quería salvar, quedaría perdido. Acababa de dar la una: la emboscada no debía verificarse hasta las seis. Mario tenía cinco horas de que disponer.

No había más que una cosa que hacer.

Púsose su frac presentable, atóse un pañuelo al cuello, cogió el sombrero y salió, sin hacer más ruido que si hubiese caminado sobre musgo y descalzo.

Mientras tanto, la Jondrette continuaba revolviendo sus chismes.

Una vez fuera de la casa, se dirigió a la calle del Petit-Banquier.

Iba como a la mitad de esta calle, cerca de una tapia muy baja, que se podía saltar en ciertos sitios, la cual daba a un terreno erial; caminaba lentamente, pensativo; la nieve amortiguaba el ruido de sus pasos, cuando de pronto oyó voces que hablaban muy cerca de él. Volvió la cabeza: la calle estaba desierta; a nadie se veía; estaba en pleno día, y, sin embargo, se oían distintamente dos voces.

Tuvo idea de mirar por encima de la pared que costeaba.

Había allí, en efecto, dos hombres pegados a la pared, sentados en la nieve, y hablando bajo.

Aquellas dos figuras le eran desconocidas: el uno era un hombre barbudo con blusa, y el otro un hombre cabelludo, todo desarrapado. El barbudo tenía un gorro griego, el otro la cabeza desnuda y nieve en los cabellos.

Avanzando la cabeza por encima de ellos, Mario podía oír.

El cabelludo empujaba al otro con el codo, y le decía:

—Con el Patrón Minette la cosa no puede fallar.

—¿Lo crees así?—dijo el barbudo.

Y el cabelludo replicó:

—Siempre dará para cada uno una recua de quinientos machos, y lo peor que puede suceder son: cinco años, seis, diez a lo más.

El otro contestó con cierta vacilación y tiritando bajo su gorro griego:

—Eso es una cosa positiva, y no se debe ir en busca de esas cosas.

—Te digo que el negocio no puede fallar—replicó el cabelludo—; desataremos la culebra.

Luego se pusieron a hablar de un melodrama que habían visto la víspera en el teatro de la Gaité.

Mario continuó su camino.

Parecíale que las palabras obscuras de aquellos hombres, tan extrañamente ocultos detrás de la pared, y acurrucados sobre la nieve, tal vez no dejaban de tener alguna relación con los abominables proyectos de Jondrette. Este debía ser «el negocio».

Dirigióse hacia el arrabal de San Marcelo, y preguntó en la primera tienda que encontró dónde había una delegación de policía.

Indicáronle la calle de Pontoise, y el número 14.

Mario se encaminó allá.

Al pasar por delante de una panadería compró un panecillo de dos sueldos, y lo comió, previendo que no comería más aquel día.

Mientras andaba, hizo justicia a la Providencia. Pensó que si no hubiese dado por la mañana sus cinco francos a la hija de Jondrette, hubiera seguido al coche del señor Blanco, y por consiguiente, lo habría ignorado todo : nada se hubiera opuesto a la celada de los Jondrette, y el señor Blanco estaba perdido, y sin duda alguna su hija con él.

XIV

DONDE UN AGENTE DE POLICÍA DA DOS CACHORRILLOS (1) A UN ABOGADO

Al llegar al número 14 de la calle de Pontoise, subió al piso principal, y preguntó por el comisario de policía.

—El señor comisario de policía no está—contestó un ordenanza de la oficina— ; pero hay un inspector que le reemplaza. ¿Queréis hablarle? ¿Es cosa urgente?

—Sí—dijo Mario.

El ordenanza lo introdujo en el gabinete del comisario. Un hombre de alta estatura estaba allí en pie, detrás de un enrejado, apoyado en una estufa, y levantando con sus dos manos los faldones de un gran carrik de tres esclavinas. Tenía cara cuadrada, boca pequeña y firme, espesas patillas entrecanas, muy erizadas, y una mirada capaz de registrar hasta el fondo de los bolsillos. Hubiérase podido decir de aquella mirada, no que penetraba, sino que registraba.

Aquel hombre tenía el aire no menos feroz y no menos temible que Jondrette ; algunas veces causa tanta inquietud un encuentro de un perro de presa como el de un lobo.

—¿Qué queréis?—dijo a Mario, sin añadir «caballero».

—Ver al comisario de policía.

—Está ausente : yo le reemplazo.

—Es para un asunto muy secreto.

—Entonces, hablad.

—Y muy urgente.

—Entonces, hablad pronto.

Aquel hombre, tranquilo y brusco, era a la vez temible y tranquilizador : inspiraba temor y confianza. Mario le refirió la aventura : «Que una persona a quien no conocía más que de vista, debía ser atraída por la noche a una emboscada ; que, habitando en el cuarto inmediato a la cueva, él, Mario Pontmercy, abogado, había oído todo el complot al través de la pared ; que el malvado que había ideado el plan era un hombre llamado Jondrette ; que tendría cómplices, probablemente entre los vagos de las barreras, y entre otros un tal Panchaud, (a) Primaveral, (a) Colmenero ; que las hijas de Jondrette estarían en acecho ; que no había medio alguno de prevenir a la persona amenazada, toda vez que ni aun se sabía su nombre ; y, por último, que todo esto debía verificarse a las seis de la tarde en el punto más desierto del bulevar del Hospital, en la casa números 50 y 52».

Al oír este número, el inspector levantó la cabeza y dijo fríamente :

—¿Es, pues, en el cuarto del extremo del corredor?

—Precisamente—dijo Mario, y añadió— : ¿Por ventura conocéis la casa?

El inspector permaneció un momento silencioso : luego contestó, calentándose el tacón de la bota en la puertecilla de la estufa :

—Probablemente.

Y continuó entre dientes, hablando,

(1) El original dice: «deux coups de poing», que traducido literalmente quiere decir: «dos puñetazos.» Excusado es advertir que es uno de tantos retruécanos como se encuentran a cada paso.

más que a Mario, a su corbata :

—Por ahí debe de andar el Patrón Minette.

Esta palabra llamó la atención de Mario.

—¡El Patrón Minette!—dijo— ; en efecto, he oído pronunciar esta palabra.

Y refirió al inspector el diálogo que tenían el hombre cabelludo y el hombre barbudo en la nieve, detrás de la tapia de la calle del Petit-Banquier.

El inspector murmuró :

—El cabelludo debe de ser Brujon y el barbudo debe de ser Demiliard, (a) Dos-millares.

Había bajado nuevamente los párpados y meditaba.

—En cuanto a la culebra, ya comprendo lo que podrá ser. ¡Bueno! he quemado mi carrik. Siempre ponen demasiado fuego en estas malditas estufas. Números 50 y 52, antigua casa de Gorbeau.

Luego fijó la vista en Mario.

—¿No habéis visto más que a ese barbudo y a ese cabelludo?

—Y a Panchaud.

—¿Y no habéis visto rondar por allí a un currutaquillo con quien cargue el diablo?

—No.

—¿Ni a un grandote, macizo, que se parece al elefante del Jardín Botánico?

—No.

—¿Ni a un malafacha, que tiene todo el aire de un antiguo colarroja?

—Tampoco.

—En cuanto al cuarto, nadie le ve, ni aun sus ayudantes, dependientes o empleados. No es, pues, sorprendente que no lo hayáis visto.

—No. ¿Pero qué es eso y quiénes son esos seres?—preguntó Mario.

El inspector respondió :

—Además que tampoco es ésa su hora.

Volvió a guardar silencio ; luego continuó :

—Números 50 y 52 : conozco ese caserón. Imposible que nos ocultemos en el interior sin que los artistas lo noten, y entonces saldrían del paso con dejar ese drama para otro día. ¡Son tan modestos! El público les incomoda. Nada, nada. Quiero oírles cantar y hacerles bailar.

Terminado este monólogo, se volvió hacia Mario, y le preguntó, mirándole fijamente :

—¿Tenéis miedo?

—¿De qué?—dijo Mario.

—De esos hombres.

—Ni más ni menos que vos—replicó rudamente Mario, que comenzó a notar que el polizonte no le había llamado aún «caballero».

El inspector miró a Mario más fijamente todavía, y replicó con una especie de solemnidad sentenciosa :

—Habláis como un hombre valiente y como un hombre honrado. El valor no teme al crimen, ni la honradez teme a la autoridad.

Mario le interrumpió :

—¡Bueno! ¿Pero qué pensáis hacer?

El inspector se limitó a contestarle :

—Los inquilinos de esa casa tienen picaporte para entrar por la noche en sus cuartos. Vos debéis tener uno.

—Sí—dijo Mario.

—¿Lo lleváis por casualidad?

—Sí.

—Dádmelo—dijo el inspector.

Mario sacó su llave del bolsillo, se la dió al inspector y añadió :

—Si me queréis creer, haréis bien en ir acompañado.

El inspector dirigió a Mario la misma mirada que habría dirigido Voltaire a un académico de provincia que le hubiese dado un consonante. Sumergió en un solo movimiento sus dos manos, que eran enormes, en los dos inmensos bolsillos de su carrik, y sacando de ellos dos pequeñas pistolas de acero, de esas que se llaman cachorrillos, se las presentó a Mario, diciéndole vivamente y con tono breve :

—Tomad esto. Volved a vuestra casa. Ocultaos en vuestro cuarto de modo que crean que habéis salido. Están cargados, cada uno con dos balas. Observaréis, pues, que hay un agujero en la pared, como me habéis dicho. Esa gente irá ; dejadla obrar, y cuando juzguéis la cosa a punto, y que es tiempo de prenderlos, tiraréis un pistoletazo : no antes. Lo demás es cosa mía. Un tiro al aire, al techo, adonde se os antoje. Sobre todo, que no sea demasiado pronto. Aguardad a que hayan principiado la ejecución : vos sois abogado, y sabéis lo que esto quiere decir.

Mario cogió las pistolas y las metió en el bolsillo del pecho de su frac.

—Eso hace mucho bulto: se ve— dijo el inspector—. Metedlas más bien en los bolsillos del pantalón.

Mario ocultó las pistolas donde el inspector le indicaba.

—Ahora — prosiguió el inspector—, no hay que perder un minuto. ¿Qué hora es? Las dos y media. ¿No es para las siete?

—A las seis—dijo Mario.

—Tengo tiempo—replicó el inspector—, pero sólo el tiempo preciso. No olvidéis nada de cuanto os he dicho. ¡Pan! ¡Un tiro!

—Descuidad—respondió Mario.

Y al poner la mano en la cerradura de la puerta para salir, el inspector le gritó:

—A propósito: si de aquí a entonces tuvierais necesidad de mí, venid o mandadme recado: preguntaréis por el inspector Javert.

XV

JONDRETTE HACE SUS COMPRAS

Algunos momentos después, hacia las tres, Courfeyrac pasaba por casualidad por la calle de Mouffetard en compañía de Bossuet. La nieve redoblaba y llenaba el espacio: Bossuet iba diciendo a Courfeyrac:

—Al ver caer todos estos copos de nieve, diríase que en el cielo hay peste de mariposas blancas.

De pronto Bossuet divisió a Mario, que subía la calle hacia la barrera con un aire particular.

—Mira—dijo Bossuet—, mira a Mario.

—Ya le he visto—dijo Courfeyrac—. No le hablemos.

—¿Por qué?

—¡Va ocupado!

—¿En qué?

—¿No ves la cara que tiene?

—¿Qué cara?

—La del que va siguiendo a alguien.

—Es verdad—dijo Bossuet.

—¿Ves qué ojos pone?—dijo Courfeyrac.

—¿Pero a quién diablos sigue?

—A alguna pollita de quince en adelante: está enamorado.

—Pero—observó Bossuet—, es que por aquí no veo ni pollas, ni gallinas, ni ninguna clase de faldas. No hay una mujer en todo lo que alcanza la vista.

Courfeyrac miró y exclamó:

—Sigue a un hombre.

Un hombre; en efecto, cubierto con una gorra, y cuya barba gris se distinguía, aun cuando no se le veía más que de espalda, caminaba a unos veinte pasos delante de Mario.

Aquel hombre iba vestido con un sobretodo nuevo, demasiado ancho para él, y con un espantoso pantalón roto y ennegrecido por el lodo.

Bossuet rompió a reír a carcajadas.

—¿Qué especie de hombre es ése?

—¿Ese?—replicó Courfeyrac—es un poeta. Los poetas suelen llevar muy a menudo pantalones de mercaderes de pieles de conejo, y sobretodos de pares de Francia.

—Veamos dónde va Mario—dijo Bossuet—; veamos dónde va ese hombre: sigámosles, ¿eh?

—Bossuet—exclamó Courfeyrac—, águila de Meaux, sois un bruto prodigioso. ¡Seguir a un hombre que sigue a otro hombre!

Y volvieron pies atrás.

Mario, en efecto, había visto pasar a Jondrette por la calle Mouffetard, y le espiaba.

Jondrette caminaba delante de él sin sospechar que le iban vigilando.

Salió de la calle de Mouffetard, y Mario le vió entrar en una de las más horribles covachas de la calle Gracieuse, donde permaneció como un cuarto de hora, y luego volvió a la calle Mouffetard. Detúvose en casa de un quincallero que había en aquella época en la esquina de la calle de Pierre-Lombard, y algunos minutos después Mario le vió salir de la tienda, llevando en la mano un gran cortafríos, con mango de madera blanca, que ocultó bajo el sobretodo. A la altura de la calle del Petit-Gentilly, volvió a la izquierda, y se encaminó rápidamente a la calle del Petit-Banquier. El día iba cayendo; la nieve, que había cesado por unos momentos, volvía a comenzar; Mario se ocultó detrás de la esquina misma de la calle del Petit-Banquier, que estaba, como siempre, desierta, y no siguió a

Jondrette. Hizo bien, porque llegado que hubo a la tapia baja donde Mario había oído al hombre cabelludo y al hombre barbudo, Jondrette se volvió, se aseguró de que nadie le seguía ni le veía, y luego saltó la tapia y desapareció.

El terreno erial que cercaba aquella tapia, comunicaba con el corral de un antiguo alquilador de carruajes, no muy bien afamado, que había hecho quiebra, y que tenía aún bajo los cobertizos algunas viejas berlinas.

Mario creyó que sería prudente aprovechar la ausencia de Jondrette para entrar en la casa: además, la hora se acercaba. Todas las tardes la tía Bougon, al marchar para ir a fregar la vajilla a la ciudad, acostumbraba cerrar la puerta de la casa, que al anochecer quedaba irremisiblemente cerrada. Mario había dado su llave al inspector de policía: era, pues, importante que se apresurase.

La noche se venía encima, y casi, casi había ya cerrado: no había ya en el horizonte ni en la inmensidad más que un punto iluminado por el sol; la luna, que se levantaba rojiza por detrás de la cúpula baja de la Salpetrière.

Mario llegó a grandes pasos al número 50 y 52, en ocasión en que todavía estaba abierta la puerta. Subió la escalera de puntillas, y se deslizó a lo largo de la pared del corredor hasta su cuarto. Aquel corredor, ya se recordará, tenía a ambos lados desvanes que en aquel momento estaban todos vacíos y por alquilar. La tía Bougon dejaba habitualmente las puertas abiertas. Al pasar por delante de una de aquellas puertas, Mario creyó divisar en el deshabitado cuarto cuatro cabezas de hombres inmóviles, blanqueadas vagamente por un rayo de luz que penetraba por una claraboya.

Mario no trató de ver, no queriendo ser visto. Consiguió entrar en su cuarto sin ser notado y sin ruido. Ya era tiempo. Pocos instantes después oyóse a la tía Bougon que se iba y cerraba la puerta de la casa.

XVI

DONDE SE VOLVERÁ A HALLAR LA CANCIÓN DE MÚSICA INGLESA QUE ESTABA DE MODA EN 1832.

Mario se sentó en su cama. Podían ser las cinco y media; media hora solamente le separaba de lo que iba a suceder. Oía latir sus arterias, como se oye el movimiento del volante de un reloj en la obscuridad. Pensaba en aquella doble marcha que se efectuaba en aquel momento en las tinieblas: el crimen avanzando por un lado; la justicia avanzando del otro. No tenía miedo; pero no podía pensar sin cierto sobresalto en lo que iba a suceder. Como a todo aquel a quien repentinamente asalta una aventura sorprendente, aquel día entero le causaba el efecto de un sueño, y para no creerse juguete de una pesadilla, necesitaba sentir en sus bolsillos el frío de las dos pistolas de acero.

Ya no nevaba: la luna, cada vez más clara, se desprendía de las nubes, y su luz, mezclada con el reflejo blanquecino de la nieve que había caído, daba a la habitación un aspecto crepuscular.

En el tugurio de los Jondrette había luz. Mario veía brillar el agujero de la medianería con una claridad rojiza que le parecía sangrienta.

Era evidente que aquella claridad no podía ser producida por una vela. Además, en casa de los Jondrette no se notaba movimiento alguno: nadie se movía: nadie hablaba; no se oía un soplo: el silencio era glacial y profundo, y sin aquella luz se hubiera creído que se estaba al lado de un sepulcro.

Mario se quitó suavemente las botas y las metió debajo de la cama.

Transcurrieron algunos minutos. Mario oyó la puerta de la calle girar sobre sus goznes; un paso pesado y rápido subió la escalera y recorrió el corredor, levantó el pestillo de la puerta con ruido: era Jondrette que entraba.

Eleváronse al momento muchas voces. Toda la familia estaba en el desván. Solamente que en ausencia del dueño callaban todos, como callan los lobeznos en ausencia del lobo.

—Soy yo—dijo.

—Buenas noches, papaíto—chillaron las hijas.

—¿Y bien?—dijo la madre.

—Todo va perfectamente — respondió Jondrette—, pero tengo un frío de perros en los pies. Bueno, eso es, te has vestido. Será preciso que puedas inspirar confianza.

—Estoy pronta para salir.

—¿No olvidarás nada de lo que te he dicho? ¿Lo harás bien todo?

—Descuida.

—Es que...—dijo Jondrette.

Y no acabó la frase.

Mario le oyó dejar algo pesado sobre la mesa; probablemente el cortafríos que había comprado.

—¡Ah!—exclamó Jondrette—, aquí se ha comido.

—Sí—dijo la madre— : he traído tres grandes patatas y sal : me he aprovechado del fuego para asarlas.

—Bueno—replicó Jondrette—. Mañana os llevaré a comer conmigo. Habrá pato y accesorios. Comeréis como Carlos X : todo va bien.

Luego añadió bajando la voz :

—La ratonera está abierta. Los gatos están ahí.

Bajó todavía más la voz, y dijo :

—Pon esto al fuego.

Mario oyó el ruido del carbón empujado con una tenaza u otro instrumento de hierro, y Jondrette continuó :

—¿Has dado sebo a los goznes de la puerta para que no metan ruido?

—Sí—respondió la madre.

—¿Qué hora es?

—Las seis darán pronto, porque la media hace ya rato que dió en San Medardo.

—¡Diablo!—dijo Jondrette—, es menester que las chicas vayan a ponerse en acecho, venid aquí vosotras, y escuchad.

Hubo un cuchicheo.

La voz de Jondrette se elevó de nuevo.

—¿Ha marchado la tía Bougon?

—Sí—dijo la madre.

—¿Estás segura de que no hay nadie en el cuarto del vecino?

—No ha vuelto en todo el día, y ya sabes que ésta es su hora de comer.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

—Es igual—replicó Jondrette— ; pero no estará de más verlo. Chica, coge la luz, y ve a ver si el vecino está en su cuarto.

Mario se dejó caer a cuatro pies, y se deslizó silenciosamente bajo su cama.

Apenas se había escondido, cuando divisó la luz al través de las junturas de la puerta.

—Papá—gritó una voz—, ha salido.

Mario conoció la voz de la hija mayor.

—¿Has entrado?—preguntó el padre.

—No — respondió la hija— ; pero cuando su llave está en la cerradura es señal de que ha salido.

El padre gritó :

—Entra, sin embargo.

La puerta se abrió, y Mario vió entrar a la Jondrette mayor con una vela en la mano. Estaba como por la mañana, sólo que más espantosa con aquella claridad.

Marchó derecha hacia la cama : Mario pasó un inexplicable momento de ansiedad ; pero cerca de la cama había un espejo colgado en la pared, y allí era donde ella se dirigía. Empinóse sobre la punta de los pies y se miró. En la pieza inmediata se oyó un ruido como de remover hierro viejo.

La chica se alisó el pelo con la palma de la mano, y dirigió al espejo varias sonrisas, mientras cantaba con voz ronca y sepulcral :

Duraron mis amores
una emana;
En amores la dicha
nunca fué larga.
Adorarse ocho días
es poco tiempo.
Debieran los amores
¡ay! ser eternos.

Mario continuaba temblando ; parecía imposible que no oyese su respiración.

La Jondrette se dirigió a la ventana y miró al exterior, hablando alto, con ese aire alocado que tenía.

—¡Qué feo es París cuando se pone camisa blanca!—dijo.

Volvió al espejo e hizo varias muecas, contemplándose sucesivamente de frente y de costado.

—Y bien—gritó el padre— ; ¿qué es lo que haces?

—Miro debajo de la cama y de los muebles — respondió continuando la

operación de alisarse el pelo—: no hay nadie.

—¡Ea!—aulló el padre—: pronto aquí, y no perdamos tiempo.

—¡Voy, voy!—contestó—. No hay tiempo para nada en esta casuca.

Y volvió a cantar:

Me dejáis por marchar a la gloria;
seguirá el corazón vuestros pasos.

Dirigió una última mirada al espejo, y salió cerrando la puerta.

Un momento después Mario oyó el ruido de los pies desnudos de las chicas en el corredor, y la voz de Jondrette, que les gritaba:

—Poned cuidado: la una del lado de la barrera, la otra a la esquina de la calle del Petit-Banquier; no perdáis de vista un minuto la puerta de la casa, y en notando la menor cosa, inmediatamente aquí. Subid de cuatro en cuatro los escalones; tenéis una llave para entrar.

La hija mayor murmuró:

—¡Hacer centinela con los pies descalzos, sobre la nieve!

—Mañana tendréis botas de seda color de escarabajo—dijo el padre.

Bajaron las chicas las escaleras, y algunos segundos después, el ruido de la puerta que se cerraba, anunció que ya estaban fuera.

No quedaba ya en la casa más que Mario y los Jondrette, y probablemente también los misteriosos seres divisados por Mario a la luz del crepúsculo, detrás de la puerta del deshabitado desván.

XVII

EMPLEO DEL NAPOLEÓN DE MARIO

Mario creyó que nabía llegado el momento de volver a ocupar su puesto en su observatorio. En un abrir y cerrar de ojos, y con la agilidad de sus pocos años, se halló junto al agujero de la medianería. Miró.

El interior de la habitación de los Jondrette ofrecía un aspecto singular, y Mario se explicó la extraña claridad que en ella había observado. En un candelero de cobre ardía una vela de sebo; pero no era ésta la que alumbraba realmente el cuarto. Toda la cueva estaba como iluminada por la reverberación de una gran estufa de palastro colocada en la chimenea, y llena de carbón encendido. Era la estufa que la Jondrette había preparado por la mañana. El carbón estaba hecho ascua, y la estufa roja: una llama azulada vagaba oscilante sobre el fuego, y ayudaba a distinguir la forma del cortafríos comprado por Jondrette en la calle de Pierre Lombard, el cual se enrojecía hundido entre las ascuas. En un rincón cerca de la puerta, y como para usarse próximamente, se veían dos montones, que parecían ser uno de objetos de hierro y otro de cuerdas. Todo esto para el que no hubiese sabido lo que se preparaba, hubiera hecho vacilar la imaginación entre una idea siniestra y otra sencillísima. La cueva, iluminada de aquel modo, parecía más bien una fragua que una boca del infierno; pero Jondrette, con aquella claridad, más bien tenía el aire de un demonio que de un herrero.

El calor de la estufa era tal, que la vela colocada sobre la mesa se deshacía por el lado del fuego, consumiéndose como cortada a bisel. Una antigua linterna sorda, de cobre, digna de Diógenes convertido en Cartucho, estaba puesta sobre la chimenea.

La estufa, colocada en el mismo fogón al lado de los tizones casi apagados, enviaba un vapor por el conducto de la chimenea, y no daba olor.

La luna entrando por los cuatro cristales de la ventana, arrojaba su luz blanquecina en el purpúreo y llameante desván; y a la poética imaginación de Mario, soñador aún en el momento de la acción, parecíale como un pensamiento celeste, mezclado con los deformes sueños de la tierra.

Una corriente de aire que entraba por el vidrio roto, contribuía a disipar el olor del carbón, y a disimular la estufa.

Recordando cuanto hemos dicho sobre el caserón de Gorbeau, se vendrá en conocimiento de que la cueva de Jondrette se hallaba admirablemente situada para servir de teatro a un hecho violento y sombrío, y de manto a un crimen. Era el cuarto más retirado de la casa, más aislado del bulevar más desierto de París. Parecía hecho a pro-

pósito para las sorpresas criminales: de tal modo, que si éstas no existiesen, allí se hubieran podido inventar.

Todo el espesor de una casa y una porción de cuartos deshabitados separaban aquel antro del bulevar, y la única ventana que tenía daba a solares desiertos cerrados con tapias o empalizadas.

Jondrette había encendido su pipa; estaba sentado sobre la silla desfondada, y fumaba. Su mujer le hablaba por lo bajo.

Si Mario hubiera sido Courfeyrac, es decir, uno de esos hombres que se ríen en todas las ocasiones de la vida, habría soltado la carcajada cuando su mirada cayó sobre la Jondrette. Esta tenía un sombrero negro con plumas, muy parecido a los sombreros de los reyes de armas de la consagración de Carlos X; un inmenso pañuelo tartán cubría su vestido de punto, y adornaban sus pies los zapatos de hombre que su hija había desdeñado por la mañana. Este tocado es el que había arrancado a Jondrette aquella exclamación: «¡Bueno! ¡te has vestido! ¡has hecho bien! Es preciso que puedas inspirar confianza».

Jondrette no se había quitado el sobretodo nuevo y demasiado ancho para él, que le había dado el señor Blanco, y su traje continuaba ofreciendo el contraste del sobretodo y del patalón, que constituía a los ojos de Courfeyrac el ideal del poeta. De pronto Jondrette alzó la voz:

—A propósito: ¡ahora caigo! Con el tiempo que hace vendrá en coche. Enciende la linterna, cógela y baja. Quédate detrás de la puerta: en el momento en que oigas pararse el carruaje, la abrirás; subirá y le alumbrarás por la escalera y el corredor; y mientras entra aquí, bajarás a todo escape, pagarás al cochero, y despedirás el carruaje.

—¿Y el dinero?—preguntó la mujer.

Jondrette rebuscó en los bolsillos del pantalón, y le entregó una moneda de cinco francos.

—¿De dónde te ha venido esto?—exclamó la mujer.

Jondrette respondió con dignidad:

—Es el monarca que dió el vecino esta mañana.

Y añadió:

—¿Sabes que aquí hacen falta dos sillas?

—¿Para qué?

—Para sentarse.

Mario sintió correr por todo su cuerpo un estremecimiento glacial al oír a la Jondrette dar esta respuesta:

—¡Pardiez! Voy a buscarte las del vecino.

Y con un movimiento rápido abrió la puerta del desván y salió al corredor.

Mario no tenía ni tiempo material para bajar de la cómoda, ir a la cama y ocultarse debajo de ella.

—Coge la luz—gritó Jondrette.

—No—dijo ella—, me estorbaría: tengo que traer las dos sillas, y además hay luna.

Mario oyó la pesada mano de la Jondrette buscar a tientas en la obscuridad la llave. La puerta se abrió, y Mario quedó clavado en su sitio, poseído de sorpresa y estupor.

La Jondrette entró.

La ventanilla aboardillada dejaba pasar un rayo de luna entre dos grandes trozos de sombra. Uno de aquellos trozos cubría enteramente la pared, a la cual estaba pegado Mario, de modo que desaparecía en la obscuridad.

La tía Jondrette alzó los ojos, no vió a Mario, cogió las dos sillas, únicas que Mario poseía, y se marchó, dejando que la puerta se cerrase ruidosamente detrás de ella.

Volvió a entrar en su cueva.

—Aquí están las dos sillas.

—Y aquí la linterna—dijo el marido—. Baja pronto.

Obedeció, y Jondrette quedó solo.

Colocó las dos sillas a los dos lados de la mesa; dió vueltas al cortafríos en el brasero; puso delante de la chimenea un viejo biombo que ocultaba la estufa; luego fué al rincón donde estaba el montón de cuerdas, y se bajó como para examinar en él alguna cosa. Mario conoció entonces que lo que había tomado por un montón informe, era una escala de cuerda muy bien hecha, con travesaños de madera y dos garfios para colgarla.

Aquella escala y algunos gruesos instrumentos, verdaderas mazas de hierro que estaban entre un montón de herramientas detrás de la puerta, no se

hallaban por la mañana en la cueva de los Jondrette, y evidentemente habían sido llevados allí aquella tarde durante la ausencia de Mario.

—Son herramientas de cerrajero— pensó Mario.

Si hubiera sido un poco más conocedor de aquel oficio, habría conocido en lo que tomaba por herramientas de cerrajero, ciertos instrumentos capaces de forzar una cerradura o desencajar una puerta, y otros capaces de cortar o romper; las dos familias de instrumentos siniestros, que los ladrones llaman «ganzúas y ruiseñores».

La chimenea y la mesa con las dos sillas, se hallaban precisamente enfrente de Mario. Estando oculta la estufa por el biombo, sólo iluminaba el cuarto la luz de la vela: el más pequeño objeto colocado sobre la mesa o sobre la chimenea producía una gran sombra. Un jarro de agua desportillado ocultaba la mitad de la pared. Había en aquel cuarto no sé qué calma horrible y amenazadora. Sentíase como la expectación de alguna cosa espantosa.

Jondrette había dejado apagarse su pipa, grave signo de meditación, y había vuelto a sentarse.

La luz hacía resaltar los ángulos fieros y finos de su cara. Grandes fruncimientos de cejas y bruscos movimientos de su mano derecha parecían indicar como que contestaba a los últimos consejos de un sombrío monólogo interno. En una de esas obscuras réplicas que se daba a sí mismo, tiró vivamente hacia sí del cajón de la mesa, cogió de él un ancho cuchillo de cocina que allí estaba oculto, y probó el filo sobre su uña. Hecho esto, volvió a meter el cuchillo en el cajón, y lo cerró.

Mario por su parte sacó el cachorrillo que tenía en el bolsillo derecho y lo montó.

El cachorrillo, al ser montado, produjo un pequeño ruido claro y seco.

Jondrette se estremeció, y medio se levantó de la silla.

—¿Quién anda ahí?—gritó.

Mario contuvo su respiración: Jondrette escuchó un momento, y luego se echó a reír, diciendo:

—¡Qué bestia soy! es el tabique que cruje.

Mario conservó el cachorrillo en la mano.

XVIII

LAS DOS SILLAS DE MARIO SE ENCUENTRAN FRENTE A FRENTE

De pronto, la lejana y melancólica vibración de una campana conmovió los vidrios. Daban las seis en San Medardo.

Jondrette marcó cada campanada con un movimiento de cabeza. Cuando dió la sexta, despabiló la vela con los dedos.

Después se puso a andar por el cuarto, escuchó en el corredor, paseó y escuchó nuevamente.

—¡Con tal que venga!—masculló.

Y se volvió a sentar.

Apenas se había sentado, se abrió la puerta.

La tía Jondrette la había abierto, y permaneció en el corredor, haciendo una horrible mueca amable, iluminada de abajo arriba por uno de los agujeros de la linterna sorda.

—Entrad, mi bienhechor — repitió Jondrette, levantándose precipitadamente.

Apareció en la puerta el señor Blanco.

Tenía un aire de serenidad que le hacía singularmente venerable.

Puso sobre la mesa cuatro luises, y dijo:

—Señor Fabontou, aquí tenéis para el alquiler y para vuestras primeras necesidades. Después ya veremos.

—Dios os lo pague, mi generoso bienhechor—dijo Jondrette.

Y, acercándose rápidamente a su mujer, añadió:

—Despide al coche.

La mujer se marchó, en tanto que el marido prodigaba sus saludos y ofrecía una silla al señor Blanco; y poco después volvió a aparecer, y le dijo al oído:

—Ya está.

La nieve que había caído todo el día era tan espesa, que no se oyó el carruaje llegar ni volverse.

En tanto el señor Blanco se había sentado.

Jondrette tomó posesión de la otra silla enfrente del señor Blanco.

Ahora, para formarse una idea de la escena que va a seguir, figúrese el lector en su imaginación la noche helada, las soledades de la Salpetrière cubiertas

de nieve, y blancas a la luz de la luna como inmensos sudarios, la débil claridad de los reverberos acá y acullá, los trágicos bulevares y las largas filas de negros olmos, ni un transeunte tal vez en un cuarto de legua a la redonda, el caserón de Gorbeau en su más alto punto de silencio, de horror y de obscuridad y en medio de aquella soledad, en medio de aquella sombra, el vasto desván de Jondrette, iluminado por una vela de sebo, y en aquella cueva dos hombres sentados junto a una mesa, el señor Blanco, tranquilo, Jondrette, risueño y espantoso, la Jondrette, la madre loba, en un rincón, y detrás del tabique, Mario, invisible, en pie, no perdiendo una palabra, ni un movimiento, la vista en acecho, la pistola en la mano.

Mario, por su parte, sentía una emoción de horror, pero ningún temor. Apretaba la culata de la pistola y se sentía tranquilo. «Detendré a ese miserable cuando quiera», pensaba.

Sentía también que la policía andaba por allí emboscada en alguna parte, esperando la señal convenida, y pronta a tenderle los brazos.

Esperaba además que de aquel violento encuentro entre Jondrette y el señor Blanco brotaría alguna luz que iluminase todo lo que tenía interés en conocer.

XIX

MIRAR BIEN A LO OBSCURO

Apenas se sentó el señor Blanco, volvió la vista hacia las tarimas que estaban vacías.

—¿Cómo está la pobre niña herida? —preguntó.

—Mal—respondió Jondrette con una sonrisa de triste reconocimiento—, muy mal, mi digno señor. Su hermana mayor la ha llevado a la Bourbe para que la curen. Pronto la veréis, pues no deben tardar en volver.

—La señora Fabontou parece algo mejor que esta mañana—replicó el señor Blanco, fijando la mirada en el extraño arreo de la tía Jondrette, que de pie entre él y la puerta, como si guardase ya la salida, lo miraba en actitud de amenaza, y casi de combate :

—Está muriéndose, señor—dijo Jondrette—; pero, ¡qué queréis! es tan animosa esa mujer, que no es mujer : es una mula.

La Jondrette, halagada por el cumplimiento, exclamó con un arrumaco de fiera acariciada :

—¡Ah, Jondrette! tú siempre has sido bueno para mí.

—¡Jondrette! —exclamó el señor Blanco—; yo creía que os llamabais Fabontou.

—Fabontou, (a) Jondrette —replicó vivamente el marido—. Es un apodo de artista.

Y arrojando a su mujer una mirada furibunda, que el señor Blanco no vió, prosiguió con voz enfática y acariciadora :

—¡Ah! Siempre hemos hecho buenas migas mi pobre mujer y yo. ¿Qué nos quedaría si no nos quedase el cariño? ¡Somos tan desgraciados, mi respetable señor! ¡Hay brazos, pero no trabajo! ¡Hay voluntad, pero falta obra! No sé cómo el gobierno arregla esto, pero, ¡palabra de honor, caballero! yo no soy jacobino, ni realista, yo no le quiero mal; pero, si yo fuera ministro, juro por lo más sagrado que esto había de marchar de otra manera. Por ejemplo, yo he querido enseñar a mis hijas a hacer cajas de cartón. Me diréis : ¡Cómo! ¡un oficio! ¡un simple oficio! ¡un medio de ganar el pan de cada día! ¡Qué humillación, mi bienhechor! ¡Qué degradación, cuando uno ha sido lo que yo! ¡Ay! ¡nada nos queda del tiempo de nuestra prosperidad! Nada más que una cosa, un cuadro que aprecio en mucho, pero del cual me desharía, sin embargo, porque es preciso vivir. Sí, señor : ¡es preciso vivir!

En tanto que Jondrette hablaba con una especie de desorden aparente, que en nada debilitaba la expresión reflexiva y sagaz de su fisonomía, Mario alzó los ojos y vió en el fondo del cuarto un bulto, que hasta entonces no había visto. Acababa de entrar un hombre, pero tan silenciosamente, que no se habían oído sonar los goznes de la puerta. Aquel hombre vestía una chaqueta de punto color de violeta, vieja, usada, manchada, rota, y con jirones en todas las arrugas, un ancho pantalón de pana, escarpines en los pies, sin camisa, el cuello desnudo, los brazos desnudos y pintarrajeados, y la cara manchada

de negro. Se había sentado en silencio y con los brazos cruzados, sobre la cama más próxima, y como estaba detrás de la Jondrette, sólo se le distinguía confusamente.

Esa especie de instinto magnético que advierte a la mirada hizo que el señor Blanco se volviese casi al mismo tiempo que Mario; y no pudo reprimir un movimiento de sorpresa, que echó de ver Jondrette.

—¡Ah, ya comprendo!—exclamó éste, abotonándose con cierta complacencia—: miráis vuestro sobretodo; ¡oh! me sienta perfectamente, como si fuera hecho para mí.

—¿Quién es ese hombre?—dijo el señor Blanco.

—¿Ese?—exclamó Jondrette—, es un vecino: no hagáis caso.

El vecino tenía un aspecto extraño. Sin embargo, en el arrabal de San Marcelo abundaban las fábricas de productos químicos. Muchos obreros de aquellas fábricas podían tener la cara manchada de negro. Toda la persona del señor Blanco respiraba una confianza cándida e intrépida. Replicó.

—Perdonad, ¿de qué me hablabais, señor Fabontou.

—Os decía, mi venerable protector —contestó Jondrette apoyando los codos en la mesa, y fijando en el señor Blanco miradas tiernas, semejantes a las de la serpiente boa—, os decía que tenía un cuadro en venta.

Hizo la puerta un ligero ruido. Otro hombre acababa de entrar, y de sentarse en la cama detrás de la Jondrette. Como el primero, tenía los brazos desnudos y la cara tiznada con tinta u hollín.

Aun cuando aquel hombre, más bien que entrar, se deslizó por el cuarto, no pudo impedir que el señor Blanco lo viese.

—No tengáis cuidado—dijo Jondrette—: son personas de la casa. Decía, pues, que me quedaba un cuadro precioso... Vedlo, caballero, vedlo.

Se levantó, se dirigió a la pared, en cuya parte estaba colocado el bastidor de que hemos hablado, y lo volvió conservándolo apoyado en la pared misma. Era, en efecto, una cosa que se parecía a un cuadro, iluminado un poco por la luz de la vela. Mario no podía distinguir nada, porque Jondrette se había colocado entre el cuadro y él: solamente divisaba groseros chafarinones, y una especie de personaje principal, iluminado con la crudeza chillona de los lienzos de las ferias y de las pinturas de biombo.

—¿Qué es eso?—preguntó el señor Blanco.

Jondrette exclamó:

—¡Una obra maestra! Un cuadro de gran precio, mi bienhechor: lo quiero tanto como a mis hijas: despierta en mí recuerdos... pero yo no me desdigo de lo dicho: soy tan desgraciado, que me desharé de él...

Fuese casualidad, fuese que hubiera en él un principio de inquietud, al examinar el cuadro, el señor Blanco volvió la vista hacia el interior de la habitación. Había ya allí cuatro hombres, tres sentados en la cama, uno en pie cerca de la puerta, todos cuatro con los brazos desnudos, inmóviles, y el rostro tiznado de negro. Uno de ellos, que estaba sentado en la cama, se apoyaba en la pared, y tenía los ojos cerrados: hubiérase dicho que dormía. Era viejo; sus cabellos blancos sobre su cara negra eran horribles; los otros dos parecían jóvenes: el uno era barbudo, y el otro cabelludo. Ninguno tenía zapatos: los que no llevaban escarpines tenían los pies desnudos.

Jondrette observó que la mirada del señor Blanco se fijaba en estos hombres.

—Son amigos, vecinos—dijo—. Están tiznados porque trabajan en carbón; son fumistas. No hagáis caso de ellos, mi bienhechor; pero compradme mi cuadro. Compadeceos de mi miseria. No os lo venderé caro. A vuestro ver, ¿cuánto vale?

—Pero—dijo el señor Blanco, mirando a Jondrette con ceño y como hombre que se pone en guardia—; eso no es más que una muestra de taberna y valdrá unos tres francos.

Jondrette replicó con amabilidad:

—¿Tenéis ahí vuestra cartera? Me contentaré con mil escudos.

El señor Blanco se levantó, apoyó la espalda en la pared y paseó rápidamente su mirada por el cuarto. Tenía

a Jondrette a su izquierda, del lado de la ventana, y la Jondrette y los cuatro hombres a la derecha, por el lado de la puerta. Los cuatro hombres no pestañeaban, y ni aun parecían verle; Jondrette había comenzado de nuevo su arenga con acento tan plañidero, miradas tan vagas y entonación tan lastimera, que el señor Blanco podía creer muy bien que la miseria había vuelto loco a aquel hombre.

—Si no me compráis mi cuadro, mi querido bienhechor—decía Jondrette—, no tengo recurso ninguno ni me queda otro medio más que tirarme al río. ¡Cuando pienso que he querido enseñar a mis hijas a hacer cajas de cartón entrefinas y a hacer cajas de aguinaldos! Pues bien: hace falta una mesa con una plancha en el fondo para que los vasos no se caigan al suelo; es preciso un hornillo hecho expresamente para el caso, un cubilete con tres divisiones para los diferentes grados de fuerza que debe tener la cola, según se la emplea en la madera, en el papel o en la tela; una cuchilla para cortar el cartón; un molde para dar forma a las piezas, un martillo para clavar los aceros, pinceles, demonios, ¡qué sé yo! ¡Y todo esto para ganar cuatro sueldos al día, y trabajar catorce horas! ¡y cada caja pasa tres veces por la mano de la obrera! ¡y mojar el papel! ¡y no manchar nada! ¡y tener la cola caliente y qué diablos más! ¡Cuatro sueldos al día! ¡Cómo queréis que se viva!

Hablando así, Jondrette no miraba al señor Blanco, que le observaba. La mirada del señor Blanco estaba fija en Jondrette y la de Jondrette en la puerta. La atención jadeante de Mario iba de uno a otro. El señor Blanco parecía preguntarse: «¿es un idiota? »Jondrette repitió dos o tres veces con toda clase de inflexiones variadas del género llorón y suplicante:

—No tengo más remedio que tirarme al río; ¡el otro día bajé ya tres escalones para hacerlo, por el lado del puente de Austerlitz!

De repente su apagada pupila se iluminó con un horrible fulgor; aquel hombrecillo se enderezó y apareció espantable; dió un paso hacia el señor Blanco, y le gritó con voz tonante:

—No se trata de nada de esto: ¿me conocéis?

XX

LA EMBOSCADA

La puerta del desván acababa de abrirse bruscamente, y dejaba ver tres hombres con blusas de tela azul, cubiertas las caras con máscaras de papel negro. El primero era flaco y llevaba un largo garrote claveteado; el segundo, que era una especie de coloso, llevaba cogida por medio del mango, y con el corte hacia abajo, una cuchilla de las destinadas a matar bueyes. El tercero, fornido de hombros, menos flaco que el primero, y menos macizo que el segundo, empuñaba una enorme llave, robada quizá de la puerta de alguna prisión.

Parece que Jondrette esperaba la llegada de estos hombres. Empeñóse un diálogo rápido entre él y el hombre del garrote: el flaco.

—¿Está todo pronto? — dijo Jondrette.

—Sí—contestó el flaco.

—¿Dónde está Montparnase?

—El primer galán se ha parado a hablar con tu hija.

—¿Con cuál?

—Con la mayor.

—¿Hay abajo un carruaje?

—Sí.

—¿Está enganchada la carraca?

—Enganchada está.

—¿Con dos buenos caballos?

—Excelentes.

—¿Espera donde he dicho que esperase?

—Sí.

—Bien—dijo Jondrette.

El señor Blanco estaba muy pálido. Miraba todos los objetos de la cueva en torno suyo, como hombre que comprende dónde ha caído, y su cabeza sucesivamente dirigida hacia todas las cabezas de los que le rodeaban, se movía sobre su cuello con lentitud atenta y admirada, pero sin que hubiese nada en su aire parecido al miedo. Habíase formado con la mesa un improvisado atrincheramiento; y aquel hombre que momentos antes sólo tenía el aspecto de un buen anciano, se había convertido súbitamete en una especie de at-

leta, y apoyado su puño robusto sobre el respaldo de la silla con un gesto temible y sorprendente.

Aquel anciano, tan firme y tan valiente, ante tal peligro, parecía ser de esas naturalezas que son valerosas, de la misma manera que son buenas, fácil y sencillamente. El padre de la mujer a quien amamos no es nunca un extraño para nosotros. Mario se sintió orgulloso de aquel desconocido.

Tres de los hombres de quienes Jondrette había dicho «son fumistas», habían cogido en el montón de hierro, el uno unas grandes tijeras de cortar metales, el otro la barra de una romana, y el tercero un martillo, y se habían colocado delante de la puerta sin decir una palabra. El viejo se había quedado en la cama, y solamente había abierto los ojos. La Jondrette se había sentado a su lado.

Mario pensó que a los pocos segundos el momento de intervenir habría llegado, y levantó su mano derecha hacia el techo, en dirección del corredor, pronto a soltar el tiro.

Terminado su coloquio con el hombre del garrote, Jondrette se volvió de nuevo hacia el señor Blanco, y repitió su pregunta, acompañándola con esa sonrisa baja, contenida y terrible que le era peculiar:

—¿No me conocéis?

—No.

Entonces Jondrette se llegó hasta la mesa. Inclinóse por encima de la vela, cruzó los brazos, aproximó su mandíbula angulosa y feroz al rostro tranquilo del señor Blanco, y avanzando cuanto podía, sin que éste se retirase, y en aquella postura de fiera montés que va a morder, le gritó:

—¡No me llamo Fabontou, ni me llamo Jondrette, me llamo Thenardier! ¡Soy el posadero de Montfermeil! ¿Oís bien? ¡Thenardier! ¿Me conocéis ahora?

Un imperceptible rubor pasó por la frente del señor Blanco, el cual contestó, sin que la voz le temblase, sin alzarla, con su ordinaria afabilidad:

—Tampoco.

Mario no oyó esta respuesta. Quien le hubiese visto en aquel momento en la obscuridad, le hubiera hallado atontado, estúpido, como herido de un rayo. En el momento en que Jondrette había dicho: «Me llamo Thenardier», Mario se había estremecido y había tenido que apoyarse en la pared, como si hubiera sentido el frío de una espada que le atravesase el corazón. Luego su brazo derecho, pronto a dar la señal, se había bajado lentamente, y en el momento en que Jondrette había repetido: «¿Oís bien? ¡Thenardier!» los desfallecidos dedos de Mario habían estado a punto de dejar caer la pistola. Jondrette, al descubrir quién era, no había conmovido al señor Blanco, pero había trastornado a Mario. Aquel nombre de Thenardier que el señor Blanco parecía no conocer, Mario lo conocía: recuérdese lo que este hombre era para él. Ese nombre lo llevaba sobre su corazón escrito en el testamento de su padre; lo llevaba en el fondo de su pensamiento, en el fondo de su memoria, en esta sagrada recomendación: «Un tal Thenardier me ha salvado la vida: si mi hijo lo encuentra hará por él todo lo que pueda».

Este nombre se recordará que era uno de los cultos de su alma: iba mezclado con el nombre de su padre. ¡Cómo! ¡Era aquél el Thenardier, el posadero de Montfermeil, a quien había buscado en vano durante largo tiempo! ¡Lo hallaba al fin! ¿pero cómo? El salvador de su padre era un bandido: aquel hombre por el que Mario hubiera querido sacrificarse, era un monstruo. Aquel libertador del coronel Pontmercy estaba a punto de cometer un atentado, cuya forma no veía aún Mario distintamente, pero que se parecía a un asesinato. Y un asesinato de quién, ¡gran Dios! ¡Qué fatalidad! ¡Qué amarga burla de la suerte! Su padre le mandaba desde el fondo de su ataúd que hiciera todo el bien posible a Thenardier: hacía cuatro años que Mario no tenía más idea que pagar esta deuda de su padre, y en el momento en que iba a hacer que la justicia cogiera a un criminal en el acto de cometer un crimen, el destino le gritaba: ¡Es Thenardier! Iba, en fin, a pagar la vida de su padre salvada entre una granizada de metralla en el campo heroico de Waterloo, e iba, en fin, a pagarla con el ca-

dalso. Se había prometido, si llegaba a encontrar a Thenardier, no acercarse a él, sino echándose a sus pies, y lo hallaba, en efecto, pero para entregarlo al verdugo. Su padre le había dicho : «¡ Socorre a Thenardier !» Y él contestaba a esta voz adorada y santa destruyendo a Thenardier. ¡ Dar por espectáculo a su padre en su tumba al hombre que le había librado de la muerte con peligro de su vida, ejecutado en la plaza de Santiago por culpa de su hijo, de aquel Mario a cuya protección le había encomendado ! ¡ Y qué irrisión ! ¡ haber llevado tan largo tiempo en su pecho la última voluntad de su padre, escrita de su mano, para hacer horriblemente todo lo contrario !

Pero, por otra parte, ¡ asistir a aquel asesinato premeditado, y no impedirlo ! ¡ Cómo ! ¡ Condenar a la víctima, y salvar al asesino ! Por ventura, ¿debía Mario conservar la menor gratitud a semejante miserable? Todas las ideas que Mario tenía hacía cuatro años se hallaban como trastornadas por este golpe inesperado. Se estremecía ; todo dependía de él ; tenía en su mano, sin que ellos lo supiesen, la suerte de aquellos que se agitaban ante su vista. Si disparaba su cachorrillo, el señor Blanco se había salvado, y Thenardier estaba perdido ; si no tiraba, el señor Blanco era sacrificado, ¿y quién sabe? Thenardier se salvaba. Precipitar al uno, o dejar al otro ; remordimiento por ambos lados. ¿Qué hacer? ¿qué partido elegir? Faltar a los más imperiosos recuerdos, a tantos y tantos compromisos como consigo mismo había contraído, al más santo deber, el texto más venerado por él. ¡ Faltar al testamento de su padre, o dejar que se consumase un crimen ! Parecíale por un lado oír a su «Ursula», suplicarle en nombre de su padre y por el otro al coronel que le recomendaba a Thenardier. Estaba loco ; dobláronsele las rodillas ; no tenía tiempo para deliberar porque la escena que tenía ante la vista se precipitaba con furia hacia el desenlace. Era como un torbellino, del cual se había creído dueño, y que lo arrastraba consigo. Estuvo a punto de desmayarse.

Entretanto, Thenardier, a quien ya no nombraremos de otro modo, se paseaba a lo largo y a lo ancho por delante de la mesa en una especie de extravío y de triunfo frenético.

Cogió el candelero y lo colocó sobre la chimenea, dando con él un golpe tan violento, que la vela estuvo a punto de apagarse, y la pared quedó salpicada de sebo.

Luego se volvió hacia el señor Blanco, espantoso, y vomitó, más que pronunció estas palabras :

—¡ Chamuscado ! ¡ ahumado ! ¡ asado ! ¡ con sal picante !

Y volvió a pasear nuevamente en el paroxismo de la venganza satisfecha.

—¡ Ah !—gritaba—, ¡ al fin os encuentro, señor filántropo, señor millonario raído ! ¡ señor dador de muñecas ! ¡ viejo maricón ! ¡ Ah ! ¡ no me conocéis ! ¡ no sois vos quien fué a Montfermeil, a mi posada hace ocho años la noche de Navidad de 1823 ! ¡ No sois vos quien se llevó de mi casa la hija de la Fantina, la Alondra ! ¡ No sois vos quien llevaba un carrik amarillo, no ! ¡ y un paquete lleno de trapos en la mano, como el de esta mañana ! ¡ Mira, mujer ! ¡ parece que es su manía llevar a las casas paquetes de medias de lana ! ¡ el viejo caritativo ! ¡ Bah ! ¿sois guerrero, señor millonario? ¡ Regaláis a los pobres los géneros de vuestra tienda, santo varón ! ¡ Qué saltimbanqui ! ¿Conque no me conocéis? Pues bien ; yo os conozco ; os conocí en seguida, en cuanto metisteis aquí el hocico. Al fin va a verse que no es todo rosas el ir así a casa de las personas, a pretexto de que son posadas, con vestidos miserables, con el aire de un pobre a quien se le puede dar limosna, a engañar a la gente, a hacer el generoso, quitarles su modo de ganar la vida y amenazarles en el bosque, y que cuando estas personas están arruinadas, no queda esto pagado con un sobretodo demasiado ancho, y dos malas mantas de hospital, viejo pelón, ladrón de niños.

Se detuvo, y un momento pareció hablarse a sí mismo. Hubiérase dicho que su furor caía como el Ródano en algún agujero. Luego, como si acabase en alta voz cosas que había comenzado a decirse interiormente, dió un puñetazo en la mesa, y exclamó :

—¡ Con su aire bonachón !

Y apostrofando al señor Blanco :

—Pardiez—continuó—, en otro tiempo os burlasteis de mí: sois causa de todas mis desgracias. Por mil y quinientos francos habéis adquirido una muchacha que yo tenía, y que seguramente era de gente rica, que me había producido ya mucho dinero, y a costa de la cual debía vivir toda mi vida. Una chica que me hubiera indemnizado de todo lo que he perdido en ese abominable bodegón, donde se hacían grandes orgías, y donde me he comido como un imbécil toda mi hacienda. ¡Oh! quisiera que todo el vino que se ha bebido en mi casa se volviese veneno para los que lo han bebido. En fin, no importa. Decid; os debí parecer muy grotesco cuando os fuisteis con la Alondra. En el bosque teníais vuestra estaca. Erais el más fuerte; ahora lo soy yo. Yo soy quien tengo hoy los triunfos. ¡Estáis cogido, amiguito! ¡Oh! pero es cosa de risa, y verdaderamente me río. ¡Cómo ha caído en el garlito! Le dije que era actor, que me llamaba Fabontou, que había trabajado con la señorita Mars, y con la señorita Muche, que mi casero quería ser pagado mañana 4 de febrero, y no ha caído en que es el 8 de enero y no el 4 de febrero cuando cumple el plazo. ¡Babieca! ¡Y me trae cuatro malos luises! ¡Canalla! ¡Ni aun ha tenido valor para llegar a los cien francos! ¡Y cómo creía en todas mis simplezas! ¡Bah! me divertía, y al mismo tiempo me decía: ¡Anda, majadero! ya te cogí: esta mañana te lamía las manos; pero esta noche te arrancaré el corazón.

Thenardier calló. Se ahogaba. Su pecho mezquino y angosto hipaba como el fuelle de una fragua. Su mirada estaba llena de esa innoble felicidad de una criatura débil, cruel y cobarde, que consigue al fin echar por tierra al que ha temido e insultar al que ha halagado, alegría de un enano que pusiera su talón sobre la cabeza de Goliat; alegría de un chacal que comienza a desgarrar un toro enfermo, suficientemente muerto para no defenderse ya, y bastante vivo para padecer todavía.

El señor Blanco no le interrumpió, pero le dijo cuando acabó:

—No sé lo que queréis decir. Os equivocáis. Soy un hombre pobre, y nada más lejano de mí que ser millonario. No os conozco: me tomáis por otro.

—¡Ah! — gritó Thenardier—, me gusta la tonadilla: ¡Os empeñáis en seguir la broma! ¡Ah! ¡palabras en vano, mi viejo! ¿Conque no me recordáis? ¿Conque no sabéis quién soy?

—Perdonad — respondió el señor Blanco con un acento tan político, que tenía en tal momento algo de extraño y de poderoso—: ya veo que sois un bandido.

¡Quién no ha observado que los seres odiosos tienen su susceptibilidad, que los monstruos son quisquillosos! A la palabra bandido, la mujer de Thenardier se levantó de la cama, y éste cogió una silla como si fuera a romperla entre sus manos.

—¡No te muevas tú! — gritó a su mujer.

Y, volviéndose hacia el señor Blanco, añadió:

—¡Bandido! sí, ya sé que nos llaman así los señores ricos. ¡Calla! es verdad, he quebrado, me oculto, no tengo pan, no tengo un cuarto, ¡soy un bandido! Tres días hace que no como, soy un bandido. ¡Ah! vosotros os calentáis los pies; vosotros tenéis escarpines de Sakoskis; tenéis sobretodos entretelados, como los arzobispos; vivís en el piso principal de una casa con portero; coméis trufas, manojos de espárragos a cuarenta francos, en el mes de enero, guisantes; os atracáis, y cuando queréis saber si hace frío, miráis en el periódico los grados que marca el termómetro del ingeniero Chevalier. Nosotros, nosotros somos los termómetros. No necesitamos ir a ver a la esquina de la torre del reloj cuántos grados hace de frío; sentimos la sangre coagularse en nuestras venas, y al hielo llegar al corazón, y decimos: ¡No hay Dios! ¡Y vosotros venís a nuestras cavernas a llamarnos bandidos! ¡Os comeremos! ¡Os devoraremos, miserables criaturas! Sabed esto, señor millonario: Yo he sido un hombre que he tenido un establecimiento: he pagado contribución, he sido elector, soy un ciudadano, y vos, vos acaso no lo seáis.

Aquí Thenardier dió un paso hacia

los hombres que estaban cerca de la puerta, y añadió con cierto estremecimiento :

—¡ Cuando pienso que se atreve a venir a hablarme como a un remendón !

Luego, dirigiéndose al señor Blanco con cierta recrudescencia de frenesí, añadió :

—¡ Y sabed también esto, señor filántropo ! ¡ Yo no soy un hombre obscuro, no ! Yo soy un hombre cuyo nombre se ignora, que va a robar chicos a las casas. Yo soy un antiguo soldado francés. ¡ Yo debiera estar condecorado ! ¡ Yo estuve en Waterloo, y salvé en la batalla a un general llamado el conde de Pontmercy ! Este cuadro que veis, y que ha sido pintado por David en Bruselas, ¿sabéis lo que representa? Pues es a mí. David quiso inmortalizar esta acción. Yo tengo sobre los hombros al general Pontmercy, y lo llevo al través de la metralla. Esa es la historia. ¡ Ese general nunca hizo nada por mí ! No valía más que los otros. No por eso dejé de salvarle la vida con peligro de la mía : tengo los bolsillos llenos de certificaciones. ¡ Mil rayos ! Soy un soldado de Waterloo. Y ahora que he tenido la bondad de deciros todo esto, acabemos. Necesito dinero, muchísimo dinero, ¡ u os extermino con mil demonios !

Mario había cobrado algún imperio sobre sus angustias, y escuchaba. La última posibilidad de duda acababa de desvanecerse. Era aquél efectivamente el Thenardier del testamento. Mario se estremeció al oír la reconvención de ingratitud dirigida a su padre, y que él estaba a punto de justificar tan fatalmente. Redobló su perplejidad. Además, había en todas las palabras de Thenardier, en el acento, en el gesto, en la mirada, de la que cada palabra hacía brotar llamas, había en aquella explosión de una mala naturaleza, presentándolo todo, en aquella mezcla de fanfarronada y de abyección, de orgullo y de pequeñez, de rabia y de tontería, en aquel caos de quejas reales y de sentimientos falsos, en aquel impudor de un malvado saboreando la voluptuosidad de la violencia, en aquella desvergonzada desnudez de una alma fea, en aquella conflagración de todos los sufrimientos combinados con todos los odios, algo que era horrible, como el mal, y doloroso como la verdad.

El cuadro de David, la obra maestra de pintura, cuya adquisición había propuesto al señor Blanco, no era, como el lector lo habrá adivinado, sino la muestra de su figón, pintada, ya se recordará, por él mismo, único resto que había salvado de su naufragio de Montfermeil.

Como había cesado de interpretar el rayo visual de Mario, éste podía ya mirar aquella cosa, y en aquellos chafarinones distinguió realmente una batalla, un fondo de humo, y un hombre que llevaba a otro. Era el grupo de Thenardier y de Pontmercy ; el sargento salvador y el coronel salvado. Mario estaba como ebrio : aquel cuadro le hacía, en cierto modo, el efecto de su padre vivo : no era ya la muestra del figón de Montfermeil ; era una resurrección, era una tumba que se entreabría, un fantasma que se levantaba. Mario oía a su corazón latir en sus sienes, tenía el cañón de Waterloo en los oídos, su padre ensangrentado, vagamente pintado en aquel lienzo siniestro, le asustaba, y parecíale que aquella figura informe le miraba fijamente.

Cuando Thenardier cobró aliento, fijó sobre el señor Blanco sus sangrientas pupilas, y le dijo en voz baja y breve :

—¿Qué tienes que decir antes que te trinquen?

El señor Blanco callaba. En medio de aquel silencio, una voz cascada lanzó desde el corredor este sarcasmo lúgubre :

—Si hace falta partir leña, aquí estoy yo.

Era el hombre de la maza que se divertía.

Al mismo tiempo apareció en la puerta una enorme cara erizada y terrosa, sonriendo espantosamente, y enseñando, no dientes, sino garfios.

Era la cara del hombre de la maza.

—¿Por qué te has quitado la máscara?—le gritó Thenardier enfurecido.

—Para reír—replicó aquel hombre.

Hacía algunos instantes que el señor Blanco parecía seguir y espiar todos los movimientos de Thenardier, el cual, cegado y alumbrado por su propia rabia, iba y venía por el cuarto con la confianza de tener la puerta guardada,

de estar armado contra un hombre desarmado, y de ser nueve contra uno, aun suponiendo que la Thenardier no se contase más que por un hombre. En su apóstrofe al de la maza, volvía la espalda al señor Blanco.

Este aprovechó el momento, rechazó con el pie la silla, la mesa con la mano; y de un salto, con prodigiosa agilidad, antes que Thenardier hubiera tenido tiempo de volverse, estaba en la ventana. Abrirla, escalarla, y meter una pierna por ella, fué obra de un momento. Ya tenía la mitad del cuerpo fuera, cuando seis robustos puños le cogieron y le volvieron a meter enérgicamente en el antro. Eran los tres «fumistas» que se habían lanzado sobre él. Al mismo tiempo la Thenardier le había cogido por los cabellos.

Al pataleo que se armó acudieron los otros bandidos del corredor. El viejo, que estaba en la cama y parecía borracho, se bajó de ella, y llegó vacilante con un martillo de picapedrero en la mano.

Uno de los «fumistas», cuyo rostro tiznado iluminaba la vela, y en quien Mario, a pesar de su tizne, había conocido a Panchaud, (a) Primaveral, (a) Colmenero, levantaba sobre la cabeza del señor Blanco, una especie de maza, formada por dos bolas de plomo en los dos extremos de una barra de hierro.

Mario no pudo resistir a este espectáculo.

—Padre mío—pensó—¡perdonadme!

Y su dedo buscó el gatillo de la pistola. Iba ya a salir el tiro, cuando la voz de Thenardier gritó:

—¡No le hagáis daño!

Aquella tentativa desesperada de la víctima, en vez de exasperar a Thenardier, lo había calmado. Había dos hombres en él, el hombre feroz y el hombre diestro. Hasta aquel instante, en el desbordamiento del triunfo, ante la presa abatida e inmóvil, el hombre feroz había dominado. Cuando la víctima intentó luchar y se movió, el hombre diestro volvió a reaparecer y a tomar el ascendiente.

—¡No le hagáis mal!—repitió; y sin sospecharlo siquiera, por primer triunfo detuvo la pistola de Mario, pronta a dispararse, y paralizó la acción del joven, para el cual desapareció la urgencia, no viendo inconveniente ante esta nueva fase, en esperar todavía. ¿Quién sabe si surgiría algún incidente que le libertase de la horrible alternativa de dejar perecer al padre de Ursula, o de perder al salvador del coronel?

Habíase empeñado una lucha hercúlea. De un puñetazo en la espalda el señor Blanco había echado a rodar al viejo al medio del cuarto; de un revés de cada mano había tirado a otros dos de los que le atacaban, y a otros dos los tenía sujetos bajo las rodillas; los miserables se ahogaban bajo aquella presión, como bajo una rueda de granito, pero los otros cuatro habían cogido al temible anciano por los dos brazos y la nuca, y lo tenían doblegado sobre los dos «fumistas» que yacían en el suelo. Así, dueño de unos, y dominado por los otros, aplastando a los de abajo, y ahogado por los de arriba, oponiéndose en vano a todos los esfuerzos de los que se agrupaban sobre él, desaparecía bajo el grupo horrible de bandidos, como un jabalí bajo la jadeante y ladradora traílla de mastines y sabuesos

Consiguieron echarlo sobre la cama más próxima a la ventana, y contener allí sus esfuerzos. La Thenardier no le había soltado los cabellos.

—Tú—dijo el marido—no te mezcles en eso. Vas a romperte el pañuelo.

La Thenardier obedeció como la loba obedece al lobo, con un gruñido.

—Vosotros — añadió Thenardier — registradlo.

El señor Blanco parecía haber renunciado a toda resistencia. Se le registró: no tenía más que una bolsa de cuero que contenía seis francos y su pañuelo.

Thenardier se guardó el pañuelo en el bolsillo.

—¡Cómo! ¿no hay cartera?—preguntó.

—Ni reloj—respondió uno de los «fumistas».

—Es igual—murmuró con voz de ventrílocuo el hombre enmascarado que llevaba la gran llave—: es un viejo duro de pelar.

Thenardier fué al rincón de la puerta, y allí cogió un paquete de cuerdas, que les arrojó.

—Atadle al banquillo — dijo.

Y viendo al viejo que había permanecido tendido en medio del cuarto del puñetazo que el señor Blanco le había dado, y notando que no se movía :

—¿Acaso está muerto Boulatruelle? —preguntó.

—No—contestó el Colmenero— ; está borracho.

—Barredle a un rincón—dijo Thenardier.

Dos de los «fumistas» empujaron al borracho con el pie cerca del montón de hierro.

—Babet, ¿por qué has traído tanta gente?—dijo Thenardier por lo bajo al hombre del garrote— ; era inútil.

—¡ Qué quieres !—replicó el del garrote—, todos han querido ser de la partida ; el tiempo es malo, y apenas se hacen negocios.

La tarima en que el señor Blanco había sido derribado era una especie de cama de hospital, sostenida por un par de banquillos de madera, y toscamente labrada. El señor Blanco dejó que hicieran de él lo que quisieran ; los ladrones le ataron sólidamente, en pie, y con los pies sujetos al banquillo más distante de la ventana, y más cercano a la chimenea.

Cuando fué echado el último nudo, Thenardier cogió una silla y fué a sentarse casi enfrente del señor Blanco. Thenardier se había transformado en algunos instantes ; su fisonomía había pasado de la violencia desenfrenada a la dulzura tranquila y astuta. Mario apenas podía conocer en la sonrisa política de oficinista, la boca casi bestial que momentos antes echaba espuma, consideraba estupefacto aquella metamorfosis fantástica y alarmante, y sentía lo que sentiría un hombre cualquiera que viese a un tigre cambiarse en procurador.

—Caballero...—dijo Thenardier.

Y apartando con el gesto a los ladrones, que aún tenían puesta la mano sobre el señor Blanco, añadió :

—Apartaos un poco, y dejadme hablar con este caballero.

Todos se retiraron hacia la puerta, y continuó :

—Caballero, habéis hecho mal en querer saltar por la ventana, porque habríais podido romperos una pierna. Ahora, si lo permitís, vamos a hablar tranquilamente. Ante todo debo comunicaros una observación que he hecho, y es que todavía no habéis lanzado el menor grito.

Thenardier tenía razón ; este detalle era positivo, aun cuando en su turbación, Mario no lo había notado. El señor Blanco apenas había pronunciado algunas palabras sin alzar la voz, y hasta en su lucha cerca de la ventana con los seis bandidos, había guardado el más profundo y el más singular silencio. Thenardier continuó :

—Aunque hubierais gritado ¡ladrones! ¡ladrones! no me hubiera parecido inconveniente. Se grita ¡al asesino! en ocasiones, y yo no lo hubiera echado en mala parte. Es natural que se meta un poco de bulla cuando uno se encuentra con personas que no le inspiran suficiente confianza. Aun cuando hubieseis hecho todo esto, no os hubiéramos incomodado. Ni siquiera se os hubiese puesto una mordaza : y voy a deciros por qué. Este cuarto es muy sordo. No tiene más que esta cualidad, pero la tiene. Es una cueva. Aunque reventase aquí una bomba, el ruido que se sentiría en el cuerpo de guardia más próximo no pasaría de ser como un ronquido de un borracho. Aquí el cañón haría ¡bum! y el trueno ¡paf! Es un alojamiento cómodo. Pero, en fin, no habéis gritado, tanto mejor ; os felicito por ello y voy a deciros lo que deduzco de aquí. Cuando se grita, mi buen señor, ¿quién acude? La policía. ¿Y después de la policía? La justicia. Pues bien ; vos no habéis gritado : es que os cuidáis muy poco de que acudan la justicia y la policía. Es que hace tiempo que, lo sospecho, tenéis algún interés en ocultar alguna cosa. Por nuestra parte, tenemos el mismo interés : conque podemos entendernos.

Hablando así, parecía que Thenardier, fija la pupila en el señor Blanco, trataba de hundir las puntas agudas que salían de sus ojos hasta la conciencia de su prisionero. Por lo demás, su lenguaje sazonado con cierta especie de insolencia suave y socarrona, era reservado y casi escogido : y en aquel miserable que poco antes era un bandido, se

revelaba al presente «el hombre que ha estudiado en seminario».

El silencio que había guardado el prisionero, esa precaución que llegaba hasta olvidarse del cuidado de su vida, esa resistencia opuesta al primer movimiento de la naturaleza que es gritar, todo esto, preciso es decirlo, desde que había sido observado y consignado, importunaba a Mario y le admiraba penosamente.

La fundada observación de Thenardier obscurecía aún más para Mario las misteriosas sombras bajo las cuales se ocultaba aquella figura grave y extraña a la que Courfeyrac había puesto el apodo de señor Blanco. Pero fuese quien quisiera, aquel hombre, atado, rodeado de verdugos, medio sumido en un foso que se hundía bajo sus pies un grado a cada instante, así ante el furor como ante la dulzura de Thenardier, permanecía impasible, y Mario no podía menos de admirar en semejante momento aquel rostro soberbiamente melancólico.

Era evidentemente un alma inaccesible al espanto, y que no sabía lo que era la desesperación. Era uno de esos hombres que dominan las situaciones desesperadas. Por extrema que fuese la crisis, por inevitable que fuese la catástrofe, no había allí nada de la agonía del ahogado abriendo debajo del agua los ojos horribles.

Thenardier se levantó sin afectación, fué a la chimenea, separó el biombo apoyándose en la cama inmediata, dejó al descubierto la estufa llena de ardientes brasas, en la que el prisionero podía ver perfectamente el cortafríos albando y salpicado a trechos de estrellitas escarlata.

Luego volvió a sentarse cerca del señor Blanco.

—Continúo—dijo—. Podemos entendernos; arreglemos esto amistosamente. Hice mal en incomodarme hace poco; no sé dónde tenía la cabeza; he ido demasiado lejos y he dicho mil locuras. Por ejemplo, porque sois millonario, os he dicho que exigía dinero, mucho dinero, enorme cantidad de dinero. Esto no sería razonable, tenéis la suerte de ser rico, pero tendréis vuestras obligaciones, ¿quién no tiene las suyas? No quiero arruinaros; al fin y al cabo, yo no soy un desollador. No soy de esos que, porque tienen la ventaja de la posición, se aprovechan de ella para ser ridículos. Mirad, yo cedo algo y hago un sacrificio por mi parte. Necesito solamente doscientos mil francos.

El señor Blanco no dijo una palabra. Thenardier prosiguió:

—Ya veis que no dejo de aguar mi vino. No conozco el estado de vuestra hacienda, pero sé que no tenéis mucho apego al dinero; y un hombre benéfico como vos bien puede dar doscientos mil francos a un padre de familia que no es feliz. Vos sois ciertamente razonable, y ya os figuraréis que no me habré tomado el trabajo de hoy y organizado la cosa de esta noche, que es un plan muy acabado, según confesión de estos señores, para venir a pediros que me deis con qué beber tinto de a doce y comer ternera en casa de Desnoyers. Bien vale esto doscientos mil francos. Una vez fuera de vuestro bolsillo esa bagatela, os respondo de que todo ha concluído y de que no tenéis que temer ni lo más mínimo. Me diréis: ¡pero yo no tengo aquí doscientos mil francos! ¡Oh! no soy exagerado: no exijo eso. Sólo os pido una cosa. Tened la bondad de escribir lo que voy a dictaros.

Aquí Thenardier suspendió su arenga, y luego añadió marcando cada palabra y dirigiendo una sonrisa hacia el lado de la estufa:

—Os prevengo que no admitiré la excusa de no saber escribir.

Un inquisidor general hubiera podido envidiar aquella sonrisa.

Thenardier empujó la mesa cerca del señor Blanco, y sacó tintero, pluma y papel del cajón, que dejó entreabierto, y en el cual relucía la ancha hoja del cuchillo.

Colocó el papel delante del señor Blanco.

—Escribid—dijo.

El prisionero habló, por fin.

—¿Cómo queréis que escriba, si estoy atado?

—Es cierto, perdonad—dijo Thenardier—; tenéis mucha razón.

Y volviéndose hacia el Colmenero, añadió:

—Desatad el brazo derecho del señor.

Panchaud, (a) Primaveral, (a) Col-

menero, ejecutó la orden de Thenardier. Cuando vió libre la mano derecha del prisionero, Thenardier mojó la pluma en el tintero y se la presentó.

—Notad bien que estáis en nuestro poder — dijo—, a nuestra discreción: que ningún poder humano puede sacaros de aquí, y que nos afligiría verdaderamente el vernos obligados a recurrir a desagradables extremos. No sé ni vuestro nombre, ni las señas de vuestra casa; pero os prevengo que seguiréis atado aquí hasta que vuelva la persona encargada de llevar la carta que vais a poner. Ahora dignaos escribir.

—¿El qué?—preguntó el prisionero.

—Ya dicto.

El señor Blanco cogió la pluma.

Thenardier comenzó a dictar.

—«Hija mía...»

El prisionero se estremeció, y alzó los ojos hacia Thenardier.

—Poned: «Mi querida hija»—dijo Thenardier.

El señor Blanco obedeció. Thenardier continuó:

—«Ven al momento...»

Aquí se detuvo para preguntar:

—¿La tuteáis, no es verdad?

—¿A quién? — preguntó el señor Blanco.

—Pardiez — dijo Thenardier—, a la niña...

El señor Blanco respondió sin la menor emoción aparente:

—No sé lo que queréis decir.

—Vaya, continuad—dijo Thenardier.

Y se puso nuevamente a dictar.

—«Ven al momento; necesito absolutamente de ti. La persona que te entregará esta carta está encargada de conducirte a donde yo estoy. Te espero. Ven con confianza.»

El señor Blanco había escrito todo. Thenardier añadió:

—¡Ah! borrad «ven con confianza»; esto podría hacer suponer que la cosa no es natural, y que la desconfianza es posible.

El señor Blanco borró las tres palabras.

—Ahora — prosiguió Thenardier—, firmad... ¿Cómo os llamáis?

El prisionero dejó la pluma, y preguntó:

—¿Para quién es esta carta?

—¡Bah! ya lo sabéis—respondió Thenardier—; para la niña.

Era evidente que Thenardier evitaba nombrar a la joven de que se trataba. Decía «la Alondra», decía «la niña», pero no pronunciaba el nombre. Precaución de hombre hábil, guardando su secreto ante sus cómplices. Decir el nombre hubiera sido entregarles todo «el negocio», y enseñarles más de lo que tenían necesidad de saber.

Replicó:

—Firmad: ¿cuál es vuestro nombre?

—Urbano Fabre—dijo el prisionero, con serena decisión.

Thenardier, con el movimiento propio de un gato, se metió la mano en el bolsillo, y sacó el pañuelo cogido al señor Blanco. Buscó la marca y se aproximó a la luz.

—U. F. Eso es. Urbano Fabre. Pues bien, firmad U. F.

El prisionero firmó.

—Como hacen falta las dos manos para cerrar la carta, dádmela, la cerraré yo.

Hecho esto, Thenardier añadió:

—Poned el sobre: «Señorita Fabre», en vuestra casa. Sé que vivís no muy lejos de aquí, en los alrededores de Santiago de Haut-Pas, puesto que allí vais a misa todos los días; pero no sé en qué calle. Veo que comprendéis vuestra situación. Como no habéis mentido al decir vuestro nombre, tampoco mentiréis para vuestras señas. Ponedlas vos mismo.

El prisionero permaneció un momento pensativo, luego cogió la pluma y escribió:

«Señorita Fabre, casa del señor Urbano Fabre, calle Saint-Dominique d'Enfer, núm. 17.»

Thenardier cogió la carta con una especie de convulsión febril.

—¡Mujer!—gritó.

La Thenardier acudió.

—Toma esta carta. Ya sabes lo que tienes que hacer. Abajo hay un coche. Marcha inmediatamente, y vuelve ídem.

Y, dirigiéndose al hombre de la maza, añadió:

—Tú que te has quitado el tapabocas, acompaña a la ciudadana. Subirás en la trasera del coche. Ya sabes dónde

he dejado la «carraca».

—Sí—contestó el hombre.

Y dejando su maza en un rincón, siguió a la Thenardier.

Cuando ya se iban, Thenardier sacó la cabeza por la puerta entreabierta, y gritó en el corredor:

—Cuidado con perder la carta: piensa que llevas en ella doscientos mil francos.

La voz ronca de la Thenardier respondió:

—Descuida, me la he metido en el pecho.

No había transcurrido un minuto cuando se oyó el chasquido de un látigo, que fué disminuyendo, y se apagó rápidamente.

—¡Bien!—murmuró Thenardier—: van a buen paso. Como corran de ese modo, la ciudadana estará de vuelta aquí dentro de tres cuartos de hora.

Acercó una silla a la chimenea, y se sentó cruzando los brazos, y presentando sus botas enlodadas a la estufa.

—Tengo frío en los pies—dijo.

No quedaban en el desván con Thenardier y el prisionero más que cinco bandidos. Aquellos hombres, al través de las máscaras de liga negra que cubriéndoles el rostro hacían de ellos, a elección o gusto del miedo, carboneros, negros o demonios, tenían aire embotado y triste: se conocía que ejecutaban el crimen como un trabajo cualquiera, tranquilamente, sin cólera y sin piedad, con cierta especie de fastidio. Hallábanse en un rincón amontonados como bestias, y se callaban. Thenardier se calentaba los pies. El prisionero había vuelto a caer en su taciturnidad. Una sombría calma había sucedido al feroz estrépito que llenaba el desván momentos antes.

La vela, que había criado un largo pábilo, iluminaba apenas el inmenso tugurio; el fuego había palidecido, y todas aquellas cabezas monstruosas proyectaban sombras deformes en las paredes y en el techo.

No se oía más ruido que la tranquila respiración del viejo borracho que dormía.

Mario esperaba con ansiedad siempre creciente.

El enigma era más impenetrable que nunca. ¿Quién era aquella «niña» a quien Thenardier había llamado la Alondra? ¿Era su «Ursula»? El prisionero no había parecido conmovido al oír el nombre de Alondra, y había contestado lo más naturalmente del mundo: «No sé lo que queréis decir».

Por otra parte, las dos letras U. F. estaban explicadas; era Urbano Fabre, y Ursula no se llamaba ya Ursula. Esto era lo que Mario veía claramente. Una especie de fascinación horrible le retenía clavado en su sitio, desde donde observaba y dominaba toda la escena. Estaba allí, casi incapaz de reflexión y de movimiento, como aniquilado por tan abominables cosas vistas de cerca. Aguardaba algún incidente, no importa cuál, no pudiendo reunir sus ideas, y no sabiendo qué partido tomar.

—De cualquier modo—decía—, si la Alondra es ella, la veré, porque la Thenardier va a traerla aquí. Entonces todo acabará: daré mi vida y mi sangre, si es preciso, pero la libertaré. Nada me detendrá.

Pasó así media hora. Thenardier parecía absorto en una tenebrosa meditación: el prisionero no se movía. Sin embargo, Mario creía oír por intervalos, y desde hacía algunos instantes, un pequeño ruido sordo hacia el lado del prisionero.

De pronto Thenardier apostrofó a éste:

—Señor Fabre: escuchad lo que voy a deciros.

Estas pocas palabras parecían dar principio a una declaración. Mario prestó oído. Thenardier continuó:

—Mi mujer va a volver; no os impacientéis. Creo que la Alondra es verdaderamente vuestra hija, y me parece muy natural que la conservéis. Pero oíd lo que voy a deciros: con vuestra carta, mi mujer irá a buscarla. He dicho a mi mujer que se vistiese como habéis visto, para que vuestra hija consienta en seguirla sin dificultad. Las dos subirán al carruaje y mi camarada en la trasera. Hay en cierta parte, fuera de una de las barreras, una «carraca» preparada con dos buenos caballos. Llevaré allí a vuestra hija; se apeará del coche; mi camarada subirá con ella en la «carraca», y mi mujer volverá

aquí a decirnos: «Ya está hecho». En cuanto a vuestra hija no se le hará ningún daño: la «carraca» la llevará a un sitio donde estará tranquila, y en cuanto me hayáis dado esos miserables doscientos mil francos, os será devuelta. Si hacéis que me prendan, mi camarada dará el golpe de gracia a la Alondra, y todo habrá concluído.

El prisionero no articuló una palabra. Después de una pausa, Thenardier prosiguió:

—Como veis, es muy sencillo. No habrá nada malo, si vos no queréis que lo haya. Yo os cuento el suceso: os prevengo para que lo sepáis.

Se detuvo: el prisionero no rompió el silencio, y Thenardier prosiguió:

—Cuando mi esposa haya vuelto y me haya dicho: «la Alondra está en camino», os soltaremos, y podréis ir a dormir a vuestra casa. Ya veis que no tenemos malas intenciones.

Imágenes espantosas pasaron por la imaginación de Mario. ¡Cómo! Aquella joven a quien robaban, ¿no iba a ser llevada allí? ¿Uno de aquellos monstruos iba a arrebatarla en la obscuridad? ¿Dónde?... ¡Y si era ella! Claro es que era ella. Mario sentía paralizarse y apagarse los latidos de su corazón. ¿Qué hacer? ¿Disparar el tiro? ¿Poner en manos de la justicia a todos aquellos miserables? Pero no por eso dejaría de estar fuera de todo alcance con la joven el horrible hombre de la maza, y Mario pensaba en estas palabras de Thenardier cuya sangrienta significación entreveía: «Si me hacéis prender, mi camarada dará el golpe de gracia a la Alondra».

Ahora ya no le detenía el testamento del coronel, sino también su mismo amor, el peligro de la que amaba.

Esta espantosa situación, que duraba ya hacía más de una hora, cambiaba de aspecto a cada momento. Mario tuvo la fuerza de pasar revista sucesivamente a las más punzantes conjeturas, buscando una esperanza y no hallándola. El tumulto de sus pensamientos contrastaba con el fúnebre silencio de la caverna.

En medio de aquel silencio se oyó el ruido de la puerta de la calle, que se abría y luego se cerraba.

El prisionero hizo un movimiento en sus ligaduras.

—Aquí está la ciudadana—dijo Thenardier.

Apenas acababa de hablar, cuando en efecto, la Thenardier se precipitó en el cuarto, amoratada, sofocada, jadeante, llameantes los ojos, y gritó, pegando con sus dos manazas sobre sus dos muslos a la vez:

—¡Señas falsas!

El bandido que había ido con ella entró detrás, y se dirigió a coger su maza.

—¿Señas falsas?—repitió Thenardier.

La mujer replicó:

—Nadie: en la calle de Saint-Dominique, número 17, no vive ningún Urbano Fabre. Nadie da razón de él.

Se detuvo sofocada; luego continuó:

—Mira, Thenardier: ese viejo te la ha pegado: tú eres demasiado bueno: ya ves, yo que tú, le hubiera abierto en canal para empezar, y si me hubiera hecho de pencas, le habría cocido vivo. Perciso le hubiera sido hablar y decir dónde está su hija, y dónde tiene el gato. Así hubiera yo manejado este negocio. Bien dicen, que los hombres son más bestias que las mujeres. Nada, no había nadie en el número 17. Es una puerta-cochera muy grande. En la calle de Saint-Dominique no hay ningún señor Fabre; ¡y a escape, y propina al cochero, y todo! He hablado al portero y a la portera, que es una buena mujer, y no lo conocen.

Mario respiró: ella, Ursula o la Alondra, aquella a quien no sabía cómo llamar, estaba salvada.

Thenardier, en tanto que su mujer, exasperada, vociferaba, se había sentado sobre la mesa: permaneció algunos minutos sin pronunciar una palabra, moviendo la pierna derecha, que colgaba, y considerando la estufa con aire de meditación salvaje.

Por fin, dijo al prisionero con una inflexión de voz lenta y singularmente feroz:

—¿Señas falsas? ¿Qué es, pues, lo que esperabas?

—¡Ganar tiempo!—gritó el prisionero con voz tonante.

Y al mismo instante sacudió sus ata-

duras : estaban cortadas. El prisionero sólo estaba sujeto a la cama por una pierna.

Antes que los siete hombres hubiesen tenido tiempo de comprender la situación y de lanzarse sobre él, el señor Blanco se inclinó hacia la chimenea, extendió la mano hacia la estufa, luego se levantó, y Thenardier, su mujer y los bandidos, rechazados por el asombro al fondo de la cueva, le vieron estupefactos levantar por encima de su cabeza el cortafríos hecho ascua, del cual se desprendía una claridad siniestra, casi libre y en formidable actitud.

En el sumario a que más adelante dió lugar el crimen del caserón de Gorbeau, consta, que cuando la policía hizo uno de sus reconocimientos, halló en el desván un sueldo cortado y trabajado de un modo particular. Aquel sueldo era una de esas maravillas de industria que la paciencia del presidio engendra en las tinieblas, y para las tinieblas ; maravillas, que no son otra cosa que instrumentos de evasión. Estos productos horribles y delicados, de un arte prodigioso, son en la bisutería lo que las metáforas del caló son en la poesía. Hay Benvenutos Cellini en los presidios, lo mismo que hay Villon en el idioma. El desgraciado que aspira a la libertad, halla algunas veces sin instrumentos, con un cortaplumas, con un cuchillo viejo, el medio de aserrar un sueldo en dos hojas delgadas, de ahuecar éstas sin tocar a la impresión monetaria, y de practicar un bisel o una rosca sobre el corte del sueldo, de modo que las dos hojas se puedan adherir de nuevo.

Así se juntan o separan a voluntad formando una caja. En aquella caja se oculta un muelle de reloj, y este muelle, bien manejado, corta los grillos y las barras de hierro. Se cree que un infeliz forzado no tiene más que un sueldo : nada de eso, posee la libertad. Un sueldo de esta clase fué el que halló la policía en sus pesquisas ulteriores, abierto y en dos pedazos sobre la cama inmediata a la ventana. Se descubrió igualmente una pequeña sierra de acero empavonado que podía ocultarse en el sueldo. Es probable que en el momento que los bandidos registraron al prisionero, llevara consigo este sueldo, que conseguiría ocultar en su mano, y que, temiendo en seguida la mano libre, lo abrió y se sirvió de la sierra para cortar las cuerdas que le ataban, lo cual explicaría el ligero ruido y los movimientos casi imperceptibles que Mario había observado.

No habiendo podido bajarse por temor de descubrirse, no había cortado las ligaduras de su pierna izquierda.

Los bandidos habían vuelto de su primera sorpresa.

—Descuidad — dijo el Colmenero a Thenardier—. Está todavía sujeto por una pierna, y no se irá, yo respondo ; como que he sido yo quien le ha atado esa pata.

Sin embargo, el prisionero alzó la voz :

—¡ Sois unos miserables ; pero mi vida no vale la pena de ser tan defendida ! En cuanto a imaginaros que me haréis hablar, que me haréis escribir lo que yo no quiero escribir, que me haréis decir lo que yo no quiero decir...

Se levantó la manga del brazo izquierdo y añadió :

—Mirad.

Al mismo tiempo alargó el brazo, y puso sobre la carne desnuda el cortafríos ardiendo que tenía en la mano derecha, cogido por el mango de madera.

Oyóse el chirrido de la carne quemada, esparcióse por el desván el olor propio de los cuartos de tormento. Mario vaciló sobrecogido de horror ; los bandidos mismos se estremecieron : el rostro del enigmático anciano apenas se contrajo, y en tanto que el hierro enrojecido penetraba en la herida humeante, impasible, y casi augusto, fijaba en Thenardier su hermosa mirada, sin odio, en la que el dolor se desvanecía bajo una majestad serena.

En las naturalezas grandes y escogidas, la resistencia de la carne y de los sentidos, cuando son presa del dolor físico, hacen salir el alma, y la hacen aparecer en la frente, como las rebeliones de la soldadesca hacen aparecer al capitán.

—¡ Miserables !—dijo— : No tengáis más miedo de mí que el que yo tengo de vosotros.

Y arrancando el cortafríos de la he-

rida lo lanzó por la ventana que había quedado abierta: el horrible instrumento abrasado desapareció girando en la obscuridad, cayendo a lo lejos, y yendo a apagarse en la nieve.

El prisionero añadió:

—Haced de mí lo que queráis.

Estaba ya desarmado.

—¡Sujetadle!—gritó Thenardier.

Dos bandidos le echaron la mano a los hombros y el enmascarado con voz de ventrílocuo se colocó enfrente, pronto a saltarle el cráneo de un llavazo al menor movimiento.

En aquel momento Mario oyó por bajo de sí en el extremo inferior del tabique, de tal modo, que no podía ver a los que hablaban, este coloquio sostenido en voz baja:

—No hay más que una cosa que hacer.

—Abrirle en canal

—Eso.

Eran el marido y la mujer que celebraban consejo.

Thenardier marchó lentamente hacia la mesa, abrió el cajón, y cogió el cuchillo.

Mario atormentaba la culata de la pistola. ¡Perplejidad inaudita! Hacía una hora que se elevaban dos voces en su conciencia; la una le decía que respetase el testamento de su padre, la otra le gritaba que socorriese al prisionero. Aquellas dos voces continuaban sin interrupción su lucha, que le ponía en la agonía. Había esperado vagamente, hasta aquel momento, hallar un medio de conciliar los dos deberes, pero nada posible había surgido. Entretanto el peligro apremiaba: había ya traspasado el último límite de la espera. Thenardier, a algunos pasos del prisionero, pensaba con el cuchillo en la mano.

Mario, loco, paseaba sus miradas en torno suyo, último y maquinal recurso de la desesperación.

De repente se estremeció.

A sus pies, sobre la cómoda, un rayo de clara luna iluminaba y parecía mostrarle una hoja de papel. En aquella hoja leyó esta línea escrita en gruesos caracteres aquella misma mañana por la mayor de las hijas de Thenardier:

—LOS CORCHETES ESTÁN AHÍ.

Una idea, una luz atravesó la imaginación de Mario: era el medio que buscaba, la solución de aquel horrible problema que le torturaba, librar al asesino y salvar a la víctima. Se arrodilló sobre la cómoda, alargó el brazo, cogió el papel, arrancó suavemente un yeson del tabique, lo envolvió en el papel, y arrojó el todo por el agujero en medio de la zahurda.

Ya era tiempo: Thenardier había vencido sus últimos escrúpulos o sus últimos temores, y se dirigía hacia el prisionero.

—¡Algo han tirado!—gritó la Thenardier.

—¿Qué es eso?—dijo el marido.

La mujer se había lanzado y había recogido el yeso envuelto en el papel que entregó a su marido.

—¿Por dónde ha venido esto?—preguntó Thenardier.

—Pardiez, ¿por dónde quieres que haya entrado? Por la ventana.

—Yo lo he visto pasar — dijo el Colmenero.

Thenardier desenvolvió rápidamente el papel, y se acercó a la luz.

—Es la letra de Eponina. ¡Diablo!

Hizo una seña a su mujer que se acercó vivamente, y le enseñó lo escrito en el papel, añadiendo luego con voz sorda:

—¡Pronto! ¡la escalera! Dejemos el tocino en la ratonera, y abandonemos el campo.

—¿Sin cortar el cuello al hombre?—preguntó la Thenardier.

—No tenemos tiempo.

—¿Por dónde?—preguntó el Colmenero.

—Por la ventana — respondió Thenardier—. Puesto que Eponina ha tirado la piedra por la ventana, es que la casa no está cercada por este lado.

El enmascarado de voz de ventrílocuo dejó en el suelo la llave, levantó los dos brazos, y abrió y cerró tres veces rápidamente las manos sin decir una palabra. Fué como la voz de zafarrancho para una tripulación. Los bandidos que sujetaban al prisionero le soltaron; en un abrir y cerrar de ojos fué desarrollada la escala por fuera de la ventana, y sujetada sólidamente al marco con los dos ganchos de hierro.

El prisionero no ponía atención en

lo que pasaba en torno suyo. Parecía soñar o rezar.

Una vez corriente la escala, Thenardier gritó:

—Ven, mujer.

Y se precipitó hacia la ventana. Pero cuando iba a saltar por ella, el Colmenero lo cogió bruscamente del cuello:

—Todavía no, viejo farsante; después que nosotros hayamos salido.

—Después que nosotros — aullaron los bandidos.

—Sois unos chiquillos — dijo Thenardier—; estamos perdiendo tiempo. Los podencos nos están ya pisando los talones.

—Pues bien — dijo un bandido—, echemos a la suerte quién pasará el primero.

Thenardier exclamó:

—¡Estáis locos! ¡Estáis borrachos! ¡Vaya un atajo de mandrias! ¡Perder así el tiempo! Echar a la suerte, ¿no es verdad? ¿Echaremos chinas? ¿Echaremos pajas? Escribiremos nuestros nombres, los pondremos en una gorra...

—¿Queréis mi sombrero?—gritó una voz desde el umbral de la puerta.

Todos se volvieron: era Javert.

Tenía el sombrero en la mano, y lo alargaba sonriendo.

XXI

DE CÓMO SE DEBERÍA COMENZAR POR PRENDER A LAS VÍCTIMAS

Javert, al anochecer, había apostado su gente, y él mismo se había emboscado detrás de los árboles en la calle de la Barrera de los Gobelinos, que daba frente al caserón de Gorbeau por el otro lado del bulevar. Había empezado por abrir «su bolsillo» para meter en él a las dos muchachas encargadas de vigilar las inmediaciones de la caverna. Pero sólo había «enjaulado» a Azelma. Eponina no estaba en su puesto; había desaparecido, y no había podido cogerla. Luego Javert se había puesto en acecho, atento el oído a la señal convenida. Las idas y venidas del coche le habían agitado mucho. Por fin, se había impacientado, y, seguro de estar «de suerte», habiendo conocido a muchos de los bandidos que habían entrado, acabó por decidirse a subir sin esperar el pistoletazo.

Se recordará que tenía la llave de Mario.

Había llegado a tiempo.

Los bandidos, asustados, se arrojaron sobre las armas que habían abandonado en el momento de evadirse. En menos de un segundo, aquellos siete hombres espantosos se agruparon en actitud de defensa, uno con su maza, otro con su llave, otro con su barra de hierro, los otros con tenazas, pinzas y martillos. Thenardier cogió su cuchillo; la Thenardier cogió su enorme pedrusco que estaba en el rincón de la ventana, y que servía a sus hijas de taburete.

Javert se puso su sombrero, dió dos pasos por el cuarto con los brazos cruzados, el bastón debajo del brazo y el espadín en la vaina.

—¡Alto ahí!—dijo—; no saldréis por la ventana, sino por la puerta. Es menos perjudicial. Sois siete, nosotros somos quince. No nos agarraremos como ganapanes. Sed buenos muchachos.

El Colmenero sacó una pistola que llevaba oculta bajo la blusa, y la puso en la mano de Thenardier, diciéndole al oído:

—Es Javert. Yo no me atrevo a disparar contra ese hombre. ¿Te atreves tú?

—¡Pardiez!—respondió Thenardier

—Pues bien, tírale.

Thenardier cogió la pistola y apuntó a Javert.

Este, que se hallaba a tres pasos, le miró fijamente, y se contentó con decirle:

—No tires: te va a fallar.

Thenardier apretó el gatillo: el tiro no salió.

El Colmenero tiró su rompe-cabezas a los pies de Javert.

—¡Eres el rey de los diablos! Me rindo.

—¿Y vosotros?—preguntó Javert a los demás bandidos.

—Nosotros también.

Javert repitió con calma:

—Bien, bueno; ya decía yo que seríais buena gente.

—Sólo pido una cosa—añadió el Colmenero—, y es que no se me niegue el tabaco mientras esté en chirona.

—Concedido—dijo Javert.

Y volviéndose y llamando:

—Entrad ya—dijo.

Una escuadra de municipales sable en mano, y de agentes armados de rompe-cabezas y garrotes, se precipitó en la habitación, y ató a los bandidos a la voz de Javert. Aquella multitud de hombres apenas iluminados por una vela, llenaba de sombra el antro.

—¡ Esposas a todos !—gritó Javert.

—¡ Acercaos un poco ! — gritó una voz, que no era voz de hombre, pero de la que nadie hubiera podido decir que era voz de mujer.

La Thenardier se había atrincherado en uno de los ángulos de la ventana, y ella era quien acababa de lanzar aquel rugido.

Los municipales y agentes retrocedieron.

Se había quitado el pañuelo : pero conservaba su sombrero ; su marido, agachado detrás de ella, desaparecía casi bajo el pañuelo caído : además, ella le cubría con su cuerpo, levantando con ambas manos por encima de su cabeza el pedrusco con el balanceo de un gigante que va a lanzar una roca.

—¡ Cuidado !—gritó.

Todos se refugiaron en el corredor, quedando un gran trecho desierto en medio del desván.

La Thenardier dirigió una mirada a los bandidos que se habían dejado amarrar, y murmuró con acento gutural y ronco :

—¡ Cobardes !

Javert se sonrió, y se adelantó al espacio vacío que la Thenardier abrazaba con sus feroces miradas.

—¡ No te acerques ! ¡ vete—gritó—, o te aplasto !

—¡ Qué buen granadero !—exclamó Javert— ; vaya, aunque tengas barbas como un hombre, yo tengo uñas como una mujer.

Y continuó avanzando.

La Thenardier, desmelenada y terrible, abrió las piernas, se dobló hacia atrás, y tiró el pedrusco a la cabeza de Javert con loca furia. Javert se bajó, la piedra pasó por encima de él, dió en la pared de enfrente, arrancando un gran pedazo de yeso, y volvió repercutiendo de ángulo en ángulo, al través del desván, por fortuna vacío, a morir a los pies de Javert.

En el mismo instante, éste llegaba junto a la pareja Thenardier. Una de sus anchas manos cayó sobre el hombro de la mujer y la otra sobre la cabeza del marido.

—¡ Las esposas !—gritó.

Los polizontes entraron a escape, y algunos segundos después, la orden de Javert estaba ejecutada.

La Thenardier, domada, miró sus manos atadas y las de su marido, se dejó caer en el suelo, y exclamó llorando :

—¡ Hijas mías !

—Están ya a la sombra — dijo Javert.

En tanto, los agentes habían descubierto al borracho dormido detrás de la puerta, y le sacudían. Se despertó balbuceando :

—¿ Hemos concluído, Jondrette?

—Sí—respondió Javert.

Los seis bandidos, atados, estaban de pie : conservaban aún sus caras de espectros : tres tiznados de negro, tres enmascarados.

—Conservad vuestras caretas — dijo Javert.

Y pasándoles revista con la mirada de un Federico II en la parada de Postdam, dijo a los tres «fumistas» :

—Buenas noches, Colmenero ; buenas noches, Brujón ; buenas noches, Dos-millares.

Luego, volviéndose hacia los tres enmascarados, dijo al hombre de la maza :

—Buenas noches, Traga-mares.

Y al hombre del garrote :

—Buenas noches, Babet.

Y al ventrílocuo :

—Salud, Suena-dinero.

En aquel momento, vió al prisionero de los bandidos, el cual, desde la entrada de los agentes de policía no había pronunciado una palabra, y se mantenía con la cabeza baja.

—Desatad al señor—dijo Javert—, y que nadie salga.

Dicho esto, se sentó ante la mesa, donde habían quedado la vela y el tintero, sacó un papel sellado del bolsillo, y comenzó el atestado. Luego que escribió las primeras líneas, que son las fórmulas de siempre, alzó la vista.

—Que se acerque el caballero a quien estos señores habían atado.

Los agentes miraron en derredor.

—Y bien—preguntó Javert—, ¿dónde está?

El prisionero de los bandidos, el señor Blanco, el señor Urbano Fabre, el padre de la Ursula, había desaparecido.

La puerta estaba guardada, pero la ventana no lo estaba. Inmediatamente que se vió libre, y en tanto que Javert escribía, se aprovechó de la confusión, del tumulto, de la multitud, de la obscuridad, y de un momento en que la atención no estaba fija en él, para lanzarse por la ventana.

Un agente corrió a ella y miró. No se veía nada afuera. La escala de cuerda temblaba todavía.

—¡Diablo!—dijo Javert entre dientes—; éste debía ser el mejor de todos.

XXII

EL NIÑO QUE LLORABA EN LA SEGUNDA PARTE

Al día siguiente del en que se verificaron estos acontecimientos en la casa del bulevar del Hospital, un chico, que parecía venir del lado del puente de Austerlitz, subía por la travesía de la derecha, en dirección a la barrera de Fontainebleau. Era noche obscura. Aquel chico era pálido, flaco; iba vestido de remiendos, con un pantalón de lienzo en el mes de febrero, y cantaba a grito pelado.

En la esquina de la calle del Petit-Banquier, una vieja encorvada rebuscaba en un montón de basura, a la luz del reverbero. El chico la empujó al pasar, y luego retrocedió, exclamando:

—¡Calla! ¡y yo que había tomado esto por un enorme perro!

Pronunció la palabra enorme por segunda vez con un ronquido gangoso y burlón, que sólo letras mayúsculas pueden expresar: ¡un enorme, un ENORME perro!

La vieja se enderezó furiosa.

—¡Bribón! ¡pillastre! — murmuró —; si yo no hubiera estado inclinada, ya sé dónde te hubiera aplicado la punta del pie.

El chico estaba ya a alguna distancia.

—¡Tuso! ¡tuso! ¡Vaya! ¡ya veo que no me había engañado!

La vieja, sofocada de indignación, se levantó, y el resplandor de la linterna dió de lleno en su cara lívida, angulosa y arrugada, con patas de gallo que le bajaban hasta casi los ángulos de la boca. El cuerpo se perdía en la sombra, y sólo se veía la cabeza. Hubiérase dicho que era la máscara de la decrepitud recortada por una claridad cualquiera en las tinieblas. El chico la miró atentamente.

—Esta señora—dijo—no tiene el género de belleza que me conviene.

Y prosiguió su camino, volviendo a cantar:

> Mambrú se fué a la guerra,
> montado en una perra;
> Mambrú se fué a la guerra,
> no sé cuándo vendrá.

Al acabar el cuarto verso se detuvo. Había llegado delante del núm. 50 y 52, y hallando cerrada la puerta, había comenzado a descargar sobre ella golpes y taconazos resonantes y heroicos, que revelaban más bien los zapatos de hombre que llevaba que los pies de niño que tenía.

Entretanto, aquella misma vieja que había encontrado en la esquina de la calle del Petit-Banquier, corría detrás de él, lanzando gritos y prodigando gestos desmesurados.

—¿Qué es eso? ¿qué es eso? ¡Buen Dios! ¡Echan abajo la puerta! ¡Están derribando la casa!

Las patadas continuaban.

La vieja gritaba a más no poder:

—¡Así se arreglan las casas ahora!

De pronto se detuvo; había conocido al pilluelo.

—¡Cómo! ¿eres tú, Satanás?

—¡Calle! es la vieja—dijo el muchacho—. Buenas noches, tía Bougoncha. Vengo a ver a mis progenitores.

La vieja respondió con una mueca del orden compuesto, admirable improvisación del odio sacando partido de la caducidad y de la fealdad, que desgraciadamente se perdió en las tinieblas.

—No hay nadie, carátula.

—¡Bah!—replicó el chico—, ¿dónde está mi padre?

—En la cárcel de la Fuerza.

—¡Calla! ¿y mi madre?

—En la de San Lázaro.

—Muy bien. ¿Y mis hermanas?

—En las Magdalenas.

El chico se rascó la oreja, miró a la tía Bougoncha, y dijo:

—¡Ah!

Después giró sobre sus talones, y a los pocos momentos la vieja, que había quedado en el umbral de la puerta, le oyó que cantaba con voz clara y juvenil, perdiéndose entre los álamos negros, que se estremecían al soplo del cierzo de invierno:

Mambrú se fué a la guerra
montado en una perra;
Mambrú se fué a la guerra,
no sé cuándo vendrá.
Si vendrá por la Pascua,
o por la Trinidad.

CUARTA PARTE

EL IDILIO DE LA CALLE PLUMET Y LA EPOPEYA DE LA CALLE DE SAN DIONISIO

LIBRO PRIMERO

Algunas páginas de Historia.

I

BIEN CORTADO

Los años de 1831 y 1832, que siguieron inmediatamente a la Revolución de Julio, son uno de los momentos más particulares y más notables de la historia. Estos dos años, en medio de los que les preceden y les siguen, aparecen como dos montañas: tienen la grandeza revolucionaria; en ellos se descubren precipicios. Las masas sociales, las hiladas mismas del edificio de la civilización, el grupo sólido de los intereses seculares de la antigua formación francesa, aparecen y desaparecen a cada instante al través de las nubes tempestuosas de los sistemas, de las pasiones y de las teorías.

Estas apariciones y estas desapariciones han sido llamadas la resistencia y el movimiento. Por intervalos se ve brillar entre ellas la verdad, que es la luz del alma humana.

Esta época notable está bastante circunscrita, y principia a alejarse bastante de nosotros para que puedan apreciarse desde ahora sus líneas principales.

Vamos a tratar de hacerlo.

La Restauración había sido una de esas fases intermedias difíciles de definir, en que se encuentran cansancio, zumbido, murmullos, sueño, tumulto, y que no son más que la llegada de una gran nación a una etapa. Estas épocas son muy singulares, y engañan a los políticos que quieren explotarlas. Al principio, la nación no pide más que el reposo; no tiene más que sed de paz, ni más ambición que ser pequeña. Todo esto, traducido, quiere decir: permanecer tranquila; porque los grandes sucesos, las grandes casualidades, las grandes aventuras, los grandes hombres, gracias a Dios, se ha visto demasiado que abundan hasta cansarnos. En ciertas ocasiones se daría a César por Prusias, y a Napoleón por el rey de Ivetot. «¡Qué buen reyecito era aquél!» Cuando se ha caminado desde el amanecer, cuando se ha andado una jornada larga y penosa, cuando se ha hecho la primera parada con Mirabeau, la segunda con Robespierre y la tercera con Napoleón, se encuentra uno derrengado, y lo que desea es una cama.

La fidelidad cansada, el heroísmo envejecido, las ambiciones satisfechas, y las fortunas adquiridas, buscan, reclaman, imploran y solicitan, ¿el qué? Un lugar de descanso. Y lo tienen, toman posesión de la paz, de la tranquilidad, del ocio; y ya están contentos. Mientras tanto, surgen ciertos hechos, se dan a conocer, y llaman a la puerta cada uno por su lado. Estos hechos salen de la revolución y de las guerras, y existen, viven, tienen el derecho de instalarse en la sociedad, y se instalan; y la mayor parte del tiempo, los hechos son aposentadores y furrieles, que no hacen más que preparar la habitación a los principios.

Y véase entonces lo que se presenta a los filósofos políticos.

Al mismo tiempo que los hombres cansados piden el reposo, los hechos consumados piden garantía. Las garantías para los hechos son como el repo-

so para los hombres.

Esto es lo que Inglaterra pedía a los Estuardos después del Protectorado; lo que Francia pedía a los Borbones después del Imperio.

Estas garantías son una necedad de los tiempos, y es preciso concederlas. Los príncipes las «otorgan», pero en realidad les da la fuerza de las cosas: verdad útil y profunda que ignoraron los Estuardos en 1662, y que los Borbones no vislumbraron aún en 1814.

La familia predestinada que volvió a Francia cuando cayó Napoleón, tuvo la inocencia fatal de creer que era ella la que daba, y que lo que había dado lo podía volver a tomar; que la casa de Borbón poseía el derecho divino; que Francia no poseía nada, y que el derecho político concedido en la Carta de Luis XVIII no era más que una rama del derecho divino, separada por la casa de Borbón y concedida graciosamente al pueblo, hasta el día en que el rey quisiera recogerla de nuevo. Sin embargo, la casa de Borbón podía haber conocido en el disgusto que le causaba, que no salía de ella esta concesión.

Esta casa se presentó huraña en el siglo XIX; puso mala cara a los desahogos de la nación, y para servirnos de una palabra trivial, es decir, popular y verdadera, estaba de hocico; el pueblo lo vió.

Creyó que tenía fuerza, porque el Imperio había desaparecido delante de ella como una decoración de teatro, sin conocer que ella había venido de la misma manera; no vió que estaba en la misma mano que había hecho desaparecer a Napoleón.

Creyó que estaba arraigada en el pueblo porque era lo pasado, y se engañaba: era una parte de lo pasado; pero todo lo pasado en Francia. Las raíces vivas y profundas de la sociedad francesa no estaban en los Borbones, sino en la nación; no constituían el derecho de una familia, sino la historia de un pueblo, y estaban en todas partes, excepto en el trono.

La casa de Borbón era para la Francia el nudo ilustre y sangriento de su historia, mas no el elemento principal de su destino, ni la base necesaria de su política. Podía pasarse sin los Borbones, como se había pasado veintidós años; había habido una solución de continuidad, pero ellos lo negaban. ¿Y cómo no habían de negarlo ellos, que creían que Luis XVII reinaba el 9 termidor, y que Luis XVIII reinaba el día de Marengo? Nunca, desde el origen de la historia, había habido príncipes tan ciegos en presencia de los hechos y de la parte de autoridad divina que contienen y promulgan; nunca esa pretensión humana, que se llama el derecho de los reyes, había negado hasta tal punto el derecho divino.

Error capital que llevó a esta familia a poner mano en las garantías «otorgadas» en 1814, en las concesiones, como ellas las llamaba; y cierto que era triste cosa ver que llamaba sus concesiones a lo que eran nuestras conquistas, que llamaba nuestras usurpaciones a lo que eran nuestros derechos.

La Restauración, cuando creyó llegada la hora, cuando se creyó victoriosa de Bonaparte, y arraigada en el país, es decir, cuando se creyó fuerte y profunda, tomó bruscamente su partido y se arriesgó a dar un golpe.

Una mañana se levantó poniéndose enfrente de Francia, y, elevando la voz, negó el título colectivo y el título individual; a la nación, la soberanía, y al ciudadano la libertad; en otros términos, negó a la nación lo que la hacía nación, y al ciudadano lo que le hacía ciudadano.

Esta es la esencia de esos actos célebres, que se llaman los Derechos de Julio.

La Restauración cayó.

Y cayó con justicia, aunque debamos decir aquí que no fué absolutamente hostil a todas las formas del progreso, y que se habían hecho grandes cosas a su lado.

En tiempo de la Restauración, la nación se había acostumbrado a la discusión tranquila, cosa que no había tenido en tiempo de la República, y a la grandeza en la paz, cosa que no había tenido durante el Imperio.

El espectáculo de Francia, libre y fuerte, había sido un estímulo para los demás pueblos de Europa: la Revolución había tenido la palabra en tiempo de Robespierre, el cañón en tiempo de Bonaparte; pero en tiempo de Luis XVIII y Carlos X tuvo a su vez

la palabra y la inteligencia. Cesó el viento, y se encendió de nuevo la antorcha; vióse brillar en las serenas cimas la luz del pensamiento; espectáculo magnífico, útil y agradable.

Vióse trabajar por espacio de quince años en plena paz, en medio de la plaza pública, a esos grandes principios, tan antiguos para el pensador, y tan nuevos para el hombre de Estado: la igualdad ante la ley, la libertad de la conciencia, la libertad de la palabra, la libertad de la prensa, la accesibilidad de todas las clases a todos los cargos, Esto duró hasta 1830. Los Borbones fueron un instrumento de civilización, que se quebró en manos de la Providencia.

La vida de los Borbones tuvo mucha grandeza, no por parte suya, sino por parte de la nación. Dejaron el trono con gravedad; pero sin autoridad; su caída, en medio de la noche, no fué una de esas desapariciones solemnes que dejan una sombría emoción en las páginas de la historia; no fué ni la tranquilidad sepulcral de Carlos I, ni el rugido de águila de Napoleón.

Se fueron; esto es lo mejor que puede decirse: depusieron la corona, y no conservaron la aureola; fueron dignos, pero no augustos; faltaron en cierto modo a la majestad de su desgracia. Carlos X, en el viaje de Cherburgo, haciendo cortar una mesa redonda para cuadrarla, pareció más cuidadoso de la etiqueta en peligro que de la monarquía que se derrumbaba. Esta pequeñez entristeció a los hombres fieles que amaban su persona, y a los hombres graves que honraban su raza. El pueblo estuvo admirable; la nación, atacada una mañana a mano armada por una especie de insurrección real, se sintió tan poderosa, que no tuvo ni aun cólera; se defendió y se contuvo; volvió las cosas a su lugar; el gobierno a la ley, y los Borbones al destierro. Pero ¡ah! se detuvo. Tomó al viejo rey Carlos X de bajo del dosel que había abrigado a Luis XIV, y le puso en tierra suavemente; no tocó a las personas reales sino con tristeza y precaución. Esto no lo hizo un hombre, no lo hicieron algunos hombres; lo hizo Francia, Francia entera, Francia victoriosa y embriagada con la victoria, que parecía recordar, y que practicó a los ojos del mundo entero, estas graves palabras de Guillermo de Vair, después de la jornada de las barricadas: «Es muy fácil a los que se han acostumbrado a aprovecharse de los favores de los grandes, y a saltar como un pájaro de rama en rama, de una situación aflictiva a otra floreciente, manifestarse atrevidos contra su príncipe en la adversidad; pero en cuanto a mí, la suerte de mis reyes me será siempre venerable, y principalmente la de los desgraciados.»

Los Borbones cayeron con respeto, pero sin sentimiento: como hemos dicho, su desgracia fué más grande que ellos, y desaparecieron en el horizonte.

La Revolución de Julio tuvo inmediatamente amigos y enemigos en el mundo entero. Unos se precipitaron hacia ella con entusiasmo y alegría; otros le volvieron la espalda: cada uno según su naturaleza. Los príncipes de Europa, en el primer momento, como los buhos de esta aurora, cerraron los ojos, heridos y estupefactos, y no los abrieron sino para amenazar; temor que se comprende, cólera que se disculpa. Esta extraña revolución apenas había sido un choque; no había hecho al realismo vencido ni aun el honor de tratarle como enemigo, y verter su sangre. A los ojos de los gobiernos despóticos, siempre interesados en que se calumnie la libertad a sí misma, la Revolución de Julio había cometido la falta de presentarse formidable, y ser tranquila. Por lo demás, nada se intentó y maquinó contra ella. Los más descontentos, los más irritados, los más temblorosos, la saludaban; cualesquiera que sean nuestro egoísmo y nuestros rencores, siempre emana un respeto misterioso de los sucesos en que se descubre la colaboración de alguno que trabaja desde lugar más elevado que el hombre.

La Revolución de Julio es el triunfo del derecho derrocando el hecho: una cosa llena de esplendor.

El derecho derrocando el hecho: de aquí proviene el esplendor de la Revolución de 1830, y de aquí también su mansedumbre: el derecho que triunfa no tiene necesidad de ser violento.

El derecho es lo justo y lo verdadero.

El carácter del derecho es permanecer enteramente bello y puro : el hecho, aun el más necesario en apariencia, aun el mejor aceptado por los contemporáneos, si no existe sino como hecho, si no contiene en sí más que un poco o nada de derecho, está destinado infaliblemente a ser, con el tiempo, deforme, inmundo, y quizá monstruoso. Si se quiere conocer de una vez hasta qué grado de miseria puede llegar el hecho, visto a la distancia de los siglos, mírese a Maquiavelo. Maquiavelo no es un mal genio, ni un demonio, ni un escritor malvado y miserable ; no es nada más que el hecho, y no es solamente el hecho europeo ; es el hecho del siglo XVI. Parece horrible, y lo es ante la idea moral del siglo XIX.

Esta lucha del derecho y del hecho existe desde el principio de las sociedades ; el trabajo de los sabios tiene por objeto terminar el duelo, amalgamar la idea pura con la realidad humana, hacer penetrar pacíficamente el derecho en el hecho.

II

MAL COSIDO

Pero uno es el trabajo de los sabios, y otro el de los hábiles.

La Revolución de 1830 se había detenido muy pronto.

Tan luego como se calma al llegar al puerto la tempestad revolucionaria, los hábiles se apoderan del buque náufrago.

Los hábiles en nuestro siglo, se han conferido a sí mismos la calificación de hombres de Estado, si bien esta palabra «hombre de Estado» ha concluído por pertenecer algo al caló. No se olvide que allí donde no hay más que habilidad, hay, necesariamente, pequeñez. Decir, pues, los hábiles, equivale a decir : las medianías.

Del mismo modo que decir : los hombres de Estado equivale algunas veces a decir : los traidores.

A creer a los hábiles, las revoluciones, como las de Julio, son arterias cortadas, y es preciso hacer pronto la ligadura. El derecho proclamado en toda su grandeza, estremece ; y una vez afirmado el derecho, es necesario afirmar el Estado : asegurada la libertad, es preciso pensar en el poder.

En esto, los sabios no se separan aún de los hábiles, pero principian a desconfiar. El poder, sea ; pero, ante todo, ¿qué es el poder? Y, después, ¿de dónde viene?

Los hábiles aparentan no comprender esta objeción, y continúan su maniobra.

Según estos políticos, muy ingeniosos para cubrir las ficciones de que pueden aprovecharse con una máscara de necesidad, lo que primero hace falta a un pueblo, después de una revolución, cuando este pueblo forma parte de un continente monárquico, es proporcionarse una dinastía. De este modo, dicen, puede tener la paz después de su revolución ; es decir, el tiempo necesario para sondear sus llagas, y reparar su casa. La dinastía oculta los andamios, y cubre los hospitales de sangre. Pero no es siempre fácil encontrar una dinastía.

En rigor, basta el primer hombre de genio, o el primer hombre de fortuna, para hacer de él un rey. En el primer caso, resulta un Bonaparte ; en el segundo, un Itúrbide.

Mas para hacer una dinastía no basta una familia cualquiera. Debe haber necesariamente cierta cantidad de antigüedad en una raza ; y las arrugas de los siglos no se improvisan.

Si nos colocáramos bajo el punto de vista de los «hombres de Estado» haciendo todas las reservas convenientes, y preguntáramos, después de una revolución, cuáles son las cualidades del rey que de ella hubiera de salir, nos responderíamos : Puede ser, y es útil que sea revolucionario, es decir, partícipe personal de esta revolución, que haya puesto en ella la mano, que se haya comprometido o distinguido en ella, que haya tocado el hacha, o manejado la espada.

¿Cuáles son las cualidades de una dinastía? Debe ser racional, es decir, revolucionaria a cierta distancia, no por sus actos consumados, sino por las ideas aceptadas ; debe componerse de lo pasado, y ser histórica, componerse del porvenir y ser simpática.

Todo esto explica por qué las prime-

ras revoluciones se contentan con encontrar un hombre, llámese Cromwell o Napoleón; y por qué las segundas quieren, absolutamente, encontrar una familia, la casa de Brunswick, o la casa de Orleáns.

Las familias reales se asemejan a esas higueras de la India, cuyas ramas se encorvan hasta la tierra, echan raíces, y se convierten en nuevos troncos. Cada rama puede ser una dinastía, con la única condición de bajarse hasta el pueblo. Tal es la teoría de los hábiles.

Este es, pues, el arte sublime: hacer que un acontecimiento suene algo a catástrofe, para que los que se aprovechen de él tiemblen también; sazonar con un poco de miedo un paso de hecho; aumentar la curva de la transición hasta retardar el progreso; endulzar la obra; denunciar y disminuir los preparativos de entusiasmo; cortar los ángulos y la uñas: acolchar el triunfo; arropar el derecho; rodear al gigante-pueblo de franela, y meterle en cama en seguida; imponer dieta a este exceso de alud; tratar a Hércules como convaleciente: desleír el acontecimiento en el expediente; ofrecer a los ánimos sedientos del ideal, este néctar con tisana; tomar sus precauciones contra el éxito demasiado grande; guarnecer la revolución con una pantalla.

En 1830 se practicó esta teoría, aplicada ya en Inglaterra en 1688.

La de 1830 fué una revolución detenida a media playa; progreso a medias; semi-derecho. Pero la lógica ignora el casi, absolutamente lo mismo que el sol ignora que haya velas.

¿Y quién detiene la revolución a media playa? En esa parte de la clase media compuesta de los que de nada se han hecho algo, y miran sólo a su conservación.

¿Y por qué?

Porque esta clase media es el interés satisfecho; ayer era el apetito, hoy es la plenitud, mañana será la saciedad.

El fenómeno de 1814, después de Napoleón, se reprodujo en 1830, después de Carlos X.

Se ha querido equivocadamente hacer de esa parte de la sociedad representada en el tendero que gana, una clase. Esta clase media es simplemente la parte contenta del pueblo. El individuo de esta llamada clase, es el hombre que tiene ahora tiempo para sentarse; y una silla no es una casta.

Mas por querer sentarse demasiado pronto, se puede detener la marcha del género humano; y ésta ha sido casi siempre la falta de esa parte del pueblo.

No constituye una clase el cometer una falta: el egoísmo no es una de las divisiones del orden social

Por lo demás, debemos ser justos, aun respecto del egoísmo; el estado a que aspiraba después de la conmoción de 1830 esta parte de la nación de que vamos hablando, no era la inercia, que se complica con la indiferencia y la pereza, y que es algo vergonzosa, no era el sueño, que supone un olvido momentáneo, accesible a los ensueños; era un descanso, un alto.

Hacer alto es una frase que tiene un doble sentido singular, y casi contradictorio: tropa en marcha, quiere decir movimiento; alto, quiere decir reposo.

Hacer alto es reparar las fuerzas; es el reposo armado y despierto; es el hecho consumado que pone centinelas y se mantiene en guardia. El alto supone el combate ayer, y el combate mañana.

Este es el intermedio de 1830 y de 1848.

Lo que aquí llamamos combate puede también llamarse progreso.

Era preciso, pues, a esta parte de la clase media, como a los hombres de Estado, un hombre que representase esta palabra ¡Alto! Un Atrás y Adelante; una individualidad compuesta que significase revolución y estabilidad; en otro términos, que consolidase lo presente por medio de la compatibilidad evidente de lo pasado y lo porvenir.

Este hombre se «encontró enteramente». Se llamaba Luis Felipe de Orleáns.

Los 221 hicieron rey a Luis Felipe; Laffayette se encargó de la consagración y llamó a la nueva monarquía «la mejor de las repúblicas». El «Hotel de Ville» de París reemplazó a la catedral de Reims.

Esta sustitución de un semi-trono a un trono completo, fué la «obra de 1830».

Cuando los hábiles hubieron concluído, apareció el vicio inmenso de su so-

lución : todo se había hecho fuera del derecho absoluto. El derecho absoluto gritó : ¡ Protesto ! y después, cosa formidable, se sumergió en la sombra.

III

LUIS FELIPE

Las revoluciones tienen el brazo terrible y la mano afortunada ; pegan firme y escogen bien. Aun incompletas, aun bastardeadas y prematuras, aun sofocadas y reducidas al estado de revolución menor de edad, como la Revolución de 1830, les queda casi siempre bastante lucidez providencial para que no puedan caer mal. Su eclipse no es nunca una abdicación.

Sin embargo, no nos gloriemos demasiado ; las revoluciones se engañan también, y se han visto graves equivocaciones.

Volvamos a 1830. Este año tuvo acierto en su extravío. En el establecimiento, que se llamó orden después de la Revolución, detenida muy pronto, el rey valía más que el realismo : Luis Felipe era un hombre raro.

Hijo de un hombre a quien la historia juzgará seguramente con circunstancias atenuantes, pero tan digno de aprecio, como su padre de censura, tenía todas las virtudes privadas, y algunas públicas ; era cuidadoso de su salud, de sus bienes, de su persona, de sus negocios, conociendo el valor de un minuto y no siempre el de un año : sobrio, sereno, pacífico, sufrido ; buen hombre y buen príncipe.

Dormía con su mujer, y tenía en su palacio lacayos encargados de enseñar el lecho conyugal a los ciudadanos : había alhajado su alcoba con un lujo regular, útil después de la antigua ostentación ilegítima de la rama mayor : sabía todas las lenguas de Europa, y lo que es más notable, sabía y hablaba el idioma de todos los intereses. Admirable representante de la «clase media», pero siempre superior a ella, y más avanzado que ella, tenía el singular talento, sin dejar de apreciar la sangre de su familia, de medirse por su valor intrínseco ; y en cuanto a la cuestión de raza, hacerse Orleáns y no Borbón, primer príncipe de la sangre mientras no había sido más que Alteza Serenísima ; pero franco ciudadano el día en que fué Majestad ; difuso en público, conciso en la intimidad ; acusado de avaricia, pero sin pruebas, y en realidad, hombre económico, fácilmente pródigo respecto de su fantasía o de su deber ; literato, y poco sensible a las letras : noble y no caballeresco ; sencillo, tranquilo y fuerte ; adorado de su familia y de su casa ; conversador lleno de seducción, hombre de Estado desengañado, frío interiormente, dominado por el interés inmediato ; incapaz de rencor ni de agradecimiento, empleando sin piedad los talentos superiores sobre los medianos : muy hábil en vencer, por medio de las mayorías parlamentarias, esas unanimidades misteriosas que gruñen sordamente bajo los tronos ; expansivo y algunas veces imprudente en su expansión, pero de una maravillosa destreza en su imprudencia ; fértil en expedientes, en fisonomías, en máscaras, metiendo miedo a Francia con Europa, y a Europa con Francia ; amante seguramente de su país, pero mucho más de su familia ; apreciando más la dominación que la autoridad, y la autoridad más que la dignidad, disposición que tiene algo de funesta, porque dirigiéndolo todo exclusivamente al éxito, admite la astucia, y no repudia absolutamente la bajeza, pero que tiene también algo de útil, porque preserva a la política de los choques violentos, al Estado de los rompimientos, y a la sociedad de las catástrofes ; minucioso, correcto, vigilante, atento, sagaz, infatigable ; contradiciéndose alguna vez, y desdiciéndose ; arrogante contra Austria en Ancona ; tenaz contra Inglaterra en España ; bombardeando a Amberes, y pagando a Pritchard ; cantando con convicción la Marsellesa ; inaccesible al abatimiento, al cansancio, al gusto de lo bello y de lo ideal, a las generosidades temerarias, a la utopía, a la quimera, a la cólera, a la vanidad, al temor.

Tenía todas las formas de la intrepidez personal ; como general en Valmy, como soldado en Jemmapes, probado ocho veces por el regicidio, y siempre con la sonrisa en los labios ; valiente como un granadero, animoso como un pensador ; inquieto solamente ante la

suerte de una conmoción europea, e impropio para las grandes aventuras políticas; siempre dispuesto a arriesgar su vida, pero nunca su obra; disfrazando su voluntad con la influencia, con objeto de ser obedecido más bien como inteligencia que como rey; dotado de observación, y no de adivinación; poco conocedor de los talentos, pero muy conocedor de los hombres, es decir, necesitando de ver para juzgar; buen juicio, pronto y penetrante de cordura práctica, palabra fácil, memoria prodigiosa; echando mano siempre de su memoria, único punto de semejanza que tuvo con César, Alejandro y Napoleón. Sabía los nombres propios, e ignoraba las tendencias, las pasiones, los talentos no vulgares, las aspiraciones interiores, los levantamientos ocultos y obscuros de las almas: en una palabra, todo lo que podría llamarse las corrientes invisibles de las conciencias: aceptado por la superficie, pero algo discorde con la Francia interior, saliendo adelante con su habilidad, gobernando demasiado, y no reinando bastante, siendo su propio primer ministro; excelente para hacer de la pequeñez de las realidades un obstáculo a la inmensidad de las ideas; mezclando con una verdadera facultad creadora de civilización, de orden y de organización, un espíritu extraño de procedimientos y de sutileza, fundador y procurador de una dinastía, con algo de Carlomagno, y algo de curial, en suma, figura grande y original; príncipe que supo consolidar el poder, a pesar de la inquietud de Francia, y adquirir fuerza a pesar de los recelos de Europa, Luis Felipe será colocado entre los hombres eminentes de su siglo; y sería colocado entre los hombres de gobierno más ilustres de la Historia, si hubiese amado un poco la gloria, y hubiese tenido el sentimiento de lo grande, del mismo modo que tenía el sentimiento de lo útil.

Luis Felipe había sido de bella figura, y viejo ya, era gracioso, no siempre había sido bien acogido por Francia, pero lo había sido por la multitud; agradaba porque tenía el don de la seducción. La majestad no le sentaba bien; era rey y no llevaba la corona, era anciano y no tenía el cabello blanco. Sus modales eran del antiguo régimen, y sus costumbres del moderno; mezcla del noble y del ciudadano que convenía a 1830, Luis Felipe era la transición reinante, había conservado la antigua pronunciación y la antigua ortografía que ponía al servicio de las opiniones modernas, era partidario de Polonia y de Hungría, pero escribía «les poloneis» y pronunciaba «les hongrais». Llevaba el uniforme de la Guardia Nacional como Carlos X, y el cordón de la Legión de Honor como Napoleón.

Iba poco a la iglesia, nunca a caza ni a la Opera. Era incorruptible con los sacristanes, los perreros y las bailarinas; lo cual era causa de alguna parte de su popularidad en la clase media. No tenía corte, salía con su paraguas bajo el brazo, y este paraguas ha sido por mucho tiempo parte de su aureola. Entendía un poco de albañilería, un poco de jardinería y un poco de medicina; sangraba a un postillón que se caía del caballo, y no iba nunca sin su lanceta, lo mismo que Enrique III sin su puñal. Los realistas se burlaban de este rey ridículo, único que ha derramado sangre para curar.

En el debe de la cuenta histórica contra Luis Felipe, tenemos que rebajar una partida; esta cuenta tiene tres columnas que dan cada una un total diferente; la que acusa al realismo, la que acusa al reinado y la que acusa al rey. El derecho democrático confiscado, el progreso mirado como un interés secundario, las protestas de la calle reprimidas violentamente, la ejecución militar de las insurrecciones, el motín pasado por las armas, la calle Trasnonain, los consejos de guerra, la absorción del país real por el país legal, el gobierno de cuenta y mitad con trescientos mil privilegiados, son el hecho del realismo; Bélgica rechazada, Argelia duramente conquistada con más barbarie que civilización, lo mismo que la India por los ingleses, la falta de fe con Abd-el-Kader, Blaye, la compra de Deutz, el pago de Pritchard, son hechos del reinado; la política más familiar que nacional, es el hecho del rey.

Como puede verse, hecho el descuento, el cargo del rey se disminuye.

Su gran falta fué ésta: haber sido modesto en nombre de Francia. ¿De dónde proviene esta falta?

Vamos a decirlo.

Luis Felipe fué un rey demasiado padre, y esta incubación de una familia que quiere hacerse dinastía tiene miedo de todo y no quiere aventurarse mucho: de aquí la timidez excesiva, importuna para un pueblo que tiene el 14 de Julio en su tradición civil y un Austerlitz en su tradición militar.

Por lo demás, si prescindimos de los deberes públicos, que exigen el primer lugar, la profunda ternura de Luis Felipe hacia su familia era merecida por ésta. Aquel grupo doméstico era admirable: las virtudes se hermanaban en él con el talento. Una de las hijas de Luis Felipe, María Orleáns, hacía escribir el nombre de su raza entre los artistas, como Carlos de Orleáns lo hacía escribir entre los poetas; y había hecho de su alma un mármol al cual había llamado Juana de Arco. Dos de los hijos de Luis Felipe habían arrancado a Metternich este elogio demagógico: «Son jóvenes como se ven muy pocos, y príncipes como no se ve ninguno».

Este es, sin disimular nada, pero sin agravar tampoco nada, el retrato de Luis Felipe.

La fortuna de Luis Felipe en 1830 consistió en ser el príncipe Igualdad, en llevar en sí mismo la contradicción de la Restauración y la Revolución, en poseer ese aspecto inquieto del revolucionario que se convierte en aspecto tranquilizador en el gobernante; nunca se presentó un hombre que se adaptase tan bien a un acontecimiento; entró uno en otro, y se hizo la encarnación. Luis Felipe es 1830 hecho hombre. Además tenía un gran precedente para el trono: el destierro. Había estado proscripto, errante, pobre: había vivido de su trabajo. En Suiza, aquel heredero de los dominios más ricos de Francia, había tenido que vender un caballo para comer; en Richenau había dado lecciones de matemáticas, mientras su hermana Adelaida bordaba y cosía. Estos recuerdos unidos a un rey, entusiasmaban a la clase media. Había demolido con sus propias manos la última jaula de hierro del monte de San Miguel, construída por Luis XI, y utilizada por Luis XV; era compañero de Dumouriez, y amigo de Laffayette; había sido individuo del club de los jacobinos; Mirabeau le había dado golpecitos en el hombro; Dantón le había dicho: «¡Hola, joven!» A los veinticinco años, en 1793, siendo duque de Chartres, había asistido desde el fondo de una obscura tribuna de la Convención al proceso de Luis XVI, tan bien calificado con el nombre de «ese pobre tirano».

La huella que en él había dejado la Revolución era prodigiosa; su recuerdo era como una marca viva de aquellos grandes años, minuto por minuto. Un día, ante un testigo de quien no es imposible dudar, rectificó de memoria toda la letra A de la lista alfabética de la Asamblea Constituyente.

Luis Felipe fué un rey a la luz del día. En su reinado, la prensa fué libre, la tribuna libre, la conciencia y la palabra libres. Las leyes de Septiembre eran lúcidas. Pero, aun conociendo el poder desgastador de la luz sobre los privilegios, dejó su trono expuesto a la luz. La historia, al juzgarle, tendrá en cuenta esta lealtad.

Luis Felipe, como todos los hombres históricos que han salido ya de la escena, está hoy sujeto al juicio de la conciencia humana; su proceso está aún en primera instancia.

Aún no ha sonado para él la hora en que la historia habla con su acento venerable y libre; aún no ha llegado el momento de pronunciar sobre este rey el juicio definitivo; hasta el austero e ilustre historiador Luis Blanc ha modificado hoy su primer veredicto. Luis Felipe ha sido el elegido de estos dos semis que se llaman 221 y 1830, es decir, de un semi-parlamento y de una semi-revolución; y en todo caso, desde el punto de vista superior en que debe colocarse la filosofía, no podríamos juzgarle aquí, como se ha podido descubrir en lo que hemos dicho, sino con ciertas reservas en nombre del principio democrático absoluto.

A los ojos del absoluto, fuera de estos dos derechos, primero el del hombre, segundo el del pueblo, todo es usurpación. Pero, hechas estas reservas, lo que podemos decir desde ahora es, que,

resumiendo, y de cualquier manera que se le considere, Luis Felipe, examinado en sí mismo y desde el punto de vista de la bondad humana, será, sirviéndonos del lenguaje de la historia antigua, uno de los mejores príncipes que se han sentado en el trono.

¿Qué tiene, pues, contra él? El trono. Quitad de Luis Felipe el rey : queda el hombre, y el hombre es bueno ; bueno, algunas veces, hasta ser admirable. Con frecuencia, en medio de los más graves cuidados, después de un día de lucha contra toda la diplomacia del continente, volvía por la noche a su cuarto, y allí, abatido por el cansancio, rendido por el sueño, ¿qué hacía? Tomaba un legajo, y pasaba la noche revisando un proceso criminal, creyendo que era algo hacer frente a Europa, pero que era aún más importante asunto arrancar un hombre al verdugo. Disputaba con el ministro de Justicia ; defendía paso a paso el terreno de la guillotina contra los fiscales generales, «esos charlatanes de la ley», como él los llamaba.

Algunas veces los legajos apilados cubrían su mesa ; los examinaba todos, porque era angustioso para él abandonar aquellas miserables cabezas condenadas. Un día decía al mismo testigo que hemos citado hace poco : — «Esta noche he ganado siete.»—En los primeros años de su reinado, estuvo como abolida la pena de muerte ; y la elevación del cadalso fué como una violencia hecha al rey. Habiendo desaparecido la plaza de Gréve, en que se ajusticiaba en tiempo de la rama primogénita, se instituyó una Gréve ciudadana, bajo el nombre de Barrera de Santiago ; los «hombres prácticos» conocieron la necesidad de una guillotina casi legítima, y en esto fué donde obtuvo una de sus victorias Casimiro Perier, que representaba el lado estrecho de la clase media, contra Luis Felipe, que representaba el lado liberal. Luis Felipe había anotado por su mano a Beccaria ; y escribía después del atentado de Fieschi : «¡ Qué lástima que yo no haya sido herido ! ¡ Hubiera podido perdonar !» Otra vez, aludiendo a la resistencia de sus ministros, escribía a propósito de un condenado político, que es una de las más generosas figuras de nuestro tiempo : «Su perdón está concedido ; no me falta más que obtenerlo.» Luis Felipe era afable como Luis IX, y bueno como Enrique IV.

Ahora bien, para nosotros, en la historia, en que la bondad es una perla rara, el que ha sido bueno, pasa casi antes que el que ha sido grande.

Es muy natural, que habiendo sido juzgado Luis Felipe severamente por unos, duramente tal vez por otros, un hombre que es hoy también un fantasma, y que ha conocido a ese rey, venga a declarar en su favor ante la historia ; esta declaración, cualquiera que sea, es evidentemente, y sobre todo desinteresada ; un epitafio escrito por un muerto es sincero ; una sombra puede consolar a otra sombra ; la participación de las mismas tinieblas da el derecho de alabanza ; y no es de temer que se diga nunca de dos tumbas en el destierro : Esta ha adulado a aquélla.

IV

GRIETAS EN LOS CIMIENTOS

En el momento en que el drama que vamos narrando va a penetrar en el espesor de una de las nubes trágicas que cubren los principios del reinado de Luis Felipe, no era conveniente ningún equívoco, y era necesario que este libro se explicase acerca de aquel rey.

Luis Felipe había adquirido la autoridad real sin violencia, sin acción directa por su parte, por un giro revolucionario, evidentemente muy distinto del fin real de la Revolución, pero en el cual el duque de Orleáns no había tenido ninguna iniciativa personal. Había nacido príncipe, y se creía erigido rey. No se dió a sí mismo este poder ; no lo tomó ; se lo ofrecieron y lo aceptó ; convencido, equivocadamente a nuestro juicio, pero convencido de todos modos, de que el ofrecimiento era con arreglo a derecho, y de que la aceptación era un deber. De aquí nació una posesión de buena fe. Ahora, bien, digamos en conciencia, que estando Luis Felipe de buena fe en su posesión y la Revolución de buena fe en su ataque, la cantidad de espanto que se desprende de las luchas sociales no recae sobre el rey ni sobre la democracia. Un choque de prin-

opios se parece a un choque de elementos. El Océano defiende al agua; el huracán defiende al viento; el rey defiende al realismo; la democracia defiende al pueblo; la monarquía, que es lo relativo, resiste a lo absoluto, que es el pueblo; la sociedad vierte sangre en este conflicto; pero lo que es hoy su padecimiento, será su salud; y en todo caso no debe culparse a los que luchan; uno de los dos partidos se equivoca, porque el derecho no está como el coloso de Rodas sobre dos riberas a la vez, con un pie en el pueblo y otro en el trono; es invisible, está todo en un lado; pero los que se engañan, se engañan sinceramente; un ciego no es culpado, del mismo modo que un vendeano no es un bandido. No imputemos, pues, más que a la fatalidad de las cosas esas colisiones terribles. En esas tempestades, cualesquiera que sean, entra siempre la irresponsabilidad humana.

Acabemos esta teoría.

El gobierno de 1830 principió en seguida una vida muy dura: nació ayer, y tuvo que combatir hoy.

Apenas instalado, sentía ya por todas partes vagos movimientos de tracción sobre el aparato de Julio, tan recientemente armado, y tan poco sólido.

La resistencia nació al día siguiente: quizá había nacido ya la víspera.

Cada mes creció la hostilidad, y pasó de sorda a patente.

La Revolución de Julio, poco aceptada fuera de Francia por los reyes, había sido interpretada en Francia de muy diversos modos, según hemos dicho.

Dios entrega a los hombres sus voluntades visibles en los acontecimientos; texto obscuro escrito en una lengua misteriosa. Los hombres le traducen en seguida, y hacen traducciones apresuradas, incorrectas, llenas de faltas, de lagunas y de contrasentidos. Muy pocas inteligencias comprenden la lengua divina. Las más sagaces, las más serenas, las más profundas descifran lentamente, y cuando llegan con su texto, todo se ha verificado hace tiempo; hay ya veinte traducciones en la plaza pública. De cada traducción nace un partido, de cada contrasentido una facción; y cada partido cree tener el único texto verdadero, y cada fracción cree posee la luz.

Y muchas veces el mismo poder es una facción.

Hay en las revoluciones nadadores contra la corriente, y son los partidos viejos.

Los partidos viejos que se refieren al derecho hereditario por la gracia de Dios, creen que habiendo nacido las revoluciones del derecho de insurrección, tienen también el derecho de rebelión; éste es un error, porque siendo revolución precisamente lo contrario de insurrección, cuando las revoluciones son verdaderamente tales, el insurgente no es el pueblo; es el que se opone a su voluntad. Siendo toda revolución verdadera el cumplimiento de una función normal, contiene en sí su legitimidad, legitimidad que algunas veces deshonran los falsos revolucionarios, pero que persiste, aun deshonrada; que sobrevive, aun ensangrentada. Las revoluciones salen, no de un accidente, sino de la necesidad: una revolución es la vuelta de lo ficticio a lo real: existe, porque debe existir.

Los antiguos partidos legitimistas no por esto dejaron de atacar la Revolución de 1830 con todas las violencias que produce el falso raciocinio. Los errores son excelentes proyectiles. La hirieron sabiamente por donde era vulnerable; en el flaco de su coraza, por su falta de lógica, atacaban a la Revolución en su realismo, y gritaban: — Eres Revolución, ¿por qué quieres a este rey?—Las facciones son ciegos que apuntan bien.

Los republicanos daban este mismo grito; pero en ellos era lógico. Lo que era ceguedad para los legitimistas, era lucidez en los demócratas. La Revolución de 1830 había hecho bancarrota para el pueblo, y la democracia indignada le reprendía.

Entre el ataque del pasado y el ataque del porvenir, el establecimiento de Julio se resistía. Representaba el minuto presente, luchando por un lado con los siglos monárquicos, y por otro con el derecho eterno.

Además, en cuanto a lo exterior, 1830 no siendo ya revolución, y haciéndose monarquía, se veía obligado a seguir el paso de Europa. Debía, pues, conservar la paz, lo que aumentaba la complicación. Una armonía deseada

equivocadamente, es muchas veces más onerosa que una guerra. De este sordo conflicto, siempre con mordaza, pero siempre amenazador, nació la paz armada, ese ruinoso expediente de la civilización, recelosa de sí misma.

La monarquía de Julio se encabritaba, por más realista que fuese, metida en varas con los gabinetes de Europa. Metternich la hubiera puesto de buena gana en el potro. Impulsada en Francia por el progreso, impulsaba en Europa a las monarquías, seres tardígrados. Era remolcada y remolcaba.

Mientras tanto, en el interior, pauperismo, proletariado, salario, educación, penalidad, prostitución ; consumo, repartición, cambio, moneda, crédito, derecho al capital, derecho al trabajo ; todas estas cuestiones se multiplicaban por cima de la sociedad : terrible peso.

Por fuera de los partidos políticos, propiamente dichos, se manifestaba un nuevo movimiento. A la fermentación democrática, respondía la fermentación filosófica : la parte más pura estaba tan conmovida como la turba ; de otra manera, pero tanto.

Los pensadores meditaban, mientras que el suelo, es decir, el pueblo, atravesado por las corrientes revolucinarias, temblaba bajo sus plantas con una especie de vagas sacudidas epilépticas. Estos pensadores, unos aislados, otros reunidos en familias, y casi en comunicaciones, removían las cuestiones sociales, pacífica pero profundamente ; mineros impasibles, que trabajaban tranquilamente sus galerías en las profundidades de un volcán, y apenas se distraían por las sordas conmociones y por los hornos vistos a lo lejos.

Esta tranquilidad no es una de las menores bellezas de aquella época agitada.

Estos hombres dejaban a los partidos políticos la cuestión de los derechos, y trataban de la cuestión de la felicidad.

Se proponían extraer de la sociedad el bienestar del hombre.

Elevaban las cuestiones materiales, las cuestiones de agricultura, de industria, de comercio, casi hasta la dignidad de una religión. En la civilización, tal como se va realizando, un poco por Dios y mucho por el hombre, los intereses se combinan, se agregan, se amalgaman de manera que forman una verdadera roca dura, según una ley dinámica pacientemente estudiada por los economistas, que son los geólogos de la política.

Estos hombres que se agrupaban bajo nombres diferentes, pero que pueden ser designados todos por el título genérico de socialistas, trataban de horadar esta roca, y de hacer salir de ella el surtidor de agua viva de la felicidad humana.

Sus trabajos lo abrazaban todo ; desde la cuestión del patíbulo hasta la cuestión de la guerra. Al derecho del hombre proclamado por la Revolución Francesa, añadían el derecho de la mujer y el derecho del niño.

Nadie extrañará que, por varias razones, no tratemos aquí a fondo, bajo el punto de vista teórico, las cuestiones promovidas por el socialismo. Nos limitaremos a indicarlas.

Todos los problemas que los socialistas se proponían, prescindiendo de las visiones cosmogónicas, los delirios y el misticismo, pueden reducirse a dos principales :

Primer problema :

Producción de la riqueza.

Segundo problema :

Repartición de la riqueza.

El primer problema implica la cuestión del trabajo.

El segundo, la cuestión del salario.

En el primer problema se trata del empleo de las fuerzas.

En el segundo, de la distribución de los goces.

Del buen empleo de las fuerzas resulta el poder público.

De la buena distribución de los goces resulta la felicidad individual.

Por buena distribución debe entenderse, no la distribución igual, sino la distribución equitativa. La primera igualdad es la equidad.

De estas dos cosas combinadas, poderío público en el exterior, felicidad individual en lo interior, nace la prosperidad social.

Y prosperidad social quiere decir el hombre feliz, el ciudadano libre, la nación grande.

Inglaterra resuelve el primero de estos dos problemas. Produce admirablemente la riqueza, pero la distribuye

mal; y esta solución, que sólo es completa por un lado, la lleva fatalmente a estos dos extremos: opulencia monstruosa, miseria monstruosa; todos los goces para algunos, todas las privaciones para los demás, es decir, para el pueblo; el privilegio, la excepción, el monopolio, el feudalismo, nacen aquí del trabajo mismo. Situación falsa y peligrosa que asienta el poder público sobre la miseria particular, y que funda la grandeza del Estado en los padecimientos del individuo. Grandeza mal compuesta en que se combinan todos los elementos materiales, y en la cual no entra ningún elemento moral.

El comunismo y la ley agraria creen resolver el segundo problema. Se engañan; su repartición mata la producción; la distribución igual mata la emulación, y por consiguiente el trabajo: es una repartición hecha por el carnicero, que mata lo que divide. Es, pues, imposible detenerse en estas falsas soluciones: matar la riqueza, no es repartirla.

Los dos problemas exigen una solución común para estar bien resueltos; las dos soluciones deben estar combinadas de manera que formen una sola.

Si sólo resolvéis el primer problema, tendréis a Venecia, a Inglaterra; tendréis como Venecia, un poder artificial, o como Inglaterra, un poder material; tendréis el mal del rico, y moriréis por vías de hecho, como ha muerto Venecia, o por una bancarrota, como caerá Inglaterra. Y el mundo os dejará morir y caer; porque el mundo deja caer y morir todo lo que no es más que egoísmo, todo lo que no representa para el género humano una virtud o una idea.

Téngase entendido que por estas palabras Venecia, Inglaterra, designamos, no los pueblos, sino las construcciones sociales, la oligarquía sobrepuesta a la nación, y no la nación misma. Las naciones merecen siempre nuestro respeto y nuestra simpatía. Venecia, como pueblo renacerá; Inglaterra, como aristocracia, caerá; pero Inglaterra, como nación, es inmortal. Dicho esto, prosigamos.

Resolved los dos problemas: animad al rico y proteged al pobre; suprimid la miseria; poned término a la explotación del débil por el fuerte; poned freno al inicuo recelo del que está en camino, contra el que ha llegado ya; ajustad matemática y fraternalmente el salario al trabajo; mezclad la enseñanza gratuita y obligatoria con el crecimiento de la infancia; haced de la ciencia la base de la virilidad; desarrollad las inteligencias, ocupando al mismo tiempo los brazos; sed a la vez un pueblo poderoso y una familia de hombres felices; democratizad la propiedad, no aboliéndola, sino universalizándola, de modo que todo ciudadano, sin excepción, pueda ser propietario, cosa más fácil de lo que se cree; en una palabra, sabed producir y repartir la riqueza, y tendréis juntamente la grandeza material y la grandeza moral; y seréis dignos de llamaros Francia.

Esto es lo que, aparte y por encima de algunas sectas que se extraviaban, decía el socialismo; esto era lo que buscaba en los hechos, lo que bosquejaba en los ánimos.

¡Esfuerzos admirables! ¡Tentativas sagradas! Estas doctrinas, estas teorías, esta resistencia; la necesidad inesperada para el hombre de Estado de contar con los filósofos, confusas evidencias vislumbradas; una política nueva que había que crear, de acuerdo con el mundo antiguo, y sin ponerse demasiado en desacuerdo con el ideal revolucionario; una situación, en la cual era preciso emplear a Lafayette en defender a Polignac: la intuición del progreso transparente bajo el motín; las Cámaras y la calle; las competencias que debían equilibrarse en derredor del rey: su fe en la revolución; tal vez una desconocida resignación eventual que nacía de la vaga aceptación de un derecho definitivo superior; su deseo de ser como los de su raza, su espíritu de familia, su sincero respeto al pueblo, su propia honradez: todas estas cosas traían pensativo a Luis Felipe casi dolorosamente; y a veces, por más fuerte y animoso que fuese, le abatían bajo la dificultad de ser rey.

Sentía que bajo sus pies se verificaba una disgregación temible, que no era, sin embargo, un desmoronamiento, porque la Francia era más Francia que nunca.

Tenebrosos agrupamientos cubrían el

horizonte. Una sombra extraña que iba aproximándose, se extendía poco a poco sobre los hombres, sobre las cosas, sobre las ideas; sombra que provenía de la cólera y de los sistemas. Todo lo que había sido ahogado con precipitación, se removía y fermentaba. Alguna vez la conciencia del hombre honrado detenía su respiración; tanto malestar había en aquel aire en que los sofismas se mezclaban con las verdades. Los ánimos temblaban en la ansiedad social, como las hojas cuando se aproxima la tempestad. La tensión eléctrica era tal, que en ciertos momentos, cualquiera, un desconocido, iluminaba; y después volvía a caer la obscuridad crepuscular. A intervalos, profundos y sordos murmullos podían hacer juzgar de la intensidad del rayo que contenía la nube.

Apenas se habían pasado veinte meses desde la Revolución de Julio, y el año 1832 había empezado con aspecto amenazador. La miseria del pueblo; los trabajadores sin pan; el último príncipe de Condé que había desaparecido en las tinieblas; Bruselas expulsando a los Nassau, como París a los Borbones: Bélgica ofreciéndose a un príncipe francés, y entregada a un príncipe inglés; el odio ruso de Nicolás detrás de nosotros, dos absolutistas en el Mediodía; Fernando en España y Miguel en Portugal; la tierra temblando en Italia; Metternich extendiendo la mano sobre Bolonia, Francia afrontando a Austria en Ancona; en el Norte un ruido siniestro del martillo que remachaba los clavos de Polonia en su ataúd; en toda Europa miradas irritadas que acechaban a Francia; Inglaterra, aliada sospechosa, dispuesta a empujar lo que cayese, y a echarse sobre lo que hubiera ya caído; la Cámara de los Pares refugiándose detrás de Beccaria para negar cuatro cabezas a la ley; las flores de lis borradas del coche del rey; la cruz arrancada de Nuestra Señora: Laffayette decaído; Laffitte arruinado; Benjamín Constant muerto en la indigencia; Casimiro Perier muerto del cansancio del poder; la enfermedad política y la enfermedad social declarándose a la vez en las dos capitales del reino, la una en la ciudad del pensamiento, y la otra en la ciudad del trabajo; en París la guerra civil, en Lyón la guerra servil; en las dos ciudades el mismo resplandor de un horno; una púrpura de cráter en la frente del pueblo; el Mediodía fanatizado; el Occidente turbado; la duquesa de Berry en la Vendée; los complots, las conjuraciones, los levantamientos, el cólera, añadían al obscuro rumor de las ideas, el sombrío tumulto de los acontecimientos.

V

HECHOS DE DONDE SALE LA HISTORIA IGNORADOS POR LA HISTORIA

Hacia fines de abril todo se había agravado. La fermentación se convertía en ebullición. Desde 1830 había habido, aquí y allá, pequeñas conmociones parciales, prontamente reprimidas, pero que renacían en seguida; señal de una vasta conflagración subyacente. Alguna cosa terrible se estaba formando. Entreveíanse los lineamentos, aún poco marcados y mal iluminados, de una revolución posible. La Francia miraba a París, y París miraba al barrio de San Antonio.

El barrio de San Antonio, sordamente caldeado, entraba en ebullición.

Las tabernas de la calle de Charonne estaban graves y tempestuosas, por más que la unión de estos dos adjetivos parezca muy singular aplicada a las tabernas.

Allí el gobierno era, pura y simplemente, el objeto de la cuestión: discutíase públicamente «la cosa, para combatir o permanecer tranquilos». Había trastiendas en que se hacía jurar a los obreros que saldrían a la calle al primer grito de alarma, y «que pelearían sin contar el número de los enemigos». Una vez admitido el compromiso, un hombre sentado en un rincón de la taberna, «levantaba la voz», y decía:

—¡Lo oyes! ¡Lo has jurado!

Algunas veces se subía al primer piso, a un cuarto cerrado, y allí pasaban escenas masónicas. Se hacía prestar a los iniciados juramentos «para socorrerle como a los padres de familia». Esta era la fórmula.

En las salas bajas se leían libros «subversivos». «Trataban a la baqueta al

gobierno», dice un informe secreto de aquel tiempo.

Oíanse frases como estas:

—No sé los nombres de los jefes; no sabremos el día sino con dos horas de anticipación.

Un obrero decía:

—Somos trescientos; damos cada uno diez sueldos, y se tendrán ciento cincuenta francos para hacer balas y pólvora.

Otro decía:

—No digo seis meses, no digo ni aún dos; antes de quince días nos pondremos frente a frente con el gobierno. Con veinticinco mil podemos hacer frente.

Otro decía:

—No me acuesto porque paso la noche haciendo cartuchos.

De tiempo en tiempo, algunos hombres vestidos «decentemente y con buenos trajes» venían «causando embarazo», y con aire de «mando» daban apretones de manos a «los más importantes», y se iban. Nunca estaban más de diez minutos. Se cambiaban en voz baja palabras significativas:

—El complot está maduro; la cosa está a punto.

«Y todos los que estaban allí murmuraban esto mismo», usando los mismos términos de un espectador. La exaltación era tal, que un día en medio de la taberna exclamó un obrero:

—¡No tenemos armas!

Y uno de sus camaradas respondía:

—¡Los soldados las tienen!—parodiando así, sin saberlo, la proclama de Bonaparte al ejército de Italia.

«Cuando tenían algo más secreto—añade un informe,—no se lo comunicaban.»

Apenas se comprende lo que podían ocultar después de lo que decían.

Las reuniones eran algunas veces periódicas, y a ciertas de ellas sólo asistían ocho o diez, siempre los mismos. En otras entraba el que quería, y la sala se llenaba de tal modo, que tenían que estar de pie. Unos asistían por entusiasmo y pasión; otros porque «era su camino para ir al trabajo». Lo mismo que en la Revolución, había en estas tabernas mujeres patriotas que abrazaban a los neófitos.

Otros hechos expresivos se observaban con frecuencia.

Un hombre entraba en una taberna, bebía y salía diciendo:

—Tabernero, la Revolución pagará lo que debo.

En una taberna situada enfrente de la calle Charonne, se nombraban agentes revolucionarios: el escrutinio se hacía en las gorras.

Otros obreros se reunían en casa de un maestro de esgrima, que tenía asaltos en la calle de Cotte: allí había un trofeo de armas, formado de espadones de madera, estoques, bastones y floretes. Un día quitaron los botones de los floretes, y decía un obrero:

—Somos veinticinco, pero lo que es por ahora no cuentan conmigo, porque me miran como si fuese una máquina.

Esta máquina fué después Quenisset.

Las cosas que se premeditaban tomaban poco a poco una extraña notoriedad. Una mujer que estaba barriendo la puerta, decía a otra, sin temor de que la escuchasen:

—Hace mucho tiempo que trabajan sin descanso en hacer cartuchos.

Se leían en medio de la calle proclamas dirigidas a los guardias nacionales de los departamentos. Una de estas proclamas estaba firmada por «Burtot, vinatero».

Un día, a la puerta de un licorista del mercado Lenoir, un hombre que tenía la barba corrida y acento italiano, se subió a un guardacantón, y leyó en alta voz un escrito singular, que parecía emanar de un poder oculto. Los grupos que se habían formado a su alrededor le aplaudían; y los pasajes que conmovían más a la multitud fueron recogidos y anotados.

—«... Nuestras doctrinas son perseguidas; nuestras proclamas se hacen pedazos; nuestros carteleros son acechados y llevados a la cárcel... La baja que acaba de verificarse en los algodones nos ha traído a muchos partidarios del justo medio... El porvenir de los pueblos se elabora en nuestras obscuras filas... Esta es la cuestión clara: acción o reacción, revolución o contrarrevolución. Porque en nuestra época no se cree en la inercia ni en la inmovilidad. Por el pueblo o contra el pueblo;

esta es la cuestión y no hay otra... El día que no os convengamos ya, rechazadnos, pero hasta entonces ayudadnos a marchar.»

Todo esto se hacía en medio del día.

Otros hechos más atrevidos aún eran sospechosos al pueblo, a causa de su misma audacia. El 4 de abril de 1832, un transeunte subía en el guardacantón que está en la esquina de la calle de Santa Margarita, y gritaba :

—¡ Soy babouista !

Pero bajo la máscara Babeuf, el pueblo descubría la punta de la oreja de Gisquet.

Entre otras cosas, este hombre decía :

—¡ Abajo la propiedad ! La oposición de la izquierda es infame y traidora, cuando quiere tener razón predica la revolución ; es demócrata para que no la ataquemos, y realista para no combatir. Los republicanos son animales de pluma : desconfiad de los republicanos, ciudadanos trabajadores.

—¡ Silencio, ciudadano polizonte !— gritó un obrero que le escuchaba.

Y este grito puso fin al discurso.

Sucedían algunos incidentes misteriosos.

Al anochecer, un obrero encontraba cerca del canal a «un hombre bien vestido», que le decía :

—¿Adónde vas, ciudadano?

—Señor—respondía el obrero,—no tengo el honor de conoceros.

—Yo te conozco mucho.

Y el hombre añadía :

—No temas. Soy el agente del comité. Se sospecha que no eres muy fiel : sabe que si descubres algo, se te vigila.

Y después daba al obrero un apretón de manos, y se iba diciendo :

—Pronto nos volveremos a ver.

La policía de escuchas recogía, no sólo en las tabernas, sino en la calle, diálogos muy extraños :

—Haz que te reciban pronto—decía un tejedor a un ebanista.

—¿Por qué?

—Va'a ser preciso tirar un tiro.

Dos transeuntes cubiertos de harapos cambiaban estas respuestas notables, llenas de apariencia de *jacquería :* (1)

—¿Quién nos gobierna?

—El señor Felipe.

—No es la clase de los tenderos.

Se equivoca el que crea que usamos la palabra «jacquería» en el mal sentido. Los «jacques» eran los pobres. También los que tienen hambre tienen derechos.

Otras veces pasaban dos hombres y se oía que uno decía a otro :

—Tenemos un buen plan de ataque.

De una conversación íntima entre cuatro hombres acurrucados en una zanja del medio punto de la barrera del Trono, no se pudo tomar más que esto :

—Se hará lo posible para que él no se pasee más por París.

—¿Quién era este «él»? Obscuridad amenazadora.

«Los principales jefes» como se decía en el barrio, se mantenían al paño ; y se creía que se reunían, para ponerse de acuerdo, en una taberna cerca de la puerta de San Eustaquio.

Uno llamado Aug, jefe de la sociedad de Socorros a los Sastres, en la calle Mandetour, pasaba por intermedio central entre los jefes y el arrabal de San Antonio. Pero siempre hubo mucha obscuridad acerca de estos jefes, y no hay ningún hecho cierto que pueda debilitar la altivez singular de esta respuesta dada por un acusado posteriormente ante el tribunal de los Pares.

—¿Quién era vuestro jefe?

—«No conocía a ninguno, no reconocía a nadie.»

Todo esto no eran aún más que palabras transparentes, pero vagas ; y algunas veces frases al aire, rumores, noticias. Otros indicios se iban presentando.

Un carpintero que estaba en la calle de Reuilly clavando las tablas de una empalizada alrededor de un terreno en que se elevaba una casa en construcción, encontró en este terreno un fragmento de carta rota, en que aun se podían leer estas líneas :

«... Es preciso que el comité tome medidas para impedir el reclutamiento en las secciones para las diversas sociedades...»

(1) La jacquería designa colectivamente el proletariado, *Jacques-Bon-homme*, que pudiéramos traducir Juan Lanas, frase aplicada en la Edad Media por los nobles a la clase plebeya. La sublevación de esta clase en Francia fué llamada la Jacquería.

Y en una postdata:

«Hemos sabido que había fusiles en la calle del Faubourg-Poissoniere, número 5 duplicado; unos cinco o seis mil fusiles en casa de un armero de aquella plaza. La sección no posee armas.»

Pero lo que hizo que el carpintero se asustase y enseñase la carta a sus vecinos, fué que a pocos pasos recogió otro papel, también roto, y más significativo aún, cuya configuración reproducimos, a causa del interés histórico de estos extraños documentos:

Q	C	D	E	Aprended esta lista de memoría; y rompedla después. Los iniciados harán otro tanto cuando les trasmitáis órdenes. Salud y fraternidad. L. u og a' fe

Los que estuvieron en el secreto de este hallazgo, no pudieron comprender hasta mucho tiempo después la significación de estas cuatro mayúsculas: «quinturiones, centuriones, decuriones, esclarecedores»; y el sentido de estas letras «u og a' fe» que eran una fecha, que quería decir «el 15 de abril de 1832». En la columna de cada mayúscula estaban inscritos nombres seguidos de indicaciones muy características. Por ejemplo: Q. «Bannerel». 8 fusiles. 83 cartuchos. Hombre seguro.—C. «Bouviere». 1 pistola. 40 cartuchos.—D. «Rollet». 1 florete. 1 pistola. 1 libra de pólvora.—E. «Teissier». 1 sable. 1 canana. Exacto.—«Terreur». 8 fusiles. Valiente, etc.

Por último, este carpintero encontró también en el mismo recinto de la empalizada un tercer papel, en el cual estaba escrita con lápiz, pero muy visiblemente, esta especie de lista enigmática:

Unidad. Blanchard: Arbol-seco. 6.
Barra. Soize; Sala del Conde.
Kosciusko. ¿Aubry el carnicero?
J. J. R.
Cayo Graco.
Derecho de revisión. Dufond. Fou.
Caída de los girondinos. Derbac. Maubué.
Wáshington. Pinsou. 1. pist. 86 cart.
Marsellesa.
Sober, del pueblo. Miguel. Quincampoix. Sable.
Hoche.
Darceau. Platon. Arbol-seco.
Varsovia. Tilly, vendedor del «Populaire».

El honrado ciudadano, en cuyas manos cayó esta lista, supo al fin su significación. Parece que era la nomenclatura completa de las secciones del cuarto distrito de la Sociedad de los Derechos del Hombre, con los nombres y habitaciones de los jefes de sección. Hoy, que todos estos hechos, que han quedado en la sombra, son la Historia, se pueden publicar. Es preciso añadir, que la fundación de la Sociedad de los Derechos del Hombre parece haber sido posterior a la fecha en que fué encontrado este papel. Tal vez no fuera más que un bosquejo.

Mientras tanto, tras las noticias y las palabras, tras los indicios escritos, principiaban a presentarse hechos materiales.

En la calle Popincourt, en casa de un prendero, se cogieron en el cajón de una cómoda, siete hojas de papel gris, todas dobladas del mismo modo, a lo largo, en cuatro dobleces; estas hojas contenían veintiséis cuadros de este mismo papel gris, en forma de cartucho, y otro papel, en que se leía:

Salitre 12 onzas.
Azufre 2 onzas.
Carbón 2 onzas y media.
Agua 2 onzas.

La sumaria de la ocupación hacía constar que el cajón exhalaba un fuerte olor a pólvora.

Un albañil, al volver a su casa después del trabajo, dejó olvidado un paquetito en un banco cerca del puente de Austerlitz. Este paquete fué llevado al cuerpo de guardia; lo abrieron, y encontraron dos diálogos impresos, firmados por «Lahautiere», una canción titulada «Obreros asociados», y una caja de hoja de lata llena de cartuchos.

Un obrero, que bebía con otro, le hacía tentar su cuerpo para que viese cuánto calor tenía; el otro tentaba una pistola bajo la blusa.

En una zanja del bulevar, entre el

cementerio del Padre Lachaise y la barrera del Trono, en el sitio más desierto, jugando unos niños, descubrieron bajo un montón de virutas y de basura, un saco que contenía un molde de hacer balas, otro de madera de hacer cartuchos, una cazuela con granos de pólvora de caza, y una marmita pequeña de hierro, cuyo interior ofrecía señales evidentes de plomo fundido.

Los agentes de policía entraron de repente a las cinco de la mañana en casa de un tal Pardon, que perteneció después a la sección de la Barricada Merry, y murió en la insurrección de Abril de 1834, y le encontraron de pie cerca de su cama, con cartuchos que estaba haciendo, aún en la mano.

A la hora en que los obreros descansan se había visto encontrarse a dos hombres entre la barrera Picpus y la barrera Charenton, en un caminito que rodeaba estas dos murallas, cerca de una taberna que tiene un juego de Siam delante de la puerta. Uno sacó de debajo de la blusa una pistola y se la dió al otro. En el momento de dársela notó que la transpiración de su pecho había humedecido algo la pólvora, y la cebó, añadiendo pólvora a la que tenía en la cazoleta. Después se separaron.

Un tal Gallais, que fué muerto en la calle Beaubourg en los sucesos de Abril, se alababa de tener en su casa setecientos cartuchos y veinticuatro piedras de fusil.

El gobierno recibió un día aviso de que se acababan de distribuir armas en el arrabal y doscientos mil cartuchos. La semana anterior se habían repartido treinta mil cartuchos, y cosa notable, la policía no pudo coger ni uno. Una carta interceptada decía: «No está lejos el día en que a las ocho estén sobre las armas ochenta mil patriotas.»

Esta fermentación era pública, y casi podía decirse, tranquila. La insurrección inminente preparaba la tempestad con calma en frente del gobierno. Ninguna singularidad faltaba a esta crisis, aun subterránea, pero ya perceptible. Los ciudadanos hablaban pacíficamente a los obreros de lo que se preparaba; y se decían: ¿Cómo va la insurrección? del mismo modo que podrían decir: ¿Cómo va vuestra mujer?

Un mueblista de la calle Moreau preguntaba:

—¿Y cuándo atacáis?

Otro comerciante decía:

—Se atacará muy pronto, lo sé. Hace un mes erais quince mil; ahora sois veinticinco mil.

Ofrecía su fusil, y un vecino ofrecía su cachorrillo que quería vender en siete francos.

Por lo demás, la fiebre revolucionaria iba ganando terreno. Ningún punto de París ni de Francia estaba ya libre de ella. La arteria latía en todas partes. Lo mismo que esas membranas que nacen en ciertas inflamaciones, y se forman en el cuerpo humano, la red de las sociedades secretas empezaba a extenderse sobre el país. De la Asociación de los Amigos del Pueblo, pública y secreta a la vez, nacía la Sociedad de los Derechos del Hombre, que fechaba así una orden del día: «Pluvioso año 40 de la era republicana»; que debía sobrevivir aún a las sentencias del Tribunal de los Asises, que ordenaba su disolución, y que no dudaba en dar a sus secciones nombres significativos como estos:

Picas.
Somatén.
Cañón de alarma.
Gorro frigio.
21 de Enero.
Los mendigos.
Los truhanes.
Adelante.
Robespierre.
Nivel.
Ça ira.

La Sociedad de los Derechos del Hombre engendraba la Sociedad de Acción, compuesta de los impacientes que se separaban y corrían delante. Otras sociedades trataban de reclutarse en las sociedades madres. Los seccionarios se quejaban de ser atraídos hacia todos lados. De aquí «la Sociedad Francia y el comité organizador de las municipalidades»; las asociaciones para «la libertad de la prensa», para «la libertad individual», para «la instrucción del pueblo; contra los impuestos indirectos»; además la sociedad de «los obreros igualadores», que se dividía en tres fracciones: los igualadores, los comunistas y los reformistas; el ejército de

las Bastillas, especie de cohorte organizada militarmente, que tenía para cada cuatro hombres un cabo; para cada diez, un sargento; para cada veinte un subteniente; para cada cuarenta un teniente, y en la cual no había más de cinco que se conociesen; creación en que la precaución estaba combinada con la audacia, y que parece que llevaba el sello de Venecia. El comité central, que era la cabeza, tenía dos brazos, la Sociedad de Acción y el Ejército de las Bastillas. Una asociación legitimista, los Caballeros de la Fidelidad, se movía en medio de estas afiliaciones republicanas pero había sido denunciada y repudiada.

Las sociedades parisienses tenían ramificaciones en las principales ciudades, Lyón, Nantes, Lille, Marsella, tenían su Sociedad de los Derechos del Hombre, la Carbonaria y los Hombres libres. Aix tenía una sociedad revolucionaria, que se llamaba la Cougourde. Ya hemos escrito otra vez esta palabra.

En París, el arrabal de San Marcelo no estaba menos conmovido que el de San Antonio, y las escuelas no se mostraban menos entusiastas que los arrabales.

Un café de la calle de San Jacinto y el fumadero de los Siete Billares, calle de los Maturinos de Santiago, servían de sitio de reunión a los estudiantes. La sociedad de los amigos de A B C, afiliada a los Mutualistas de Angers y a la Cougourde de Aix, se reunía, como ya hemos dicho, en el café Musain. Estos mismos jóvenes se encontraban también, como hemos dicho, en una hostería cerca de la calle Mondetour, que se llamaba Corinto. Estas reuniones eran secretas; otras eran tan públicas como era posible; y puede juzgarse de su atrevimiento por el siguiente trozo de un interrogatorio de uno de los procesados ulteriores:

—¿Dónde se celebró esta reunión?

—En la calle de la Paz.

—¿En qué casa?

—En la calle.

—¿Qué secciones asistieron?

—Una sola.

—¿Cuál?

—La sección Manuel.

—¿Quién era el jefe?

—Yo.

—Sois muy joven para haber tomado sobre vos la grave decisión de atacar al gobierno. ¿De dónde recibíais instrucciones?

—Del comité central.

El ejército estaba minado al mismo tiempo que la población, como lo probaron después los movimientos de Befort, de Lunneville y de Epinal. Se contaba con los regimientos 52.°, 5.°, 8.°, 37.°, y con el 20.° ligero. En Borgoña y en las ciudades del Mediodía se plantaba «el árbol de la libertad», es decir, un mástil con un gorro rojo.

Tal era la situación.

El arrabal de San Antonio, como hemos dicho ya al principio, hacía temible y caracterizaba esta situación más que ningún otro grupo de la población. Allí era donde se sentía el dolor de costado.

Aquel antiguo arrabal, poblado como un hormiguero, laborioso, animado y colérico como una colmena, se estremecía esperando y deseando la conmoción. Todo se agitaba en él, sin que por esto se interrumpiese el trabajo. Nada podría dar idea de aquella fisonomía viva y sombría. En aquel arrabal hay dolorosas miserias bajo el techo de una boardilla, y hay también inteligencias ardientes y raras: y en materia de desgracia y de inteligencia, es precisamente lo más peligroso que los extremos se toquen.

El arrabal de San Antonio tenía además otras causas para conmoverse; porque allí se siente la reacción de las crisis comerciales, de las quiebras, de la carestía, de la falta de trabajo, inherentes a los grandes sucesos políticos. En tiempo de revolución, la miseria es a la vez causa y efecto. El golpe que hiere, vuelve a ella. Esta población, llena de fiera virtud, capaz del mayor grado de calórico latente, siempre dispuesta a tomar las armas, pronta en las explosiones, irritada, profunda, minada, parecía que sólo esperaba la caída de una chispa. Siempre que flotan en el horizonte algunos resplandores impulsados por el viento de los sucesos, no se puede menos de pensar en el arrabal de San Antonio, y en la temible fatalidad que

ha colocado a las puertas de París aquel polvorín de padecimientos y de ideas.

Las tabernas del «arrabal Antonio» que se han descrito más de una vez en la historia que vamos escribiendo, tienen celebridad histórica. En tiempo de revolución embriagan en ellas, más que el vino, las palabras. Una especie de espíritu profético, un efluvio de porvenir llena los corazones y engrandece las almas. Las tabernas del arrabal de San Antonio se parecen a esas tabernas del monte Aventino, edificadas sobre el antro de la Sibila, y en comunicación con los profundos soplos sagrados; tabernas cuyas mesas son casi trípodes, y donde se bebía lo que Ennio llamaba el «vino sibilino».

El arrabal de San Antonio es un depósito del pueblo. La conmoción revolucionaria hace allí cisuras, por donde corre la soberanía popular. Esta soberanía puede hacer mal, se engaña como cualquiera; pero, extraviada, aun es grande. Puede decirse de ella como del cíclope ciego: Ingens.

En 1793, según que la idea que flotaba en los aires era buena o mala, según que era la luz del fanatismo o del entusiasmo, partían del arrabal de San Antonio legiones salvajes o falanges heroicas.

Salvajes; expliquemos esta palabra. Esos hombres con el cabello erizado, que en los días genesiacos del caos revolucionario se lanzaron aullando contra el viejo París trastornado, ¿qué querían? Querían el fin de la opresión, el fin de la tiranía, el fin del sable, el trabajo para el hombre, la instrucción para el niño, la dulzura social para la mujer, la libertad, la igualdad, la fraternidad, el pan para todos, la idea para todos, el progreso, esa cosa santa, buena y dulce, el progreso; le reclamaban terriblemente, medio desnudos, con la maza en la mano y el rugido en la boca. Eran los salvajes de la civilización.

Proclamaban con furia el derecho: querían obligar al género humano a entrar en el paraíso, aunque fuese por medio del terror y del espanto.

Enfrente de esos hombres feroces y espantosos, pero feroces para el bien, hay otros hombres risueños, bordados, dorados, encintados, con medias de seda, plumas blancas, guante amarillo, bota de charol, que apoyando los codos en una mesa cubierta de terciopelo, al lado de una chimenea de mármol, insisten templadamente en la conservación y permanencia de lo pasado, de la Edad Media, del derecho divino, del fanatismo, de la ignorancia, de la esclavitud, de la pena de muerte, de la guerra, glorificando a media voz y con finura el sable, la hoguera y el patíbulo. Si nos viéramos obligados a elegir entre los bárbaros de la civilización y los civilizados de la barbarie, escogeríamos a los bárbaros.

Pero, gracias a Dios, no estamos en esta alternativa: no es necesaria ninguna caída vertical ni hacia adelante ni hacia atrás. Ni despotismo, ni terrorismo. Queremos el progreso por una suave pendiente.

Dios provee a él. La mitigación de las pendientes constituye la política divina.

VI

ENJOLRAS Y SUS TENIENTES

Hacia esta época, Enjolras, previendo los sucesos posibles, hizo una especie de recuento misterioso.

Todos estaban en conciliábulo en el café Musain; y Enjolras mezclando con sus palabras algunas metáforas medio enigmáticas, pero significativas, dijo lo siguiente:

—Conviene saber dónde estamos y con quién se puede contar. Si se quiere combatientes, es preciso hacerlos. Tener con qué herir, no puede estorbarnos. Los que andan por un camino tienen más peligro de recibir una cornada cuando hay bueyes en él que cuando no los hay. Contemos, pues, el rebaño. ¿Cuántos somos? No se trata de dejar esto para mañana. Las revoluciones deben estar siempre de prisa, porque el progreso no tiene tiempo que perder. Desconfiemos de lo inesperado, y no nos dejemos coger desprevenidos; se trata de repasar las costuras que hemos hecho, y ver si están firmes; y este negocio debe quedar concluido hoy. Courfeyrac, tú verás a los politécnicos; hoy miércoles es día de salida. Feuilly, tú verás a los de la Glaciere. Combeferre me ha prometido ir a Picpus; allí hay

un hormiguero excelente. Bahorel visitará la Estrapade. Prouvaire: los albañiles se entibian; tú nos traerás noticias de la logia de la calle de Grenelle-Saint-Honoré. Jol-ly irá a la clínica de Dupuytren, y tomará el pulso a la Escuela de Medicina. Bossuet dará una vuelta por la Audiencia, y hablará con los escribanos. Yo me encargo de la Cougourde.

—Ya está todo arreglado—dijo Courfeyrac.

—No.

—¿Pues qué falta?

—Una cosa muy importante.

—¿Qué es?—preguntó Combeferre.

—La barrera del Maine—respondió Enjolras.

Quedóse después un momento como absorto en sus reflexiones, y añadió:

—En la barrera del Maine hay marmolistas, pintores, y prácticos en los talleres de escultura. Es una familia entusiasta, pero sujeta al enfriamiento, y no sé lo que tienen hace algún tiempo; piensan en otra cosa, y se entibian; pasan el tiempo jugando al dominó. Sería urgente ir a hablarles un poco, y firme; se reunen en casa de Richefeu, y se les encontrará allí entre doce y una. Es preciso soplar en aquellas cenizas; yo había pensado para esto en el distraído Mario, que en suma es bueno; pero ya no viene. Necesito uno para la barrera del Maine y no lo tengo.

—¿Pues y yo?—dijo Grantaire.

—¿Tú?

—Yo.

—¡Tú, adoctrinar republicanos! ¡Tú, volver el calor, no a principios, sino a corazones enfriados!

—¿Y por qué no?

—¿Puedes servir para algo?

—Tengo una ambición vaga—dijo Grantaire.

—Tú no crees en nada.

—Creo en ti.

—Grantaire, ¿quieres hacerme un favor?

—Todos; hasta limpiarte las botas.

—Pues bien, no te mezcles en nuestros asuntos; bebe tu ajenjo.

—Eres un ingrato, Enjolras.

—¡Serás tú hombre de ir a la barrera del Maine! ¡Serás capaz!

—Soy capaz de bajar por la calle de Grés, atravesar la plaza de San Miguel, torcer por la calle del Príncipe, tomar la calle Vaugirard, pasar los Cármenes, volver a la calle de Assas, llegar a la calle de Cherche-Midi, dejar atrás el Consejo de Guerra, medir la calle de las Viejas Tullerías, tomar el bulevar, seguir la calzada del Maine, atravesar la barrera, y entrar en casa de Richefeu. Soy capaz de todo esto; mis zapatos son capaces de lo mismo.

—¿Conoces a esos compañeros de casa de Richefeu?

—No mucho. Nos tuteamos solamente.

—¿Y qué les dirás?

—Les hablaré de Robespierre, ¡pardiez!; de Dantón, de los principios.

—¡Tú!

—¡Yo! Pero no me hacéis justicia; cuando me pongo a una cosa, soy terrible. He leído a Prudhomme, conozco el Contrato Social; sé de memoria la Constitución del año dos. «La libertad del ciudadano concluye donde empieza la libertad de otro ciudadano». ¿Me tienes acaso por un bruto? Tengo un antiguo asignado en mi cajón. Los derechos del hombre, la soberanía del pueblo. ¡Demonio! Soy además un poco hebertista; y puedo estar hablando seis horas de reloj, con reloj en mano, de cosas soberbias.

—Sé formal—le dijo Enjolras.

—Soy terrible—respondió Grantaire.

Enjolras pensó algunos segundos, e hizo el gesto del hombre que ha tomado una resolución.

—Grantaire—dijo gravemente,—consiento en probarte. Irás a la barrera del Maine.

Grantaire vivía en una casa de huéspedes cerca del café Musain. Salió y volvió a los cinco minutos: había ido a ponerse un chaleco a lo Robespierre.

—Rojo—dijo entrando y mirando fijamente a Enjolras.

Y después, con un enérgico movimiento de mano, cruzó sobre el pecho las dos solapas escarlatas del chaleco.

Y aproximándose a Enjolras le dijo al oído:

—Ten confianza.

Se puso el sombrero resueltamente y salió.

Un cuarto de hora después, la sala

interior del café Musain estaba desierta. Todos los amigos del A B C se habían ido, cada uno por su lado, a cumplir su misión. Enjolras, que se había reservado la Cougourde, salió el último.

Los de la Cougourde de Aix que estaban en París, se reunían entonces en el llano de Issy, en una de esas canteras abandonadas, tan abundantes por aquel lado de París.

Enjolras, caminando hacia aquel lugar de reunión, iba pasando revista a las circunstancias de la situación. La gravedad de los sucesos era visible. Cuando los hechos, podromos de una especie de enfermedad social latente, se mueven con pesadez, la menor complicación los detiene y enreda, fenómeno de donde salen los derrumbamientos y los nacimientos. Enjolras descubría un levantamiento luminoso bajo los obscuros velos del porvenir. ¿Y quién sabe? El momento se aproxima tal vez. ¡El pueblo reasumiendo el derecho! ¡Qué hermoso espectáculo! La Revolución, volviendo a tomar majestuosamente posesión de Francia, y diciendo al mundo: ¡Se continuará! Enjolras estaba contento. El horno se caldeaba. En aquel instante tenía una nube de amigos extendida por París; componía en su imaginación, con la elocuencia penetrante y filosófica de Combeferre, el entusiasmo cosmopolita de Feuilly, la verbosidad de Courfeyrac, la risa de Bahorel, la melancolía de Juan Prouvaire, la ciencia de Jol-ly y los sarcasmos de Bossuet, una especie de chisporroteo eléctrico que en todas partes daba fuego. Todos a la obra. Seguramente el resultado correspondería al esfuerzo: todo iba bien. Pero esto le hizo pensar en Grantaire.—¡Calla—se dijo,—la barrera del Maine está casi en mi camino. ¡Si yo llegase hasta casa de Richefeu! Veamos lo que hace Grantaire y dónde está.

Daba la una en la torre Vaugirard cuando Enjolras llegó al fumadero Richefeu. Empujó la puerta, entró, cruzó los brazos, dejando caer la puerta que le dió en la espalda, y miró a la sala llena de hombres, de mesas y de humo.

De en medio de aquella bruma salía una voz vivamente cortada por otra voz. Era Grantaire disputando con un adversario.

Grantaire estaba sentado enfrente de otro, al lado de una mesa de mármol de Santa Ana, sembrada de granos de maíz, y llena de fichas de dominó, y golpeaba el mármol con el puño. Enjolras oyó lo siguiente:

—Seis doble.
—Cuatro.
—¡Diablo! No tengo.
—Estás muerto. Dos.
—Seis.
—Tres.
—Un as.
—Me toca poner.
—Cuatro.
—Difícilmente.
—Ahora tú.
—He cometido una falta enorme.
—Vas bien.
—Quince.
—Siete más.
—Con esas veintidós (pensando) ¡veintidós!
—No esperabas el seis doble. Si le hubiese puesto al principio habría cambiado todo el juego.
—Dos otra vez.
—As.
—¡As! Pues bien, cinco.
—No tengo.
—¿Has puesto tú, creo?
—Sí.
—Blanca.
—¡Tienes suerte! ¡Tienes una suerte! (Interrupción.) Un dos.
—Un as.
—Ni cinco ni as. Esto es bueno para ti.
—Dominó.
—¡Nombre de un perro!

LIBRO SEGUNDO

Eponina.

I

EL CAMPO DE LA ALONDRA

Mario había asistido al inesperado desenlace de la emboscada que había dado a conocer a Javert; pero, apenas hubo abandonado éste la casa, llevando sus presos en tres coches de alquiler, salió también. No eran más que las nueve de la noche, y se dirigió a casa de Courfeyrac.

Courfeyrac no era ya el imperturbable habitante del Barrio Latino ; se había mudado a la calle de la Vidriería «por razones políticas» ; aquel barrio era uno de los que servían de asiento a la Revolución por entonces. Mario dijo a Courfeyrac :

—Vengo a dormir contigo.

Courfeyrac sacó un colchón de los dos que tenía en su cama, lo extendió en el suelo, y dijo :

—Ahí tienes.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, Mario volvió a la casa, pagó el alquiler y lo que debía a la tía Bougon, hizo cargar en un carretón de mano sus libros, la cama, la mesa, la cómoda y sus dos sillas, y se fué sin dejar las señas de su nueva casa ; de tal modo, que cuando Javert volvió por la mañana para preguntar a Mario sobre los sucesos de la víspera, no encontró más que a la tía Bougon, que le respondió :

—¡ Se ha mudado !

La tía Bougon quedó convencida de que Mario era algo cómplice de los ladrones presos por la noche.—¿ Quién lo hubiera creído?—decía a los porteros del barrio ;—¡ un joven que tenía el aire de una niña !

Mario había tenido dos razones para mudarse tan pronto. Primera, que ya tenía horror a aquella casa en que había visto tan de cerca, y en todo su desarrollo, lo más repugnante y lo más feroz ; una fealdad social más horrible aún que el rico malvado : el pobre malo. Segunda, que no quería figurar en el proceso que se seguiría probablemente, y verse obligado a declarar contra Thenardier.

Javert creyó que el joven, cuyo nombre había olvidado, había tenido miedo y se había fugado, o no había vuelto quizá aún a su casa en el momento de la emboscada ; hizo, sin embargo, algunos esfuerzos para encontrarlo, pero no lo consiguió.

Pasó un mes y después otro. Mario seguía en casa de Courfeyrac : había sabido por un pasante de abogado, visitante habitual de la Sala de los Pasos Perdidos, que Thenardier estaba incomunicado, y daba todos los lunes al alcaide de la cárcel de la Fuerza, cinco francos para Thenardier.

Mario, no teniendo ya dinero, pedía los cinco francos a Courfeyrac : era la primera vez en su vida que pedía prestado. Estos cinco francos periódicos eran un doble enigma para Courfeyrac que los daba, y para Thenardier que los recibía.

—¿ Para quién puede ser?—pensaba Courfeyrac.

—¿ De dónde puede venir esto?—se preguntaba Thenardier.

Mario estaba dolorido : todo para él había vuelto a las tinieblas. No veía nada delante de sí : su vida estaba sumergida en un misterio, en que andaba a tientas. Había visto un momento de muy cerca, en esta obscuridad, a la joven a quien amaba, al viejo que parecía su padre, a esos seres desconocidos, que eran su único interés y su única esperanza en este mundo : y en el momento en que había creído tenerlos por suyos, un soplo le había arrebatado todas estas sombras. Ni una chispa de certidumbre y de verdad había salido del choque más terrible. No había encontrado ninguna coyuntura posible. No sabía ni aun el nombre que había creído saber : seguramente no era el de Ursula, y la Alondra era un apodo. ¿ Y qué pensar del viejo? ¿ Se ocultaba, en efecto, de la policía? El obrero de cabellos blancos que Mario había encontrado en las cercanías de los Inválidos, se le presentaba a la memoria : ya era probable que este obrero y el señor Blanco fuesen uno mismo. ¿ Se disfrazaba, pues?

Este hombre tenía cosas heroicas y cosas equívocas. ¿ Por qué no había gritado pidiendo auxilio? ¿ Por qué había huído? ¿ Era el padre de la joven? ¿ Era realmente el hombre que Thenardier había creído conocer? ¿ Podía haberse equivocado Thenardier? Estas preguntas eran otros tantos problemas sin solución. Pero nada de esto disminuía el encanto angelical de la joven del Luxemburgo. ¡ Oh desgracia dolorosa ! Mario tenía una pasión en el pecho, y la noche en los ojos. Se veía impulsado y atraído, y no podía moverse : todo se había desvanecido, excepto el amor ; y aun del amor mismo había perdido los instintos y las iluminaciones súbitas. Ordinariamente esta llama que nos abrasa, nos alumbra también un poco, y da al-

guna claridad útil al exterior. Pero Mario no oía ya esos sordos consejos de la pasión. Nunca se decía: «¿Si fuese allí? ¿Si hiciese tal o cual cosa?» Aquella joven, a quien no podía ya llamar Ursula, estaba evidentemente en alguna parte; pero nada indicaba a Mario por qué lado debía buscarla. Toda su vida se resumía a la sazón en dos palabras: una incertidumbre absoluta en una bruma impenetrable. Aspiraba siempre a verla, pero ya no lo esperaba.

Para colmo de desgracia volvía a visitarle la miseria; sentía ya cerca de sí, por detrás, su soplo helado. Porque durante estos tormentos y desde hacía algún tiempo, había abandonado su trabajo; y nada es más peligroso que la interrupción del trabajo: es una costumbre que se pierde. Costumbre fácil de perder y difícil de volver a adquirir.

Cierta cantidad de meditación fantástica es buena, como un narcótico en discreta dosis; adormece la fiebre, muy dolorosa alguna vez, de la inteligencia que trabaja; y da origen en el espíritu a un vapor suave y fresco, que corrige los contornos demasiado ásperos del pensamiento puro, llena aquí y allá lagunas e intervalos, enlaza los conjuntos, y sombrea como un difumino los ángulos de las ideas. Pero mucha cantidad de estos ensueños fantásticos sumerge y ahoga. ¡Desgraciado el obrero del espíritu que se deja caer completamente desde el pensamiento a este ensueño! Cree que volverá a subir fácilmente, y se dice, que al fin y al cabo es lo mismo pensar que soñar. Error.

El pensamiento es el trabajo de la inteligencia, la meditación fantástica es la voluptuosidad, reemplazar aquél por ésta, es confundir un veneno con un alimento.

Recordemos que Mario había empezado por aquí; la pasión se había echado encima después, y había acabado de precipitarle en las quimeras sin objeto y sin fondo; sólo salía de casa para soñar; costumbre perezosa, abismo tenebroso y malsano, y a medida que el trabajo disminuía, las necesidades crecían. Esto es una ley. El hombre en el estado de meditación es naturalmente pródigo y perezoso: el espíritu espaciado no puede tener una vida concreta. Hay en este modo de vivir una mezcla de bien y de mal, porque si la negligencia perezosa es funesta, la generosidad es sana y buena; pero el hombre pobre, generoso y noble que no trabaja está perdido; se le agotan los recursos y crecen sus necesidades.

Pendiente fatal, en que los más honrados y los más firmes son arrastrados como los más débiles y los más viciosos y que llega a uno de estos dos abismos: el suicidio o el crimen Y a fuerza de salir solo para ir meditando, llega un día en que se sale para tirarse al agua.

El exceso de meditación crea los Escousse y los Lebrás.

Mario bajaba esta pendiente a lentos pasos, con los ojos fijos en aquella persona a quien no veía ya. Lo que acabamos de decir parece extraño, y sin embargo es verdadero. El recuerdo de un ser ausente se ilumina en las tinieblas del corazón, y cuanto más completamente va desapareciendo, más brilla; el alma desesperada y obscura ve esta luz en su horizonte como una estrella de la noche interior. Todo el pensamiento de Mario era «ella»; no pensaba en otra cosa; conocía confusamente que su levita vieja se ponía inservible; que su levita nueva se hacía vieja; que sus camisas se gastaban, que se gastaba su sombrero, que se gastaban sus botas; es decir, que se gastaba su vida, y decía: «¡Si pudiese verla solamente antes de morir!»

Sólo una idea grata le quedaba: que ella le había amado; que su mirada se lo había dicho; que ella no sabía su nombre, pero conocía su alma, y que tal vez en el lugar en que estaba, por más que pudiese ser misterioso, lo amaba aún. ¿Quién sabe si ella pensaba en él como él en ella? A veces en esas horas inexplicables que tiene todo corazón que ama, no encontrando más que razones de dolor, y sintiendo, sin embargo, un desconocido temblor de alegría, se decía: «Estos son sus pensamientos que vienen a mí». Y después añadía: «Mis pensamientos llegarán a ella tal vez del mismo modo».

Esta ilusión que Mario deshacía en seguida, conseguía, sin embargo, infundir en su alma rayos de luz, que se parecían alguna vez a la esperanza. De

cuando en cuando, sobre todo a esa hora de la noche que más entristece a los pensadores fantásticos, estampaba sobre un cuaderno, en que no había más que esto, lo más puro, lo más impersonal, lo más ideal de los sueños con que el amor llenaba su cerebro : a esto le llamaba «escribirle».

Pero no debe creerse que su razón estaba desordenada. Al contrario, había perdido la facultad de trabajar y de moverse con firmeza hacia un fin determinado ; pero tenía, más que nunca, perspicacia y rectitud. Veía con una luz tranquila y real, aunque singular, lo que pasaba a su vista, hasta los hechos o los hombres más indiferentes : en todo decía lo justo con una especie de abatimiento noble y desinteresadamente cándido. Su juicio, casi desprendido de la esperanza, se mantenía elevado y se cernía.

En esta situación de ánimo, nada se le escapaba, nada le engañaba, y descubría a cada instante el fondo de la vida, de la humanidad y del destino. ¡ Dichoso, aun en medio del dolor, aquel a quien Dios ha dado un alma digna del amor y de la desgracia ! El que no ha visto las cosas de este mundo y el corazón de los hombres a esta doble luz, no ha visto nada verdadero, ni sabe nada.

El alma que ama y padece se encuentra en un estado sublime.

Por lo demás, sucedíanse los días, y nada nuevo se presentaba ; parecíale solamente que el espacio sombrío que debía atravesar se reducía a cada momento, y creía entrever ya distintamente el borde del precipicio sin fondo.

—¡ Qué !—se decía—, ¿no volveré a verla ?

Cuando se sube la calle de Santiago, dejando a un lado la barrera, y se sigue un poco a la izquierda el antiguo bulevar interior, se llega a la calle de la Salud, después a la de la Glaciere, y un poco antes de llegar al arroyo de los Gobelinos, se encuentra una explanada que es en toda la larga y monótona ronda de los bulevares de París el único sitio en que Ruysdael se atreviera a sentarse.

No sé de dónde procede la gracia de aquel sitio : un prado verde atravesado de cuerdas tendidas, en que se secan al aire algunos pingajos ; una casa de hortelano, edificada en tiempo de Luis XIII, con su gran empizarrado cubierto de boardillas, empalizadas arruinadas, un poco de agua que corre entre algunos álamos, mujeres, risas y voces ; en el horizonte, el Panteón, el árbol de los Sordo-mudos, el Valde-Grace, negro, fantástico, alegre, magnífico, y en el fondo el severo cuadrado de las torres de Nuestra Señora.

Como aquel sitio no vale la pena de ser visto, nadie lo visita. Apenas lo atraviesa cada cuarto de hora una carreta o un arriero.

Sucedió una vez, que los paseos solitarios de Mario lo llevaron a este terreno cerca de aquel arroyo. Aquel día hubo una novedad en el bulevar, un transeunte. Mario, gratamente sorprendido por el atractivo casi salvaje del sitio, preguntó al transeunte :

—¿ Cómo se llama este sitio ?

El transeunte respondió :

—El campo de la Alondra.

Y añadió :

—Aquí fué donde Ulbak mató a la pastora de Ivry.

Pero después de la palabra Alondra, Mario no había oído nada. Hay en el estado de ensueño congelaciones súbitas, producidas por una sola palabra. Todo el pensamiento se condensa bruscamente alrededor de una idea, y no es ya capaz de ninguna otra percepción. La Alondra era el nombre que en las profundidades de la melancolía de Mario había reemplazado a Ursula.

—¡ Calla !—dijo en el estupor poco lógico, propio de este aparte misterioso—, éste es su campo. Aquí sabré dónde vive.

Esto era absurdo, pero irresistible.

Y desde entonces fué todos los días al campo de la Alondra.

II

FORMACIÓN EMBRIONARIA DE LOS CRÍMENES EN LA INCUBACIÓN DE LAS CÁRCELES.

El triunfo de Javert en la casa de Gorbeau había parecido completo, pero no lo había sido.

En primer lugar, y éste era su principal cuidado, Javert no había preso al preso. El asesinado que se evade, es

más sospechoso que el asesino ; y es probable que este personaje, tan preciosa captura para los bandidos, no hubiera sido menos buena presa para la autoridad.

Además, Montparnase se había escapado de las garras de Javert ; era preciso esperar otra ocasión para echar la zarpa a aquel «currutaco del diablo». En efecto, Montparnase, habiendo encontrado a Eponina, que acechaba bajo los árboles del bulevar, se había ido con ella, prefiriendo ser Nemorino con la hija, a ser Schinderhannes con el padre ; y había hecho muy bien, porque estaba libre. En cuanto a Eponina, Javert la había hecho «trincar», lo que era un mediano consuelo ; y se había reunido con Azelma en las Magdalenas.

En fin, en el trayecto de la casa de Gorbeau a la Fuerza, uno de los principales presos, Suena-dinero, se había perdido. No se sabía cómo había sucedido esto ; los agentes y los polizontes «no comprendían nada» ; se había convertido en humo, se había deslizado por entre las cuerdas, se había escapado por las grietas del carruaje, porque el coche estaba roto, y había huído ; no sabían qué decir, sino que al llegar a la cárcel, Suena-dinero había desaparecido. Había en aquello algo de magia o de policía. ¿Se había derretido Suena-dinero en las tinieblas como un copo de nieve en el agua? ¿Había habido connivencia con los agentes? ¿Pertenecía este hombre al doble enigma del desorden y del orden público? ¿Era concéntrico a la infracción y a la represión? ¿Esta esfinge tenía las manos en el crimen, y los pies en la autoridad? Javert no aceptaba estas combinaciones, y se hubiese enfurecido ante tales compromisos ; pero en su escuadra había otros inspectores más iniciados tal vez que él, a pesar de ser subordinados suyos, en los secretos de la prefectura, y Suena-dinero era tan malvado, que podía ser un buen agente de policía : en efecto, hay de estos bribones de dos filos. Pero fuese lo que fuese, lo cierto es que Suena-dinero se perdió y no se volvió a encontrar. Javert pareció estar más irritado que asombrado de este incidente.

En cuanto a Mario, «ese pazguato de abogado que había tenido probablemente miedo», y cuyo nombre había olvidado Javert, era poco importante. Por otra parte, a un abogado se le encuentra siempre. Pero, ¿era sólo un abogado?

Había empezado la sumaria.

El juez que la instruía había creído conveniente no poner incomunicado a uno de los hombres de la cuadrilla del Patrón Minette, esperando alguna confesión, y había escogido a Brujón, el cabelludo de la calle del Petit-Banquier. Se le había dejado en el patio de Carlomagno, y tenía siempre encima la vista de los vigilantes.

El nombre de Brujón es un recuerdo de la Fuerza. En el repugnante patio, llamado por el verdugo el Edificio-Nuevo, por la Administración el patio de San Bernardo, y por los ladrones la cueva de los Leones ; en aquella muralla cubierta de escamas y de lepra que subía por la izquierda hasta el techo, cerca de una puerta de hierro, enmohecida ya, que conducía a la antigua capilla del palacio ducal de la Fuerza, convertida en dormitorio de bandidos, se veía aún hace doce años, un castillo groseramente esculpido con un clavo, en la piedra, y debajo esta firma :

BRUJÓN, 1811.

El Brujón de 1811 era el padre del Brujón de 1832.

Este, a quien apenas hemos podido entrever en la emboscada de la casa de Gorbeau, era un gallardo joven, muy astuto y discreto, de aspecto huído y lastimero. A causa de este aspecto le había escogido el juez, creyéndole más útil en el patio de Carlomagno que en el calabozo incomunicado.

Los ladrones no interrumpen el ejercicio de su profesión, aunque estén en manos de la justicia. No se incomodan por tan poca cosa, y estar preso por un crimen, no impide comenzar otro crimen ; son como los artistas que tienen un cuadro en la Exposición, y no por esto dejan de trabajar en alguna obra nueva en su taller.

Brujón aparentaba haberse quedado estupefacto con la prisión. Se le veía muchas veces horas enteras en el patio

de Carlomagno, de pie, cerca del tragaluz del cantinero, contemplando como un idiota la sórdida lista de los precios de la cantina, que empezaba : «puerros, sesenta y dos céntimos», y concluía : «cigarro, cinco céntimos», o bien pasaba el tiempo temblando, chocando los dientes, diciendo que tenía calentura, y preguntando si estaba vacante alguna de las veintiocho camas de la sala de los calenturientos.

De pronto, hacia la segunda quincena de febrero de 1832, se supo que Brujón, el tonto, había mandado hacer a los mozos de la cárcel, no bajo su nombre, sino bajo el nombre de tres camaradas suyos, tres comisiones diferentes, las cuales le habían costado cincuenta sueldos, gasto exorbitante, que llamó la atención del inspector de la cárcel.

Hiciéronse indagaciones, y consultando la tarifa de los encargos, clavada en la pared de la sala de los detenidos, se llegó a saber que los cincuenta sueldos se descomponían así : tres recados : uno al Panteón, diez sueldos ; otro a Val-de-Grace, quince sueldos, y otro a la barrera de Grenelle, veinticinco sueldos : este último era el precio más alto de la tarifa. Ahora bien : precisamente en el Panteón, en Val-de-Grace y en la barrera de Grenelle, estaban los domicilios de los tres rateros más temibles de las barreras : Kruideniers, el llamado Bizarro, glorioso presidiario cumplido, y Para-coches, sobre los cuales cayó por este incidente la mirada de la policía.

Creyóse adivinar que estos hombres estaban afiliados a la cuadrilla del Patrón Minette, de la cual habían sido puestos a la sombra los jefes Babet y Traga-mares. Supúsose que los recados de Brujón, enviados, no a una casa, sino a personas que esperaban en la calle, debían ser avisos para algún crimen tramado. Había además otros indicios ; echóse la garra a los tres vagos, y se creyó haber venteado la maquinación de Brujón, cualquiera que fuese.

Como una semana después de tomarse estas medidas, una noche, un vigilante de ronda, que vigilaba el dormitorio inferior del Edificio-Nuevo en el momento de echar en el buzón de contraseñas la suya, es decir, la pieza de metal con su número, que sirve para indicar que el inspector cumple el servicio exactamente, de modo que cada hora cae en los buzones de las puertas de los dormitorios una contraseña ; un inspector, decimos, vió por la rejilla del dormitorio a Brujón sentado, escribiendo algo en la cama a la luz de la lámpara. El inspector entró, púsose a Brujón por un mes en el calabozo ; pero no se le pudo coger lo que había escrito. La policía no supo más.

Lo cierto es, que al día siguiente tiraron un «postillón» desde el patio de Carlomagno a la Cueva de los Leones por encima del edificio de cinco pisos que separaba ambos patios.

Los presos llaman «postillón» a una bola de pan artísticamente amasada, que se envía «a Irlanda», es decir, por encima de los tejados de una cárcel de un patio a otro. Etimología : por encima de Inglaterra, de una tierra a otra, «a Irlanda». Cuando cae, pues, la bola en el patio, el que la recoge la abre, y encuentra un billete dirigido a algún preso en el patio. Si es un preso el que la coge, la da a su destino, y si es un carcelero o uno de los presos secretamente vendidos que se llaman «borregos» en las cárceles, y «zorros» en los presidios, el billete es presentado al escribano, y después a la policía.

Esta vez el billete llegó a su destino, aunque en aquel momento el que debía recibirlo estaba entre los «separados» : era nada menos que Babet, uno de los cuatro de la cuadrilla del Patrón Minette.

El «postillón» contenía un papel arrollado, en el cual estaban escritas estas dos líneas :

«Babet. Se puede dar un golpe en la calle Plumet. Una verja en un jardín.»

Esto era lo que Brujón había escrito por la noche.

A pesar de los registradores y registradoras, Babet encontró medios de hacer llegar el billete desde la Fuerza a la Salpetrière a una «buena amiga» que allí tenía, y que estaba encerrada. Esta a su vez transmitió el billete a otra, a quien conocía, a una tal Magnón, muy vigilada por la policía, pero no presa aún. Esta Magnón, cuyo nombre ha

visto ya el lector, tenía con los Thenardier relaciones que explicaremos más adelante, y podía servir de puente entre la Salpetrière y las Magdalenas, yendo a ver a Eponina.

Pero sucedió precisamente en este momento que, faltando pruebas en la sumaria formada contra Thenardier respecto de sus hijas Eponina y Azelma, fueron puestas en libertad.

Cuando Eponina salió, la Magnón, que la esperaba a la puerta de la Magdalenas, le dió el billete de Brujón a Babet, encargándola que «diese luz» al negocio.

Eponina fué a la calle Plumet, reconoció la verja y el jardín, observó la casa, espió, acechó, y algunos días después llevó a Magnón, que vivía en la calle Colche-Perce un «bizcocho», que Magnón transmitió a la querida de Babet a Salpetrière. Un bizcocho en el tenebroso simbolismo de las prisiones, significa: «no hay nada que hacer».

Tan bien salió todo, que, menos de una semana después, Babet y Brujón, al encontrarse en el camino de ronda de la Fuerza, yendo uno «a la instrucción» y viniendo el otro, preguntó Brujón:

—¿Y la calle P.?

—Bizcocho—respondió Babet.

Así abortó este feto del crimen, engendrado por Brujón en la Fuerza.

Este aborto tuvo, sin embargo, consecuencias completamente extrañas al programa de Brujón: ya se verán.

Muchas veces se cree estar anudando un hilo, y se anuda otro.

III

APARICIÓN DEL SEÑOR MABEUF

Mario no visitaba a nadie: solamente algunas veces encontraba al señor Mabeuf.

Mientras Mario descendía gravemente por estos lúgubres escalones, que podían llamarse la escalera de la cueva, y que conducen a los lugares sin luz, donde se oye a los dichosos marchar por encima, el señor Mabeuf los bajaba de otra manera.

La «Flora de Cauterets» no se vendía ya absolutamente. Los experimentos sobre el añil no habían dado resultado ninguno en el pequeño jardín de Austerlitz, que estaba mal situado; allí sólo podía cultivar algunas plantas raras que necesitan la humedad y la sombra. Mas no por esto se desanimaba. Había conseguido un rincón de tierra en el Jardín Botánico, en buena situación para hacer «a su costa» los ensayos sobre el añil, para lo cual había llevado las láminas de su «Flora» al Monte de Piedad. Había reducido su almuerzo a dos huevos, y dejaba uno de ellos a su vieja criada, a la cual no había pagado el salario hacía quince meses: muchas veces, su almuerzo era su única comida. Ya no se reía con su risa infantil; se había hecho huraño, y no recibía visitas. Mario hacía muy bien en no ir a verle. Algunas veces, a la hora en que el señor Mabeuf iba al Jardín Botánico, se encontraban el viejo y el joven en el bulevar del Hospital: no se hablaban; solamente se saludaban con la cabeza tristemente. Cosa dolorosa: hay un momento en que la miseria separa hasta a los amigos. Antes eran dos amigos; ahora eran dos transeuntes.

El librero Royol había muerto. El señor Mabeuf no conocía más que sus libros, su jardín y su añil; éstas eran las tres formas que habían tomado para él la felicidad, el placer y la esperanza; esto le bastaba para vivir, y se decía: «cuando haya hecho mis bolitas azules seré rico; sacaré mis láminas del Monte de Piedad, haré de moda mi «Flora» con el charlatanismo, pondré anuncios en los periódicos, y compraré, ya sé dónde, un ejemplar del «Arte de Navegar», de Pedro Medina, con grabados en madera, edición de 1559».

Mientras tanto trabajaba todo el día en su sembrado de añil, y por la noche volvía a su casa para regar el jardín y leer sus libros. El señor Mabeuf tenía por entonces muy cerca de los ochenta años.

Una noche tuvo una singular aparición.

Había vuelto a su casa muy de día aún. La tía Plutarco, cuya salud se quebrantaba, estaba enferma y acostada. El señor Mabeuf había comido un hueso que tenía un poco de carne y un pedazo de pan que había encontrado en la mesa de la cocina, y estaba sentado en un guardacantón echado que tenía por banco en el jardín.

Cerca del banco había, según la moda de los antiguos huertos, una especie de cajón alto hecho de vigas y de tablas muy estropeadas ya, que era jaula de conejos en la parte inferior, y frutero en la superior. No tenía conejos en la jaula; pero aún conservaba algunas manzanas en el frutero, restos de la provisión del invierno.

El señor Mabeuf se había puesto a hojear y a leer, con ayuda de los anteojos, dos libros de que estaba apasionado, y que, cosa rara en su edad, le tenían pensativo. Su natural timidez le hacía propio para aceptar ciertas supersticiones. El primero de estos libros era el famoso tratado del presidente Delanere «De la inconstancia de los demonios», el otro era la obra de Mutor de la Rubandiere, «Sobre los diablos de Vauvert, y los gobelinos de la Bievre». Este último libro le interesaba tanto más, cuanto que su jardín había sido un sitio frecuentado por los gobelinos. El crepúsculo empezaba a blanquear los objetos que están en alto, y a ennegrecer los que están en bajo. Al mismo tiempo que leía mirando por encima del libro que tenía en la mano, el señor Mabeuf contemplaba sus plantas, y entre otras, un rhododendron magnífico que era uno de sus consuelos; los cuatro últimos días de bochorno, de viento y de sol, sin una gota de lluvia habían hecho que los tallos se encorvasen, que se inclinasen los botones, y que cayesen las hojas: era preciso regar: el rhododendron, sobre todo, estaba triste. El señor Mabeuf era de esos para quienes las plantas tienen alma. El viejo había trabajado todo el día en su sembrado de añil y estaba rendido de cansancio; se levantó, sin embargo, dejó los libros en el banco, y se dirigió encorvado y con vacilante paso al pozo; pero cuando cogió la soga no pudo ni aun tirar para desengancharla. Entonces se volvió, y dirigió una mirada angustiosa al cielo, que se iba cubriendo de estrellas.

La noche tenía esa serenidad que disminuye los dolores del hombre bajo una alegría lúgubre, eterna y desconocida, y anunciaba que iba a ser tan árida como el día.

—¡Estrellas por todas partes!—pensaba el anciano—: ¡ni una pequeñísima nube! ¡ni una lágrima de agua!

Y dejó caer sobre el pecho la cabeza que había levantado un momento. Pero volvió a levantarla, y miró al cielo murmurando:

—¡Una lágrima de rocío! ¡Un poco de piedad!

Trató de nuevo de desenganchar la soga del pozo, pero no pudo.

En aquel momento oyó una voz que decía:

—Señor Mabeuf, ¿queréis que riegue yo el jardín?

Y al mismo tiempo sintió en el seto el ruido de un animal salvaje que corre, y vió salir de entre los matorrales una jovenzuela delgada, que se puso delante de él mirándole atrevidamente. Parecía más bien un aborto del crepúsculo, que un ser humano.

Antes que hubiera podido responder una sílaba el señor Mabeuf, que se asustaba fácilmente, aquel ser, cuyos movimientos tenían en la obscuridad una especie de brusco capricho, había desenganchado la soga, sumergido y sacado el cubo y llenado la regadera: el buen hombre veía esta aparición, que tenía los pies desnudos y un zagalejo todo roto; veía, decimos, cómo corría por las platabandas derramando la vida en su derredor. El ruido de la regadera en las hojas, encantaba al señor Mabeuf. Le parecía que el rhododendron era ya feliz.

Vaciado el primer cubo, la muchacha sacó otro, y después un tercero: así regó todo el jardín.

Cuando hubo acabado, el señor Mabeuf se aproximó a ella con lágrimas en los ojos, y le puso la mano en la frente.

—Dios os bendiga—dijo—: sois un ángel porque tenéis cuidado de las flores.

—No—respondió—: soy el diablo; pero es indiferente.

El viejo exclamó sin esperar ni oír la respuesta:

—¡Qué lástima que yo sea tan desgraciado y tan pobre, y que no pueda hacer nada por vos!

—Algo podéis—dijo ella.

—¿El qué?

—Decirme dónde vive el señor Mario.

El viejo no lo comprendió.

—¿Qué señor Mario?

Y alzó su vidriosa mirada como buscando una cosa que hubiera desaparecido.

—Un joven que venía aquí hace tiempo.

El señor Mabeuf había ya registrado su memoria, y contestó:

—¡Ah! sí... ya sé lo que queréis decir. ¡Esperad! El señor Mario... el barón Pontmercy ¡pardiez! vive... o por mejor decir, no vive ya... vaya, no lo sé.

Y al mismo tiempo que hablaba se había encorvado para sujetar una rama del rhododendron.

—Esperad — continuó— ; ahora me acuerdo. Pasa mucho por el bulevar, y va hacia la Glaciére, calle de Croule-Barbe, Campo de la Alondra. Id por allí, y no será difícil que lo encontréis.

Cuando el señor Mabeuf se enderezó ya no había nadie; la joven había desaparecido.

Entonces tuvo miedo de veras.

—Ciertamente—dijo—, que si no viese el jardín regado, creería que había sido un espíritu.

Una hora después, cuando se acostó, volvió a pensar en esto, y al dormirse, en ese momento confuso en que el pensamiento, semejante al pájaro fabuloso que se convierte en pez para pasar el mar, toma poco a poco la forma del ensueño para atravesar el sueño, se decía confusamente:

—Esto se parece mucho a lo que Rubandiere cuenta de los gobelinos. ¿Si será un gobelino?

IV

APARICIÓN A MARIO

Algunos días después de esta visita de un «espíritu» al señor Mabeuf, una mañana—era lunes, el día en que Mario pedía a Courfeyrac la moneda de cien sueldos para Thenardier—Mario había metido esta moneda en el bolsillo, y antes de llevársela al carcelero, había ido «a pasearse un poco»; esperando tener ganas de trabajar a la vuelta. Esto era lo que hacía siempre. Apenas se levantaba, se sentaba delante de un libro y una hoja de papel para concluir alguna traducción: tenía entonces que hacer la versión al francés de una célebre disputa entre alemanes; la contorversia de Gans y de Savigny: cogía a Gans, cogía después a Savigny, leía cuatro líeas; trataba de escribir una y no podía; veía una estrella entre sus ojos y el papel, y se levantaba de la silla, diciendo: «Voy a salir. Esto me dará ganas de trabajar».

Y se iba al Campo de la Alondra.

Allí veía más que nunca la estrella, y menos que nunca a Savigny y a Gans.

Volvía a su casa, trataba de empezar a trabajar, y no lo conseguía; no podía reanudar ni uno solo de los hilos rotos de su cerebro: entonces decía: «Mañana no salgo, porque así no puedo trabajar». Y salía todos los días.

Vivía en el Campo de la Alondra más que en casa de Courfeyrac. Sus señas eran verdaderamente éstas: «Bulevar de la Salud séptimo árbol, pasada la calle de Croule-Barbe».

La mañana de que vamos hablando había abandonado el árbol, y se había sentado en el parapeto del arroyo de los Gobelinos. Un sol alegre penetraba las frescas hojas abiertas y resplandecientes.

Pensaba en «ella», y su pensamiento, convirtiéndose en reconvención, recaía sobre él; pensaba dolorosamente en la pereza, parálisis del alma, que se apoderaba de él, y en aquella noche, cuyas tinieblas se espesaban por momentos ante su vista, hasta el punto de que ya no veía ni aun el sol.

Sin embargo, al través de este penoso desprendimiento de ideas indistintas que no eran un monólogo, porque tanto se debilitaba en él la actividad, que ya no tenía ni aun la fuerza de querer desconsolarse; al través de esta absorción melancólica sentía las sensaciones de lo exterior. Oía detrás de sí, debajo de sí, en ambas orillas del arroyo, a las lavanderas de los Gobelinos golpear la ropa, y por encima de su cabeza cantar a los pájaros de los olmos. Por un lado, el ruido de la libertad, del feliz descuido, del placer que tiene alas, por otro, el ruido del trabajo. Estos dos ruidos le parecían alegres, cosa que le hacía pensar profundamente, y casi reflexionar.

De repente, en medio del éxtasis que

lo dominaba, oyó una voz conocida que decía :

—¡ Calla ! ¡ Ahí está !

Levantó los ojos y conoció a aquella desgraciada niña que había ido una mañana a su casa, la hija mayor de la Thenardier, Eponina, pues ya sabía cómo se llamaba. Estaba empobrecida y hermoseada, dos cosas que parecía no podían ser. Había realizado un doble progreso hacia la luz y hacia la desgracia. Llevaba los pies descalzos e iba vestida de harapos como el día que había entrado tan resueltamente en su cuarto : solamente que sus harapos tenían dos meses más ; los agujeros eran mayores : y los trapajos más miserables. Tenía la misma voz ronca, la misma frente atezada y arrugada por el aire, la misma mirada libre, extraviada y vacilante. Además, tenía en la fisonomía algo de asombrado y de lastimero, que añade la prisión o la miseria.

Llevaba algunos restos de paja y de heno en los cabellos, no como Ofelia por haberse vuelto loca con el contagio de la locura de Hamlet, sino porque había dormido en algún pajar.

Y con todo esto estaba hermosa. ¡ Qué astro eres, juventud !

Se había parado delante de Mario con alguna expresión de alegría en su lívido rostro, y una como sonrisa.

Estuvo algunos momentos como si no pudiese hablar.

—¡ Ya os encontré !—dijo por fin—. Tenía razón el señor Mabeuf. ¡ En este bulevar ! ¡ Cuánto os he buscado ! ¡ Si lo supieseis ! ¿ Lo sabéis ? ¡ He estado en la cárcel quince días ! Ya me han soltado viendo que no había nada contra mí, y que además no tenía edad de discernimiento, me faltaban dos meses. ¡ Oh, cómo os he buscado desde hace seis semanas ! ¿ Ya no vivís allá ?

—No—dijo Mario.

—¡ Oh ! ya comprendo. A causa de aquello. Son muy desagradables esos lances. Os habéis mudado. ¡ Calla ! ¿ y por qué lleváis ese sombrero tan viejo ? Un joven como vos debe llevar un buen traje. ¿ No lo sabéis, señor Mario ? El señor Mabeuf os llama el barón Mario de no sé cuántos. ¿ No es verdad que no sois barón ? Los barones son viejos, van al Luxemburgo, delante del palacio donde hay más sol. y leen la «Quotidienne» por un sueldo. Yo estuve una vez a llevar una carta a casa de un barón así. Tenía más de cien años. Decidme. ¿ Dónde vivís ahora ?

Mario no respondió.

—¡ Ah !—continuó ella—, tenéis un agujero en la camisa. Tendré que coséroslo.

Y añadió con un acento que se obscurecía poco a poco :

—Parece que no os alegráis de verme.

Mario callaba ; ella guardó silencio por un momento, y después exclamó :

—Y sin embargo, si quisiera os obligaría a estar contento.

—¡ Cómo !—preguntó Mario—, ¿ qué queréis decir ?

—¡ Ah ! ¡ Antes me llamabais de tú !

—Pues bien ; ¿ qué quieres decir ?

Eponina se mordió el labio, parecía dudar como si fuese presa de una lucha interior ; por fin, pareció decidirse.

—Tanto peor, es igual. Tenéis el aire triste, y quiero que estéis contento. Prometedme sólo que os reiréis. Quiero veros reír y deciros : Bien, así me gusta. ¡ Pobre señor Mario ! Ya sabéis, me habéis prometido que me daríais... todo lo que yo quisiera...

—¡ Sí, pero habla !...

Ella miró a Mario fijamente a los ojos y le dijo :

—¡ Sé las señas !

Mario se puso pálido. Toda su sangre refluyó al corazón.

—¿ Qué señas ?

—Las que me habéis mandado averiguar.

Y añadió como si hiciese un esfuerzo :

—Las señas... ya sabéis.

—¡ Sí !—murmuró Mario.

—¡ De la señorita !

Y así que pronunció esta palabra suspiró profundamente.

Mario saltó del parapeto en que estaba sentado, y le cogió violentamente la mano.

—¡ Oh, bien ! ¡ Llevadme ! ¡ Dime ! ¡ Pídeme todo lo que quieras ! ¿ Dónde es ?

—Venid conmigo—respondió—. No sé bien la calle ni el número ; es al otro extremo, pero conozco bien la casa ; voy a enseñaros.

Retiró entonces la mano, y dijo con

un tono que hubiera lacerado el corazón de un observador, pero que no llamó la atención de Mario, embriagado y conmovido :

—¡ Ah ! ¡ Qué contento estáis ahora !

Una nube pasó por la frente de Mario.

—¡ Júrame una cosa !—dijo cogiendo a Eponina del brazo.

—¡ Jurar !—dijo ella— ; ¿qué quiere decir eso? ¡ Calla ! ¿Queréis que jure?

Y se echó a reír.

—¡ Tu padre ! ¡ Prométeme, Eponina ; júrame que no dirás a tu padre dónde vive !

Eponina se volvió hacia él admirada.

—¡ Eponina ! ¿Cómo sabéis que me llamo Eponina?

—¡ Prométeme lo que te digo !

Pero ella parecía no oírle.

—¡ Es muy raro esto ! ¡ Me habéis llamado Eponina !

Mario le cogió los dos brazos a la vez.

—¡ Pero, respóndeme, en nombre del Cielo ! atiende a lo que te digo ; ¡ júrame que no dirás esas señas a tu padre !

—¡ Mi padre ! ¡ Ah, sí, mi padre ! Estad tranquilo. Está incomunicado. Pero, además, ¿me cuido yo de mi padre?

—¿ Pero no me lo prometes?—exclamó Mario.

—¡ Dejadme !—dijo ella echándose a reír— ; ¡ cómo me sacudís ! Sí, sí ; ¡ os lo prometo ! ¡ os lo juro ! ¡ qué me importa eso ! ¡ No diré las señas a mi padre ! ¿ No es esto?

—Ni a nadie—dijo Mario.

—Ni a nadie.

—Ahora, llévame.

—¿ En seguida?

—En seguida.

—Venid. ¡ Oh, qué contento está !—dijo la joven.

A los pocos pasos se detuvo.

—Me seguís muy de cerca, señor Mario. Dejadme ir delante, y seguidme como si tal cosa. No deben ver a un hombre bien portado como vos, con una mujer como yo.

En ninguna lengua podría expresarse lo que encerraba esta palabra mujer, pronunciada por aquella niña.

Dió una docena de pasos, y se detuvo otra vez ; Mario la alcanzó. Ella le dirigió la palabra de lado, y sin volverse hacia él.

—A propósito : ¿ recordáis que habéis prometido una cosa?

Mario registró el bolillo. No poseía en el mundo más que los cinco francos destinados a Thenardier ; los sacó, y los puso en la mano de Eponina.

Ella abrió los dedos, dejó caer la moneda al suelo, y dijo mirando a Mario con aire sombrío :

—No quiero vuestro dinero.

LIBRO TERCERO

La casa de la calle Plumet.

I

LA CASA DEL SECRETO

Hacia mediados del siglo último, un presidente de sala en el Parlamento de París tenía una querida, y queriendo ocultarla, porque en aquella época los grandes señores manifestaban sus queridas, y los pequeños las ocultaban, hizo construir «una casita» en el arrabal de San Germán, en la calle desierta de Blomet, que hoy se llama Plumet, y no lejos del sitio que se llamaba entonces «La lucha de animales».

Se componía esta casa de un pabellón de un solo piso ; tenía dos salas en el bajo, y dos cuartos en el principal, una cocina en aquél, y un gabinete de tocador en éste, y debajo del tejado un granero, precedido todo de un jardín, con una verja que daba a la calle. El jardín tenía cerca de media fanega de tierra, y era lo único que los transeuntes podían ver ; pero por detrás del pabellón había un patio pequeño, y en el fondo una habitación baja, compuesta de dos piezas sobre la cueva, especie de secreto, destinado a ocultar, en caso necesario, un niño y una nodriza. Esta habitación comunicaba por la espalda por medio de una puerta oculta, y que se abría por un secreto, con un largo corredor o pasadizo, empedrado, tortuoso, a cielo abierto, costeado de dos altas paredes, que oculto por un arte prodigioso, y como perdido entre los límites de los jardines y de los sembrados, cuyos ángulos y vueltas iba siguiendo, terminaba en otra puerta también secreta, que se abría a medio cuarto de legua de allí, casi en otro ba-

rrio, a la extremidad solitaria de la calle de Babilonia.

El señor presidente entraba por allí; de tal modo, que aun los que le hubiesen espiado y seguido, y hubiesen observado que el señor presidente iba todos los días misteriosamente a alguna parte, no habrían sospechado que ir a la calle de Babilonia, era ir a la calle Blomet. Por medio de hábiles compras de terreno, el ingenioso magistrado había podido hacer este trabajo de camino secreto en sus posesiones, y por consiguiente, sin obstáculo. Después había dividido en pequeños trozos, para jardines y huertas, los terrenos lindantes con el pasadizo, y los propietarios de estos terrenos creían mirar una pared medianera por ambos lados, y no sospechaban ni aun la existencia de aquella vereda, que serpenteaba entre dos paredes por entre sus platabandas y vergeles. Sólo los pájaros veían aquella curiosidad, siendo muy probable que las currucas y calandrias del siglo último charlasen mucho a costa del señor presidente.

El pabellón era de piedra, al estilo Mansard; estaba artesonado y amueblado a la Watteau; rocalla por dentro, y peluca por fuera; rodeado de un triple seto de flores; y tenía algo de discreto, de elegante y de solemne, como corresponde a un capricho amoroso de un magistrado.

La casa y el corredor, que han desaparecido ya, existían aún hace una quincena de años. En 1793, un calderero compró la casa para derribarla; pero, no habiendo podido pagar el precio, la nación le declaró en quiebra: de modo, que la casa fué quien le derribó a él. Después quedó deshabitada, y fué arruinándose lentamente, como todo edificio a que no comunica la vida la presencia del hombre. Había quedado amueblada con los muebles antiguos, y siempre anunciada en venta o alquiler, y las diez o doce personas que pasaban al año por la calle Plumet veían este anuncio en un cartel amarillo e ilegible, colgado de la verja del jardín desde 1810.

A fines de la Restauración, estos transeuntes pudieron notar que había desaparecido el escrito, y que estaban abiertos los postigos del primer piso. En efecto, la casa estaba ocupada; las ventanas tenían «cortinillas», señal de que había una mujer.

En el mes de octubre de 1829, un hombre de alguna edad se había presentado, y había alquilado la casa tal como estaba, incluyendo la habitación de atrás y el pasadizo que terminaba en la calle de Babilonia. Había hecho restaurar las aberturas secretas de las dos puertas de este pasadizo. La casa, como acabamos de decir, tenía casi los mismos muebles antiguos que en tiempo del presidente: el nuevo inquilino había mandado hacer algunas reparaciones, poniendo aquí y allí lo que faltaba, adoquines en el patio, baldosas en los suelos, escalones en la escalera, hojas en el parque y vidrios en las ventanas, y últimamente se había instalado allí con una jovencita y una criada vieja, sin ruido alguno, más bien como el que se desvía, que como el que entra en su casa. Los vecinos no murmuraban nada, por la razón de que no los había.

Este inquilino tan silencioso era Juan Valjean, y la joven Cosette. La criada era una solterona, llamada Santos, a quien Juan Valjean había sacado del hospital y de la miseria; era vieja, provinciana y tartamuda; tres cualidades que habían determinado a Juan Valjean a tomarla a su servicio. Había alquilado la casa con el nombre del señor Fauchelevent, rentista. En todo lo que hemos referido anteriormente, el lector habrá tardado menos que Thenardier en conocer a Juan Valjean.

¿Por qué había abandonado Juan Valjean el convento del Pequeño Picpus? ¿Qué había sucedido?

Nada había pasado de extraordinario.

El lector recordará que Juan Valjean era feliz en el convento, tan feliz, que su conciencia concluyó por alarmarse. Veía a Cosette todos los días; sentía nacer y desarrollarse en él poco a poco el sentimiento paternal, cubría con su alma a aquella niña, y se decía que era suya, que nadie podía quitársela, y que así sería siempre; que Cosette se haría monja, viéndose dulcemente solicitada todos los días, de modo que el convento sería siempre el Universo para él y para ella; que él envejecería allí, y ella

crecería, y envejecería y moriría ; y por último, ¡ consoladora esperanza ! que no sería posible ninguna separación. Pero al mismo tiempo que pensaba esto, vino a caer en nuevas perplejidades. Preguntóse a sí mismo, si toda aquella felicidad se componía sólo de su felicidad, o también de la de otra persona, es decir, de la felicidad de aquella niña de que se apoderaba y a quien confiscaba, él que era un viejo : ¿no era esto un robo?

Se decía que esta niña tenía derecho a conocer el mundo antes de renunciar a él ; que privarla de antemano y en cierto modo, sin consultarla, de todos los goces, bajo el pretexto de salvarla de todas las pruebas, aprovecharse de su ignorancia y de su aislamiento para hacer germinar en ella una vocación artificial, sería desnaturalizar una criatura humana, y engañar a Dios. ¿Y quién sabe si Cosette reflexionando algún día sobre todo esto, y viéndose monja a disgusto no llegaría hasta a odiarle? Ultima idea casi egoísta y menos noble que las demás, pero que le era insoportable.

Resolvióse, pues, a abandonar el convento.

Se decidió ; conoció, aunque con pesar, que era necesario ; no tenía objeciones que hacerse. Cinco años de encierro y de desaparición entre aquellas cuatro paredes, habían destruído o dispersado necesariamente los elementos de temor ; podía volver tranquilamente a vivir entre los hombres ; había envejecido, y estaba desconocido. ¿Quién había de conocerle ahora? Y aun en el peor caso, sólo corría peligro por sí mismo, y no tenía derecho para condenar a Cosette al claustro por la razón de que él había sido condenado a presidio. Por otra parte, ¿qué es el peligro ante el deber? En fin, nada le impedía ser prudente, y tomar sus precauciones.

En cuanto a la educación de Cosette, estaba casi terminada y completa.

Juan Valjean, después de decidirse, sólo esperó una ocasión, y no tardó ésta en presentarse : el tío Fauchelevent murió.

Juan Valjean pidió audiencia a la reverenda priora, y le dijo que habiendo recibido a la muerte de su hermano una modesta herencia que le permitía vivir sin trabajar, pensaba dejar el servicio del convento y llevarse a su nieta ; pero que, como no era justo que Cosette no pronunciando el voto hubiese sido educada gratuitamente, suplicaba humildemente a la reverenda priora le permitiese ofrecer a la comunidad una suma de cinco mil francos, como indemnización de los cinco años que Cosette había pasado en el convento.

Así salió Juan Valjean del convento de la Adoración perpetua.

Al abandonar aquella casa, llevó en sus brazos, sin querer entregarlo a ningún mozo, el baulito, cuya llave tenía siempre consigo. Aquel baulito traía inquieto a Cosette por el olor embalsamado que despedía.

El baulito no se separó nunca de él ; siempre lo tenía en su cuarto. Era lo primero, y alguna vez lo único, que trasladaba en sus mudanzas. Cosette se reía, y le llamaba al baulito el «inseparable», diciendo :

—Me da celos.

Juan Valjean no salió al aire libre sin experimentar una profunda ansiedad.

Descubrió la casa de la calle Plumet y se quedó con ella ; además estaba en posesión del nombre de Ultimo Fauchelevent.

Al mismo tiempo alquiló otras dos casas en París, con objeto de atraer la atención menos que viviendo siempre en el mismo barrio, de poder ausentarse a la menor inquietud que sintiese, y de no encontrarse desprevenido, como la noche en que se escapó tan milagrosamente de Javert. Estas otras dos casas eran dos edificios feos y de pobre aspecto, en dos barrios muy separados uno de otro ; uno en la calle del Oeste, y otro en la del Hombre Armado.

Iba de cuando en cuando, ya a la calle del Hombre Armado, ya a la del Oeste, a pasar un mes o seis semanas con Cosette, sin llevar a la tía Santos. Le servían los porteros, y pasaba por un rentista de las cercanías que tenía un apeadero en la ciudad. Aquella gran virtud tenía tres casas en París para huir de la policía.

II

JUAN VALJEAN, GUARDIA NACIONAL

Por lo demás, y hablando en rigor, vivía en la calle Plumet, donde había arreglado su existencia del modo siguiente :

Cosette, con la criada, ocupaba el pabellón, tenía la alcoba principal con los entrepaños pintados, el gabinete de las molduras doradas, el salón del presidente, adornado de tapicería y de grandes sillones, y el jardín. Juan Valjean había mandado poner en el cuarto de Cosette una cama, con pabellón de damasco antiguo de tres colores, y una hermosa alfombra de Persia, antigua también, comprada en la calle de Figuier-Saint-Paul, en casa de la tía Gaucher ; y para evitar la severidad de estas magníficas antigüedades, había combinado con esta prendería todos los muebles graciosos y elegantes de las jóvenes, el tocador, la biblioteca, los libros dorados, la papelera, el costurero incrustado de nácar, el neceser sobredorado, y la palangana de porcelana del Japón. Grandes cortinones de damasco de fondo rojo de tres colores, semejantes a los de la cama, colgaban ante las ventanas del primer piso : en el bajo había colgaduras de tapicería. Todo el invierno la casita de Cosette estaba caldeada de arriba abajo. Juan Valjean habitaba la especie de portería que había en el fondo del patio, con un colchón en una cama de tijera, una mesa de madera blanca, dos sillas de paja, un jarro de loza, algunos libros en una tabla, y su querida valija en un rincón : allí nunca había lumbre. Comía con Cosette, y tenía un pan de centeno para él en la mesa. El día que entró la tía Santos, le dijo :

—La señorita es el ama en casa.

—¿Y vos, señor?—replicó la tía Santos estupefacta.

—Yo soy mucho más que el amo, soy su padre.

Cosette, en el convento, había aprendido la ciencia doméstica, y arreglaba los gastos, que eran muy modestos. Todos los días Juan Valjean llevaba a Cosette a pasear del brazo. La llevaba al Luxemburgo, a la alameda más solitaria, y los domingos a misa, siempre a Santiago de Haut-Pas, porque estaba muy lejos. Como aquél era un barrio muy pobre, daba muchas limosnas, y los desgraciados le rodeaban en la iglesia, lo que le había valido el título que Thenardier le había dado : «Al señor bienhechor de la iglesia de Santiago de Haut-Pas». Llevaba a Cosette a visitar a los pobres y a los enfermos. En la casa de la calle Plumet no entraba ningún extraño ; la tía Santos llevaba las provisiones, y Juan Valjean iba por sí mismo a buscar el agua a una fuente cercana del bulevar. Guardaban leña y vino en un espacio medio subterráneo, tapizado de conchas, que estaba cerca de la puerta de la calle de Babilonia, y que había servido en otro tiempo de gruta al señor presidente, porque en tiempo de las Locuras y de las Casitas, no había amor sin gruta.

En la puerta excusada de la calle de Babilonia había una de esas cajas o buzones que sirven para recoger cartas y periódicos ; pero, como los tres habitantes del pabellón de la calle Plumet no recibían ni periódicos ni cartas, utilizaban esta caja, guardadora en otra tiempo de amorcillos, y confidente de un golilla petimetre, para las cédulas del cobrador de contribuciones, y las papeletas de guardia ; porque el señor Fauchelevent, rentista, era guardia nacional ; no había podido escaparse de las apretadas mallas del censo de 1831. El empadronamiento municipal había llegado en aquella época hasta el convento del Pequeño Picpus, especie de nube impenetrable y santa, de donde Juan Valjean había salido venerable a los ojos del alcalde de barrio, y por consiguiente digno de hacer guardias.

Juan Valjean se ponía el uniforme y entraba de guardia tres o cuatro veces al año, y lo hacía con gusto, porque el uniforme era para él un correcto disfraz que le mezclaba con todo el mundo, dejándole solitario. Juan Valjean acababa de cumplir sesenta años, edad de la exención legal, pero no aparentaba más de cincuenta ; y por otra parte, no tenía deseo alguno de librarse de su sargento mayor, y de librarse del conde de Lobau : no tenía estado civil ; ocultaba su nombre, ocultaba su edad, ocultaba su identidad, lo ocultaba todo ; y co-

mo hemos dicho, era un guardia nacional de buena voluntad. Toda su ambición era asemejarse a cualquiera que pagase contribución. El ideal de este hombre era, en lo interior, ser ángel, y en lo exterior, contribuyente.

Hagamos notar aquí una cosa: cuando salía con Cossette, se vestía como hemos dicho, y parecía un militar retirado. Cuando salía solo, que era comúnmente por la noche, iba siempre vestido de una blusa y de un pantalón de obrero, y una gorra que le ocultaba el rostro. ¿Era esto precaución o humildad? Ambas cosas a la vez. Cossette estaba acostumbrada ya al aspecto enigmático de su destino, y apenas notaba las rarezas de su padre. En cuanto a la tía Santos veneraba a Juan Valjean y hallaba bueno todo lo que hacía. Un día el carnicero, que había visto a Juan Valjean, le dijo:

—Es buena pieza.

Y ella respondió:

—Es un santo.

Ni Juan Valjean, ni Cosette, ni la tía Santos, entraban o salían más que por la puerta de la calle de Babilonia; de modo que, a no verlos por la verja del jardín, era difícil adivinar que vivían en la calle Plumet. Esta verja estaba siempre cerrada, y Juan Valjean había dejado inculto el jardín para que no llamase la atención.

Pero en esto se engañaba.

III

FOLIIS AC FRONDIBUS

Aquel jardín, abandonado completamente hacía más de medio siglo, había llegado a ser extraordinario y hermoso. Los transeuntes se paraban a contemplarlo hace cuarenta años, sin sospechar los secretos que ocultaban sus verdes y frescas espesuras.

Más de un hombre meditabundo ha tratado varias veces de penetrar indiscretamente con los ojos y con el pensamiento al través de los hierros de aquella antigua verja en forma de cadena, torcida, movediza, sostenida por dos pilares verdosos y enmohecidos, y coronada caprichosamente por un frontón de indescifrables arabescos.

Había en un rincón un banco de piedra, y una o dos estatuas cubiertas de moho; algunos encañados, deshechos por el tiempo, se pudrían arrimados a las paredes; no había ni calles ni césped; sólo abundaba la grama. Puede decirse que había desaparecido la jardinería, y la había reemplazado la naturaleza. Abundaba la mala hierba, admirable fortuna de un pobre rincón de tierra. Los alelíes crecían libre y espléndidamente, y nada contrariaba el esfuerzo sagrado de las cosas hacia la vida; nada impedía su venerable desarrollo. Los árboles se habían inclinado hasta las zarzas, y las zarzas habían subido hasta los árboles; la planta había trepado, la rama se había encorvado; lo que se arrastra por el suelo buscaba lo que se extiende en el aire; lo que flota en el viento se había inclinado hacia lo que vive entre el musgo; troncos y ramas, hojas y fibras, tallos y zarzas, sarmientos y espinas se habían mezclado, atravesado, enlazado, confundido; la vegetación, en un estrecho y profundo abrazo, había celebrado y realizado, a la vista del Creador satisfecho, y en aquel espacio de trescientos pies cuadrados, el santo misterio de su fraternidad, símbolo de la fraternidad humana. Aquello no era ya un jardín, era una maleza colosal, es decir, una cosa impenetrable como un bosque, poblada como una ciudad, temblorosa como un nido, sombría como una catedral, olorosa como un ramillete, solitaria como una tumba, y viva como la multitud.

En la primavera, aquel enorme matorral, libre dentro de sus cuatro tapias y de la verja, entraba, como todo, en el sordo trabajo de la germinación universal; temblaba al salir el sol casi como un ser animado que aspira los efluvios del amor cósmico, y que siente la savia de abril, subir y bullir en sus venas; y sacudiendo al viento su prodigiosa y verde cabellera, sembraba en la tierra húmeda, en las rotas estatuas, en la desvencijada escalinata del pabellón, y hasta en el empedrado de la calle desierta, las flores en estrellas, el rocío en perlas, la fecundidad, la belleza, la vida, la alegría, los perfumes. A mediodía, mil blancas mariposas se refugiaban allí, y era un espectáculo sublime ver revolotear en copos, y a la sombra,

aquella nieve viva del estío. Allí, en las placenteras tinieblas del verdor, una multitud de voces inocentes hablaban dulcemente al alma, y lo que dejaba de decir el gorjeo de los pájaros, lo completaba el zumbido de los insectos. Por la noche, un vapor de meditación se desprendía del jardín y lo rodeaba; un manto de bruma, una tristeza celestial y tranquila lo cubrían; el perfume embriagador de las madreselvas y correhuelas salía de todas partes como un veneno exquisito y sutil; oíanse los últimos cantos de los pitirrojos y de las nevatillas durmiéndose bajo las ramas; descubríase la intimidad sagrada del pájaro y del árbol. Por el día, las alas daban alegría a las hojas, y de noche, las hojas daban protección a las alas.

En el invierno, la maleza estaba negra, mojada, erizada, temblorosa, y permitía ver un poco la casa, al través de su seco ramaje. En vez de flores en las ramas, y en lugar de rocío en las flores, veíanse los largos hilos de plata de los caracoles sobre el frío y espeso tapiz de las amarillentas hojas; pero siempre, bajo cualquier aspecto, en cualquier estación, en primavera, en invierno, en verano y en otoño, aquel pequeño cercado respiraba melancolía, contemplación, soledad, libertad, ausencia del hombre, presencia de Dios, y la antigua verja cerrada, parecía decir: «Este jardín es mío».

En vano el empedrado de París se extendía por todo el rededor; en vano se veían a dos pasos los palacios clásicos y espléndidos de la calle de Varennes, y muy cerca la iglesia de los Inválidos, y no lejos de allí la Cámara de los Diputados; en vano las carrozas de la calle de Borgoña y de la calle de Santo Domingo rodaban fastuosamente por las cercanías; en vano los ómnibus amarillos, obscuros, blancos y rojos, se cruzaban en la encrucijada próxima; todo esto no impedía que en la calle Plumet estuviera el desierto; y la muerte de los primeros propietarios, el transcurso de una revolución, el derrumbamiento de las antiguas fortunas, la ausencia, el olvido, cuarenta años de abandono y de vacío alrededor, habían bastado para reproducir en aquel lugar privilegiado los helechos, los gordolobos, la cicuta, las hierbas altas, las grandes plantas rastreras de anchas hojas, y de un color verde pálido, los lagartos, los escarabajos, los insectos bulliciosos y rápidos; para hacer salir de las profundidades de la tierra y reaparecer entre aquellas cuatro paredes cierta grandeza salvaje y feroz, y para que la Naturaleza que desconcierta los mezquinos arreglos del hombre, y que donde puede extenderse se extiende toda entera, lo mismo en la hormiga que en el águila, se desarrollase en un pequeño y feo jardín parisiense con tanta rudeza y majestad como en un bosque virgen del Nuevo Mundo.

En efecto; nada hay pequeño, como lo saben todos aquellos en quienes la Naturaleza penetra porfundamente. Aunque la filosofía no puede de un modo absoluto ni circunscribir la causa ni limitar el efecto, el pensador cae en un éxtasis sin fondo cuando contempla esos varios modos de descomposición de las fuerzas que convergen todas hacia la unidad. Todo trabaja para todo.

El álgebra se aplica a las nubes; la irradiación del astro es conveniente a la rosa, y ningún pensador se atreverá a decir que el perfume del espino es inútil a las constelaciones. ¿Quién puede calcular el camino de una molécula? ¿Sabemos, acaso, si no se crean nuevos mundos por medio de la caída de granos de arena? ¿Quién conoce el movimiento de flujo y reflujo recíproco de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño, el eco sonoro de las causas en los precipicios del ser y los aludes de la creación? Un arador es un ser importante; lo pequeño es grande; lo grande es pequeño; todo está en equilibrio en la necesidad: terrible visión para el espíritu.

Hay entre los seres y las cosas relaciones de prodigio; en este inagotable conjunto, desde el sol hasta el pulmón, ninguna cosa desprecia a la otra; cada una de ellas tiene necesidad de las demás. La luz no lleva a la región azul los perfumes terrestres sin saber lo que hace; la noche reparte convenientemente la esencia estelar a las flores dormidas. Todas las aves que vuelan tienen en la pata el hilo de lo infinito. La germinación se vale lo mismo del estallido

de un meteoro, que del picotazo de la golondrina para romper el huevo; y dirige a un tiempo el nacimiento de una lombriz y el advenimiento de Sócrates. Donde concluye el telescopio empieza el microscopio. ¿Cuál tiene mayor vista? Escoged. Un poco de moho es una pléyade de flores; una nebulosa es un hormiguero de estrellas: igual es, y más inaudita todavía, la promiscuidad de las cosas de la inteligencia con los hechos de la substancia. Los elementos y los principios se mezclan; se combinan, se unen, se multiplican unos por otros, hasta el punto de hacer terminar el mundo material y el mundo moral en la misma luz. El fenómeno está perpetuamente replegado en sí mismo. En las grandes transformaciones cósmicas, la vida universal va y viene en cantidad desconocidas, arrastrándolo todo en el visible misterio de los efluvios; empleándolo todo, no perdiendo ni el delirio de un sueño; sembrando un germen animal aquí; desmenuzando un astro allá; oscilando y serpenteando, haciendo de la luz una fuerza y del pensamiento un elemento diseminado e indivisible; disolviéndolo todo, excepto ese punto geométrico que se llama el «yo»; refiriéndolo todo al átomo alma: desarrollándolo todo en Dios; combinando y enlazando desde la más alta hasta la más inferior, todas las actividades, en la obscuridad de un mecanismo vertiginoso; relacionando el vuelo de un insecto con el movimiento de la tierra; subordinando ¿quién sabe? aunque no sea más que por la identidad de la ley la evolución del cometa en el firmamento a las vueltas del infusorio en la gota de agua. Máquina hecha de espíritu; engranamiento enorme, cuyo primer motor es el mosquito, y cuya última rueda es el zodíaco.

IV

CAMBIO DE REJA

Parecía que este jardín, creado en otro tiempo para ocultar los misterios del libertinaje, se había transformado, haciéndose propio para proteger los misterios de la castidad. Ya no había ni cunas, ni cenadores cubiertos, ni grutas; había una magnífica sombra que caía como un velo por todas partes. Pafos se había convertido en Edén. Cierto remordimiento había purificado aquel retiro; aquel ramillete ofrecía sus flores al alma; aquel jardín lleno de coquetería, tan comprometido en otro tiempo, había entrado en la virginidad y en el pudor. Un juez ayudado por un jardinero, un buen hombre que creía ser la continuación de Lamoignon, y otro buen hombre que creía ser la continuación de Lenotre, lo habían cercado, cortado, igualado, compuesto y arreglado para la galantería; la Naturaleza lo había hecho suyo después; lo había llenado de sombra, y lo había arreglado para el amor.

Había también en aquella soledad un corazón que estaba preparado. El amor no tenía que hacer más que manifestarse; tenía allí un templo compuesto de verdor, de hierba, de musgo, de suspiros de avecillas, de suaves tinieblas, de ramas agitadas, y un alma de dulzura, de fe, de candor, de esperanza, de aspiración y de ilusión.

Cosette había salido del convento aun casi niña; tenía poco más de catorce años, y estaba «en la edad ingrata»: ya hemos dicho que, fuera de los ojos, parecía más bien fea que bonita; no tenía, sin embargo, ninguna facción desgraciada; pero era delgada, sosa, tímida y atrevida a la vez; una niña grande, en fin.

Su educación estaba terminada; es decir, le habían enseñado religión, y sobre todo, devoción; la «historia» es decir, lo que se llama así en el convento; la geografía, la gramática, los participios, los reyes de Francia, un poco de música, dibujar una nariz, etc.; pero por lo demás, lo ignoraba todo; lo cual es un nuevo atractivo, mas también un peligro. No debe dejarse el alma de una joven tan completamente en la obscuridad, porque más adelante penetran en ella resplandores demasiado repentinos y demasiado vivos, como en una cámara obscura; debe iluminársela suave y discretamente, más bien con el reflejo de la realidad, que con su luz directa y viva; con una especie de sencillez útil y graciosamente austera, que disipe los temores pueriles, e impida las caídas. Sólo el instinto materno, intuición

admirable en que entran los recuerdos de la virgen y la experiencia de la mujer, sabe cómo y de qué modo debe ser esta semi-luz. Nada puede reemplazar a este instinto. Para educar el alma de una joven, todas las monjas del mundo no valen lo que una madre.

Cosette no había tenido madre; había tenido muchas madres, en plural.

En cuanto a Juan Valjean, poseía toda la ternura, todos los cuidados posibles; pero no era más que un viejo que nada sabía.

Ahora bien, en esta obra de la educación, en este grave asunto de la preparación de una niña para la vida, ¡cuánto saber se necesita para luchar contra esa gran ignorancia que se llama inocencia!

Nada prepara a una joven para las pasiones como el convento; el convento dirige el pensamiento hacia lo desconocido. El corazón replegado sobre sí mismo se socava, no pudiendo dilatarse, y se profundiza, no hallando expasión. De aquí provienen las visiones, las suposiciones, las conjeturas, los bosquejos novelescos, el deseo de aventuras, los castillos en el aire, los edificios enteros creados en la obscuridad interior del espíritu, sombrías y secretas moradas, en que las pasiones encuentran pronto donde alojarse, luego que les permite entrar la puerta abierta. El convento es una comprensión, que para triunfar del corazón humano necesita durar toda la vida.

Cosette, al salir del convento, no podía encontrar nada más grato ni más peligroso que la casa de la calle de Plumet, que era continuación de la soledad con el principio de la libertad; un jardín cerrado, pero una naturaleza vigorosa, rica, voluptuosa y aromática; los mismos sueños que en el convento, pero viendo a los jóvenes; una reja, pero reja que daba a la calle.

Sin embargo, cuando entró en esta casa era aún, como hemos dicho, una niña. Juan Valjean le entregó aquel jardín inculto.

—Haz de él lo que quieras—le dijo.

Esto entretenía a Cosette, que ponía en movimiento todas las flores y todas las piedras, buscando «gusaraposs»; jugaba mientras llegaba el tiempo de meditar; amaba aquel jardín por los insectos que encontraba bajo sus pies entre la hierba, mientras llegaba el tiempo de amarle por las estrellas que pudiera ver por entre las ramas sobre su cabeza.

Además, amaba a su padre, es decir, a Juan Valjean, con toda su alma, con una sencilla pasión filial, que hacía del buen viejo un compañero deseado y querido. El lector recordará que el señor Magdalena leía mucho; Juan Valjean continuaba haciendo lo mismo; había llegado a hablar bien; tenía la secreta riqueza y la elocuencia de una inteligencia humilde y verdadera, que se ha cultivado espontáneamente. No le había quedado más aspereza que la justamente precisa para sazonar su bondad: era un genio rudo y un corazón amable. En el Luxemburgo, en sus conversaciones con Cosette, hacía largas explicaciones de todo, tomadas ya de lo que había leído, ya de lo que había padecido. Cuando Cosette lo escuchaba, sus miradas erraban vagamente.

Este hombre sencillo llenaba el pensamiento todo entero de Cosette, del mismo modo que aquel jardín inculto bastaba a su vista. Cuando había perseguido a las mariposas se acercaba a él sofocada, y le decía:

—¡Ah, cuánto he corrido!

Y él la besaba en la frente.

Cosette adoraba al buen hombre, y siempre iba detrás de él; donde estaba Juan Valjean, allí estaba su felicidad. Como Juan Valjean no vivía ni en el pabellón, ni en el jardín, Cosette se encontraba más a gusto en el patio empedrado, que en el recinto lleno de flores; y en el cuartito amueblado con sillas de paja, mejor que en el gran salón cubierto de alfombras y de sillones de gran respaldo. Juan Valjean le decía algunas veces sonriéndose ante la dicha de verse importunado:

—Pero vete a tu cuarto: ¡déjame solo un rato!

Cosette entonces le reñía, dirigiéndole una de esas reprensiones tan tiernas y tan llenas de gracia cuando las dirige una hija a su padre.

—Padre, tengo mucho, mucho frío en vuestra habitación; ¿por qué no ponéis aquí una alfombra y una estufa?

—Hija mía, ¡hay tantos que valen más que yo, y que no tienen ni aun techo para abrigarse!

—Entonces, ¿por qué tengo yo lumbre en mi cuarto, y todo lo que me hace falta?

—Porque tú eres mujer y niña.

—¡Bah! Pues qué, ¿los hombres deben sufrir el frío, y pasarlo mal?

—Algunos hombres, sí.

—Pues bueno; vendré aquí con tanta frecuencia, que os veréis obligado a encender lumbre.

También solía decirle:

—Padre, ¿por qué coméis pan tan malo como ése?

—Porque sí, hija mía.

—Pues bien, si coméis de él, yo también comeré.

Y entonces, para que Cosette no comiese pan negro, Juan Valjean comía pan blanco.

Cosette sólo recordaba confusamente su infancia. Rezaba por la mañana y noche por su madre, a quien no había conocido. Los Thenardier habían quedado en su memoria como dos figuras repugnantes que se la hubiesen aparecido en sueños; recordaba que había ido «un día por la noche» a buscar agua a un bosque, creía que muy lejos de París; le parecía que había empezado a vivir en un abismo, y que Juan Valjean la había sacado de él. Cuando pensaba en su infancia, sentía lo mismo que si recordase un tiempo en que no hubiera habido en su derredor más que ciempiés, arañas y serpientes; y cuando meditaba sobre todas estas cosas por la noche, antes de dormirse, como no tenía seguridad de ser hija de Juan Valjean, pensaba que el alma de su madre se había trasladado al cuerpo de aquel hombre, y había venido a morar a su lado.

Cuando él se sentaba, ella apoyaba la cabeza en sus blancos cabellos, y dejaba caer silenciosamente una lágrima, diciéndose: «¡Tal vez este hombre es mi madre!»

Cosette, por más que esto parezca extraño, en su profunda ignorancia de niña educada en un convento, y siendo, por otra parte, la maternidad una cosa completamente ininteligible para la virginidad, había concluído por figurarse que no había tenido tan poco madre como fuera posible tener. No sabía ni aun el nombre de esta madre: siempre que preguntaba sobre el particular, Juan Valjean guardaba silencio, y si repetía la pregunta, respondía con una sonrisa: una vez insistió, y la sonrisa concluyó por una lágrima.

Este silencio de Juan Valjean cubría con un espeso velo a Fantina.

¿Era esto prudencia? ¿Era respeto? ¿Era temor de entregar este nombre a otra memoria que no fuese la suya?

Mientras Cosette había sido niña, Juan Valjean le había hablado con gusto de su madre; cuando llegó a ser joven, le fué imposible hablarle de ella. Creyó que no debía atreverse a tanto. ¿Hacía esto por Cosette o lo hacía por Fantina? Experimentaba una especie de horror religioso ante la idea de hacer penetrar aquella sombra en el pensamiento de Cosette, y de introducir entre los dos la tercera persona de la difunta madre: cuanto más sagrada era para él la sombra, más temible le parecía; pensaba en Fantina, y se sentía dominado por el silencio. Veía vagamente en las tinieblas una cosa que se parecía a un dedo sobre una boca. Todo el pudor que había tenido Fantina, y que durante su vida había salido de ella violentamente, ¿había vuelto después de su muerte a posarse sobre ella, a velar indignado por la paz de aquel cadáver, y a guardar fieramente su tumba? ¿Juan Valjean experimentaba la presión de este pudor sin saberlo? Nosotros, que creemos en la muerte, no rechazaríamos esta explicación misteriosa. De aquí la imposibilidad de pronunciar, aun para Cosette, este nombre: Fantina. Un día le dijo Cosette:

—Padre, esta noche he visto a mi madre en sueños. Tenía dos grandes alas: mi madre debe de haber sido en vida casi una santa.

—Por el martirio—respondió Valjean.

Por lo demás, Juan Valjean era feliz.

Cuando Cosette salía con él, se apoyaba en su brazo, orgullosa, feliz en la plenitud del corazón. Juan Valjean, en todas estas muestras de una ternura tan exclusiva y tan satisfecha, sentía un placer delicioso. El pobre hombre temblaba inundado de una alegría angelical; creía que aquello duraría toda la

vida; se decía, que verdaderamente no había padecido bastante para merecer tan brillante porvenir, y daba gracias por haber permitido que fuese amado de este modo un miserable por aquel ser inocente.

V

LA ROSA DESCUBRE QUE ES UNA MÁQUINA DE GUERRA

Un día Cosette se miró por casualidad al espejo, y se dijo: «¡calla!» pareciéndole que era bonita; lo cual la turbó singularmente. Hasta este momento no había pensado en su figura. Se veía en el espejo, pero no se miraba. Y además, había oído decir muchas veces que era fea. Sólo Juan Valjean decía con amabilidad: «¡No! ¡no!» Sea como fuese, lo cierto es que Cosette se había creído siempre fea, y había crecido en esta creencia, con la fácil resignación de la infancia. Pero ahora, de un golpe, su espejo le decía como Juan Valejan: «¡No!» En toda la noche pudo dormir. «¡Si yo fuese bonita!» pensaba: «¡qué bueno sería que fuese bonita!» Y se acordaba de aquellas de sus compañeras cuya belleza causaba efecto en el convento, y se decía: «¡Cómo! ¡Seré yo como fulanita!»

Al día siguiente se miró también al espejo; pero no por casualidad, y dudó: «¿Dónde tenía yo la cabeza?» se dijo: «¡no, soy fea!» Había dormido mal; tenía los ojos encendidos, y estaba pálida. El día anterior no había recibido grande alegría al creer en su belleza; pero entonces sintió gran tristeza al no creer en ella. No se miró más, y por espacio de más de quince días trató de peinarse y vestirse volviendo la espalda al espejo.

Por la noche después de comer solía bordar en el salón o hacer algún trabajillo de convento, y Juan Valjean leía a su lado. Una vez levantó los ojos de su trabajo, y quedó sorprendida al observar la manera inquieta con que su padre la miraba.

Otra vez, yendo por la calle, le pareció oír a uno, a quien no pudo ver, que decías detrás de ella: «Linda muchacha, pero mal vestida». «¡Bah!» pensó ella «no lo dice por mí. Yo soy fea, y voy bien vestida». Llevaba entonces su sombrero de felpilla, y su vestido de merino.

Un día, por fin, estaba en el jardín, y oyó a la tía Santos que decía: «Señor, ¿no habéis observado qué guapa se va poniendo la señorita?» Cosette no oyó la respuesta de su padre, y las palabras de la tía Santos le produjeron una conmoción. Dejó el jardín, subió a su cuarto, corrió al espejo, al cual hacía tres meses que no se miraba, y arrojó un grito. Se había deslumbrado.

Era linda y graciosa; no podía menos de ser del parecer de la tía Santos y del espejo. Su talle se había formado, su cutis había blanqueado, y sus cabellos se habían hecho lustrosos; un esplendor desconocido se había encendido en sus ojos azules. Adquirió completamente la conciencia de su belleza en un minuto, como cuando se enciende una gran luz; los demás lo notaban, la tía Santos lo decía, a ella se había referido sin duda el transeunte, ya no podía dudar; bajó al jardín, creyéndose reina, oyó cantar a los pájaros, era invierno, miró al cielo dorado, al sol en los árboles, a las flores en las matas, conmovida, loca, en una embriaguez inefable.

Juan Valjean, por su parte, experimentaba una profunda e indefinible opresión de corazón.

Era que, en efecto, desde hacía algún tiempo, contemplaba con terror aquella belleza, que se presentaba cada día más brillante en la simpática fisonomía de Cosette: aurora de alegría para todos, y lúgubre para él.

Cosette había sido bella mucho antes de notarlo. Pero desde el primer día aquella luz inesperada que se elevaba lentamente, y envolvía por grados toda la persona de la joven, hirió la sombría pupila de Juan Valjean. Conoció que aquello era un cambio en una vida feliz, tan feliz, que no se atrevía a alterarla en nada por temor de perder algo en ella. Aquel hombre, que había pasado por todas las miserias, que aún estaba sangrando por las heridas que le había hecho el destino; que había sido casi malvado, y que había llegado a ser casi santo; que, después de haber arrastrado la cadena de presidiario, arrastraba ahora la cadena invisible, pe-

ro pesada, de la infancia indefinida; aquel hombre a quien la ley no había perdonado aún, y que podía ser preso a cada instante, y sacado de la obscuridad de su virtud a la luz del oprobio público, aquel hombre lo aceptaba todo, lo disculpaba todo, lo perdonaba todo, lo bendecía todo, tenía benevolencia para todo, y no pedía a la Providencia, a los hombres, a las leyes, a la sosiedad, a la Naturaleza, al mundo, más que una cosa: ¡que Cosette le amase!

¡Que Cosette siguiese amándole! ¡Que Dios no impidiese que llegase a él, y permaneciese en él el corazón de aquella niña! Si Cosette le amaba, se creía curado, tranquilo, pacífico, recompensado, coronado. Si Cosette le amaba, era feliz; ya no deseaba más. Si le hubieran preguntado: «¿Quieres estar mejor?» Habría respondido: «No». Si Dios le hubiera dicho: «¿Quieres el Cielo?» Habría respondido: «Perdería en el cambio».

Todo lo que podía modificar aquella situación, aunque no fuese más que la superficie, le hacía temblar como el principio de otra cosa desconocida. Nunca había sabido lo que era la belleza de una mujer; pero por instinto comprendía que era una cosa terrible.

Juan Valjean desde el fondo de su fealdad, de su vejez, de su miseria, de su opresión, miraba asustado aquella belleza que se presentaba cada día más triunfante y soberbia a su lado, a su vista, sobre la frente pura y temible de la joven.

Y se decía: «¡Qué hermosa es! ¿Qué va a ser de mí?»

En esto estaba la diferencia entre su ternura y la ternura de una madre; lo que él veía con angustia, lo habría visto una madre con placer.

No tardaron mucho en manifestarse los primeros síntomas.

Desde el día siguiente a aquel en que Cosette se había dicho: «Decididamente soy guapa», puso cuidado en su tocador. Recordó lo que había dicho el transeunte: «bonita, pero mal vestida»: soplo de oráculo que había pasado a su lado, y se había desvanecido después de haber dejado en su corazón uno de los dos gérmenes que llenan siempre toda la vida de la mujer; la coquetería. El otro germen es el amor.

Con la fe en su hermosura se desarrolló en ella el alma de la mujer. Odió el merino y se avergonzó de la felpilla. Su padre no le había negado nunca nada. En seguida aprendió la ciencia del sombrero, del vestido, de la manteleta, de la bota, de los manguitos, de la tela de moda, del color que mejor sienta; esa ciencia que hace de la mujer parisiense una cosa tan seductora, tan profunda y tan peligrosa. La frase «mujer espiritual» ha sido inventada para designar a la mujer parisiense.

En menos de un mes, la niña Cosette, en aquella Tebaida de la calle de Babilonia, fué una mujer, no sólo de las más bonitas, lo que es algo, sino de las «más elegantes» de París, lo que es mucho más.

Hubiera querido encontrar a «su transeunte» para ver lo que diría, y para darle una lección. El hecho es que estaba verdaderamente encantadora, y, que distinguía de una mirada un sombrero de Gerard de un sombrero de Herbaut.

Juan Valjean contemplaba estos estragos con ansiedad. El, que comprendía que nunca podría sino arrastrarse, andar por la tierra todo lo más, veía que Cosette iba adquiriendo alas.

Por otra parte, al ver el traje de Cosette, una mujer hubiera conocido en seguida que no tenía madre.

Hay ciertas sutilezas del decoro, ciertas convenciones especiales, que Cosette no observaba: una madre, por ejemplo, le habría dicho que una joven soltera no se viste de damasco.

El primer día que Cosette salió con su vestido y su manteleta de damasco negro, y su sombrero de crespón blanco, se cogió del brazo de Juan Valjean alegre, radiante, sonrosada, orgullosa, esplendente.

—Padre—dijo—, ¿qué os parezco así?

Juan Valjean respondió con una voz semejante a la de un envidioso:

—¡Encantadora!

Fueron a paseo, como siempre, y al volver preguntó a Cosette:

—¿No te pondrás ya tu vestido y tu sombrero?

Esto pasaba en el cuarto de Cosette. La joven se volvió hacia la percha del guarda-ropa donde estaba colgado su hábito de colegiala, y dijo:

—¡Ese disfraz, padre! ¿qué queréis que haga de él? Con ese casquete en la cabeza parezco una tarasca.

Juan Valjean suspiró profundamente.

Desde aquel momento observó que Cosette, que antes quería siempre quedarse, diciendo: «Padre, me divierto más aquí con vos», quería a la sazón salir siempre. Y en efecto, ¿de qué sirve tener buena cara y un delicioso traje, si no se han de enseñar?

Observó también que Cosette no tenía ya tanta afición al patio interior: ya le gustaba más estar en el jardín, y pasearse por delante de la verja. Juan Valjean, disgustado, no ponía los pies en el jardín; permanecía en su patio como un perro.

Cosette, al saber que era hermosa, perdió la gracia de ignorarlo; gracia exquisita, porque la belleza realzada por la sencillez es inefable, y no hay nada más digno de adoración que una inocencia deslumbradora que lleva en la mano, sin saberlo, la llave de un paraíso.

Pero lo que perdió en gracia inocente, lo ganó en encanto pensativo y serio. Toda su persona, penetrada por las alegrías de la juventud, de la inocencia y de la belleza, respiraba una espléndida melancolía.

En esta época fué cuando Mario, después de pasados seis meses, la volvió a ver en el Luxemburgo.

VI

EMPIEZA LA BATALLA

Cosette estaba en su sombra, lo mismo que Mario en la suya; materiales dispuestos para el incendio. El destino, con su paciencia misteriosa y fatal, aproximaba lentamente uno a otro estos dos seres, ambos desfallecidos y cargados de la tempestuosa electricidad de la pasión; estas dos almas llevaban el amor como dos nubes llevan el rayo, y debían encontrarse y mezclarse en una mirada como las nubes en un relámpago.

Se ha abusado tanto de las miradas en las novelas amorosas, que se ha concluído por darles poca importancia; apenas se atreve hoy un novelista a decir que dos seres se han amado porque se han mirado, y, sin embargo, así es como se ama, y como únicamente se ama. Lo demás no es sino lo demás, y viene después. Nada es más real que estas grandes sacudidas, que dos almas se impresionen mutuamente al cambiar esta chispa.

A cierta hora en que Cosette dirigió, sin saberlo, aquella mirada que turbó a Mario, éste no sospechó que dirigió otra mirada, que turbó también a Cosette, haciéndole el mismo mal y el mismo bien.

Hacía ya algún tiempo que lo veía y lo examinaba, como las jóvenes ven y examinan, mirando a otra parte. Mario encontraba aún fea a Cosette, cuando Cosette encontraba ya hermoso a Mario. Pero, como él no hacía caso de ella, este joven le era muy indiferente.

Y, sin embargo, no podía menos de decirse que tenía hermosos cabellos, hermosos ojos, hermosos dientes, un seductor timbre de voz cuando le oía hablar con sus compañeros; que andaba mal, si se quiere, pero con una gracia especial; que no le parecía tonto del todo, que toda su persona era noble, afable, sencilla, altiva, y que por fin tenía pobre, pero buen aspecto.

El día en que sus ojos se encontraron y se dijeron por fin bruscamente esas primeras cosas obscuras e inefables que balbucea una mirada, Cosette no las comprendió al pronto. Entró pensativa en la casa de la calle del Oeste, en que Juan Valjean, según su costumbre, había ido a pasar seis semanas. Al día siguiente, al despertar, pensó en aquel joven desconocido, por tanto tiempo indiferente y helado, que parecía ahora poner su atención en ella, y no creyó ni remotamente que esta atención le fuese agradable. Tenía más bien algo de cólera contra aquel hermoso joven desdeñoso. Movióse en su interior un principio de guerra. Creyó que iba, en fin, a vengarse, y experimentó por esto una alegría enteramente infantil.

Creyéndose bella, conocía muy bien, aunque de un modo vago, que tenía un arma. Las mujeres juegan con su belle-

za como los niños con un cuchillo y se hieren.

Recuérdese las vacilaciones de Mario, sus palpitaciones, sus temores. Se quedaba en su banco y no se aproximaba, lo que enojaba a Cosette. Un día dijo ésta a Juan Valjean :

—Padre, paseemos un poco por este lado.

Viendo que Mario no iba hacia ella, fué ella hacia él. En semejante caso, toda mujer se parece a Mahoma. Y además, cosa extraña, el primer síntoma del verdadero amor en un joven es la timidez, y en una joven es el atrevimiento. Esto es asombroso, y, sin embargo, nada más sencillo. Son los dos sexos que tratan de aproximarse, y toman cada uno las cualidades del otro.

Aquel día la mirada de Cosette volvió loco a Mario, y la mirada de Mario puso temblorosa a Cosette. Mario se fué contento, Cosette inquieta. Desde aquel día se adoraron.

Lo primero que Cosette experimentó fué una tristeza confusa y profunda : le parecía que desde aquel día al siguiente su alma se había vuelto negra : ella misma no la conocía ya.

La blancura del alma de las jóvenes que se compone de frialdad y alegría, se parece a la nieve ; se deshace al soplo del amor, que es su ideal.

Cosette no sabía lo que era amor ; nunca había oído pronunciar esta palabra en el sentido terrestre.

En los libros de música profana que entraban en el convento se reemplazaba la palabra «amor» con «tambor o asador», lo cual daba motivo a enigmas que ejercitaban la imaginación de las «grandes», como : «¡ Ah, qué grato es el tambor !» o bien «¡ la piedad no es más que un asador !» pero Cosette había salido muy joven para haber pensado mucho en el «tambor». No sabia, pues, qué nombre dar a lo que sentía. ¿Se está menos enfermo por ignorar el nombre de la enfermedad?

Amaba con tanta más pasión cuanto que amaba con ignorancia ; no sabía si aquello era bueno o malo, útil o peligroso, necesario o accidental, eterno o pasajero, permitido o prohibido : amaba. Se habría asombrado mucho si le hubieran dicho : ¿No dormís? ¡ Pues esto está prohibido ! ¿No coméis? ¡ Pues eso es muy malo ! ¿Tenéis opresión y latidos de corazón? ¡ Pues eso no se hace ! ¿Os ruborizáis, os ponéis pálida cuando un ser vestido de negro aparece al extremo de cierta calle de árboles? ¡ Pues eso es abominable !» De seguro no lo hubiese comprendido : «¿ Cómo he de tener culpa de una cosa en que no puedo nada, y en que nada sé?

Sucedió que la especie de amor que sentía era precisamente la que más convenía al estado de su alma. Era una especie de adoración a distancia, una contemplación muda, la deificación de un desconocido ; era la aparición de la adolescencia a la adolescencia, el sueño de las noches convertido en novela, permaneciendo aún sueño, el fantasma deseado, realizado y hecho carne, pero sin nombre aún, sin culpa, sin mancha, ni exigencia, ni defecto ; en una palabra, el amante lejano y envuelto en lo ideal, una quimera con forma. Otro cualquier encuentro más palpable, más próximo, hubiera asustado en aquella época a Cosette, aún medio sumergida en la bruma espesa del convento. Tenía todos los temores de un niño, unidos a todos los miedos de las religiosas. El espíritu del convento, de que se había penetrado por espacio de cinco años, se evaporaba aún lentamente de toda su persona, y hacía que todo temblase en derredor suyo : en esta situación, lo que necesitaba no era un amante, no era, ni aun un ser enamorado, sino una visión. Principió a adorar a Mario, como a una cosa bella, luminosa e imposible.

Como la extrema sencillez se da la mano con la extrema coquetería, le dirigía sonrisas francamente.

Todos los días esperaba con impaciencia la hora de paseo ; encontraba a Mario, sentía una felicidad indecible, y creía expresar sinceramente todo su pensamiento con decir a Juan Valjean : «¡ Qué delicioso jardín es el Luxemburgo !»

Mario y Cosette estaban en la noche uno para el otro. No se hablaban, no se saludaban, no se conocían : se veían, y como los astros en el cielo que están separados por millones de leguas, vivían de mirarse.

De este modo iba Cosette haciéndose

mujer, y desarrollándose bella y enamorada, con la conciencia de su hermosura y la ignorancia de su amor. Coqueta, sobre todo, por inocencia.

VII

A TRISTEZA, TRISTEZA Y MEDIA

Todas las situaciones tienen su instinto. La vieja y eterna madre Naturaleza advertía sordamente a Juan Valjean la presencia de Mario ; y Juan Valjean temblaba en lo más obscuro de su pensamiento ; no veía nada, no sabía nada, y consideraba, sin embargo, con obstinada atención las tinieblas en que estaba ; como si sintiese por un lado una cosa que se construyera, y por otro una cosa que se derrumbase. Mario, avisado también, y lo que es la profunda ley de Dios, por la misma madre Naturaleza, hacía todo lo que podía por ocultarse del «padre». Pero alguna vez sucedía que lo veía Juan Valjean. Los ademanes de Mario no eran del todo naturales. Tenía accesos de prudencia miope y de temeridad fría ; ya no se acercaba como antes, se sentaba lejos, y permanecía en éxtasis ; llevaba un libro, y hacía que leía : ¿por qué hacía que leía? Antes iba con su levita vieja, y ahora llevaba todos los días la levita nueva ; no podía asegurarse que no se rizaba el pelo ; tenía ojos picarescos, y usaba guantes. En una palabra, Juan Valjean detestaba cordialmente a aquel joven.

Cosette no dejaba adivinar nada. Sin saber exactamente lo que tenía, conocía que era una cosa que debía ocultar a su padre.

Había entre el gusto del tocador que había adquirido Cosette y la costumbre de usar levita nueva de aquel desconocido un paralelismo importuno para Juan Valjean. Esto era una casualidad tal vez, sin duda, seguramente, pero una casualidad amenazadora.

Nunca había abierto la boca para hablar a Cosette de aquel desconocido. Un día, sin embargo, no pudo contenerse, y con esa vaga desesperación que introduce de repente la sonda en su desgracia, le dijo :

—¡ Qué aire tan pedante tiene ese joven !

Cosette el año antes, es decir, cuando era niña indiferente, hubiera respondido : «No, es un joven simpático». Diez años después, con el amor de Mario en el corazón, habría respondido : «¡ Sí, es un pedante insoportable ! ¡ Tenéis razón !» En el momento de la vida y del estado de corazón en que se encontraba, se limitó a contestar con una calma suprema :

—¡ Ese joven !

Como si lo mirase por primera vez en su vida.

—¡ Qué estúpido soy ! — pensó Juan Valjean—. Cosette no se había fijado en él aún ; yo soy quien se lo enseño.

¡ Oh inocencia de los viejos ! ¡ Oh profundidad de la juventud !

También es una ley de esos frescos años de padecimientos y de cuidado, de esas vivas luchas del primer amor contra los primeros obstáculos, que la joven no se deje coger en ningún lazo, y el joven caiga en todos.

Juan Valjean había empezado contra Mario una guerra sorda, que éste, con la sublime estupidez de su pasión y de su edad, no adivinó. Juan Valjean le tendió una porción de emboscadas ; cambió de horas, cambió de banco, olvidó su pañuelo, fué solo al Luxemburgo ; Mario cayó de cabeza en todos estos lazos, y a todos estos interrogantes plantados en su camino por Juan Valjean, respondió ingenuamente : «Sí». Mientras tanto Cosette seguía encerrada en su aparente indiferencia y en su imperturbable tranquilidad ; tanto, que Juan Valjean sacó esta conclusión : «ese necio está enamorado locamente de Cosette, pero Cosette ni siquiera sabe que existe».

Mas no por esto era menor la agitación dolorosa de su corazón. De un instante a otro podía sonar la hora en que Cosette empezase a amar. ¿No empieza todo por la indiferencia?

Sólo una vez Cosette cometió una falta, y le asustó.

Se levantó del banco para marcharse, después de haber estado allí tres horas y Cosette le dijo :

—¡ Tan pronto !

Juan Valjean no había interrumpido sus paseos al Luxemburgo, porque no quería hacer nada singular, y porque temía sobre todo que Cosette notase algo ; pero en aquellas horas, tan gratas

para los dos enamorados, mientras que Cosette enviaba su sonrisa a Mario, embriagado de placer, que permanecía completamente abstraído de todo, y no veía nada en el mundo más que aquel rostro adorado, Juan Valjean lo miraba con ojos chispeantes y terribles; y él, que había concluído por no creerse capaz de un sentimiento malévolo, tenía momentos, cuando Mario estaba allí, en que creía volverse salvaje y feroz, en que sentía que se abrían y levantaban contra aquel joven las antiguas profundidades de su alma que habían alimentado en otro tiempo tanta cólera. Le parecía que se volvían a formar en su corazón cráteres desconocidos.

¿Cómo estaba allí aquel ser? ¿Qué iba a hacer allí? ¡Iba a espiar, a escudriñar, a examinar, a probar? ¿Venía a preguntar algo? ¿Venía a dar vueltas alrededor de su vida, a dar vueltas alrededor de su felicidad para arrebatársela?

Juan Valjean añadía:

—Sí; eso es. ¿Qué viene a buscar? ¿Una aventura? ¿Qué quiere? ¡Un amorío! ¡Un amorío! ¡Y yo! ¿Qué? ¡Habré sido primero el hombre más miserable, y después el más desgraciado! ¡Habré pasado sesenta años viviendo de rodillas; habré padecido todo lo que se puede padecer; habré envejecido sin haber sido joven; habré vivido sin familia, sin padres, sin amigos, sin mujer, sin hijos; habré dejado sangre en todas las piedras, en todos los espinos, en todas las esquinas, en todas las paredes; habré sido bueno, aunque hayan sido malos conmigo, y afable aunque hayan sido duros; me habré hecho bueno, a pesar de todo; me habré arrepentido del mal que he hecho, y habré perdonado el que me han causado, y en el momento en que recibo mi recompensa, en el momento que toco el fin, en el momento que tengo lo que quiero, que es bueno, que lo he pagado, y lo he ganado, desaparecerá todo, se me irá de las manos, perderé a Cosette, y perderé mi vida, mi alegría, mi alma, porque a un necio le haya gustado venir a vagar por el Luxemburgo!

Entonces sus ojos despedían una claridad lúgubre y extraordinaria. No era ya un hombre que miraba a otro; era un enemigo que miraba a otro enemigo; un perro de presa que miraba a un ladrón.

Ya sabe el lector lo demás; Mario continuó siendo insensato. Un día siguió a Cosette a la calle del Oeste; otro día habló al portero, y el portero habló a Juan Valjean, diciéndole:

—Señor, ¿qué querrá un joven curioso que ha preguntado por vos?

Al día siguiente Juan Valjean dirigió a Mario aquella mirada que al fin notó el joven. Ocho días después Juan Valjean se mudó, prometiéndose no volver a poner los pies en el Luxemburgo ni en la calle del Oeste: y se volvió a la calle Plumet.

Cosette no se quejó, no dijo nada; no preguntó nada, no trató de saber ningún por qué; estaba ya en el período en que se teme ser descubierto y vendido. Juan Valjean no tenía experiencia ninguna de estas miserias, únicas agradables, y únicas que no conocía, lo cual fué causa de que no comprendiese la grave significación del silencio de Cosette. Solamente observó que estaba triste, y se puso sombrío. Por una y otra parte dominaba la inexperiencia.

Un día hizo una prueba y preguntó a Cosette:

—¿Quieres venir al Luxemburgo?

Un rayo iluminó el pálido rostro de Cosette.

—Sí—contestó.

Fueron: habían pasado tres meses. Mario no iba ya; Mario no estaba allí.

Al día siguiente, Juan Valjean volvió a decir a Cosette:

—¿Quieres venir al Luxemburgo?

Y respondió triste y dulcemente:

—No.

Juan Valjean quedó dolorido de esta tristeza, y lastimado de esta dulzura.

¿Qué pasaba en aquella alma tan joven todavía, y tan impenetrable ya?

¿Qué transformación se estaba verificando en ella? ¿Qué sucedía en el alma de Cosette? Algunas noches en vez de acostarse Juan Valjean, permanecía sentado cerca de su lecho, con la cabeza entre las manos, y pasaba la noche entera preguntándose: «¿Qué hay en el pensamiento de Cosette?» y pensando en las cosas en que ella podía pensar.

¡Oh! En aquellos momentos, ¡qué miradas tan dolorosas volvía hacia el claustro, a aquella cúspide casta, a

aquel jardín del convento, lleno de flores ignoradas, y de vírgenes encerradas, en que todos los perfumes y todas las almas subían directamente al cielo! ¡Cómo adoraba aquel Edén cerrado para siempre, de que había salido voluntariamente, y descendido con tan poca previsión! ¡Cómo se lamentaba de su abnegación y de su demencia de haber vuelto a Cosette al mundo, pobre héroe del sacrificio, cogido y derribado por su mismo desinterés! «¡Cómo!» se decía. «¿Qué he hecho?»

Por lo demás, Cosette ignoraba todo esto. Juan Valjean no tenía para ella peor humor ni más rudeza: siempre la misma fisonomía serena y buena; sus modales eran más tiernos, más paternales que nunca; si algo hubiera podido haber en que se adivinase su falta de alegría, habría sido su mayor mansedumbre.

Cosette, por su parte, iba decayendo de ánimo. En la ausencia de Mario, padecía, como había gozado en su presencia sin explicárselo. Cuando Juan Valjean dejó de llevarla a sus paseos habituales, un instinto de mujer murmuró confusamente en el fondo de su corazón que no debía manifestar afición al Luxemburgo, y que si este paseo le parecía indiferente, su padre la llevaría a él. Pero pasaron los días y las semanas, y los meses. Juan Valjean había aceptado tácitamente el consentimiento tácito de Cosette. Esta lo sintió, pero ya era tarde. El día que volvió al Luxemburgo, Mario había desaparecido; ¿qué hacer entonces? ¿Volvería a encontrarle? Sintió una opresión en el corazón, que nada podía disminuir, y que se aumentaba cada día. No supo ya si era invierno o verano, si había sol o lluvia; si los pájaros cantaban; si era la estación de las dalias o de las margaritas, si el Luxemburgo era más bonito que las Tullerías, si la ropa que traía la planchadora estaba bien o mal almidonada, si la tía Santos había hecho buena o mala «compra»; quedó oprimida, absorta, atenta sólo a una idea, con la mirada vaga y fija, como cuando se mira en la noche el sitio negro y profundo en que se ha desvanecido una aparición.

Pero tampoco dejó traslucir nada a Juan Valjean; más que su palidez continuó mostrándole su rostro amable.

Aquella palidez era muy bastante para alarmar a Juan Valjean. Algunas veces le preguntaba:

—¿Qué tienes?

Y ella respondía:

—No tengo nada.

Y después de un rato de silencio, como ella adivinaba también su tristeza, le decía:

—Y vos padre, ¿tenéis algo?

—¿Yo? Nada—contestaba.

Aquellos dos seres que se habían amado exclusivamente, y con tan tierno amor, y que habían vivido por tanto tiempo el uno para el otro, padecían ahora cada uno por su lado, uno a causa de otro; sin culparse mutuamente, y sonriendo.

VIII

LA CADENA

Juan Valjean era el más desgraciado de los dos; porque la juventud, aun en medio de sus pesares, tiene cierta claridad propia.

En ciertos momentos, Juan Valjean padecía tanto, que llegaba a ser pueril, pues es propio del dolor hacer aparecer el lado de niño en el hombre. Conocía de un modo inevitable que Cosette se le escapaba de las manos; hubiera querido luchar, retenerla, entusiasmarla con alguna cosa exterior y brillante. Estas ideas pueriles, ya lo hemos dicho, y serviles al mismo tiempo, le dieron por su misma puerilidad una noción bastante justa de la influencia de los adornos de pasamanería sobre la imaginación de las jóvenes. Sucedióle una vez, que vió pasar por la calle un general a caballo, con uniforme de gala; el conde Coutard, comandante general de París, y envidió a aquel hombre cubierto de dorados; pensó en la felicidad que causaría el ponerse aquel traje, y en que seguramente, si Cosette le viese así, se deslumbraría; que cuando le diese el brazo y pasase por delante de la verja de las Tullerías le presentarían las armas, y que esto bastaría a Cosette, y le quitaría la idea de mirar a los jóvenes.

Un acontecimiento inesperado vino a mezclarse con estas tristes ideas.

En la vida aislada que llevaban, y desde que habían ido a vivir a la calle de Plumet, solían algunas veces ir a ver la salida del sol; placer que conviene a los que entran en la vida, y a los que salen de ella.

Pasearse de madrugada para el que ama la soledad, equivale a pasearse de noche con la alegría de la Naturaleza: las calles están desiertas y los pájaros cantan. Cosette, que era pájaro, se despertaba muy temprano. Estas excursiones matinales se preparaban la víspera; él proponía, y ella aceptaba. Arreglábase todo como un complot, salían antes del día, y todas estas cosas eran otros tantos placeres para Cosette. Estas extravagancias inocentes agradan a la juventud.

El flaco de Juan Valjean era, como hemos dicho, visitar los sitios poco frecuentados, los rincones solitarios, los lugares de olvido. Había entonces en las cercanías de las barreras de París algunos campos pobres, casi confundidos con la ciudad, donde brotaba en el verano un trigo enano, y que por el otoño, después de hecha la recolección, no tenían aspecto de segados, sino de pelados. Juan Valjean los frecuentaba con predilección, y Cosette no lo llevaba a mal, porque esto era la soledad para él y la libertad para ella. Allí se convertía en niña, podía correr y jugar, se quitaba el sombrero, lo ponía sobre las rodillas de Juan Valjean, y hacía ramilletes: miraba las mariposas sobre las flores, pero no las cogía; la mansedumbre y la ternura nacen con el amor, y la joven que alimenta una idea temblorosa y frágil, tiene lástima de las alas de la mariposa. Tejía guirnaldas de amapolas, se las ponía en la cabeza, y atravesadas y penetradas del sol, purpúreas hasta la radiación, daban a aquel fresco semblante rosado una corona de brasas.

Aun después de haber empezado a dominar la tristeza en sus almas, habían conservado la costumbre de los paseos matutinos.

Una mañana, pues, de octubre, atraídos por la perfecta serenidad del otoño de 1831, habían salido, y estaban al amanecer cerca de la barrera del Maine. No era aún la aurora, era el alba; momento encantador y sombrío; algunas constelaciones esparcidas por el azul pálido y profundo, la tierra toda negra, el cielo todo blanco, las hierbecillas trémulas, en todas partes el misterioso sobrecogimiento del crepúsculo. Una alondra, que parecía mezclarse con las estrellas, cantaba a una altura prodigiosa, y hubiérase dicho que aquel himno de la pequeñez al infinito calmaba la inmensidad: A Oriente el Val-de-Grace perfilaba en el horizonte, iluminado con una claridad acerada, su obscura masa; el planeta Venus, deslumbrante, subía por detrás de esta iglesia, y parecía un alma que sale de un edificio tenebroso.

Todo era paz y silencio; en la calzada no había un alma; a lo lejos se veían confusamente algunos obreros que iban a su trabajo.

Juan Valjean se había sentado en una estrecha calle de árboles, y sobre unos maderos colocados a la puerta de la casa de un carpintero. Tenía el rostro vuelto hacia el camino, y la espalda al Oriente, se olvidaba del sol que iba a salir; estaba sumergido en una de esas absorciones profundas en que se concentra toda el alma, que aprisionan hasta la mirada, y equivalen a cuatro paredes. Hay meditaciones que podrían llamarse verticales, y cuando se ha llegado al fondo se necesita algún tiempo para subir a la superficie. Juan Valjean había descendido a uno de esos ensueños. Pensaba en Cosette, en su felicidad posible si no se interponía nada entre ambos, en aquella luz con que iluminaba su vida, y era la respiración de su alma. Era casi feliz en aquella meditación. Cosette, de pie a su lado, miraba cómo iban tomando las nubes el color de rosa.

De repente exclamó Cosette:

—Padre, parece que viene algo por allí.

Juan Valjean alzó los ojos.

Cosette tenía razón.

La calzada que conduce a la antigua barrera del Maine es una prolongación de la calle de Sèvres, y está cortada en ángulo recto por el bulevar interior. En el mismo ángulo de la calzada y del bulevar, en el sitio en que se verifica la unión de las dos vías, se oía un ruido difícil de explicar a aquella hora, y se distinguía una especie de grupo confu-

so. Del bulevar salía una cosa informe, y entraba ya en la calzada.

Este grupo iba haciéndose mayor, y parecía moverse con orden: y sin embargo, era una cosa horrible y que estremecía; parecía un carruaje, pero no se podía distinguir la carga. Había caballos, ruedas, gritos; chasqueaba el látigo. Poco a poco fueron marcándose los perfiles, aunque sumergidos aún en las tinieblas. Era un carro, en efecto, que acababa de volver la esquina del bulevar, y que se dirigía a la barrera cerca de la cual estaba Juan Valjean. Otro carro del mismo aspecto seguía al primero; después un tercero, luego un cuarto, y así desembocaron sucesivamente hasta siete, de tal modo, que las cabezas de los caballos tocaban siempre la trasera del carro a que seguían. En estas carretas se agitaban algunas sombras, veíanse algunas chispas en el crepúsculo como si brillasen sables desnudos; oíase un sonido férreo como si se movieran cadenas; a medida que aquello avanzaba crecían las voces; era, en fin, una cosa formidable como las que salen de la caverna de los sueños.

Al aproximarse, aquel fenómeno tomó forma, y se bosquejó detrás de los árboles con la vaguedad de una aparición, blanqueó toda aquella masa; el sol, que se elevaba poco a poco, derramaba una luz pálida sobre aquel hormiguero, sepulcral y vivo a un mismo tiempo: las cabezas de las sombras se convirtieron en rostros cadavéricos, y Juan Valjean vió lo siguiente:

Siete carretas marchaban en fila por el camino; las seis primeras tenían una estructura singular; parecían carromatos de toneleros, eran una especie de escaleras de mano, puestas sobre dos ruedas, y formando unas varas en su extremidad anterior; cada carromato, o por mejor decir, cada escalera, iba tirada por cuatro caballos, unos tras otro. Sobre estas escaleras iban extraños racimos de hombres. Con la escasa luz que había no se les veía, se les adivinaba. Iban veinticuatro en cada carreta, doce a cada lado, recostados unos en otros; de cara a los transeuntes, y las piernas en el aire, así caminaban aquellos hombres. Tenían a la espalda una cosa que sonaba; era una cadena al cuello, una cosa que brillaba, era una argolla.

Cada uno tenía su argolla, pero la cadena era de todos; de modo que aquellos veinticuatro hombres, cuando tenían que bajar del carro y andar, estaban encadenados por una especie de unidad inexorable, y serpenteaban por el suelo, con la cadena por vértebra, ni más ni menos que un miriápodo. Delante y detrás de cada carreta iban de pie dos hombres armados de fusiles, teniendo bajo su pie uno de los extremos de la cadena. Las argollas eran cuadradas.

La séptima carreta era un gran furgón con barandilla de estacas, pero sin toldo; tenía cuatro ruedas y seis caballos, y llevaba un ruidoso montón de calderos de hierro, de marmitas de metal, de estufas y de cadenas, y entre ellas algunos hombres atados y echados a lo largo; parecían enfermos.

Aquel furgón descubierto estaba guarnecido de disciplinas viejas, que parecían haber servido para los suplicios antiguos.

Las carretas ocupaban el centro del camino. A ambos lados marchaban, en doble fila, guardias de infame aspecto con tricornios chatos como los soldados del Directorio, sucios, rotos, sórdidos, tapujados con unos uniformes de inválidos, y con pantalones de sepulturero, grises y azules por mitad, casi hechos pedazos, con charreteras encarnadas, correas amarillas, machetes, fusiles y varas, especie de soldados galopos. Estos esbirros parecían compuestos de la abyección del mendigo, y de la autoridad del verdugo. El que parecía su jefe llevaba en la mano un látigo de postillón. Todos estos pormenores, sombreados por el crepúsculo, se dibujaban vada vez más claramente a medida que el día iba creciendo. A la cabeza, y detrás del convoy, iban gendarmes a caballo, graves y con sable en mano.

Era tan largo este tren, que en el momento en que la primera carreta llegaba a la barrera, apenas desembocaba la última en el bulevar.

Una multitud, procedente de no sé dónde, y formada en un momento, como sucede en París, se oprimía y miraba desde ambos lados de la calzada. Oían

se en las callejuelas próximas gritos de personas que se llamaban, y el ruido de los zuecos de los hortelanos que corrían para ver el espectáculo.

Los hombres amontonados en las carretas se dejaban bazuquear en silencio. Estaban lívidos con el frío de la mañana. Todos llevaban pantalones de lienzo, y los pies desnudos en zuecos. El resto del traje pertenecía a la moda de la miseria. Sus arreos eran horriblemente heterogéneos; porque no hay nada más fúnebre que el arlequín de los harapos. Sombreros sin copa, casquetes embreados, horribles gorros de lana, chaquetas negras agujereadas por los codos; algunos llevaban sombreros de mujer, otros un canastillo; veíanse pechos velludos, y al través de las roturas de los vestidos se distinguían pinturas en la carne; templos de amor, corazones con llamas, Cupidos. Descubríanse también herpes y manchas enfermizas. Dos o tres tenían una cuerda de esparto atada a las traviesas del carro, y suspendida por bajo de ellos como un estribo en que sostenían los pies. Uno tenía en la mano y llevaba a la boca, y mordía, una cosa que parecía una piedra negra; era que iba comiendo pan. No había allí más que ojos secos, apagados, o luminosos con repugnante fulgor. La escolta juraba y maldecía, los encadenados no chistaban; de tiempo en tiempo oíase el ruido de un varazo en las espaldas o en la cabeza; algunos de aquellos hombres bostezaban; los harapos eran terribles; colgaban los pies; los hombros oscilaban, las cabezas se chocaban, los hierros crujían, las pupilas radiaban ferozmente, los puños se crispaban o se abrían inertes como la mano de un muerto; detrás del convoy una multitud de chicos reía a carcajadas.

Aquella fila de carretas, fuera lo que quisiese, era lúgubre. Tal vez al día siguiente, tal vez dentro de una hora podía caer un aguacero, que sería seguido de otro, y después de otro, y se calarían los vestidos rotos, y aquellos hombres, una vez mojados, no se secarían, y una vez helados, no se calentarían; sus pantalones de lienzo se pegarían a sus huesos con el agua, el agua llenaría sus zapatos, los latigazos no podrían impedir el castañeteo de los dientes, la cadena seguiría uniéndoles por el cuello, sus pies seguirían en el aire; era imposible no temblar viendo a estas criaturas humanas unidas así, y pasivas bajo las frías nubes de otoño, entregadas a la lluvia, al viento, a todas las furias del aire, como los árboles y las piedras.

Las varas no respetaban a los enfermos, que yacían atados y sin movimiento en la séptima carreta, y que parecían haber sido echados allí como sacos llenos de miseria.

De repente salió el sol, brilló el inmenso rayo del Oriente, y hubiérase dicho que prendía fuego en aquellas cabezas horribles. Desatáronse las lenguas, y estalló un incendio de burlas, de juramentos y de canciones. La luz horizontal, extendiéndose a lo ancho, cortó en dos partes toda la fila, iluminando las cabezas y las espaldas, y dejando los pies y las ruedas en la obscuridad. Los pensamientos aparecieron en los rostros; aquel momento fué espantoso; se vieron demonios visibles con las máscaras caídas; almas feroces, completamente desnudas. Aquella legión iluminada quedó tenebrosa. Algunos más alegres tenían en la boca cañones de pluma, con los que soplando arrojaban la miseria a la multitud, prefiriendo a las mujeres; la aurora marcaba con la obscuridad de las sombras aquellos tristes perfiles; no había entre todos aquellos hombres uno sólo que no fuese asqueroso a causa de su miseria; y era aquél un conjunto tan monstruoso, que pudiera decirse que cambiaba la claridad del sol en la luz de un relámpago.

La carreta que abría la marcha había entonado y salmodiaba a voz en grito con huraña jovialidad un pot purri de Desaugiers, célebre entonces: «La Vestal»; los árboles temblaban lúgubremente, en los paseos, algunos ciudadanos escuchaban con rostro de idiota beatitud los atrevidos cantares de aquellos espectros.

En aquel convoy iban mezcladas todas las miserias como en un caos; allí se veía el ángulo facial de todos los animales, de los viejos, de los adolescentes; cráneos calvos, barbas grises, monstruosidades cínicas, resignaciones esquivas, risas salvajes, actitudes in-

sensatas, viejos con casquetes, especies de cabezas de jóvenes con tirabuzones en las sienes, rostros de muchachas, y por esto mismo horribles, flacos rostros de esqueleto, a los cuales no faltaba más que la muerte. En la primera carreta iba un negro, que quizá habría sido esclavo, y podría comparar ambas cadenas. El horrible nivel de la bajeza, la deshonra, había pasado por aquellas frentes; en aquel grado de abatimiento, todos sufrían las últimas transformaciones en las últimas profundidades; la ignorancia, convertida en imbecilidad, era lo mismo que la inteligencia convertida en desesperación.

Entre aquellos hombres no había elección posible; todos se presentaban a la vista con lo más escogido del lodo. Era evidente que el ordenador de aquella procesión inmunda no los había clasificado. Aquellos seres habían sido atados y apareados confusamente en el desorden alfabético probablemente, y cargados al acaso en las carretas. Sin embargo, los horrores agrupados concluyen por producir una resultante; toda suma de desgraciados da un total; de cada cadena salía un alma común, y cada carreta tenía su fisonomía. Al lado de la que cantaba había otra que aullaba; otra tercera mendigaba; otra que amenazaba a los transeuntes; otra que blasfemaba de Dios; la última callaba como la tumba. Delante hubiera creído ver los siete círculos del infierno en marcha.

Marcha siniestra de los condenados hacia los suplicios, no en el formidable y fulgurante carro del Apocalipsis, sino, lo que es más sombrío, en la carreta de las gemonías.

Uno de los guardias, que llevaba un gancho al extremo de la vara, meneaba de cuando en cuando aquel montón de basura humana. Una vieja que había entre el vulgo los enseñaba con el dedo a un muchachillo de cinco años, y le decía:

—¡Aprende, tunante!

Como iban en creciente los cantos y las blasfemias, el que parecía capitán de la escolta hizo sonar el látigo, y a esta señal, una serie de horribles varazos que parecía una granizada, cayó sobre las siete carretas; muchos dieron un rugido y arrojaron espuma de rabia, lo que redobló la algazara de los pilluelos que habían acudido como nube de moscas sobre aquellas llagas.

La mirada de Juan Valjean se había vuelto espantosa. Sus ojos no eran sino ese vidrio que reemplaza a la mirada de algunos desgraciados, que parece la inconsciencia de la realidad, y en que brilla la reverberación del espanto y de la catástrofe. No miraba un espectáculo; padecía una visión. Quiso levantarse, huir, escapar, pero no pudo mover los pies. Muchas veces las cosas que vemos nos cogen y nos sujetan. Permaneció clavado, petrificado, estúpido; preguntándose, al través de una confusa angustia inexplicable, lo que significaba aquella persecución sepulcral, y de dónde salía aquel pandemonium que le perseguía. De pronto se llevó la mano a la frente, movimiento propio cuando se hace repentinamente memoria; se acordó de que aquél era en efecto el itinerario, que aquella vuelta se daba siempre, para evitar el encuentro posible de las personas reales en el camino de Fontainebleau, y que hacía treinta y cinco años había pasado él mismo por aquella barrera.

Cosette no estaba menos asustada, aunque lo estaba de distinto modo. No comprendía nada; le faltaba el aliento; no le parecía posible lo que veía, y por fin exclamó:

—¡Padre! ¿qué es eso que llevan esas carretas?

Juan Valjean respondió:

—Presidiarios.

—¿Y adónde van?

—Al presidio.

En aquel momento sonaron los varazos multiplicados por cien manos; mezcláronse con ellos los sablazos de plano; parecía aquello una rabia de látigos y varas; los presidiarios se encorvaron; de este suplicio resultó una obediencia repugnante, y todos se callaron, despidiendo miradas de lobos encadenados. Cosette temblaba de pies a cabeza.

—Padre—dijo—, ¿son hombres ésos?

—Algunas veces—respondió el miserable.

Era, en efecto, la cadena que salía antes de amanecer de Bicêtre, y tomaba el camino de Mans para evitar el de Fontainebleau, donde estaba el rey.

Este rodeo hacía durar el viaje tres o cuatro días más, pero para evitar a las personas reales la vista del suplicio, bien podía prolongarse.

Juan Valjean volvió a su casa con el corazón oprimido. Estos encuentros son choques, y el recuerdo que dejan parece un desquiciamiento.

Por esto Juan Valjean, al volver con Cosette a la calle de Babilonia, no notó que ésta le hacía otras preguntas sobre lo que acababan de ver; tal vez iba demasiado absorto en su abatimiento para oír sus palabras y para contestarlas. Sólo por la noche cuando Cosette se separó de él, para irse a acostar, la oyó que decía a media voz, y como hablando consigo misma: «¡Creo que si encontrase en mi camino a uno de esos hombres, moriría de verle cerca, Dios mío!»

Pero afortunadamente la casualidad hizo que al día siguiente de aquella mañana tan trágica, y con motivo de una solemnidad oficial, hubiera fiestas en París, revista en el Campo de Marte, fiestas en el Sena, teatros en los Campos Elíseos, fuegos artificiales en la Estrella, e iluminaciones en todas partes. Juan Valjean, violentando su costumbre, llevó a Cosette a estas funciones, a fin de distraerla del recuerdo de la víspera, y de borrar con el alegre tumulto de París aquella cosa abominable que había pasado por ante sus ojos. La revista con que se solemnizaba la fiesta hacía muy natural la circulación de uniformes; Juan Valjean se puso el de guardia nacional, con el vago sentimiento interior de un hombre que se oculta. Por lo demás, pareció que había conseguido el objeto que se proponía en el paseo. Cosette, que miraba como una obligación el agradar a su padre, y para la cual era nuevo cualquier espectáculo, aceptó la distracción con la buena gracia, fácil y ligera de la adolescencia, y no hizo ni un gesto desdeñoso ante esa gamella de alegría, que se llama una fiesta pública; de modo, que Juan Valjean pudo creer que había conseguido borrar todo rastro de la repugnante visión.

Algunos días después, una mañana en que hacía hermoso sol, estaban ambos en la escalerilla del jardín, otra infracción de las reglas que parecía haberse impuesto Juan Valjean, y de la costumbre que Cosette había adquirido de permanecer en su cuarto; estaba la joven en peinador, de pie, con ese traje negligente de la mañana que envuelve adorablemente a las jóvenes, y que parece una nube sobre un astro; con la cabeza al sol, sonrosada a causa de haber dormido bien, observada con ternura por su padre conmovido, mientras ella deshojaba una margarita. Cosette ignoraba la seductora leyenda: «te amo, un poco, apasionadamente, etc.» ¿Quién se la habría de haber enseñado? Daba vueltas a aquella flor, instintiva e inocentemente, sin sospechar que deshojar una margarita es deshojar un corazón. Si hubiese una cuarta gracia llamada Melancolía, sonriéndose, Cosette se habría parecido a esta gracia.

Juan Valjean estaba fascinado contemplando aquellos deditos en la flor, olvidándolo todo en la radiación que despedían. Un pitirrojo piaba entre las ramas allí cerca: nubes blancas cruzaban el cielo tan alegremente, que parecía que acababan de ser puestas en libertad. Cosette seguía deshojando su flor atentamente; pero en aquel momento seductor volvió de repente la cabeza con la delicada lentitud del cisne, y dijo a Juan Valjean:

—Padre, ¿qué es el presidio?

LIBRO CUARTO

Socorros de abajo que no pueden ser socorros de arriba.

I

HERIDA POR FUERA, CURACIÓN POR DENTRO

La vida de ambos se iba obscureciendo por grados.

No les quedaba ya más que una distracción, que otro tiempo había sido su felicidad: llevar pan a los que tenían hambre; vestido a los que tenían frío. En estas visitas a los pobres, en que Cosette acompañaba a su padre con frecuencia, hallaban algún resto de su antigua expansión; y a veces, cuando el día había sido bueno, cuando habían socorrido muchas miserias, y reanimado y vuelto al calor a muchos pequeñuelos,

Cosette estaba un poco alegre por la noche. En esta época fué cuando hicieron la visita al zaquizamí de Jondrette.

Al día siguiente de esta visita, Juan Valjean se presentó en el pabellón, tranquilo, como siempre, pero con una ancha herida en el brazo izquierdo, muy inflamada, muy materiosa, que parecía una quemadura, y que explicó de cualquier manera. Esta herida le tuvo más de un mes con calentura y sin salir de casa; no quiso ver a ningún médico, y cuando Cosette le instaba, le decía:

—Llama al médico de los perros.

Cosette le hacía la cura por la mañana y por la tarde de un modo tan celestial, y manifestando tal júbilo por serle útil, que Juan Valjean sentía renacer toda su antigua alegría, y disiparse sus temores y su ansiedad, y contemplaba a Cosette, diciendo:

—¡Oh, bendita herida! ¡Oh, bendito mal!

Cosette, viendo enfermo a su padre, había abandonado el pabellón, y había vuelto a tomar afición a la casita y al traspatio. Pasaba casi todo el día al lado de Juan Valjean, y le leía los libros que quería, casi siempre libros de viajes. Juan Valjean renacía; su felicidad revivía con rayos inefables; el Luxemburgo, el rondador desconocido, la frialdad de Cosette, todas estas nubes de su alma se disipaban. Y concluía por decirse:

—Todo es ilusión mía.

Su felicidad era tal, que el horrible encuentro de los Thenardier acaecido en el chiribitil de Jondrette, encuentro tan inesperado, había pasado por él como un soplo que se desliza. Había conseguido escapar; su pista estaba perdida, ¿qué le importaba lo demás? Sólo pensaba en esto para compadecer a aquellos miserables.

Estaban ya en prisión, y por lo tanto imposibilitados de hacer daño, pensaba, pero, ¡qué lástima de familia en la desgracia!

En cuanto a la repugnante visión de la barrera del Maine, Cosette no había vuelto a hablar de ella.

En el convento, sor Santa Matilde había enseñado la música a Cosette. Cosette tenía la voz de una avecilla con alma; y algunas noches en el humilde cuarto del herido, cantaba tristes canciones, que agradaban a Juan Valjean.

Llegaba la primavera; el jardín estaba tan admirable en esta estación, que Juan Valjean dijo a Cosette:

—No bajas nunca: quiero que pasees por él.

—Como queráis, padre—contestó Cosette.

Y por obedecer a su padre volvió a pasear por el jardín, casi siempre sola, porque, como hemos dicho, Juan Valjean, que probablemente temía ser visto por la reja, no paseaba casi nunca.

La herida había sido una diversión.

Cuando Cosette vió que su padre padecía menos, y que se iba curando y parecía feliz, sintió una alegría que apenas echó de ver; tan dulce y naturalmente se presentaba.

Era el mes de marzo, crecían los días, desaparecía el invierno, que se lleva siempre consigo alguna parte de nuestra tristeza; vino después abril, esa aurora del estío, fresca como toda aurora, alegre como la infancia, llorosa alguna vez como un niño recién nacido. La Naturaleza en este mes tiene resplandores llenos de atractivo, que pasan del cielo, de las nubes, de los árboles, de las praderas, de las flores al corazón del hombre.

Cosette era muy joven aún para que esta alegría de abril, semejante a ella, no la penetrase. La noche fué desapareciendo de su espíritu insensiblemente y sin sospecharlo. En la primavera hay claridad en las almas tristes, así como a mediodía hay claridad en los sótanos. Cosette no estaba ya triste, por más que no pudiese explicarlo. Por la mañana, hacia las diez, después de almorzar, cuando había conseguido llevar a su padre un cuarto de hora al jardín, y lo paseaba al sol por delante de la escalera, sosteniéndole el brazo malo, no conocía que reía a cada instante, y que era feliz.

Valjean satisfecho la veía volver sonrosada y fresca.

—¡Oh, bendita herida!—repetía en su interior.

Estaba agradecido a Thenardier.

Curada que fué su herida, había vuelto a sus paseos solitarios y crepusculares.

Sería un error creer que se puede pa-

sear de este modo, solo, por las regiones menos habitadas de París, sin encontrar alguna aventura.

II

DE CÓMO LA TÍA PLUTARCO NO ENCONTRABA DIFICULTADES PARA EXPLICAR UN FENÓMENO.

Una noche, el niño Gavroche no había comido, y recordó que tampoco había cenado el día anterior, lo que era ya muy pesado. Tomó, pues, la resolución de buscar algún medio de cenar. Fuése a dar vueltas más allá de la Salpetriére, por los sitios desiertos, donde se encuentran las albricias; por donde no hay un alma, suele encontrarse algo; y así llegó hasta unas casuchas que le parecieron ser el pueblecillo de Austerlitz.

En una de sus anteriores excursiones había visto allí un viejo jardín, frecuentado por un anciano y una anciana, y que tenía un regular manzano. Al lado del manzano había una especie de frutera mal cerrada, de donde se podía coger una manzana. Una manzana es una cena; una manzana es la vida. Lo que perdió a Adán podía salvar a Gavroche. El jardín daba a una callejuela solitaria sin empedrar, y costeada de malezas que esperaban se hiciesen casas, y estaba separada de los edificios por un seto.

Gavroche se dirigió hacia el jardín; encontró la callejuela, reconoció el manzano, identificó la fruta, y examinó el seto: un seto no es más que un salto. Iba declinando el día; la callejuela estaba desierta; la hora era magnífica. Gavroche saltó y se detuvo de repente. Se oía hablar en el jardín, y Gavroche se puso a mirar por un hueco del seto.

A dos pasos de él, al pie del seto por el otro lado, precisamente en el punto en que le hubiese hecho caer el salto que meditaba, había una piedra tendida que servía de banco; en este banco estaba sentado el viejo del jardín, y delante, de pie, la vieja.

La vieja refunfuñaba; Gavroche, que era poco discreto, escuchó.

—¡Señor Mabeuf!—decía la vieja.

—¡Mabeuf!—pensó Gavroche;—me choca ese nombre.

El viejo interpelado no se movía. La vieja repitió:

—¡Señor Mabeuf!

El viejo, sin levantar la vista, respondió:

—¿Qué, tía Plutarco?

—¡Tía Plutarco!—pensó Gavroche.—Otro nombre que me choca.

La tía Plutarco volvió a hablar, y el viejo tuvo que aceptar la conversación.

—El casero no está contento.

—¿Por qué?

—Se le deben tres plazos.

—Dentro de tres meses se le deberán cuatro.

—Dice que os echará a la calle.

—Y me iré.

—La tendera quiere que se la pague; ya no fía leña. ¿Con qué os calentaréis este invierno? No tendremos lumbre.

—Hay sol.

—El carnicero nos niega el crédito, y no quiere dar carne.

—Está bien. Digiero mal la carne; es muy pesada.

—¿Y qué comeremos?

—Pan.

—El panadero quiere que se le dé algo a cuenta, y dice que, si no hay dinero, no hay pan.

—Bueno.

—¿Y qué comeremos?

—Nos quedan las manzanas del manzano.

—Pero, señor, no se puede vivir así, sin dinero.

—¡Y si no lo tengo!

La anciana se fué, y el anciano se quedó solo meditando. Gavroche meditaba por otro lado. Era ya casi de noche.

El primer resultado de la meditación de Gavroche fué que en vez de escalar el seto, se acurrucó debajo. Las ramas se separaban un poco en la parte baja de la maleza.

—¡Calla!—exclamó interiormente,—¡una alcoba! Y se agachó. Estaba casi recostado en el banco del señor Mabeuf; oía casi respirar al octogenario.

Y entonces para comer trató de dormir. Sueño de gato, sueño de un solo ojo. Adormeciéndose Gavroche, sin embargo, espiaba.

La blancura del cielo crepuscular emblanquecía la tierra, y la calleja forma-

ba una línea pálida entre dos filas de obscuros arbustos.

De repente, en esta línea blanquecina, aparecieron dos sombras. Una iba delante, y la otra a algunos pasos detrás.

—¡ Dos personas ! —murmuraba Gavroche.

La primera sombra parecía de algún viejo encorvado y pensativo, vestido más que sencillamente, que andaba con lentitud a causa de la edad, y que salía a pasear a la luz de las estrellas.

La segunda era recta, firme, pequeña. Arreglaba su paso al de la primera ; pero en la lentitud voluntaria de la marcha se descubría la esbeltez y la agilidad. Aquella sombra tenía algo de huraña y de inquieta, y la figura de lo que entonces se llamaba un elegante ; el sombrero era de buena forma, la levita negra, bien hecha, y probablemente de buen paño, y de talle ceñido. Elevaba la cabeza con cierta gracia robusta, y por debajo del sombrero se entreveía en el crepúsculo el pálido perfil de un adolescente. Este perfil tenía una rosa en la boca. Esta segunda sombra era conocida de Gavroche : era Montparnase.

En cuanto a la otra, no hubiera podido decir sino que era un viejo.

Gavroche se puso al momento en observación. Uno de los dos tenía evidentemente proyectos sobre el otro, y Gavroche estaba muy bien situado para ver el resultado. La alcoba se había convertido en un escondrijo.

Montparnase «de caza», a aquella hora y en aquel lugar era una cosa amenazadora. Gavroche sentía que su corazón de pilluelo se conmovía de lástima del viejo.

Pero ¿qué hacer? ¿Intervenir? ¿Había de socorrer una debilidad a otra? Sería sólo dar motivo para que se riese Montparnase. Gavroche no dejaba de conocer que para aquel temible bandido de diez y ocho años, el viejo primero, y el niño después, eran dos bocados.

Mientras que Gavroche deliberaba, tuvo efecto el ataque brusco y repugnante : ataque como el del tigre contra el asno, de la araña contra la mosca. Montparnase de improviso tiró la rosa, saltó sobre el viejo, le agarró del cuello, le acogotó, y se engarabitó sobre él. Gavroche apenas pudo detener un grito. Un momento después, uno de estos hombres estaba debajo del otro, rendido, jadeante, forcejeando, con una rodilla de mármol sobre el pecho. Sólo que no había sucedido lo que Gavroche esperaba. El que estaba en tierra era Montparnase ; el que estaba encima era el viejo. Todo esto pasaba a algunos pasos de Gavroche.

El viejo había recibido el choque, y le había devuelto tan terriblemente, que en un abrir y cerrar de ojos, el agresor y la víctima habían cambiado de papel.

—¡ Vaya un viejo fuerte !—pensó Gavroche.

Y no pudo menos de palmotear ; pero fué un aplauso perdido, porque no llegó hasta los combatientes, que estaban absortos y aturdidos, uno por otro, y mezclando su aliento en la lucha.

Quedó todo en silencio. Montparnase cesó de forcejear, y Gavroche se dijo : ¡ Estará muerto !

El viejo no había pronunciado una palabra, ni arrojado un grito ; se levantó, y Gavroche oyó que decía a Montparnase :

—Levántate.

Montparnase se levantó, sin que el viejo soltase aún ; tenía la actitud humillada y furiosa de un lobo robado por un cordero.

Gavroche miraba y escuchaba haciendo esfuerzos para duplicar sus ojos y sus oídos. Se divertía extraordinariamente.

Pero fué recompensado de su ansiedad de espectador, y pudo coger al vuelo este diálogo, que recibía de la obscuridad cierto sabor trágico. El viejo preguntaba, y Montparnase respondía.

—¿Qué edad tienes?

—Diez y nueve años.

—Eres fuerte y de buena figura ; ¿por qué no trabajas?

—Porque me fastidia.

—¿Qué eres?

—Paseante en corte.

—Habla con formalidad. ¿Puedo hacer algo por ti? ¿Qué quieres ser?

—Ladrón.

Hubo un momento de silencio : el viejo parecía estar profundamente pensativo ; seguía inmóvil, y no soltaba a Montparnase.

De cuando en cuando, el joven ladrón, vigoroso y ágil, sentía el estremecimiento de la bestia cogida en una trampa. Daba una sacudida, ensayaba la zancadilla, retorcía sus miembros, trataba de escaparse. El viejo aparentaba no notarlo, y le tenía cogidas las dos muñecas con una sola mano, con la indiferencia soberana de una fuerza absoluta.

La meditación del viejo duró algún tiempo; después, mirando fijamente a Montparnase, levantó con suavidad la voz, y le dirigió en aquella sombra en que estaban, una especie de alocución solemne, de que Gavroche no perdió ni una sílaba.

—Hijo mío: tú entras por pereza en la existencia más laboriosa. ¡Ah! ¡tú te declaras holgazán! pues prepárate a trabajar. ¿Has visto una máquina terrible? ¿El laminador? Es preciso tener mucho cuidado, porque es una cosa feroz; si te coge el faldón de la levita, te lleva todo el cuerpo. Pues esta máquina es la ociosidad. Detente, porque aún es tiempo, y sálvate. De otra manera todo se acabó; dentro de poco estarás entre las ruedas; y una vez cogido no esperes nada. ¿Eres perezoso? No descansarás. La mano de hierro del trabajo implacable te ha cogido. Ganar tu vida; tener una tarea; cumplir un deber; ¿no quieres esto? ¿te fastidia ser como los demás? Pues bien serás distinto. El trabajo es la ley; el que lo rechaza fastidiado, lo tiene por suplicio: no quieres ser obrero, serás esclavo. El trabajo sólo nos deja por un lado para cogernos por otro; no quieres ser su amigo, serás su negro; no has querido tener el honrado cansancio de los hombres, tendrás el sudor de los condenados. Donde los demás canten, tú gruñirás. Verás de lejos trabajar a los demás hombres, y te parecerá que descansan. El labrador, el segador, el marinero, el herrero, se te aparecerán en la luz como los bienaventurados de un paraíso. ¡Qué radiación vista desde el yunque! Guiar una carreta, atar las mieses, es un placer.

»El barco en libertad en el viento; ¡qué alegría! y tú, perezoso, ¡cava, arrastra, rueda, anda! Tira de tu cabestro, bestia de carga, en el tiro del infierno! ¡Ah! ¿no hacer nada es tu objeto? Pues bien, no pasarás una semana, ni un día, ni una hora sin humillación. No podrás hacer nada sino con angustia, tus músculos crujirán en todos los minutos; lo que en los demás sea blanda pluma, será dura roca para ti. Las cosas más sencillas, serán escarpadas para ti, la vida en tu derredor, se convertirá en un monstruo. Ir, venir y respirar, serán para ti trabajos terribles: tu pulmón te hará el mismo efecto que si fuese un peso de cien libras. Ir allá o acullá, te será un problema difícil de resolver. Todo el que quiere salir de su casa, no tiene que hacer más que empujar la puerta, y ya está fuera. Tú, si quieres salir, tendrás que taladrar una pared.

»Para salir a la calle, cualquiera no tiene que hacer más que bajar la escalera, pero tú romperás las sábanas, harás con sus tiras una cuerda, pasarás por la ventana, te suspenderás colgado de este hilo sobre un abismo, de noche, en medio de la tempestad, en medio de la lluvia, en medio del huracán, y si la cuerda es corta, sólo encontrarás un medio de bajar: tirarte. Tirarte a ciegas, en el precipicio, de una altura cualquiera, abajo, a lo desconocido; o bien te subirás por un cañón de chimenea, con peligro de quemarte; o te deslizarás por un conducto de letrina, con peligro de ahogarte. Y no te hablo de los agujeros que tienes que ocultar, de las piedras que tienes que quitar y poner veinte veces al día, ni de los pedazos de yeso que tienes que ocultar en el jergón. Se encuentra una cerradura; el hombre honrado lleva en el bolsillo una llave hecha por un cerrajero. Tú, si quieres seguir adelante, estás condenado a hacer una obra maestra: cogerás un sueldo, lo cortarás en dos láminas, y ¿con qué herramientas? Las tendrás que inventar; eso te corresponde. Después ahondarás lo interior de estas chapas, cuidando de no tocar a la superficie; harás alrededor la muesca de un tornillo, de modo que se ajusten exactamente una a otra, como una caja y su tapa, y que atornilladas no se sospeche nada. Para los vigilantes, porque estarás vigilado, esto será sólo un sueldo; para ti será una caja. ¿Y qué meterás en esa caja? Un peda-

cito de acero: un muelle de reloj, al que habrás hecho dientes, y será una sierra. Con esta sierra, tan larga como un alfiler, y oculta en un sueldo, deberás cortar el pestillo de la cerradura, la barra del cerrojo, el asa del candado, el hierro de la ventana, y el grillo de la pierna; y hecha esta obra prodigiosa, realizados milagros de arte, de industria, de habilidad, de paciencia, si se llega a saber que eres tú el autor, ¿cuál será tu recompensa? El calabozo. Este es tu porvenir. La pereza, el placer, ¡qué precipicios! ¡No hacer nada, es tomar un partido muy lúgubre! ¿Lo sabes bien? ¡Vivir ocioso de la substancia social! ¡Ser inútil, es decir, ser perjudicial! Esto conduce directamente al fondo de la miseria. ¡Desgraciado el que quiere ser parásito! Será la miseria del cuerpo social. ¡Ah! ¡no te gusta trabajar! No tienes más que un pensamiento: beber bien, comer bien, dormir bien. Pues beberás agua, comerás pan negro, dormirás en una tabla con una cadena rodeada a tus miembros, cuyo frío sentirás por la noche en la carne. Romperás esta cadena, y huirás. Bien; pero te arrastrarás entre las matas, y comerás hierba como los animales del monte. Y volverás a ser preso; y entonces pasarás los años en un profundo patio, cercado de una muralla, buscando a tientas el jarro para beber, mordiendo en un horrible pan negro, que no comerían ni los perros, comiendo habas, que los gusanos han roído antes que tú. Serás una corredera en una cueva. ¡Ah! ¡ten piedad de ti mismo, niño miserable, joven que mamabas hace diez y siete años, y que aun tendrás madre! Te lo suplico: escúchame. Quieres gastar paño fino, zapatos lustrosos, pelo rizado, usar en la cabeza perfumes, agradar a las jóvenes, ser elegante; pues bien, te cortarán el pelo al rape, te pondrás una chaqueta roja y unos zuecos. Quieres llevar sortijas en los dedos, y tendrás una argolla al cuello; y si miras a una mujer, te darán un palo. ¡Entrarás allí a los veinte años, y saldrás a los cincuenta! Entrarás joven, sonrosado, fresco, con ojos brillantes, dientes blancos, y hermosa cabellera, saldrás cascado, encorvado, lleno de arrugas, sin dientes, horrible, y con el pelo blanco. ¡Ah, pobre niño! te equivocas; la holgazanería te aconseja mal; el trabajo más rudo es el robo. Créeme, no emprendas la penosa profesión del perezoso; no es cómodo ser ratero. Menos malo es ser hombre honrado. Anda ahora, y piensa en lo que te he dicho. Pero ¿qué querías? Mi bolsa. Aquí la tienes.

Y el viejo, soltando a Montparnase, le puso en la mano su bolsa, que Montparnase tuvo un momento en la mano tomándola a peso; después de lo cual con la misma precaución maquinal que si la hubiese robado, la dejó caer suavemente en el bolsillo de atrás de su levita.

Hecho esto, el viejo volvió la espalda, y siguió su paseo.

—¡Zopenco! — murmuró Montparnase.

¿Quién era aquel viejo? El lector lo habrá adivinado sin duda.

Montparnase estupefacto miró cómo desaparecía en el crepúsculo; pero esta contemplación le fué fatal.

Mientras que el viejo se apartaba, Gavroche se aproximaba.

Gavroche, con una mirada de reojo se había asegurado de que el señor Mabeuf, dormido tal vez, seguía en el banco, y saliendo después de la maleza, se arrastró en la sombra por detrás de Montparnase que seguía inmóvil. Así llegó hasta él sin ser visto ni oído. Metió suavemente la mano en el bolsillo de atrás de la levita de paño fino, cogió la bolsa, retiró la mano, y volviendo a la rastra, hizo en la obscuridad una evolución de culebra. Montparnase, que no tenía motivo para estar en guardia, y que estaba meditando quizá por primera vez en su vida, no notó nada. Gavroche, así que llegó adonde estaba el señor Mabeuf, tiró la bolsa por cima del seto, y huyó a todo correr.

La bolsa cayó a los pies del señor Mabeuf. El ruido lo despertó; se inclinó, la cogió, y la abrió sin comprender nada. Era una bolsa con dos divisiones: en la una había algunos cuartos; en la otra seis napoleones. El señor Mabeuf, muy asustado, la llevó a su ama.

—Esto viene del cielo — dijo la tía Plutarco.

LIBRO QUINTO

Cuyo fin no se parece al principio.

I

LA SOLEDAD Y EL CUARTEL COMBINADOS

El dolor de Cosette, tan punzante y tan vivo aún, cuatro o cinco meses antes, había entrado en convalecencia. La Naturaleza, la primavera, la juventud, el amor a su padre, la alegría de los pájaros y de las flores infiltraban poco a poco, día por día, gota a gota, en aquella alma tan virgen y tan joven, una cosa muy semejante al olvido. ¿Era que se apagaba completamente el fuego, o que se iban formando solamente capas de ceniza? El hecho es, que no sentía ya apenas nada doloroso y abrasador.

Un día pensó de repente en Mario:

—¡Calla!—dijo,—ya no pienso en él.

En la misma semana se fijó, al pasar por delante de la verja del jardín, en un hermoso oficial de lanceros, con talle de avispa, bonito uniforme, mejillas de niña, sable bajo el brazo, bigotes retorcidos, y chascás charolado; cabellos rubios, ojos azules; cara redonda, vana, insolente y linda: todo lo contrario de Mario. Llevaba un cigarro en la boca. Cosette pensó que este oficial era del regimiento acuartelado en la calle de Babilonia.

Al día siguiente lo vió pasar otra vez y notó la hora.

Desde aquel momento lo vió pasar casi todos los días. ¿Será casualidad?

Los camaradas del oficial notaron que había en aquel jardín «en traje de marcha» y detrás de aquella fea verja una bonita niña que estaba allí casi siempre cuando pasaba el bizarro teniente, que no es desconocido para el lector, pues que se llamaba Teodulo Guillenormand.

—¡Ah!—le decían.—Hay una joven que te mira; obsérvalo.

—¿Acaso tengo tiempo—respondió el lancero—de mirar a todas las jóvenes que me miran?

Esto sucedía precisamente en el momento en que Mario descendía a la agonía, y se decía:—¡Si pudiese solamente verla antes de morir!—Si se hubiera realizado su deseo, si hubiera visto en aquel momento a Cosette mirando a un lancero, no habría podido pronunciar una palabra; habría muerto de dolor.

—¿Y de quién habría sido la culpa? De nadie.

Mario tenía uno de esos temperamentos que se sumergen en la tristeza y moran en ella. Cosette, por el contrario, se sumergía, pero volvía a salir.

Cosette, además, atravesaba ese momento peligroso, fase fatal del ensueño femenil, abandonado a sí mismo, en que el corazón de una joven aislada se asemeja a esos sarmientos de la vid que se enganchan por casualidad al chapitel de una columna de mármol, o al poste de una taberna. Momento rápido y decisivo, crítico para toda huérfana, ya sea pobre o rica, porque la riqueza no impide una mala elección. Se verifican casamientos muy desiguales, porque la verdadera desigualdad del casamiento es la de las almas; y así como más de un joven desconocido, sin nombre, sin familia, sin hacienda, es un chapitel de mármol que sostiene un templo de grandes sentimientos y de grandes ideas, del mismo modo, algún hombre de mundo, satisfecho y opulento, que tiene botas finas y palabras charoladas, si se le mira, no al exterior, sino al interior, es decir, a lo que se reserva a la mujer, no es más que una viga estúpida, obscuramente movida por pasiones violentas, inmundas y embriagadas; el poste de una taberna.

¿Qué tenía Cosette en el alma? Una pasión calmada o adormecida; amor en el estado flotante; algo que era límpido, brillante: turbio a cierta profundidad; obscuro más abajo. La imagen del garrido oficial se reflejaba en la superficie. ¿Había algún recuerdo en el fondo? Muy en el fondo tal vez; mas Cosette no lo sabía.

Pero sucedió un incidente singular.

II

MIEDOS DE COSETTE

En la primera quincena de abril hizo un viaje Juan Valjean. Esto sucedía, como sabe el lector, algunas veces, a largos intervalos; y estaba ausente uno o dos días a lo más. ¿Adónde iba? Na-

die lo sabía, ni aun Cosette. Sólo una vez en uno de sus viajes, le había acompañado ésta en coche hasta la esquina de un callejón sin salida, en cuyas paredes había leído : «Callejón de la Plancheta». Allí se había bajado, y el coche había llevado a Cosette a la calle de Babilonia. Generalmente, Juan Valjean hacía estos viajes cuando faltaba dinero en casa.

Juan Valjean estaba, pues, ausente ; al marcharse había dicho : — Volveré dentro de tres días.

Por la noche Cosette estaba sola en la sala. Para matar el fastidio había abierto el piano, y había empezado a cantar, acompañándose ella misma, el coro de Euryanto : «¡ Cazadores perdidos en los bosques !», que es quizá lo más bello de toda la música. Cuando concluyó se quedó pensativa.

De repente creyó oír andar por el jardín.

No podía ser su padre, porque estaba ausente ; ni la tía Santos, porque estaba acostada. Eran las diez de la noche.

Se dirigió a la ventana de la sala, que estaba cerrada, y aplicó el oído.

Le pareció que oía el paso de un hombre que andaba suavemente.

Subió con rapidez al primer piso, a su cuarto, abrió un ventanillo que había en el postigo y miró al jardín. Había luna llena, y se veía como si fuese de día.

No había nadie.

Abrió la ventana. El jardín estaba absolutamente silencioso ; y lo que se veía de la calle, desierto como siempre.

Cosette pensó que se había engañado ; había creído oír aquel ruido, y todo era un alucinamiento producido por el sombrío y prodigioso coro de Weber, que abre ante el espíritu abismos insondables, que aparecen trémulos a la vista como un bosque vertiginoso, en que se oye el crujido de las ramas muertas bajo el paso inquieto de los cazadores, casi envueltos en el crepúsculo.

Y no pensó más en esto.

Además, Cosette no era por naturaleza muy tímida. Tenía en las venas la sangre de esas gitanas y aventureras que andan con los pies descalzos. Recuérdese que era más bien alondra que paloma ; y tenía un fondo de valor y energía.

Al día siguiente, más temprano, a la caída de la noche, se estaba paseando por el jardín ; y en medio de los confusos pensamientos en que estaba sumergida, creyó oír claramente un ruido semejante al de la víspera, como de alguna persona que anduviera en la obscuridad bajo los árboles, y no muy lejos de ella : pero se decía que nada se asemeja tanto a los pasos sobre la hierba como el roce de dos ramas que se separan, y no hizo caso ; además, no veía nada.

Salió de la «maleza» ; tenía que atravesar un espacio alfombrado de menuda hierba para llegar a las gradas de la puerta. La luna, que acababa de salir a su espalda, proyectó su sombra delante de ella, y sobre la alfombra cuando salió de la maleza.

Cosette se detuvo aterrorizada.

Al lado de su sombra, la luna proyectaba claramente sobre el césped, otra sombra singularmente espantosa y terrible ; una sombra que tenía sombrero redondo.

Parecía la de un hombre que estuviese de pie en la orilla del césped, a pocos pasos detrás de Cosette.

Permaneció un minuto sin poder hablar, ni gritar, ni moverse, ni volver la cabeza. Pero, al fin, reuniendo todo su valor, se volvió resueltamente.

No había nadie.

Miró al suelo, la sombra había desaparecido.

Pentró en la maleza, registró audazmente los rincones, llegó hasta la verja, y no encontró a nadie.

Quedóse helada. ¿Había sido aquello también una alucinación ? ¡ Cómo ! ¿Dos días seguidos? Una alucinación, pase, ¿pero dos? Lo que la inquietaba más que todo es que la sombra no era seguramente un fantasma, porque los fantasmas no llevan sombrero redondo.

Al día siguiente volvió Juan Valjean. Cosette le refirió lo que había creído ver y oír. Esperaba que su padre la tranquilizaría, y que encogiéndose de hombros, le diría :—Eres una loquilla.

Juan Valjean se alarmó.

—Quizá no sea nada—dijo.

La dejó con cualquier pretexto y fué al jardín, y Cosette observó que examinaba la verja con mucha atención.

Por la noche despertó ; esta vez estaba segura de oír pasos cerca de la escalinata, por bajo de su ventana, y la abrió. En efecto, en el jardín vió a un hombre con un garrote en la mano. Iba ya a gritar, cuando la luna iluminó el rostro del hombre : era su padre.

Volvió, pues, a acostarse, diciéndose :

—¡ Qué alarmado está !

Juan Valjean pasó aquella noche y las dos siguientes en el jardín, y Cosette le observó por el ventanillo.

La tercera noche había luna menguante ; y salía más tarde : sería como la una de la mañana, y Cosette oyó una carcajada y la voz de su padre que la llamaba :

—¡ Cosette !

Echóse fuera de la cama, se puso una bata y abrió la ventana.

Su padre estaba en el jardín, en el césped.

—Te despierto para tranquilizarte— le dijo.—Mira ; aquí tienes la sombra del sombrero redondo.

Y le enseñó sobre el césped una sombra que hacía la luna : y que parecía, en efecto, el espectro de un hombre con sombrero redondo.

Era un perfil producido por un tubo de chimenea de palastro con chapitel, que subía por cima de un tejado próximo.

Cosette se echó a reír también ; se borraron todas sus lúgubres suposiciones, y a la mañana siguiente, cuando almorzaba con su padre, se chanceó sobre el siniestro jardín visitado por las sombras de los tubos de chimenea.

Juan Valjean se tranquilizó completamente, y Cosette no se detuvo a examinar si el cañón de chimenea estaba en la misma dirección que la sombra que había visto o había creído ver, y si la luna estaba en el mismo punto del cielo. No se fijó en la singularidad de un cañón de chimenea, que teme ser sorprendido en flagrante delito, y se retira cuando miran su sombra : porque la sombra había desaparecido cuando Cosette se volvió, y Cosette creía estar segura de ello. La joven se tranquilizó por completo. La demostración le pareció evidente, y creyó que era un efecto de imaginación, lo mismo que los pasos de alguno que anduviese por el jardín, por la tarde o por la noche.

Pero algunos días después hubo un nuevo incidente.

III

ENRIQUECIDO CON COMENTARIOS DE LA TÍA SANTOS

En el jardín, y cerca de la verja que daba a la calle, había un banco de piedra, defendido de las miradas de los curiosos por un enrejado de cañas, pero hasta el cual podía llegar el brazo de un transeunte al través de la verja y de la enramada.

Una tarde de este mismo mes de abril había salido Juan Valjean ; y Cosette, después de puesto el sol, se había sentado en este banco. El viento penetraba entre los árboles : Cosette meditaba ; una tristeza sin objeto iba apoderándose poco a poco de ella ; esa tristeza invencible que produce la tarde, y que proviene tal vez del misterio de la tumba entreabierta a esa hora.

Fantina estaba quizá en aquella sombra.

Cosette se levantó, dió lentamente una vuelta por el jardín, andando sobre la hierba inundada de rocío, y diciéndose al través del somnambulismo melancólico en que estaba sumergida :—Se deben usar zapatos fuertes para andar por el jardín a esta hora ; es fácil constiparse.

Después volvió al banco.

En el momento en que iba a sentarse, observó en el sitio que había ocupado, una gran piedra que no estaba antes.

Contempló aquella piedra, preguntándose qué significaba. Pero, de repente, la idea de que aquella piedra no se había ido sola al banco, de que alguno la había puesto allí, de que un brazo había pasado al través de la verja ; esta idea, decimos, se le presentó, y le dió miedo ; un miedo verdadero esta vez, porque la piedra estaba allí, y no era posible dudar ; no la tocó ; huyó sin atreverse a mirar detrás de sí, se refugió en la casa, cerró en seguida con maderas, con barras y con cerrojos la puerta-ventana de la escalinata, y preguntó a la tía Santos :

—¿Ha vuelto mi padre?

—Aun no, señorita.

(Hemos dicho ya, una vez para siempre, que la tía Santos era tartamuda. Permítasenos no indicarlo en todas sus palabras; porque nos repugna la notación musical de una enfermedad.)

Juan Valjean, como hombre pensativo y paseante nocturno, solía retirarse bastante tarde por la noche.

—Santos—dijo Cosette;—¿tendréis cuidado de cerrar bien por la noche las ventanas que dan al jardín, a lo menos con barras, y poner los candados en los anillos?

—¡Oh! Estad tranquila, señorita.

La tía Santos no dejaba de hacerlo, y Cosette lo sabía muy bien; pero no pudo menos de añadir:

—¡Qué desierto está este sitio!

—Es verdad—dijo la tía Santos.—La asesinarían a una sin tener tiempo para decir ¡uf! con eso de no dormir el señor en casa. Pero no temáis nada, señorita; cierro las ventanas como si fuesen una fortaleza. ¡Ah! ¡mujeres solas! ¡Esto hace temblar! Figuraos ver que entran hombres en vuestro cuarto por la noche, y os dicen: ¡Cállate! y empiezan a cortaros la cabeza. No es lo más temible la muerte, porque al fin se muere una, y sabe demasiado que se ha de morir: pero es una cosa horrible sentir que os toca esa gente. ¡Y luego sus puñales! ¡Oh, qué mal deben cortar! ¡Ah, Dios mío!

—¡Callaos!—dijo Cosette.—Cerradlo bien todo.—Y atemorizada del melodrama improvisado por la tía Santos, y quizá también por el recuerdo de las apariciones de la otra semana, no se atrevió a decirle:—¡Id a ver la piedra que han puesto en el banco! de miedo de volver a abrir la puerta del jardín y que entrasen los «hombres». Hizo cerrar por todas partes las puertas y las ventanas; hizo que la tía Santos registrase la casa desde la cueva al granero; se encerró en su cuarto, echó los cerrojos, miró debajo de la cama, se acostó y durmió mal. Toda la noche estuvo viendo una piedra, grande como una montaña, y llena de cavernas.

Cuando salió el sol—téngase presente que el sol, cuando sale, tiene la virtud de hacernos reír de todos nuestros terrores nocturnos, y la risa que nos produce es siempre proporcionada al miedo que se ha tenido;—al salir el sol, decimos, se despertó Cosette, pensó en su sueño con espanto, y se dijo:—¿Qué he estado soñando? ¡Lo mismo es esto que los pasos que me parecía haber oído la otra semana en el jardín, de noche! ¡Lo mismo que la sombra del cañón de chimenea! ¿Voy a hacerme ahora cobarde? El sol que entraba por las junturas de los postigos, y coloreaba de púrpura las cortinas de damasco, la tranquilizó de tal manera, que todo se borró de su imaginación; hasta la piedra. No había piedra ninguna en el banco, como no había ningún hombre con sombrero en el jardín; he soñado lo de la piedra, como lo demás.

Se vistió, bajó al jardín, corrió al banco, y sintió un sudor frío. La piedra estaba allí.

Pero aquello sólo duró un momento: el miedo de noche es curiosidad de día.

—¡Bah!—dijo;—veamos lo que es.

Y levantó la piedra, que era bastante grande. Debajo había un papel que parecía una carta.

Era un sobre blanco: Cosette le cogió, y vió que no tenía ni sobrescrito por un lado, ni oblea por el otro; pero aunque estaba abierto, no estaba vacío. Veíanse papeles dentro.

Cosette le abrió; ya no tenía miedo, ni curiosidad, sino un principio de impaciencia.

Sacó del sobre lo que contenía, que era un cuadernito de papel, de hojas numeradas, en cada una de las cuales había algunas líneas, que parecieron a Cosette de bonita y elegante letra.

Cosette buscó un nombre, pero no lo había; buscó una firma, tampoco la había. ¿A quién iba dirigido aquello? A ella probablemente, pues que una mano había depositado aquel paquete en su banco. ¿De quién venía aquello?

Una fascinación irresistible se apoderó de ella; trató de separar los ojos de aquellos papeles que temblaban en su mano, miró al cielo, a la calle, a las acacias llenas de luz, a las palomas que volaban sobre un tejado próximo, y después su vista cayó rápidamente sobre

el manuscrito, y se dijo que debía leer lo que contenía.

Véase lo que leyó :

V

UN CORAZÓN DEBAJO DE UNA PIEDRA

La reducción del Universo a un solo ser, la dilatación de un solo ser hasta Dios ; esto es el amor.

El amor es la salutación de los ángeles a los astros.

¡ Qué triste está el alma cuando está triste por el amor !

¡ Qué vacío tan inmenso es la ausencia del ser que llena el mundo ! ¡ Oh ! ¡ Cuán verdadero es que el ser amado se convierte en Dios ! Se comprendería que Dios tuviese celos si el Padre de todo no hubiese hecho evidentemente la creación para el alma, y el alma para el amor.

Basta una sonrisa vislumbrada por bajo un sombrero de crespón blanco con adornos de lilas, para que el alma entre en el palacio de los sueños.

Dios está detrás de todo : pero todo oculta a Dios. Las cosas son negras, las criaturas son opacas. Amar a un ser, es hacerlo transparente.

Ciertos pensamientos son oraciones. Hay momentos en que cualquiera que sea la actitud del cuerpo, el alma está de rodillas.

Los amantes que están separados engañan la ausencia con mil cosas quiméricas, que tienen, no obstante, su realidad. Se les impide verse ; no pueden escribirse ; pero tienen una multitud de medios misteriosos de correspondencia. Se envían el canto de los pájaros, el perfume de las flores, la risa de los niños, la luz del sol, los suspiros del viento, los rayos de las estrellas, toda la creación. ¿Y por qué no? Todas las obras de Dios están hechas para servir al amor.

El amor es bastante poderoso para emplear a la Naturaleza entera en sus mensajes.

¡ Oh, primavera, tú eres una carta que yo le escribo !

El porvenir pertenece más al corazón que a la inteligencia. El amor es lo único que puede ocupar y llenar la eternidad. El infinito necesita lo inagotable.

El amor es una parte del alma misma : es de la misma naturaleza que ella, es una chispa divina : como ella, es incorruptible, indivisible, imperecedero. Es una partícula de fuego que está en nosotros, que es inmortal e infinita, a la cual nada puede limitar, ni amortiguar. Se la siente arder hasta en la medula de los huesos, y se la ve brillar hasta en el fondo del cielo.

¡ Oh, amor ! ¡ adoraciones ! ¡ deleite de dos almas que se comprenden, de dos corazones que se cambian uno por otro, de dos miradas que se penetran ! ¡ Vendréis a mí ! ¿No es verdad, felicidades? ¡ Paseos de dos solos en la soledad ! ¡ Días benditos y resplandecientes ! He soñado alguna vez que de tiempo en tiempo se desprendían algunas horas de la vida de los ángeles, y venían aquí abajo a penetrar el destino de los hombres.

Dios no puede añadir nada a la felicidad de los que se aman más que la duración sin fin. Una eternidad de amor, después de una vida de amor, es un aumento, en efecto ; pero acrecentar en su intensidad misma la felicidad inefable que el amor da al alma desde este mundo, es imposible aun a Dios. Dios es la plenitud del cielo ; el amor es la plenitud del hombre.

Miráis una estrella por dos motivos : porque es luminosa, y porque es impenetrable ; pues a vuestro lado tenéis una radiación más suave y un misterio más grande : la mujer.

Todos, sin excepción, tenemos nuestros seres respirables. Si nos faltan, nos falta el aire, y nos ahogamos. Entonces se muere. ¡ Morir ! ¡ por falta de amor es horrible ! ¡ La asfixia del alma !

Cuando el amor ha fundido y mezclado dos seres en una unidad angélica y sagrada, estos seres han hallado el secreto de la vida ; no son más que los dos términos de un mismo destino ; no son más que las dos alas de un mismo espíritu. ¡ Amad, pues ! ¡ Elevaos !

El día en que una mujer que pasa delante de ti desprende luz al andar, estás perdido : amas. Ya no tienes que hacer más que una cosa : pensar en ella tan fijamente como ella tenga que pensar en ti.

Lo que el amor principia, sólo puede ser acabado por Dios.

El amor verdadero se desespera y se encanta por un guante perdido, o por un pañuelo encontrado, y necesita la eternidad para su desinterés y para sus esperanzas. Se compone a la vez de lo infinitamente grande, y de lo infinitamente pequeño.

Si eres piedra, sé imán ; si eres planta, sé sensitiva ; si eres hombre, sé amor.

Nada basta al amor. Si se tiene la felicidad, se desea el paraíso : si se tiene el paraíso, se desea el cielo.

¡ Oh ! tú que amas, todo esto se halla en el amor. Aprende a encontrarlo. El amor tiene lo mismo que el cielo, la contemplación, y además el deleite.

¿ Viene aún al Luxemburgo ?—No, señor.—En esta iglesia oye misa, ¿ no es verdad ? No viene ya—¿ Vive todavía en esta casa ?—Se ha mudado.—¿ Adónde ha ido a vivir ?—No lo ha dicho.

¡ Qué cosa tan sombría es no saber las señas de la casa de su alma !

El amor tiene cosas de niño ; las otras pasiones tienen pequeñeces. ¡ Despreciemos las pasiones que empequeñecen al hombre. ¡ Honremos la que le hace niño !

Me sucede una cosa extraña. ¿ Sabéis cuál ? Estoy en la noche : hay un sol que al irse se ha llevado el cielo.

¡ Oh ! Estar echados juntos en la misma tumba con las manos enlazadas, y de tiempo en tiempo en las tinieblas, acariciarnos suavemente un dedo ; esto bastaría a mi eternidad.

Los que padecéis porque amáis, amad más aún. Morir de amor, es vivir.

Amad. Una transfiguración sombría y estrellada se mezcla con este suplicio. Hay éxtasis en la agonía.

¡ Oh, alegría de las aves ! Tenéis el canto, porque tenéis nido.

El amor es una respiración celestial del aire del paraíso.

Corazones profundos, ánimos ilustrados, tomad la vida como Dios la ha hecho ; la vida es una larga prueba, una preparación ininteligible para un destino desconocido. Este destino, el verdadero, principia para el hombre en el primer escalón de lo interior de la tumba. Entonces se le aparece algo, y principia a distinguir lo decisivo. Lo definitivo ; pensad en esta palabra. Los vivos ven lo infinito ; lo definitivo no se deja ver más que de los muertos. Mientras tanto, amad y padeced, esperad y contemplad. ¡ Desgraciado el que no haya amado más que cuerpos, formas, apariencias ! La muerte se lo arrebatará todo. Amad a las almas, y las volveréis a encontrar.

He encontrado en la calle un joven muy pobre que amaba. Llevaba un sombrero viejo, una levita usada, con los codos rotos : el agua penetraba en sus zapatos, y los astros en su alma.

¡ Qué gran cosa es ser amado ! ¡ Pero más es aún amar ! El corazón se hace heroico a fuerza de pasión. Sólo se compone de lo más puro ; sólo se apoya en lo más grande y elevado. En él no puede germinar un pensamiento indigno como no puede germinar una ortiga en un ventisquero.

El alma elevada y serena, inaccesible a las pasiones y a las emociones vulgares, que domina las nubes, las sombras

de este mundo, las locuras, las mentiras, los odios, la vanidad, la miseria, habita el azul del cielo, y no siente más que las conmociones profundas y subterráneas del destino, como las cimas de las montañas sienten los temblores de tierra.

Si no hubiera quien amase, se apagaría el sol.

V

COSETTE DESPUÉS DE LA CARTA

Durante esta lectura, Cosette iba cayendo poco a poco en meditación. En el momento en que levantó los ojos de la última línea del cuaderno, el oficial pasó triunfante por delante de la verja. Cosette lo encontró horrible.

Volvió a contemplar el cuaderno. Estaba escrito, pensaba Cosette, con una letra hermosísima; de la misma mano, pero con diversa tinta, ya negra, ya blanquecina, como cuando se echa la tinta en el tintero, y por consiguiente en distintos días. Era, pues, aquello, un pensamiento que se había derramado allí, suspiro a suspiro, irregularmente, sin orden, sin elección, sin objeto, a la casualidad. Cosette no había leído nunca nada semejante. Aquel manuscrito en que se veía más claridad que obscuridad, le causaba el mismo efecto que un santuario entreabierto. Cada una de sus misteriosas líneas resplandecía a sus ojos, y le inundaba el corazón de una luz extraña. La educación que había recibido le había hablado siempre del alma, y nunca del amor, así como si se hablase de la brasa sin hablar de la llama. Aquel manuscrito de quince páginas le revelaba suave y repentinamente todo el amor, el destino, la vida, la eternidad, el principio y el fin. Era como una mano que se hubiese abierto y le hubiese arrojado súbitamente un puñado de rayos. Descubría en aquellas líneas una naturaleza apasionada, ardiente, generosa, honrada: una voluntad sagrada, un inmenso dolor, y una esperanza inmensa; un corazón oprimido, y un éxtasis manifestado. ¿Y qué era aquel manuscrito? Una carta. Una carta sin señas, sin nombre, sin fecha, sin firma, apremiante y desinteresada, enigma compuesto de verdades; mensaje de amor escrito para ser llevado por un ángel, y leído por una virgen; cita dada fuera de la tierra; billete amoroso de un fantasma a una sombra. Era un alma ausente, tranquila y oprimida, que parecía dispuesta a refugiarse en la muerte, y que enviaba a otra alma ausente el secreto de su destino, la clave de la vida, el amor. Aquello había sido escrito con los pies en la tumba y el dedo en el cielo. Aquellas líneas que habían caído una a una sobre el papel, podrían llamarse gotas del alma.

Pero, ¿de quién podrían ser aquellas páginas?

¿Quién las había escrito?

Cosette no dudó ni un minuto. Sólo un hombre.

¡Él!

Habíase iluminado su alma; todo había vuelto a aparecer; experimentaba una alegría indecible y una angustia profunda.

¡Era él! ¡Él quien la escribía! ¡él que estaba allí! ¡él, que había pasado el brazo al través de la verja! Mientras que ella lo olvidaba, él la había encontrado. Pero ¿lo había olvidado? ¡No! ¡nunca! Era una locura el creerlo por un solo momento: lo había amado y adorado siempre. El fuego se había cubierto, y había estado oculto algún tiempo; pero ella lo veía; no había hecho más que ahondar un poco, y ya brillaba de nuevo y la abrasaba.

Aquel cuaderno era como una chispa caída del alma del otro en la suya.

Sentía empezar de nuevo el fuego; se penetraba de cada palabra del manuscrito.

—¡Ah, sí!—decía;—¡cómo conozco todo esto! Es lo que he leído en sus ojos.

Cuando acababa de leerla por tercera vez, el teniente Teodulo volvió por delante de la verja haciendo sonar las espuelas, lo que hizo levantar los ojos a Cosette, que lo encontró soso, tonto, necio, presumido, desagradable, impertinente, y muy feo. El oficial creyó que debía dirigirle una sonrisa, pero Cosette se volvió avergonzada e irritada. De buena gana le hubiera tirado algo a la cabeza.

Marchóse, pues, entró en la casa, y

se encerró en su cuarto para volver a leer el manuscrito, para aprenderlo de memoria, y para pensar. Cuando lo hubo leído, lo besó y lo puso en su corsé.

Era cosa hecha: Cosette había caído en el profundo amor seráfico: acababa de abrirse el abismo Edén.

Cosette pasó todo el día sumida en una especie de aturdimiento.

Apenas pensaba; sus ideas estaban en el estado de un ovillo enredado en su cerebro; no conseguía reflexionar; esperaba al través de estremecimientos alguna cosa vaga. No se atrevía a prometerse nada y no quería negarse nada; cruzaban por su rostro sombras pálidas, y calofríos por su cuerpo. Le parecía algunos momentos que penetraba en lo quimérico; y se decía: ¿Es esto real? y tentaba el papel querido bajo su vestido, lo oprimía contra su corazón, sentía los dobleces en su pecho, y si Juan Valjean la hubiera visto en aquel momento, se habría estremecido ante aquella alegría luminosa y desconocida que brotaba de sus ojos. ¡Oh! sí, pensaba. ¡Es él! ¡Esto es de él para mí!

Y creía que se lo había llevado una intervención de los ángeles; una casualidad celestial.

¡Oh transfiguraciones del amor! ¡Oh sueños! Esta casualidad celestial, esta intervención de los ángeles era la bola de pan lanzada de un ladrón a otro ladrón; del patio de Carlomagno a la cueva de los Leones por cima de los tejados de la Fuerza.

VI

LOS VIEJOS HAN NACIDO PARA SALIR A PROPÓSITO

Cuando llegó la noche, salió Juan Valjean, y Cosette se vistió. Se peinó del modo que le sentaba mejor y se puso un vestido, cuyo cuerpo había recibido una tijeretada más, y dejaba ver por esta escotadura el nacimiento del cuello; era, como dicen las jóvenes, «un poco indecente». No era de ninguna manera indecente; pero era más bonito que otro. ¡Se vistió de este modo sin saber por qué!

¿Quería salir? No.

¿Esperaba una visita? No.

Al anochecer bajó al jardín. La tía Santos estaba ocupada en la cocina, que daba al traspatio.

Empezó a pasear bajo los árboles, separando las ramas de tiempo en tiempo, con la mano, porque las había muy bajas.

Así llegó al banco. Allí estaba todavía la piedra.

Se sentó, y puso su blanca mano sobre la piedra, como si quisiese acariciarla y manifestarle agradecimiento.

De pronto sintió esa impresión indefinible que se experimenta, aun sin ver, cuando se tiene alguno detrás, en pie.

Volvió la cabeza y se levantó. Era él.

Tenía la cabeza descubierta; parecía pálido y flaco; apenas se distinguía su traje negro. El crepúsculo blanqueaba su hermosa frente y cubría sus ojos de tinieblas. Tenía algo propio de la muerte y de la noche bajo un velo de incomparable dulzura. Su rostro estaba iluminado por la claridad del día que muere, y por el pensamiento de un alma que se va.

Parecía que no era aún fantasma; pero que no era ya hombre.

Su sombrero estaba caído a algunos pasos sobre la hierba.

Cosette, próxima a desfallecer, no dió ni un grito. Retrocedió lentamente, porque se sentía atraída. Él no se movió. Cosette sentía la mirada de sus ojos, que no podía ver al través de un velo inefable y triste que le rodeaba.

Cosette, al retroceder, encontró un árbol, y se apoyó en él; sin este árbol se hubiera caído al suelo.

Entonces oyó su voz, aquella voz que realmente no había oído nunca, que apenas sobresalía del susurro de las hojas, y que murmuraba:

—Perdonadme; estoy aquí. Tengo el corazón lleno; no podía vivir como estaba y he venido. ¿Habéis leído lo que he puesto en ese banco? ¿Me conocéis? No tengáis miedo de mí. ¿Os acordáis de aquel día, hace ya mucho tiempo, en que me mirasteis? Fué en el Luxemburgo, cerca del Gladiador. ¿Y del día que pasasteis cerca de mí? El 16 de junio y el 2 de julio. Va a hacer un año. Desde hace mucho tiempo no os he visto. He preguntado a la alquiladora de

las sillas y me ha dicho que ya no os veía. Vivíais en la calle del Oeste, en un tercer piso de una casa nueva; ya veis que lo sé. Yo os seguía. ¿Qué tenía que hacer? Después habéis desaparecido. Creí veros pasar una vez cuando estaba yo leyendo los periódicos bajo los arcos del Odeón, y corrí; pero no, era una joven que tenía un sombrero como el vuestro. Por la noche vengo aquí. No temáis. Nadie me ve; vengo a mirar vuestras ventanas de cerca. Ando muy suavemente para que no lo oigáis, porque podríais tener miedo. La otra noche estaba detrás de vos, os volvisteis, y huí. Una vez os he oído cantar; fuí feliz. ¿Os hace daño que os oiga cantar al través de las persianas? Esto no os hace mal, ¿no es verdad? Ya veis, sois mi ángel; dejadme venir; creo que me voy a morir. ¡Si supieseis! ¡Os adoro! Perdonadme; os hablo, y no sé lo que os digo; os incomodo tal vez. ¿Os incomodo?

—¡Oh, madre mía!—dijo Cosette. Se le doblaron las piernas como si se muriese.

Él la cogió; ella se desmayaba; la tomó en sus brazos, la apretó sin tener conciencia de lo que hacía, y la sostuvo temblando. Estaba como si tuviese la cabeza llena de humo; veía pasar relámpagos ante sus ojos; sus ideas se desvanecían; le parecía que realizaba un acto religioso, y que cometía una profanación. Por lo demás; no experimentaba el menor deseo hacia aquella mujer seductora, cuyas formas sentía sobre su pecho. Estaba perdido de amor.

Le cogió una mano y se la puso sobre el corazón. Sintió el papel que tenía allí, y balbuceó:—¿Me amáis, pues?

Cosette respondió en una voz tan baja, que no era más que un soplo que apenas se oía:—¡Cállate! ¡Ya lo sabes!

Y ocultó su rostro lleno de rubor en el pecho del joven orgulloso y embriagado.

Cayó sobre el banco, y ella a su lado. No tenían ya palabras. Las estrellas empezaban a brillar. ¿Cómo fué que sus labios se encontraron? ¿Cómo es que el pájaro canta, la nieve se funde, que la rosa se abre, que mayo extiende su fragancia, que el alba blanquea detrás de los árboles negros en la cumbre de las colinas?

Un beso; esto fué todo.

Los dos se estremecieron, y se miraron en la sombra con ojos brillantes.

No sentían ni el frío de la noche, ni la frialdad de la piedra, ni la humedad de la tierra, ni la humedad de las hojas; se miraban, y tenían el corazón lleno de pensamientos. Se habían cogido las manos sin saberlo.

Ella no le preguntaba nada; no pensaba ni aun por dónde había entrado, y cómo había penetrado en el jardín. ¡Le parecía ya tan sencillo que estuviese allí!

De tiempo en tiempo la rodilla de Mario tocaba la rodilla de Cosette, y ambos se estremecían.

Por intervalos Cosette tartamudeaba una palabra.

Su alma temblaba en sus labios como una gota de rocío en una flor.

Poco a poco se hablaron. La expansión sucedió al silencio, que es la plenitud. La noche estaba serena y espléndida por cima de sus cabezas. Aquellos dos seres puros, como dos espíritus, se lo dijeron todo: sus sueños, sus felicidades, sus éxtasis, sus quimeras, sus debilidades; cómo se habían adorado de lejos, cómo se habían deseado, y su desesperación cuando habían cesado de verse. Se confiaron en una intimidad ideal, que nada podía aumentar, lo que tenían más oculto y misterioso. Se contaron con una fe cándida en sus ilusiones todo lo que el amor, la juventud y el resto de infancia que tenían les hacía pensar. Aquellos dos corazones se derramaron uno en otro, de modo que al cabo de una hora, él tenía el alma de ella, y ella el alma de él. Se penetraron, se encantaron, se deslumbraron.

Cuando acabaron, cuando se lo dijeron todo, ella reposó su cabeza en el hombro de Mario, y le preguntó:

—¿Cómo os llamáis?

—Yo me llamo Mario. ¿Y vos?

—Yo me llamo Cosette.

LIBRO SEXTO

El niño Gavroche.

I

TRAVESURAS DEL VIENTO

Desde 1823, mientras que el bodegón de Montfermeil se obscurecía y desaparecía poco a poco, no en el abismo de una bancarrota, sino en la cloaca de las deudas pequeñas, los Thenardier habían tenido otros dos hijos, varones ambos: con éstos eran cinco, dos hembras y tres varones, lo cual era mucho.

La Thenardier se había desembarazado de los dos últimos, cuando eran aún muy pequeños, con una facilidad singular.

Hemos dicho, con razón, desembarazado, porque en aquella mujer no había más que un fragmento de naturaleza, fenómeno de que hay más de un ejemplo. Como la mariscala de Lamothe-Houdaucourt, la Thenardier sólo era madre para sus hijas. Allí concluía su maternidad. Su odio al género humano empezaba en sus hijos; por el lado de éstos su maldad estaba cortada a pico, y su corazón tenía en este lugar una lúgubre escarpadura. Como se ha visto ya, detestaba al mayor, y odiaba a los otros dos. ¿Por qué? Porque sí. El motivo más temible, y la respuesta más incontestable es porque sí.—No necesito una manada de chicos—decía esta madre.

Expliquemos cómo los Thenardier habían llegado a librarse de sus dos últimos hijos, y aun a sacar provecho de ellos.

Aquella Magnon, de quien hemos hablado en otro lugar, era la misma que había conseguido sacar una pensión al infeliz Gillenormand para los dos hijos que tenía. Vivía en el muelle de los Celestinos, a la esquina de la antigua calle de Almizclero, que ha hecho lo posible por cambiar en buen olor su mala fama. El lector recordará la gran epidemia de garrotillo que devastó hace treinta años los barrios ribereños del Sena en París, y que la ciencia se aprovechó para experimentar en gran escala la eficacia de las insuflaciones de alumbre, tan útilmente reemplazadas hoy por la tintura externa del iodo. En aquella epidemia la Magnón perdió en un mismo día sus dos hijos, aun muy pequeños, uno por la mañana y otro por la tarde. Esto fué un gran golpe, porque estos niños eran muy preciosos para su madre; representaban ochenta francos al mes. Estos ochenta francos eran pagados exactamente en nombre del señor Gillenormand, por su contador el señor Barge, portero retirado, calle del Rey de Sicilia. Muertos los niños, la pensión quedaba enterrada. La Magnon buscó un recurso. En aquella tenebrosa masonería del mal, de que formaba parte, se sabe todo, se guarda el secreto, y se prestan todos auxilio mutuamente.

La Magnon necesitaba dos hijos; la Thenardier los tenía, y precisamente del mismo sexo, de la misma edad. Esto era un buen arreglo para la una, y una buena colocación para la otra. Los niños de la Thenardier se convirtieron en niños de la Magnon. Esta se mudó del muelle de los Celestinos a la calle Cloche-Perce. En París, la identidad que liga a un individuo a sí mismo se rompe de una calle a otra.

El estado civil, que no intervenía en nada, no reclamó, y la sustitución se hizo del modo más fácil del mundo. Sólo la Thenardier exigió, por el préstamo de sus hijos, diez francos al mes, que la Magnon prometió, y aun pagó. No hay que decir que el señor Gillenormand continuó pagando. Cada seis meses iba a ver a los niños, y no notó el cambio.

—Señor—le decía la Magnon,—¡cómo se parecen a vos!

Thenardier, que encontraba fácil todos los disfraces, aprovechó esta ocasión para convertirse en Jondrette. Sus dos hijas y Gavroche, apenas habían tenido tiempo de notar que tenían dos hermanos. En cierto grado de miseria se apodera del alma una especie de indiferencia espectral, y se ve a los seres como larvas. Las personas más allegadas se presentan como vagas formas de la sombra, que apenas se distinguen del fondo nebuloso de la vida, y se confunden fácilmente en lo invisible.

La noche del día en que la Thenardier había hecho entrega de sus dos hi-

jos a la Magnon, con voluntad expresa de renunciar a ellos para siempre, tuvo o aparentó tener, un escrúpulo; y dijo a su marido:

—¡Pero esto es abandonar a estos niños!

Thenardier, magistral y flemático, cauterizó el escrúpulo con esta sentencia:

—¡Juan Jacobo Rousseau hizo más!

La madre pasó entonces del escrúpulo a la inquietud.

—¿Y si la policía nos persiguiese? ¿Es permitido esto que hemos hecho, decidme, señor Thenardier?

Thenardier respondió:

—Todo es permitido. Nadie verá en esto más que una cosa clara como el agua. Por otra parte, no hay interés alguno en cuidar de hijos que no tienen un cuarto.

La Magnon era una variedad elegante del crimen. Se cuidaba del aseo personal. Dividía su habitación, amueblada de una manera extraña y miserable, como una astuta ladrona inglesa afrancesada. Esta inglesa que se había naturalizado en París, recomendable por sus ricas relaciones, íntimamente ligada a las medallas de la biblioteca y a los diamantes de la señorita Mars, fué después célebre en los anales del crimen: se llamaba «la señorita Miss».

Los dos niños, que, por decirlo así, cayeron en suerte a la Magnon, no tuvieron de qué quejarse. Recomendados por los ochenta francos, estaban cuidados como todo lo que es explotado; no estaban mal vestidos, ni mal alimentados: estaban tratados como unos «señoritos»: estaban, por fin, mucho mejor con su falsa madre que con su madre verdadera. La Magnon se hacía la señora, y no hablaba en caló delante de ellos.

Así pasaron algunos años. Thenardier auguraba bien. Un día que la Magnon le llevaba sus diez francos mensuales, le dijo:

—Será preciso que «el padre» les dé educación.

Pero de repente, aquellos dos pobres niños, bastante protegidos hasta allí, aun por la mala suerte, fueron lanzados bruscamente a la vida, y se vieron obligados a empezar a recorrerla.

Una prisión en masa de malhechores como la del zaquizamí de Jondrette, que necesariamente había de complicarse con requisitorias y prisiones ulteriores, es un verdadero desastre para esa repugnante contra-sociedad oculta, que vive bajo la sociedad pública; una aventura de este género arrastra tras sí toda clase de derrumbamientos en ese mundo sombrío. La catástrofe de los Thenardier produjo la catástrofe de la Magnon.

Un día, poco tiempo después que la Magnon hubo dado a Eponina el billete relativo a la calle Plumet, se verificó en la calle Cloche-Perce una repentina visita de la policía; la Magnon fué presa, lo mismo que la señorita Miss, y toda la vecindad que era sospechosa, tuvo que pasar por los hilos de la justicia.

Los dos niños estaban jugando en aquel momento en un patio, y no vieron nada de esta catástrofe. Cuando volvieron hallaron la puerta cerrada y la casa vacía. Un zapatero de un portal de enfrente los llamó, y les dió un papel, que su «madre» había dejado para ellos. En el papel había escritas unas señas: Señor Barge, contador, calle del Rey de Sicilia, número 8. El hombre del portal les dijo:

—Ya no vivís ahí. Idos. Esta casa está cerca. La primera calle a la derecha. Preguntad el camino con este papel.

Los niños se fueron, llevando el mayor al menor, con el papel que debía guiarlos en la mano. Tenía frío; sus deditos hinchados se cerraban mal y apenas sostenían el papel. Al dar la vuelta de la calle Cloche-Perce, se lo llevó una ráfaga de viento, y como caía la noche, no pudo encontrarle.

Pusiéronse, pues, a vagar por las calles.

II

EN QUE SE VERÁ CÓMO GAVROCHE SUPO SACAR PARTIDO DE NAPOLEÓN EL GRANDE.

La primavera en París suele verse interrumpida por brisas ásperas y agudas que le dejan a uno, no helado, pero sí aterido de frío: estas brisas que entristecen los más hermosos días, causan

el mismo efecto que esos soplos de aire frío que en un cuarto templado penetran por los huecos de las ventanas o de las puertas mal cerradas. Parece que la obscura puerta del invierno se ha quedado entreabierta, y deja entrar el viento. En la primavera de 1832, época en que apareció la primera epidemia de este siglo en Europa, estas brisas fueron más incómodas y punzantes que nunca; era que había una puerta más glacial aún que la del invierno entreabierta: era la puerta del sepulcro. Sentíase en esta brisa el aliento del cólera. Bajo el punto de vista meteorológico, estos vientos fríos tenían de particular que no excluían una gran tensión eléctrica; y estallaron en aquella época frecuentes tempestades, acompañadas de relámpagos y truenos.

Una tarde en que estas brisas soplaban rudamente, de modo que parecía haber vuelto el mes de enero, y los parisienses se habían vuelto a poner los abrigos, Gavroche, temblando alegremente de frío bajo sus harapos, estaba de pie y como en éxtasis delante de una peluquería de los alrededores de la calle del Olmo de San Gervasio. Llevaba un pañuelo de lana, de mujer, cogido no sabemos dónde, con el cual se había hecho un tapa-boca; parecía que estaba admirando profundamente una figura de cera escoltada y adornada con flores de naranjo, que daba vueltas en el escaparate, mostrando su sonrisa a los transeuntes entre dos quinqués; pero en realidad observaba la tienda para ver si podía «afanar» del escaparate una pastilla de jabón, que iría a vender en seguida por un sueldo a un «peluquero» de las afueras. Muchos días almorzaba con una de estas pastillas, y llamaba a este trabajo, para el cual tenía talento, «hacer la barba a los barberos».

Contemplando, pues, la muñeca, y mirando la pastilla, decía entre dientes:

—Martes. No es martes. ¿Fué martes? Quizá es martes. Sí, es martes.

No se sabe a qué se refería este monólogo. Si por casualidad se refería a la última vez que había comido, hacía ya tres días, porque era viernes.

El barbero en su tienda, templada por una buena chimenea, afeitaba a un parroquiano, y dirigía de cuando en cuando una mirada oblicua a este enemigo, a este pilluelo helado y descarado que tenía las dos manos en los bolsillos, pero el espíritu evidentemente fuera del cuerpo.

Mientras que Gavroche examinaba la muñeca, el escaparate y el jabón Windsor, dos niños, de estatura desigual, vestidos con limpieza, y menores que él, uno como de siete años, y otro de cinco, hicieron girar tímidamente el picaporte, y entraron en la tienda pidiendo algo, una limosna quizá, con un murmullo lastimero, que parecía más bien un gemido que una súplica. Hablaban ambos a la vez, y sus palabras eran ininteligibles, porque los sollozos ahogaban la voz del menor, y el frío hacía temblar los dientes del mayor. El barbero se volvió con rostro airado, y sin abandonar la navaja, empujando al mayor con la mano izquierda, y al menor con la rodilla, los echó a la calle, y cerró la puerta diciendo:

—¡Venir a enfriarnos por nada!

Los dos niños echaron a andar llorando. A todo esto se había presentado una nube, y principiaba a llover.

Cavrochillo corrió detrás de ellos, los alcanzó y les dijo:

—¿Qué tenéis, chiquillos?

—No sabemos dónde dormir—respondió el mayor.

—¿Y es eso todo? ¡Vaya una gran cosa! ¿Y se llora por eso? ¿Sois unos canarios sin duda?

Y tomando, al través de su superioridad algo chocarrera, un acento de tierna autoridad y de dulce protección, añadió:

—Criaturas, venid conmigo.

—Sí, señor—dijo el mayor.

Y los dos niños le siguieron, lo mismo que hubieran seguido a un arzobispo, y cesaron de llorar.

Gavroche los hizo subir por la calle de San Antonio en dirección a la Bastilla.

El pilluelo, al mismo tiempo que se alejaba, dirigió una mirada indignada y retrospectiva a la peluquería.

—No tiene corazón ese bacalao—murmuró—; parece un inglés.

Una mozuela, que vió marchar a los tres en fila con Gavroche a la cabeza,

soltó una sonora carcajada. Esta risa era una falta de respeto al grupo.

—Buenos días, señorita Omnibus— le dijo Gavroche.

Y un instante después, acordándose del peluquero, añadió :

—Me he engañado : no es un bacalao ; es una serpiente. Peluquero, ya buscaré un herrero, y te pondré un cascabel a la cola.

El peluquero lo había hecho agresivo, y apostrofó, saltando un arroyo, a una portera barbuda y digna de encontrar a Faustro en el Brocken, que tenía la escoba en la mano.

—Señora—le dijo— : ¿salís con vuestro caballo?

Y al mismo tiempo salpicó de lodo las botas barnizadas de un transeunte.

—¡ Bribón !—exclamó el transeunte furioso.

Gavroche sacó la nariz del tapaboca.

—¿Se queja el señor?

—¡ De ti !—dijo el transeunte.

—Se ha cerrado el despacho, y ya no admito reclamaciones.

Mientras tanto seguían subiendo la calle, y descubrió bajo una puerta cochera a una pobrecita de trece a catorce años, helada, y con un vestidito tan corto que apenas le llegaba a la rodilla. La niña empezaba a ser ya grande para llevar este traje.

El desarrollo suele jugar estas malas pasadas, y el vestido se hace corto, precisamente en el momento en que la desnudez se hace indecente.

—¡ Pobre niña ! — dijo Gavroche—. No tiene ni aun pantalones. ¡ Toma eso siquiera !

Y quitándose el pañuelo de lana que tenía al cuello, le echó sobre los hombros delgados y amoratados de la pobre, convirtiéndose en chal el tapaboca.

La niña le contempló con asombro, y recibió el chal en silencio. En cierto grado de miseria, el pobre en su estupor no llora ya su mal, ni agradece el bien.

Hecho esto, dijo Gavroche :

—¡ Brrr !—estremeciéndose más que San Martín, que se quedó a lo menos con la mitad de la capa.

Después de esto ¡ brrr ! redobló su fuerza la lluvia. Esos malos cielos castigan las buenas acciones.

—¡ Ah !—exclamó Gavroche—: ¿qué significa esto? Llueve otra vez. Buen Dios, si esto sigue así, retiro mi abono.

Y siguió su camino.

—Es igual — dijo después echando una mirada a la pobre que se arrebujaba en el chal—, ahí tenéis una magnífica manteleta.

Y mirando a la nube, gritó :

—¡ Te has fastidiado !

Los dos niños le seguían.

Al pasar por delante de uno de esos estrechos enrejados de alambre que indican una panadería, porque el pan se pone como el oro detrás de rejas de hierro, se volvió Gavroche, y dijo :

—¡ Eh ! muchachos, ¿habéis comido?

—Señor—respondió el mayor—, no hemos comido nada desde esta mañana.

—¿No tenéis, pues, ni padre ni madre? — preguntó majestuosamente Gavroche.

—Perdonad, señor, tenemos papá y mamá, pero no sabemos dónde están.

—A veces es mejor eso que saberlo— dijo Gavroche, que era todo un pensador.

—Ya hace dos horas — continuó el mayor—, que estamos andando ; hemos buscado algo que comer en los rincones, y no hemos encontrado nada.

—Lo sé—dijo Gavroche—. Los perros se lo comen todo.

Y continuó después de un momento de silencio :

—¡ Ah ! Hemos perdido a los autores de nuestros días. No sabemos qué hemos hecho de ellos. Eso no está bien, pilluelos. Es muy tonto eso de perderse como personas de edad. ¡ Ah ! Sin embargo, es preciso luchar.

Por lo demás, no les hizo ninguna pregunta. ¿Qué cosa más sencilla que no tener domicilio?

El mayor de los dos niños, entregado ya casi por completo a la pronta indiferencia de la infancia exclamó :

—Pero esto es muy triste. Mamá nos había dicho que nos llevaría a comprar romero bendito el Domingo de Ramos.

—¡ Inocente criatura ! — respondió Gavroche.

—Mamá—añadió el mayor—, es una señora que vive con la señorita Miss.

—Necio—dijo Gavroche.

En esto se había parado, y andaba

hacía algunos minutos tentando y registrando todos los rincones que tenía en sus harapos.

Por fin levantó la cabeza con una expresión no satisfecha, pero en realidad triunfante.

—Calmémonos, monigotillos. Ya tenemos con qué cenar los tres.

Y sacó de un bolsillo un sueldo.

Y sin dejar a los dos niños tiempo para alegrarse, les empujó delante de sí hacia la tienda de un panadero, y puso el sueldo en el mostrador, gritando:

—¡Mozo! Cinco céntimos de pan.

El panadero que era el amo en persona, cogió un pan y un cuchillo.

—¡En tres pedazos, mozo!—gritó Gavroche, añadiendo con dignidad—: Porque somos tres.

Y viendo que el panadero, después de haber examinado a los tres comensales, había tomado un pan negro, se metía profundamente el dedo en la nariz, con una aspiración tan imperiosa como si tuviese entre los dedos un polvo de tabaco de Federico el Grande, y dirigió al rostro del panadero este apóstrofe indignado:

—¿Quéseso?

Los lectores que crean ver en esta interpelación de Gavroche una palabra rusa o polaca, o uno de estos gritos salvajes que los yoways y los botocudos se dirigen de una orilla a otra del río, al través de las soledades, deben saber que no es más que una frase que dicen todos los días (los lectores), una frase que quire decir: ¿qué es eso? El panadero comprendió perfectamente, y respondió:

—¡Qué! Es pan; buen pan de segunda clase.

—Pan de munición, querréis decir—respondió Gavroche, tranquilo y fríamente desdeñoso—. ¡Pan blanco, mozo! Pan jabonado. Yo convido.

El panadero no pudo menos de reírse, y cortando el pan blanco, les miró de una manera compasiva, que chocó a Gavroche.

—¡Ah, galopo!—dijo—: ¿Nos queréis medir a toesas?

Téngase presente que puestos los tres uno encima de otro, apenas medían una toesa.

El panadero, así que cortó el pan, guardó el sueldo, y Gavroche dijo a los dos niños:

—Jamad.

Los niños le miraron sorprendidos. Gavroche se echó a reír.

—¡Calla! es verdad; no entienden aún. ¡Son tan pequeños!

Y añadió:

—Comed.

Y al mismo tiempo dió a cada uno un pedazo de pan.

Y pensando que el mayor, que le parecía más digno de su conversación, merecía alguna distinción especial, y debía perder todo temor para satisfacer su apetito, le dijo dándole el mayor pedazo:

—Echa ese cartucho en el fusil.

Había un pedazo más pequeño que los otros dos, y se quedó con él.

Los pobres niños estaban hambrientos, y Gavroche lo conoció. Mientras mordían el pan con buenos dientes ocupaban la panadería, cuyo amo, después que había cobrado, los contemplaba con enfado.

—Volvamos a la calle—dijo Gavroche.

Y tomaron la dirección de la Bastilla.

De tiempo en tiempo, cuando pasaban por delante de las tiendas iluminadas, el niño menor se detenía para mirar la hora en un reloj de plomo que llevaba colgado del cuello en un cordón.

—Es verdaderamente un canario—decía Gavroche.

Y después murmuraba pensativo entre dientes:

—Es igual. Si tuviese yo monigotes, los educaría mejor.

Cuando iba ya acabando el pedazo de pan, llegaban al ángulo de aquella lúgubre calle de las Danzas, en cuyo fondo se descubre el postigo bajo y hostil de la Fuerza.

—¡Calla! ¿Eres tú, Gavroche?—dijo uno.

—¡Calla! ¿Y tú, Montparnase?—dijo Gavroche.

Era un hombre que acababa de acercarse al pilluelo; era Montparnase disfrazado con anteojos azules, pero no desfigurado para Gavroche.

—¡Diablo!—prosiguió Gavroche—llevas una manteleta de color de cataplasma de harina de linaza, y anteojos

azules como un médico. Tienes estilo, palabra de hombre de honor.

—¡Chist!—le dijo Montparnase—; no hables tan alto.

Y se llevó vivamente a Gavroche fuera de la luz de las tiendas.

Los dos niños les seguían maquinalmente agarrados de la mano.

Cuando estuvieron bajo la obscura archivolta de una puerta cochera, al abrigo de las miradas y de la lluvia, le preguntó Montparnase:

—¿Sabes adónde voy?

—A casarte con la viuda (1) — contestó Gavroche.

—¡Farsante!

Y Montparnase añadió:

—Voy a buscar a Babet.

—¡Ah!—dijo Gavroche—; ahora se llama Babet.

Montparnase bajó la voz:

—No ella, sino él.

—¡Ah! Babet.

—Sí, Babet.

—Yo le creía en chirona.

—Se ha escapado—respondió Montparnase.

Y contó rápidamente al pilluelo que aquella misma mañana Babet había sido trasladado a la Conserjería, y se había escapado, tomando la izquierda en vez de tomar la derecha en el «corredor de la instrucción».

Gavroche admiró esta habilidad.

—¡Qué sacamuelas!—dijo.

Montparnase añadió algunos pormenores sobre la evasión de Babet, y concluyó diciendo:

—¡Oh! No es eso todo.

Gavroche, mientras hablaba, había cogido un bastón que Montparnase llevaba en la mano, y había tirado maquinalmente de la parte superior, sacando la hoja de un puñal.

—¡Ah!—dijo envainando otra vez vivamente el puñal—has traído tu gendarme disfrazado de ciudadano.

Montparnase guiñó el ojo.

—¡Caramba! — añadió Gavroche—, ¿vas a agarrarte con los corchetes?

—No lo sé—respondió Montparnase con indiferencia—. Bueno es siempre llevar consigo un alfiler.

Gavroche insistió:

—¿Qué vas a hacer esta noche?

Montparnase tomó de nuevo el tono grave, y dijo mascando las palabras:

—Negocios.

Y cambiando bruscamente de conversación:

—¡A propósito!

—¿Qué?

—Una aventura que me pasó el otro día. Figúrate que me encuentro a un hombre; me regala un sermón y la bolsa; meto ésta en el bolsillo; un minuto después meto la mano en el bolsillo, y ya no tenía nada.

—Más que el sermón—añadió Gavroche.

—¿Pero y tú—dijo Montparnase—, adónde vas ahora?

Gavroche le señaló sus dos protegidos, y dijo:

—Voy a acostar a esos niños.

—¿Adónde?

—A mi casa.

—¿Dónde está tu casa?

—En mi casa.

—¿Tienes, pues, casa?

—Sí, tengo casa.

—¿Y dónde vives?

—En el elefante—dijo Gavroche.

Montparnase, aunque de naturaleza poco asustadiza, no pudo contener una exclamación:

—¡En el elefante!

—¿Y qué? ¡Sí, en el elefante!—respondió Gavroche—. ¿Quétieso?

Esta es otra palabra de una lengua que nadie escribe, y que todo el mundo habla. Quétieso, significa: ¿Qué tiene eso?

La profunda observación del pilluelo volvió a Montparnase la calma y el juicio, y le inspiró mejores sentimientos respecto de su habitación.

—¿De veras?—dijo—, ¿en el elefante? ¿Y se está bien allí?

—Muy bien—dijo Gavroche—. Allí verdaderamente no hay vientos encallejonados como bajo los puentes.

—¿Y cómo entras?

—Entrando.

—¿Hay algún agujero? — preguntó Montparnase.

—¡Caramba! Pero no se debe decir. Entre las patas delanteras. Los esbirros no le han visto.

—Y tú escalas. Ya lo comprendo.

(1) La guillotina.

—Un cambio de mano, cric, crac, y está concluído; nadie lo ve.

Después de un momento de silencio, añadió Gavroche:

—Para estos pequeñuelos buscaré una escalera.

Montparnase se echó a reír.

—¿Dónde demonio has encontrado esos mochuelos?

Gavroche respondió con sencillez:

—Son unos monigotes que me ha regalado un peluquero.

Mientras tanto Montparnase se había quedado pensativo.

—Me has conocido con facilidad—murmuró.

Sacó del bolsillo dos objetos pequeños, que no eran más que dos cañones de pluma rodeados de algodón, y se introdujo uno en cada agujero de la nariz. Esto le transformaba la nariz.

—Eso te desfigura—dijo Gavroche—. Así estás menos feo: ¿Por qué no los llevas siempre?

Montparnase era un guapo joven; pero Gavroche era un burlón.

—Sin reírte—dijo Montparnase—, ¿cómo estoy?

Había variado el timbre de la voz. En un momento, Montparnase estaba desconocido.

—¡Oh! Haznos el pulchinela—exclamó Gavroche.

Los dos niños, que no habían oído nada hasta entonces, y que estaban ocupados en meterse los dedos en la nariz se aproximaron al oír este nombre, y miraron a Montparnase con un principio de alegría y de admiración.

Desgraciadamente Montparnase estaba pensativo.

Puso la mano en el hombro de Gavroche, y le dijo recargando estas palabras:

—Escucha lo que te voy a decir, chico: si me encontrase en la plaza con mi dama, mi daga y mi dogo, y me prodigasen, digamos diez sueldos, me dignaría trabajar; pero no todo se puede digerir.

Estas frases extrañas produjeron en el pilluelo un efecto singular. Se volvió con presteza, miró a su alrededor con sus pequeños ojos brillantes, y descubrió a algunos pasos un agente de policía que estaba de espaldas. Gavroche dejó escapar un ¡ah, ya entiendo! que reprimió en seguida, y dijo sacudiendo la mano de Montparnase:

—Pues bien, buenas noches; me voy a mi elefante con mis hijuelos. Si por casualidad alguna noche me necesitas, ven a buscarme. Vivo en el entresuelo; no hay portero: preguntarás por el señor Gavroche.

—Está bien—dijo Montparnase.

Y se separaron, dirigiéndose Montparnase hacia la Grève, y Gavroche hacia la Bastilla. El niño de cinco años arrastrado por su hermano, que era arrastrado por Gavroche, volvió varias veces la cabeza para ver al «pulchinela».

La frase enigmática con que Montparnase había avisado a Gavroche, la presencia de un agente de policía, no contenía más secreto que la asonancia «dig» repetida cinco o seis veces de diverso modo. Esta sílaba «dig» no pronunciada aisladamente, sino mezclada artísticamente con palabras de una frase, quiere decir: «tengamos cuidado porque no se puede hablar con libertad».

Había además en las palabras de Montparnase una belleza literaria que no observó Gavroche; la frase «mi dama, mi daga y mi dogo», locución del caló del Temple, que significa «mi mujer, mi puñal y mi perro», muy usada entre los pitres y colasrojas del siglo en que escribía Molière y pintaba Callot.

Hace veinte años se veía aún en el ángulo Sudeste de la plaza de la Bastilla, cerca del remanso del canal formado en el antiguo foso de la cárcel-ciudadela, un extraño monumento que se ha borrado ya de la memoria de los parisienses, y que merecía haber dejado alguna huella, porque era una idea del «miembro del Instituto, general en jefe del ejército de Egipto».

Decimos monumento, aunque no era más que un boceto, pero aun siendo un boceto, era un pensamiento prodigioso, un esqueleto grandioso de una idea de Napoleón; esqueleto al cual dos o tres golpes de viento sucesivos habían empujado y llevado cada vez más lejos, que se había hecho ya histórico, y había tomado un carácter definitivo, que contrastaba con su aspecto provisional. Era un elefante de cuarenta pies de alto, construído de madera y mamposte-

ría; tenía encima su torre que parecía una casa, pintada primitivamente de verde por un pintor de brocha gorda, y después de negro por el cielo, la lluvia y el tiempo. En aquel ángulo desierto y descubierto de la plaza, la ancha frente del coloso, su trompa, sus colmillos, su torre, su enorme grupa, sus cuatro pies semejantes a otras tantas columnas, dibujaban por la noche en el cielo estrellado un perfil sorprendente y terrible.

No se sabía lo que significaba: era una especie de símbolo de la fuerza popular; era una cosa negra, enigmática e inmensa; era un fantasma poderoso, visible, y de pie, al lado del espectro invisible de la Bastilla.

Muy pocos extranjeros visitaban aquel edificio; ningún transeunte lo miraba. Estaba ya ruinoso; en cada estación, los pedazos de yeso que se le caían de los costados le causaban llagas repugnantes. «Los ediles», como se decía en el patuá elegante, le habían olvidado desde 1814; y allí estaba en su rincón, triste, enfermo, ruinoso, rodeado de una empalizada podrida, y manchada a cada instante por cocheros y borrachos. Muchas grietas le serpenteaban el vientre, de la cola le salía un madero, y entre sus piernas crecían altas hierbas: y como el nivel de la plaza se elevaba hacía treinta años alrededor por ese movimiento lento y continuo que levanta insensiblemente el piso de las grandes ciudades, estaba en un hoyo, y parecía que la tierra se hundía bajo su peso. Era inmundo, olvidado, repugnante y soberbio; feo a los ojos del ciudadano, melancólico a los ojos del pensador. Tenía algo de la basura que se barre, y algo de la majestad que se va a decapitar.

Como ya hemos dicho, por la noche combiaba de aspecto. La noche es el verdadero medio de todo lo que es sombra. Cuando caía el crepúsculo, el viejo elefante se transfiguraba; tomaba una figura tranquila y temible en la formidable serenidad de las tinieblas. Como pertenecía a lo pasado, le convenía la noche; la obscuridad sentaba bien a su grandeza.

Este monumento rudo, pesado, áspero, austero, casi deforme, pero seguramente majestuoso, y lleno de una especie de gravedad magnífica y salvaje, ha desaparecido para dejar reinar en paz la chimenea gigantesca, adornada con su cañón que ha reemplazado a la sombría fortaleza de nueve torres, así como la clase media reemplazaba al feudalismo. Es una cosa muy sencilla que una chimenea sea el símbolo de una época, cuyo poder está contenido en una marmita. Esta época pasará; va pasando ya; se principia a comprender que, si puede haber fuerza en una caldera, no puede haber poder más que en un cerebro; en otros términos: que lo que mueve y arrastra el mundo no son las locomotoras, son las ideas. Uncid las locomotoras a las ideas: está bien; pero no toméis el caballo por el jinete.

En fin, el caso es, volviendo a la plaza de la Bastilla, que el arquitecto del elefante había hecho con yeso una cosa grande, y el arquitecto del cañón de chimenea ha conseguido hacer con bronce una cosa pequeña.

Este cañón de chimenea, que ha sido bautizado con el nombre sonoro de Columna de Julio, este monumento, hijo de una revolución abortada, estaba aún rodeado en 1832 de una inmensa camisa de madera, que echamos de menos, y de una vasta empalizada de tablas, que acababa de aislar al elefante.

Hacia este rincón de la plaza, apenas iluminado por el reflujo de un lejano farol, se dirigió el pilluelo con los «mamones».

Permítasenos detenernos aquí un momento, y recordar que estamos en la realidad; que hace veinte años los tribunales correccionales juzgaron por delito de vagancia y desperfectos en un monumento público, a un muchacho que había sido sorprendido durmiendo en el interior del mismo elefante de la Bastilla. Consignado este hecho, sigamos refiriendo.

Al llegar cerca del coloso, Gavroche comprendió el efecto que lo infinitamente grande podía producir en lo infinitamente pequeño, y dijo:

—¡Comimos! no tengáis miedo.

Después entró por un hueco de la empalizada en el recinto que ocupaba el elefante, y ayudó a los pequeñuelos a pasar la brecha. Los dos niños, un poco asustados, seguían a Gavroche sin decir pa-

labra, y se entregaban a aquella pequeña providencia haraposa que les había dado pan, y les había prometido un abrigo.

Había en el suelo una escalera de mano, que servía de día a los trabajadores de una carpintería próxima. Gavroche la levantó con singular vigor, y la aplicó contra una de las patas delanteras del elefante. Hacia el punto en que terminaba la escalera, se distinguía un agujero negro en el vientre del coloso. Gavroche enseñó la escalera y el agujero a sus huéspedes, y les dijo :

—Subid y entrad.

Los dos niños se miraron aterrorizados.

—¡ Tenéis miedo, mamones !—exclamó Gavroche.

Y añadió :

—Vais a ver.

Se agarró al pie rugoso del elefante, y en un abrir y cerrar de ojos, sin dignarse hacer uso de la escala, llegó a la grieta ; entró por ella como una culebra que se desliza por una hendidura, desapareció, y un momento después, los dos niños vieron aparecer vagamente una forma blanquecina y pálida ; era su cabeza que asomaba por el borde del agujero lleno de tinieblas.

—¡ Eh !—gritó—, subid ahora, cominejos. ¡ Ya veréis qué bien se está aquí !

—Sube—añadió dirigiéndose al mayor—, te daré la mano.

Los niños se encogieron de hombros : el pilluelo les inspiraba miedo y confianza a un tiempo, y además llovía muy fuerte. El mayor se arriesgó ; y el menor viendo subir a su hermano, y que se quedaba solo entre las patas de aquel enorme animal, estuvo a punto de llorar ; pero no se atrevió.

El mayor subía temblando por los peldaños de la escalera ; Gavroche mientras tanto le animaba con las exclamaciones de un maestro de armas a sus discípulos, o de un carretero a las mulas :

—¡ No tengas miedo !

—¡ Eso es !

—¡ Adelante !

—¡ Pon ahí el pie !

—¡ Aquí la mano !

—¡ Valiente !

Y cuando estuvo a su alcance le cogió repentina y vigorosamente por el brazo, y le atrajo hacia sí :

—¡ Ya te has colado !—le dijo.

El niño había pasado el agujero.

—Ahora — dijo Gavroche—, espérame. Caballero, tened la bondad de sentaros.

Y saliendo del agujero como había entrado, se deslizó con la agilidad de un whistiti por la pata del elefante, y cayó de pie sobre la hierba, cogió al pequeñuelo de cinco años por medio del cuerpo, y le plantó en medio de la escalera. Después empezó a subir detrás de él, gritando al mayor :

—Yo le empujo ; cógele tú.

En un instante el niño fué subido, empujado, arrastrado, metido por el agujero sin que tuviese tiempo de ver nada : Gavroche que entró detrás de él, dió una patada a la escalera, que cayó sobre la hierba, dió una palmada, y gritó :

—Ya estamos aquí. ¡ Viva el general Lafayette !

Pasada esta explosión, exclamó :

—¡ Párvulos ! estáis en mi casa.

Gavroche estaba, en efecto, en su casa.

¡ Oh, utililidad increíble de lo inútil ! ¡ Caridad de todo lo grande ! ¡ Bondad de los gigantes ! Aquel monumento desmesurado que había contenido un pensamiento del Emperador, se había convertido en la jaula de un pilluelo. El niño había sido adoptado y abrigado por el coloso.

Los ciudadanos que pasaban los domingos por delante del elefante de la Bastilla, decían midiéndole con la vista al nivel de su cabeza y con desprecio : «¿ De qué sirve eso ?» Pues servía para salvar del frío, de la escarcha, del granizo, de la lluvia ; para librar del aire del invierno, para preservar del sueño sobre el lodo que produce la fiebre, y del sueño en la nieve, que produce la muerte, a un pequeño ser sin padre ni madre, sin pan, sin ropa, sin asilo. Servía para refugiar al inocente rechazado por la sociedad. Servía para disminuir una falta pública. Era una cueva abierta para el que encontraba cerradas todas las puertas. Parecía que el viejo mastodonte, miserable invadido por la carcoma y por el olvido, cubierto de verru-

gas, de putrefacción y de úlceras; ruinoso, carcomido, abandonado, condenado; especie de mendigo colosal, que pedía en vano la limosna de una mirada compasiva en medio de aquella explanada, había tenido piedad de aquel otro mendigo, del pobre pigmeo que andaba sin zapatos en los pies, sin techo sobre la cabeza, soplándose los dedos, vestido de harapos, alimentándose de desperdicios. Véase de qué servía el elefante de la Bastilla. Aquella idea de Napoleón, despreciada por los hombres, había sido acogida por Dios. Lo que sólo hubiera sido ilustre, se había hecho augusto. El Emperador habría necesitado para realizar lo que meditaba el pórfido, el bronce de hierro, el oro, el mármol; a Dios le bastaba aquel viejo amontonamiento de tablas, vigas y yeso. El Emperador había tenido un pensamiento digno del genio; en aquel elefante titánico, armado, prodigioso, que elevaba su trompa, llevaba su torre, y hacía salir de todas partes en su derredor surtidores alegres y vivificantes, quería formar la encarnación del pueblo; Dios había hecho una cosa más grande: alojaba allí a un niño.

El agujero por donde Gavroche había entrado era una brecha apenas visible por fuera, porque estaba oculta, como hemos dicho, bajo el vientre del elefante; y era tan estrecha, que sólo los gatos o aquellos niños podrían pasar por ella.

—Principiemos — dijo Gavroche —, por decir al portero que no estamos en casa.

Y penetrando en la obscuridad con la seguridad del que conoce su casa, tomó una tabla y tapó el agujero.

Gavroche volvió a la obscuridad. Los niños oyeron el chirrido de la cerilla sumergida en la botella fosfórica. La cerilla química no se conocía aún; la piedra Fumade representaba en aquella época el progreso.

Una claridad súbita les hizo cerrar los ojos; Gavroche acababa de encender una de esas sogas impregnadas de resina que se llaman hachas de viento. El hacha, que despedía más humo que luz, hacía confusamente visible lo interior del elefante.

Los dos huéspedes de Gavroche miraron en derredor, y experimentaron algo semejante a lo que experimentaría el que se viese encerrado en el gran tonel de Heidelberg, o más bien lo que debió experimentar Jonás en el vientre bíblico de la ballena. Un esqueleto gigantesco se les presentaba cercándolos. En lo alto una gruesa viga obscura, de la cual partían de distancia en distancia macizas viguetas cintradas, figuraba la columna vertebral con las costillas; estalactitas de yeso colgaban como vísceras, y de un lado a otro vastas telas de araña hacían el efecto de polvorosos diafragmas. Veíanse aquí y allí, en los rincones, grandes manchas negruzcas que parecían dotadas de vida, y que se movían rápidamente, con movimiento brusco y asustadizo.

Los pedazos caídos del dorso del elefante sobre el vientre habían llenado la concavidad, de modo que se podía andar por ellos como por un entablado.

El menor de los niños se arrimó a su hermano, y dijo a media voz:

—¡Qué obscuro!

Esta exclamación llamó la atención de Gavroche. El aspecto petrificado de los dos pequeñuelos hacía necesaria una explosión.

—¿Qué decís?—exclamó—. ¿Nos quejamos? ¿Nos hacemos los descontentos? ¿Necesitáis acaso las Tullerías? ¿Seréis unos asnos? Decídmelo. Os prevengo que no soy del batallón de los tontos. ¡Qué! ¿Sois por ventura los cominos de la despensa del Papa?

Para el miedo es muy buena alguna aspereza, porque da confianza. Los dos niños se aproximaron a Gavroche.

Gavroche, paternalmente enternecido, de esta confianza, pasó de «lo grave a lo dulce», y dirigiéndose al más pequeño:

—Bestia—le dijo dulcificando la injuria con una sonrisa cariñosa—; lo obscuro está en la calle. En la calle llueve, aquí no llueve: en la calle hace frío, aquí no hay un soplo de viento; en la calle hay gente, aquí no hay un alma; en la calle no hay ni luna, aquí hay una luz.

Los dos niños empezaron a mirar aquella habitación con menos espanto; pero Gavroche no les dejó tiempo para contemplarla.

—Listos—dijo.

Y les empujó hacia lo que podemos llamar el fondo del cuarto.

Allí estaba su cama.

La cama de Gavroche estaba completa. Es decir, tenía un colchón, una manta y una alcoba con cortinas.

El colchón era una estera de paja; la manta un pedazo de lana gris caliente y casi nueva. Ahora, veamos lo que era la alcoba.

Tres rodrigones bastante largos, metidos sólidamente entre el cascote del suelo, es decir, del vientre del elefante, dos delante y uno detrás, estaban reunidos por una cuerda en su vértice, de modo que formaban una pirámide. Esta pirámide sostenía un enrejado de hilo metálico que estaba colocado detrás, y artísticamente aplicado y sostenido por ataduras de alambre, de modo que rodeaba enteramente los tres rodrigones. Un cordón de gruesas piedras, colocadas alrededor de este enrejado, le sujetaba de modo que nada podía pasar por entre él y el suelo. El enrejado no era más que un pedazo de esos enrejados de cobre con que se cubren las pajareras en los corrales. La cama de Gavroche estaba colocada bajo el enrejado como en una caja. El conjunto parecía la tienda de un esquimal.

El enrejado hacía oficio de cortinas.

Gavroche separó un poco las piedras que sujetaban el enrejado por delante, y se separaron los dos paños que caían uno sobre otro.

—Chiquillos, a cuatro pies—dijo.

E hizo entrar con precaución a sus huéspedes en la alcoba, entró después que ellos, arrastrándose, volvió a colocar las piedras, y cerró herméticamente la abertura.

Los tres se echaron sobre la estera.

Aunque eran muy pequeños, ninguno podía estar de pie en la alcoba. Gavroche seguía con la luz en la mano.

—Ahora — dijo—, ¡sornad! Voy a suprimir el candelabro.

—Señor—preguntó el mayor de los hermanos a Gavroche, enseñándole el enrejado—, ¿qué es esto?

—Eso — dijo Gavroche gravemente—, es para las ratas. ¡Sornad!

Pero se creyó obligado a añadir alguna palabra para instruir a aquellos niños, y continuó:

—Estas son cosas del Jardín Botánico. Eso sirve para los animales feroces. Allay (allí hay) un almacén lleno. Nay (no hay) más que subir una pared, saltar por una ventana, y pasar por una puerta, y se tiene todo lo que se quiere.

Y mientras hablaba arropaba con una punta de la manta al más pequeño, que murmuraba:

—¡Oh, qué bueno es esto! ¡qué caliente!

Gavroche dirigió una mirada de satisfacción a la manta.

—También es del Jardín Botánico—dijo—. Se la he cogido a los monos.

Y enseñando al mayor la estera en que estaba acostado, estera muy espesa y admirablemente trabajada, añadió:

—Esto era de la jirafa.

Después de una pausa, prosiguió:

—Los animales tenían todo esto; y yo se lo he cogido. Por eso no se han enfadado. Les he dicho: Es para el elefante.

Estuvo un momento silencioso, y volvió a decir:

—Se salta la tapia, y se burla uno del gobierno. Esto es.

Los dos niños contemplaban con cierto respeto temeroso y estupefacto a aquel ser intrépido e ingenioso vagabundo como ellos, aislado como ellos, miserable como ellos, que tenía algo admirable y poderoso, que les parecía sobrenatural, y cuya fisonomía se componía de todos los gestos de un viejo saltimbanqui, mezclados con la más sencilla y la más encantadora sonrisa.

—Señor—le dijo tímidamente el mayor—, ¿no tenéis miedo a los agentes de policía?

Gavroche se limitó a contestar:

—¡Parvulillos! No se dice los agentes de policía, sino los ganchos.

El menor tenía los ojos abiertos, pero no decía nada. Como estaba a la orilla de la estera, y el mayor en medio, Gavroche le arropó con la manta, como lo hubiera hecho una madre, y levantó la estera bajo su cabeza con unos harapos con objeto de hacerle una almohada. Después se volvió hacia el mayor:

—¡Eh! ¡Se está muy bien aquí!

—¡Ah, sí!—respondió el mayor mirando a Gavroche con la expresión de un ángel salvador.

Los dos pobres niños, que estaban muy mojados, empezaban a calentarse.

—¡Ah—continuó Gavroche—. ¿Por qué llorabais?

Y señalando al pequeño, añadió dirigiéndose al mayor:

—Un pipiolo como ése, no digo que no; pero llorar un grande como tú, es una cosa fea; pareces un becerro.

—Caramba—dijo el niño—, no teníamos absolutamente casa adonde ir.

—¡Comino!—respondió Gavroche—, no se dice casa, sino chiscón.

—Y, además, teníamos miedo de estar solos así, por la noche.

—No se dice la noche, sino la obscura.

—Gracias, señor—dijo el niño.

—Escucha—añadió Gavroche—. No debéis incomodaros por nada. Yo tendré cuidado de vosotros. Ya veréis cómo os divertiréis. Por el verano iremos a los pozos de la nieve con Navet, un camarada mío; nos bañaremos en el estanque, correremos desnudos sobre los trenes delante del puente de Austerlitz. Esto hace rabiar a las lavanderas, que gritan y vocean. ¡Si supieseis qué malas son! Iremos a ver el hombre esqueleto, que todavía vive, a los Campos Elíseos; es muy blanco ese parroquiano. Después os llevaré al teatro a ver a Federico Lemaitre. Tengo billetes; conozco a los actores, y aun he representado una vez una pieza. Eramos todos pipiolos como ése y corríamos bajo una tela que era el mar. Os contrataré en mi teatro. Iremos a ver los salvajes; no es verdad que sean salvajes. Tienen unos mantos de color de rosa que forman pliegues, y se les ven los codos zurcidos con hilo blanco. Después iremos a la Opera; entraremos con los romanos. La romanería en la Opera está muy bien dispuesta, pero no iría con ellos por el bulevar. Figúrate que en la Opera hay quien paga veinte sueldos, pero ésos son tontos, y se llaman paganos. Además, iremos a ver guillotinar; os enseñaré el verdugo. Vive en la calle del Marais; el señor Sansón. Tiene una estafeta para las cartas, a la puerta. ¡Ah! se divierte uno en grande.

En aquel momento cayó una gota de resina en el dedo de Gavroche, y le recordó las realidades de la vida.

—¡Caramba!—dijo—; se está gastando la mecha. ¡Atención! No puedo gastar más de un sueldo al mes de luz. Cuando uno se acuesta es para dormir. No tenemos tiempo para leer las novelas del señor Paul de Kock. Además de que la luz podría pasar por las rendijas de la puerta-cochera, y los ganchos no tendrían que hacer más que mirar.

—Y además—observó tímidamente el mayor, que era el único que se atrevía a hablar con Gavroche y a contestarle—, podría caer una chispa en la paja, y hay que cuidar de no prender fuego a la casa.

—No se dice prender fuego a la casa —dijo Gavroche—; se dice achicharrar los trapos o dar candela.

La lluvia redoblaba; oíase al través del redoble del trueno el turbión que azotaba el lomo del coloso.

—Aquí metido, que llueva—dijo Gavroche—. Me divierte ver correr el agua por las patas de la casa. El invierno es un animal: pierde sus mercancías; pierde su trabajo, porque no puede mojarnos, y esto hace gruñir a ese viejo aguador.

Esta alusión al trueno, cuyas consecuencias aceptaba Gavroche en su calidad de filósofo del siglo XIX, fué seguida de un gran relámpago, tan deslumbrador, que entró por las hendiduras del vientre del elefante. Casi al mismo tiempo resonó terriblemente el trueno. Los dos niños dieron un grito, y se levantaron con tal rapidez, que casi separaron el enrejado; pero Gavroche volvió hacia ellos su atrevido rostro, y se aprovechó del trueno para dar una carcajada.

—Calma, niños. No conmovamos el edificio. Ese es un hermoso trueno; sea enhorabuena. Un relámpago no es un coco. ¡Bravo por el trueno! Esto está casi tan bueno como el Ambigú.

Dicho esto, arregló el enrejado, empujó suavemente a los dos niños hacia la cabecera de la cama, apretó sus rodillas para que se estiraran bien, y exclamó:

—Puesto que Dios enciende su luz, yo puedo apagar la mía. Niños, es preciso dormir: ¡jóvenes humanos, es muy

malo no dormir : porque esto hace que se abra la boca. ¡ Envolveos bien en la manta ! Voy a apagar. ¿ Estáis ya?

—Sí — murmuró el mayor—, estoy bien. Tengo la cabeza como sobre pluma.

—No se dice la cabeza ; se dice la chichi—dijo Gavroche.

Los dos niños se apretaron uno contra otro. Gavroche acabó de arreglarlos sobre la estera, les subió la manta hasta las orejas, y después les repitió por la tercera vez la exclamación en lengua hierática :

—¡ Sornad !

Y apagó la luz.

Apenas quedó a obscuras, un temblor singular empezó a conmover el enrejado que cubría a los tres niños. Era una multitud de rozamientos sordos que producían un sonido metálico, como si garras o dientes arañasen los hilos de cobre. Este ruido iba acompañado de pequeños, pero agudos gritos.

El niño de cinco años, oyendo este ruido por encima de su cabeza, helado de espanto empujó con el codo a su hermano ; pero éste dormía ya, como le había mandado Gavroche.

Entonces el niño, no pudiendo con el miedo, se atrevió a interpelar a Gavroche, pero en voz muy baja y deteniendo el aliento :

—¡ Señor !

—¡ Eh !—dijo Gavroche, que acababa de cerrar los párpados.

—¿ Qué es eso?

—Las ratas—respondió Gavroche.

Y volvió a echar la cabeza en la estera.

Las ratas, en efecto, que pululaban a millares en el esqueleto del elefante, y que eran aquellas manchas negras vivas de que hemos hablado, se habían estado quietas ante la luz mientras había estado encendida, pero desde el momento en que aquella caverna, que era como su ciudad, había vuelto a la noche, oliendo lo que el narrador Perrault llama «carne fresca» se habían arrojado sobre la tienda de Gavroche, habían subido hasta el vértice, y mordían las mallas como si tratasen de agujerear aquella armadura de nuevo género.

El niño no podía dormir.

—¡ Señor !—volvió a decir.

—¡ Eh !—dijo Gavroche.

—¿ Qué son las ratas?

—Son ratones.

Esta explicación tranquilizó un poco al niño. Había visto algunas veces ratones blancos, y no les tenía miedo. Sin embargo, volvió a decir :

—¡ Señor !

—¡ Qué !—respondió Gavroche.

—¿ Por qué no tenéis gato?

—He tenido uno—respondió Gavroche— ; he traído uno, pero me lo han comido.

Esta segunda explicación deshizo el efecto de la primera, y el niño volvió a temblar, de modo que por cuarta vez empezó el diálogo entre él y Gavroche.

—¡ Señor !

—¡ Qué !

—¿ Quién fué el comido?

—El gato.

—¿ Y quién comió al gato?

—Las ratas.

—¿ Los ratones?

—Sí, las ratas.

El niño, consternado al tener noticia de estos ratones que se comían a los gatos, prosiguió :

—¡ Señor ! ¿ nos comerán a nosotros esos ratones?

—¡ Vaya !—dijo Gavroche.

El terror del niño llegaba a su colmo. Pero Gavroche añadió :

—¡ No tengas miedo ! No pueden entrar. Además, estoy yo aquí. Toma, coge mi mano. Cállate y duerme.

Gavroche al mismo tiempo cogió la mano. El niño apretó esta mano y se tranquilizó. El valor y la fuerza tienen comunicaciones misteriosas.

Volvió el silencio ; el ruido de las voces había ahuyentado y asustado a las ratas ; y aunque poco después volvieron a roer el enrejado, los tres niños sumergidos en el sueño, no oyeron nada.

Pasáronse las horas de la noche. La sombra cubría la inmensa plaza de la Bastilla ; un viento de invierno, mezclado con la lluvia, soplaba con fuertes ráfagas ; las patrullas registraban las puertas, las calles de árboles, los cercados, los rincones obscuros, y buscaban a los vagabundos nocturnos, y pasaban por delante del elefante : el monstruo de pie, inmóvil, con los ojos abiertos en las tinieblas para meditar, como sa-

tisfecho de su buena acción, protegía contra el cielo y los hombres a los tres pobres niños dormidos.

Para comprender lo que sigue es preciso recordar, que en aquella época el cuerpo de guardia de la Bastilla estaba situado al otro extremo de la plaza, y que lo que pasaba cerca del elefante no podía ser visto ni oído por el centinela.

Hacia el fin de la hora que precede inmediatamente al alba, salió un hombre corriendo de la calle de San Antonio, atravesó la plaza, dió la vuelta a la cerca de la Columna de Julio, y se deslizó por la empalizada hasta colocarse bajo el vientre del elefante. Si una luz cualquiera hubiera iluminado a aquel hombre, se habría adivinado que había pasado la noche bajo la lluvia, al ver lo calado que estaba.

Cuando llegó bajo el elefante, dió un grito extraño que no pertenece a ninguna lengua humana, y que sólo podría reproducir un papagayo. Repitió dos veces este grito, que sólo podemos representar ortográficamente así:

—¡ Quiquirriquiu !

Al segundo grito, una voz clara respondió desde el vientre del elefante:

—¡ Sí !

Casi inmediatamente la tabla que cerraba el agujero se separó y dió paso a un niño que bajó por la pata del elefante, y fué a caer cerca del hombre.

Era Gavroche.

El hombre era Montparnase.

En cuanto a este grito, quiquirriquiu, era sin duda lo que el niño había querido decir con «Preguntarás por el señor Gavroche».

Al oírle, se había despertado sobresaltado; se había arrastrado fuera de su «alcoba», separado un poco el enrejado, que había vuelto a cerrar cuidadosamente; después había abierto la trampa y descendido.

El hombre y el niño se reconocieron silenciosamente en la obscuridad. Montparnase se limitó a decir:

—Te necesitamos. Ven a dar un golpe de mano.

El pilluelo no se informó más.

—Aquí me tienes—dijo.

Y ambos se dirigieron hacia la calle de San Antonio, de donde había salido Montparnase, serpenteando rápidamente al través de la larga fila de carretas de los hortelanos que bajan al mercado a esta hora.

Los hortelanos, acurrucados en sus carros entre las verduras y las legumbres, medio dormidos, envueltos hasta los ojos en sus mantas a causa de la lluvia que les azotaba, ni aun vieron a estos extraños transeuntes.

III

LAS PERIPECIAS DE LA EVASIÓN

Veamos ahora lo que había pasado aquella misma noche en la Fuerza.

Habíase concertado una evasión entre Babet, Brujón, Tragamar y Thenardier, aunque Thenardier estaba incomunicado. Babet había dirigido el negocio, como se ha visto por las palabras de Montparnase a Gavroche. Montparnase debía ayudarles desde fuera.

Brujón, como había pasado un mes en el cuarto de corrección, había tenido tiempo de tejer una cuerda y madurar un plan. En otros tiempos, estos lugares severos en que la disciplina de la prisión entrega al criminal a sí mismo, se componían de cuatro paredes de piedra, de un techo de piedra, de un suelo de losas de piedra, de una cama de campaña, de un tragaluz enrejado y de una puerta forrada de hierro, y se llamaban «calabozos». Hoy, el calabozo se considera como una cosa demasiado horrible, y se compone de una puerta de hierro, de un tragaluz enrejado, de una cama de campaña, de un suelo de losas de piedra, de un techo de piedra, de cuatro paredes de piedra, y se llama el «cuarto de corrección». Al mediodía se ve en él un poco. El inconveniente de estos cuartos, que, como se ve, no son calabozos, es dejar pensar a los seres a quienes se debería hacer trabajar.

Brujón, pues, había meditado, y había salido del cuarto de corrección con una cuerda. Como se le creía muy peligroso en el cuarto de Carlomagno, se le trasladó al edificio nuevo, y lo primero que encontró allí fué a Tragamar, y lo segundo un clavo. A Tragamar, es decir, el crimen; un clavo, esto es, la libertad.

Brujón, cuyo carácter debemos pin-

tar completamente ahora, era, bajo la apariencia de una complexión delicada, y de una laxitud profunda, un criminal inteligente, y un ladrón que tenía la mirada agradable, y la sonrisa atroz. Su mirada era el resultado de su voluntad, y su sonrisa el resultado de su naturaleza. Sus primeros estudios en el «arte» se habían dirigido a los tejados; había introducido grandes progresos en la industria de los ladrones de plomos, que levantan los emplomados, y abren las gateras por el procedimiento llamado entre ellos «de doble grasa».

Lo que en aquel momento hacía más favorable una tentativa de evasión, era que los plomeros repasaban y componían parte del empizarrado de la cárcel. El patio de San Bernardo no estaba enteramente aislado del patio de Carlomagno y del patio de San Luis. Había por la parte más alta andamios y escalas, o en otros términos, puentes y escaleras del lado de la libertad.

El edificio nuevo, que estaba lo más agrietado y lo más decrépito que puede imaginarse, era el punto más débil de la cárcel. Las paredes estaban tan roídas por el salitre, que había sido necesario cubrir con un entablado las bóvedas de los dormitorios, porque solían desprenderse de ellos piedras que caían sobre los presos, en la cama. A pesar de esta decrepitud, se cometía la falta de tener en el edificio nuevo a los acusados más peligrosos; de encerrar allí las «causas graves», como se dice en el lenguaje carcelario.

El edificio nuevo tenía cuatro dormitorios superpuestos, y una mole encima que se llamaba Buenos Aires. Un ancho tubo de chimenea, que probablemente había sido de alguna cocina de los duques de la Fuerza, partía del piso bajo, atravesaba los cuatro pisos, cortaba en dos partes todos los dormitorios, figurando una especie de pilar aplanado, que pasaba al otro lado del techo.

Tragamar y Brujón estaban en el mismo dormitorio, y por precaución habían sido encerrados en el piso bajo. La casualidad hacía que la cabecera de sus camas estuviese apoyada en el tubo de la chimenea.

Thenardier estaba precisamente sobre su cabeza en la mole llamada Buenos Aires.

El transeunte que se detiene en la calle Culture-Sainte-Chaterine, más allá del cuartel de los bomberos, delante de la puerta cochera de la casa de Baños, descubre un patio lleno de flores y de arbustos, en cajas, en cuyo fondo se eleva entre dos alas una pequeña rotonda blanca, adornada con postiguillos verdes; el sueño bucólico de Rousseau.

No hace aún diez años, por encima de esta rotonda se levantaba una tapia negra, enorme, horrible, desnuda, a la cual estaba unida. Aquella era la pared del camino de ronda de la Fuerza.

Aquel muro detrás de la rotonda, era Milton visto por detrás de Berquin.

Por más alto que fuese este muro, le excedía un tejado más negro aún, y situado por detrás. Era el tejado del edificio nuevo. Descubríanse en él cuatro boardillas con reja, que eran las ventanas de Buenos Aires. Una chimenea atravesaba el tejado: era la chimenea que pasaba por los dormitorios.

Buenos Aires, aquella gran boardilla del edificio nuevo, era una especie de panera aboardillada, cerrada con triples rejas, y puertas forradas de palastro y cubierta de clavos desmesurados.

Cuando se entraba en ella por la parte del Norte, quedaban a la izquierda las cuatro boardillas, y a la derecha, haciendo frente, cuatro espacios cuadrados, bastante grandes, separados por estrechos corredores de mampostería hasta cierta altura, y desde allí hasta el techo de barras de hierro.

Thenardier estaba incomunicado en uno de estos calabozos desde la noche del 3 de febrero. No hemos podido saber por qué medios había adquirido y tenido oculta una botella de ese vino inventado, según se dice, por Desrues, que tiene un narcótico, y que la secta de los Adormecedores ha hecho tan célebre.

Hay en muchas cárceles empleados traidores, medio carceleros y medio ladrones, que auxilian en las evasiones, que venden a la policía una servidumbre infiel, y sisan la comida a los presos.

En aquella misma noche, pues, en que Gavrochillo había recogido a los dos niños perdidos, Brujón y Traga-

mar, que sabían que Babet, escapado por la mañana, les esperaba en la calle con Montparnase, se levantaron silenciosamente, y empezaron a agujerear con el clavo encontrado por Brujón el tubo de chimenea que estaba tocando a su cama. Los yesones que se desprendían caían sobre la cama, de modo que no producían ruido alguno.

El turbión y el trueno conmovían las puertas sobre sus goznes, y producían en la cárcel un estrépito horrible y útil. Algunos presos que se despertaron, aparentaron volverse a dormir, y dejaron trabajar a Tragamar y a Brujón.

Brujón era diestro, y Tragamar vigoroso ; así es, que antes que el menor ruido llegase al vigilante acostado en la celda enrejada que daba al dormitorio, estaban ya atravesada la pared, escalada la chimenea, forzada la reja que cerraba el orificio superior del cañón, y en el tejado los temibles bandidos. La lluvia y el viento redoblaban ; el tejado estaba resbaladizo.

—Qué buena rachi (1) para una chalada (2)—dijo Brujón.

Un abismo de seis pies de ancho y ochenta de profundidad les separaba de la pared de ronda. En el fondo de aquel abismo veían relucir en la obscuridad el fusil de un centinela. Ataron por un lado a los pedazos de las barras de la chimenea que acababan de retorcer la cuerda que Brujón había hilado en su calabozo, echaron al otro extremo por encima del muro de ronda, atravesaron de un salto el abismo, se balancearon en el caballete del muro, le saltaron, se deslizaron uno después de otro por la cuerda hasta un tejadillo que llegaba a la casa de Baños, tiraron hacia sí la cuerda, saltaron el patio de la casa de Baños, le atravesaron, empujaron el postiguillo del portero, y a cuyo lado pendía el cordón, tiraron de éste, abrieron la puerta cochera, y se encontraron en la calle.

No hacía más que tres cuartos de hora que se habían puesto de pie sobre sus camas, en las tinieblas, con el clavo en la mano y el proyecto en la mente.

Algunos momentos después se unieron a Babet y a Montparnase que vagaban por los alrededores.

Al tirar de la cuerda, la habían roto, y había quedado un pedazo atado a la chimenea en el tejado. No habían tenido más contratiempo que haberse despellejado enteramente las manos.

Thenardier estaba prevenido aquella noche, sin que se pudiese saber de qué manera había recibido aviso, y no dormía.

Hacia la una de la mañana, en medio de la profunda obscuridad de la noche, vió pasar dos sombras por el tejado, por entre la lluvia y el viento, y por delante del tragaluz que daba frente a su calabozo. Una de estas sombras se detuvo en el tragaluz el tiempo suficiente para dirigir una mirada : era Brujón. Thenardier le conoció, y comprendió lo bastante.

Thenardier, señalado como peligroso, y detenido como acusado de una emboscada nocturna a mano armada, estaba vigilado por un centinela de vista, que era relevado cada dos horas, y se paseaba con el fusil cargado por delante de su calabozo. Buenos Aires estaba iluminado por una lámpara. El preso tenía unos grillos de cincuenta libras de peso. Todos los días, a las cuatro de la tarde, un carcelero escoltado de dos perros de presa—porque esto se hacía aún en aquella época—, entraba en su calabozo, ponía cerca de su cama un pan negro de dos libras, un cántaro de agua y una escudilla de un caldo bastante claro en que nadaban algunas habas, reconocía los grillos, y golpeaba las rejas. Aquel hombre volvía dos veces por la noche con sus perros.

Thenardier había conseguido que le permitieran conservar una escarpia de hierro que usaba para clavar el pan en una hendidura de la pared, con objeto, decía, de «preservarle de los ratones». Como estaba vigilado, no se había encontrado ningún inconveniente en dejarle esta escarpia. Sin embargo, luego se recordó que el carcelero había dicho : «Más valdría dejarle una escarpia de madera».

A las dos de la mañana fueron a relevar al centinela, que era un soldado viejo, y fué reemplazado por un quinto. Algunos momentos después, el car-

(1) Noche.
(2) Huída.

celero con sus perros hizo su visita, y se retiró sin notar nada, excepto la mucha juventud y el «aire de paisano» del «pistolo». Dos horas después, a las cuatro, cuando iban a relevar al quinto, le encontraron dormido y tirado en el suelo como un madero cerca del calabozo. En cuanto a Thenardier, ya no estaba allí. Los grillos estaban rotos en el suelo. Había un agujero en el techo, y otro más arriba en el tejado. De la cama había sido arrancada una tabla, que había desaparecido. Cogióse también en el calabozo una botella medio vacía, que contenía el resto del vino narcotizado con que había sido dormido el centinela. La bayoneta de éste había desaparecido también.

Cuando se descubrió todo esto, se creyó que Thenardier estaba ya fuera de alcance. Pero en realidad, si no estaba ya en el edificio nuevo, se veía aún en gran peligro.

Thenardier, al llegar al tejado del edificio nuevo, había encontrado el resto de la cuerda de Brujón que colgaba de la reja de la cubierta superior de la chimenea ; pero aquel cabo roto era muy corto, y no había podido pasar por encima del camino de ronda, como habían pasado Brujón y Tragamar.

Cuando se vuelve la calle de Ballets a la calle del Rey de Sicilia, se descubre casi de repente a la derecha una gran rinconada. Había allí en el siglo último una casa, de que no queda más que la pared maestra, verdadera tapia de un caserón que se eleva hasta la altura de un tercer piso por entre los edificios antiguos. Distínguese esta ruina por dos grandes ventanas cuadradas, que aún se ven ; la de en medio, que está hacia la derecha, atravesada por una viga podrida y sujeta por otro madero. Al través de estas ventanas se distinguía antes una alta y lúgubre pared, que era un trozo de la muralla del camino de ronda de la Fuerza. El hueco que la casa demolida ha dejado en la calle, está ocupado en su mitad por una empalizada de tablas podridas, apuntaladas por cinco guarda-cantones de piedra. En aquel recinto se oculta una pequeña barraca apoyada en la pared ruinosa. La empalizada tiene una puerta que hace algunos años estaba cerrada sólo con picaporte.

A la cima de esta pared era adonde había conseguido llegar Thenardier a las tres de la mañana.

¿Cómo había llegado allí? Nunca se ha sabido, ni se ha podido explicar. Los relámpagos debían haberle auxiliado y molestado al mismo tiempo. ¿Se había servido de las escalas y andamios de los pizarreros para pasar de un tejado a otro, de un cercado a otro, de una manzana a otra, de los edificios del patio de Carlomagno a los del patio de San Luis, de aquí al muro de ronda, y de aquí al caserón de la calle del Rey de Sicilia? En este trayecto había soluciones de continuidad que le hacían al parecer imposible. ¿Había usado la tabla de una cama como un puente desde el tejado de Buenos Aires hasta la tapia del camino de ronda, y se había arrastrado como una culebra alrededor de la cárcel hasta el caserón?

La tapia del camino de ronda de la Fuerza formaba una línea dentada y desigual, subía y bajaba, descendía hacia el cuartel de Bomberos, y se elevaba hacia la casa de Baños ; estaba cortada por varios edificios, y no tenía la misma altura por el hotel Lamoignon que por la calle Pavée ; por todas partes presentaba líneas verticales y ángulos rectos ; además los centinelas habrían visto en este caso el sombrío perfil del fugitivo ; y aun así, el camino recorrido por Thenardier queda casi inexplicable. La fuga era, pues, imposible de ambas maneras. Thenardier, iluminado por esa terrible sed de libertad, que transforma los precipicios en fosos, las rejas de hierro en enrejados de mimbres, la debilidad en fuerza, un gotoso en un gamo, la estupidez en instinto, el instinto en inteligencia, y la inteligencia en genio ; Thenardier, decimos, ¿había inventado e improvisado un tercer medio? Nunca se ha sabido.

No siempre es posible explicarse las maravillas de una evasión. El hombre que se escapa, lo repetimos, está inspirado ; hay algo de las estrellas y del relámpago en el misterioso fulgor de la fuga : el esfuerzo hacia la libertad no es menos sorprendente que el vuelo hacia

lo sublime, y se dice de un ladrón escapado: «¿Cómo ha escalado esta pared?» Lo mismo que se dice de Corneille: «¿Quién le ha inspirado tal escena?»

Sea como fuere, Thenardier, goteando sudor, mojado por la lluvia, rotos los vestidos, destrozadas las manos, sangrientos los codos, desolladas las rodillas, había llegado a lo que los niños en su lenguaje figurado llaman «el corte» de la pared ruinosa, y allí, faltándole la fuerza, se había echado a lo largo. La altura vertical de un tercer piso le separaba del empedrado de la calle.

La cuerda que tenía era muy corta.

Allí esperaba pálido, rendido, perdida toda esperanza, cubierto aún por la obscuridad de la noche, pero diciéndose que iba a venir el día; aterrorizado ante la idea de oír dentro de algunos instantes las cuatro en el reloj próximo de San Pablo, hora en que irían a relevar al centinela, le encontrarían dormido y verían el techo agujereado; mirando con estupor a una profundidad terrible a la luz de los faroles, el suelo mojado y negro, aquel suelo deseado y terrible, que era la muerte y la libertad.

Se preguntaba si sus tres cómplices de evasión habrían salido bien, si le habrían esperado, y si vendrían en su auxilio. Escuchaba: excepto una patrulla, nadie había pasado por la calle desde que estaba allí. Casi todos los hortelanos de Montreuil, de Charonne, de Vincennes y de Bercy que iban al mercado, bajaban por la calle de San Antonio. Dieron las cuatro: Thenardier tembló. Pocos instantes después, aquel rumor confuso que sigue a una evasión descubierta, estalló en la cárcel. El ruido de puertas que se abren y se cierran, el chirrido de las rejas sobre sus goznes, el tumulto del cuerpo de guardia, las roncas voces de los carceleros, el choque de las culatas de los fusiles en los patios, llegaban hasta él. Algunas luces subían y bajaban a las ventanas enrejadas de los dormitorios; una antorcha corría por el último piso del edificio nuevo, los bomberos del cuartel próximo habían sido llamados. Sus cascos, iluminados en medio de la lluvia, por las antorchas, iban y venían por los tejados. Al mismo tiempo, Thenardier veía del lado de la Bastilla una claridad pálida, que blanqueaba lúgubremente la parte baja del cielo.

Estaba, pues, en lo alto de una pared de diez pulgadas de anchura, sufriendo echado la lluvia, con dos abismos a derecha e izquierda, sin poder moverse, presa del vértigo de una caída posible, y del horror de una prisión segura; su pensamiento, como el badajo de una campana, iba de una de estas ideas a la otra:—Muerto, si caigo; preso, si me quedo. En esta angustia, vió de pronto en la calle, que estaba aún obscura, a un hombre que se deslizaba a lo largo de la pared, y que venía del lado de la calle Pavée, detenerse en la rinconada, encima de la cual estaba Thenardier como suspendido. A aquel hombre se unió otro que marchaba con la misma precaución, después llegó un tercero, y después un cuarto. Cuando aquellos hombres estuvieron reunidos, uno de ellos levantó el picaporte de la puerta de la empalizada, y entraron los cuatro en el recinto en que estaba la barraca. Se encontraban precisamente debajo de Thenardier.

Aquellos hombres habían escogido evidentemente aquel rincón para hablar, sin ser vistos de los transeuntes, ni del centinela que guarda el postigo de la Fuerza a algunos pasos de allí. Pero digamos que el centinela, huyendo de la lluvia, se había metido en la garita. Thenardier, no pudiendo distinguir sus rostros, prestó oído a sus palabras con la atención desesperada de un miserable que se siente perdido.

Entonces vió pasar por delante de sus ojos una cosa semejante a la esperanza: aquellos hombres hablaban en caló. El primero decía en voz baja, pero muy claramente:

—Najémonos. ¿Qué querelamos «icigo»? (1)

El segundo respondió:

—Bisela hasta apagar el benguistano; los ganchos avillarán, y allí hay un jundo aplacerado a la coba, diquela nae esgabarren mangue «icicaille» (2).

---

(1) Vámonos, ¿Qué hacemos aquí?

(2) Llueve hasta apagar el infierno; los polizontes vendrán, y allí hay un soldado de centinela: mira no nos prendan aquí.

Estas dos palabras «icigo» e «icicaille», que pertenecen la primera al caló de las barreras, y la segunda al caló del Temple, fueron dos rayos de luz para Thenardier. En la primera conoció a Brujón, que era vago de las barreras, y en la segunda a Babet, que entre sus varias profesiones, era prendero en el Temple.

El antiguo caló del gran siglo no se habla ya en el Temple, y Babet era el único que lo hablaba en toda su pureza. Sin esta palabra, Thenardier no lo hubiera conocido, porque había desfigurado completamente la voz.

Mientras tanto el tercero tomaba parte en la conversación.

—Nada nos apremia, esperemos un poco. ¿Quién nos dice que no necesita de nosotros?

En este lenguaje, que era el francés ordinario, Thenardier conoció a Montparnase, que ponía su elegancia en comprender todos los géneros de caló, y no hablar ninguno.

En cuanto al cuarto, callaba ; pero sus anchas espaldas le denunciaban. Thenardier no dudó un momento : era Tragamar.

Brujón replicó casi impetuosamente, pero siempre en voz baja :

—¿Qué sinas garlando? O julai n'asti najarse. Na chanela mistós de chanelería. Quebrar a talarosa, y riquelar as sabanas somía querelar yeque guindala, querelar chirroes andré as bundales, querelar papeles calabeosos, maestras, quebrar ciseles, luanar a guindala d'abri ; sonajarse : vadearse ; somia oconо ha a sinelar baró ahoré. O batu na terelará astis querelarlo. Na chanela traginar (1).

Babet añadió, hablando siempre en el caló clásico en que hablaban Poulailler y Cartucho, y que es el caló atrevido, nuevo y brillante que hablaba Brujón, lo que la lengua de Racine es a la lengua de Andrés Chenier :

—O julai amangue sina trincao. ¡ Ha a sinelar baró choré ! y sina o yeque chavelo. Sinara jonjobado por yeque chinel, pur na por yeque chaviro vadeado de baro batu. Montparnase, ¿junelas ocolas gritadas? ¿Diquelas ocolas urdifelas andré o estaripel? Ocono sida sos tirela esgabarrao. ¡ Bah ! Sinará apenao a tullosa. Menda na terela dal ; na sio mandrial ; acana chanetames lo sos sina : na astimos pirrel por o julai, y sinaramos esgabarraos. Na niquelas, andivela sat mangue a piyar de peñascaró (1).

—No se debe dejar a los amigos en el peligro—murmuró Montparnase.

—Penelo sos sina trincao. A ocana o julai n'acombra yeque pasmanró. Na sina astio querelar chi. Nagémonos. Penchabelo sos sinao esgabarrao por yeque chinel (2).

Montparnase sólo hacía resistencia débilmente. El hecho es que aquellos cuatro hombres, con esa fidelidad que tienen los bandidos para no abandonarse nunca mutuamente, habían estado rondando toda la noche alrededor de la Fuerza, a pesar del peligro, con la esperanza de ver salir por algún tejado a Thenardier.

Pero la noche, que era para ellos muy hermosa, era un turbión que tenía todas las calles desiertas ; el frío que los entumecía, sus vestidos mojados, su calzado roto, el ruido inquieto que había estallado en la cárcel, las horas que habían pasado, las patrullas que habían visto, la esperanza que iban perdiendo, el miedo que se iba apoderando de ellos ; todo

(1) ¿Qué estás hablando? El posadero no ha podido escaparse. No sabe bien el arte. Romper la ropa, y rasgar las sábanas para hacer una cuerda, hacer agujeros en las puertas, hacer falsos papeles y llaves falsas; romper los grillos, atar la cuerda por fuera, ocultarse, disfrazarse, para esto hay que ser muy largo. El viejo no habrá podido hacerlo. No sabe trabajar.

(1) Tu posadero está cogido. ¡es preciso ser muy largo! y él es un aprendiz. Le habrá engañado algún alguacil, o tal vez un borrego que se habrá hecho su compadre. Montparnase, ¿oyes esos gritos? ¿esas luces en la cárcel? Eso es que está ya preso. ¡Bah! Será condenado a cadena. Yo no tengo miedo; no soy cobarde; ya sabemos lo que es; no podemos hacer nada por él, y seremos cogidos. No te incomodes, anda; ven con nosotros a beber aguardiente.

(2) Os digo que está cogido. A estas horas el posadero no vale un ochavo. No podemos hacer nada. Vámonos. Me figuro que me están cogiendo los corchetes.

esto les impulsaba a retirarse. El mismo Montparnase, que era un poco yerno de Thenardier, cedía ya. Un momento más, y se hubieran ido. Thenardier estaba anhelante sobre la tapia como los náufragos de la «Medusa» en la balsa, viendo pasar el buque, y desaparecer en el horizonte.

No se atrevía a llamarlos; un grito que se oyese podía perderlo todo; se le ocurrió una idea desesperada; un relámpago. Sacó del bolsillo el cabo de la cuerda que Brujón había dejado en la chimenea del edificio nuevo, y lo tiró a la cerca de la empalizada.

La cuerda cayó a los pies de los ladrones.

—¡Una viuda! (1)—dijo Babet.

—Mi guindala (2)—gritó Brujón.

—Ahí está el posadero—dijo Montparnase.

Levantaron la vista. Thenardier sacó un poco la cabeza.

—¡Pronto!—dijo Montparnase; —¿tienes el otro pedazo de cuerda, Brujón?

—Sí.

—Ata los dos cabos, le echaremos la cuerda; la sujetará a la pared, y tendrá la suficiente para bajar.

Thenardier se arriesgó a hablar.

—Estoy transido.

—Te calentarás.

—No puedo moverme.

—Te deslizarás, y nosotros te recibiremos.

—Tengo las manos hinchadas.

—Ata solamente la cuerda a la pared.

—¡No podré!

—Es preciso que uno de nosotros suba—dijo Montparnase.

—Tres pisos—dijo Brujón.

Un viejo conducto de yeso que había servido para una chimenea que se encendía en otro tiempo en la barraca, subía por la pared hasta el sitio en que estaba Thenardier. Este conducto, todo lleno de grietas y agujereado, se ha arruinado después; pero todavía se ven sus restos. Era muy estrecho.

—Por ahí podría subirse—dijo Montparnase.

—¿Por ese tubo?—exclamó Babet; —es imposible que suba un manú (1); sólo podría hacerlo un chaval.

—Sólo un chaval—repitió Brujón.

—¿Y dónde encontrarle?—preguntó Tragamar.

—Esperad—dijo Montparnase.—Yo le tengo.

Entreabrió suavemente la puerta de la empalizada, se aseguró de que no pasaba nadie por la calle, salió con precaución, cerró la puerta tras de sí, y partió corriendo hacia la Bastilla.

Pasaron siete u ocho minutos, que fueron ocho mil siglos para Thenardier; Babet, Brujón y Tragamar no despegaban los labios. Abrióse, por fin, la puerta, y entró Montparnase sofocado conduciendo a Gavroche. La lluvia tenía todavía la calle desierta.

Gavroche entró en el recinto, y miró aquellas figuras de bandidos con aire tranquilo. El agua le chorreaba por los cabellos. Tragamar le dirigió la palabra.

—Chaval, ¿sinas manú? (2)

Gavroche se encogió de hombros, y respondió:

—Un chaval sasta mande sina un manú, y manú, y manúes sasta sangue sinan chavales (3).

—Baró parla el chaval (4)—dijo Baret.

—El chavoró e París no es gilí (5)—añadió Brujón.

—¿Qué queréis que haga?—dijo Gavroche.

Montparnase respondió:

—Subir por ese conducto.

—Con esta viuda—dijo Babet.

—Y luar la guindala—continuó Brujón.

—A lo alto de la pared—volvió a decir Babet.

—Al través de la ventana—añadió Brujón.

—¿Y después?—preguntó Gavroche.

—Nada más—dijo Tragamar.

El pilluelo examinó la cuerda, la chimenea, la pared, las ventanas, e hizo ese inexplicable y desdeñoso ruido con los labios que significa:

---

(1) Una cuerda.
(2) Mi cuerda.

---

(1) Hombre.
(2) Chiquillo, ¿eres hombre?
(3) Un chiquillo como yo es un hombre, y hombres como nosotros son chiquillos.
(4) ¡Bien habla el chiquillo!
(5) El hijo de París no es tonto.

—¿Y qué vale eso?

—Allá arriba hay un hombre, a quien salvarás.

—¿Quieres?—preguntó Brujón.

—¡Chaval!—respondió el muchacho, como si le pareciese extraordinaria la pregunta, y se quitó los zapatos.

Tragamar cogió a Gavroche de un brazo, lo puso en el tejado de la barraca, cuyas tablas carcomidas se doblaban bajo el peso del niño, y le dió la cuerda que Brujón había atado durante la ausencia de Montparnase.

El pilluelo se dirigió al tubo, en el cual era fácil penetrar por una ancha abertura que tenía cerca del tejado. En el momento en que iba a subir, Thenardier, que veía aproximarse la salvación, se inclinó hacia afuera, la primera claridad del día blanqueaba su frente inundada de sudor, sus pómulos lívidos, su nariz afilada y salvaje, y su barba gris erizada; Gavroche le conoció:

—¡Calla!—dijo.—¡Es mi padre! ¡Bah, no importa!

Y cogiendo la cuerda con los dientes, principió resueltamente la subida.

Llegó a lo alto del paredón, se montó en él como en un caballo, y ató sólidamente la cuerda a la viga superior de la ventana.

Un momento después, Thenardier estaba en la calle.

Así que puso los pies en el suelo, así que se vió fuera de peligro, no se sintió cansado, ni transido, ni tembloroso: las cosas terribles por que había pasado se desvanecieron como el humo; toda su extraña y feroz inteligencia se despertó, y se encontró de pie y libre, dispuesto a marchar adelante. Véase, pues, cuáles fueron las primeras palabras de aquel hombre.

—Y ahora, ¿qué vamos a comer?

Es inútil explicar el significado de esta horrible frase, horriblemente clara, que quiere decir a la vez: matar, asesinar, robar. «Comer», es decir, «devorar».

—Chivarémonos bien—dijo Brujón.—Acabemos en tres palabras, y nos separaremos en seguida.

Había un negocio de buena cara en la calle de Plumet; una calle desierta, una casa aislada, una verja podrida que da a un jardín, mujeres solas.

—¡Y bien! ¿Por qué no?—preguntó Thenardier.

—Tu dugida (1) Eponina ha ido a verlo—respondió Babet.

—Y ha dado un bizcocho a la Magnon—añadió Tragamar.—No hay nada que maquilar allí.

—La dugida no es gil—dijo Thenardier.—Sin embargo, bueno será verlo.

—Sí, sí—dijo Brujón,—lo veremos.

Mientras tanto, ninguno de estos hombres se acordaba de Gavroche, que durante este coloquio se había sentado en uno de los guardacantones de la empalizada; esperó algunos instantes, quizá a que su padre se volviese hacia él; después se puso los zapatos, y dijo:

—¿Tengo más que hacer? Ya os saqué del apuro. Me voy. Tengo que ir a cuidar de mis párvulos.

Y se fué.

Los cinco hombres salieron uno tras otro de la empalizada.

Cuando Gavroche hubo desaparecido por la esquina de la calle de Ballets Babet se llevó a Thenardier aparte:

—¿Te has fijado en ese chavalillo?—le preguntó.

—¿Qué chavalillo?

—El que ha escalado la pared y te ha llevado la cuerda.

—No mucho.

—Pues bien, no sé, pero me parece que es tu chavoró.

—¡Bah!—dijo Thenardier.—¿Lo crees tú?

LIBRO SÉPTIMO

El caló (1)

I

ORIGEN

«Pigritia» es una palabra terrible.

Engendra un mundo: el «piger», o sea el robo; y un infierno, el «pigror», o sea el hambre.

---

(1) Hija.

(2) La explicación que el autor hace del caló en este libro se refiere al caló francés exclusivamente; por esta razón algunas veces no pueden aplicarse al caló español las interpretaciones y el origen que el autor atribuye á ciertas palabras.

Sin embargo, como este lenguaje es en

Es decir, que la pereza es una madre. Tiene un hijo, el robo ; y una hija, el hambre.

¿En dónde estamos en este momento? En el caló.

¿Y qué es el caló? Es todo a la vez ; nación e idioma ; es el robo bajo dos especies : pueblo y lengua.

Cuando hace treinta y cuatro años el narrador de esta grave y sombría historia introducía en un libro escrito con el mismo objeto que éste (1) un ladrón hablando caló, se suscitó un asombro y un clamor.—¿Qué? ¡Cómo! ¡el caló! ¡El caló es horrible! Es la lengua de la chusma, del presidio, de las cárceles, de todo lo más abominable de la sociedad, etc., etc.

Nunca hemos comprendido este género de objeciones.

Después, dos grandes novelistas, de los cuales uno es un profundo observador del corazón humano, y el otro un intrépido amigo del pueblo, Balzac y Eugenio Sue, han hecho hablar a los bandidos en su lengua natural, como lo había hecho en 1828 el autor del *Último día de un reo de muerte*, y se han suscitado las mismas reclamaciones. Se ha repetido :—¿Qué quieren los escritores con esa repugnante jerga? ¡El caló es horrible! ¡El caló hace estremecer!

¿Quién lo niega? Sin duda.

Cuando se trata de sondear una llaga, un abismo o una sociedad, ¿desde cuándo es una falta descender demasiado, ir al fondo? Muchas veces hemos pensado que esto era un acto de valor, y por lo menos una acción inocente y útil, digna de la atención simpática que merece el deber aceptado y cumplido. ¿Por qué no se ha de explorar todo, y no se ha de estudiar? ¿por qué se ha de detener uno en el camino? El detenerse corresponde a la sonda, no al que sondea.

Ciertamente que ir a buscar en la última capa del orden social, allí donde concluye la tierra y empieza el fango ; registrar en aquellas aguas espesas ; perseguir, coger y arrojar palpitante a la superficie este idioma abyecto que gotea lodo sacado a luz, este vocabulario pustuloso, en que cada palabra parece un anillo inmundo de un monstruo del cieno y de las tinieblas, no es ni una empresa cómoda, ni seductora.

Nada es más lúgubre que contemplar así desnudo a la luz del pensamiento el hormiguero terrible del caló. En efecto : parece que es una especie de horrible fiera hecha para vivir en la noche, y que se ve arrancada de su cloaca. Se cree ver una horrible maleza viva y erizada que tiembla, se mueve, se agita, pide volver a la sombra, amenaza y mira. Tal palabra parece una garra ; tal otra un ojo apagado y sangriento ; tal frase parece moverse como la tenaza de una langosta. Todas viven con esa vida repugnante de las cosas que están organizadas en la desorganización.

Pero, ¿desde cuándo el horror excluye al estudio? ¿Desde cuándo la enfermedad rechaza al médico? ¿Qué se diría de un naturalista que se negase a estudiar la víbora, el murciélago, el escorpión, el ciempiés, la tarántula, y que los rechazase a las tinieblas, diciendo : ¡Oh, qué fealdad!? El pensador que se alejase del caló se parecería a un cirujano que se apartase de una úlcera o de una verruga : sería un filólogo dudando examinar un hecho de la lengua ; un filósofo dudando analizar un hecho de la humanidad. Porque, y es preciso decirlo a los que lo ignoran, el caló es al mismo tiempo un fenómeno literario y un resultado social. ¿Qué es el caló propiamente dicho? El caló es la lengua de la miseria.

Aquí podría interrumpirnos alguno ; puede generalizarse el hecho ; lo cual muchas veces es un medio de atenuarlo ; puede decírsenos que todos los oficios, todas las profesiones, y casi podría añadirse, todos los accidentes de la jerarquía social, y todas las formas de la inteligencia, tienen su caló especial : el comerciante, que dice : «Montpellier

---

esencia el mismo en todos los pueblos, y procede de un mismo tronco, la mayor parte de sus palabras conservan idéntica significación, habiéndose modificado solamente en las terminaciones y en la estructura que ha dado a sus variaciones gramaticales el carácter de la lengua nacional.

Por estas razones, en los diálogos traducimos completamente en caló español el caló francés; pero en la explicación del origen y raíces de algunas palabras, nos vemos obligados á dejarlas en francés, porque esta explicación no sería aplicable al español.

(1) *El último día de un reo de muerte.*

disponible; Marsella, buena calidad»; el agente de cambio, que dice: «cargo, prima, a la par»; el jugador, que dice: «tercio y todo, fallo a espadas»; el ujier de las islas normandas, que dice: «el feudatario deteniéndose en su fundo no puede reclamar el fruto de este fundo durante el embargo hereditario de los inmuebles del renunciador»; el zarzuelista, que dice: «han hecho bailar al oso»; el cómico, que dice: «tengo un caballo blanco»; el filósofo, que dice: «triplicidad fenomenal»; el cazador, que dice: «la res está encamada»; el frenólogo, que dice: «amatividad, combatividad, secretividad»; el soldado de infantería, que dice: «mi tambor»; el soldado de caballería, que dice: «a media rienda»; el maestro de esgrima, que dice: «tercera, cuarta, a fondo»; el impresor, que dice: «atanasia»; todos, impresor, maestro de esgrima, soldado de caballería o de infantería, frenólogo, cazador, filósofo, cómico, zarzuelista, ujier jugador, agente de cambio y comerciante, todos hablan en caló.

El pintor, que dice: «el ambiente del cuadro»; el escribano, que dice: «he dejado el crimen»; el peluquero, que dice: «a media melena»; el zapatero, que dice: «tapas», hablan caló. En rigor, y si se quiere, absolutamente todos esos modos de decir la derecha y la izquierda; el marinero «a babor» y «a estribor»; el maquinista, «lado del patio y lado del jardín»; el perrero, «lado de la Epístola» y «lado del Evangelio», son caló. Hay caló de monas, como hay caló de sabidillas. El palacio de Rambouillet, es decir, la aristocracia y el lujo, confinaba con la Corte de los Milagros; es decir, con la pobreza y el vicio. Hay caló de duquesas, como demuestra la siguiente frase, escrita en un billete amoroso por una gran señora de la Restauración: «Hallaréis en esas chismerías una porción de «razones para que yo me libertice.» Las cifras diplomáticas son caló. La Chancillería romana, diciendo 26 por Roma, «grkztntgzyak» por «envío», y «abxustgru:grkzu tu» por duque de Módena, habla caló. Los médicos de la Edad Media, que, por decir zanahoria, rábano y nabo, decían: «opoponpoch, pergrosohium, reptitalmus, dracatholicum angelorum, postmegorum», hablaban caló. El fabricante de azúcar, que dice: «moscabada, terciada, bastarda, común, tostada, clarificada», este honrado industrial habla caló. Una escuela de crítica que decía hace veinte años: «la mitad de Shakspeare es un juego de palabras y retruécanos», hablaba caló. El poeta y el artista que con profundo sentido calificaron al señor de Montmorency de «un ciudadano» si no hubiese sido muy entendido en versos y estatuas, hablaron en caló. El académico clásico que llama a las flores, «Flora»; a los frutos, «Pomona»; al mar, «Neptuno»; al amor, «los fuegos»; a la belleza, «los atractivos»; a un caballo, «un corcel»; a la escarapela blanca o tricolor, «la rosa de Belona»; al sombrero de tres picos, «el triángulo de Marte»; ese académico clásico habla caló. El álgebra, la medicina, la botánica tienen su caló. El lenguaje que se emplea a bordo, ese admirable lenguaje de la mar, tan completo y tan pintoresco, que han hablado Juan Bart, Duquesne, Suifren y Duperré, que se mezcla con el silbido de las cuerdas, con el ruido de la bocina, con el choque de abordaje, con el vaivén, con el viento, con la ráfaga, con el cañón, es un caló heroico y brillante, que es al terrible caló de la miseria, lo que el león al chacal.

Sin duda. Pero, dígase lo que se quiera, este modo de comprender el caló tiene una extensión que no admitirá todo el mundo. En cuanto a nosotros, conservamos a esta palabra su antigua acepción precisa, circunscripta y determinada, y limitamos el caló al caló. El caló verdadero, el caló por excelencia, si es que estas dos palabras pueden reunirse, el caló inmemorial, no es, lo repetimos, más que la lengua fea, inquieta, socarrona, traidora, venenosa, cruel, tortuosa, vil, profunda, fatal de la miseria.

Hay en el extremo del envilecimiento y del infortunio una última miseria que se rebela, y que se decide a entrar en lucha contra el conjunto de los hechos felices y de los derechos reinantes; lucha horrible, que ora astuta, ora violenta, feroz y malsana a la vez, ataca el orden social a alfilerazos por medio

del vicio, y a estocadas por medio del crimen. Para las necesidades de esta lucha, la miseria ha inventado una lengua de combate, que es el caló.

Hacer sobrenadar y conservar sobre el olvido, sobre el abismo, aunque no sea más que un fragmento de una lengua cualquiera que ha hablado el hombre, y que de otro modo se perdería; es decir, uno de los elementos, buenos o malos, de que se compone o que complica la civilización social, es auxiliar a la misma civilización. Este servicio le ha hecho Plauto, queriéndolo o no, haciendo hablar el fenicio a los soldados cartagineses; este servicio le ha hecho Molière, haciendo hablar el levantino y toda clase de patuá a muchos de sus personajes.

Aquí vuelven a suscitarse las objeciones; el fenicio ¡magnífico! el levantino ¡bueno! el patuá ¡pase! son lenguas que han pertenecido a naciones o provincias; pero el caló ¿para qué queréis conservar el caló? ¿para qué hacer «sobrenadar» el caló?

A esto sólo responderemos una cosa. Ciertamente; la lengua que ha hablado una nación o una provincia es digna de interés; pero es más digna aún de atención y estudio la lengua que ha hablado la miseria.

La lengua que ha hablado en Francia, por ejemplo, por más de cuatro siglos, no solamente una miseria, sino la miseria, toda la miseria humana posible.

Y además, insistimos en ello; estudiar las enfermedades y las deformidades sociales, y designarlas para curarlas, no es una necesidad en que se permita la elección. El historiador de las costumbres y de las ideas no tiene una misión menos austera que el historiador de los sucesos. Este tiene en la superficie de la civilización las luchas de las coronas, los nacimientos de los príncipes, los casamientos de los reyes, las batallas, las asambleas, los grandes hombres públicos, las revoluciones a la luz del día, todo lo exterior; el otro historiador tiene el fondo, el pueblo que trabaja, que padece y espera, la mujer oprimida, el niño que agoniza, las guerras sordas de hombre a hombre, las ferocidades obscuras, las preocupaciones, las alarmas fingidas, los efectos indirectos y subterráneos de las leyes, las evoluciones secretas de las almas, los estremecimientos indistintos de la multitud, los pobres que mueren de hambre, los que andan con los pies desnudos, los desheredados, los huérfanos, los desgraciados y los infames; todas esas larvas que andan vagando en la obscuridad. Le es necesario descender con el corazón lleno de caridad y de severidad a un mismo tiempo, como un hermano y como un juez, hasta esas casamatas impenetrables, en que se arrastran confundidos los heridos y los que hieren; los que lloran y los que maldicen; los que ayunan y los que devoran; los que sufren el mal y los que lo cometen. Estos historiadores de los corazones y de las almas, ¿tienen acaso deberes menos importantes que los historiadores de los hechos exteriores? ¿Se cree que Dante tiene que decir menos que Maquiavelo? ¿Acaso lo inferior de la civilización, sólo porque es más sombrío y más profundo, es menos importante que lo superior? ¿Se conoce bien la montaña cuando no se conoce la caverna?

Pero consignemos aquí, antes de ir más adelante, que, a pesar de las palabras anteriores, no puede inferirse que haya entre las dos clases de historiadores una diferencia, una barrera que no existe en nuestra mente. Nadie puede ser buen historiador de la vida patente, visible, alumbrada, pública de los pueblos, si no es al mismo tiempo, y en cierta magnitud, historiador de su vida profunda y oculta; y nadie es buen historiador de lo interior, si no sabe ser, siempre que sea necesario, historiador de lo exterior.

La historia de las costumbres y de las ideas penetra la historia de los sucesos, y recíprocamente. Son dos órdenes de hechos diferentes que se corresponden, que se encadenan siempre, y se engendran mutuamente con frecuencia. Todas las líneas que la Providencia traza en la superficie de una nación, tienen sus paralelas sombrías, pero claras, en el fondo, y todas las convulsiones del fondo producen levantamientos en la superficie. Como la verdadera historia

se introduce en todo, el verdadero historiador tiene que introducirse en todo.

El hombre no es un círculo de un solo centro, es una elipse de dos focos: uno, le constituyen los hechos: otro, las ideas.

El caló no es más que un disfraz con que se cubre la lengua cuando va a hacer algo malo. Se reviste de palabras con máscara, y de metáforas con harapos.

Y así se hace horrible.

Cuesta trabajo conocerla. ¿Es la lengua francesa esa gran lengua humana? Ahí está dispuesta a entrar en escena, y a dar la réplica al crimen; propia para todos los empleos del repertorio del mal. No progresa, cojea; cojea con la muleta de la Corte de los Milagros, muleta que se metamorfosea en una maza; se llama truhanería; todos los espectros que son sus camareros la han estropeado; se arrastra y se levanta, lo cual constituye el doble movimiento del reptil. Es propia para todos los papeles; la ha hecho ambigua el falsario; verde-gris el envenenador; está carbonizada por el hollín del incendiario; el asesino le presta el color rojo.

Cuando se escucha del lado de las personas honradas a la puerta de la sociedad, se sorprende el diálogo de los que están fuera. Se oyen las preguntas y las respuestas. Se percibe, sin comprenderlo, un murmullo repugnante que suena casi como la voz humana, pero que se aproxima más al aullido que a la palabra. Es el caló. Las palabras son deformes, y están impregnadas de una especie de bestialidad fantástica. Parece que se oye hablar a hidras.

Este lenguaje es lo ininteligible en lo tenebroso; rechina y cuchichea, y completa el crepúsculo con el enigma. La noche mora en la desgracia, pero es aún más tenebrosa en el crimen. Estas dos negras sombras amalgamadas componen el caló. Obscuridad en la atmósfera, obscuridad en las acciones, obscuridad en las palabras. Espantosa lengua reptil, que va, viene, salta, se arrastra, babea y se mueve monstruosamente en esa inmensa bruma obscura, compuesta de lluvia, de noche, de hambre, de vicio, de mentira, de injusticia, de desnudez, de asfixia y de invierno; mediodía de los miserables.

¡Compadezcamos a los castigados! ¡Ah! ¿Qué somos nosotros mismos? ¿Qué soy yo que os hablo en este momento? ¿Qué sois vosotros que me escucháis? ¿De dónde venimos? ¿Estamos seguros de no haber hecho nada antes de haber nacido? La tierra no deja de tener semejanza con un presidio. ¡Quién sabe si el hombre no es más que un sentenciado de la Justicia Divina!

Mirad la vida de cerca, y veréis que es tal, que en toda ella se encuentra el castigo.

¿Sois lo que se llama un ser feliz? Estáis triste todos los días. Cada día tiene su disgusto y su pequeño cuidado. Ayer temblabais por una salud que os es querida, hoy teméis por la vuestra; mañana tendréis una inquietud por el dinero; pasado mañana os inquietará la diatriba de un calumniador; el otro la desgracia de un amigo; después el tiempo que hace; después cualquier cosa que se rompa o se pierda; después un placer que la conciencia o la columna vertebral os echan en cara; otra vez la marcha de los negocios públicos. Y esto sin contar las penas del corazón, y así sucesivamente. Apenas se disipa una nube, se forma otra; apenas hay un día de sol y de alegría entre ciento. Y, sin embargo, sois del pequeño número que goza de la felicidad. En cuanto a los demás hombres, la eterna noche se cierne sobre ellos.

Los ánimos reflexivos usan muy poco esta alocución: los felices y los desgraciados. En este mundo, vestíbulo de otro evidentemente, no hay seres felices.

La verdadera división humana es ésta: los luminosos y los tenebrosos.

Disminuir el número de los tenebrosos, aumentar el de los luminosos; tal es el grande objeto. Por esto gritamos: ¡Enseñanza! ¡Ciencia! Aprender a leer es encender el fuego; toda sílaba deletreada brilla.

Pero el que dice luz, no dice necesariamente goces. También se padece en la luz, porque el exceso quema. La llama es enemiga de las alas. Arder sin cesar de volar es el prodigio del genio.

Cuando sepáis y améis, padeceréis aún. El día nace con lágrimas. Los luminosos lloran, aunque no sea más que por los tenebrosos.

II

RAÍCES

El caló es la lengua de los tenebrosos.

El pensamiento se conmueve en sus más sombrías profundidades : la filosofía social se sumerge en las medicaciones más dolorosas en presencia de este enigmático dialecto, a un mismo tiempo humillado y rebelde.

Allí es donde se encuentra el castigo visible. Cada sílaba tiene una significación marcada.

Las palabras de la lengua vulgar se presentan en el caló como contraídas y retorcidas por el hierro enrojecido del verdugo, y algunas parece que están humeando aún. Tal frase produce el mismo efecto que la marca de la flor de lis de un ladrón, a quien se desnuda de repente. La idea se opone siempre a dejarse expresar por estos substantivos perseguidos por la justicia. La metáfora es algunas veces tan descarada, que se conoce que ha estado en la argolla.

Por lo demás, y a pesar de todo esto, y aun a causa de todo esto, esa jerga extraña tiene de derecho su habitación en el gran estante imparcial, en que hay un sitio para el ochavo oxidado como para la medalla de oro, y que se llama literatura. El caló, quiérase o no se quiera, tiene su sintaxis y su poesía : es una lengua ; y si en la deformidad de ciertos vocablos se conoce que ha sido masculladа por Mandrin, en el esplendor de ciertas metonimias se descubre que la ha hablado Willon.

El siguiente verso, tan exquisito y tan célebre :

¿Dó están las nieves de antaño? (1)

es un verso de caló. Antaño—«ante annum»—es una palabra de caló de Túnez, que significa el «año pasado», y por extensión «en otro tiempo». Hace treinta y cinco años aun podía leerse, en la época de la salida de la gran cadena de 1827, en uno de los calabozos de Bicetre, esta máxima grabada con un clavo en la pared por un rey de Túnez, condenado a galeras : «O challí d'antaño chalaban «siempre» por a bar de Coesres». Lo que quiere decir : «Los reyes de otro tiempo iban siempre a hacerse consagrar». Para aquel rey la consagración era el presidio.

La palabra «decarede», que significa la partida de un carruaje pesado al galope, se atribuye a Villon, y es digna de él. Esta palabra, que echa fuego por las cuatro patas, resume en una onomatopeya magistral el admirable verso de Lafontaine :

Tiraban de un coche seis fuertes caballos

Bajo el punto de vista puramente literario, pocos estudios serán más curiosos y más fecundos que el del caló. Es una lengua dentro de la lengua común ; una especie de excrescencia enfermiza ; un injerto malsano que ha producido una vegetación ; planta parásita que tiene sus raíces en el viejo tronco galo, y cuyo siniestro follaje se arrastra por un lado de la lengua. Esto es lo que podría llamarse el primer aspecto, el aspecto vulgar del caló. Mas para los que estudian la lengua como deben estudiarla, es decir, como los geólogos estudian la tierra, el caló se presenta como un verdadero aluvión.

Según que se ahonda más o menos, se encuentra en el caló por bajo del antiguo francés popular, el provenzal, el español, el italiano, el levantino, esa lengua de los puertos del Mediterráneo, el inglés y el alemán, el romance en

(1) Nosotros creemos que el caló viene del gitano, y que el gitano es una lengua antiquísima, hablada, como la misma palabra lo expresa, por el pueblo egipcio; la cual en las emigraciones de la raza que la conserva, se ha ido modificando con arreglo al genio y á la estructura del idioma hablado en cada país adonde se han extendido los gitanos. De éstos la han tomado todos los miserables.

El autor, sin embargo, no parece que la considera de esta manera, y así le da algunas raíces extrañas. Antaño, por ejemplo, nunca ha sido palabra gitana, y todavía en español castizo se pronuncia y se sabe lo que es. Lo mismo podemos decir de otras palabras, ya españolas, ya de diversas lenguas que el autor cita.

sus tres variedades, el romance francés, el romance italiano, el romance romano, el latín, y, en fin, el vasco y el celta. Formación extraña y obscura (1). Edificio subterráneo construído en camón por todos los miserables. Cada raza maldita ha formado una capa, cada padecimiento ha dejado caer una piedra, cada corazón ha dado un guijarro. Una multitud de almas criminales, bajas e irritadas que han atravesado la vida, y han ido a desvanecerse en la eternidad, están allí casi completas, y en cierto modo visibles, aun bajo la forma de una palabra monstruosa.

¿Se quieren voces españolas? El antiguo caló gótico las tiene en abundancia. Ahí están «boffete», que viene de bofetón; «vantana», después «vanterna», que viene de ventana; «gat», que viene de gato; «acite», que viene de aceite. ¿Se quieren voces italianas? «Spade», que viene de «spada»; «carvel», barco, que viene de «caravella». ¿Se quieren inglesas? «Bichott», obispo, que viene de «bishop»; «railler», espía, que viene de «rascal», «rascalión», pillo; «pilche», estuche, que viene de «pilcher», vaina. ¿Se quieren alemanas? «Caleur», mozo, de «keller»; «hers», amo, de «herzog», duque. ¿Se quieren latinas? «Frangir», romper, de «frangere»; «affurer», robar, de «fur»; «cadene», cadena, de «catena». Hay una palabra que reaparece en todas las leyendas del continente con una especie de poder y autoridad misteriosa, la palabra «magnus». Escocia ha sacado de ella «mac», con que designa al jefe del Clan, Mac-Faralane, Mac-Callummore, el gran Faralane, el gran Callummore (1); el caló ha sacado «meck», y después «meg», es decir, Dios. ¿Se quieren voces vascongadas? «Gahisto», el diablo, que viene de «gaiztoa», malo; «sorgabon», buenas noches, que viene de «gabon», buenas noches. ¿Se quieren celtas? «Blavin», pañuelo, que viene de «blavet», agua que corre; «menesse», mujer (en mal sentido), que viene de «meinec», lleno de piedras; «barant», arroyo, de «baranton», fuente; «goffeur», cerrajero, de «gof», herrero; «guedouze», muerte, de «quenu-du»: blanco negro. ¿Se quiere, en fin, la historia? El caló llama a los escudos «malteses», en recuerdo de la moneda que corría en las galeras de Malta.

Además de los orígenes filológicos que acabamos de indicar, el caló tiene otras raíces más naturales aún, y que salen, por decirlo así, del mismo espíritu del hombre.

En primer lugar, hay que notar la creación directa de las palabras que constituye el misterio de las lenguas. Pintar con palabras que tienen figura, aunque no se sepa cómo ni por qué, es el fondo primitivo de toda lengua humana; es lo que podría llamarse el granito de su construcción. El caló abunda en palabras de este género, palabras inmediatas, hechas de una pieza, no se sabe cómo ni por qué, sin etimología, sin analogía, sin derivados; palabras solitarias, bárbaras, repugnantes algunas veces, que tienen una singular fuerza de expresión, y que viven. El verdugo, el «taule»; el bosque, el «sabrí»; el miedo, la fuga, «taf»; el lacayo, el «carbin»; el general, el prefecto, el ministro, «pharos»; el diablo, el «rubouin». Nada es más extraño que estas palabras que disfrazan y presentan la idea. Algunas, como el «rabouin», son al mismo tiempo grotescas y terribles, y producen el efecto de un gesto ciclópeo.

En segundo lugar, viene la metáfora, porque lo más propio de una lengua que quiere decirlo todo y ocultarlo todo, es la abundancia de figuras. La metáfora es un enigma en que se refugian el ladrón que medita un golpe y el preso que combina una evasión. No hay ningún idioma más metafórico que el caló. «Trincar por el tronco», agarrar por el cuello; la «nube», la capa; «hacinar a uno», juzgarle; un «ratón», un ladrón de pan; «dardear», «picar», llover, figura antigua y asombrosa, que lleva su fecha en sí misma, y asimila las largas líneas oblicuas de la lluvia a las picas espesas e inclinadas de los lansquenetes, y que contiene en una sola palabra la metonimia popular «llueven chuzos». Algunas veces, a medida que el caló pa-

(1) Esta misma observación corrobora lo que hemos dicho en la nota anterior.

(2) Obsérvese que «mac», en celta, significa hijo.

sa de la primera época a la segunda, las palabras pasan del estado salvaje y primitivo al sentido metafórico.

El diablo cesa de ser el «rabouin», y se convierte en el «panadero», el que anda en el horno. Esta significación es más ingeniosa, pero menos grande; es una cosa, como Racine después de Corneille; como Eurípides después de Esquilo.

Ciertas frases del caló que corresponden a las dos épocas, y tienen a la vez el carácter bárbaro y metafórico, parecen un efecto fantasmagórico. «Los murcios van a chorar queles a la luna» (1). Esto pasa por la mente como un grupo de espectros: no se sabe lo que se ve.

En tercer lugar, tenemos la modificación. El caló vive de la lengua, y la usa a su capricho; la emplea al acaso, y se limita muchas veces, cuando tiene necesidad, a desnaturalizarla sumaria y gravemente. A veces con las palabras usuales así transformadas, y complicadas con palabras de caló puro, compone locuciones pintorescas, en que se descubre la mezcla de los dos elementos precedentes, la creación directa y la metáfora:

> Del estaripen me sacan
> á caballito en un quel,
> por toda la polvorosa
> zurrándome el barandel.

El forio es un «gilí», la foria es «garlicha», y la dugida «juncal»; el ciudadano es tonto, la ciudadana es astuta, la hija es bonita.

Muchas veces, con objeto de hacer perder la pista a los que escuchen, el caló se limita a añadir indistintamente a todas las palabras de la lengua una especie de cola innoble, una terminación o una anteposición en «cuti», o en «di». Por ejemplo: «¿Tite, tipatiretice, tibuetino tiestecuti, guitisatidoti?» ¿Te parece bueno este guisado?—frase dirigida por Cartucho a un carcelero para saber si le convenía la cantidad ofrecida por la evasión. Más recientemente se ha añadido la terminación en «mar».

El caló, siendo el lenguaje de la corrupción, se corrompe muy pronto: además, como trata siempre de ocultarse, así que se ve comprendido, se transforma. Al contrario de lo que sucede en toda vegetación, en el caló, el rayo de luz mata lo que toca. Así, el caló va descomponiéndose y recomponiéndose sin cesar; trabajo rápido y obscuro que no se detiene nunca. El caló camina más en diez años, que la lengua en diez siglos.

Así, el «larton» (1) se convierte en «lartif», el «gail» (2) en «gaye», la «fertanche» (3) en «fertille», el «momignard» en el «momacque», los «fiques» (4) en «fruques», la «chique» (5) en «egregeoir», el «calabre» (6) en «colas». El diablo es primero «gahisto», después el «rabouin», después el «panadero»; el sacerdote es el «ratichon», después el «jabalí»; el puñal es el «veintidós», después el «surin», después el «lingre»; los polizontes son «railles», después «rousins», después «rousses», después «comerciantes de lazos»; después «coqueurs». después «cognes»; el verdugo es el «taules», después «Carlitos», después el «buchí», después el «cojuelo». En el siglo XVII, reñir es «darse para tabaco», en el XIX es «darse de mojadas». Veinte locuciones distintas han pasado entre estos dos extremos. Cartucho hablaría en griego para Lacenaire. Todas las palabras de esta lengua están perpetuamente en fuga como los hombres que las pronuncian.

Sin embargo, de tiempo en tiempo, y a causa de este mismo movimiento, reaparece el antiguo caló y se hace nuevo. Tiene sus capitales donde se conserva. El Temple conservaba el caló del siglo XVII; Bicetre, cuando era cárcel, conservaba el caló de Túnez; allí se oía la antigua terminación en «anche» de los antiguos tunecinos. «Bebeanches tú», bebes tú; «areyanches», cree. Pero no por eso es menos ley el movimiento perpetuo.

Si el filósofo, para observarla, llega a fijar por un momento esta lengua, que se evapora sin cesar, cae en dolorosas y útiles meditaciones. Ningún estudio es más eficaz y más fecundo en ense-

(1) Los ladrones van á robar burros por la noche.

(1) Pan. (2) Caballo. (3) Paja. (4) Vestidos. (5) Iglesia. (6) Cuello.

ñanzas. No hay una metáfora, ni una etimología del caló que no contenga una lección. Entre esos hombres «golpear» quiere decir «hender» ; la astucia es su fuerza.

Para ellos, la idea del hombre no se separa de la idea de la sombra. La noche se dice la «sorgue», el hombre el «orgue» (1). El hombre es un derivado de la noche.

Se han acostumbrado a considerar la sociedad como una atmósfera que les mata, como una fuerza fatal, y hablan de su libertad como hablarían de su salud. Un hombre preso es un «enfermo» ; un hombre condenado es un «muerto».

Lo más terrible para el encarcelado en las cuatro paredes de piedra que le sepultan, es una especie de castidad glacial ; al calabozo le llama el «casto». En ese lugar fúnebre, la vida exterior se presenta siempre bajo el más grato aspecto ; el preso tiene grillos en los pies. ¿Creéis acaso que piensa en que se anda con los pies? No : piensa en que se baila con los pies ; así, en el momento en que consigue limar los grillos, su primera idea es que puede bailar, y llame a la lima «la bailadora».—Un «hombre» es un «centro», profunda asimilación.—El bandido tiene dos cabezas ; la una que razona sus acciones, y le guía toda su vida ; la otra, que tiene sobre sus hombros el día de su muerte : llama a la cabeza que le aconseja el crimen, «la sorbona», y a la cabeza que expía, «el troncho».—Cuando un hombre no tiene más que harapos sobre el cuerpo, y vicios en el corazón ; cuando ha llegado a esa doble degradación material y moral que caracteriza en sus dos acepciones la palabra «miserable», es lo más propio para el crimen ; es como un cuchillo bien afilado : tiene dos filos, su miseria y su maldad ; así el caló no dice un «miserable» ; dice un «choré». — ¿Qué es el presidio? Un brasero de condenación, un infierno. El forzado se llama un «sarmiento».—En fin, ¿qué nombre dan los malhechores a la cárcel? El «colegio».

Todo un sistema penitenciario puede salir de esta palabra.

¿Se quiere saber de dónde han salido la mayor parte de las canciones del presidio, esos refranes, llamados en el vocabulario especial las «lirlonfas»? Pues oíd.

Había en el Chatelet de París un subterráneo muy grande, que estaba ocho pies más bajo que el nivel del Sena. No tenía ni ventanas, ni respiraderos ; la única abertura era la puerta. Los hombres podían entrar allí, el aire no. Esta cueva tenía por techo una bóveda de piedra, y por suelo diez pulgadas de fango. Había sido enlosada ; pero el enlosado se había podrido y abierto con el agua rezumada. A ocho pies por cima del suelo, una larga y gruesa viga atravesaba el subterráneo de parte a parte ; y de esta viga caían, de distancia en distancia, cadenas de tres pies de longitud, en cuyo extremo había una argolla. En aquella cueva se encerraba a los condenados a galeras hasta que salían para Tolón.

Se les llevaba hasta ponerlos debajo de la viga, donde a cada uno esperaba una cadena oscilando en las tinieblas. Las cadenas, es decir, los brazos colgando, y las argollas, es decir las manos abiertas, cogían a aquellos miserables por el cuello. Se remachaba el hierro, y se los dejaba allí. La cadena era demasiado corta, y no podían echarse ; permanecían inmóviles en la cueva, en aquella obscuridad, bajo aquella viga, casi colgados, haciendo esfuerzos inauditos para alcanzar el pan o el cántaro, con la bóveda sobre la cabeza y el lodo hasta media pierna ; corriendo sus excrementos por sus muslos, rendidos de fatiga, doblándose por las caderas y por las rodillas, agarrándose con las manos a la cadena para descansar, sin poder dormir más que de pie, despertándose a cada instante porque les ahogaba la argolla : algunos no volvían a despertar. Para comer, subían con el talón a lo largo de la pierna hasta la mano el pan que se les arrojaba en el lodo. ¿Y cuánto tiempo estaban así? Un mes, dos meses, seis meses ; uno estuvo un año. Aquello era la antecámara de las galeras ; y se entraba allí por haber robado una liebre al rey (1). ¿Y qué hacían en

(1) Esto es el caló francés. En el español la noche es la *rachí*. el hombre *manú*.

(1) Afortunadamente estos horrores nunca se han visto en España.

aquel sepulcro-infierno? Lo que se puede hacer en un sepulcro: agonizaban; y lo que se puede hacer en un infierno: cantaban; porque, cuando ya no queda esperanza, queda aún el canto.

En las aguas de Malta, cuando una galera se aproximaba, oíase el canto antes que los remos. El pobre cazador furtivo Survincent, que había estado en el subterráneo del Chatelet, decía: «Las rimas me han sostenido.» Inutilidad de la poesía. ¿Para qué sirve la rima? En aquel subterráneo nacieron casi todas las canciones del caló. Del calabozo del gran Chatelet de París salió el melancólico mote de la galera de Montgomery: «Timalumisen timalumison.» La mayor parte de estas canciones son lúgubres; algunas son alegres; una es tierna·

Aquí ves el teatro
Del dios vendado.

Por más que se haga, nunca se podrá borrar del corazón del hombre el amor.

En ese mundo de acciones sombrías se guarda el secreto. El secreto es de todos; el secreto para esos miserables es la unidad que sirve de base a la unión. Romperle, es arrancar a cada miembro de esta comunidad terrible alguna cosa de sí mismo. Denunciar en el enérgico lenguaje del caló es: «comer el pedazo». Como si el denunciador se llevase un poco de la substancia de todos y se alimentase con un trozo de carne de cada uno.

¿Qué es recibir un bofetón? La metáfora responde: «Es ver las estrellas.» Aquí interviene el caló; y dice: candelillas, «humazo»; y el lenguaje usual francés da al bofetón (soufflet) por sinónimo «humazo» (camouflet). Así por una especie de penetración de abajo a arriba, la metáfora, esa trayectoria incalculable, hace subir al caló desde la caverna a la academia. Poulaillier, diciendo: «Enciendo mi candela» (camouflet), hace escribir a Voltaire: «Law laviel la Beaumelle merece cien bofetones» (camouflets).

Las investigaciones sobre el caló traen un descubrimiento a cada paso. El estudio profundo de este extraño idioma nos lleva al misterioso punto de intersección de la sociedad regular con la sociedad maldita.

El ladrón tiene también su carne de cañón, la materia robable, vosotros, yo, cualquiera que pasa; el «pantre» («pan», todo el mundo).

El caló es el verbo hecho presidiario.

Y realmente asusta que el principio pensante del hombre pueda ser llevado tan abajo, y arrastrado y oprimido allí por las obscuras tiranías de la fatalidad; que pueda estar sujeto por desconocidos vínculos en ese precipicio.

¡Oh, pobre pensamiento de los miserables!

¡Ah! ¿No acudirá nadie al socorro del alma humana que yace en esa sombra? ¿Será su destino esperar en ella para siempre el espíritu, el libertador, el inmenso jinete de los pegasos y de los hipogrifos, el soldado de color de aurora, que desciende del azul entre dos alas, el radiante caballero del porvenir? ¿Llamará siempre en vano a su auxilio la lanza de luz del ideal? ¿Está condenada a oír llegar espantosamente en el espesor del abismo al Mal, y a entrever cada vez más cerca, bajo las aguas repugnantes, esa cabeza de dragón, esa boca arrojando espuma, esa ondulación serpenteante de garras, de hinchazones y de anillos? ¿Será preciso que viva allí sin un resplandor, sin esperanza, entregado a esa aproximación formidable y vagamente sentida del monstruo, temblorosa, con el cabello suelto, retorciéndose los brazos, encadenada para siempre a la roca de la noche, sombría Andrómeda, pálida y desnuda en las tinieblas?

III

CALÓ QUE LLORA Y CALÓ QUE RÍE

Como hemos dicho, el caló completo, el caló de hace cuatrocientos años, como el caló de hoy, está penetrado de ese tenebroso espíritu simbólico, que da a todas las palabras, ya un aspecto doloroso, ya un aire amenazador. Se descubre en ellas la antigua y terrible tristeza de los truhanes de la Corte de los Milagros, que jugaban a las cartas con naipes especiales, de los cuales se han conservado algunos. El ocho de bastos, por ejemplo, representaba un gran árbol con ocho grandes hojas de trébol, especie de personificación fantástica del bosque.

Al pie del árbol se veía una hoguera, en que tres liebres asaban a un cazador en el asador, y detrás, en otra hoguera, una marmita humeante, de donde salía la cabeza de un perro.

Nada más lúgubre que estas represalias en pintura, y en una baraja, en presencia de las hogueras que quemaban a los contrabandistas, y de la caldera en que se cocían los monederos falsos. Las diversas formas que tomaba el pensamiento en el reino del caló, hasta la canción, hasta la burla, hasta la amenaza, tenían este carácter impotente y humillado.

Todas las canciones, cuya música se ha conservado alguna vez, eran humildes y lastimeras. El «pigre» se llamaba «pobre pigre», y siempre es la liebre que se oculta, el ratón que se escapa, el pájaro que huye. Apenas reclama; se limita a suspirar; uno de sus gemidos ha llegado hasta nosotros :—«Mande na jabillo sasta Debel, o batu de menuces, asti traelar a desqueres chavorros y junelar desqueres bariches bari traelarse» (1).

El miserable, siempre que tiene tiempo de pensar, se hace pequeño ante la ley, y despreciable ante la sociedad : se echa boca abajo, suplica, se vuelve hacia la piedad ; se conoce que sabe sus faltas.

Hacia mediados del último siglo se verificó un cambio. Las canciones de la cárcel, los ritornelos de los ladrones tomaron, por decirlo así, un gesto insolente y jovial. El quejumbroso «maluré» fué reemplazado por «larifla». En el siglo XVIII vuelve a encontrarse en casi todas las canciones de las galeras y de los presidios una alegría diabólica y enigmática. Se oye este estribillo estridente que parece iluminado por una luz fosfórica, y arrojado en un bosque por un fuego fatuo, tocando el pífano :

Mirlababi surlababo
Mirlitón ribonirbete
Surlababi mirlababo
Mirlitón riboribo.

Esto se cantaba mientras se degollaba un hombre en una cueva o en un escondrijo del bosque.

Síntoma grave. En el siglo XVIII, la antigua melancolía de esas tristes clases se disipa : se echan a reír, se burlan del gran «Debel» y del gran «benguistano». Desde el tiempo de Luis XV le llaman al rey de Francia «el marqués de París». Ya están casi alegres. Una especie de ligera luz sale de estos miserables como si la conciencia no les pesase nada. Esas lastimeras tribus de la sombra no tienen ya solamente la audacia desesperada de las acciones, sino también la osadía negligente del ingenio. Indicio de que pierden el sentimiento de su criminalidad, y de que encuentran hasta entre los pensadores y los utopistas un apoyo que desconocen ellos mismos; indicio de que el robo y el pillaje principian a infiltrarse hasta en las doctrinas y en los sofismas, de manera que pierden algo de su fealdad, prestando una gran parte de ella a los sofismas y a las doctrinas ; indicio, en fin, si no se distrae esta corriente, de que se aproxima una explosión prodigiosa.

Detengámonos aquí un momento. ¿A quién acusamos? ¿Al siglo XVIII? ¿A su filosofía? No, ciertamente. La obra del siglo XVIII es sana y buena. Los enciclopedistas, con Diderot a la cabeza ; los fisiócratas con Turgot a la cabeza ; los filósofos con Voltaire a la cabeza ; los utopistas con Rousseau a la cabeza, son las cuatro legiones sagradas, a las cuales se debe el inmenso paso dado por la humanidad hacia la luz. Son las cuatro vanguardias del género humano, dirigiéndose a los cuatro puntos cardinales del progreso. Diderot a lo bello, Turgot a lo útil, Voltaire hacia lo verdadero, Rousseau hacia lo justo.

Pero al lado y por bajo de los filósofos estaban los sofistas, vegetación venenosa mezclada con el progreso saludable, cicuta en un bosque virgen. Mientras que el verdugo quemaba en el atrio del Palacio de Justicia los grandes libros libertadores del siglo, escritores, hoy olvidados, publicaban, con privilegio del rey, ciertos escritos extrañamente desorganizadores, ávidamente leídos por los miserables. Algunas de estas publicaciones, patrocinadas, cosa singular, por un

(1) Yo no comprendo cómo Dios, el padre de los hombres, puede atormentar a sus hijos, y oír sus gemidos, sin atormentarse a sí mismo.

príncipe, se encuentran en la «Biblioteca secreta». Estos hechos profundos, pero ignorados, no eran conocidos en la superficie. Algunas veces, la obscuridad de un hecho constituye su peligro : es obscuro, porque es subterráneo. De todos los escritores, el que quizá ahondó en las masas la galería más insalubre, fué Restif de la Bretonne.

Este trabajo, común a toda Europa, hizo más estragos en Alemania que en ninguna otra parte. En Alemania, durante cierto período, resumido por Schiller en su famoso drama *Los Bandidos*, el robo y el pillaje se erigían en protesta contra la propiedad y el trabajo ; se asimilaban ciertas ideas elementales, especiosas y falsas, justas en apariencia, absurdas en realidad ; se envolvían en estas ideas, desaparecían en ellas en cierto modo : tomaban un nombre abstracto, y pasaban al estado de teoría ; y de esta manera circulaban entre la multitud laboriosa, paciente y honrada, sin noticia de los mismos químicos imprudentes que habían preparado la mixtura, sin saberlo las masas que la aceptaban. Siempre que se verifica un hecho de ese género es muy grave. El padecimiento engendra la cólera, y mientras que las clases prosperan, se ciegan o se adormecen, lo cual es siempre cerrar los ojos, el odio de las clases desgraciadas enciende su antorcha a la luz de algún ánimo tétrico o contrahecho, que sueña en un rincón, y con ella se pone a examinar la sociedad. ¡ El examen del odio ! ¡ Cosa terrible !

De aquí provienen, si la desgracia de los tiempos lo quieren, esas terribles conmociones que antes se llamaban *jacquerías*, a cuyo lado las agitaciones puramente políticas son juegos de niños, que no son ya la lucha del oprimido contra el opresor, sino la rebelión del malestar contra bienestar. Todo se derrumba entonces.

Las «jacquerías» son temblores del pueblo.

Este peligro, inminente quizá en Europa a fines del siglo XVIII, fué el que vino a detener la Revolución Francesa, ese acto inmenso de probidad.

La Revolución Francesa, que no es más que lo ideal armado de la espada, se levantó, y con el mismo movimiento brusco, cerró la puerta del mal, y abrió la puerta del bien.

Desprendió la cuestión de todo lo que la obscurecía, promulgó la verdad, expulsó el miasma, sanificó el siglo, y coronó al pueblo.

Puede decirse de ella que ha creado al hombre por segunda vez, dándole una segunda alma : el derecho.

El siglo XIX hereda y beneficia su obra ; y hoy la catástrofe social que hemos indicado hace poco, es simplemente imposible. Denunciarla, es ceguedad ; temerla, necedad. La Revolución es la vacuna de la «jacquería».

Gracias a la Revolución, las condiciones sociales han cambiado. Las enfermedades feudales y monárquicas no están ya en nuestra sangre ; ya no hay nada de la Edad Media en nuestra constitución. No estamos ya en aquellos tiempos en que horribles palpitaciones interiores hacían una irrupción, en que se oía bajo los pies el obscuro rumor de un ruido sordo, en que aparecían en la superficie de la civilización ciertos levantamientos de galerías secretas, en que el suelo se abría, en que se abrían las bóvedas de las cavernas, y se veían salir de repente de la tierra cabezas monstruosas.

El sentido revolucionario es un sentido moral.

El sentimiento del derecho desarrollado, desarrolla el sentimiento del deber. La ley de todos es la libertad, que concluye donde empieza la libertad de otro, según la admirable definición de Robespierre.

Desde 1789, el pueblo entero se dilata en el individuo realzado ; no hay ningún pobre, que, teniendo su derecho, no tenga su rayo de luz ; el hambriento siente dentro de sí mismo la honradez de Francia, la dignidad del ciudadano es una armadura interior ; el que es libre, es escrupuloso ; el que vota, reina. De aquí proviene la incorruptibilidad, de aquí el aborto de esas ambiciones funestas, de aquí el que los ojos se bajen heroicamente ante las tentaciones.

El saneamiento revolucionario es tal, que en un día de libertad, en un 14 de Julio, en un 10 de Agosto, no hay populacho. El primer grito de la multitud iluminada y engrandecida es : ¡ pena de

muerte al ladrón! El progreso es honrado; lo ideal y lo absoluto no encubren nada. ¿Quién escoltó en 1848 los furgones que llevaban las riquezas de las Tullerías? Los traperos del arrabal de San Antonio. El harapo hizo la guardia ante el tesoro; la virtud hizo resplandecientes a estos haraposos. En aquellos furgones estaba, en cajas apenas cerradas o entreabiertas, entre cien estuches brillantes, la antigua corona de Francia, toda de diamantes, terminada por el carbunclo de la monarquía, es decir, por el regente, que vale treinta millones de francos. Con los pies descalzos guardaban aquella corona.

Acabóse, pues, la «jacquería». Lo siento por los hábiles. Con ella se va el temor que ha causado su último efecto, y que no podrá ya ser empleado en política; se ha roto el resorte del espectro rojo; todo el mundo lo sabe; el espantajo no espanta ya; los pájaros se toman familiaridades con el maniquí; los gorriones se posan en él, los ciudadanos se ríen de él.

IV

LOS DOS DEBERES: VELAR Y ESPERAR

Siendo esto así, ¿se ha disipado todo peligro social? No. No hay ya «jacquería»; la sociedad puede estar tranquila por este lado; no se le subirá ya la sangre a la cabeza, pero medite en el modo con que respira. La apoplejía no es de temer, pero sí la tisis. La tisis social se llama miseria.

Lo mismo se muere minado que aplastado.

No nos cansaremos de repetirlo; pensar ante todo en la multitud desheredada y dolorida, consolarla, darle aire y luz, amarla, ensanchar magníficamente su horizonte, prodigarle la educación bajo todas sus formas, ofrecerle el ejemplo del trabajo, nunca el de la ociosidad, aminorar el peso de la carga individual, aumentando la noción del fin universal, limitar la pobreza sin limitar la riqueza, crear vastos campos de actividad pública y popular, tener como Briareo cien manos que tender por todas partes a los débiles y a los oprimidos, emplear el poder colectivo en ese gran deber de abrir talleres a todos los brazos, escuelas a todas las aptitudes, y laboratorios a todas las inteligencias, aumentar el salario, disminuir el trabajo, equilibrar el deber y el haber, es decir, proporcionar el goce al esfuerzo, y la sociedad a la necesidad, en una palabra, hacer despedir al aparato social más claridad y más bienestar en provecho de los que padecen y de los que ignoran; ésta es, que las almas simpáticas no lo olviden, la primera de las obligaciones fraternales; ésta es, que los corazones egoístas lo sepan, la primera de las necesidades políticas.

Y, sin embargo, todo esto no es más que un principio. La verdadera cuestión es ésta: el trabajo no puede ser una ley sin ser un derecho.

No insistimos más, porque no es éste el lugar de hacerlo.

Si la Naturaleza se llama Providencia, la sociedad debe llamarse Previsión.

El crecimiento intelectual y moral no es menos indispensable que el mejoramiento material. La ciencia es un viático, el pensamiento es de primera necesidad; la verdad es un alimento como el trigo. Una razón sin ciencia y sin prudencia, se enflaquece. Compadezcamos lo mismo que a los estómagos, a los ánimos que no comen. Si hay algo más doloroso que un cuerpo agonizante por falta de alimento, es un alma que muere de hambre de luz.

El progreso tiende a la solución del problema. Llegará un día en que todo el mundo se asombre. El género humano, subiendo siempre, conseguirá que las capas más profundas salgan naturalmente de la zona de la desgracia. La desaparición de la miseria se hará por una simple elevación de nivel.

Nadie puede dudar de esta gran solución.

Es verdad que lo pasado tiene mucha vida aún en la hora en que escribimos. Revive, y este rejuvenecimiento de un cadáver es una cosa sorprendente. Anda y se acerca, parece triunfante, es un muerto conquistador; llega con su legión, las supersticiones; con su espada, el despotismo; con su bandera, la ignorancia; en poco tiempo ha ganado diez batallas, avanza, amenaza, se ríe, y está a nuestras puertas. En cuanto a nosotros, no por eso desesperamos:

vendamos el terreno donde está acampado Aníbal.

Nosotros, los que creemos, ¿qué podemos temer?

No hay retroceso en las ideas, como no lo hay en los ríos.

Pero reflexionen los que no quieren el porvenir: diciendo no al progreso, no es el porvenir lo que condenan, sino a sí mismos. Se crean una enfermedad sombría; se inoculan el mal de lo pasado. No hay más que una manera de negarse a ser Mañana: morir

Pero nosotros no queremos ninguna muerte: la del cuerpo lo más tarde posible; la del alma, nunca.

Sí: el enigma dirá su palabra; la esfinge hablará; el problema se resolverá. Sí; el pueblo, bosquejado por el siglo XVIII, será perfeccionado por el siglo XIX. El que lo niegue, será un idiota. La perfección futura, el estado próximo del bienestar universal es un fenómeno divinamente fatal.

Los hechos humanos están regidos por inmensos empujes simultáneos que los llevan a todos, y, en un tiempo dado, al estado lógico; es decir, al equilibrio y a la equidad. Una fuerza terrena y celestial resulta de la humanidad, y la gobierna; esta fuerza hace milagros; los desenlaces maravillosos no le son más difíciles que las peripecias extraordinarias. Auxiliada por la ciencia que viene del hombre, y por el suceso, que viene de otra parte, se asusta poco de esas contradicciones en el enunciado de los problemas, que parecen imposibilidades al vulgo. No es menos hábil para sacar una solución de la afinidad de ideas, que una enseñanza de la afinidad de hechos; y todo se puede esperar de ese misterioso poder del progreso, que el mejor día pone al Oriente frente al Occidente en el fondo de un sepulcro, y hace hablar a los imanes con Bonaparte en el interior de la gran pirámide.

Mientras tanto, no nos paremos, no vacilemos, no nos detengamos en la grandiosa marcha de las inteligencias. La filosofía social es esencialmente la ciencia de la paz: tiene por objeto, y debe tener por resultado, disolver la cólera en el estudio del antagonismo; examina, escudriña, analiza, y después recompone; procede por vía de reducción, separando siempre el odio.

Que una sociedad desaparezca ante el viento que se desencadena sobre los hombres, lo hemos visto más de una vez; la historia está llena de naufragios de pueblos y de imperios: costumbres, leyes, religiones, todo desaparece el día menos pensado ante el huracán desconocido que pasa y lo arrastra.

Las civilizaciones de la India, de Caldea, de Persia, de Asiria, de Egipto, una tras otra. ¿Por qué? Lo ignoramos. ¿Cuáles fueron las causas de esos desastres? No lo sabemos. ¿Habrían podido salvarse esas sociedades? ¿Fué suya la culpa? ¿Han alimentado algún vicio fatal que las ha perdido ¿En qué cantidad entra el suicidio en esas muertes terribles de una nación y de una raza? Estas cuestiones no tienen respuesta.

La sombra cubre las civilizaciones condenadas. Hacían agua, puesto que se han ido a fondo: no tenemos más que decir. Y miramos con cierta especie de asombro, en el fondo de ese mar que se llama pasado, detrás de esas olas colosales que se llaman siglos, zozobrar esos inmensos buques Babilonia, Nínive, Tarsis, Tebas, Roma, bajo el soplo espantoso que sale de todas las bocas de tinieblas.

Pero estas tinieblas se quedan allí; aquí tenemos luz. Ignoramos los males de las civilizaciones antiguas; pero conocemos las enfermedades de la nuestra: en todas partes tenemos sobre ella el derecho de la luz; contemplamos sus deformidades. Donde tiene un dolor, lo sondeamos; y consignado el padecimiento, el estudio de la causa nos lleva al descubrimiento del remedio. Nuestra civilización, obra de veinte siglos, es a un tiempo un monstruo y un prodigio; y vale bien la pena de que la salvemos. Y será salva. Consolarla, es ya mucho; iluminarla, es algo más. Todos los trabajos de la filosofía social moderna deben dirigirse hacia este punto. El pensador moderno tiene un gran deber: auscultar la civilización.

Lo repetimos: esta auscultación es un estímulo; y con esta insistencia en el estímulo queremos concluir estas páginas, entreacto austero de un drama doloroso. Bajo la mortalidad social se

descubre la inmortalidad humana. Porque el globo tenga aquí y allí esas heridas que se llaman cráteres, y esas herpes llamadas solfataras; porque haya un volcán que se abra y arroje su pus, el globo no muere. Los males del pueblo no matan al hombre.

Y, sin embargo, el que estudia la clínica social tiembla a cada momento. Los más fuertes, como los más sensibles, como los más lógicos, tienen sus horas de desfallecimiento.

¿Llegará el porvenir? Parece que casi es posible hacer esta pregunta cuando se descubren tantas sombras terribles, tan obscuras fases entre los egoístas y los miserables: en los egoístas, las preocupaciones, las tinieblas de una educación rica, el apetito aumentado por la embriaguez, un aturdimiento de prosperidad que asombra, el temor de padecer, que en algunos llega hasta la aversión hacia los que padecen, una satisfacción implacable, el yo tan hinchado que cierra las puertas del alma: en los miserables, la ambición, la envidia, el odio que proviene de ver gozar a los demás, las profundas sacudidas de la fiera humana hacia la saciedad del apetito, corazones llenos de bruma, la tristeza, la fatalidad, la necesidad, la ignorancia simple e impura.

¿Debemos continuar elevando los ojos al cielo? ¿El punto luminoso que en él se distingue es de los que se apagan? Es muy terrible ver así lo ideal perdido en las profundidades, pequeño, aislado, imperceptible, brillante, pero rodeado de todas esas grandes amenazas negras, monstruosamente amontonadas en su derredor. Sin embargo, no hay más peligro que el que corre una estrella en boca de una nube.

LIBRO OCTAVO

El encanto y la desolación.

I

PLENA LUZ

El lector habrá comprendido que Eponina, habiendo conocido al través de la verja al inquilino de la calle Plumet, adonde la había enviado la Magnón, había empezado por separar a los bandidos de la calle Plumet, y luego había llevado allí a Mario, y que, después de muchos días de éxtasis ante aquella verja, Mario, llevado por esa fuerza que arrastra al hierro hacia el imán, y al amante hacia las piedras de que está hecha la casa de su amor, había concluído por entrar en el jardín de Cosette, como Romeo en el jardín de Julieta. Pero le había sido más fácil que a Romeo, porque éste tuvo que escalar una pared, y Mario no tuvo que hacer más que forzar un poco una de las barras de la verja decrépita, que vacilaba en su alvéolo carcomido como los dientes de los viejos.

Mario era delgado y pasó fácilmente.

Como nunca había nadie en la calle, y Mario sólo entraba en el jardín de noche, no corría peligro de ser visto.

A partir de aquella hora bendita y santa en que un beso unió dos almas, Mario seguía yendo todas las noches. Si en aquel momento de su vida, Cosette hubiera caído en el amor de un hombre poco escrupuloso y libertino, habría estado perdida, porque hay naturalezas generosas que se entregan completamente, y Cosette era una de ellas. Una de las magnanimidades de la mujer es ceder. El amor en esa altura en que es absoluto, se complica con una especie de celestial ceguedad del pudor. ¡Pero cuántos peligros corréis, almas nobles! Muchas veces dais el corazón, y nosotros tomamos el cuerpo, y os queda el corazón y le miráis en la sombra temblando. El amor no tiene término medio: o pierde o salva. El destino humano está encerrado en este dilema. Ninguna fatalidad establece este dilema tan inexorablemente como el amor.

El amor es la vida, si no es la muerte; es cuna, pero tumba también. El mismo sentimiento dice sí y no en el corazón humano.

De todas las cosas que Dios creó, el corazón es la que despide más luz, pero también más sombra.

Dios quiso que el amor que Cosette encontrase fuese uno de esos que salvan.

Mientras duró el mes de mayo de 1832, hubo todas las noches en aquel pobre jardín silvestre, bajo el follaje cada día más embalsamado y más espeso, dos seres respirando castidad e inocencia, sumergidos en las felicidades celes-

tes, más cercanos a los arcángeles que a los hombres; puros, castos, embriagados, esplendentes, que brillaban el uno para el otro en las tiniebals. Parecíale a Cosette que Mario tenía una corona, y a Mario que Cosette tenía un nimbo.

Se tocaban, se miraban, se cogían las manos, se apretaban uno contra otro; pero había una distancia que no atravesaban; y no era que la respetasen sino que la ignoraban.

Mario tenía una barrera, la pureza de Cosette. Cosette tenía un apoyo, la lealtad de Mario. El primer beso había sido el último. Mario después no había hecho más que tocar con sus labios la mano o el vestido, o un bucle de los cabellos de Cosette. Cosette para él era un perfume y no una mujer: la respiraba. Ella no le negaba nada, él no pedía nada; ella era feliz, él estaba satisfecho. Vivían en ese feliz estado que se podría llamar el deslumbramiento de un alma por un alma. Era aquello el inefable primer abrazo de dos virginidades en lo ideal. Dos cisnes encontrándose en el campo de la pureza.

En aquella hora del amor, en que el deleite se calla absolutamente, bajo el poder del éxtasis, Mario, el puro y seráfico Mario, hubiese sido más bien capaz de subir a una casa de prostitución, que de levantar la punta del vestido de Cosette. Una vez, a la luz de la luna, Cosette se bajó a coger algo del suelo, se entreabrió su corpiño y dejó descubierto el nacimiento del cuello.

Mario volvió los ojos.

¿Qué pasaba entre aquellos dos seres? Nada, se adoraban.

Por la noche, cuando estaban allí, el jardín parecía un lugar vivo y sagrado. Todas las flores se abrían en su derredor y les enviaban perfumes, y ellos abrían sus almas, y las derramaban sobre las flores. La vegetación ardiente y vigorosa temblaba llena de savia y de alegría en torno de aquellos dos inocentes, y ellos se decían palabras de amor, que hacían estremecerse a los árboles.

¿Y qué palabras eran éstas? Soplos nada más. Estos soplos bastaban para turbar y conmover toda aquella naturaleza. Poder mágico, que apenas se podría comprender, si se leyesen en un libro esas conversaciones nacidas para ser arrastradas y disipadas como el humo por el viento bajo las hojas. Quitad a esos murmullos de dos amantes esa melodía que sale del alma, y que los acompaña como una lira, y lo que queda no es más que una sombra. Y decís: «¡Qué! ¡No es más que eso!» Sí, niñeces, repeticiones, risas por nada, inutilidades, tontunas, todo lo más sublime y más profundo. Las únicas cosas que merecen ser dichas y escuchadas.

El hombre que no ha dicho y no ha escuchado nunca estas tonterías, estas pequeñeces, es un imbécil y un mal hombre.

Cosette decía a Mario:

—¿Sabes...?

(A todo esto, y al través de la celeste virginidad, y sin que fuese posible ni a uno ni a otro decir cómo, se trataban de tú.)

—¿Sabes? Me llamo Eufracia.

—¿Eufrasia? No, te llamas Cosette.

—¡Oh! Cosette es un nombre muy feo que me pusieron cuando era niña. Pero mi verdadero nombre es Eufrasia. ¿No te gusta ese nombre?

—Sí... pero Cosette no es feo.

—¿Te gusta más que Eufrasia?

—Pero... Sí.

—Entonces también a mí me gusta más. Es verdad, es muy bonito Cosette. Llámame Cosette.

Y la sonrisa con que acompañaba estas palabras hacía de este diálogo un idilio digno de un bosque que estuviera en el cielo.

Otras veces ella le miraba fijamente, y exclamaba:

—Caballero, sois muy lindo, muy guapo, tenéis talento, no sois tonto del todo, sois más sabio que yo; pero os desafío con esta palabra: ¡te amo!

Y Mario, en medio de un placer celestial, creía oír una estrofa cantada por una estrella.

O bien ella le daba un golpecito porque tosía, y le decía:

—No tosáis, caballero. No quiero que nadie tosa en mi casa sin mi permiso. Es muy feo eso de toser, e inquietarme. Quiero que estéis bueno, porque si estuvierais malo, sería yo muy desgraciada. ¿Qué quieres que hiciera?

¡Y esto era una cosa divina.

Una vez Mario dijo a Cosette :

—Figúrate que una vez creí que te llamabas Ursula.

Y esto les hizo reír toda la noche.

Otra vez en medio de una de estas conversaciones exclamó Mario :

—¡ Oh, un día en el Luxemburgo tuve deseos de acabar de estropear a un inválido !

Pero se detuvo, y no fué más allá. Hubiera tenido que hablar a Cosette de la liga, y esto era un imposible. Había entre ellos una especie de barrera desconocida, la carne ante la cual retrocedía con cierto temor sagrado aquel amor inocente.

Mario se figuraba que esto era vivir con Cosette, y que ya no había más en el mundo : ir todas las noches a la calle Plumet, separar el complaciente hierro de la verja del presidente, sentarse junto a ella en aquel banco, mirar al través de los árboles la brillantez del principio de la noche, poner en contacto el pliegue de la rodilla de su pantalón con la falda de Cosette, acariciarle la uña del dedo pulgar, aspirar uno después de otro el perfume de la misma flor, por siempre, indefinidamente.

Pero mientras tanto, las nubes pasaban sobre sus cabezas. Siempre que sopla el viento arrastra más sueños del hombre que nubes del cielo.

Aquel casto amor, casi esquivo, no rechazaba absolutamente la galantería. «Hacer cumplimientos» es el primer modo de hacer caricias, es un ensayo de audacia.

El cumplimiento es como un beso al través del velo. El deleite envuelve en él su germen, ocultándose. Los requiebros de Mario, saturados de quimeras, eran, por decirlo así, celestes. Los pájaros cuando vuelan por allí arriba al lado de los ángeles, deben de oír estas palabras ; en ellas se mezclaba la vida, la humanidad, toda la cantidad de positivismo de que Mario era capaz. Eran lo que se diría en la gruta, el preludio de lo que se diría en la alcoba, una efusión lírica, la estrofa y el soneto mezclados, las caballerescas hipérboles del arrullo ; todos los refinamientos de la adoración mezclados en un ramillete y exhalando un sutil perfume celestial, un inefable murmullo de corazón a corazón.

—¡ Oh !—murmuraba Mario—. ¡ Qué hermosa eres ! No me atrevo a mirarte. Por eso te contemplo. Eres una gracia. No sé lo que tengo. El bajo de tu vestido, cuando asomas la punta del pie, me trastorna. ¡ Qué resplandor desprendes cuando se entreabre tu pensamiento ! ¡ Siempre hablas con razón ! En algunos momentos me parece que eres un sueño. Habla, te escucho, te admiro. ¡ Oh ! ¡ qué raro y encantador es todo esto ! Estoy verdaderamente loco. Eres adorable, Cosette. Estudio tus pies con el microscopio, y tu alma con el telescopio.

Y Cosette respondía :

—Te amo un poquito más por el tiempo que ha pasado desde esta mañana.

Preguntas y respuestas iban como podían en este diálogo, cayendo siempre de acuerdo sobre el amor, como los figurines de saúco sobre el muelle.

Cosette era la sencillez, la ingenuidad, la transparencia, la blancura, el candor, la luz. Podía decirse de Cosette que era clara. Causaba a quien la veía una sensación como el abril y la aurora : descubríase el rocío en sus ojos. Cosette era la condensación de luz de la aurora en forma de mujer.

Era una cosa muy sencilla que Mario, adorándola, la admirase. Pero la verdad es que aquella colegiala, tierna flor del convento, hablaba con una profunda penetración exquisita ; y decía a cada momento toda clase de palabras verdaderas y delicadas. Su charla era conversación : no se engañaba en ningún asunto, y veía siempre lo justo. La mujer siente y habla con el tierno instinto del corazón, que es infalible. Nadie puede decir cosas tiernas y profundas a la vez como una mujer. La dulzura y la profundidad constituyen la mujer, esto es, el Cielo.

En esta plena felicidad les asomaban a cada instante lágrimas a los ojos. Un insectillo aplastado, una pluma caída de un nido, una rama de un árbol rota, los estremecía : y su éxtasis, dulcemente impregnado de melancolía, parecía que sólo pedía una lágrima. El síntoma

más grande del amor es un estremecimiento casi insoportable, algunas veces.

Y después de esto, porque tales contradiciones son el juego de los relámpagos amorosos, se reían espontáneamente y con gran libertad, y tan familiarmente, que parecían algunas veces dos niños. Sin embargo, aun ignorándolo aquellos corazones que rebosaban castidad, allí estaba la Naturaleza inolvidable. Allí estaba con su objeto brutal y sublime, y cualquiera que sea la inocencia de las almas, se siente en la conversación íntima más púdica la adorable y misteriosa nube que separa dos amantes de dos amigos.

Se idolatraban.

Lo permanente y lo inmutable subsiste. Los amantes se aman, se sonríen, se ríen, se hacen cariñitos con los labios, entrelazan los dedos de las manos, se tutean, y todo esto no se opone a la eternidad. Dos amantes se ocultan por la noche en el crepúsculo, en lo invisible como los pájaos, como las rosas ; se fascinan uno a otro en la sombra con sus corazones que ponen en sus ojos : murmuran, cuchichean, y mientras tanto, el grandioso movimiento de los astros se realiza en lo infinito.

II

EL ATURDIMIENTO DE LA FELICIDAD COMPLETA

Estaban vagamente asombrados de su felicidad. No habían notado que el cólera diezmaba a París en aquel mes. Se habían hecho todas las confianzas posibles ; pero no habían pasado más allá de sus nombres.

Mario había dicho a Cosette que era huérfano, que se llamaba Mario Pontmercy, que era abogado, que vivía de escribir para los libreros, que su difunto padre era coronel y había sido un héroe, y que estaba reñido con su abuelo, que era rico. Le había indicado también que era barón : pero esto no había causado efecto alguno a Cosette. ¿Mario barón? No lo comprendía : no sabía lo que quería decir esta palabra. Mario era Mario.

Ella por su parte le había dicho que se había educado en el convento del Pequeño Picpus, que su madre había muerto como la de él, que su padre se llamaba el señor Fauchelevent, que era muy bueno, que daba muchas limosnas, que era, a pesar de esto, un pobre, y que se privaba de todo, no privándola a ella de nada.

Y, cosa extraña, en la especie de sinfonía en que Mario vivía desde que veía a Cosette, lo pasado, aun lo más reciente, se había hecho para él tan confuso y lejano, que lo que Cosette le contaba, le satisfacía plenamente. No pensó siquiera en hablarle de la aventura nocturna del caserón de los Thenardier, de la quemadura, y de la extraña actitud y singular huída de su padre. Mario había olvidado al momento todo esto ; no sabía por la noche ni lo que había hecho por la mañana, ni dónde había almorzado, ni quién le había hablado ; tenía en el oído una música que le ensordecía para cualquier otro pensamiento : sólo existía en las horas en que veía a Cosette. Y entonces, como estaba en el cielo, era natural que olvidase la tierra. Ambos llevaban con languidez el peso indefinible de los deleites inmateriales. Así viven esos somnámbulos que se llaman enamorados.

¡ Ah ! ¿Quién no ha pasado por estas cosas? ¿Por qué llega una hora en que se sale de este cielo? ¿Por qué continúa la vida después?

El amor casi reemplaza al pensamiento : es un completo olvido de todo lo demás. No pidáis, pues, lógica a la pasión. No hay encadenamiento lógico absoluto en el corazón humano, lo mismo que no hay ninguna figura geométrica perfecta en la mecánica celeste.

Para Cosette y Mario no existía nada más que Mario y Cosette. El Universo en su derredor estaba como caído en un abismo. Vivían en un minuto de oro. No tenían nada ni delante ni detrás ; Mario apenas pensaba en que Cosette tenía padre ; en su cerebro había una cosa semejante a un deslumbramiento que todo lo borra. ¿De qué hablaban aquellos amantes? Ya lo hemos dicho, de las flores, de las golondrinas, del sol poniente, de la salida de la luna, de todas las cosas importantes ; se lo decían todo, excepto todo, esto es, el todo de los enamorados, que es la nada. Pero el padre, las realidades, el chiribitil,

los bandidos, aquella aventura, ¿qué les importaba? ¿Estaban seguros de que había existido aquel sueño? Eran dos, se adoraban, no había más que esto; todo lo demás no existía. Es probable que ese desvanecimiento del infierno detrás de nosotros sea inherente a la llegada al paraíso. ¿Acaso se han visto los demonios? ¿Los ha habido? ¿Se ha tenido miedo? ¿Se ha padecido? Ya no se sabe; todo esto lo cubre una nube rosada.

Así vivían, pues, aquellos dos seres, en una gran altura, con toda la inverosimilitud que puede haber en la Naturaleza, ni en el nadir, ni en el cenit, entre el hombre y el serafín; por encima del fango, y por debajo del éter, en la nube; apenas se descubría que eran de carne y hueso; eran alma y éxtasis desde los pies a la cabeza; demasiado sublimes para andar por la tierra; pero aun con bastante humanidad para desaparecer en el azul, en suspensión, como átomos que esperan el precipitado; en apariencia fuera del destino; ignorando la miseria del ayer, hoy y mañana; maravillados, pasmados, flotantes; aligerados por momentos para la desaparición en el infinito; casi dispuestos a dar el vuelo eterno.

Dormían despiertos en aquel arrullo. ¡Oh, letargo espléndido de lo real por lo ideal!

Algunas veces, aunque Cosette era tan bella, cerraba los ojos delante de ella; porque, cerrados los ojos, es como mejor se ve el alma.

Mario y Cosette no se preguntaban adónde irían a parar. Se miraban como en un encuentro. Es una pretensión del hombre el querer que el amor le lleve a alguna parte.

III

PRINCIPIO DE SOMBRA

Juan Valjean, por su parte, no sospechaba nada.

Cosette, un poco menos soñadora que Mario, estaba alegre, y esto bastaba a Juan Valjean para ser feliz. Los pensamientos de Cosette, sus tiernas ilusiones, la imagen de Mario que llenaba su alma, no perjudicaban en nada a la pureza incomparable de su hermosa frente, casta y risueña. Se encontraba en la edad en que la virgen lleva el amor como el ángel la azucena. Juan Valjean estaba, pues, tranquilo.

Además, cuando dos amantes se entienden, todo va bien, y cualquier tercero que pudiera turbar su amor, está en una perfecta ceguedad a causa de unas cuantas precauciones, siempre las mismas para todos los enamorados. Así, Cosette nunca hacía objeciones a Juan Valjean. ¿Quería pasear? Sí, padre mío. ¿Quería quedarse? Muy bien. ¿Quería pasar la noche al lado de Cosette? Ella lo celebraba.

Como Juan Valjean se retiraba siempre a las diez de la noche, estas noches no iba Mario al jardín hasta después de esta hora, cuando oía desde la calle que Cosette abría la puerta ventana de la escalinata. No hay que decir que por el día no parecía Mario por allí. Juan Valjean no se acordaba ya ni de que existía tal hombre. Sólo una vez, una mañana le dijo a Cosette

—¡Calla! ¡Cómo tienes la espalda de yeso!

La noche anterior, Mario, en un momento de transporte, había oprimido a Cosette contra la pared.

La vieja Santos, que se acostaba muy temprano, no pensaba más que en dormir después de concluído su trabajo, y lo ignoraba todo, como Juan Valjean.

Mario no ponía nunca los pies en la casa. Cuando estaba con Cosette se ocultaba en una rinconada cerca de la escalinata para que no lo viesen y oyesen desde la calle. Allí se sentaba, contentándose muchas veces con apretarse las manos veinte veces por minuto, mirando las ramas de los árboles. En aquellos momentos, aunque hubiera caído un rayo a treinta pasos de ellos, no lo habrían notado: de tal modo absorbía cada uno el profundo pensamiento del otro.

¡Pureza límpida! ¡Horas diáfanas, casi todas iguales! Esta clase de amor es una colecciónde hojas de azucena y de plumas de paloma.

Todo lo ancho del jardín los separaba de la calle. Cada vez que Mario entraba y salía, ajustaba cuidadosamente la barra de la verja, de modo que no se notaba nada.

Se iba habitualmente a media noche,

y se dirigía a casa de Courfeyrac. Este decía a Bahorel :

—¿Lo creerás? Mario se retira ahora a la una de la mañana.

Bahorel respondía :

—¿Y qué quieres? Los seminaristas son siempre un petardo.

Algunas veces, Courfeyrac cruzaba los brazos, y poniéndose serio, decía a Mario :

—¡Andáis perdido, joven!

Courfeyrac, hombre práctico, no veía con buenos ojos este reflejo de un paraíso invisible en Mario : conocía muy poco las pasiones inéditas, se impacientaba, y hacía frecuentes reflexiones a Mario para que volviese a lo real. Una mañana le dirigió esta pregunta :

—Querido, creo que vives en la Luna, reino del Delirio, provincia de la Ilusión, capital Bola de Jabón. Vamos, sé buen muchacho. ¿Quién es ella?

Pero no había medio de «hacer hablar» a Mario. Antes le hubieran arrancado las uñas que una de las tres sílabas sagradas que componían este nombre inefable : «Cosette». El amor verdadero es luminoso como la aurora, y silencioso como una tumba. Courfeyrac sólo había notado en Mario que tenía una taciturnidad esplendente.

En aquel alegre mes de mayo, Mario y Cosette descubrieron inmensas felicidades.

Reñir y llamarse de vos, sólo para llamarse después de tú con más placer.

Hablar largamente y con los más minuciosos detalles de personas que no les importaban nada absolutamente : nueva prueba de que en esa ópera seductora que se llama el amor, el libreto no es casi nada.

Para Mario, oír a Cosette hablar de trapos.

Para Cosette, oír a Mario hablar de política.

Oír con las rodillas juntas el ruido de los coches que pasan por la calle de Babilonia.

Contemplar el mismo planeta en el cielo, o el mismo gusano de luz en la tierra.

Callarse a un tiempo ; placer mayor aún que el de hablar.

Etc., etc.

Sin embargo, se aproximaban algunas complicaciones.

Una noche que Mario iba a la cita por el bulevar de los Inválidos, con la cabeza inclinada, como habitualmente, al volver la esquina de la calle Plumet, oyó decir a su lado :

—Buenas noches, señor Mario.

Esto le causó una impresión extraña.

Ni una sola vez había pensado en aquella muchacha desde el día en que le había llevado a la calle Plumet ; no la había vuelto a ver, y se había borrado por completo de su memoria. Tenía motivos para estarle agradecido, y le debía su felicidad presente ; sin embargo, le incomodó encontrarla.

Es un error creer que la pasión es pura cuando es feliz, y que conduce al hombre a un estado de perfección ; le conduce simplemente, como hemos dicho, al estado de olvido. En esta situasión, el hombre se olvida de ser malo, pero se olvida también de ser bueno. El agradecimiento, el deber, los recuerdos esenciales e importunos desaparecen. En cualquier otro tiempo, Mario habría sido una cosa muy distinta para Eponina. Absorbido por Cosette, ni aun se había explicado claramente que aquella Eponina se llamaba Eponina Thenardier ; que llevaba un nombre escrito en el testamento de su padre, el mismo nombre porque se hubiera sacrificado generosamente algunos meses antes. Presentamos a Mario tal como era : hasta el nombre de su padre desaparecía en algún modo bajo el esplendor de su amor. Respondió, pues, con algún embarazo :

—¡Ah! ¿Sois Eponina?

—¿Por qué me habláis de vos? ¿Os he hecho algo?

—No—respondió él.

Es cierto que nada tenía contra ella : todo lo contrario. Pero conocía que no podía hacer otra cosa : llamando de tú a Cosette, debía tratar de vos a Eponina.

Como Mario se calló, le dijo Eponina :

—Decid, pues...

Y se detuvo. Parecía que faltaban palabras a aquella criatura que había sido tan despreocupada y tan atrevida. Trató de sonreírse y no pudo.

—¿Y qué...?—volvió a decir.

Después se calló, y bajó los ojos.

—Buenas noches, señor Mario—dijo después de repente, y se fué.

IV

CAB ROULE EN INGLÉS, Y TAMBURÓ EN CALÓ

El día siguiente, que era el 3 de junio de 1832, fecha que nosotros debemos consignar a causa de los sucesos graves que estaban suspendidos sobre el horizonte de París en el estado de nubes cargadas, Mario, al caer la noche, seguía el mismo camino de la víspera, con los mismos pensamientos placenteros en el corazón, cuando vió entre los árboles del bulevar a Eponina que se dirigía hacia él. Dos días seguidos de encuentro era demasiado. Se volvió rápidamente, salió del bulevar, cambió de camino, y se fué a la calle Plumet por la calle de Monsieur.

Eponina le siguió hasta la calle Plumet, lo que no había hecho nunca hasta entonces, pues se había contentado con verle al pasar por el bulevar, sin tratar de encontrarle. Sólo la víspera le había hablado.

Eponina le siguió, pues, sin que él lo supiese, le vió separar el hierro de la verja, y entrar en el jardín.

—¡ Calla !—dijo—, ¡ entra en la casa !

Se acercó a la verja, tentó los hierros uno después de otro, y encontró fácilmente el que Mario había separado.

Entonces murmuró a media voz, con lúgubre acento :

—¡ Nada de eso, Lisette !

Se sentó en el estribo de la verja, y al lado del hierro como si lo estuviese guardando. Aquel punto era precisamente el extremo de la verja que tocaba a la casa próxima, y se formaba allí un ángulo obscuro en que se ocultó completamente Eponina.

Así permaneció más de una hora sin moverse y sin respirar, entregada a sus ideas.

Hacia las diez de la noche, una de las dos o tres personas que pasaban por la calle Plumet, un viejo que se había retardado y pasaba muy de prisa por aquel sitio desierto y de mala fama, costeando la verja, al llegar al ángulo que ésta formaba con el jardín, oyó una voz sorda y amenazadora que decía :

—¡ No me admiro de que venga todas las noches !

El transeunte miró alrededor, no vió a nadie, no se atrevió a mirar a aquel rincón obscuro, tuvo un gran miedo, y redobló el paso.

Aquel transeunte hizo bien en marcharse corriendo, porque pocos momentos después, seis hombres que iban separados y a corta distancia unos de otros, a lo largo de la pared, y que habrían podido confundirse con una patrulla de policía, entraron en la calle Plumet.

El primero que llegó a la verja del jardín se detuvo y esperó a los demás ; un segundo después estaban todos reunidos.

Aquellos hombres se pusieron a hablar en voz baja.

—Aquí es—dijo uno de ellos.

—¿ Hay algún tamburó (1) en el jardín?—dijo otro.

—No lo sé. Pero en todo caso he acabelado (2) una bolita que le haremos jamelar (3).

—¿ Has traído la pasta para romper la clariosa? (4).

—Sí.

—La verja es vieja—dijo el quinto, que tenía voz de ventrílocuo.

—Tanto mejor—dijo el segundo que había hablado—. Así no goleará (5) bajo la sorda (6), y no costará tanto ciserarla (7).

El sexto, que no había abierto aún la boca, se puso a examinar la verja, como había hecho Eponina una hora antes, empuñando sucesivamente cada barra, y moviéndolas con precaución. Así llegó al hierro que Mario solía quitar. Cuando iba a cogerle, una mano que salió bruscamente de la sombra, le agarró el brazo ; al mismo tiempo se sintió rechazado por medio del pecho, y oyó una voz que le decía sin gritar :

—Hay un tamburó.

Y vió una joven pálida delante de él.

---

(1) Perro. (2) Traído. (3) comer.

(4) Ventana. Para romper los vidrios usan los ladrones una pasta que se extiende sobre el vidrio y retiene los pedazos, evitando el ruido.

(5) Chillará. (6) Lima. (7) Romperla.

El hombre sintió esa conmoción que produce siempre lo inesperado. Quedóse horriblemente estupefacto; no hay nada más horrible que las fieras inquietas; su aspecto atemorizado es temible. Retrocedió, y murmuró:

—¿Quién es esa pícara?

—Vuestra hija.

En efecto, era Eponina que hablaba a Thenardier.

A la aparición de Eponina, los otros cinco, es decir, Suena-dinero, Tragamar, Babet, Montparnase y Brujón, se habían acercado sin ruido, sin precipitación, sin decir una palabra, con la siniestra lentitud propia de estos hombres nocturnos.

Se les veían algunos repugnantes útiles en la mano. Tragamar tenía una de esas pinzas cortas, que los vagos llaman tenaza.

—¡Ah! ¿qué haces ahí? ¿qué nos quieres? ¿estás loca? —exclamó Thenardier, gritando todo lo que se puede gritar en voz baja—: ¿quieres acaso impedirnos trabajar?

Eponina se echó a reír, y saltó a su cuello.

—Estoy aquí, padrecito mío, porque estoy aquí. ¿No me es permitido sentarme sobre las piedras ahora? Vos sois el que no debéis estar aquí. ¿Qué venís a hacer si esto es un bizcocho? (1) Ya se lo dije a la Magnón. No hay nada que hacer aquí. Pero abrazadme, mi querido padre. ¡Cuánto tiempo hace que no os he visto! ¡Estáis ya fuera! ¡Estáis libre!

Thenardier trató de librarse de los brazos de Eponina, y murmuró:

—Está bien: Tú me has abrazado ya. Sí, estoy fuera. No estoy dentro. Ahora vete.

Pero Eponina no dejaba de hacerle caricias.

—Padre mío, ¿qué habéis hecho? Debéis tener mucho ingenio cuando habéis salido de allí. ¡Contádmelo! ¿Y mi madre? ¿Dónde está mi madre? Dadme noticias de mamá.

Thenardier respondió:

—Está buena; no sé; déjame; te digo que te vayas.

—No quiero irme ahora — dijo Eponina con su mimo de niño enfadado—; me despedís, cuando hace cuatro meses que no os he visto, y cuando apenas he tenido tiempo de abrazaros.

Y volvió a echar los brazos al cuello de su padre.

—¡Ah! ¡Vaya! ¡Qué tonta!—dijo Babet.

—Despachemos—dijo Tragamar—, que pueden pasar los corchetes.

La voz del ventrílocuo midió estos versos:

> Ya no hay nadie que diga
> papa ni mama.

Eponina se volvió hacia los cinco bandidos.

—¡Calla! el señor Brujón. Buenos días señor Babet. Buenos días, señor Suena-dinero. ¿No me conocéis, ya, señor Tragamar? ¿Cómo estáis, Montparnase?

—Sí, se acuerdan de ti — dijo Thenardier—. Pero buenos días, buenas noches, y largo. Déjanos tranquilos.

—Esta es la hora de los lobos y no de las gallinas—dijo Montparnase.

—Ya ves que tenemos que maquilar (1) aquí.

Eponina le cogió la mano a Montparnase.

—¡Ten cuidado!—dijo éste—; te vas a cortar: tengo un churi (2) abierto.

—Mi querido Montparnase—respondió Eponina dulcemente—, es preciso tener confianza en las personas. Yo soy tal vez la hija de mi padre. Señor Babet, señor Tragamar, yo me he encargado de dar luz a este negocio.

Es de notar que Eponina no hablaba en caló. Desde que conocía a Mario, se le había hecho imposible esta horrible lengua.

Apretó con su pequeña mano, huesosa y débil como la de un esqueleto, los gruesos dedos de Tragamar, y continuó:

—Ya sabéis que no soy tonta. Casi siempre me creéis; os he prestado servicios algunas veces. Pues bien: me he informado, y os expondréis inútilmente. Ya veis. Os juro que no hay nada que hacer en esta casa.

—Sólo hay mujeres—dijo Tragamar.

—No. Los inquilinos se han mudado.

---

(1) Cosa imposible.

(1) Trabajar.
(2) Navaja.

—Las luces no se han mudado—dijo Babet.

Y enseñó a Eponina al través de la capa de los árboles una luz que se paseaba por la boardilla del pabellón. Era la tía Santos que había velado para poner la ropa blanca a secar.

Eponina tentó un último recurso:

—Pues bien — dijo—: esta gente es muy pobre; sólo tienen una barraca donde no hay un sueldo.

—¡Vete al diablo! —dijo Thenardier—. Cuando hayamos registrado la casa, y puesto la cueva arriba y el granero abajo, ya te diremos lo que hay dentro, y si son calés, lunas o duqueles (1).

Y la empujó para entrar.

—Mi buen amigo Montparnase — dijo Eponina—, os lo ruego, vos que sois buen muchacho, no entréis.

—Ten cuidado que te vas a cortar— dijo Montparnase.

Thenardier añadió con su acento decisivo:

—Lárgate mujer, y deja que los hombres hagan sus negocios.

Eponina soltó la mano de Montparnase, que había vuelto a coger, y dijo:

—¿Os empeñáis, pues, en entrar en esta casa?

—Hay algo de eso—dijo el ventrílocuo burlándose.

Entonces ella se recostó en la verja, hizo frente a los seis bandidos armados hasta los dientes, y que parecían en la noche unos demonios, y dijo con voz firme y baja:

—Pues bien: yo no quiero.

Ellos se detuvieron estupefactos. El ventrílocuo acabó su risa. Ella continuó:

—Amigos, escuchadme bien. Ahora hablo yo. Si entráis en el jardín, si tocáis a esta verja, grito, llamo a las puertas, despierto a los vecinos, y hago que os prendan a los seis, llamando a los agentes de policía.

—Y lo haría — dijo Thenardier en voz baja a Brujón y al ventrílocuo.

Ella meneó la cabeza y añadió:

—¡Empezando por mi padre!

Thenardier se aproximó.

—No tan cerca, buen hombre—dijo Eponina.

El retrocedió, murmurando entre dientes:

—Pero, ¿qué es lo que tiene?

Y añadió:

—¡Perra!

Y se echó a reír de una manera horrible.

—Seré lo que queráis, pero no entraréis. No soy hija de perro, porque soy hija de lobo. Sois seis; ¿y eso qué me importa? Sois hombres; pues yo soy mujer. No me dais miedo; marchaos. Os digo que no entráis en esta casa porque no quiero. Si os acercáis, ladro; ya os he dicho que soy el perro. No os temo. Seguid vuestro camino. ¡Me estáis fastidiando! Idos donde queráis, pero no vengáis aquí: ¡os lo prohibo! Vosotros a puñaladas y yo a zapatazos; es un partido igual. Avanzad, pues.

Y dió un paso hacia los bandidos: estaba espantosa, y se echó a reír.

—¡Caramba! que no tengo miedo. Por el verano tendré hambre, por el invierno tendré frío. ¡Serán brutos estos hombres al creer que inspiran miedo a una mujer! ¿De qué? ¡Miedo! ¡Ah! Sí. ¡Vaya! ¡Porque tenéis ladronas de queridas que se esconden debajo de la cama cuando ahuecáis la voz! ¡Por eso! ¡Yo no tengo miedo de nada!

Y mirando fijamente a Thenardier, añadió:

—¡Ni aun de vos, padre!

Después prosiguió, paseando sobre los bandidos sus sangrientos ojos de espectro:

—¡Qué me importa a mí que me recojan mañana del suelo de la calle de Plumet, asesinada a puñaladas por mi padre, o que me encuentren dentro de un año en las redes de Saint-Cloud, o en la isla de los Cisnes, en medio de viejos tapones de corcho podridos, y de perros ahogados!

Le fué preciso detenerse; le acometió una tos seca; su aliento salía como un estertor de su débil y estrecho pecho.

Después prosiguió:

—No tengo que hacer más que gritar y vienen, y atrás. Sois seis, yo soy todo el mundo.

Thenardier hizo un movimiento para aproximarse.

(1) Cuartos, pesetas ó doblones.

—¡Acercaos!—dijo ella.

Thenardier se detuvo y le dijo con dulzura:

—Pues bien: no me acercaré, pero no hables tan alto. Hija, ¿quieres que no trabajemos? Tenemos que ganarnos la vida. ¿No tienes cariño a tu padre?

—No me engañéis—dijo Eponina.

—Pero es preciso que vivamos, que comamos...

—¡Reventad!

Y diciendo esto se sentó en el estribo de la verja, cantando:

Mi brazo fornido,
mi pierna bien hecha,
y el tiempo perdido.

Se puso el codo en la rodilla y la barba en la mano, y principió a menear el pie con indiferencia. Su vestido roto dejaba ver sus delgados hombros. Un farol próximo iluminaba su actitud y su perfil; no podía haber cosa más resuelta y más sorprendente.

Los seis bandidos admirados y disgustados de verse detenidos por una muchacha, se retiraron a la sombra, y celebraron una especie de consejo con movimientos de hombros, humillados y furiosos.

Ella mientras tanto les miraba con aire pacífico y esquivo.

—Algo le pasa—dijo Babet—. Una razón. ¿Estará enamorada del perro? Es una lástima que lo dejemos. Dos mujeres, un viejo que vive en un traspatio, cortinas buenas en las ventanas. El viejo debe ser un judío. Creo que era buen negocio.

—Pues bien, entrad vosotros—dijo Montparnase—. Haced el negocio. Yo me quedaré con la muchacha, y si chista...

E hizo relucir a la luz del farol la navaja que tenía abierta en la manga.

Thenardier no decía una palabra y parecía dispuesto a todo.

Brujón, que tenía algo de oráculo, y que, como ya hemos dicho, era el inventor del golpe, no había hablado aún. Parecía pensativo, pasaba por no retroceder ante nada, y se sabía que había robado, sólo por una bravata, un cuerpo de guardia de la policía. Además, hacía versos y canciones, lo que le daba una gran autoridad.

Babet le preguntó:

—¿Y tú no dices nada, Brujón?

Brujón permaneció un instante silencioso, después movió la cabeza de varias maneras, y se decidió a hablar.

—Veamos: he encontrado esta mañana dos gorriones dándose picotazos; esta noche me encuentro con una mujer que riñe. Todo esto es mal presagio. ¡Vámonos!

Y se fueron.

Al marcharse, Montparnase murmuró:

—Si hubiesen querido, yo le hubiera dado el golpe de gracia.

Babet respondió:

—Yo no, porque no zurro a las señoras.

Al final de la calle se detuvieron, y cambiaron entre sí, en voz sorda, este diálogo enigmático:

—¿Adónde iremos a dormir esta noche?

—Bajo París.

—¿Llevas la llave de la verja, Thenardier?

—¡Vaya!

Eponina, que no separaba de ellos la vista, les vió tomar el camino por donde habían venido. Después se levantó y se arrastró detrás de ellos arrimada a las paredes y a las casas: así los siguió hasta el bulevar. Allí se separaron, y vió a aquellos seis hombres perderse en la obscuridad, como si se fundieran en ella.

V

COSAS DE LA NOCHE

Después que se marcharon los bandidos, la calle Plumet volvió a su tranquilo aspecto nocturno.

Lo que acababa de pasar en aquella calle no hubiera asombrado a nadie en un bosque. El arbolado, los setos, los brezos, las ramas fuertemente cruzadas, las hierbas altas existen de una manera sombría; el hormigueo salvaje descubre allí las súbitas apariciones de lo visible; lo que está por debajo del hombre distingue al través de la bruma lo que está por encima del hombre, y las cosas ignoradas de nosotros los vivos, se confunden en la noche. La Naturaleza erizada y salvaje se asusta con la

aproximación de ciertas cosas en que se cree descubrir lo sobrenatural. Las fuerzas de la sombra se conocen y tienen entre sí misteriosos equilibrios. Los dientes y las garras temen lo que es incaptible. La bestialidad sedienta de sangre, los voraces apetitos hambrientos en busca de la presa; los instintos armados de uñas y de mandíbulas, que tienen el vientre por principio y por fin, miran y olfatean con inquietud el impasible perfil del espectro vagando bajo un sudario, de pie, envuelto en su tembloroso vestido, que les parece vivir con una vida muerta y terrible. Estas brutalidades, que no son más que materia, tienen confusamente la inmensa obscuridad condensada en un ser desconocido. Una figura negra que les impide el paso, detiene a una bestia feroz. Lo que sale del cementerio intimida y desconcierta a lo que sale del antro; lo feroz tiene miedo de lo siniestro; los lobos retroceden ante el encuentro de una boca.

VI

MARIO DESCIENDE A LA REALIDAD, HASTA EL PUNTO DE DAR LAS SEÑAS DE SU CASA A COSETTE.

Mientras que aquella perra con figura humana montaba la guardia en la verja, y los seis bandidos retrocedían ante una muchacha, Mario estaba al lado de Cosette.

El cielo no había estado nunca tan estrellado y tan hermoso, ni los árboles tan temblorosos, ni las hierbas tan embalsamadas; nunca los pájaros se habían dormido entre las hojas con más suave arrullo; nunca todas las armonías de la serenidad universal habían correspondido mejor a las músicas interiores del amor; nunca Mario había estado tan conmovido, tan feliz, tan extasiado. Pero había encontrado triste a Cosette. Cosette había llorado; tenía los ojos encarnados.

Aquella era la primera nube en tan admirable sueño.

Las primeras palabras de Mario fueron:

—¿Qué tienes?

Ella respondió:

—¡Ya verás!

Después se sentó en en el banco cerca de la escalinata, y mientras que él se sentaba a su lado tembloroso, continuó:

—Mi padre me ha dicho esta mañana, que estuviese dispuesta, porque tenía negocios, que tal vez nos harían partir.

Mario se estremeció desde los pies a la cabeza.

Desde hace seis semanas, Mario poco a poco, lentamente, por grados, iba tomando cada día posesión de Cosette; posesión enteramente ideal, pero profunda. Como hemos dicho ya, en el primer amor se toma el alma antes que el cuerpo; después se toma el cuerpo antes que el alma, y algunas veces no se toma el alma del todo. Los Faublas y los Prudhomme añaden: porque no existe; pero el sarcasmo es, por fortuna, una blasfemia. Mario, pues, poseía a Cosette como poseen los espíritus; pero la envolvía con toda su alma, y la poseía con una increíble convicción. Poseía su sonrisa, su aliento, su perfume; la radiación profunda de sus ojos azules, la suavidad de su cutis cuando le tocaba la mano, la encantadora señal que tenía al cuello, todos sus pensamientos. Se habían prometido no dormir nunca sin soñar cada uno con el otro, y se habían cumplido la palabra. Poseía, pues, todos los sueños de Cosette. La miraba sin cesar, movía algunas veces con su aliento los cabellos cortos que Cosette tenía en la nuca, y se decía, que no había ni uno solo de aquellos cabellos que no perteneciese a Mario. Contemplaba y adoraba todo lo que ella se ponía, el lazo de cintas, sus guantes, sus manguitos, sus botitas, como objetos sagrados que eran suyos. Pensaba que era el dueño de aquellos bonitos peines de concha que se ponía en la cabeza, y aun se decía, por un sordo y confuso murmullo del deleite que aparecía, que no había ni un solo hilo de su vestido, ni un punto de sus medias, ni un pliegue de su corsé, que no fuese suyo. Al lado de Cosette se sentía cerca de su bien, cerca de su felicidad, cerca de su déspota y de su esclava.

Parecía que habían mezclado sus almas de tal modo, que si hubiesen querido volver a tomar cada uno la suya, les habría sido imposible conocerlas. «Esta es la mía». «No, es la mía». «Te aseguro que te engañas». «Ese soy

yo». «Lo que tomas por tuyo es mío». Mario era algo de lo que formaba parte de Cosette; Cosette era algo de lo que formaba parte de Mario. Mario sentía que Cosette vivía en él: tener a Cosette, poseerla, no era para él distinto de respirar. En medio de esta fe, de esta embriaguez, de esta posesión virginal, inaudita y absoluta, de esta soberanía, cayeron estas palabras: «Vamos a partir». La brusca voz de la realidad le gritó: «¡Cosette no es tuya!»

Mario se despertó. Desde hacía seis semanas vivía, como hemos dicho, fuera de la vida: esta palabra ¡partir! le hizo entrar en ella dolorosamente.

No halló una palabra que responder: Cosette sintió dolorosamente que su mano estaba helada, y le dijo a su vez:

—¿Qué tienes?

El respondió tan bajo, que apenas le oyó Cosette.

—No comprendo lo que has dicho.

Y ella añadió:

—Esta mañana, mi padre ha dicho que tenga prontas todas mis cosas, y esté dispuesta para partir; que prepare mi ropa para guardarla en una maleta, que se verá obligado a hacer un viaje; que teníamos que partir, que necesitábamos una maleta grande para mí, y una pequeña para él, y que lo preparase todo en una semana, porque iríamos tal vez a Inglaterra.

—¡Pero eso es monstruoso! —exclamó Mario.

Y ciertamente, en aquel momento en el ánimo de Mario ningún abuso de poder, ninguna violencia, ninguna abominación del más atroz tirano, ninguna acción de Busiris, de Tiberio o de Enrique VIII habría igualado en ferocidad a ésta: «El señor Fauchelevent lleva su hija a Inglaterra porque tiene allí negocios».

Preguntó, pues, con voz débil:

—¿Y cuándo marcháis?

—No me ha dicho cuándo.

—¿Y cuándo volverás?

—No me ha dicho cuándo.

Mario se levantó y dijo fríamente:

—Cosette, ¿iréis?

Cosette volvió hacia él sus hermosos ojos llenos de angustia, y respondió con acento extraviado:

—¿Adónde?

—A Inglaterra. ¿Iréis?

—¿Por qué me hablas de vos?

—Os pregunto si iréis.

—¿Qué queréis que haga?—dijo juntando las manos.

—¿Es decir, que iréis?

—¡Si va mi padre!

—¿Iréis, pues?

Cosette cogió la mano a Mario, y la oprimió sin responder.

—Está bien—dijo Mario—. Entonces yo me iré a otra parte.

Cosette sintió, más bien que comprendió el significado de esta frase; se puso pálida, de modo que su rostro apareció blanco en la obscuridad, y balbuceó:

—¿Qué quieres decir?

Mario la miró: después alzó lentamente los ojos al cielo, y respondió:

—Nada.

Cuando bajó los párpados, vió que Cosette se sonreía mirándole. La sonrisa de la mujer amada tiene una claridad que disipa las tinieblas.

—¡Qué tontos somos! Mario, me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—¡Parte, si partimos los dos! Te diré dónde. Ven a buscarme donde esté.

Mario era entonces un hombre completamente despierto. Había vuelto a la realidad, y dijo a Cosette:

—¡Partir con vosotros! ¿Estáis loca? Es preciso para eso dinero, y yo no lo tengo. ¡Ir a Inglaterra! Ahora debo más de diez luises a Courfeyrac, un amigo a quien tú no conoces. Tengo un sombrero viejo que no vale tres francos, una levita sin botones por delante, mi camisa está toda rota, llevo los codos por fuera, mis botas se calan; hace seis semanas que no pienso en nada, y no te lo he dicho. Cosette, soy un miserable. Tú no me ves más que por la noche, y me das tu amor; ¡si me vieras de día me darías limosna! ¡Ir a Inglaterra! ¡Y no tengo con qué pagar el pasaporte!

Y se recostó contra un árbol que había allí, de pie, con los dos brazos por encima de la cabeza, con la frente en la corteza, sin sentir ni la aspereza que le arañaba la frente, ni la fiebre que le golpeaba las sienes, inmóvil, y próximo a caer al suelo como la estatua de la desesperación.

Así permaneció un largo rato. En esos abismos se podría permanecer una eternidad: por fin se volvió, y oyó detrás de sí un ruido ahogado y triste.

Era Cosette que estaba sollozando.

Lloraba desde hacía dos horas que Mario meditaba.

Mario se acercó a ella, cayó de rodillas prosternándose lentamente, cogió la punta del pie que salía por debajo del vestido, y la besó.

Ella le dejó hacer todo en silencio.

Hay momentos en que la mujer acepta como una diosa sombría y resignada la religión del amor.

—No llores—dijo Mario.

Y ella murmuró:

—¡Qué he de hacer, si voy a marcharme y no puedes venir!

—¿Me amas?

Cosette le contestó sollozando esta frase del paraíso que nunca es tan seductora como al través de las lágrimas:

—Te adoro.

Mario continuó con una voz que era una caricia:

—No llores: hazlo por mí.

—¿Me amas tú?—dijo ella.

Mario la cogió de la mano.

—Cosette: nunca he dado mi palabra de honor a nadie, porque mi palabra de honor me causa miedo; conozco que, al darla, mi padre está a mi lado. Pues bien: te doy mi palabra de honor más sagrada, de que si te vas, me moriré.

Había en el acento con que pronunció estas palabras una melancolía tan solemne y tan tranquila, que Cosette tembló. Sintió ese frío que produce al pasar una cosa sombría y verdadera: la impresión la hizo cesar de llorar.

—Ahora, escucha—dijo—; no me esperes mañana.

—¿Por qué?

—Ni me esperes hasta pasado mañana.

—¡Oh! ¿Por qué?

—Ya lo verás.

—¡Un día sin verte! Eso es imposible.

—Sacrifiquemos un día para tener tal vez toda la vida.

Y Mario añadió a media voz, y aparte:

—Es un hombre que no cambia nunca sus hábitos, y no recibe a nadie más que por la noche.

—¿De quién hablas?—preguntó Cosette.

—¡Yo! No he dicho nada.

—¿Qué esperas, pues?

—Espérame hasta pasado mañana.

—¿Lo quieres?

—Sí, Cosette.

Cosette entonces le cogió la cabeza entre sus manos, alzándose sobre la punta de los pies para igualar su estatura, tratando de ver en sus ojos la esperanza.

Mario continuó:

—Creo que conviene que sepas las señas de mi casa, por lo que pueda suceder: vivo en la casa de ese amigo, llamado Courfeyrac, calle de la Verrerie, número 16.

Metió la mano en el bolsillo, sacó un cortaplumas, y con la hoja escribió en el yeso de la pared:

«Calle de la Verrerie, 16.»

Cosette entretanto había vuelto a contemplar sus ojos.

—Dime lo que piensas, Mario; tienes una idea. Dímela. ¡Oh! ¡dímela para que pase buena noche!

—Mi pensamiento es éste: Es imposible que Dios quiera separarnos. Espérame pasado mañana.

—¿Y qué haré yo hasta entonces?—dijo Cosette—. ¡Tú estás libre, vas y vienes! ¡Qué felices sois los hombres! ¡Yo me quedo sola! ¡Oh! ¡Qué triste voy a estar! ¿Qué vas a hacer tú mañana por la noche? dímelo.

—Voy a hacer una tentativa.

—En ese caso, rogaré a Dios, y pensaré en ti hasta entonces para que lo consigas. No te pregunto más porque no lo quieres. Eres mi dueño. Pasaré la noche mañana cantando el coro de «Euryanto», que tanto te gusta, y que viniste a oír una noche debajo de mi ventana. Pero pasado mañana, ¿vendrás temprano? Te esperaré esa noche a las nueve en punto; te lo advierto. ¡Dios mío! ¡Qué triste es esto de que los días sean tan largos! ¿Lo oyes? Al dar las nueve te esperaré en el jardín.

—Y yo también.

Y sin decir nada, movidos por el mismo pensamiento, arrastrados por esas corrientes eléctricas que ponen a

dos almas en comunicación continua, embriagados ambos de deleite hasta en su dolor, cayeron uno en brazos del otro, sin notar que sus labios estaban juntos, mientras que sus ojos, llenos de éxtasis y de lágrimas, contemplaban las estrellas.

Cuando salió Mario, la calle estaba desierta. En aquel momento Eponina seguía a los bandidos hasta el bulevar.

Mientras que Mario meditaba con la cabeza apoyada en el árbol, se le había ocurrido una idea; una idea, ¡ah! que él mismo tenía por insensata e imposible. Había tomado un partido violento.

VII

DOS CORAZONES, UNO VIEJO Y OTRO JOVEN, FRENTE A FRENTE

El señor Gillenormand tenía entonces noventa y un años cumplidos. Seguía viviendo con la señorita Gillenormand en la calle de las Hijas del Calvario, número 6, en su propia y vieja casa. Era, como recordará el lector, uno de esos viejos rancios que esperan la muerte a pie firme, que cargan con los años sin doblegarse, y que no se encorvan, ni aun con los pesares.

Sin embargo, desde hacía algún tiempo su hija decía:—Mi padre va decayendo.—Ya no abofeteaba a las criadas: ya no golpeaba con el bastón y con acompañamiento de voces la puerta de la escalera cuando Vasco tardaba en abrirle. La Revolución de Julio apenas le había exasperado por espacio de seis meses. Había visto casi con tranquilidad en el *Monitor* esta reunión de palabras: «El señor Humblot-Conté, par de Francia.» El hecho es que el viejo estaba abatido. No se doblegaba, no se rendía, porque esto era imposible, así en su naturaleza física como en la moral; pero se sentía desfallecer interiormente.

Hacía cuatro años que esperaba a Mario a pie firme, esta es la frase, con la convicción de que aquel pequeño picarón extraviado llamaría algún día a la puerta; pero llegaba, en algunos momentos tristes, a decirse, que por poco que Mario tardase en venir... Y no era la muerte lo que temía, sino la idea de que no vería más a su nieto. No volver a ver a Mario era un triste y nuevo temor que no se le había presentado nunca hasta ahora; esta idea que empezaba a aparecer en su cerebro, le dejaba helado.

La ausencia, como sucede siempre en los sentimientos naturales y verdaderos, sólo había conseguido aumentar su cariño de abuelo hacia el hijo ingrato que se había marchado con tanta indiferencia. En las noches de invierno, cuando el termómetro marca diez grados bajo cero, es cuando más se piensa en el sol. El señor Gillenormand era, o se creía por lo menos, incapaz de dar un paso hacia su nieto.—Antes moriré —decía. No encontraba en sus hechos ninguna culpa; pero sólo pensaba en Mario con profundo enternecimiento, y con la muda desesperación de un viejo que anda en las tinieblas.

Principiaba a perder los dientes, lo que aumentaba su tristeza.

El señor Gillenormand, sin declarárselo a sí mismo, porque esta declaración le hubiera enfurecido y avergonzado, no hubiera amado a ninguna querida tanto como a Mario.

Había mandado colocar en su cuarto, cerca de la cabecera de la cama, como la primera cosa que quisiera ver al despertar, un antiguo retrato de su otra hija, la que había muerto, la señora Pontmercy, retrato hecho cuando tenía diez y ocho años.

Contemplaba sin cesar este retrato, y un día dijo mirándole:

—Ahora encuentro que se le parece.

—¿A mi hermana?—dijo la señorita Gillenormand.

—Sí, se parece.

El viejo añadió:

—Y a él también.

Otra vez, estando sentado con las rodillas juntas y los ojos casi cerrados, en una actitud de abatimiento, su hija se atrevió a decirle:

—Padre, ¿seguís tan enfadado con él?

Y se detuvo, no atreviéndose a ir más allá.

—¿Con quién?—preguntó.

—Con ese pobre Mario.

El señor Gillenormand levantó su vieja cabeza, puso su delgado y arrugado puño sobre la mesa, y gritó con el acento más vibrante y más irritado:

—¡Pobre Mario, decís! Ese señor es

un pillo, un mal pícaro, un vanidoso ingrato, sin corazón, sin alma; un orgulloso, un malvado.

Y se volvió para que su hija no viese una lágrima que tenía en los ojos.

Tres días después rompió un silencio que duraba cuatro horas, para decir a su hija de repente:

—Había tenido el honor de rogar a la señorita Gillenormand que no me hablase nunca de él.

La tía Gillenormand renunció a toda tentativa, y formó este diagnóstico profundo: Mi padre no ha querido nunca a mi hermana después de su calaverada. Es claro que detesta a Mario.

«Después de su calaverada» significaba después de haberse casado con el coronel.

Por lo demás, como puede haberse conocido, la señorita Gillenormand había visto defraudada su tentativa de sustituir con su favorito el oficial de lanceros a Mario. El sustituto Teodulo no había cuajado; el señor Gillenormand no había aceptado el «quid pro quo», porque el vacío del corazón no se acomoda a un alma cualquiera. Teodulo, por su parte, aunque deseando la herencia, repugnaba la servidumbre de agradar. El viejo fastidiaba al lancero, y el lancero chocaba al viejo. El teniente Teodulo era alegre sin duda, pero charlatán; frívolo, pero vulgar; buen vividor, pero de mala sociedad; tenía queridas, es verdad, y hablaba mucho de ellas, también es verdad; pero hablaba mal. Todas sus cualidades tenían un defecto.

El señor Gillenormand cometía un exceso oyéndole hablar contra los «buenos partidos» que vivían alrededor de su cuartel en la calle de Babilonia. Además, el teniente Gillenormand venía alguna vez de uniforme con la escarapela tricolor.

Todo esto le hacía insoportable; y el señor Gillenormand había concluído por decir a su hija:

—Ya estoy cansado de Teodulo. Me gustan poco los guerreros en tiempo de paz. Recíbele tú si quieres; no sé si preferir los acuchilladores a los que andan arrastrando el sable. El crujido de las espadas en la batalla es menos miserable que el ruido que hace la vaina en el suelo. Además, gallardearse como un mata-siete, y apretarse el talle como una chiquilla, gastar corsé debajo de la coraza, es ser dos veces ridículo. El que es hombre verdaderamente está a igual distancia de la fanfarronada y de la puerilidad. Ni Fierabrás, ni tierno corazón. Guárdate tu Teodulo.

Su hija le contestó:

—Sin embargo, es sobrino vuestro; pero se descubrió que el señor Gillenormand, que era abuelo hasta la punta de los dedos, no era eternamente buen tío.

En realidad, como tenía genio y comparaba, Teodulo sólo había servido para hacerle sentir más la falta de Mario.

Una noche, la del 4 de junio, lo cual no impedía que el señor Gillenormand tuviera una buena lumbre en la chimenea, había despedido a su hija, que cosía en el cuarto próximo. Estaba solo en su cuarto de pinturas pastoriles, con los pies en los morillos, medio rodeado por su ancho biombo de coromandel de nueve hojas, recostado en la mesa, sobre la cual había dos bujías con pantalla verde, sumergido en su sillón de tapicería, con un libro en la mano, pero sin leerlo. Estaba vestido, según su moda, «de increíble», y parecía un antiguo retrato de Garat.

Si hubiera salido con este traje a la calle, le hubieran seguido los muchachos; pero su hija, cuando salía, le cubría con una gran capa episcopal. En su casa, excepto para levantarse y acostarse, no usaba nunca bata: «Esto le hace a uno parecer viejo», decía.

El señor Gillenormand pensaba en Mario amorosa y amargamente; y, como sucede ordinariamente, dominaba la amargura. Su ternura dolorida concluía por convertirse en indignación. Se encontraba en esa situación en que se trata de tomar un partido, y en aceptar lo que mortifica. Estaba ya dispuesto a decirse que no había razón para que Mario volviese, que si hubiera debido volver lo habría hecho ya, y que, por consiguiente, era preciso renunciar a verle. Trataba de familiarizarse con la idea de que todo había concluído, y que moriría sin ver a «aquel caballero».

Pero toda su naturaleza se revelaba; y su vieja paternidad no podía consentirlo.—¡Qué!—decía.—¡No vendrá! y esta era su muletilla. Su cabeza calva

había caído sobre su pecho, y fijaba vagamente en la ceniza de la chimenea una mirada triste e irritada.

Cuando estaba en lo más profundo de esta tristeza, su antiguo criado Vasco entró y preguntó :

—Señor, ¿podéis recibir al señor Mario?

El viejo se incorporó pálido y semejante a un cadáver que se levanta a consecuencia de una sacudida galvánica.

Toda su sangre había refluído a su corazón y murmuró :

—¿Qué señor Mario?

—No sé—respondió Vasco, intimidado y desconcertado por el aspecto de su amo.—Nicolasita es la que acaba de decirme : ahí está un joven, que dice es el señor Mario.

El señor Gillenormand balbuceó en voz baja :

—Que entre.

Y permaneció en la misma actitud, con la cabeza temblorosa y la vista fija en la puerta. Abrióse ésta, y entró un joven : era Mario.

Mario se detuvo a la puerta como esperando que le dijeran que entrase.

Su traje, casi miserable, apenas se veía en la obscuridad que producía la pantalla. Sólo se distinguía su rostro tranquilo y grave, pero extrañamente triste.

El señor Gillenormand, como sobrecogido de estupor y de alegría, permaneció algunos momentos sin ver más que una claridad, como cuando se está delante de una aparición. Estaba próximo a desfallecer ; veía a Mario como al través de un deslumbramiento. Era él ; era Mario.

En fin, ¡después de cuatro años! Se apoderó de él, por decirlo así, de repente, con un solo golpe de vista. Le encontró hermoso, noble, distinguido, hombre hecho, en actitud conveniente, con aire simpático. Tuvo deseo de abrir los brazos, de llamarle, de precipitarse ; oprimióse su corazón de alegría ; le ahogaban y se desbordaban de su pecho palabras afectuosas. Toda esta ternura se abrió paso y llegó a sus labios, y por el contraste que constituía su naturaleza, salió de ellas la dureza, y dijo bruscamente :

—¿Qué venís a hacer aquí?

Mario respondió con embarazo :

—Señor...

El señor Gillenormand hubiera querido que Mario se arrojase en sus brazos, y quedó descontento de Mario y de sí mismo. Conoció que había sido brusco, y que Mario estaba frío ; y era para él una insoportable e irritante ansiedad sentirse tan tierno y tan conmovido en lo interior, y ser tan duro exteriormente. Volvió a su amargura, e interrumpió a Mario con aspereza :

—Pero entonces, ¿a qué venís?

Este «entonces» significaba : «Si no venís a abrazarme, ¿a qué venís?»

Mario miró a su abuelo, que con su palidez parecía un busto de mármol.

—Señor...

El viejo dijo con voz severa :

—¿Venís a pedirme perdón? ¿Habéis reconocido vuestra falta?

Creía con esto poner a Mario en camino para que el «niño» le pidiese perdón. Mario tembló ; le exigía que se opusiese a su padre ; bajó los ojos, y respondió :

—No, señor.

—Y entonces—exclamó impetuosamente el viejo con un dolor agudo y lleno de cólera,—¿qué me queréis?

Mario juntó las manos, dió un paso, y dijo con voz débil y temblorosa :

—Señor, tened compasión de mí.

Estas palabras conmovieron al señor Gillenormand ; un momento antes le hubieran enternecido, pero ya era tarde. El abuelo se levantó y apoyó las dos manos en el bastón ; tenía los labios pálidos, la cabeza vacilante ; pero su alta estatura dominaba a Mario, que estaba inclinado.

—¡Compasión de vos! señorito. ¡Un adolescente que pide compasión a un anciano de noventa y un años! Vos entráis en la vida, y yo salgo de ella ; vos vais al teatro, a los bailes, al café, al billar ; tenéis talento, agradáis a las mujeres, sois un buen mozo, y yo escupo en medio del verano en la lumbre ; sois rico con las únicas riquezas que existen, y yo tengo todas las pobrezas de la vejez, la debilidad, el aislamiento. Tenéis treinta y dos dientes, un buen estómago, la vista clara, fuerza, apetito, salud, alegría, un bosque de cabellos negros, y yo no tengo ni aun cabellos blancos.

He perdido los dientes, y voy perdiendo las piernas y la memoria : hay tres calles cuyos nombres confundo siempre, la calle Charlot, la calle Chaume y la calle de Saint-Claude : así me veo. Vos tenéis delante un porvenir lleno de luz, yo empiezo a no ver ni gota, tanto voy avanzando en la noche ; vos estáis enamorado, eso no hay que decirlo, ¡ a mí no me ama nadie en el mundo ! ¡ Y venís a pedirme compasión ! Caramba, Molière ha olvidado esta escena. Si es así como litigáis en el tribunal los abogados, os felicito cordialmente. Sois unos pícaros.

Y el octogenario añadió con voz airada y grave :

—Pero vamos, ¿qué es lo que me queréis?

—Señor—dijo Mario,—sé que mi presencia os enoja ; pero vengo solamente a pediros una cosa ; después me iré en seguida.

—¡ Sois un necio !—dijo el anciano.—¿Quién os dice que os vayáis?

Estas palabras eran la traducción de este tierno pensamiento que tenía en el corazón : «¡ Pero pídeme perdón ! ¡ Ven a mis brazos !» El señor Gillenormand conocía que Mario iba a abandonarle dentro de algunos instantes, que su mal recibimiento le entibiaba, que su dureza le rechazaba ; se decía todo esto, y se aumentaba su dolor ; pero, como éste se cambiaba en cólera, iba aumentándose ésta. Hubiera querido que Mario le comprendiese, y Mario no le comprendía, lo que le ponía furioso, y continuó :

—¡ Cómo ! ¿Me habéis faltado, a mí, a vuestro abuelo : habéis abandonado mi casa para iros no sé dónde ; habéis angustiado a vuestra pobre tía ; habéis querido, porque eso se adivina, y es más cómodo, llevar la vida de joven, hacer el currutaco, volver a casa a cualquier hora, divertiros, no habéis dado señal de vida ; habéis contraído deudas sin decirme que las pague : habréis roto vidrios y os habréis hecho camorrista, y al cabo de cuatro años venís a mi casa, y no tenéis que decirme más que eso?

Este modo violento de empujar al joven hacia la ternura, sólo produjo el silencio de Mario. El señor Gillenormand cruzó los brazos, movimiento que era en él particularmente imperioso, y apostrofó a Mario amargamente :

—Concluyamos. ¿Venís a pedirme algo? Decidlo. ¿Qué queréis? ¿Qué es? Hablad.

—Señor—dijo Mario con la mirada de un hombre que conoce que va a caer en un precipicio ;—vengo a pediros permiso para casarme.

El señor Gillenormand tocó la campanilla ; y Vasco abrió la puerta.

—Decid a mi hija que venga.

Un segundo después se abrió la puerta, y la señorita Gillenormand no entró, pero se dejó ver. Mario estaba de pie, mudo, con los brazos caídos, con el aspecto de un culpable.

El señor Gillenormand iba y venía en todas direcciones por el cuarto. Se volvió hacia su hija, y le dijo :

—Nada : es el señor Mario : dadle los buenos días : el señorito se quiere casar. Eso es todo. Idos.

La voz breve y ronca del viejo anunciaba una gran plenitud de ira. La tía miró a Mario con aire extraviado ; apenas aparentó conocerle ; no hizo un gesto ni pronunció una sílaba, y desapareció ante la voz de su padre más pronto que una paja ante el huracán.

Mientras tanto, el señor Gillenormand se había recostado en la chimenea.

—¡ Casaros ! ¡ A los veintiún años ! ¡ Lo habéis arreglado así ! ¡ No tenéis que hacer más que pedirme permiso ! Una formalidad. Sentaos, caballero. Habéis pasado por una revolución desde que no he tenido el honor de veros, y han vencido en vos los jacobinos. Debéis estar muy contento. ¿No sois republicano desde que sois barón? ¿Podéis conciliar eso? La República es una salsa de la baronía. ¿Tenéis acaso la condecoración de Julio? ¿Habéis tenido alguna parte en la toma del Louvre? Hay aquí cerca, en la calle de San Antonio, enfrente de la calle de Nonaindieres, una bala incrustada en la pared en el tercer piso de una casa con esta inscripción : «28 de Julio de 1830.» Id a verlo : produce buen efecto. ¡ Ah ! ¡ vuestros amigos hacen cosas muy lindas ! Y a propósito : ¿no van a hacer una fuente en el lugar del monumento del duque de Berry? ¿Conque queréis

casaros? ¿Con quién? ¿Puedo preguntar, sin ser indiscreto, con quién?

Y se detuvo; pero, antes de que Mario tuviese tiempo de responder, añadió con violencia:

—¡Ah! ¿tendréis una posición? ¿Una fortuna hecha? ¿Cuánto ganáis en vuestro oficio de abogado?

—Nada—dijo Mario con una especie de firmeza y de resolución casi feroz.

—¿Nada? ¿No tenéis para vivir más que las mil doscientas libras que os envío?

Mario no respondió. El señor Gillenormand continuó:

—Entonces ya comprendo. ¿Es rica la joven?

—Como yo.

—¡Qué! ¿No tiene dote?

—No.

—¿Y esperanzas?

—Creo que no.

—¡Enteramente desnuda! ¿Y qué es su padre?

—No lo sé.

—¿Y cómo se llama?

—La señorita Fauchelevent.

—¿Fauche qué?

—Fauchelevent.

—Pst—dijo el viejo.

—¡Señor!—exclamó Mario.

El señor Gillenormand le interrumpió con el tono de un hombre que se habla a sí mismo:

—Eso es, veintiún años, sin posición, mil doscientas libras al año, y la señora baronesa de Pontmercy irá a comprar dos cuartos de perejil a la plaza.

—¡Señor!—dijo Mario con la angustia de la última esperanza que se desvanece;—os suplico en nombre del Cielo, con las manos juntas, me pongo a vuestros pies. ¡Permitidme que me case!

El viejo dió una carcajada estridente y lúgubre, al través de la cual tosía y hablaba:

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! Os habéis dicho: ¡pardiez! ¡Voy a buscar a ese viejo pelucón, a ese absurdo bodoque! ¡Qué lástima que no tenga yo veinticinco años! ¡Cómo le pasaría una respetuosa papeleta! ¡Cómo me gobernaría sin él! Pero es lo mismo, le diré: Viejo gallina, eres muy dichoso en verme; tengo ganas de casarme con la señorita Fulana, hija del señor Fulano; yo no tengo zapatos, y ella no tiene camisa; pero quiero echar a un lado mi carrera, mi porvenir, mi juventud, mi vida; deseo hacer excursión por la miseria, con una mujer al cuello; este es mi pensamiento; ¡y es preciso que consientas! Y el viejo fósil consentirá en ello. Anda, hijo, como tú quieras, átate, cásate con tu Pousselevent, con tu Coupelevent. ¡Nunca, caballero, nunca!

—Padre mío...

—Nunca.

Mario perdió toda esperanza al oír el acento con que fué pronunciado este «nunca».

Atravesó el cuarto lentamente con la cabeza inclinada, temblando, y más semejante al que se muere que al que se va.

El señor Gillenormand le siguió con la vista, y en el momento en que se cerraba la puerta, y en que Mario iba a desaparecer, dió cuatro pasos con esa viveza senil de los viejos impetuosos y coléricos, cogió a Mario por el cuello, le volvió a la habitación, le arrojó en un sillón, y le dijo:

—¡Cuéntame eso!

Sólo estas palabras: «padre mío», que se habían escapado a Mario, habían causado esta revolución.

Mario le miró asustado. El móvil semblante del señor Gillenormand no expresaba más que una ruda e inefable buena fe. El abuelo se había convertido en el padre.

—Vamos a ver, habla; cuéntame tus amores; dímelo en secreto; dímelo todo: ¡caramba! ¡qué tontos son los jóvenes!

—¡Padre mío!—volvió a decir Mario.

Todo el rostro del anciano se iluminó con un indecible resplandor.

—Sí, eso es; ¡llámame padre y verás!

Había en estas frases algo tan bueno, tan dulce, tan franco, tan paternal, que Mario pasó repentinamente de la desanimación a la esperanza, y quedó como aturdido y confuso. Estaba sentado cerca de la mesa; la luz de las bujías hacía muy visible la miseria de su traje, que el señor Gillenormand examinaba con asombro.

—Y bien, padre mío—dijo Mario.

—¡ Ah !—dijo el señor Gillenormand, —no tienes ni un ochavo. Estás vestido como un ladrón.

Y abriendo un cajón, sacó una bolsa que puso sobre la mesa.

—Toma, ahí tienes cien luises ; cómprate un sombrero.

—Padre mío—continuó Mario,—mi buen padre, ¡ si supieseis ! La amo. No podéis figuraros. La primera vez que la vi fué en el Luxemburgo, adonde ella iba a pasear : al principio no fijé la atención, pero después, yo no sé cómo me he enamorado. ¡ Oh ! ¡ qué desgraciado me ha hecho esto ! Pero, en fin, ahora la veo todos los días en su casa ; su padre no lo sabe. Figuraos que van a partir ; nos vemos en el jardín por la noche ; su padre quiere irse a Inglaterra, y yo me he dicho : voy a ver a mi abuelo y a contárselo. Me volveré loco, me moriré, caeré enfermo, me arrojaré al agua. Es preciso que me case, porque si no me volveré loco. Esta es la verdad ; creo que no he olvidado nada. Vive en un jardín en que hay una verja, en la calle Plumet, cerca de los Inválidos.

El señor Gillenormand se había sentado alegremente al lado de Mario. Al mismo tiempo que le escuchaba y saboreaba el sonido de su voz, saboreaba también un polvo de tabaco. Al oír «calle Plumet» detuvo la aspiración, y dejó caer el tabaco sobre sus rodillas.

—¡ Calle Plumet ! ¡ calle Plumet ! dices. Veamos. ¿ No hay por allí un cuartel? Sí, eso es. Tu primo Teodulo me ha hablado ya : el lancero, el oficial. Una jovencita, mi buen amigo, una jovencita. ¡ Vaya, sí, calle Plumet ! La que se llamaba antes calle Blomet. Ahora me acuerdo : he oído hablar de esa verja de la calle Plumet : en un jardín ; una Pamela : no tienes mal gusto : es aseadita. Aquí, entre nosotros, yo creo que ese tonto de lancero le ha hecho la corte ; no sé hasta dónde habrá llegado ; pero, en fin, eso no es nada ; además de que no hay que creerle, porque es vanidoso. Mario, me parece muy bien que un joven como tú esté enamorado, porque eso es propio de tu edad, y mejor quiero que seas enamorado que jacobino ; mejor quiero verte enamorado de unas faldas ¡ caramba ! de veinte faldas, que del señor Robespierre. En cuanto a mí, en materia de «sans-culottes», no me gustan más que las mujeres. Las muchachas bonitas son las muchachas bonitas ¡ qué diablo ! y a esto no puede hacerse objeción ninguna. ¡ Conque la niña te recibe a escondidas del papá ! Eso está muy puesto en el orden. A mí me han pasado historias de ese género, y más de una. ¿ Y sabes lo que se hace? No se toma la cosa con ferocidad ; no se precipita uno en lo trágico, no se concluye por un casamiento, y por ir a casa del alcalde a verle con su faja ; es preciso ser un muchacho de genio ; es preciso tener sentido común. Tropezad, mortales, pero no os caséis. Cuando llega un caso como éste, se busca al abuelo, que es un buen hombre en el fondo, y que tiene siempre algunos cartuchos de luises en un cajón, y se le dice : abuelo, esto me pasa. Y el abuelo dice : es muy natural. Es preciso que la juventud se divierta, y que la vejez se arrugue. Yo he sido joven, y tú serás viejo. Anda, hijo mío, que ya dirás esto mismo a tus nietos. Aquí tienes doscientas pistolas. Diviértete. ¡ Caramba ! ¡ nada mejor ! Así debe llevarse este negocio. No se casa uno : pero, ¿ eso qué impide?... ¿ Me comprendes?

Mario, petrificado y sin poder pronunciar una palabra, hizo con la cabeza un movimiento negativo.

El buen viejo se echó a reír, guiñó el ojo, le dió un golpecito en la rodilla, le miró entre ambos ojos con aire misterioso, y le dijo alzando amistosamente los hombros :

—¡ Tonto ! ¡ tómala por querida !

Mario se puso pálido. No había comprendido nada de todo lo que acababa de decir su abuelo. Aquella confusión de calle Blomet, de Pamela, de cuartel, de lancero, había pasado por delante de Mario como una cosa fantasmagórica. Nada de aquello podía referirse a Cosette, que era una azucena. El viejo divagaba sin duda ; pero todo había concluído en una palabra que Mario había comprendido, y que era una injuria mortal a Cosette. La frase : «tómala por querida» había entrado en su corazón como una espada.

Se levantó, cogió el sombrero que estaba en el suelo, y se dirigió hacia la

puerta con paso firme y seguro. Allí se volvió, se inclinó profundamente ante su abuelo, levantó después la cabeza, y dijo :

—Hace cinco años insultasteis a mi padre ; hoy habéis insultado a mi mujer. No os pido nada. Adiós.

El señor Gillenormand, estupefacto, abrió la boca, extendió los brazos, y trató de levantarse ; pero, antes de que hubiera podido pronunciar una palabra, se había cerrado la puerta, y Mario había desaparecido.

El anciano permaneció algunos momentos inmóvil, como si hubiera caído un rayo a sus pies, sin poder hablar ni respirar, como si una mano vigorosa le apretase la garganta.

Por fin, se levantó del sillón, corrió hacia la puerta con toda la velocidad con que se puede correr a los noventa y un años, la abrió y gritó :

—¡ Socorro ! ¡ socorro !

Acudió su hija, y luego las criadas, y les dijo con angustioso acento :

—¡ Corre detrás de él ! ¡ Cógele ! ¿ Qué le he hecho yo? ¡ Está loco ! ¡ Se va ! ¡ Ay, Dios mío ! ¡ Ahora ya no volverá !

Se dirigió a la ventana que daba a la calle, la abrió con sus viejas manos arrugadas, se inclinó sacando medio cuerpo afuera, mientras que Vasco y Nicolasita le tenían por detrás, y gritó :

—¡ Mario ! ¡ Mario ! ¡ Mario ! ¡ Mario !

Pero Mario ya no podía oírle, porque en aquel momento volvía la esquina de la calle de San Luis.

El nonagenario llevó dos o tres veces las manos a las sienes con expresión de angustia, retrocedió temblando, y se recostó en un sillón, sin pulso, sin voz, sin lágrimas, meneando la cabeza, y agitando los labios con aire estúpido, sin tener en los ojos y el corazón más que una cosa triste y profunda como la noche.

LIBRO NOVENO

¿Adónde van?

I

JUAN VALJEAN

Aquel mismo día, hacia las cuatro de la tarde, Juan Valjean estaba sentado solo en uno de los declives más solitarios del Campo de Marte.

Ya fuese por prudencia, o por ese deseo de recogimiento que sigue a los cambios insensibles de costumbres, que se introducen poco a poco en todas las existencias, ahora salía poco con Cosette.

Tenía su traje de obrero y un pantalón gris ; la ancha visera de su gorra le ocultaba el rostro. Estaba tranquilo y era feliz respecto de Cosette ; porque se había disipado lo que le había asustado algún tiempo ; pero hacía una semana o dos le perseguía una ansiedad de otra naturaleza.

Un día, paseándose por el bulevar, había visto a Thenardier, y, gracias a su disfraz, éste no le había conocido, pero, desde entonces, Juan Valjean le había vuelto a ver varias veces, y había adquirido la certeza de que rondaba su barrio.

Esto bastaba para determinarle a tomar una gran resolución.

Estando allí Thenardier, estaban todos los peligros a un tiempo. Además, París no se hallaba tranquilo : las agitaciones políticas ofrecían el inconveniente para todo el que tuviera que ocultar algo en su vida, que la policía andaba inquieta y recelosa, y que buscando la pista de un hombre como Pepin o Morey, podía muy bien encontrarse con un hombre como Juan Valjean. Se había, pues, decidido a abandonar a París, y aun a Francia, e ir a Inglaterra, y había prevenido a Cosette, porque quería partir antes de ocho días.

Se había sentado, pues, en la cuestecita del Campo de Marte, dando vuelta en su cerebro a toda clase de pensamientos : Thenardier, la policía, el viaje, y la dificultad de hacerse con un pasaporte.

Todas estas cosas le inquietaban igualmente.

Además, un hecho inexplicable que acababa de sorprenderle, y que le tenía aún impresionado, aumentaba su inquietud. Aquel día por la mañana se había levantado temprano, y paseándose por el jardín antes que Cosette hubiese abierto su ventana, había descubierto este letrero grabado en la pared, probablemente con un clavo :

«Calle de la Verriere, 16.»

La escritura era muy reciente, por-

que las letras estaban aún blancas en la antigua argamasa ennegrecida; y porque una mata de ortigas que había al pie de la pared estaba cubierta de polvo de yeso.

Aquello había sido escrito probablemente por la noche.

Pero ¿qué era? ¿Unas señas? ¿Una señal para otros? ¿Un aviso para él? En todo caso, era evidente que había sido violado el jardín, y que había penetrado en él algún desconocido. Entonces recordó los incomprensibles incidentes que habían alarmado ya a la casa, meditó sobre aquel letrero, y se guardó muy bien de hablar de él a Cosette por miedo de asustarla.

En medio de estos pensamientos se fijó en una sombra que el sol proyectaba sin duda de alguno que acababa de detenerse en lo alto de la cuestecita por detrás de él. Iba a volverse, cuando cayó sobre sus rodillas un papel doblado en cuatro dobleces, como si una mano le hubiera dejado caer sobre su cabeza.

Cogió el papel, lo desdobló y leyó esta palabra escrita en gruesos caracteres con lápiz: MUDAOS.

Juan Valjean se levantó vivamente, pero no había nadie en la cuesta.

Miró por todas partes, y descubrió un ser más grande que un niño y más pequeño que un hombre, vestido con blusa gris y pantalón de pana de color de polvo, que saltaba el parapeto, y desaparecía en el foso del Campo de Marte.

Juan Valjean se volvió en seguida a su casa pensativo.

II

MARIO

Mario había salido trastornado de casa del señor Gillenormand. Había entrado en ella con poca esperanza, y salía con inmensa desesperación.

Por lo demás, y los que han observado el corazón humano lo comprenderán, el lancero, el oficial, el necio, el primo Teodulo, no había dejado sombra alguna en su espíritu, ni la más pequeña nube. El poeta dramático podría esperar algunas complicaciones de esta revelación hecha a quema ropa al nieto por el abuelo; pero lo que con esto ganaría el drama, lo perdería la verdad. Mario estaba en esa edad en que no se cree nada malo; después viene la edad en que se cree todo. Las sospechas no son más que arrugas, y la primera juventud no las tiene. Lo que anonada a Otelo, pasa sencillamente por Cándido. ¡Sospechar de Cosette! Antes hubiera cometido Mario mil crímenes. Púsose a pasear por las calles, recurso de todos los que padecen, y no pensó en nada de que pudiese acordarse. A las dos de la mañana entró en casa de Courfeyrac, y se echó vestido en su colchón. Había salido ya el sol cuando se durmió, con ese horrible sueño pesado que deja ir y venir las ideas en el cerebro. Cuando se despertó, vió a Courfeyrac, Enjolras, Feuilly y Combeferre, de pie, con el sombrero puesto, preparados para salir, y muy afanosos.

Courfeyrac le dijo:

—¿Vienes al entierro del general Lamarque?

Le pareció que Courfeyrac hablaba en chino.

Salió de casa algunos momentos después que ellos: se metió en el bolsillo los dos cachorrillos que Javert le había entregado para la aventura del 3 de febrero, y que se habían quedado en su poder. Los cachorrillos estaban aún cargados. Sería difícil decir qué obscuro pensamiento tenía en su cabeza al llevarlos.

Todo el día estuvo vagando sin saber por dónde iba; estaba lloviendo a intervalos, pero no lo notaba; compró para comer un bollo de un sueldo en un puesto de pan, lo guardó en el bolsillo, y no volvió a acordarse de él. Parece también que se bañó en el Sena, sin tener conciencia de lo que hacía. Hay momentos en que se tiene un horno bajo el cráneo, y Mario estaba en uno de esos momentos. Ya no esperaba nada, ni temía nada; había dado este paso desde la víspera. Esperaba la noche con impaciencia febril; no tenía más que una idea clara: que a las nueve vería a Cosette. Esta última felicidad era todo su porvenir; después sólo le quedaba la sombra. Por intervalos, paseando por los bulevares más desiertos, le parecía oír en París ruidos extraños, y saliendo de su meditación, decía: ¿Es que pelean?

Al caer la noche, a las nueve en punto, como había prometido a Cosette, estaba en la calle Plumet. Cuando se acercó a la verja todo lo olvidó. Hacía cuarenta y ocho horas que no había visto a Cosette; iba a verla, y todas las demás ideas se borraron, y sólo sintió una profunda alegría. Esos minutos en que se vive un siglo tienen una cosa soberana y admirable; en el momento en que pasan, llenan por completo el corazón.

Mario abrió la verja, y se precipitó en el jardín. Cosette no estaba en el sitio en que le esperaba siempre. Atravesó la espesura y llegó a la rinconada cerca de la escalinata.—Me espera allí—se dijo. Cosette no estaba.

Alzó la vista, y vió que los postigos de la ventana estaban cerrados. Dió la vuelta al jardín y vió que estaba desierto. Entonces volvió a la casa, y, perdido de amor, loco, asustado, exasperado de dolor y de inquietud, como un amo que entra en su casa a mala hora, llamó a la ventana. Llamó y volvió a llamar, expuesto a ver abrirse la ventana y asomar por ella la sombría cabeza del padre, y oír que le preguntaba:

—¿Qué queréis?—Esto no era nada al lado de lo que sospechaba. Cuando hubo golpeado la ventana, gritó y llamó a Cosette. —¡Cosette! —gritó, —¡Cosette!—repitió imperiosamente. Pero no le respondieron. Todo había concluído. No había nadie en el jardín, nadie en la casa.

Mario fijó sus ojos desesperados en aquella casa lúgubre, tan negra, tan silenciosa, y más vacía que una tumba, y miró después el banco de piedra, en que había pasado horas tan felices al lado de Cosette. Entonces se sentó en la escalinata con el corazón lleno de dolor y de resolución, bendijo su amor en el fondo de su pensamiento, y se dijo que, puesto que Cosette se había marchado, no tenía que hacer más que morir.

De repente oyó una voz que parecía salir de la calle, y que gritaba al través de los árboles:

—¡Señor Mario!

Se levantó.

—¿Quién es?—dijo.

—Señor Mario, ¿estáis ahí?

—Sí.

—Señor Mario — añadió la voz, — vuestros amigos os esperan en la barricada de la calle de Chanvrerie.

Esta voz no le era enteramente desconocida. Se parecía a la voz tomada y ruda de Eponina. Mario corrió a la verja, separó el hierro móvil, pasó la cabeza, y vió una figura, que le pareció un joven, desaparecer corriendo en la obscuridad.

III

EL SEÑOR MABEUF

La bolsa de Juan Valjean había sido inútil al señor Mabeuf, porque éste, en su venerable austeridad infantil, no había aceptado el regalo de los astros; no había admitido que una estrella pudiese convertirse en luises de oro, y no había podido adivinar que lo que caía del cielo viniera de Gavroche.

Había llevado la bolsa al comisario de policía del barrio, como objeto perdido, puesto que por el que lo había hallado a disposición del que lo reclamase. La bolsa, en efecto, se perdió. No hay que decir que nadie la reclamó, sin que disfrutase este socorro el señor Mabeuf. Por lo demás, el señor Mabeuf continuaba viniendo a menos.

Los ensayos sobre el índigo no habían dado mejor resultado en el Jardín Botánico que en su jardín de Austerlitz. El año anterior debía el salario a su ama, y ahora debía, como hemos visto, el alquiler de la casa. El Monte de Piedad, después de cumplidos trece meses, había vendido las planchas de su «Flora», y algún calderero habría hecho de ellas cacerolas. Perdidas, pues, sus planchas, y no pudiendo completar los ejemplares descabalados de su «Flora», que poseía aún, había cedido a bajo precio a un librero chalán, planchas y texto como desperfectos. Nada le quedó de la obra de toda su vida. Empezó a comerse el dinero de sus ejemplares.

Cuando vió que este admirable recurso se agotaba, renunció a su jardín, y lo dejó sin cultivo. Antes, mucho tiempo antes, había renunciado a los dos huevos y al pedazo de carne que comía de tiempo en tiempo. Sólo se alimentaba con pan y patatas; había vendido sus últimos muebles; después de todo, lo que tenía doble en materia de

ropa de cama, vestidos y mantas; después sus herbarios y sus estampas; pero aun conservaba los libros más preciosos, entre los cuales había algunos muy raros, «Los cuadros históricos de la Biblia», edición de 1560; «La concordancia de las Biblias», de Pedro de Besse; «Las Margaritas de la Margarita», de Juan de la Haye, con una dedicatoria a la reina de Navarra; el libro del «Cargo y dignidad de embajador», por el señor de Villiers Hotman; un «Florilegium Rabbinicum» de 1644, un «Tibulo» de 1568 con esta espléndida inscripción: «Veneditiis, in ædibus manutianis»; y, en fin, un «Diógenes Laercio», impreso en Lyón en 1644, en que se hallaban las famosas variantes del manuscrito 411 del siglo XIII del Vaticano, y las de los dos manuscritos de Venecia, 393 y 394, tan fructuosamente consultados por Enrique Etienne, y todos los pasajes en dialecto dórico, que no se encuentran más que en el célebre manuscrito del siglo XII de la Biblioteca de Nápoles.

El señor Mabeuf no encendía nunca lumbre en su cuarto, y se acostaba con el día para no encender luz.

Parecía que no tenía vecinos, porque evitaban su encuentro cuando salía; él lo había notado. La miseria de un niño conmueve a una madre; la miseria de un joven conmueve a una joven; pero la miseria de un viejo no conmueve a nadie, y es de todas las desgracias la más fría. Pero el señor Mabeuf no había perdido enteramente su serenidad de niño; sus ojos despedían aún luz cuando se fijaban en sus libros, y se sonreía cuando contemplaba el Diógenes Laercio, que era un ejemplar único. Su armario con cristales era lo único que había conservado además de lo indispensable.

Un día le dijo la señora Plutarco:

—No tengo con qué traer comida.

Lo que ella llamaba comida era un pan y cuatro o cinco patatas.

—Fiado—dijo el señor Mabeuf.

—Ya sabéis que me lo niegan.

El señor Mabeuf abrió su biblioteca, miró mucho tiempo todos sus libros, uno después de otro, como un padre obligado a diezmar a sus hijos los miraría antes de escoger; después cogió uno de repente, se lo puso debajo del brazo y salió. A las dos horas volvió sin nada debajo del brazo, puso treinta sueldos sobre la mesa y dijo:

—Traeréis qué comer.

Desde aquel momento la tía Plutarco vió cubrirse el cándido semblante del señor Mabeuf con un velo sombrío, que no desapareció nunca.

El día siguiente, el otro, todos los demás fué preciso hacer lo mismo. El señor Mabeuf salía con un libro, y volvía con una moneda de plata.

Como los libreros chalanes le veían obligado a vender, le compraban por veinte sueldos los libros por que había dado veinte francos alguna vez a ellos mismos. Así concluyó toda su biblioteca, tomo a tomo.

En algunos momentos se decía:

—Sin embargo, tengo ochenta años—como si tuviese alguna esperanza de llegar antes al fin de sus días que al fin de sus libros.

Su tristeza iba en aumento; pero una vez tuvo una alegría. Salió con un Roberto Etienne que vendió en treinta y cinco sueldos en el muelle Malaquais, y volvió con un Alde que había comprado por cuarenta sueldos en la de Grés.

—Debo cinco sueldos—dijo muy alegre a la tía Plutarco.

Aquel día no comieron.

Era de la Sociedad de Horticultura, donde se sabía su pobreza. El presidente de esta sociedad vino a verle, le prometió hablar de él al ministro de Agricultura y Comercio, y lo hizo.

—¿Cómo?—exclamó el ministro.—¡Ya lo creo! ¡Un docto anciano! ¡Un botánico! ¡Un hombre inofensivo! ¡Es preciso hacer algo por él!

Al día siguiente el señor Mabeuf recibió una invitación para comer con el ministro. Enseñó la carta temblando de alegría a la tía Plutarco.

—¡Nos hemos salvado!—dijo.

El día fijado fué a casa del ministro. Notó que su corbata rosada, su frac grande y cuadrado, y sus zapatos embetunados asombraban a los porteros. Nadie le habló, ni aun el ministro. Hacia las diez de la noche, como estaba todavía esperando una palabra, oyó a la mujer del ministro, hermosa señora descotada, a quien no se había atrevido a

acercarse, que preguntaba :

—¿Quién es ese caballero anciano?

Se volvió a su casa ; a pie, a media noche, con una fuerte lluvia. Había vendido un Elzebir para pagar el coche al ir.

Tenía la costumbre de leer todas las noches, antes de acostarse, algunas páginas de su Diógenes Laercio ; sabía bastante griego para encontrar un placer en las particularidades del texto que poseía : ya no tenía más goces.

Pasáronse algunas semanas ; pero de pronto la tía Plutarco cayó enferma. Hay una cosa más triste que no tener para comprar pan en la tahona, y es no tener para comprar medicinas en las boticas : una noche, el médico recetó una poción muy cara. Además, agravándose la enferma, necesitaba una persona que la cuidara. El señor Mabeuf abrió la biblioteca, y ya no tenía nada : había vendido hasta el último volumen ; no le quedaba más que el Diógeno Laercio.

Se puso el ejemplar único bajo el brazo y salió : era el 4 de junio de 1832. Fué a la puerta de Santiago a casa del sucesor de Royol, y volvió con cien francos. Puso la pila de napoleones sobre la mesa de noche de la antigua criada, y se volvió a su cuarto sin decir una palabra.

Al día siguiente desde que amaneció, se sentó en el guardacantón que había en el jardín, y pudo vérsele por cima del seto toda la mañana inmóvil, con la cabeza inclinada, y la vista vagamente fija en sus platabandas marchitas. Llovía a intervalos, pero el viejo no lo notaba.

A mediodía estalló en París un ruido extraordinario ; parecía que se oían tiros de fusil y clamores populares.

El señor Mabeuf levantó la cabeza. Vió pasar a un jardinero, y le preguntó :

—¿Qué es eso?

El jardinero respondió con su azadón al hombro y con acento tranquilo :

—Un motín.

—¡ Cómo ! ¡ Un motín !

—Sí, están combatiendo.

—¿ Y por qué?

—¡ Diablo !—dijo el jardinero.

—¿ Hacia qué lado?—preguntó el señor Mabeuf.

—Hacia el Arsenal.

El señor Mabeuf volvió a entrar en su casa, buscó maquinalmente un libro para llevarle debajo del brazo, no le encontró, y dijo :

—¡ Ah, es verdad !—y salió con aire extraviado.

LIBRO DÉCIMO

El 5 de junio de 1832.

I

LA SUPERFICIE DE LA CUESTIÓN

¿De qué se compone un motín? De todo y de nada. De una electricidad que se desarrolla poco a poco, de una llama que se forma súbitamente, de una fuerza vaga, de un soplo que pasa. Este soplo encuentra cabezas que hablan, cerebros que piensan, almas que padecen, pasiones que arden, miserias que se lamentan y las arrastra.

¿Adónde?

Al acaso. Al través del Estado, al través de las leyes, al través de la prosperidad y de la insolencia de los demás.

La convicción irritada, el entusiasmo frustrado, la indignación conmovida, el instinto de guerra comprimido, el valor de la juventud exaltado, la ceguedad generosa, la curiosidad, el placer de la variación, la sed de lo inesperado, el sentimiento que hace experimentar placer al leer el cartel de un nuevo espectáculo, y al oír en el teatro el silbato del maquinista ; los odios vagos, los rencores, las contrariedades, la vanidad que cree que ha fracasado el destino ; el malestar, los pensamientos profundos, las ambiciones rodeadas de abismos ; todo el que espera de un derrumbamiento una salida ; y, en fin, en lo más bajo, la turba, ese lodo que se convierte en fuego, tales son los elementos del motín.

Lo más grande y lo más ínfimo ; los seres que vagan fuera de todo, esperando una ocasión : gitanos, gente sin profesión, vagabundos de las encrucijadas, los que duermen por la noche en un desierto de casas, sin más techo que las frías nubes del cielo, los que piden cada día su pan al acaso y no al trabajo, los desconocidos de la miseria y de la nada, los brazos desnudos, los pies descalzos, pertenecen al motín.

Todo el que tiene en el alma una rebelión secreta contra un hecho cualquiera del Estado, de la vida o de la suerte, tiene afinidad con el motín, y desde que se presenta empieza a temblar y a sentirse conmovido por el torbellino.

El motín es una especie de tromba de la atmósfera social, que se forma de repente en ciertas condiciones de temperatura, y que en sus remolinos sube, corre, truena, arranca, corta, rompe, demuele, desarraiga, arrastrando consigo los ánimos grandes y los pequeños, el hombre fuerte y el débil, el tronco del árbol y la arista de paja.

¡ Desgraciado aquel a quien arrastra, lo mismo que aquel con quien choca ! Los estrella uno contra otro.

Comunica a los que coge un poder extraordinario. Lleva al primero que encuentra con la fuerza de los sucesos, y hace de todo proyectiles, convierte un canto en una bala, y un arenero en un general.

Si se ha de creer a ciertos oráculos de la política recelosa, bajo el punto de vista del poder, un motín es una cosa deseable. Para ellos, es un axioma que el motín afirma a los gobiernos si no los destruye, porque pone a prueba el ejército, concentra a los ciudadanos, estira los músculos de la policía y pone de manifiesto la fuerza del esqueleto social. Es un ejercicio gimnástico, casi higiénico. El poder se siente mejor después de un motín, como el hombre después de una fricción.

El motín hace treinta años se consideraba además bajo otros puntos de vista.

Hay para todo una teoría que se llama a sí misma «del sentido común». Filinto contra Alcestes ; mediación ofrecida entre lo verdadero y lo falso ; explicación, admonición, atenuación un poco altiva, que porque tiene cierta mezcla de culpa y de excusa, se cree la sabiduría, y no es más que una pedantería. Toda una escuela política, llamada del justo medio ha salido de aquí. Entre el agua fría y el agua caliente, hay el partido del agua tibia. Esta escuela, con su falsa profundidad enteramente superficial, que diseca los efectos sin remontarse a las causas, censura desde lo alto de una semiciencia las agitaciones de la plaza pública.

Según esta escuela, «los motines que complicaron la revolución de 1830, quitaron a este gran acontecimiento una parte de su pureza». La Revolución de Julio había sido un hermoso huracán popular, seguido inmediatamente de la calma ; pero los motines volvieron a nublar el cielo ; hicieron que degenerase en querella esta revolución, tan notable al principio por su unanimidad. En la Revolución de Julio, como en todo progreso que se realiza por una sacudida, había habido fracturas secretas ; el motín las hizo sensibles, y pudo decirse : ¡ Ah ! esto está roto. Después de la Revolución de Julio, sólo se sentía la libertad ; después de los motines se conoció la catástrofe.

Todo motín cierra las tiendas, hace bajar los fondos, asusta a la Bolsa, suspende el comercio, detiene los negocios, precipita las quiebras ; se retira el dinero, las fortunas privadas están inquietas, el crédito público perdido, la industria desconcertada, los capitales retroceden, el trabajo menos pagado, en todas partes reina el miedo, la reacción en todas las ciudades. De aquí salen los precipicios. Se ha calculado que el primer día de motín cuesta a Francia veinte millones, el segundo cuarenta, el tercero sesenta. Un motín de tres días cuesta ciento veinte millones ; es decir, que, no teniendo en cuenta más que este resultado económico, equivale a un desastre, a un naufragio o a una batalla perdida que destruyese una escuadra de sesenta navíos de línea.

Sin duda, los motines tienen sus bellezas históricas ; la guerra de las calles no es menos grandiosa, ni menos patética que la guerra del campo ; en la una está el alma de los bosques, y en la otra el corazón de las ciudades ; la una tiene a Juan Chonan, y la otra a Juana. Los motines despiden llamas rojizas, pero espléndidas, y todos los rasgos más originales del carácter parisiense, la generosidad, el desinterés, la alegría tempestuosa, los estudiantes probando que la bravura es parte de la inteligencia, la guardia nacional inquebrantable, los vivacs de los tenderos, las fortalezas de los pilluelos, el desprecio de la muerte en los transeuntes. Las escuelas y los regimientos se encuentran. Bien consi-

derado todo, entre los combatientes no hay más que una diferencia de edad; son la misma raza, los mismos hombres estoicos que mueren a los veinte años por sus ideas, y a los cuarenta por su familia. El ejército siempre triste en las guerras civiles, opone la prudencia a la audacia. Los motines, al mismo tiempo que manifiestan la intrepidez popular, educan en el valor al ciudadano.

Pero ¿todo esto vale la sangre que se ha derramado? Y añádase a la sangre vertida el porvenir obscuro, el progreso comprometido, la inquietud, aun entre los mejores, los liberales honrados desesperando ya, el absolutismo extranjero viendo con placer estas heridas hechas a la Revolución por sí misma, los vencidos de 1830 triunfando y diciendo: ¡Ya lo habíamos dicho! Añádase a esto que París tal vez no puede engrandecerse con un motín, pero que Francia se empequeñece; y, por último, pues todo debe decirse, los asesinatos que deshonran con frecuencia la victoria del orden feroz sobre la libertad loca. En suma, «los motines han sido funestos».

Así habla esa casi sabiduría con que la clase de los pequeños propietarios egoístas, que es un casi pueblo, se contenta gustosa.

En cuanto a nosotros, rechazamos esa palabra tan extensa, y por consiguiente tan cómoda: los motines. Entre un movimiento popular y otro movimiento popular, hacemos una distinción. No nos preguntamos si un motín cuesta tanto como una batalla. ¿Y por qué como una batalla? Aquí se presenta la cuestión de la guerra. ¿Acaso la guerra es un azote menos sensible que la calamidad de un motín? Además, ¿son calamidades todos los motines? ¿Y qué, aunque el 14 de Julio costase ciento veinte millones? La instalación de Felipe V en España costó a Francia dos mil millones; pues, por igual precio, preferimos el 10 de Julio.

Por otra parte, negamos esas cifras que parecen razones, y no son más que palabras. Dado un motín, lo examinamos en sí mismo. En todo lo que dice la objeción doctrinaria expuesta más arriba, sólo se trata del efecto; nosotros buscamos la causa.

Vamos a explicarnos.

II

EL FONDO DE LA CUESTIÓN

Hay motines y hay insurrecciones; son dos clases de cólera; una equivocada, otra con derecho. En los Estados democráticos, únicos que están fundados sobre la justicia, sucede algunas veces que una fracción es usurpadora: entonces todo se levanta, y la necesaria reivindicación de su derecho puede llegar hasta tomar las armas. En todas las cuestiones que llegan a la soberanía colectiva, la guerra del todo contra la fracción es la insurrección; el ataque de la fracción contra todo, es motín; según que las Tullerías estén habitadas por el rey o por la Convención, son justas o injustamente atacadas. El mismo cañón asestado contra la multitud no tiene razón el 10 de Agosto, y la tiene el 14 de Vendimiario.

La apariencia es, pues, semejante; el fondo diferente; los suizos defienden lo falso, Bonaparte lo verdadero. Lo que el sufragio universal ha hecho en su libertad y en su soberanía, no puede ser deshecho por las calles.

Lo mismo sucede en las cosas de pura civilización; el instinto de las masas, ayer previsor, puede estar mañana turbado. La misma ira es legítima contra Terray y absurda contra Turgot. La destrucción de máquinas, el pillaje de los almacenes, ruptura de los railes, la demolición de los docks, los falsos caminos de la multitud, el desafío de la justicia del pueblo al progreso, Ramus asesinado por los escolares, Rousseau expulsado de Suiza a pedradas, son motines. Israel contra Moisés, Atenas contra Foción, Roma contra Escipión, son motines; París contra la Bastilla, es la insurrección. Los soldados contra Alejandro, los marineros contra Cristóbal Colón, es la misma rebelión: rebelión impía. ¿Y por qué? Porque Alejandro hace por Asia con la espada, lo que Cristóbal Colón por América con la brújula; Alejandro, como Colón, descubre un mundo. Estos dones de un mundo a la civilización son tales aumentos de luz, que toda resistencia es criminal.

Algunas veces el pueblo se miente fidelidad a sí mismo y la multitud hace

traición al pueblo. ¿Hay, por ejemplo, nada más extraño que esa larga y sangrienta protesta de los falsos Saulniers, legítima rebelión crónica, que en el momento decisivo, en el día de la salvación, en la hora de la victoria popular se alza con el trono, se hace vendeana, y de insurrección en contra, se vuelve motín en favor? ¡Obra sombría de la ignorancia! El falso Saulniers huye del poder real, y con un resto de cuerda al cuello, enarbola la escarapela blanca. Grita: ¡Mueran las gabelas! prepara el ¡viva el rey! Asesinos en la noche de San Bartolomé, degolladores de Septiembre, verdugos de Aviñón, asesinos de Coligny, asesinos de la señora de Lamballe, asesinos de Brune, Miqueletes, Verdets, Cadenettes, compañeros de Jehú, caballeros de Brasard; ese es el motín. La Vendée es un gran motín católico.

El rumor del derecho en movimiento se conoce, y no sale siempre del temblor de las masas turbulentas: hay furores locos, como hay campanas rajadas; no suena el somatén siempre a bronce. El estremecimiento de la pasión y de la ignorancia es distinto de la sacudida del progreso. Levantaos, sí, pero para engrandeceros: decidme hacia qué lado vais; sólo hay insurrección hacia adelante. Cualquier otro levantamiento es malo; todo paso violento hacia atrás, es un motín; el retroceso es una vía de hecho contra el género humano. La insurrección es el acceso del furor de la verdad: los adoquines que mueve la insurrección despiden la chispa del derecho.

Esos adoquines sólo dejan su lado al motín. Danton contra Luis XVI, es la insurrección. Habert contra Danton, es el motín.

De aquí proviene que si la insurrección, en estos casos dados, puede ser, como ha dicho Lafayette, el más santo de los deberes, el motín puede ser el más fatal de los atentados.

Hay también alguna diferencia en la intensidad del calórico; la insurrección suele ser un volcán; el motín es con frecuencia fuego de paja.

La rebelión, según hemos dicho, parte algunas veces del poder. Polignac es un amotinador; Camilo Desmoulins es un gobernante.

Muchas veces, insurrección es resurrección.

Siendo un hecho absolutamente moderno la solución de todo por el sufragio universal, y siendo toda la historia anterior a este hecho, desde hace cuatro mil años, la violación del derecho y el padecimiento de los pueblos, cada época de la historia trae consigo la protesta que le es posible. En tiempo de los Césares no había insurrección, pero había un Juvenal.

El «facit indignatio» reemplaza a los Gracos.

En tiempo de los Césares hay un desterrado de Siena; hay también un autor de los «Anales».

Y no hablamos del gran desterrado de Patmos que también condena el mundo real en una protesta en nombre del mundo ideal; hace de la visión una sátira enorme, y arroja sobre Roma-Nínive, sobre Roma-Babilonia, sobre Roma-Sodoma, la resplandeciente reverberación del Apocalipsis.

Juan sobre su roca es la esfinge sobre su pedestal; no es posible comprenderle; es un judío, es el pueblo hebreo; pero el hombre que escribe los «Anales» es un latino, o, mejor dicho, un romano.

Como los Nerones reinan de una manera obscura, deben ser pintados del mismo modo. El trabajo del buril solo sería pálido; es preciso verter en los blancos una prosa concentrada y mordente.

Los déspotas entran para algo en la mente de los pensadores: palabra encadenada, palabra terrible. El escritor duplica y triplica su estilo cuando un señor impone silencio al pueblo. De este silencio nace cierta plenitud misteriosa que se filtra y se solidifica duramente en el pensamiento. La compresión en la historia produce la concisión en el historiador. La solidez granítica de alguna prosa célebre no es más que una condensación hecha por el tirano.

La tiranía obliga al escritor a contracciones de diámetro, que son acrecentamientos de fuerza. El período ciceroniano, apenas suficiente para Verres, se

embotaría en tiempo de Calígula. Cuando mayor sea la extensión de la frase, mayor es la intensidad del golpe. Tácito piensa con inmensa fuerza.

La honradez de un gran corazón, condensada en justicia y en verdad, fulmina.

Digamos de paso, que es muy notable el que Tácito no sea superior, históricamente hablando, a César : a aquél están reservados los Tiberios.

César y Tácito son dos fenómenos sucesivos, cuyo encuentro parece misteriosamente evitado por el que al sacar los siglos a la escena, arregla las entradas y las salidas. César es grande ; Tácito es grande ; Dios dirige estas dos grandezas para que no choquen una contra otra. El justiciero, hiriendo a César, podía herir demasiado y ser injusto, lo que Dios no quiere. Las grandes guerras de Africa y de España, los piratas de Cilicia destruídos, la civilización introducida en la Galia, en Bretaña, en Germania, toda esta gloria cubre el Rubicón. Hay en esto una especie de delicadeza de la justicia divina, dudando dejar caer sobre el usurpador ilustre, el ilustre historiador formidable, haciendo a César gracia de Tiberio, y concediendo circunstancias atenuantes al genio.

Cierto que el despotismo es siempre despotismo, aun bajo el déspota del genio. Hay corrupción bajo los tiranos ilustres ; pero la pérdida moral es más repugnante aún bajo los tiranos infames. En esos reinados, nada vela la vergüenza, y los hacedores de ejemplos, Tácito como Juvenal, abofetean más útilmente, en presencia del género humano, a esa ignominia sin réplica.

Roma despide peores miasmas en tiempo de Vitelio que en tiempo de Sila. Con Claudio y Domiciano hay una deformidad de bajeza correspondiente a la fealdad del tirano ; la miseria de los esclavos es un producto directo del déspota : de esas conciencias encogidas se exhala un miasma en que se refleja el amo ; los poderes públicos son inmundos ; los corazones pequeños, las conciencias planas, las almas son repugnantes como una chinche ; así sucede con Caracalla, así con Cómodo ; así con Heliogábalo : mientras que del Senado romano, en tiempo de César, no sale más que el olor del estiércol propio de los nidos de águila.

De aquí proviene la aparición, tardía sólo en apariencia, de los Tácitos y Juvenales : el demostrador sólo aparece en la hora de la evidencia.

Pero Juvenal y Tácito, lo mismo que Isaías en los tiempos bíblicos, lo mismo que Dante en la Edad Media, son el hombre ; el motín y la insurrección son la multitud, que tan pronto tiene razón, como no la tiene.

En la generalidad de los casos, el motín sale de un hecho material ; la insurrección es siempre un fenómeno moral. El motín es Masaniello ; la insurrección es Espartaco. La insurrección confina con la inteligencia ; el motín con el estómago. Gaster se irrita ; pero Gaster no siempre tiene razón. En las cuestiones de hambre, el motín, Busancais por ejemplo, tiene un punto de partida verdadero, patético y justo. Y, sin embargo, es un motín. ¿Por qué? Porque teniendo razón en el fondo, no la tiene en la forma. Terrible, aun teniendo derecho, violento, aunque fuerte, hiere al acaso ; marcha como el elefante ciego, rompiéndolo todo ; deja detrás de sí cadáveres de ancianos, de mujeres y de niños ; vierte sin saber por qué la sangre de los seres inofensivos e inocentes. Alimentar al pueblo, es un buen fin ; pero matarle es un mal medio.

Todas las protestas armadas, aun las más legítimas, aun el 10 de Agosto, aun el 14 de Julio, principian por la misma agitación. Antes que el derecho se desprenda, hay tumulto y espuma. Al principio, la insurrección es motín, lo mismo que el río es torrente, y ordinariamente llega a este Océano : revolución. Algunas veces, sin embargo, viniendo de esas altas montañas que dominan el horizonte moral, la justicia, la prudencia, la razón, el derecho, formada de la más pura nieve de lo ideal, después de una larga caída de roca en roca, después de haber reflejado el cielo en su transparencia, y de haber crecido con cien afluentes en el majestuoso camino del triunfo, la insurrección se pierde de repente en alguna hondura popular, como el Rhin en un pantano.

Todo esto se refiere a lo pasado ; en lo porvenir será otra cosa. El sufragio

universal tiene de admirable que disuelve el motín en su principio, y dando el voto a la insurrección, le quita las armas. La desaparición de las guerras, de la guerra de las calles, como de la guerra de las fronteras, es el progreso inevitable. La paz, cualquier cosa que sea hoy, es mañana.

Por lo demás, insurrección, motín, diferencia entre una y otra, todo esto apenas existe para el ciudadano. Para él, todo es sedición, rebelión pura y simple, rebelión del perro contra el amo; especie de mordedura que venga la cadena y la covacha; ladrido, hasta el día en que la cabeza del perro, que va creciendo, se bosqueja vagamente en la sombra como una cabeza de león.

Entonces el ciudadano grita: ¡Viva el pueblo!

Dada esta explicación, ¿qué es para la historia el movimiento de Julio de 1832? ¿Es un motín o una insurrección?

Es una insurrección.

Podrá sucedernos, al traer a la escena este acontecimiento terrible, que llamamos alguna vez motín, pero sólo para calificar los hechos de la superficie; haciendo siempre la distinción necesaria entre la forma o motín, y el fondo o insurrección.

Este movimiento de 1832, tuvo en su rápida explosión, y en su lúgubre extinción, tal magnitud, que aun aquellos que no ven en él más que un motín, hablan de él con respeto. Para éstos es como un residuo de 1830. Las imaginaciones conmovidas, dicen, no se calman en un día; una revolución no se corta a pico; tiene siempre necesariamente algunas ondulaciones antes de volver al estado de paz, lo mismo que una montaña antes de desaparecer en la llanura. No hay Alpes sin Jura, ni Pirineos sin Asturias.

Esta crisis patética de la historia contemporánea, que la memoria de los parisienses llama la «época de los motines», es seguramente una hora característica entre las más tempestuosas de este siglo.

Digamos aún dos palabras antes de entrar en la narración

Los hechos que vamos a referir pertenecen a esa realidad dramática y viva que el historiador desprecia muchas veces por falta de tiempo y de espacio.

En ella, sin embargo, insistimos; en ella está la vida, la palpitación, el temblor humano. Los pormenores, según hemos dicho ya, son, por decirlo así, el follaje de los grandes sucesos, y se pierden en la lontananza de la historia.

La época llamada de los motines abunda en estos hechos pequeños. Los procesos judiciales, por otras razones que la historia, no nos lo han revelado todo; tal vez no lo han profundizado tampoco. Nosotros vamos a dar a luz, entre particularidades conocidas y publicadas, cosas que no se han sabido, hechos sobre los cuales ha pasado el olvido de unos, y la muerte de otros.

La mayor parte de las actores de estas escenas gigantescas han desaparecido: al día siguiente se callaban; pero podemos decir de lo que contamos: lo hemos visto. Cambiaremos algunos nombres, porque la historia refiere y no denuncia; pero pintaremos cosas verdaderas.

En este libro no manifestaremos más que un lado y un episodio, seguramente el menos conocido, las jornadas de los días 5 y 6 de junio de 1832; pero lo haremos de modo que el lector entrevea, bajo el sombrío velo que vamos a levantar, la figura real de esa terrible aventura del pueblo.

III

UN ENTIERRO: OCASIÓN DE RENACER

En la primavera de 1832, aunque hacía tres meses que el cólera tenía helados los espíritus, y había echado sobre la agitación una lúgubre tranquilidad, París estaba hacía tiempo dispuesto para una conmoción. Como hemos dicho ya, la gran ciudad parece un cañón; cuando está cargado, basta que caiga una chispa para que salga el tiro. En junio de 1832 la chispa fué la muerte del general Lamarque.

Lamarque era un hombre de fama y acción. Había tenido sucesivamente las dos clases de valor necesarias en las dos épocas: el valor de los campos de batalla y el valor de la tribuna. Era tan elocuente como bravo; su palabra parecía una espada. Como Foy, su antece-

sor, después de haber mantenido a gran altura el mando militar, mantuvo a gran altura la libertad.

Se sentaba entre la izquierda y la extrema izquierda; era querido del pueblo, porque aceptaba el porvenir, y querido de la multitud, porque había servido bien al Emperador. Era con el conde Gerard uno de los mariscales «in petto» de Napoleón.

Los traidores de 1815 lo miraban como una ofensa personal. Odiaba a Wellington con un odio directo que agradaba a la multitud, y hacía diez y siete años que guardaba majestuosamente la tristeza de Waterloo, atento apenas a los sucesos intermedios. En su agonía, en su última hora, había apretado contra su pecho una espada que le habían dedicado los oficiales de los Cien Días. Napoleón murió pronunciando la palabra «ejército»; Lamarque pronunciando la palabra «patria».

Su muerte prevista, era considerada por el pueblo como una pérdida, y por el gobierno como una ocasión. Aquella muerte fué un duelo: duelo que, como todo lo que es amargo, puede cambiarse en una revuelta. Esto fué lo que sucedió.

La víspera y la mañana del 5 de junio, día fijado para el entierro del general Lamarque, el arrabal de San Antonio, por el cual debía pasar el entierro, tomó un aspecto temible. Aquella tumultuosa red de calles se llenó de rumores. Armábanse todos como podían. Los carpinteros llevaban las tablas de sus establecimientos «para echar abajo las puertas». Uno de ellos se había hecho un puñal de unos ganchos de zapatero, rompiendo el gancho y aguzando la espiga. Otro, en la fiebre de «atacar», dormía vestido hacía tres días; un carpintero, llamado Lombier, encontró a un compañero que le preguntó:

—¿Adónde vas?

—¡Pst! No tengo armas.

—Pues, ¿y entonces?

—Me voy a mi taller a recoger un compás.

—¿Para qué?

—No lo sé—decía Lombier.

Otro, llamado Jacqueline, hombre de recursos, se acercaba a los obreros que pasaban, y les decía:

—¡Ven!

Les pagaba un cuartillo de vino y añadía:

—¿Tienes trabajo?

—No.

—Pues ve a casa de Filspierre, entre la barrera Montreuil y la barrera de Charonne, y hallarás trabajo.

En casa de Filspierre encontraban armas y cartuchos. Ciertos jefes conocidos «corrían la posta», es decir, iban de una a otra parte para reunir a la gente. En casa de Barthelemy, cerca de la barrera del Trono, en casa de Capel, en el Petit-Chapeau, los bebedores se acercaban con aire sombrío, y se les oía decir: «¿Dónde tienes tu pistola?» «Debajo de la blusa». «¿Y tú?» «Debajo de la camisa».

En la calle Traverserie, delante del taller Roland, en la plaza de la Casa-Quemada, frente al taller del instrumentista Bernier, cuchicheaban algunos grupos. Distinguíase entre ellos un tal Mavot, que nunca estaba una semana en un taller, pues los maestros le despedían «porque tenían disputas con él todos los días». Mavot fué muerto al día siguiente en la barricada de la calle Menilmontant.

Pretot, que debía morir también en la lucha, seguía a Mavot, y a esta pregunta: «¿qué quieres?» le respondía: «La insurrección». Algunos obreros, reunidos en la esquina de la calle de Bercy, esperaban a un tal Lemarin, agente revolucionario del arrabal de San Marcelo. Las órdenes se cambiaban casi públicamente.

El 5 de junio, pues, con un día en que se mezclaban la lluvia y el sol, el entierro del general Lamarque atravesó las calles de París con la pompa militar oficial, aumentada un poco con las precauciones. Dos batallones con los tambores enlutados y los fusiles a la funerala, diez mil guardias nacionales con el sable al lado, las baterías de artillería y de la guardia nacional, escoltaban el féretro. El carro fúnebre era llevado por jóvenes. Los oficiales de inválidos le seguían inmediatamente, llevando ramos de laurel. Después venía una multitud innumerable agitada, extraña, los seccionarios de los Amigos del Pueblo, la Escuela de Derecho, la

de Medicina, los proscritos de todas las naciones, banderas españolas, italianas, alemanas, polacas, tricolores horizontales, toda clase de enseñas, niños agitando ramas verdes, picapedreros y carpinteros, impresores que se distinguían por sus gorros de papel, marchando de dos en dos, de tres en tres, dando gritos, agitando palos casi todos, algunos sables, sin orden, y a pesar de esto, con un solo pensamiento, semejantes ya a una confusión, ya a una columna.

Algunos pelotones habían elegido un jefe ; un hombre armado con un par de pistolas, perfectamente visible, parecía pasar revista a otros, cuyas filas se abrían para dejarle paso. En los paseos de los bulevares, en las ramas de los árboles, en los balcones, en las ventanas, en los tejados, hormigueaban cabezas, hombres, mujeres y niños, con la ansiedad en los ojos. Pasaba una multitud armada ; otra multitud asustada miraba.

El gobierno por su parte observaba ; observaba con la mano en el pomo de la espada. Podían verse dispuestos a marchar cartucheras llenas, fusiles y carabinas cargadas ; en la plaza de Luis XV, cuatro escuadrones de carabineros, montados y con los clarines a la cabeza ; en el Barrio Latino y en el Jardín Botánico, la guardia municipal, escalonada de calle en calle ; en el Mercado de los vinos, un escuadrón de dragones ; en la plaza de Grève una mitad del 12.° ligero, y la otra mitad en la Bastilla ; el 6.° de dragones en los Celestinos ; y la artillería llenando la plaza del Louvre. El resto de las tropas estaba retenida en los cuarteles, sin contar los regimientos de los alrededores de París. El poder inquieto tenía suspendidos sobre la multitud amenazadora veinticuatro mil soldados en la ciudad y treinta mil en las afueras.

En el acompañamiento circulaban diversos rumores. Se hablaba de intenciones legitimistas ; se hablaba del duque de Reichstadt, a quien Dios señalaba para la muerte en el momento mismo en que la multitud le designaba para el Imperio. Una persona desconocida anunciaba que a una hora fijada un contramaestre ganado, abriría al pueblo las puertas de una fábrica de armas. En todas las frentes descubiertas de la multitud de espectadores, dominaba un entusiasmo mezclado con abatimiento. Veíanse también aquí y allá en aquella multitud, presa de tantas emociones violentas, pero nobles, verdaderos rostros de malhechores, bocas innobles que decían : «¡ Robemos !» Hay ciertas agitaciones que remueven en el fondo de los pantanos y que hacen subir a la superficie del agua nubes de cieno. Fenómeno a que no es extraña la policía «bien montada».

El acompañamiento fué con una lentitud febril desde la casa mortuoria por los bulevares hasta la Bastilla. Llovía de tiempo en tiempo ; pero la lluvia no incomodaba a aquella multitud. En el tránsito habían ocurrido varios incidentes : el ataúd había sido paseado alrededor de la columna Vendôme ; había sido apedreado el duque de Fitz-James que estaba en un balcón con el sombrero puesto ; el gallo de los gallos había sido arrancado de una bandera popular, y arrastrada por el lodo ; un agente de policía había sido herido de un sablazo en la puerta de San Martín ; un oficial del 12.° ligero decía en alta voz : «Soy republicano» ; la Escuela Politécnica había dado después de su consigna forzada, los gritos : «¡ Viva la Escuela Politécnica ! ¡ Viva la república !» Todos estos hechos marcaron el paso del fúnebre convoy. En la Bastilla, las grandes filas de curiosos que descendían del arrabal de San Antonio se unieron con el acompañamiento, y principió a levantarse cierto murmullo terrible.

Oyóse a un hombre que decía a otro :

—¿ Ves bien aquel de la perilla roja? Pues ése dirá cuándo hemos de tirar.

Parece que aquella misma perilla roja se encontró después haciendo lo mismo en otro motín : en el de Quenisset.

El féretro pasó la Bastilla, siguió por el canal, atravesó el puente pequeño y llegó a la explanada del puente de Austerlitz. Allí se detuvo. En aquel momento, la multitud, vista a vuelo de pájaro, ofrecía el aspecto de un cometa, cuya cabeza estuviese en la explanada, y cuya cola desarrollada por el muelle de Bourdon, cubriera la Bastilla, y se prolongara por el bulevar hasta la puer-

ta de San Martín. Trazóse un círculo alrededor del carro fúnebre, el acompañamiento guardó silencio: Lafayette habló y se despidió de Lamarque. Fué aquel un instante tierno y augusto; todas las cabezas se descubrieron; todos los corazones palpitaron.

De pronto se presentó en medio del grupo un hombre a caballo, vestido de negro, con una bandera roja, y según otros, con una pica terminada por el gorro frigio. Lafayette volvió la cabeza. Excelmans abandonó el convoy.

Aquella bandera roja levantó una tempestad y desapareció. Uno de esos terribles rumores que parecen una marejada de la multitud, corrió desde el bulevar de Bourdon hasta el puente de Austerlitz y oyéronse gritos prodigiosos:

—«¡ Lamarque al panteón !»

—«¡ Lafayette al Hotel de Ville !»

Al oír estas exclamaciones, algunos jóvenes arrastraron el carro fúnebre de Lamarque por el puente de Austerlitz, y a Lafayette en un coche por el muelle Morland.

En la multitud que rodeaba y aclamaba a Lafayette, se distinguía y era señalado un alemán, llamado Ludwig Snyder, que murió centenario, que había hecho la guerra de 1776, y había peleado en Trenton a las órdenes de Wáshington, y en Brandywine a las de Lafayette.

Mientras tanto, por la orilla izquierda, la caballería municipal se ponía en movimiento, y venía a ocupar el puente; por la orilla derecha los dragones salían de los Celestinos, y se desplegaban a lo largo del muelle Morland. El grupo que llevaba a Lafayette los vió repentinamente en la esquina del muelle y gritó: «¡ Los dragones ! Los dragones !»

Los dragones avanzaban al paso, en silencio, con las pistolas en las pistoleras, los sables envainados, las carabinas en el mosquetón, con aire sombrío de espera.

A doscientos pasos del puente hicieron alto. El coche en que iba Lafayette llegó hasta ellos; abrieron sus filas, le dejaron pasar y volvieron a cerrarse. En aquel momento se tocaban los dragones y la multitud: las mujeres huyeron con terror.

¿Qué pasó en aquel momento fatal? Nadie podrá decirlo. Aquel fué el momento tenebroso en que se chocan dos nubes. Unos dicen que en el lado del Arsenal se oyó una trompeta que tocaba ataque; otros que un muchacho dió una puñalada a un dragón. El hecho es que se oyeron tres tiros; el primero mató al jefe del escuadrón, Cholet; el segundo a una vieja sorda que estaba cerrando una ventana en la calle de Contrescarpe, y el tercero quemó la charretera de un oficial. Una mujer gritó: «¡ Se empieza muy pronto !» y de repente se vió por el lado opuesto al muelle Morland un escuadrón de dragones, que se había quedado en el cuartel, desembocar al galope, con el sable desnudo, por la calle Bassampierre y el bulevar Bourdon, y barrer todo lo que se les ponía delante.

Todo concluye entonces; desencadénase la tempestad, llueven las piedras, estalla el fuego; unos se precipitan por los ribazos y pasan el estrecho brazo del Sena, hoy cegado; las canteras de la isla Souviers, vasta ciudadela natural, se erizan de combatientes, se arrancan las estacas; se disparan pistoletazos, se bosqueja una barricada; los jóvenes rechazados pasan el puente de Austerlitz con el féretro a paso de carga, y atacan a la guardia municipal; acuden los carabineros, los dragones acuchillan, la multitud se dispersa en todas direcciones, un rumor de guerra sale de los cuatro extremos de París. Se grita: «¡ a las armas !» corren, tropiezan, huyen, resisten. La cólera trasmite el motín, como el viento trasmite las llamas.

IV

EL FERVOR DE OTRO TIEMPO

No hay nada más extraordinario que las primeras agitaciones de un motín. Todo estalla en todas partes a un tiempo. ¿Estaba esto prevenido? Sí. ¿Estaba preparado? No. ¿De dónde sale todo esto? Del empedrado. ¿De dónde cae todo esto? De las nubes. La insurrección tiene aquí el carácter de un complot; allí el de una improvisación.

El primero que llega se apodera de la corriente de la multitud y la lleva donde quiere. Principio lleno de espanto con que se mezcla una alegría formidable. Empieza por los clamores, se cie-

rran las tiendas, desaparecen los escaparates de los almacenes; después se oyen algunos tiros aislados, huye la gente, se oyen los culatazos en las puertas cocheras; las criadas ríen en los patios de las casas y dicen: «¡Va a haber jarana!»

No había pasado un cuarto de hora cuando en veinte puntos de París pasaba los que vamos a referir:

En la calle de la Santa Cruz de la Bretenerie, una veintena de jóvenes, de barba y cabellos largos, entraban en una taberna, y salían un momento después, llevando una bandera tricolor horizontal, cubierta de un crespón; a la cabeza iban tres hombres armados, uno con un sable, otro con un fusil, y el tercero con una pica.

En la calle de Nonaindieres, un hombre bien vestido, barrigudo, con voz sonora, calvo, frente elevada, barba negra, y uno de esos bigotes rebeldes que no pueden bajarse, ofrecía públicamente cartuchos a los transeuntes.

En la calle de San Pedro de Montmartre, algunos hombres con los brazos desnudos paseaban una bandera negra, en que se leía con letras blancas: «República o muerte».

En la calle de Jeuneurs, en la del Cuadrante, en la de Montorgueil, en la de Mandar se presentaban grupos agitando banderas, en que se leía, en letras de oro, la palabra «sección» con un número. Una de estas banderas era roja y azul, con una imperceptible faja blanca.

En el bulevar de San Martín se saqueaba una fábrica de armas, y otras tres tiendas de armeros, la primera en la calle Beaubourg, la segunda en la calle Michel-le-Conte, y la otra en la calle del Temple. En algunos minutos, las mil manos de la multitud se apoderaban de doscientas treinta escopetas, casi todas de dos cañones, de sesenta y cuatro sables y ochenta y tres pistolas. Para armarse más pronto, uno cogía el fusil y otro la bayoneta.

Enfrente del muelle de la Grève, algunos jóvenes armados de mosquetes se instalaban en casa de las mujeres para tirar. Uno tenía un mosquete de rueda. Llamaban, entraban y se ponían a hacer cartuchos. Una de estas mujeres, ha dicho:

—«No sabía lo que eran cartuchos; mi marido me lo ha enseñado».

Un grupo entraba en una tienda de curiosidades de la calle de Vieilles-Haudriettes, y allí se armaban de yataganes y armas turcas.

El cadáver de un albañil, muerto de un tiro, yacía en la calle de la Perla.

Además, en la orilla izquierda, en la derecha, en los muelles, en los bulevares, en el Barrio Latino, en el cuartel de los Mercados, hombres jadeantes, obreros, estudiantes, seccionarios, leían proclamas y gritaban: «¡A las armas!» Rompían los faroles, desenganchaban los coches, desempedraban las calles, echaban abajo las puertas de las casas, desarraigaban los árboles, registraban las cuevas, rodaban los toneles, amontonaban las piedras, los adoquines, los muebles, las tablas; hacían barricadas.

Obligaban a los ciudadanos a ayudarles: entraban en casa de las mujeres, y les hacían entregar el sable y el fusil de sus maridos ausentes, y escribían con tiza en la puerta: «Están entregadas las armas». Algunos firmaban con «sus nombres» recibos de fusil y sable, y decían: «Enviad por ellos mañana a la alcaldía». Desarmaban en la calle a los centinelas aislados; los guardias nacionales se dirigían a su punto de reunión. Se arrancaban las charreteras a los oficiales.

En la calle del Cementerio de San Nicolás, un oficial de la guardia nacional, perseguido por un grupo armado de palos y estoques, se refugió con gran dificultad en una casa, de donde no pudo salir hasta la noche y disfrazado.

En el barrio de Santiago, los estudiantes salían a grupos de sus casas, y subían por la calle de San Jacinto al café del Progreso, o bajaban al café de los Siete Billares, calle de los Maturinos. Allí, delante de las puertas, algunos jóvenes subidos en guardacantones distribuían armas.

Se saqueó la carpintería de la calle Trasnonain para hacer barricadas. En un solo punto hacían ya resistencia los paisanos, en la esquina de las calles de San Avroye y Simon-le-Franç, donde destruían ellos mismos la barricada. En un solo punto se replegaban los insurgentes. Abandonaban una barricada

principiada en la calle del Temple, después de haber hecho fuego contra un destacamento de la guardia nacional, y huían por la calle de la Corderie. El destacamento recogió en la barricada una bandera roja, un paquete de cartuchos y trescientas balas de pistola. Los guardias nacionales desgarraron la bandera, y llevaron los pedazos en la punta de las bayonetas.

Todo lo que referimos aquí lenta y sucesivamente, se verificaba a un tiempo en todos los puntos de la ciudad, en medio de un inmenso tumulto, como una multitud de relámpagos en un solo trueno.

En menos de una hora salieron de tierra veintisiete barricadas solamente en el barrio del Mercado. En el centro estaba aquella famosa casa número 50, que fué la fortaleza donde se resistió Juana y sus ciento seis compañeros, y que flanqueada por un lado por la barricada de San Merry, y por el otro por una barricada en la calle Maubée, dominaba tres calles, la de Arcis, la de San Martín y la de Aubry-le-Boucher, a que daba frente.

Dos barricadas en ángulo recto se dirigían, la una por la calle Montorgueil, por la Grande Truanderie, y la otra por la calle Geoffroy-Angevin por la calle de San Avroye.

Sin contar innumerables barricadas en otros veinte barrios de París, en Las Huertas, en las montañas de Santa Genoveva, una en la calle de Menilmontant, donde se veía una puerta-cochera arrancada de cuajo ; otra cerca del puentecillo del Hotel-Dieu, construída con una diligencia desenganchada y tumbada a trescientos pasos de la Prefectura de Policía.

En la barricada de la calle de Menetiers, un hombre bien vestido distribuía dinero a los trabajadores. En la de la calle Grenetatise se presentó un jinete, y entregó al que parecía jefe de la barricada un papel que parecía un cartucho de dinero.

—«Toma—le dijo—, para pagar los gastos, el vino, etc.»

Un joven rubio, sin corbata, iba de una barricada a otra comunicando órdenes. Otro, con sable en mano, y una gorra azul de polizonte, ponía centinelas.

En lo interior, más allá de las barricadas, las tabernas y las porterías estaban convertidas en cuerpos de guardia. Por lo demás, el motín estaba dirigido según la más ingeniosa táctica militar. Las calles estrechas, desiguales, torcidas, llenas de ángulos y recodos, habían sido elegidas con acierto ; y los alrededores de los mercados en particular, laberinto de calles más embrollado que un bosque. La sociedad de Amigos del Pueblo, se decía, que había tomado la dirección de la insurrección en el barrio de Saint-Avoy. A un hombre que había muerto en la calle de Ponceau, y que había sido registrado, se le había encontrado un plano de París.

La dirección del motín, en realidad, pertenecía a una especie de impetuosidad desconocida que reinaba en la atmósfera. La insurrección había construído las barricadas con una mano, y con la otra se había apoderado de todos los cuerpos de guardia. En menos de tres horas, como un reguero de pólvora que se inflama, los insurgentes habían invadido y ocupado en la orilla derecha del Sena, el Arsenal, la Alcaldía de la plaza Real, todas las Huertas, la Fáta, el Chateau-d'Eau, todas las calles próximas al Mercado ; en la orilla izquierda, el cuartel de Veteranos, Santa Pelágia, la plaza Maubert, el polvorín de los dos Molinos, y todas las barreras.

A las cinco de la tarde se habían apoderado de la Bastilla, de la Lingerie de Blanc-Monteaux ; sus balas llegaban a la plaza de las Victorias, y amenazaban el Banco, el cuartel de los Padres Mínimos y la Casa de Postas. La tercera parte de París estaba ocupada por los amotinados.

La lucha se había empeñado gigantescamente en todos los puntos, y había resultado de los desarmamentos, de las visitas domiciliarias, de las tiendas de armeros saqueadas, que la lucha que había empezado a pedradas, continuaba a tiros.

Hacia las seis de la tarde, el pasaje de Saimson se convirtió en campo de batalla. Los amotinados ocupaban un extremo y la tropa el otro ; se fusilaban desde una verja a otra. Un observador, el autor de este libro, que había ido a ver el volcán de cerca, se encontró en-

tre dos fuegos dentro del pasaje, sin tener, para guarecerse de las balas, más que el hueco de las medias columnas que separan las tiendas, y estuvo en esa peligrosa situación más de media hora.

Mientras tanto, el tambor tocaba llamada, los guardias nacionales se vestían y armaban apresuradamente, las legiones salían de las alcaldías, y los regimientos de los cuarteles. Enfrente del pasaje de Ancora, un tambor recibió una puñalada. En la calle del Cisne, otro era asaltado por un grupo de jóvenes que le rompían la caja y le quitaban el sable. Otro yacía muerto en la calle del Granero de San Lázaro. En la de Michel-le-Comte caían muertos tres oficiales, uno después de otro. Muchos guardias municipales, heridos en la calle de los Lombardos, retrocedían.

Delante de la Cour Batave un destacamento de guardias nacionales encontraba una bandera roja con esta inscripción: «Revolución republicana, número 127». ¿Era aquélla una revolución en efecto?

El motín había hecho del centro de París una especie de ciudadela inextricable, tortuosa, colosal.

Allí estaba el foco; allí estaba evidentemente la cuestión. Lo demás, eran sólo escaramuzas, y la prueba de que todo había de decidirse allí era que aun no había empezado la lucha.

En algunos regimientos, los soldados estaban dudosos, lo cual aumentaba la obscuridad terrible de la crisis. Recordaban la ovación popular que había recibido en julio de 1839 la neutralidad del regimiento número 53 de línea.

Dos hombres intrépidos, probados en las grandes guerras, el mariscal Lobau y el general Bugeaud, mandaban las tropas. Bugeaud a las órdenes de Lobau.

Gruesas patrullas, compuestas de batallones de línea, rodeados completamente de compañías enteras de guardias nacionales, y precedidas de un comisario de policía con banda iban reconociendo las calles sublevadas.

Los insurgentes, por su parte, ponían vigías en las esquinas de las encrucijadas, y enviaban audazmente patrullas fuera de las barricadas. Observábanse por ambos lados.

El gobierno con un ejército en la mano, dudaba: iba a llegar la noche, y se empezaba a oír el toque de a rebato en Saint-Merry.

El ministro de la Guerra, que era el mariscal Soult, el que había estado en Austerlitz, miraba el motín con aire sombrío.

Aquellos viejos marinos, acostumbrados a las maniobras correctas, sin más recurso ni más guía que la táctica que es la brújula de las batallas, estaban desorientados en presencia de esa misma espuma, que se llama cólera pública.

El viento de las revoluciones no es manejable.

Los guardias nacionales de las cercanías acudían apresuradamente y en desorden.

Un batallón del 12.° regimiento ligero venía veloz a paso de carga de San Dionisio; el 14.° de línea llegaba de Courbevoie; las baterías de la Escuela Militar habían tomado posición en el Carrousel; la artillería bajaba de Vicennes.

En las Tullerías reinaba la soledad. Luis Felipe estaba muy sereno.

V

ORIGINALIDAD DE PARÍS

Desde hacía dos años, según hemos dicho, París había visto más de una insurrección.

Fuera de los barrios sublevados, nada es más extrañamente tranquilo que la fisonomía de París en un motín.

París se acostumbra muy pronto a todo, un motín no es más que un motín, y París tiene tantos negocios, que no se ocupa en una cosa tan pequeña.

Sólo estas ciudades colosales pueden dar tales espectáculos: sólo estos inmensos centros de población pueden contener en su recinto a un mismo tiempo la guerra civil y una extraña tranquilidad.

Por costumbre, cuando empieza la insurrección, cuando se oye el tambor, el toque de llamada, la generala, el tendero se limita a decir:

—Parece que hay jarana en la calle de San Martín.

O:

—En el arrabal de San Antonio.

Y algunas veces añade con indiferencia:

—Por ahí, en alguna parte.

Después, cuando se oye el estrépito horrible y lúgubre de la fusilería y de las descargas por pelotones, el tendero dice:

—¡Se va reproduciendo! ¡Calla! ¡Se va calentando la cosa!

Un momento después, si se aproxima el motín, cierra apresuradamente su tienda, y se pone en seguida el uniforme; es decir, pone en seguridad sus mercancías, y en peligro su persona.

Mientras se fusila en una encrucijada, en un pasaje, en un callejón; mientras se toman y se pierden barricadas, y corre la sangre, y la metralla acribilla las fachadas de las casas, y las balas matan a los vecinos en sus alcobas, y los cadáveres se amontonan en las calles, se oye el choque de dos bolas de un billar a algunos pasos.

Los teatros abren sus puertas, y representan «vaudevilles»: los curiosos hablan y ríen a dos pasos de esas calles en que reina la guerra: dos coches hacen sus viajes; los vecinos se van a comer de campo; y algunas veces esto sucede en el mismo barrio en que está empeñada la lucha. En 1831 se detuvo una descarga para dejar pasar una boda.

Cuando la insurrección del 12 de mayo de 1839, en la calle de San Martín, un viejo achacoso, que llevaba un carretón con un trapo tricolor y lleno de garrafas de un líquido cualquiera, iba y venía de una barricada a la tropa, y de la tropa a la barricada, ofreciendo imparcialmente refrescos, a la anarquía y al gobierno.

No hay nada más extraño; pero esto es un carácter propio de los motines de París, que no se encuentra en ninguna otra capital; porque para esto son necesarias dos cosas: la grandeza y la alegría de París; es necesario que sea la ciudad de Voltaire y de Napoleón.

Esta vez, sin embargo, en la alarma del 5 de junio de 1832, la gran ciudad sintió algo que era quizá más fuerte que ella. Tuvo miedo. Vióse en todas partes, en los barrios más lejanos, y más indiferentes, que las puertas y las ventanas estaban cerradas en pleno día. Los valientes se armaron, los cobardes se escondieron. El transeunte indiferente u ocupado desapareció: muchas calles estaban desiertas como a las cuatro de la mañana. Referíanse en todas partes hechos alarmantes, noticias fatales. Que «ellos» se habían apoderado del Banco; que sólo en el claustro de San Merry había seiscientos retirados y parapetados en la iglesia; que la tropa de línea no inspiraba confianza; que Armand Carrel había ido a ver al mariscal Clausel, y que éste había dicho: «Contad primero con un regimiento»; que Lafayette estaba enfermo, pero que, sin embargo, había dicho: «Soy vuestro: os seguiré a todas partes mientras haya sitio para una silla»; que era preciso estar apercibidos, porque a la noche habría gente que saquearía las casas aisladas en los extremos de París (en esto se descubría la imaginación de la policía, esa Ana Ratcliffe que se mezcla en el gobierno); que se había establecido una batería en la calle Aubry-le-Boucher; que Lobau y Bugeaud estaban de acuerdo, y que a media noche o al rayar el día lo más tarde, marcharían a un tiempo cuatro columnas contra el centro del motín, la primera desde la Bastilla, la segunda desde la puerta de San Martín, la tercera desde la plaza de la Grève, y la cuarta desde el Mercado; que quizá también las tropas evacuarían a París, y se retirarían al Campo de Marte; que no se sabía lo que sucedería, pero que sería una cosa grave. Discurrían mucho sobre las vacilaciones del mariscal Soult. ¿Por qué no atacaba en seguida? Era evidente que estaba muy pensativo: el viejo león parecía olfatear en aquella sombra un monstruo desconocido.

Llegó la noche; los teatros no se abrieron; las patrullas circulaban con aire irritado; se registraba a los transeuntes; se detenía a los sospechosos. A las ocho había más de ochocientas personas presas; la Prefectura estaba llena, la Conserjería atestada, la Fuerza atestada. En la Conserjería en particular, el gran subterráneo, que se llama la calle de París, estaba cubierto de sacos de paja, sobre los cuales yacía un montón de prisioneros a quienes arengaba con valor el hombre de Lyón, Lagranje. Aquella paja movida por los presos hacía el efecto de un aguacero. En otras partes los presos estaban al ai-

re en los patios unos sobre otros. En todas partes reinaba la ansiedad y el temor del día de mañana.

Se fortificaban en las casas ; las mujeres y las madres estaban inquietas ; no se oía más que esto : «¡ Ah, Dios mío ! ¡ Aún no ha vuelto !» Sólo muy a lo lejos se oía rodar algún coche. Se oían al pasar por las piedras rumores, gritos, tumultos, ruidos sordos y confusos, palabras sueltas : «Esa es la caballería» ; o : «Son los furgones que galopan» ; los clarines, los tambores, la fusilería, y sobre todo el toque a rebato de Saint-Merry. Oíase el cañón. Los hombres salían por detrás de una esquina, y desaparecían gritando : «¡ Meteos en casa !» Y todos se apresuraban a echar los cerrojos a las puertas. Algunos preguntaban : «¿ En qué concluirá esto?» Por momentos a medida que la noche iba cayendo, París parecía colorarse más lúgubremente con el formidable fulgor del motín.

LIBRO UNDÉCIMO

El átomo fraterniza con el huracán.

I

ALGUNAS ACLARACIONES SOBRE LOS ORÍGENES DE LA POESÍA DE GAVROCHE—. INFLUENCIA DE UN ACADÉMICO EN ESTA POESÍA.

En el momento en que la insurrección, saliendo del choque del pueblo y de la tropa enfrente del Arsenal, produjo un movimiento de retroceso en la multitud que seguía el carro fúnebre, y en que toda la longitud de los bulevares pesaba, por decirlo así, sobre la cabeza del convoy, hubo un terrible reflujo. La columna se deshizo, las filas se rompieron, todos echaron a correr, partieron, huyeron, unos dando gritos de ataque, otros con la palidez de la fuga. El gran gentío que cubría los bulevares se desbordó a derecha e izquierda, y se derramó en torrentes por doscientas calles a un tiempo con la impetuosidad de una esclusa abierta.

En aquel momento, un muchacho haraposo, que bajaba por la calle Menilmontant, llevando en la mano una rama de ébano en flor, que acababa de coger en las alturas de Belleville, descubrió en el escaparate de una prendería una vieja pistola de arzón. Tiró su florida rama al suelo, y dijo :

—Señora Fulana, os compro esa máquina.

Y echó a correr con la pistola.

Dos minutos después una ola de paisanos asustados, que huía por la calle Amelot y por la calle Basse encontró al muchacho que blandía su pistola, y cantaba :

Nada se ve de noche
y se anda a troche y moche;
de día se ve claro
y el tropezar es raro.

Era Gavroche que iba a la guerra.

En el bulevar descubrió que la pistola no tenía gatillo.

¿De quién eran esos versos pareados que le servían para marcar el paso, y todas las demás canciones que cantaba cuando era ocasión? Lo ignoramos. ¡ Quién sabe si serían suyas !

Gavroche, por otra parte, estaba al corriente de todos los cantares populares, y mezclaba con ellos su murmullo. Duende y galopín, hacía un pot-pourri de las voces de la Naturaleza y de las voces de París. Combinaba el repertorio de los pájaros con el repertorio de los talleres ; conocía a los aprendices, tribu contigua a la suya, y había sido, a lo que parece, aprendiz de impresor tres meses : había hecho un día una comisión para el señor Baour-Lormian, de la Academia. Gavroche era un pilluelo literato.

Por lo demás, no sospechaba que aquella mala noche lluviosa en que había ofrecido hospitalidad en su elefante a los dos niños, había representado el papel de la Providencia con sus dos hermanos. La noche había sido, primero para sus hermanos, y la madrugada para su padre. Al dejar la calle de Ballets al amanecer, había vuelto apresuradamente al elefante, había sacado artísticamente a los dos niños, había partido con ellos un almuerzo cualquiera que había inventado, y después se había ido confiándolos a la calle, a esa buena madre, que casi le había criado a él. Al separarse de ellos les había dado una cita para la noche en el mismo sitio, y se había despedido con este discurso : «Rompo una caña, o de otro modo,

me escurro, o como se dice en la corte, desfilo... Pipiolos, si no encontráis al papá y a la mamá, volved aquí a la noche. Os daré de cenar, y os acostaré».

Los dos niños, recogidos por algún agente de policía y llevados al depósito, o robados por algún saltimbanqui, o perdidos simplemente en el inmenso laberinto de calles de París, no volvieron. El bajo fondo del mundo social en la actualidad abunda en estas huellas perdidas. Gavroche no había vuelto a verlos. Habíanse ya pasado diez u once semanas desde aquella noche, y más de una vez se había acordado de aquellos pobres niños, y rascándose la cabeza había dicho: «¿Dónde diablos estarán esos chicos?»

A todo esto había llegado con su pistola en la mano a la calle de Pont-aux-Choux. Observó que no había en toda la calle más que una tienda abierta, y, cosa digna de reflexión, una tienda de bollos. Era, pues, una ocasión providencial de comer un pastelillo de manzanas antes de entrar en lo desconocido.

Gavroche se detuvo, se tentó los costados, registró los bolsillos, los volvió, no encontró nada, ni siquiera un sueldo, y empezó a gritar: «¡Socorro!»

Es muy duro eso de carecer del bocado supremo.

Gavroche no por eso se detuvo en su camino.

Dos minutos después estaba en la calle de San Luis. Al atravesar el Parque Real sintió la necesidad de desquitarse del pastelillo de manzanas imposible, y gozó el inmenso placer de romper en pleno día los carteles de los espectáculos.

Un poco más allá, viendo pasar un grupo de personas bien puestas que le parecieron propietarios, alzó los ojos, y escupió esta bocanada de bilis filosófica:

—¡Esos rentistas, qué gordos están! ¡Cómo gozan con las buenas comidas! ¡Preguntadles qué hacen de su dinero! No lo saben. ¡Se lo comen! ¡Y qué! ¡Todo se lo lleva el vientre!

II

BRUJAS ANTES, Y PORTERAS HOY

La agitación producida por una pistola sin gatillo que se lleva en la mano a mediodía, es una función pública tal, que Gavroche sentía crecer su verbosidad a cada paso. Iba gritando entre algunos trozos de la Marsellesa que cantaba:

—Todo va bien. Me duele mucho la pierna izquierda; me he curado el reuma, estoy contento, ciudadanos. Los paisanos no tienen qué hacer; voy a echarles unos versos subversivos. Vengo del bulevar, amigos míos, y se va calentando la cosa, ya cuece un poco, ya hierve. Ya es tiempo de espumar el puchero. ¡Adelante los hombres! ¡Que la sangre impura innunde los surcos! Yo doy mi vida por la patria, y ya no volveré a ver a mi concubina, no, no, todo acabó: me es igual. ¡Viva la alegría! Luchemos. ¡Caramba, estoy ya cansado de despotismo!

En aquel momento, el caballo de un guardia nacional de lanceros que pasaba a su lado cayó al suelo. Gavroche puso su pistola en tierra, levantó al hombre, y después ayudó a levantar al caballo. En seguida cogió la pistola y continuó su camino.

En la calle de Thorigny todo era paz y silencio. Esta apatía, propia de las Huertas, formaba contraste con el inmenso rumor que la rodeaba.

En una puerta estaban hablando cuatro comadres. La Escocia tiene tercetos de brujas, pero París tiene cuartetos de comadres, y el «tú serás rey» sería tan lúgubre dicho a Bonaparte en la encrucijada Baudoyer, como a Macbeth en la selva de Armuyr: sería, sobre poco más o menos, el mismo graznido.

Las comadres de la calle Thorigny sólo se cuidaban de sus asuntos. Eran tres porteras y una trapera con su cesto y su gancho.

De pie, como estaban, parecían las cuatro esquinas de la vejez, que son: la caducidad, la decrepitud, la ruina y la tristeza.

La trapera era humilde. En ese mundo al aire libre, la trapera saluda, y la portera protege. Esto depende de la basura, según quieren las porteras, aprovechable o inútil, según la fantasía del que hace el montón. Hasta en la escoba puede haber bondad.

Esta trapera era un cesto agradeci-

do, y se sonreía, ¡con qué sonrisa! hablando con las tres porteras. Decían cosas como éstas:

—¡Ah! ¡vuestro gato sigue siendo tan malo!

—¡Dios mío! ya sabéis que los gatos son naturalmente enemigos de los perros; y los perros son los que se quejan.

—Y el mundo también.

—Y, sin embargo, las pulgas de los gatos no se pasan a las personas.

—Y además, los perros son peligrosos. Me acuerdo de un año en que había tantos perros, que lo pusieron en los periódicos. Era cuando había en las Tullerías unos borregos grandes que tiraban del cochecito del rey de Roma. ¿Os acordáis del rey de Roma?

—Yo quería más al duque de Burdeos.

—Pues yo he conocido a Luis XVII, y le prefiero.

—Lo que está caro es la carne, señá Patagona.

—¡Oh! no me habléis de eso; es una cosa horrible la carnecería. Un horror horrible.

En esto intervino la trapera:

—Señoras—dijo—; el comercio está paralizado. Los montones de basura están ya rebuscados. No se tira nada; todo se come.

—Hay otros más pobres que vos, Vagauleme.

—Sí, es verdad—respondía la trapera con deferencia—; yo tengo una profesión.

Hubo una pausa, y la trapera, cediendo a esa necesidad de hablar que reside en la misma naturaleza del hombre, añadió:

—Al volver a mi casa por la mañana arreglo la cesta, hago mi lección (elección quería decir), y formo unos montones en mi cuarto. Pongo los trapos en un canastillo, los tronchos en el barreño, los pedazos de hierro en mi baúl, los de lana en mi cómoda, los papeles viejos en el rincón de la ventana, lo que se puede comer en una cazuela, los pedazos de vidrio en mi chimenea, los zapatos detrás de la puerta, y los huesos debajo de la cama.

Gavroche, que se había parado detrás, estaba escuchando.

—Viejas—dijo—, ¿qué tenéis que hablar de la política?

El pilluelo recibió por contestación una andanada de un sofión cuádruple.

—¡Vaya un malvado!

—¿Qué lleva en la mano? ¡Una pistola!

—¡Mirad qué maldito pícaro!

—Esos no están tranquilos mientras no derriban la autoridad.

Gavroche, despreciándolas, se limitó por toda represalia a levantar la punta de la nariz con el dedo pulgar, abriendo enteramente la mano.

La trapera gritó:

—¡Anda, bribón descalzo!

La que respondía al nombre de señá Patagona dió una palmada, escandalizada.

—Va a ver desgracias; es seguro. El galopín de al lado, que tiene perilla, sale todos los días del brazo con una joven que lleva gorro de color de rosa, y hoy le he visto pasar dando el brazo a un fusil. La señá Bacheux dice que la semana pasada hubo una revolución en... en... en... ¿De dónde viene el becerro? En Pontoise. ¡Y ahora veis a ese horrible tunante con su pistola! Parece que los Celestinos están llenos de cañones. ¿Qué queréis que haga el gobierno con esos tunos, que no saben qué inventar para revolver al mundo, cuando empezaba a estar un poco tranquilo, después de todas las desgracias que ha habido, señor Dios? Yo que me acuerdo de aquella pobre reina, a quien vi pasar en una carreta. Y todo eso, por supuesto, va a ser causa de que se suba el rapé. ¡Es una infamia! Iré a verte guillotinar, galopín.

—Se te cae el moco, mi buena vieja—dijo Gavroche—. Límpiate ese promontorio.

Y pasó adelante. Cuando estaba ya en la calle Pavée, se acordó de la trapera, y empezó este soliloquio:

—Haces mal en insultar a los revolucionarios, tía Estercolera, porque esta pistola te protege; sirve para que tengas en el cesto buenas cosas que comer.

De repente oyó un ruido detrás de sí; era la portera Patagona que le había seguido, y que desde lejos le enseñaba el puño, gritando:

—¡ Eres un bastardo!

—¡ Bah!—dijo Gavroche—; me río de eso a carcajadas.

Poco después pasó por delante del hotel Lamoignon, e hizo este llamamiento:

—¡ En marcha para la batalla!

En aquel momento le sobrecogió un acceso de melancolía; miró la pistola con cierto aire de reconvención que parecía destinado a enternecerla, y dijo:

—Yo salgo y corro; pero tú no corres, ni de ti sale el tiro

Después se dirigió hacia el Olmo de San Gervasio.

III

JUSTA INDIGNACIÓN DE UN PELUQUERO

El digno peluquero que había echado de su casa a los dos niños, a quienes Gavroche había abierto el vientre paternal del elefante, estaba en este momento en su tienda afeitando a un viejo soldado de la Legión de Honor que había servido en tiempo del Imperio. Estaban en conversación: el peluquero había hablado naturalmente al soldado del motín, después del general Lamarque, y de Lamarque habían pasado a hablar del Emperador; de lo cual resultó una conversación de barbero y soldado, que Prudhomme, si hubiera estado presente, habría enriquecido con arabescos, y habría titulado: «Diálogo de la navaja y el sable».

—Caballero—decía el barbero—, ¿cómo montaba el Emperador a caballo?

—Mal. No sabía caer; así es que no cayó nunca.

—¿Tenía buenos caballos? ¡Debería tener buenos caballos!

—El día en que me dió la cruz, me fijé en su cabalgadura. Era una yegua corredora, blanca enteramente, con las orejas muy apartadas, la silla profunda, la cabeza delgada, con una estrella negra, el cuello muy largo, las rodillas fuertemente articuladas, las costillas salientes, el lomo oblicuo, la grupa poderosa. Un poco más de quince palmos de alzada.

—¡ Hermoso caballo! — dijo el peluquero.

—Era de S. M.

El peluquero conoció que después de estas palabras era conveniente un poco de silencio; se calló y dijo después:

—El Emperador no fué herido más que una vez. ¿No es verdad?

El veterano respondió con el acento tranquilo y soberano del hombre que lo ha visto:

—En el talón, en Ratisbona. Nunca le vi mejor puesto que aquel día; estaba reluciente como un sueldo.

—¿Y vos, señor veterano, habéis sido herido muchas veces?

—¿Yo?—dijo el soldado—, ¡ah! ¡No es cosa! Recibí en Marengo dos sablazos en la nuca; en Austerlitz una bala en el brazo derecho; en Friedland un bayonetazo aquí; en el Moskowa siete u ocho lanzazos, no importa dónde; en Lutzen un tiro de obús que me rompió un dedo... ¡Ah! y en Waterloo un balazo de cañón en el muslo. Nada más.

—¡ Qué hermoso es eso — exclamó el peluquero con acento pindárico—, eso de morir en el campo de batalla! Yo, palabra de honor, antes de morir en mi cama de enfermedad, lentamente, un poco cada día, con drogas, cataplasmas, jeringas y medicinas, quisiera recibir en el vientre una bala de cañón.

—No tenéis mal gusto—dijo el soldado.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando resonó en la tienda un horrible estrépito, había sido roto violentamente un vidrio del escaparate. El peluquero se puso lívido.

—¡ Ah, Dios mío!—exclamó—; ¡ahí está una!

—¿El qué?

—Una bala de cañón.

—Hela aquí—dijo el soldado.

Y recogió una cosa que rodaba por el suelo: era una piedra.

El peluquero corrió hacia el vidrio roto, y vió a Gavroche que corría a escape hacia el mercado de San Juan. Al pasar por delante de la peluquería, Gavroche, que llevaba en la memoria a los dos niños, no pudo resistir al deseo de darle los buenos días, y le tiró una piedra a los vidrios.

—¡ Pero veis!—dijo el peluquero, que de pálido había pasado a azul—, se hace mal, sólo por hacer mal. ¿Qué le he hecho yo a ese pilluelo?

IV

EL NIÑO ADMIRA AL VIEJO

Mientras tanto, Gavroche en el mercado de San Juan, cuyo cuerpo de guardia había sido desarmado ya, acababa de hacer su incorporación a un grupo guiado por Enjolras, Courfeyrac, Combeferre y Feuilly. Todos iban casi armados. Bahorel y Juan Prouvaire les habían encontrado y aumentaban el grupo. Enjolras llevaba una escopeta de caza de dos cañones; Combeferre un fusil de guardia nacional con el número de la legión, y en la cintura dos pistolas, que se le veían bajo su levita desabotonada; Juan Prouvaire un viejo mosquetón de caballería, y Bahorel una carabina. Courfeyrac blandía un estoque. Feuilly con un sable desnudo marchaba delante gritando: «¡Viva Polonia!»

Venían del muelle Morland, sin corbata y sin sombrero, agitados, mojados por la lluvia, y con el fuego en los ojos. Gavroche se acercó a ellos tranquilo.

—¿Adónde vamos?

—Ven—dijo Courfeyrac.

Detrás de Feuilly iba, o por mejor decir, saltaba Bahorel, como un pez en las aguas del motín. Tenía su chaleco rojo, y palabras de esas que lo destruyen todo. Su chaleco trastornó a un transeunte, que gritó asustado:

—¡Ya están ahí los rojos!

—¡El rojo, los rojos!—replicó Bahorel—. ¡Picar miedo! ciudadano. En cuanto a mí no tiemblo ante una amapola; el sombrero rojo no me inspira temor alguno. Ciudadanos, creedme, dejemos el miedo a lo rojo a los animales cornudos.

Bahorel vió entonces en una ventana un joven pálido con barba negra que los estaba viendo pasar, probablemente un amigo del A B C, y le gritó:

—Pronto, cartuchos «para bellum».

—¡Bello hombre! es verdad — dijo Gavroche, que ya comprendía el latín (1).

(1) La palabra latina *bellum* la pronuncian los franceses lo mismo que *bel homme;* de aquí la equivocación de Gavroche.

Un acompañamiento tumultuoso les seguía; estudiantes, artistas, jóvenes afiliados a la Cougourde de Aix, obreros, hombres bien puestos, armados de palos y de bayonetas, algunos como Combeferre con pistolas sujetas en la pretina de los pantalones. Un viejo, que parecía de mucha edad, iba también en el grupo. No tenía armas, y se apresuraba, para no quedarse atrás, aunque iba pensativo. Gavroche le descubrió.

—¿Quéseso? (¿qué es eso?)—dijo a Courfeyrac.

—Un viejo.

Era el señor Mabeuf.

V

EL ANCIANO

Digamos ahora lo que había pasado.

Enjolras y sus amigos estaban en el bulevar Bourdon, cerca del Pósito, en el momento en que los dragones dieron la carga.

Enjolras, Courfeyrac y Combeferre eran del grupo que había seguido la calle Bassompierre gritando:

—¡A las barricadas!

En la calle Lesdiguieres habían encontrado a un anciano, que les llamó la atención porque andaba haciendo eses como si estuviera embriagado.

Llevaba además el sombrero en la mano, a pesar de que había estado lloviendo toda la mañana y aun seguía lloviendo bastante fuerte.

Courfeyrac había reconocido al señor Mabeuf, a quien conocía por haber acompañado muchas veces a Mario a su casa.

Sabiendo las costumbres pacíficas y más que tímidas del antiguo mayordomo librero, y extrañando verle en medio de aquel tumulto, a dos pasos de las cargas de caballería, casi en medio del fuego, con la cabeza descubierta, lloviendo, y paseando por entre las balas, se había acercado a él, y el amotinado de veinticinco años y el octogenario habían sostenido el siguiente diálogo:

—Señor Mabeuf, volveos a casa.

—¿Por qué?

—Porque va a haber jarana.

—Eso es bueno.

—¡Sablazos, tiros, señor Mabeuf!

—Eso es bueno.

—¡Cañonazos!

—Eso es bueno. ¿Adónde vais vosotros?

—Vamos a echar abajo el gobierno.

—Eso es bueno.

Y los había seguido sin volver a pronunciar una palabra. Su paso se había ido fortaleciendo; algunos obreros le habían ofrecido el brazo y lo había rehusado con un movimiento de cabeza. Iba casi en la primera fila de la columna, presentando a un tiempo el movimiento de un hombre que anda, y el rostro de un hombre que duerme.

—¡Qué hombre tan templado!—murmuraban algunos estudiantes.

En el grupo corría el rumor de que era un antiguo convencional, un viejo regicida.

Mientras tanto el tumulto se dirigía por la calle de la Verrerie.

Gavroche iba delante cantando a grito herido lo siguiente, y haciendo las veces de clarín:

Pues ya salido la luna,
¿cuándo nos vamos de tuna?—
dijo Carloto a Carlota.
Tú, tú, tú,
vamos a Chatú.
Yo tengo un Dios, un rey, un chavo y una bota.

Por comer dos cañamones
se embriagaron dos gorriones
al pie de una encina rota.
Sí, sí, si,
vamos a Passy.
Yo tengo un Dios, un rey, un chavo y una bota.

—

Un tigre que vió a estos bobos
convertidos en dos lobos
dijo con cara devota:
Don, don, don,
vamos a Meudon.
Yo tengo un Dios, un rey, un chavo y una bota.

—

VI

RECLUTAS

El grupo crecía a cada instante. Hacia la calle de Billettes, un hombre de alta estatura, que empezaba a encanecer, y cuyo rostro rudo y atrevido notaron Courfeyrac, Enjolras y Combeferre, pero a quien nadie conocía, se unió al grupo. Gavroche, distraído con sus cánticos, sus silbidos y sus gritos, con ir el primero, y con llamar en las tiendas con la culata de su pistola sin gatillo, no se fijó en aquel hombre.

Al pasar por la calle Verrerie, y al llegar a la puerta de la casa de Courfeyrac, dijo éste:

—Me alegro, porque me he olvidado del dinero, y he perdido el sombrero.

Se separó del grupo, y subió las escaleras de cuatro en cuatro; cogió un sombrero viejo, la bolsa y un cofre cuadrado del tamaño de una maleta grande que estaba oculto entre la ropa sucia. Al bajar la escalera le gritó la portera:

—¡Señor Courfeyrac!

—Portera, ¿cómo os llamáis?—respondió Courfeyrac.

La portera se quedó parada.

—Ya lo sabéis; soy la portera, y me llamo la tía Veuvain.

—Pues bien: si seguís llamándome señor Courfeyrac, yo os llamaré tía Veuvain. Ahora, hablad; ¿qué es eso?

—Ahí está uno que quiere hablaros.

—¿Quién es?

—No lo sé.

—¿Dónde está?

—En mi cuarto.

—¡Ah, diablo!—dijo Courfeyrac.

—¡Pero es que está esperando hace más de una hora a que volváis!—añadió la portera.

Y al mismo tiempo un jovencillo vestido de obrero, pálido, delgado, pequeño, con manchas rojizas en la piel, cubierto con una blusa agujereada y un pantalón de terciopelo remendado, que tenía más bien facha de una muchacha vestida de muchacho que de hombre, salió de la portería, y dijo a Courfeyrac con una voz que no era por cierto de mujer:

—¿El señor Mario ha venido?

—No está.

—¿Volverá esta noche?

—No lo sé.

Y Courfeyrac añadió:

—En cuanto a mí, no volveré.

El muchacho le miró fijamente, y le preguntó:

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿Adónde vais?

—¿Qué os importa?

—¿Queréis que os lleve ese cofre?

—Voy a las barricadas.

—¿Queréis que vaya con vos?

—¡Si tú quieres... !—respondió Courfeyrac—, la calle es libre; el empedrado es de todo el mundo.

Y salió corriendo en busca de sus amigos. Cuando los hubo encontrado dió el cofre, para que lo llevase, a uno de ellos. Hasta un cuarto de hora después no vió al joven que le había seguido.

Un grupo de este género no va precisamente adonde quiere: ya hemos dicho que le arrastra el viento. Pasaron por San Merry, y se hallaron sin saber cómo en la calle de San Dionisio.

LIBRO DUODÉCIMO

Corinto.

I

HISTORIA DE CORINTO DESDE SU FUNDACIÓN

Los parisienses que al entrar hoy en la calle Rambuteau por el lado del Mercado, notan a su derecha, enfrente de la calle Mondetour, una cestería que tenía por muestra un canastillo que figuraba el Emperador, con esta inscripción:

NAPOLEÓN HECHO DE MIMBRES

no sospechan quizá las escenas terribles que se desarrollaban en aquel sitio hace treinta años.

Allí estaba la calle de la Chanvrerie, que en las antiguas lápidas se escribía Chanverrerie, y la célebre taberna llamada Corinto.

El lector recordará todo lo que hemos dicho sobre la barricada construída en este sitio, y eclipsada después por la de San Merry. A aquella famosa barricada de la Chanvrerie, sumergida hoy en una noche profunda, es a la que vamos a dar un poco de luz.

Permítasenos antes recurrir, para mayor claridad de nuestra narración, al medio sencillo que empleamos ya al hablar de Waterloo. Las personas que quieran representarse de una manera bastante exacta las manzanas de casas que se elevaban en esta época cerca de la punta de San Eustaquio, en el ángulo Norte de los mercados de París, donde está hoy la embocadura de la calle Rambuteau, no tienen más que figurarse, tocando a la calle de San Dionisio por el vértice y por la base, a los Mercados, una «N», cuyos dos palos verticales serían la calle de la Gran Truanderie. La antigua calle Mondetour cortaba los tres trazos, formando los ángulos más tortuosos. El cruzamiento laberíntico de estas cuatro calles hacía, en un espacio de cien toesas cuadradas, entre los Mercados y la calle de San Dionisio, por una parte, y la calle del Cisne y la de Predicadores por otra, siete manzanas de casas caprichosamente cortadas, de diferente magnitud, colocadas al través y como al acaso, y separadas como los trozos de piedra de una cantera por estrechas hendeduras.

Decimos estrechas hendeduras, porque no podemos dar idea más exacta de aquellas callejuelas obscuras, oprimidas, angulosas, franqueadas de caserones de ocho pisos. Estos caserones eran tan decrépitos, que en las calles de la Chanvrerie y de la Pequeña Truanderie, las fachadas se apuntalaban con vigas, que iban de una casa a otra.

La calle era estrecha y el arroyo ancho, de modo que el transeunte andaba siempre sobre un suelo mojado, costeando tiendas, que parecían cuevas, gruesos guardacantones rodeados de un círculo de hierro, montones gigantescos de basura, puertas armadas de enormes verjas seculares. La calle Rambuteau acabó con todo esto.

El nombre Mondetour pinta maravillosamente las sinuosidades de aquellas calles. Un poco más lejos estaban aún mejor expresadas por la calle Pironette, que se perdía en la calle Mondetour.

El transeunte que pasaba desde la calle de San Dionisio a la calle de la Chanvrerie, la veía estrecharse poco a poco delante de sí como si hubiese entrado en un gran embudo. Al fin de la calle, que era muy corta, encontraba cortado el paso, por el lado del Mercado, por una alta fila de casas, y creería hallarse en un callejón sin salida, si no descubriese a derecha e izquierda dos bocas obscuras por donde podía salir. Estas formaban la calle Mondetour, la cual iba a encontrar, por un lado, la de Predicadores, y por el otro, la del Cis-

ne y la pequeña Truanderie. En el fondo de aquella especie de callejón, y en la esquina de la derecha, se veía una casa más baja que las demás, formando una especie de cabo sobre la calle.

En esta casa, que sólo tiene tres pisos, estaba instalada, hacía tres siglos, una ilustre taberna, que producía siempre un ruido alegre en el mismo sitio que el viejo Teófilo ha indicado en estos versos :

Allí se mece el cuerpo
de un amante que se ahorcó

El sitio era bueno, y los taberneros se sucedían de padres a hijos.

En tiempo de Maturin Rognier, esta taberna se llamaba el «Tiesto-de-Rosas», y como los jeroglíficos estaban de moda, tenía por muestra un poste pintado de color de rosa (1). En el último siglo, el digno Nataire, uno de los maestros caprichosos despreciados por la escuela rígida, se había achispado muchas veces en esta taberna, en la misma mesa en que se había también embriagado Regnier ; había pintado, en señal de agradecimiento, un racimo de uvas de Corinto sobre el poste de color de rosa. El tabernero, lleno de alegría, había cambiado la muestra, y había hecho pintar en letras doradas por bajo del racimo estas palabras : «A las pasas de Corinto». De aquí el nombre «Corinto». Nada es más propio de los borrachos que la elipsis. Corinto destronó al tiesto de rosas. El último tabernero de la dinastía, el tío Hucheloup, ignorando la tradición, había hecho pintar el poste de azul.

Esta taberna se componía de lo siguiente :

Una sala baja donde estaba el mostrador ; otra encima con el billar, una escalera de caracol que atravesaba el techo ; vino en las mesas, humo en las paredes y luz en medio del día. En la sala baja había una escalera de trampa que bajaba a la cueva. En el segundo piso estaba la habitación de Hucheloup : se subía a ella por una escalera, o más bien escala ; y por toda entrada una puerta oculta en la sala grande del primer piso. Debajo del tejado había dos grandes graneros aboardillados, que eran los nidos de las criadas. La cocina dividía el entresuelo con la sala del mostrador.

El tío Hucheloup había nacido quizá químico ; el hecho es que era cocinero ; en su taberna, no sólo se bebía, sino que se comía. Hucheloup había inventado una cosa excelente, que no se comía más que en su casa, carpas rellenas, que él llamaba «carpes au gras» (carpas con manteca). Comíanse a la luz de una vela de sebo, o de un quinqué del tiempo de Luis XVI, en mesas que tenían, a guisa de mantel, un hule clavado ; y acudían a saborear aquel plato desde muy lejos. Hucheloup, de repente, había creído conveniente anunciar a los transeuntes «su especialidad», había mojado un pincel en una olla de pintura negra, y como tenía una ortografía propia, lo mismo que un arte culinario propio, había improvisado esta notable inscripción :

CARPES HO GRAS

Un invierno, la lluvia y los chaparrones habían tenido el capricho de borrar la S en que terminaba la primera palabra y la G con que empezaba la tercera, y había quedado esto :

CARPE HO RAS

De modo, que con el auxilio del tiempo y de la lluvia, aquel humilde anuncio gastronómico se había convertido en un consejo profundo.

Así, pues, el tío Hucheloup, que no sabía francés, se había encontrado con que sabía latín, con que había hecho salir de la cocina la filosofía, y con que, queriendo simplemente eclipsar al gran cocinero Careme, se había igualado a Horacio. Pero lo más notable era que también esto quería decir : «entrad en mi taberna».

Nada de esto existe hoy. El dédalo Mondetour fué abierto en 1847, y probablemente no existe en este momento ; la calle de la Chanvrerie y de Corinto

(1) *Pot-aux-roses*, tiesto de rosas, *Poteauxrose*, poste de color de rosa, se pronuncian lo mismo en francés; por esto un poste pintado de rosa, era el jeroglífico del tiesto de rosas.

han desaparecido bajo el empedrado de la calle Rambuteau.

Como hemos dicho, Corinto era uno de los puntos de reunión, ya que no el cuartel general de Courfeyrac y sus amigos. Grantaire había sido el descubridor de Corinto. Había entrado allí a causa del «carpe horas», y había vuelto a causa del «carpes au gras». Allí se bebía, se comía, se gritaba, se pagaba poco, se pagaba mal, no se pagaba, y siempre se encontraba buen recibimiento. El tío Hucheloup era un buen hombre.

Hucheloup, un buen hombre, como acabamos de decir, era un figonero con bigotes, variedad divertida. Tenía siempre la cara de mal humor; parecía querer intimidar a sus parroquianos; refunfuñaba a los que entraban en su casa, y tenía el aspecto más propio para buscar camorra con ellos, que para servirles la sopa.

Y, sin embargo, repetimos que todos eran bien recibidos. Su capricho había acreditado su establecimiento, y acudían a él los jóvenes, diciendo:

—Ven, vamos a oír gruñir al tío Hucheloup.

Había sido maestro de armas; se reía a carcajadas y de repente; tenía voz muy gruesa; era buen diablo.

Tenía fondo cómico y apariencia trágica; no quería más que causar miedo, así como esas cajas de rapé que tienen la forma de una pistola. La detonación es el estornudo.

Su mujer, la tía Hucheloup, era un ser barbudo, y muy feo.

Hacía 1830 murió el tío Hucheloup, y con él desapareció el secreto de las carpas con manteca. Su viuda, poco consolable, continuó con la taberna. Pero la cocina degeneró y llegó a ser malísima; el vino, que antes había sido malo, llegó a ser pésimo.

Courfeyrac y sus amigos siguieron yendo a Corinto, a pesar de esto, «por compasión», según decía Bossuet.

La viuda Hucheloup era una tía colorada y deforme, con recuerdos campestres, cuya única gracia consistía en la pronunciación de las palabras con que los evocaba. Tenía un modo de decir las cosas, que sazonaba sus reminiscencias primaverales y de aldea. Decía que en otro tiempo había sido su gran placer oír «cantar al ruin-señor en la serva».

La sala del primer piso donde estaba «el comedor» era una pieza grande y larga, llena de taburetes, de escabeles, de sillas, de bancos y de mesas, con una mesa coja, de billar.

Se subía por la escalera de caracol, que concluía en el ángulo de la sala, por un agujero cuadrado, semejante a la escotilla de un buque.

Esta sala, iluminada por una sola ventana estrecha, y por un quinqué siempre encendido, parecía una boardilla. Todos los muebles de cuatro pies estaban como si sólo tuviesen tres.

Las paredes blanqueadas con cal, no tenían más adorno que este cuarteto en honor de la señora Hucheloup:

A diez pasos admira, a dos espanta;
una verruga habita su nariz de giganta
esa nariz que veis, desmesurada,
hará, cuando se suene, una que sea so
[nada.

Estos versos estaban escritos con carbón en la pared.

La señora Hucheloup estaba yendo y viniendo por delante de este cuarteto todo el día, con una perfecta tranquilidad.

Dos criadas, llamadas Matelote y Gibelote, sin que nunca se haya sabido que tuvieran otros nombres, ayudaban a la señora Hucheloup a poner en las mesas los jarros de vino y la variedad de pistos que se servían a los hambrientos en cazuelas de barro.

Matelote, gruesa, redonda, roja y vocinglera, antigua sultana favorita del difunto Hucheloup, era fea, más fea que cualquier monstruo mitológico; sin embargo, como conviene que la criada sea siempre menos que el ama, era ménos fea que la señora Hucheloup.

Gibelote era alta, delgada, de blancura linfática, con los ojos hundidos, los párpados caídos, siempre como fatigada y rendida, dominada por lo que podría llamarse laxitud crónica; se levantaba la primera, y se acostaba la última; servía a todo el mundo, aun a la otra criada, en silencio y con dulzura, sonriendo bajo el trabajo con una especie de vaga sonrisa adormecida.

Antes de entrar en la sala-comedor,

se leían sobre la puerta estos versos, escritos con yeso por Courfeyrac:

Regálate si puedes;
y como si te atreves.

II

ALEGRÍA PREPARATORIA

Laigle de Meaux, como sabe el lector, vivía más en casa de Joly que en otra parte. Tenía una casa como el pájaro tiene una rama. Los dos amigos vivían juntos, comían juntos y dormían juntos. Todo les era común, hasta Musichetta: eran lo que los hermanos Chapeaux llaman un «bini». La mañana del 5 de julio se fueron a almorzar a Corinto. Joly estaba constipado, tenía una fuerte coriza, del cual empezaba a participar Laigle. La levita de Laigle estaba ya muy usada, pero Joly iba bien puesto.

Eran cerca de las nueve de la mañana cuando abrieron la puerta de Corinto.

Subieron al primer piso.

Matelote y Gibelote los recibieron.

—Ostras, queso y jamón—dijo Laigle.

Y se sentaron a una mesa.

La taberna estaba vacía, estaban solos.

Gibelote, conociendo a Laigle y a Joly, puso una botella de vino sobre la mesa.

Cuando estaban aún comiendo las primeras ostras, apareció una cabeza en la escotilla de la escalera, y se oyó una voz que decía:

—Pasaba por ahí: he sentido desde la calle un delicioso olor a queso de Bric, y he subido.

Era Grantaire.

Grantaire cogió un taburete y se sentó.

Gibelote, viéndole, puso dos botellas sobre la mesa.

De modo, que ya eran tres.

—¿Vas a beberte esas dos botellas?—preguntó Laigle a Grantaire:

Y éste respondió:

—Todos son ingeniosos: tú sólo eres ingenuo. Dos botellas no asustan nunca a un hombre.

Los otros habían empezado a comer; Grantaire empezó por beber, y se tragó en seguida media botella.

—¿Tienes algún agujero en el estómago?—preguntó Laigle.

—Tú le tienes en el codo—contestó Grantaire.

Y, después de haber vaciado su vaso, añadió:

—¡Ah, Laigle de las oraciones fúnebres! Tu levita está muy vieja.

—Lo creo—respondió Laigle.—Eso hace que hagamos buenas migas mi levita y yo: ella ha tomado todos mis pliegues, y no me incomoda nada; se ha amoldado a mis deformidades, y se presta con facilidad a todos mis movimientos; no la siento sino porque me abriga. Las levitas viejas son lo mismo que los amigos antiguos.

—Es verdad—exclamó Joly entrando en la conversación;—una levita vieja es un amigo viejo.

—Sobre todo—dijo Grantaire—para la boca de un hombre constipado.

—Grantaire—preguntó Laigle,—¿vienes del bulevar?

—No.

—Joly y yo acabamos de ver pasar la cabeza del entierro.

—Es un espectáculo maravilloso—dijo Joly.

—¡Qué tranquila está esta calle!—exclamó Laigle.—¿Quién sospecharía aquí que París está tan agitado? ¡Cómo se conoce que antes todo esto eran conventos! Du Breuil, Sauval y el abate Lebeuf traen la lista de los que había. Los había en todo alrededor; aquí hormigueaban calzados, descalzos, tonsurados, barbudos, grises, negros, blancos, franciscanos, mínimos, capuchinos, carmelitas, pequeños agustinos... Pululaban.

—No hablemos de frailes—dijo Grantaire.

Y después exclamó:

—¡Bah! Acabo de tragar una ostra mala; ya me acomete la hipocondría. Las ostras están podridas y las criadas son feas. Odio a la especie humana. Acabo de pasar por la calle de Richelieu, por delante de la gran librería pública; aquel montón de conchas de ostras que se llama una biblioteca me quita la gana de pensar. ¡Cuánto papel! ¡Cuánta tinta! ¡Cuántos garabatos!

¡Todo eso se ha escrito! ¡Qué necio ha sido el que ha dicho que el hombre es un bípedo sin pluma! Después he encontrado una joven que me conocía, bella como la primavera, digna de llamarse Floreal, y entusiasmada, alegre, feliz como un ángel, la miserable, porque ayer un espantoso banquero pintado de viruelas se ha dignado solicitarla. ¡Ay! La mujer acecha al negociante lo mismo que al pollo; las gatas cazan lo mismo a los ratones que a los pájaros. Esta doncella no hace aún dos meses era honesta en su boardilla; ajustaba circulitos de cobre a los agujeros de un corsé. ¿Cómo llamáis a eso? Cosía, tenía una cama de tijera, vivía al lado de un tiesto de flores, estaba contenta. Ahora está hecha una banquera, esta transformación se ha hecho esta noche. Por la mañana he encontrado a esa víctima muy alegre; y lo más horrible es que esa pícara es hoy tan bonita como ayer. Su banquero no se traslucía en su rostro. Las rosas tienen esta propiedad, de más o menos, comparadas con las mujeres; las huellas que las causan los insectos son invisibles. ¡Ah! No hay moral en la tierra; y pongo por testigo al mirto, símbolo del amor; al laurel, símbolo de la guerra, al olivo, ese borrico, símbolo de la paz; al manzano, que supo perder a Adán con su fruto, y a la higuera, abuela de las faldas. En cuanto al derecho, ¿queréis saber lo que es el derecho? Los galos codician a Clusio; Roma protege a Clusio, y les pregunta: ¿qué mal os ha hecho Clusio? Breno responde: El mal que os ha hecho Alba, el mal que os ha hecho Fidena, el mal que os han hecho los equos, los volscos y los sabinos, que eran vuestros vecinos. Los clusianos son los nuestros; nosotros entendemos la vecindad como vosotros. Vosotros habéis robado a Alba; nosotros tomamos a Clusio. Roma dice: Pues no tomaréis a Clusa. Breno tomó a Roma; y después gritó: «¡Væ victis!» Esto es el derecho. ¡Ah! En este mundo no hay más que aves de rapiña; ¡águilas! ¡águilas! Yo tengo carne de gallina.

Y alargó su vaso a Joly, que se lo llenó; se lo bebió, y prosiguió, sin detenerse casi por este vaso de vino, en que nadie se fijó, ni aun él mismo:

—Breno, tomando a Roma, es un águila; el banquero que toma a una griseta es un águila. No hay más pudor aquí que allí. No creemos, pues, en nada; no hay más que una realidad: beber. Cualquiera que sea vuestra opinión, ya estéis por el gallo flaco como el cantón de Uri, o por el gallo gordo, como el cantón de Glaris, poco importa; bebed. Me habláis de bulevar, de acompañamiento, etc. ¡Qué! ¿Va a haber otra revolución?

»Lo que vosotros llamáis progreso, marcha por dos motores: los hombres y los sucesos. Pero, ¡cosa triste! de tiempo en tiempo, lo excepcional es necesario.

»Para los sucesos, como para los hombres, la tropa ordinaria no basta; es preciso que haya genios entre los hombres, y revoluciones entre los sucesos.

»Los grandes accidentes son la ley; el orden de las cosas no puede pasar sin ellos; y al ver las apariciones de los cometas, está uno dispuesto a creer que hasta el cielo tiene necesidad de actores en representación.

»En el momento en que menos se espera, Dios hace aparecer un meteoro en el firmamento; se presenta alguna estrella caprichosa subrayada por una enorme cola. Y esto hace morir a César. Bruto le da una puñalada y la estrella un cometazo.

»Crac; ahí está una aurora boreal, una revolución, un gran hombre: 1793, escrito en gruesos caracteres; Napoleón en acecho, el cometa en 1811 en lo alto del cartel. ¡Ah! ¡Ese hermoso cartel azul tachonado de repentinas exhalaciones! ¡Bom! ¡Bom! ¡Espectáculo extraordinario!

»Alzad los ojos, papanatas; todo es descabellado; el astro lo mismo que el drama.

»Al ver el destino humano gastado ya, y aun el destino real que enseña la trama, como lo demuestra el príncipe de Condé ahorcado; al ver el infierno que no es más que un rasgón del cielo por donde sopla el viento; al ver tantos harapos, aún en la púrpura nueva de la mañana, en el vértice de una colina; al ver las gotas de rocío, esas perlas falsas; al ver la escarcha, ese estras; al ver la humanidad descosida y los suce-

sos remendados, y tantas manchas en el sol, y tantos agujeros en la luna; al ver tanta miseria en todas partes, supongo que el Universo no es rico.

»Hay apariencia de riqueza, es verdad, pero yo descubro la pequeñez.

»Se da una revolución como un negociante, cuya caja está vacía, da un baile; y no se debe juzgar a los dioses por las apariencias. Bajo el oro del cielo descubro un universo pobre; la creación está en quiebra; por eso estoy descontento.

»Mirad, hoy es el 5 de junio, y está el día como si fuera de noche: desde esta mañana estoy esperando que venga el día, y no ha venido, y apuesto a que no vendrá: esto es una inexactitud de un dependiente mal pagado.

»Sí, todo está mal arreglado; nada se ajusta bien; este viejo mundo está desechado; me coloco en la oposición.

»Todo marcha al través; el Universo va tropezando; sucede lo que con los niños, los que los desean no los tienen; los que no los desean, los tienen. Total: esto es una pepitoria. Además, Laigle de Meaux, ese calvo, me entristece cuando le miro; me humilla el pensar que soy de la misma edad que esta rodilla.

»Yo critico, pero no insulto: el Universo es lo que es: hablo aquí sin mala intención, por lo que me dice mi conciencia.

»¡Ah! por todos los santos del Olimpo, y por todos los dioses del Paraíso, yo no nací para parisiense, es decir, para estar dando vueltas siempre como un volante entre dos manoplas, desde el grupo de los ociosos al grupo de los revoltosos. Yo nací para ser turco, para estar mirando todo el día a las gracias orientales en esos bailes del Egipto, lúbricos como los sueños de un hombre casto; o aldeano beauceron, o gentilhombre veneciano, rodeado de gentileshembras; o principillo alemán contribuyendo con medio soldado a la Confederación germánica, y empleando sus ocios en secar sus calcetas en un seto; es decir, en su frontera. Para una de esas cosas he nacido yo. Sí, he dicho turco, y no me desdigo.

»No comprendo que se hable mal de los turcos habitualmente: Mahoma tiene cosas buenas: ¡respeto al inventor de los serrallos de huríes, y de los paraísos de odaliscas!

»¡No insultemos al mahometano, única religión que está adornada de un gallinero! Insisto sobre esto para beber.

»La tierra es una gran tontuna. Parece que van a pelear todos esos imbéciles, a romperse las narices, a matarse en pleno estío; en el mes de junio, cuando podrían irse con una joven criatura del brazo a respirar en los campos la inmensa taza de te del heno segado.

»La verdad que se hacen muchas necedades. Una vieja linterna rota que acabo de ver en una prendería me sugiere una reflexión:

»Ya es tiempo de iluminar al género humano. Sí, y ya estoy triste otra vez. ¡Lo que es comer una ostra y encontrarse con una revolución! Me he vuelto lúgubre. ¡Oh! ¡Horrible viejo mundo! ¡En él todos se esfuerzan, se destituyen, se prostituyen, se matan, se acostumbran!

Y Grantaire, después de este trozo de elocuencia, tuvo otro de tos merecido.

—A propósito de revolución—dijo Joly;—parece que Mario está decididamente enamorado.

—¿Se sabe de quién? — preguntó Laigle.

—No.

—¿No?

—Te digo que no.

—¡Los amores de Mario!—exclamó Grantaire.—Los veo desde aquí. Mario es una niebla y habrá encontrado un vapor: es de la raza de los poetas, y quien dice poeta, dice loco. «Thymbræus Apollo». Mario y su María, o su Marieta, o su Mariquita, deben ser unos pícaros amantes. Me explico lo que es este amor, un éxtasis en que se olvida el beso, castos sobre la tierra, pero uniéndose en el infinito: son almas que tienen sentidos: duermen juntos en las estrellas.

Grantaire empezaba su segunda botella, y tal vez su segunda arenga, cuando se presentó un nuevo ser en la escotilla de la escalera. Era un muchacho de menos de diez años, haraposo, muy pequeño, amarillo, boca grande, los ojos vivos, enormemente cabelludo, mojado por la lluvia, alegre.

Este niño, eligiendo sin dudar entre los tres, aunque evidentemente no conocía a ninguno, se dirigió a Laigle de Meaux.

—¿Sois el señor Bossuet?—le preguntó.

—Ese es mi sobrenombre—respondió Laigle.—¿Qué me quieres?

—Esto. Uno muy rubio me ha dicho en el bulevar:

—¿Conoces a la tía Hucheloup?

Y yo he dicho:

—Sí, en la calle de la Chanvrerie, la viuda del viejo.

Y me ha dicho:

—Pues ve: allí encontrarás al señor Bossuet; y le dirás de mi parte:—A. B. C.—¿Es una burla, no es verdad? Me ha dado diez sueldos.

—Joly, préstame diez sueldos—dijo Laigle; y volviéndose hacia Grantaire:—Grantaire, préstame diez sueldos.

Lo cual hizo veinte sueldos, que Laigle dió al muchacho.

—Gracias, señor—dijo éste.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó Laigle, mirándole curiosamente.

—Navet, el amigo de Gavroche.

—Quédate con nosotros—dijo Laigle.

—Almuerza con nosotros—dijo Grantaire.

El muchacho respondió:

—No puedo; soy del acompañamiento; soy el que va gritando ¡abajo Polignac!

Y sacando el pie todo lo que podía por detrás de sí, que es el saludo más respetuoso, se fué. Cuando se marchó el muchacho, Grantaire tomó la palabra:

—Ese es el pilluelo puro; hay muchas variedades en el género pilluelo. El pilluelo escribano, se llama salta arroyos; el pilluelo cocinero, se llama marmitón; el pilluelo panadero, se llama mitrón; el pilluelo lacayo, se llama groom; el pilluelo soldado, se llama granuja; el pilluelo pintor, se llama aprendiz; el pilluelo negociante, se llama hortera; el pilluelo cortesano, se llama menino.

Mientras tanto Laigle estaba meditando:

—A. B. C., es decir, entierro de Lamarque.

—El muy rubio—dijo Grantaire,—es Enjolras que te llama.

—¿Iremos?—dijo Bossuet.

—Llueve—dijo Joly;—y yo he jurado ir al fuego y no al agua. No quiero constiparme.

—Yo me quedo aquí—dijo Grantaire;—prefiero un almuerzo a un entierro.

—Conclusión; nos quedamos—añadió Laigle.—Pues entonces, bebamos; puede faltarse al entierro sin faltar al motín.

—¡Ah! al motín no faltaré yo—exclamó Joly.

Laigle se frotó las manos.

—Vamos a retocar la revolución de 1830. La verdad es que oprime al pueblo en las articulaciones.

—Nada me importa vuestra revolución—dijo Grantaire.—Yo no execro a ese gobierno; es la corona atemperada por el gorro de algodón; un cetro terminado en un paraguas; pienso en ella hoy por el tiempo que hace. Luis Felipe podrá utilizar su realismo con dos fines: dirigir un extremo del cetro contra el pueblo, y abrir el extremo paraguas contra el cielo.

La sala estaba obscura; gruesas nubes habían acabado de suprimir el día. No había nadie en la taberna, ni en la calle; todo el mundo había ido a ver «los sucesos».

—¿Es mediodía o media noche?—preguntó Bossuet.—No se ve gota, Gibelote: ¡una luz!

Grantaire, entristecido, seguía bebiendo.

—Enjolras me desprecia—murmuró.—Enjolras ha dicho: Joly está malo, Grantaire borracho; y ha enviado a Navet para que busque a Bossuet. Si hubiera venido a llamarme a mí, le habría seguido. ¡Tanto peor para Enjolras! No iré a su entierro.

Tomada esta resolución, Bossuet, Joly y Grantaire no se movieron de la taberna. Hacia las dos de la tarde, la mesa a que estaban sentados se veía cubierta de botellas vacías. Ardían sobre ella dos velas, una en un candelero de cobre perfectamente verde, y la otra en el cuello de una botella rota. Grantaire había arrastrado a Joly y a Bossuet al vino, y Bossuet y Joly habían hecho ponerse alegre a Grantaire.

En cuanto a éste, desde las doce había pasado más allá del vino, pobre ori-

gen de ensueños. El vino en los borrachos serios es siempre alegre. En la embriaguez hay la magia blanca y la magia negra : el vino no es más que la magia blanca. Grantaire era un atrevido bebedor de sueños. Las tinieblas de una embriaguez terrible entreabierta delante de él, lejos de detenerle, le atraían : había dejado las botellas y tomado el chope ; el chope es el abismo : no teniendo a mano ni opio ni haxix y queriendo llenarse el cerebro de obscuridad, había recurrido a esa horrible mezcla de aguardiente, de cerveza y de ajenjo, que produce letargos tan terribles ; de esos tres vapores, cerveza, aguardiente y ajenjo, se hace el plomo del alma ; son tres tinieblas en que se ahoga la mariposa celeste ; y se forman en un humo membranoso vagamente condensado en alas de murciélago, tres furias mudas ; el Delirio, la Noche y la Muerte, revoloteando por encima del espíritu adormecido.

Grantaire no estaba aún en esta fase lúgubre ; muy lejos de eso. Estaba muy alegre, y Bossuet y Joly le seguían ; todos brindaban ; Grantaire añadía a la pronunciación extravagante de las palabras y de las ideas, la divagación del gesto : apoyaba con dignidad el puño izquierdo sobre la rodilla, doblando en ángulo recto el brazo, con la corbata deshecha, a caballo en un taburete, el vaso lleno en la mano derecha, y dirigía a la gruesa criada Matelote estas solemnes palabras :

—¡ Que se abran las puertas de palacio ! ¡ Que todo el mundo sea de la Academia Francesa, y tenga el derecho de abrazar a la señora Hucheloup ! ¡ Bebamos !

Y, volviéndose hacia la tía Hucheloup, añadía :

—¡ Mujer antigua y consagrada por el uso, acércate, que yo te contemple !

Joly gritaba :

—Matelote y Gibelote, no deis más vino a Grantaire : se está comiendo locamente el dinero : desde esta mañana ha devorado dos francos y noventa y cinco céntimos.

Y Grantaire continuaba :

—¿Quién ha desclavado las estrellas, sin mi permiso, para ponerlas en la mesa por velas?

Bossuet, que estaba muy borracho, había conservado su calma. Se había sentado en el quicio de la ventana abierta, y la lluvia le mojaba la espalda mientras contemplaba a sus dos amigos.

De repente oyó detrás de sí un tumulto, pasos precipitados, gritos de «¡ a las armas !» Se volvió, y descubrió en la calle de San Dionisio, en la esquina de la calle de la Chanvrerie, a Enjolras que pasaba con la carabina en la mano, a Gavroche con su pistola, a Feuilly con su sable, a Courfeyrac con su espada, a Juan Prouvaire con su mosquete, a Combeferre con su fusil, a Bahorel con su fusil, y todo el grupo armado y tumultuoso que le seguía.

La calle de la Chanvrerie apenas tenía el alcance de una carabina. Bossuet improvisó con sus manos una bocina, y gritó :

—¡ Courfeyrac ! ¡ Courfeyrac ! ¡ Eh !

Courfeyrac oyó las voces, vió a Bossuet, dió algunos pasos en la calle de Chanvrerie, y dijo :

—¿Qué quieres?

Palabras que se cruzaron con estas otras :

—¿Adónde vas?

—A hacer una barricada—respondió Courfeyrac.

—Pues bien : este sitio es magnífico : hazla aquí.

—Es verdad, Águila de los males (1) —dijo Courfeyrac.

Y a una señal suya, todo el grupo se precipitó en la calle de la Chanvrerie.

III

LA NOCHE EMPIEZA A DOMINAR A GRANTAIRE

El sitio estaba, en efecto, admirablemente indicado : la entrada de la calle ancha, el fondo estrecho, y en forma de callejón sin salida ; Corinto figurando un embudo ; la calle Mondetour fácil de cerrar a derecha e izquierda, no siendo posible ningún ataque sino por la calle de San Dionisio, es decir, de frente y al descubierto. Bossuet, borracho, había tenido el golpe de vista de Aníbal en ayunas.

---

(1) *Aigle de Meaux y Aigle des Meaux* se pronuncian lo mismo en francés.

Al hacer su irrupción el grupo, se había apoderado el espanto de toda la calle; todos los transeuntes se eclipsaron, y en un abrir y cerrar de ojos, por todas partes, a derecha e izquierda, las tiendas, los establecimientos, las puertas, las ventanas, las persianas, las boardillas, los postigos de todas dimensiones se cerraron, desde el piso bajo hasta el tejado. Una vieja, llena de miedo, colgó un colchón delante de su ventana en una cuerda que servía para poner a secar la ropa, con objeto de amortiguar el efecto de la fusilería. La taberna únicamente permanecía abierta, y esto sólo por razón de que allí se había instalado un grupo.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!—decía suspirando la tía Hucheloup.

Bossuet había bajado a recibir a Courfeyrac.

Joly se había asomado a la ventana, y gritaba:

—Courfeyrac, ¿por qué no has cogido un paraguas? Te vas a constipar.

Mientras tanto, en pocos minutos habían sido arrancadas veinte barras de hierro de las rejas de la fachada de la taberna, y habían sido desempedradas diez toesas de la calle; Gavroche y Bahorel habían cogido al pasar y derribado un carro de un fabricante de cales, llamado Anceau, el cual contenía tres toneles llenos de cal, que fueron colocados sobre las pilas de adoquines; Enjolras había levantado la trampa de la cueva, y todos los toneles vacíos de la viuda Hucheloup habían ido a formarse con los de cal; Feuilly, con sus dedos acostumbrados a iluminar delicados países de abanicos, había reforzado los toneles y el carro con dos macizas pilas de guijarros; guijarros improvisados como todo lo demás, y cogidos sin saber dónde.

Habíanse arrancado también unos puntales de la fachada de una casa próxima, y se habían echado sobre los toneles.

Cuando Bossuet y Courfeyrac se volvieron, la mitad de la calle estaba ya cerrada por una muralla más alta que un hombre. No hay nada como la mano popular para construir todo lo que se construye demoliendo.

Matelote y Gibelote se habían mezclado con los trabajadores; Gibelote iba y venía cargada de maderos; su laxitud se empleaba en la barricada, y servía adoquines como hubiera servido vino adormecida.

Un ómnibus que llevaba dos caballos blancos, pasó por el extremo de la calle.

Bossuet saltó por encima de los materiales, corrió, detuvo al cochero, hizo bajar a los viajeros, dió la mano «a las señoras», despidió al conductor, y volvió trayéndose el coche y los caballos de la brida.

—Los ómnibus—dijo,—no pasan por delante de Corinto. «Non licet omnibus adire Corynthum».

Un instante después los caballos desenganchados se iban al acaso por la calle de Mondetour y el ómnibus volcado completaba la barricada.

La tía Hucheloup, trastornada, se había refugiado en el primer piso.

Tenía la mirada vaga; miraba sin ver, hablando por lo bajo. Sus gritos asustados no se atrevían a salir de la garganta.

—Este es el fin del mundo—murmuraba.

Joly daba un beso en el grueso cuello rojo y arrugado de la tía Hucheloup, y decía a Grantaire:

—Querido, siempre he considerado el cuello de una mujer como una cosa infinitamente delicada.

Pero Grantaire había llegado a la más alta región del ditirambo. Matelote había subido al primer piso. Grantaire la había cogido por el talle, y daba, en la ventana, grandes carcajadas.

—¡Matelote es fea!—gritaba.—Matelote es el sueño de la fealdad. Matelote es una quimera. Voy a descubrir el secreto de su nacimiento. Un Pigmelion godo que hacía mascarones de catedrales, se enamoró un día de uno de ellos, del más horrible: suplicó al amor que le animase, y resultó Matelote. ¡Miradla, ciudadanos! ¡Tiene los cabellos de color de cromato de plomo, como la querida del Ticiano; es una buena muchacha. Os aseguro que peleará bien; en toda buena muchacha hay un héroe. En cuanto a la tía Hucheloup, es una valiente vieja. ¡Mirad qué bigotes tiene! Los ha heredado de su marido. ¡Es un húsar! ¡bah! ¡peleará tam-

bién! Dos como ella aterrarían la comarca. ¡Compañeros! derribaremos el gobierno; tan cierto como hay quince ácidos intermedios entre el ácido margárico y el ácido fórmico; por lo demás, a mí lo mismo me da. Caballero, mi padre me ha odiado siempre, porque yo no podía comprender las matemáticas; yo no comprendo más que el amor a la libertad: soy Grantaire, el buen muchacho. Como nunca he tenido dinero, no tengo hábito de tenerlo, lo cual es causa de que nunca me haya hecho falta, pero si hubiera sido rico, no habría habido pobres. ¡Ya hubierais visto! ¡Oh! ¡Si los buenos corazones tuviesen grandes bolsillos! ¡Cuánto mejor iría todo! ¡Cuánto bien haría yo! Matelote, ¡abrázame! Eres voluptuosa y tímida. Tienes unas mejillas que solicitan el beso de una hermana, y labios que reclaman el beso de un amante.

—¡Cállate, tonel!—dijo Courfeyrac.

Grantaire respondió:

—Soy capitular y maestro de juegos florales.

Enjolras, que estaba de pie encima de la barricada, con el fusil en la mano, levantó su hermoso y austero rostro. Enjolras, como ya sabemos, tenía algo del espartano y del puritano. Hubiera muerto en las Termópilas con Leonidas, y hubiera quemado a Drogheda con Cromwell.

—¡Grantaire! — exclamó; — vete a dormir la mona fuera de aquí. Este es el lugar de la embriaguez del entusiasmo, no de la embriaguez del vino. ¡No deshonres la barricada!

Estas palabras irritadas produjeron en Grantaire un efecto singular, como si le hubiesen arrojado un vaso de agua fría al rostro. Pareció que había vuelto en sí. Se sentó, apoyó los codos en la mesa cerca de la ventana, miró a Enjolras con indecible dulzura, y le dijo:

—Déjame dormir aquí.

—Vete a dormir a otra parte.

Pero Grantaire, fijando de nuevo en él sus ojos tiernos y turbados, respondió:

—Déjame dormir aquí hasta que aquí muera.

Enjolras le miró con desprecio, y le dijo:

—Grantaire, eres incapaz de creer, de pensar, de querer, de vivir y morir.

Grantaire replicó con voz grave:

—Ya verás.

Murmuró aún algunas palabras ininteligibles, dejó caer su cabeza pesadamente sobre la mesa, y por un efecto bastante habitual del segundo período de la embriaguez en que Enjolras le había precipitado rudamente, se quedó dormido un momento después.

IV

COURFEYRAC TRATA DE CONSOLAR A LA VIUDA HUCHELOUP

Bahorel, entusiasmado al ver la barricada, exclamaba:

—¡Ya está la calle cortada! ¡Qué bien está!

Courfeyrac, al mismo tiempo que demolía la taberna, trataba de consolar a la viuda tabernera.

—Tía Hucheloup, ¿no os quejabais el otro día de que os habían llamado a juicio y declarado delincuente, porque Gibelote había sacudido una manta por la ventana?

—Sí, mi buen señor Courfeyrac. ¡Ah, Dios mío! ¿Vais a poner también esa mesa en la barricada? Y no sólo por la manta, sino también por un tiesto que se cayó desde la boardilla a la calle, el gobierno me ha sacado cien francos de multa. ¿No es una picardía?

—Pues bien, tía Hucheloup, nosotros os vengamos.

La tía Hucheloup, al parecer, no comprendía muy bien todo el beneficio de esta reparación.

Quedaba satisfecha a la manera de aquella mujer árabe, que habiendo recibido un bofetón de su marido, fué a ver a su padre pidiendo venganza, y diciendo:

—Padre, debes a mi marido afrenta por afrenta.

El padre preguntó:

—¿En qué mejilla te ha dado el bofetón?

—En la izquierda.

El padre le dió un bofetón en la derecha, y le dijo:

—Ya estás satisfecha. Ve a decir a tu marido que si él ha abofeteado a mi hija, yo he abofeteado a su mujer.

La lluvia había cesado. Iban llegan-

do reclutas : los obreros habían llevado bajo las blusas un barril de pólvora, una cesta de botellas de vitriolo, dos o tres hachas de viento, un canasto lleno de lamparillas, «restos de la fiesta del rey» que se había celebrado el 1.° de mayo. Se decía que enviaba estas municiones un droguero del arrabal de San Antonio, llamado Pepín. Se rompía el único farol de la calle de la Chanvrerie, la farola de la calle de San Dionisio, y todas las demás de las calles próximas de Mondetour, del Cisne, de Predicadores, y de la grande y pequeña Truanderie.

Enjolras, Combeferre y Courfeyrac lo dirigían todo. Mientras tanto se construían otras dos barricadas, que se apoyaban en la misma casa de Corinto, formando ángulo recto ; la mayor cerraba la calle de la Chanvrerie, y la otra la de Mondetour, por el lado de la calle del Cisne ; esta última barricada, muy estrecha, estaba construída sólo con toneles y guijarros. Había allí unos cincuenta trabajadores : una treintena de ellos con fusiles, porque al pasar habían saqueado la tienda de un armero.

Nada más extraño y abigarrado que aquella tropa.

Uno tenía levita, un sable de caballería y dos pistolas de arzón ; otro estaba en mangas de camisa, con sombrero redondo, y una bolsa de pólvora colgada al lado ; un tercero estaba cubierto de un peto hecho con nueve hojas de papel, y armado con una aguja de enjalmar. Había uno que gritaba : «¡ Exterminemos hasta el último, y muramos en la punta de nuestra bayoneta !» El que decía esto no tenía bayoneta. Otro mostraba encima de su levita unas correas y una cartuchera de guardia nacional con la funda adornada con esta inscripción de lana roja : «Orden público». Porta-fusiles con el número de las legiones, pocos sombreros, ninguna corbata, muchos brazos desnudos, algunas picas ; todas las edades, todas las fisonomías, jovencillos pálidos, obreros ennegrecidos. Todos se apresuraban, y al mismo tiempo que trabajaban, hablaban de los sucesos posibles : que recibirían socorros a las tres de la mañana ; que se contaba seguramente con un regimiento ; que París se levantaría. Suposiciones terribles, con las cuales se mezclaba una especie de cordial alegría. Parecían hermanos, y ninguno sabía el nombre de los otros. Los grandes peligros tienen el privilegio de hacer fraternizar a los desconocidos.

En la cocina se había encendido lumbre, y se fundían en un balinero, medidas, cucharas, tenedores, toda la vajilla de estaño de la taberna : al mismo tiempo se bebía. Los pistones y las postas andaban revueltos en las mesas con los vasos de vino. En la sala del billar la señora Hucheloup, Matelote y Gibelote, diversamente afectadas por el terror, una atontada, otra sofocada y otra excitada, rompían rodillas viejas, y hacían hilas ; tres insurgentes las ayudaban, tres jóvenes cabelludos, barbudos y bigotudos, que deshilaban la tela con dedos de lencero, y les hacían temblar.

El hombre de alta estatura que había llamado la atención de Courfeyrac, Combeferre y Enjolras, el que se unió al grupo en la esquina de la calle de Billettes, trabajaba en la pequeña barricada, y era útil ; Gavroche trabajaba en la grande. En cuanto al joven que había esperado a Courfeyrac en su casa, y le había preguntado por el señor Mario, había desaparecido poco después del momento en que había sido detenido el ómnibus.

Gavroche, completamente entusiasmado, se había encargado de todo. Iba, venía, subía, bajaba, metía ruido, brillaba : parecía que estaba allí para animar a todos. ¿Tenía algún aguijón?—Sí, ciertamente : su miseria. ¿Tenía alas?—Sí, ciertamente : su alegría. Gavroche era un torbellino. Se le veía sin cesar ; se le oía continuamente ; llenaba todo el espacio, encontrándose en todas partes a la vez ; era una especie de obicuidad casi irritante ; no había nada que pudiese detenerle : la enorme barricada sentía su acción. Molestaba a los transeuntes, excitaba a los perezosos, reanimaba a los fatigados, impacientaba a los pensativos, alegraba a unos, esperanzaba o encolerizaba a otros, y ponía en movimiento a todos ; pinchaba a un estudiante, mordía a un obrero ; se paraba, volvía en seguida a su faena, volaba por encima del tumulto ; saltaba de éstos a aquéllos, murmu-

raba, zumbaba y hostigaba a toda aquella multitud inmensa.

En sus pequeños brazos dominaba el movimiento perpetuo; y en sus pequeños pulmones el clamor perpetuo.

—¡Bravo! ¡Más adoquines! ¡más toneles! ¡más maderos! ¿Dónde hay? Una mano de yeso para cubrir este agujero. Es muy pequeña esa barricada, es preciso que suba más. Ponedlo todo; metedlo todo, colocadlo todo. Demoled la casa. Una barricada es un magnífico te. Tomad, ahí tenéis una puerta-vidriera.

Esto hizo exclamar a los trabajadores:

—¡Una puerta vidriera! ¿Para qué quieres que sirva una puerta vidriera, tubérculo?

—Los tubérculos sois vosotros—respondió Gavroche.—Una puerta vidriera en una barricada es una cosa excelente: no impide el ataque, pero es un obstáculo para tomarla. ¿No habéis robado nunca manzanas por encima de una pared cubierta de cascos de botella? Una puerta vidriera corta los callos de los guardias nacionales cuando quieren subir a la barricada. ¡Pardiez! el vidrio es muy traidor. ¡No tenéis imaginación libre, compañeros!

Por lo demás, estaba furioso con su pistola sin gatillo: iba de uno a otro pidiendo:—¡Un fusil! ¡Quiero un fusil! ¡Por qué no se me da un fusil!

—¡Un fusil a ti!—dijo Combeferre.

—¡Toma!—replicó Gavroche,—¿por qué no? ¡Tuve uno en 1830 cuando se disputaba con Carlos X!

Enjolras alzó los hombros.

—Cuando los haya para los hombres, se darán a los niños.

Gavroche se volvió altivamente, y le respondió:

—Si te matan antes que a mí, cogeré el tuyo.

—¡Pilluelo!—dijo Enjolras.

—¡Blanquillo!—dijo Gavroche.

Un elegante extraviado que pasaba por el extremo de la calle cortó esta disputa.

Gavroche le gritó:

—¡Venid con nosotros, joven! ¿Pues qué, no se ha de hacer nada por esta vieja patria?

El elegante huyó.

V

LOS PREPARATIVOS

Los periódicos de aquel tiempo, que han dicho que la barricada de la calle de Chanvrerie, aquella «construcción casi inexpugnable», como la llamaban, llegaba al nivel del piso principal, se han equivocado. No pasaba de una altura de seis o siete pies, por término medio. Estaba hecha de manera que los combatientes podían a voluntad ocultarse detrás, o dominar el paso, y aun subir a la cima por medio de una cuádruple fila de adoquines superpuestos y colocados a guisa de escalera por el interior. Por fuera, el frente de la barricada, compuesto por pilas de adoquines y de toneles, sujetos por vigas y tablas que se enchufaban en las ruedas del carro de Auceau y del ómnibus, presentaba el aspecto de un obstáculo erizado e inextricable. Una cortadura suficiente para que un hombre pudiese pasar por ella, dejaba un espacio entre el extremo de la barricada más alejado de la taberna y las casas, de modo que era posible hacer una salida. La lanza del ómnibus estaba puesta verticalmente, y a ella, atada con cuerdas, una bandera roja que flotaba sobre la barricada.

La pequeña barricada Mondetour, oculta detrás de la casa de la taberna, no se veía. Las dos barricadas reunidas formaban un verdadero reducto. Enjolras y Courfeyrac no habían creído conveniente hacer otra en el segundo extremo de la calle de Mondetour, que abre por la calle de Predicadores una salida al Mercado, queriendo sin duda conservar la posibilidad de una comunicación con el exterior, y temiendo muy poco el ataque por la peligrosa callejuela de Predicadores.

Con esta salida libre, que constituía lo que Folar en su estilo estratégico hubiera llamado un ramal de trinchera, y con la estrecha cortadura de la calle de la Chanvrerie, el interior de la barricada, en que la taberna formaba un ángulo saliente, presentaba un cuadrilátero irregular, cerrado por todas partes. Había unos veinte pasos de intervalo entre la barricada y las altas casas que formaban el fondo de la calle, de modo

que se podía decir que la barricada estaba recostada en estas casas, todas habitadas, pero cerradas de alto abajo.

Todo este trabajo se hizo sin obstáculo en menos de una hora, y sin que aquel puñado de hombres atrevidos viese aparecer una gorra de pelo, ni una bayoneta. Los pocos paisanos que se atrevían a pasar en aquel momento del motín por la calle de San Dionisio, echaban una mirada a la calle Chanvrerie, veían la barricada, y doblaban el paso.

Cuando se acabaron las dos barricadas, y se enarboló la bandera, se sacó una mesa fuera de la taberna, y se subió en ella Courfeyrac. Enjolras trajo el cofre cuadrado que estaba lleno de cartuchos; Courfeyrac lo abrió. Cuando se descubrieron los cartuchos, temblaron los más valientes, y hubo un momento de silencio.

Courfeyrac los distribuyó sonriéndose. Cada uno recibió treinta cartuchos.

Muchos tenían pólvora y se pusieron a hacer más con las balas que se fundían en la taberna. En cuanto al barril de pólvora estaba sobre una mesa aparte cerca de la puerta; se guardaba.

El toque de llamada que recorría todo París no cesaba, pero había concluído por no ser más que un ruido monótono de que nadie hacía caso; un ruido que se aproximaba o se alejaba, con lúgubres ondulaciones.

Cargaron los fusiles y las carabinas todos juntos, sin precipitación, con solemne gravedad. Enjolras colocó tres centinelas fuera de las barricadas: uno en la calle de Chanvrerie, otro en la calle de Predicadores, y el tercero en la esquina de la pequeña Truanderie.

Concluídas ya las barricadas, designados los puestos, cargados los fusiles, puestas las centinelas, solos en aquellas calles temibles, por donde no pasaba ya nadie, rodeados de aquellas casas mudas, y como muertas, en que no palpitaba ningún movimiento humano, y envueltos en las sombras crecientes del crepúsculo que empezaba ya, en medio de aquella obscuridad y de aquel silencio en que se sentía avanzar alguna cosa, y que tenía un no sé qué trágico y terrorífico, aislados, armados, resueltos, tranquilos, esperaron.

VI

LA ESPERA

En aquellas horas de espera, ¿qué hicieron?

Es preciso que lo digamos, porque esto pertenece a la historia.

Mientras que los hombres hacían cartuchos, y las mujeres hilas, mientras que los centinelas velaban arma al brazo en la barricada; mientras que Enjolras, a quien nadie podía distraer, velaba sobre los centinelas. Combeferre, Courfeyrac, Juan Prouvaire, Feuilly, Bossuet, Joly, Bahorel y algunos otros se buscaron y se reunieron como en los días más pacíficos de sus conversaciones de estudiantes, y en un rincón de aquella taberna, convertida en casamata, a dos pasos del reducto que habían construído, con las carabinas cebadas, cargadas y apoyadas en el respaldo de la silla; aquellos jóvenes, tan cercanos a una hora suprema, se pusieron a cantar versos de amor.

¿Qué versos? Los siguientes:

—¿Recuerdas aquel tiempo de alegría,
de nuestra juventud en los albores,
cuando un solo deseo nos movía,
el de nuestros amores?
Añadidos tus años a mis años,
cuarenta y dos apenas se contaban,
y libres nuestras almas se encontraban
de amargos desengaños.
Orgulloso era Foy, Manuel prudente;
París santos banquetes celebraba,
y un alfiler en tu corsé saliente,
a veces me picaba.
Al verte, hermosa entre las más hermosas,
de todos envidiada era mi suerte,
y al pasar por el Prado, hasta las rosas
se volvían por verte.

La hora, el lugar, la evocación de aquellos recuerdos de la juventud, algunas estrellas que empezaban a brillar en el cielo, el reposo fúnebre de aquellas calles desiertas, la inminencia de la aventura inexorable que se preparaba, daban un encanto patético a estos versos, murmurados a media voz en el crepúsculo por Juan Prouvaire, que, según hemos dicho ya, era un tierno poeta.

Mientras tanto se había encendido una antorcha en la barricada pequeña, y en la grande una de esas hachas que el martes de Carnaval se encuentran

precediendo a los coches cargados de máscaras que van a la Courtille. Estas antorchas, como hemos dicho, venían del arrabal de San Antonio.

La antorcha había sido colocada en una jaula de adoquines cerrada por tres lados para abrigarla del viento, y dispuesta de un modo que toda la luz caía sobre la bandera. La calle y la barricada quedaban en la obscuridad, y no se veía más que la bandera roja formidablemente iluminada como por una linterna sorda.

Esta luz extendía sobre el escarlata de la bandera una tinta de púrpura terrible.

VII

EL HOMBRE RECLUTADO EN LA CALLE DE BILLETTES

La noche había ya caído completamente : nadie se acercaba.

No se oían más que rumores confusos, y por instantes descargas, pero raras, poco nutridas y lejanas.

Este plazo, que se prolongaba, era señal de que el gobierno se tomaba tiempo y reunía sus fuerzas. Estos cincuenta hombres esperaban a sesenta mil.

Enjolras se sentía dominado por esa impaciencia que se apodera de las almas fuertes en el umbral de los grandes sucesos.

Fué a buscar a Gavroche, que se había puesto a hacer cartuchos en la sala baja a la dudosa claridad de dos velas, colocadas sobre el mostrador por precaución, a causa de la pólvora extendida sobre la mesa.

Aquellas dos velas no daban luz alguna por el exterior.

Además, los insurgentes habían tenido cuidado de no encender luz en los pisos superiores.

Gavroche, en aquel momento, estaba muy pensativo, aunque no precisamente por sus cartuchos.

El hombre de la calle de Billettes acababa de entrar en la sala baja y había ido a sentarse en la mesa menos alumbrada.

Llevaba un fusil de munición del mayor modelo, que sostenía entre sus piernas.

Gavroche, hasta aquel momento distraído por cien cosas «divertidas», no había ni aun visto a este hombre.

Cuando entró le siguió maquinalmente con la vista, admirando su fusil, y después, así que el hombre se sentó, se levantó él repentinamente.

Los que hubieran observado a aquel hombre hasta este momento le habrían visto espiarlo todo en la barricada y en el grupo de los insurgentes con singular atención ; pero, desde que había entrado en la sala, se había sumergido en el recogimiento, y parecía no ver nada de lo que pasaba.

El pilluelo se aproximó a aquel hombre pensativo, y se puso a dar vueltas en derredor suyo sobre la punta de los pies, como se hace cuando no se quiere despertar a alguno.

Al mismo tiempo, en su rostro infantil, a la vez tan descarado y tan serio, tan vivo y tan profundo, tan alegre y tan entusiasta, se fueron pintando sucesivamente todos esos gestos de viejo que significan :—¡ Ah ! ¡ Bah ! ¡ No es posible ! ¡ Tengo telarañas en los ojos ! ¡ Deliro ! ¿ Será él?... No, no es. Pero sí. Pero no, etc., etc.

Gavroche se balanceaba sobre sus talones, crispaba sus manos en los bolsillos, movía el cuello como un pájaro, y empleaba en un gesto de desprecio toda la sagacidad de su labio inferior.

Estaba estupefacto, incierto, incrédulo, convencido, trastornado.

Tenía la fisonomía de un jefe de eunucos en el mercado de esclavas, descubriendo una Venus entre feas ; de un aficionado y entendido en pintura, examinando una obra de Rafael en un montón de cuadros viejos.

En él trabajaban a un tiempo el instinto, que olfateaba, y la inteligencia, que combina.

Era evidente que se acercaba un acontecimiento para Gavroche.

En lo más profundo de este examen se acercó a él Enjolras.

—Tú eres pequeño—le dijo,—y no serás visto. Sal de las barricadas, desvíate a lo largo de las casas, explora un poco las calles, y ven a decirme lo que hay.

Gavroche se enderezó al oír esto.

—¡ Los pequeños sirven, pues, para

algo! ¡Es una felicidad! ¡Ya voy! Mientras tanto, confiad en los pequeños, desconfiad de los grandes...

Y levantando la cabeza y bajando la voz, añadió señalando al hombre de la calle de Billettes:

—¿Veis ese grande?

—¿Y qué?

—Es un espía.

—¿Estás seguro?

—Aun no hace quince días que me bajó de las orejas de la cornisa del Puente Real, en donde estaba yo tomando el fresco.

Enjolras abandonó vivamente al pilluelo, y dijo en voz baja algunas palabras a un obrero del puesto que estaba allí.

El obrero salió de la sala, y volvió al momento acompañado de otros tres.

Los cuatro hombres, cuatro mozos de grandes espaldas, fueron a colocarse detrás de la mesa en que estaba el hombre sospechoso, sin hacer nada que pudiese llamar su atención.

Estaban visiblemente dispuestos a arrojarse sobre él.

Entonces Enjolras se acercó al hombre y le preguntó:

—¿Quién sois?

A esta brusca interrogación, el hombre se sobresaltó: dirigió una mirada a Enjolras, una mirada que penetró hasta el fondo de su cándida pupila, y pareció que adivinaba su pensamiento.

Sonrióse entonces con una sonrisa la más desdeñosa, la más enérgica, y la más resuelta del mundo, y respondió con altiva gravedad:

—¡Veo qué es esto!... Pues bien, sí.

—¿Sois espía?

—Soy agente de la autoridad.

—¿Cómo os llamáis?

—Javert.

Enjolras hizo una señal a los cuatro hombres, y en un abrir y cerrar de ojos, antes de que Javert tuviese tiempo de volverse, fué cogido por el cuello, derribado y registrado.

Halláronle una tarjeta pequeña, circular, colocada entre dos vidrios, la cual tenía por un lado las armas de Francia grabadas con esta leyenda: «Seguridad y vigilancia», y en la otra esta mención: «JAVERT, inspector de policía; edad, cincuenta y dos años», y la firma del prefecto de policía de entonces, señor Gisguet.

Tenía además un reloj y un bolsillo que contenía algunas monedas de oro: le dejaron ambas cosas. Detrás del reloj, en el fondo del bolsillo, le descubrieron por el tacto un papel hecho cuatro dobleces, que desdobló Enjolras, leyendo estas cuatro líneas, escritas de manos del prefecto de policía:

«El inspector Javert, así que haya cumplido su misión política, se asegurará, por medio de una vigilancia especial, de si es verdad que algunos malhechores andan vagando por las cuestas de la orilla del Sena, cerca del puente de Jena.»

Terminado el registro, levantaron a Javert; le sujetaron los brazos por detrás de la espalda, y le ataron en medio de la sala baja a aquel célebre poste que había dado antiguamente nombre a la taberna.

Gavroche, que había presenciado y aprobado toda la escena con silenciosos movimientos de cabeza, se aproximó a Javert y le dijo:

—Amigo, el ratón ha cogido al gato.

Todo esto se había ejecutado con tanta rapidez, que todo estaba concluído cuando empezaron a notarlo en la taberna.

Javert no había dado ni un grito, y así que estuvo atado al poste, acudieron Courfeyrac, Bossuet, Joly, Combeferre y los demás que andaban dispersos por las barricadas.

Javert, recostado en el poste, y tan rodeado de cuerdas, que no podía hacer un movimiento, levantaba la cabeza con la serenidad intrépida del hombre que no ha mentido nunca.

—Es un espía—dijo Enjolras.

Y volviéndose hacia Javert:

—Seréis fusilado dos minutos antes de que tomen la barricada.

Javert replicó con imperioso acento:

—¿Y por qué no en seguida?

—Economizamos la pólvora.

—Entonces, matadme de una puñalada.

—Espía—le dijo Enjolras,—nosotros somos jueces y no asesinos.

Después llamó a Gavroche.

—¡Tú, vete a tu negocio! ¡Haz lo que te he dicho!

—Voy—dijo Gavroche.

Y deteniéndose en el momento de partir, añadió :

— Apropósito, ¡ me daréis su fusil ! Os dejo el músico, y me llevo el clarinete.

El pilluelo hizo el saludo militar, y saltó alegremente por la cortadura de la gran barricada.

VIII

VARIAS PREGUNTAS CON MOTIVO DE UN TAL LE CABUC QUE PROBABLEMENTE NO SE LLAMABA LE CABUC.

La pintura trágica que hemos empezado a hacer no sería completa, y el lector no vería en ella, en su relieve exacto y real, esos grandes minutos del drama social y del desarrollo revolucionario, en que la convulsión se mezcla con la fuerza, si omitiésemos en este bosquejo un incidente lleno de un horror épico y terrible que sucedió apenas se marchó Gavroche.

Los grupos, como es sabido, son bolas de nieve, y aglomeran al rodar un montón de hombres tumultuosos, que no se preguntan de dónde vienen. Entre los transeuntes que se habían unido al grupo dirigido por Enjolras, Combeferre y Courfeyrac, había uno que llevaba una chaqueta de esportillero bastante usada, que gesticulaba y vociferaba, con cierto entusiasmo salvaje. Este hombre, llamado o apodado Le Cabuc, y desconocido completamente a los que pretendían conocerle, muy entusiasta, como hemos dicho, o aparentando serlo, se había sentado con algunos otros a una mesa que habían sacado fuera de la taberna. Este hombre, al mismo tiempo que hacía beber a sus compañeros de conversación, parecía contemplar con reflexión la casa grande del fondo de la barricada, cuyos cinco pisos dominaban toda la calle, y daban frente a la de San Dionisio. De repente exclamó :

—Compañeros, mirad : desde esa casa es desde donde debemos tirar. Puestos en las ventanas, ¡ ni el diablo entra en la calle !

—Sí, pero está cerrada la casa—dijo uno de los bebedores.

—¡ Llamemos !

—No abrirán.

—Echemos abajo la puerta.

Le Cabuc corrió a la puerta que tenía un llamador muy pesado, y llamó ; pero, no abriéndose la puerta, volvió a llamar ; nadie respondió ; dió un tercer golpe ; el mismo silencio.

—¿No hay nadie?—gritó Le Cabuc.

Nadie respondió.

Entonces cogió un fusil, y empezó a dar culatazos a la puerta. Era una puerta vieja, pequeña, cintrada, estrecha, sólida, de encina, forrada por el interior de una chapa de palastro y de una armadura de hierro : era una verdadera poterna de una fortaleza. Los culatazos hacían temblar la casa, pero no movían la puerta.

Los vecinos debieron ponerse en movimiento, porque al fin se vió iluminarse y abrirse un ventanuco cuadrado en el tercer piso, y aparecer en él una luz y el rostro asustado de un hombre de cabellos grises, que era el portero.

El hombre que llamaba se quedó parado.

—Señores — dijo el portero, — ¿qué queréis?

—¡ Abre !—dijo Le Cabuc.

—Señores, eso no es posible.

—Abre en seguida.

—¡ Imposible, señores !

Le Cabuc cogió el fusil y apuntó al portero ; pero estaba debajo y era de noche ; éste no le vió.

—¿Quieres abrir? Sí o no.

—¡ No, señores !

—¿Dices que no?

—Digo que no, buenos...

El portero no pudo acabar ; salió el tiro ; la bala le entró por debajo de la barba y le salió por la nuca después de atravesar la vena yugular.

El pobre hombre cayó sin dar un suspiro ; la luz se le fué de las manos y se apagó ; no viéndose después más que una cabeza inmóvil, recostada en el alféizar de la ventana, y un poco de humo blanquecino que subía hacia el tejado.

—¡ Bueno !—dijo Le Cabuc dando un culatazo en el suelo.

Apenas había pronunciado esta palabra, sintió una mano que le cogía del cuello con la fuerza de la garra de un águila, y oyó una voz que le decía :

—¡ De rodillas !

El asesino se volvió y vió delante de sí el rostro pálido y sereno de Enjolras, que tenía una pistola en la mano.

Había acudido al oír la detonación.

Con la mano izquierda había cogido el cuello, la blusa, la camisa y el tirante de Le Cabuc.

—¡De rodillas!—repitió.

Y con un movimiento soberano, el delicado joven de veinticinco años dobló como una caña al ganapán robusto, y le arrodilló en el lodo. Le Cabuc trató de resistir; pero parecía que estaba sujeto por un puño sobrehumano.

Enjolras, pálido, con el cuello descubierto, los cabellos esparcidos y el rostro femenil, tenía en aquel momento algo de la Temis antigua Sus ojos bajos daban a su severo perfil griego esa expresión de cólera y de castidad que el mundo antiguo creía propia de la justicia.

Todos los de la barricada habían acudido y se habían colocado en círculo a alguna distancia, conociendo que era imposible pronunciar una palabra ante lo que iban a ver.

Le Cabuc, vencido, no trataba ya de defenderse, y temblaba de pies a cabeza. Enjolras le soltó, y sacó el reloj.

—¡Encomiéndate a Dios!—le dijo.—¡Te queda un minuto!

—¡Perdón!—murmuró el asesino; después bajó la cabeza, y murmuró algunos juramentos inarticulados.

Enjolras no apartó la vista del reloj, dejó pasar el minuto, y volvió el reloj al bolsillo. En seguida cogió por los cabellos a Le Cabuc que se arremolinaba contra sus rodillas gritando, y le puso en la sien el cañón de la pistola.

Muchos de aquellos hombres intrépidos que habían entrado tan tranquilamente en una de las más terribles aventuras, volvieron la cabeza.

Oyóse la detonación: el asesino cayó al suelo boca abajo. Enjolras se enderezó, y paseó en derredor su mirada satisfecha y severa.

Después empujó el cadáver con el pie, y dijo:

—Quitad eso de ahí.

Tres hombres levantaron el cuerpo del asesino, que se agitaba en las últimas convulsiones maquinales de la vida, y lo arrojaron por encima de la barricada, en la callejuela Mondetour.

Enjolras se quedó pensativo: su sereno rostro se iba cubriendo de grandiosas tinieblas; de pronto elevó su voz; todos le escucharon en silencio.

—Ciudadanos — dijo Enjolras—, lo que este hombre ha hecho es espantoso; lo que yo he hecho es horrible. Ha matado, por eso le he matado; y he debido hacerlo, porque la insurrección debe tener una disciplina: el asesinato es ahora mayor crimen que en otras circunstancias: estamos bajo los ojos de la Revolución; somos los apóstoles de la República; somos las víctimas del deber y es preciso que nadie pueda calumniar nuestra lucha. Por esto he juzgado y condenado a muerte a ese hombre. En cuanto a mí, obligado a hacer lo que he hecho, pero aborreciéndolo, me he juzgado también, y pronto veréis a qué me he condenado.

Los que le escuchaban temblaron.

—Nosotros participaremos de tu suerte—dijo Courfeyrac.

—¡Gracias!—respondió Enjolras—. Pero oíd aún una palabra. Al matar a ese hombre he obedecido a la necesidad, pero la necesidad es un monstruo del viejo mundo; la necesidad se llama ¡Fatalidad! La ley del progreso es que los monstruos desaparezcan ante los ángeles, y que la fatalidad se desvanezca ante la fraternidad. En el porvenir no habrá tinieblas, ni rayos, ni feroz ignorancia, ni pena del Talión. En el porvenir nadie será asesino; la tierra resplandecerá, y el género humano amará. Ciudadanos, llegará ese día en que todo será amor, concordia, armonía, luz, alegría y vida; vendrá, y para que venga vamos a morir.

Enjolras se calló. Sus labios de virgen se cerraron y quedó por algún tiempo de pie en el sitio en que había derramado aquella sangre, con una inmovilidad de mármol.

Su mirada fija hacía que se hablase bajo en su derredor.

Juan Prouvaire y Combeferre se estrechaban la mano silenciosamente, y recostados uno en otro en el ángulo de la barricada, miraban con una admiración algún tanto compasiva a aquel joven tan grave, verdugo y sacerdote, trasparente como el cristal, y duro como la roca.

Digamos aquí que, después del combate, cuando los cadáveres fueron llevados al depósito y registrados, se encontró a Le Cabuc una cédula de agente de policía. El autor de este libro ha tenido en sus manos en 1848 el informe especial dado con este motivo al prefecto de policía en 1832.

Añadamos que, si hemos de creer una tradición de policía, extraña pero probablemente fundada, Le Cabuc era Suena-dinero. Este miserable no dejó huella alguna de su desaparición; parece que se amalgamó con lo invisible. Su vida había sido tinieblas; su fin fué la noche.

Todo el grupo de insurgentes estaba aún sometido a la emoción de este suceso trágico, instruído y terminado tan rápidamente, cuando Courfeyrac vió en la barricada al jovencillo que por la mañana había preguntado en su casa por Mario.

Este muchacho, que tenía el aspecto atrevido e indiferente, había venido por la noche a buscar a los insurgentes.

LIBRO DECIMOTERCIO

Mario entra en la sombra.

I

DESDE LA CALLE PLUMET AL BARRIO DE SAN DIONISIO

Aquella voz que al través del crepúsculo había llamado a Mario a la barricada de la calle de Chanvrerie, le había producido el mismo efecto que la voz del destino. Quería morir, y se le presentaba la ocasión: llamaba a la puerta de la tumba, y una mano en la sombra le enseñaba la llave. Esas lúgubres aberturas que se hacen en las tinieblas ante la desesperación, son tentadoras. Mario separó la verja que le había dejado pasar tantas veces, salió del jardín, y dijo: «¡Vamos!»

Loco de dolor, no encontrando nada fijo y sólido en su cerebro, incapaz de aceptar nada de la suerte después de aquellos dos meses pasados en la embriaguez de la juventud y del amor, oprimido a la vez por todas las meditaciones de la desesperación, no tenía más que un deseo: concluir con su vida.

Empezó a andar rápidamente: precisamente iba armado con los dos cachorrillos que le dió Javert.

El joven a quien había creído ver, se había perdido en la obscuridad de las calles.

Mario, que había salido de la calle Plumet por el bulevar, atravesó la Explanada y el puente de los Inválidos, los Campos Elíseos, la plaza de Luis XV, y llegó a la calle Rívoli. Las tiendas estaban por allí abiertas, el gas lucía en los arcos, las mujeres compraban en las tiendas, se servían sorbetes en el Café Laiter, se comían pastelillos en la Pastelería Inglesa. Solamente algunas sillas de posta partían al galope del hotel de los Príncipes y del hotel Mauricio.

Mario entró por el pasadizo Delarme en la calle de San Honorato. Allí las tiendas estaban cerradas, los comerciantes hablaban delante de sus tiendas entreabiertas, los transeuntes circulaban, los faroles estaban encendidos; desde el primer piso, todas las ventanas estaban iluminadas como ordinariamente. En la plaza del Palacio Real había caballería.

Mario siguió la calle de San Honorato.

A medida que se apartaba del Palacio Real, encontraba menos ventanas iluminadas; las tiendas estaban completamente cerradas; nadie hablaba en los umbrales, la calle se obscurecía, y al mismo tiempo se espesaba la multitud, porque los transeuntes eran ya multitud. Nadie hablaba en aquella muchedumbre; y sin embargo, salía de ella un murmullo sordo y profundo.

Hacia la fuente del Arbol Seco había grupos inmóviles y sombríos, que estaban entre los que iban y venían como piedras en medio de una corriente.

A la entrada de la calle de Prouvaires, la multitud no andaba ya. Era un grupo resistente, macizo, sólido, compacto, casi impenetrable, de personas amontonadas, que hablaban en voz baja. Apenas había levitas negras ni sombreros redondos; chaquetones, blusas, casquetes, cabezas erizadas y terrosas. Esta multitud ondulaba confusamente en la bruma nocturna. Sus cuchicheos tenían el ronco sonido de un estremecimiento. Aunque ninguno andaba, se sentía un continuo pisoteo en el lodo. Más allá de este espesor de la multitud,

en la calle de Roule, en la de Pruvaires y en la prolongación de la de San Honorato, no había una sola vidriera en que se reflejase una luz. Veíanse perderse en aquellas calles las filas solitarias y decrecientes de los faroles. Los faroles de aquel tiempo parecían gruesas estrellas rojas colgadas de cuerdas y proyectaban en el suelo una sombra que tenía la forma de una gran araña.

Estas calles no estaban desiertas. Veíanse en ellas fusiles en pabellones, bayonetas que se movían, y tropas que vivaqueaban. Ningún curioso pasaba aquel límite : allí cesaba la circulación ; allí concluía la multitud, y empezaba el ejército.

Mario iba decidido, con la voluntad del hombre sin esperanza : le habían llamado, y le era preciso ir. Encontró medio de atravesar por entre la multitud y las tropas, se ocultó a las patrullas, y evitó los centinelas. Dió un rodeo, llegó a la calle Bettisy, y se dirigió hacia el Mercado. En el extremo de la calle de Bourdonnais no había ya faroles.

Después de haber atravesado la zona de la multitud, había pasado el límite de la tropa ; se veía envuelto en algo terrible : no encontraba ya ni un transeunte, ni un soldado, ni una luz ; nada. El silencio, la soledad, la noche, un frío que le sobrecogía : entrar en una calle era entrar en una cueva.

Continuó andando.

Dió algunos pasos, y pasó a su lado, algo corriendo. ¿Era un hombre? ¿Era una mujer? ¿Eran varios? No hubiera podido decirlo. Era una cosa que había pasado y se había desvanecido.

Así caminando llegó a una callejuela que creyó sería la de la Poterie, y hacia el medio de esta calle encontró un obstáculo. Extendió las manos, y tropezó con una carreta volcada : pisaba al mismo tiempo charcos de agua, lodazales, adoquines amontonados y esparcidos ; allí había una barricada bosquejada y abandonada. Pasó por encima de los adoquines y se encontró al otro lado del obstáculo. Iba siempre cerca de los guardacantones, y guiándose por las fachadas de las casas. Un poco más allá de la barricada, le pareció distinguir alguna cosa blanca, se acercó y vió dos bultos : eran dos caballos blancos ; los del ómnibus que desenganchó Bossuet por la mañana, los cuales habían andado errantes todo el día, y habían concluído por pararse allí con esa paciencia sumisa de los animales que no comprenden las acciones del hombre, lo mismo que el hombre no comprende las acciones de la Providencia.

Mario pasó adelante. Cuando llegó a una calle que le pareció la del Contrato Social, oyó un tiro que no sabía de dónde venía ; el fogonazo atravesó la obscuridad, pasó a su lado, y la bala fué a dar por encima de su cabeza en una bacía colgada a la puerta de una barbería. En 1846 se veía aún en la calle del Contrato Social, en el extremo de los pilares del mercado esta bacía agujereada.

Hasta aquel punto todo era aún vida : a partir de aquel momento, ya no encontró nada.

Todo este itinerario parecía una bajada por una escalera de sombrías gradas.

Pero no por eso se detuvo Mario.

II

PARÍS A VISTA DE BUHO

Un ser que hubiera podido cernerse sobre París en aquel momento con las alas del murciélago del mochuelo, habría descubierto un lúgubre espectáculo.

Todo el antiguo barrio del Mercado, que es como una ciudad dentro de otra, atravesado por las calles de San Dionisio y de San Martín, en que se cruzan mil callejuelas, de las cuales habían hecho los insurgentes sus reductos y su plaza de armas, se le habría presentado como un enorme agujero sombrío en el centro de París. La mirada se perdía allí en un abismo, y a causa de los faroles rotos y de las ventanas cerradas, allí cesaba toda luz, toda vida, todo rumor, todo movimiento. La policía invisible del motín velaba en todas partes y conservaba el orden, es decir, la noche ; porque la táctica necesaria de la insurrección es ocultar a los pocos en la gran obscuridad, multiplicar a los combatientes con la posibilidad que puede encerrar la lobreguez. Al caer el día, todas las ventanas en que había luz habían recibido alguna bala que apagaba

aquélla, y alguna vez también la vida del vecino. Así nada se movía : reinaba sólo el temor, la tristeza, el estupor en las casas ; y en las calles una especie de horror sagrado. Ni aun se distinguían las largas filas de ventanas y balcones, los cañones de las chimeneas, los tejados, los vagos reflejos que salen siempre del empedrado lleno de agua y lodo.

El que hubiera mirado desde lo alto en este conjunto de sombras, habría descubierto quizá aquí y allá, de distancia en distancia, algunos resplandores que permitían ver líneas quebradas y caprichosas, perfiles de extrañas construcciones, algo semejante a luces que fueran y vinieran por entre ruinas : eran las barricadas. El resto era un lago de obscuridad, brumoso, pesado, fúnebre, por encima del cual se elevaban sombríos, inmóviles y lúgubres, la torre de Santiago, la iglesia de San Merry, y otros dos o tres edificios, de esos que son gigantes hechos por el hombre, y que la noche convierte en fantasmas.

Alrededor de este laberinto desierto y alarmante, en los barrios en que aún no había cesado la circulación, en que aún había algunos faroles, el observador aéreo habría podido distinguir el centelleo metálico de los sables y bayonetas, el sordo rumor de la artillería, y el latido de los batallones silenciosos, que aumentaban de minuto en minuto : muralla formidable que se estrechaba y cerraba alrededor del motín.

El barrio de la insurrección no era más que una especie de monstruosa caverna : allí todo parecía dormido o inmóvil, y como acabamos de decir, cada calle no ofrecía más que una espesa sombra.

Sombra terrible, llena de peligros, de obstáculos desconocidos y espantosos ; sombra en que era temible penetrar y espantoso permanecer, donde los que entraban temblaban ante los que esperaban y los que esperaban temblaban ante los que venían : combatientes invisibles ocultos en las esquinas ; las bocas del sepulcro ocultas en las espesuras de la noche. Allí no podía esperarse más claridad que el relámpago de los fusiles, ni más encuentro que la aparición brusca y rápida de la muerte. ¿Dónde? ¿Cómo? No se sabía ; pero era una cosa cierta e inevitable. Allí en aquel lugar designado para la lucha, el gobierno y la insurrección, la guardia nacional y las sociedades populares, el orden y el motín iban a buscarse a tientas. Para unos y para otros la necesidad era la misma. Salir de allí muertos o vencedores ; ésta era su única salida. Situación de tal modo extrema, obscuridad de tal modo poderosa, que los más tímidos se sentían llenos de revolución, y los más atrevidos de terror.

Por lo demás, había por ambas partes igual furia, igual encarnizamiento, igual decisión. Para los unos avanzar era morir, y nadie pensaba en retroceder ; para los otros, quedarse era morir, y nadie pensaba en la fuga.

Era preciso que al salir el día quedase todo terminado, que el triunfo estuviese ya en uno o en otro bando, que la insurrección fuese una revolución o un chispazo apagado. El gobierno lo comprendía así, lo mismo que los partidos, lo mismo que el último ciudadano.

De aquí nacía una idea de angustia, que se mezclaba con la sombra impenetrable de aquel barrio en que todo iba a decidirse : de aquí un exceso de ansiedad alrededor de aquel silencio, de donde iba a salir la catástrofe.

No se oía más que un solo ruido ; ruido doloroso como un gemido, amenazador como una maldición, el toque a rebato de San Merry. Nada más glacial que el clamor de aquella campana perdida y desesperada, lamentándose en las tinieblas.

Como sucede muchas veces, la Naturaleza parecía haberse puesto de acuerdo con lo que los hombres iban a hacer : nada se oponía a las armonías de aquel conjunto. Las estrellas habían desaparecido : pesadas nubes cubrían el horizonte con sus melancólicos pliegues. Había un cielo negro sobre aquellas calles muertas, como si se desplegase una inmensa mortaja sobre aquella inmensa tumba.

Mientras que se preparaba una batalla política en aquel sitio que había visto ya tantos sucesos revolucionarios ; mientras que la juventud, las sociedades secretas, las escuelas en nombre de las teorías, y la clase media en nombre de los intereses se aproximaban para chocar, para luchar y derribarse ; mientras

que cada uno se aproximaba y llamaba la hora última y decisiva de la crisis, a lo lejos, fuera de este barrio fatal, en lo más profundo de las cavidades insondables de ese viejo París miserable que desaparece bajo el esplendor del París feliz y opulento, se oía sonar lúgubremente la sombría voz del pueblo.

Voz terrible y sagrada, que se compone del rugido de la fiera y de la palabra de Dios; que aterroriza a los débiles y avisa a los sabios; que viene siempre de abajo como el rugido del león, y de arriba, como el fragor del trueno.

III

LA ORILLA EXTREMA

Mario había llegado al Mercado.

Allí todo estaba más tranquilo, más obscuro e inmóvil que en las calles cercanas. Parecía que la paz glacial del sepulcro había salido de la tierra y se había extendido por el cielo.

Sin embargo, por encima de las casas que cerraban la calle de la Chanvrerie, por el lado de San Eustaquio, se descubría una claridad rojiza. Era el reflejo de la antorcha que ardía en la barricada de Corinto. Mario se dirigió hacia esa claridad; siguiéndola llegó al Mercado de Legumbres; descubrió la tenebrosa embocadura de la calle de Predicadores, y entró en ella. El centinela de los insurgentes, que vigilaba al otro lado de la calle, no lo vió. Conocía que estaba ya cerca de lo que iba buscando, y andaba de puntillas. Así llegó al recodo del trozo de la calle de Mondetour, que era la única comunicación conservada por Enjolras con lo exterior. En la esquina de la última casa, a la izquierda, adelantó la cabeza y miró en este trozo de calle.

Un poco más allá de la esquina que forma el callejón y la calle de la Chanvrerie, que producía la larga sombra en que estaba metido, descubrió algún resplandor en los adoquines, que era la entrada de la taberna, una lamparilla agonizando en una especie de muralla informe, y hombres acurrucados con fusiles entre las rodillas. Todo estaba a diez toesas de él. Era lo interior de la barricada.

Las casas que flanqueaban la callejuela por la derecha le ocultaban el resto de la taberna, la gran barricada y la bandera.

Mario no tenía que dar más que un paso.

Entonces, el desgraciado joven se sentó en un guardacantón, cruzó los brazos, y pensó en su padre.

Pensó en aquel heroico coronel Pontmercy, que había sido tan valiente soldado, que había defendido en tiempo de la República los fronteras de Francia, y llegado con el Emperador a las fronteras de Asia; que había visto a Génova, Alejandría, Milán, Turín, Madrid, Viena, Dresde, Berlín y Moscow; que había dejado en todos aquellos campos de gloria, de Europa, gotas de la misma sangre que Mario tenía en sus venas; que había envejecido antes de tiempo en la disciplina y el mando; que había vivido con el cinturón abrochado, con las charreteras que le caían sobre el pecho, con la escarapela ennegrecida por la pólvora, con la frente arrugada por el casco; en las barracas, en el campamento, en el vivac, en los hospitales de campaña, y que al cabo de veinte años había vuelto de las grandes guerras con una cicatriz en la mejilla, con el semblante risueño, sencillo, tranquilo, admirable, puro como un niño, habiendo hecho todo lo posible en favor de Francia, y nada contra ella.

Se dijo que ya le había llegado su día, que había sonado su hora, y que después de su padre, él también iba a ser valiente, intrépido, atrevido; iba a correr el peligro de las balas, a ofrecer su pecho a las bayonetas, a derramar su sangre, a buscar al enemigo, a buscar la muerte, que iba a hacer la guerra a su vez, a bajar al campo de batalla, y que este campo de batalla a que descendía era la calle, y que la guerra que iba a hacer, era la guerra civil.

Vió la guerra delante de sí como un precipicio en que iba a caer. Entonces se estremeció.

Se acordó de aquella espada de su padre vendida por su abuelo a un prendero, y que él había echado de menos con tanto sentimiento. Se dijo que había hecho muy bien aquella valiente y casta espada en haber huído de sus manos y haberse perdido irritada en las tinieblas; que si había huído de esta

manera, era porque tenía inteligencia, y preveía el porvenir ; porque presentía el motín, la guerra de las calles, las descargas por los respiraderos de las cuevas, los golpes dados y recibidos por la espalda : porque, viniendo de Marengo y de Friendland, no quería ir a la calle de la Chanvrerie ; porque después de haber hecho lo que había hecho con su padre, no quería servir para aquello el hijo.

Se dijo que si aquella espada estuviese allí, que si habiéndola recibido de la cabecera de su padre muerto, se hubiera atrevido a empuñarla y a llevarla a este combate nocturno, entre franceses, en una encrucijada, de seguro le quemaría las manos, y resplandecería a su vista como la espada del ángel. Se dijo que era una felicidad no llevarla consigo, y que habría desaparecido porque así era justo ; que su abuelo había sido el verdadero guardián de la gloria de su padre, y que era mejor que la espada del coronel hubiera sido subastada en almoneda, vendida a un prendero, tirada entre hierro viejo, que emplearla en herir a la patria.

Después se echó a llorar amargamente.

Esto era horrible. Pero, ¿qué hacer? Vivir sin Cosette era imposible ; y puesto que se había marchado, era preciso morir. ¿No le había dado su palabra de honor de que moriría? Ella había partido sabiéndolo así ; luego le agradaba que Mario muriera. Además, era evidente que ella no le amaba, puesto que se había ido así, sin avisarle, sin decirle una palabra, sin escribirle una letra, sabiendo sus señas. ¿Para qué, pues, vivir ya? Además, ¡haber ido hasta allí y retroceder ! ¡Haberse aproximado al peligro y huir ! ¡Haber ido a ver la barricada y alejarse de ella ! ¡Alejarse temblando y diciendo : «¡ He hecho bastante, he visto, y esto me basta ; esto es la guerra civil, me voy !» ¡Abandonar a sus amigos que le esperaban, que quizá le necesitaban, que eran un puñado contra un ejército ! ¡Faltar a todo a la vez, al amor, a la amistad, a su palabra ! ¡Dar a su cobardía el pretexto del patriotismo ! Pero esto era imposible ; y si el fantasma de su padre estuviese allí en la sombra y le viese retroceder, le azotaría con la espada de plano, y le gritaría : «¡ Anda, cobarde !»

Dominado por el vaivén de estos pensamientos, bajó la cabeza.

De pronto la levantó : acababa de verificarse en su espíritu una especie de rectificación espléndida. Hay una dilatación del pensamiento propia de la aproximación de la tumba : al acercarse a la muerte, se ve la verdad. La visión de la acción, en la cual se veía quizá próximo a entrar, se le presentaba, no ya horrible, sino soberbia. La guerra de las calles se cambió súbitamente por una desconocida modificación anímica interior, ante la vista de su inteligencia. Todos los tumultuosos puntos de interrogación del delirio se le aparecieron en conjunto, pero sin turbarle, y no dejó de responder a ninguno.

Veamos : ¿Por qué se indignaría su padre? ¿Acaso no hay circunstancias en que la insurrección se eleva hasta la dignidad del deber? ¿Por qué, pues, había de empequeñecerse el hijo del coronel Pontmercy en el combate que iba a empeñarse? Esto no es ya Montmirail, ni Champaubert ; es otra cosa. No se trata de un territorio sagrado, sino de una idea santa. La patria se queja, bien ; pero la humanidad aplaude. ¿Pero es verdad que la patria se queja? Francia vierte sangre, pero la humanidad sonríe, y ante la sonrisa de la libertad, Francia olvida su herida. Además, viendo las cosas desde punto más elevado, ¿quién hablaría de la guerra civil? ¡La guerra civil ! ¿Qué quiere decir esto? ¿Acaso toda guerra entre hombres no es una guerra fratricida? La guerra no se califica por su objeto. No hay ni guerra extranjera, ni guerra civil ; no hay más que guerra justa o guerra injusta. Hasta el día en que se concluya el gran concordato humano, la guerra, a lo menos la que representa el esfuerzo del porvenir que se apresura, contra el pasado que se retarda, puede ser necesaria. ¿Qué hay, pues, que censurar en esa guerra?

La guerra no es una vergüenza ; la espada no se convierte en puñal sino cuando asesina el derecho, el progreso, la razón, la civilización, la verdad. Entonces guerra civil o guerra extranjera, es inicua ; se llama crimen. Fuera de

esta cosa santa, la justicia. ¿Con qué derecho una forma cualquiera de la guerra condenará a otra? ¿Con qué derecho la espada de Wáshington renegará de la pica de Camilo Desmoulins? Leónidas contra el extranjero, Timoleón contra el tirano. ¿Cuál de estos dos es más grande? El uno es defensor, el otro libertador. ¿Será malo sin pensar en el fin todo armamento en el interior de la ciudad? Entonces infamad a Bruto, a Marcelo, a Arnoldo de Blankenheim, a Coligny. ¡Guerra de los campos! ¡Guerra de las calles! ¿Por qué no? Esta era la guerra de Ambiorix, de Arteveldo, de Marnix, de Agneesens. Pero Ambiorix luchaba contra Roma, Arteveldo contra Francia, Marnix contra España, Agneesens contra el Austria; todos contra el extranjero. Pues bien, la opresión es el extranjero; el derecho divino es el extranjero.

El despotismo viola la frontera moral, como la invasión viola la frontera geográfica. Expulsar al tirano o expulsar al inglés, es en ambos casos recuperar el propio territorio. Llega una hora en que no basta protestar; después de la filosofía, viene la acción: la viva fuerza concluye lo que la idea bosqueja; Prometeo encadenado empieza, y concluye Aristogiton; la enciclopedia ilumina las almas; el 10 de agosto las electriza. Después de Esquilo, viene Trasíbulo; después de Diderot, Danton. La multitud tiene cierta tendencia a admitir un amo. Su masa produce la apatía: la multitud se totaliza fácilmente en la obediencia. Y es preciso removerla, empujarla, animar a los hombres con el beneficio de su libertad, deslumbrar sus ojos con la verdad, arrojarle la luz a puñados. Es preciso que se vean un poco deslumbrados para su propia salvación, porque este deslumbramiento los despierta.

De aquí proviene la necesidad de los motines y de las guerras. Es preciso que aparezcan grandes combatientes, que iluminen a las naciones, con su audacia, y sacudan a esta triste humanidad; que cubran de sombra el derecho divino, la gloria de los Césares, la fuerza, el fanatismo, el poder irresponsable y las majestades absolutas, legión estúpidamente ocupada en contemplar en su esplendor crepuscular esos sombríos triunfos de la noche. ¡Abajo el tirano! ¿Pero de quién habláis? ¿Llamáis tirano a Luis Felipe? No: ni tampoco a Luis XVI. Ambos son lo que la historia suele llamar buenos reyes, pero los principios no se dividen; la lógica de lo verdadero es rectilínea; la verdad no tiene complacencias; no hay, pues, concesión; toda compasión hacia el hombre debe reprimirse: hay derecho divino en Luis XVI; le hay por su familia en Luis Felipe: ambos representan, en cierta medida, la confiscación del derecho; y para derribar la usurpación universal, es preciso combatirlos, es preciso; y Francia, como siempre, empieza a hacerlo. Cuando el jefe cae en Francia, cae en todas partes.

En suma, restablecer la verdad social, volver su trono a la libertad, volver al pueblo a su hogar, volver al hombre la soberanía, volver la púrpura a la cabeza de Francia, restaurar en su plenitud la razón y la equidad, suprimir todo germen de antagonismo, restituyendo cada uno a sí mismo, aniquilar el obstáculo que el realismo presenta a la inmensa concordia universal, poner al género humano al nivel del derecho, ¿qué causa más justa, y por consiguiente qué guerra más grande? Estas guerras traen la paz. Una enorme fortaleza de preocupaciones, de privilegios, de supersticiones, de mentiras; de exacciones, de abusos, de violencias, de iniquidades, de tinieblas, se descubre aún de pie sobre el mundo con su torres de odio. Es preciso derribarla; es preciso derribar esa masa monstruosa. Vencer en Austerlitz es cosa grande; pero tomar la Bastilla es una cosa inmensa.

No hay nada que no haya observado en sí mismo lo que vamos a decir: el alma, esa maravilla de unidad y ubicuidad, tiene la rara aptitud de reflexionar casi fríamente en los extremos más violentos; y sucede muchas veces, que la pasión desesperada y la más profunda desesperación, aun en la agonía de sus más fúnebres monólogos, tratan de ciertos asuntos y discuten tesis. La lógica se mezcla con la convulsión, y el hilo del silogismo flota, sin romperse, en la lúgubre tempestad del pensamiento.

En esta situación de ánimo se encontraba Mario.

Al mismo tiempo que así pensaba, decaído, pero resuelto, vacilante, sin embargo, y, en suma, temblando ante lo que iba a hacer, su mirada vagaba por lo interior de la barricada. Los insurgentes estaban hablando a media voz, sin moverse ; se sentía ese casi silencio que distingue la última fase de la espera. Por encima de ellos, en una ventana del tercer piso, Mario distinguía una especie de espectador o testigo, que le parecía singularmente atento. Era el portero muerto por Le Cabuc. Desde abajo, a la luz de la antorcha metida entre adoquines, se descubría vagamente su cabeza. Nada más extraño que aquella claridad sombría e incierta, que aquella faz lívida e inmóvil, asombrada, con los cabellos erizados, los ojos abiertos y fijos, la boca entreabierta, inclinada hacia la calle en actitud de curiosidad. Parecía que el que estaba muerto contemplaba a los que iban a morir.

Un largo rastro de sangre, que había salido de aquella cabeza, corría en hilos rojizos desde la ventana hasta la altura del primer piso, en que desaparecía.

LIBRO DÉCIMOCUARTO

La grandeza de la desesperación.

I

LA BANDERA ROJA DERRIBADA

Aun no venía nadie : las diez habían dado en San Merry. Enjolras y Combeferre habían ido a sentarse con la carabina en la mano cerca de la cortadura de la barricada mayor : no hablaban ; escuchaban tratando de oír aún el ruido de la marcha sorda y más lejana.

De repente, en medio de aquella calma lúgubre, se oyó una voz clara, joven, alegre, que parecía venir de la calle de San Dionisio, y que empezó a cantar con el tono de una antigua canción popular, esta otra que terminaba por un grito semejante al canto del gallo :

> Mi nariz destila lágrimas,
> préstame, amigo Bugeaud,
> la de uno de tus gendarmes,
> que sea de lo mejor.
> Con ella podré a la calle
> salir luciendo este talle
> que envidia a los mozos da.
> Quiquiriquí, cacaracá.

Ellos se apretaron la mano.

—Es Gavroche—dijo Enjolras.

—Nos avisa—dijo Combeferre.

Una carrera precipitada turbó el silencio de la calle desierta ; Gavroche saltó con más agilidad que un clown por encima del ómnibus, y cayó en medio de la barricada, sofocado y gritando :

—¡ Mi fusil ! ¡ Ahí están !

Un estremecimiento eléctrico recorrió toda la barricada ; y se oyó el movimiento de las manos buscando los fusiles.

—¿Quieres mi carabina? — dijo Enjolras al pilluelo.

—Quiero el fusil grande—respondió Gavroche.

Y cogió el fusil de Javert.

Casi al mismo tiempo que entró Gavroche se habían retirado dos centinelas : el de la esquina de la calle, y el vigía de la pequeña Truanderie ; el de la esquina de la calle de Predicadores se había quedado en su puesto, lo que indicaba que por el lado de los puentes del Mercado no venía nadie.

La calle de la Chanvrerie, en que apenas se distinguían algunos adoquines al reflejo de la luz que se proyectaba sobre la bandera, ofrecía a los insurgentes el aspecto de un gran pórtico abierto en una humareda.

Cada uno se había colocado en su puesto de combate.

Cuarenta y tres insurgentes, entre los que se contaban Enjolras, Combeferre, Courfeyrac, Bossuet, Joly, Bahorel y Gavroche, estaban arrodillados en la gran barricada, con las cabezas a flor del parapeto, los cañones de los fusiles y de las carabinas apuntando a los guijarros como a asesinos, atentos, mudos, y dispuestos a hacer fuego.

Otros seis, mandados por Feuilly, se habían instalado, apuntando en las dos ventanas de los dos pisos de Corinto.

Pasáronse así algunos instantes ; después se oyó claramente por el lado de San Leu un ruido de pasos acompasados, numerosos.

Este ruido, débil al principio, más fuerte luego, luego más y sonoro, se aproximaba lentamente, sin hacer un alto, sin interrupción, con una continuidad tranquila y terrible.

No se oía ninguna otra cosa.

Era al mismo tiempo el silencio y el ruido de la estatua del Comendador; pero este paso de piedra tenía algo de enorme y de múltiple, que despertaba la idea de una multitud, al mismo tiempo que la idea de un espectro.

Parecía oírse marchar la terrible estatua-legión. Los pasos se aproximaron, se aproximaron más y se detuvieron.

Al extremo de la calle se oía como el aliento de muchos hombres.

Sin embargo, no se veía nada, solamente se distinguía en el fondo, en aquella espesa obscuridad, una multitud de hilos metálicos, finos como agujas y casi imperceptibles, que se agitaban, semejantes a esos indescriptibles fulgores fosfóricos que se descubren, en el momento de dormirse, bajo los párpados cerrados, en las primeras sombras del sueño.

Eran las bayonetas y los cañones de los fusiles confusamente iluminados por la reverberación lejana de la antorcha.

Hubo aún una pausa como si esperasen por ambos lados. De repente, desde el fondo de aquella sombra, una voz tanto más siniestra cuanto que no se veía a nadie, y parecía que hablaba la misma obscuridad, gritó:

—¿Quién vive?

Al mismo tiempo se oyó el golpe de los fusiles que caían sobre las manos.

Enjolras respondió con acento vibrante y altanero:

—¡Revolución francesa!

—¡Fuego!—dijo una voz.

Un relámpago iluminó todas las fachadas de la calle como si la puerta de un horno se hubiese abierto y cerrado rápidamente.

Una terrible detonación estalló sobre la barricada. La bandera roja cayó al suelo. La descarga había sido tan violenta y tan densa, que había cortado el asta, es decir, la punta de la lanza del ómnibus. Las balas que habían rebotado en las fachadas de las casas penetraron en la barricada, e hirieron a muchos hombres.

La impresión de esta primera descarga fué glacial. El ataque era violento y de tal naturaleza, que pareció grave a los más atrevidos: era evidente que debían luchar con un regimiento por lo menos.

—Compañeros—gritó Courfeyrac—, no gastemos pólvora en balde. Esperemos a que entren en la calle para contestarles.

—Antes de todo—dijo Enjolras—, icemos de nuevo la bandera.

Precisamente había caído a sus pies, y la levantó.

Oíase por fuera el ruido de las baquetas en los fusiles; la tropa cargaba las armas. Enjolras añadió:

—¿Quién tiene corazón aquí? ¿Quién se atreve a clavar la bandera sobre la barricada?

Ninguno respondió. Subir a la barricada en el momento en que la estaban apuntando de nuevo, era morir; y el más valiente dudaba al condenarse a muerte. Enjolras mismo temblaba y repitió:—¿Nadie se atreve?

II

LA BANDERA ROJA IZADA

Desde que los insurgentes habían llegado a Corinto y empezado a construir la barricada, nadie se había acordado del señor Mabeuf, que, sin embargo, no había abandonado el grupo. Había entrado en el piso bajo de la taberna, sentándose detrás del mostrador. Allí se había anonadado en sí mismo, por decirlo así: parecía que no veía, ni pensaba. Courfeyrac, y otros se habían acercado a él, advirtiéndole del peligro, aconsejándole que se retirara, sin que pareciera que los hubiera oído. Cuando no le hablaban, se movían sus labios como si contestase a alguno, y así que se le hablaba, permanecían inmóviles, y se apagaban sus ojos.

Algunas horas antes de que fuese atacada la barricada había tomado una postura que no había abandonado, con ambas manos sobre las rodillas y la cabeza inclinada hacia adelante como si estuviese mirando un abismo. Nada había podido sacarle de esa actitud; no parecía que su pensamiento estuviese en la barricada.

Cuando cada uno ocupó su puesto de combate, no quedaron en la sala baja más que Javert atado al poste, un insurgente con el sable desnudo custodiándole, y el señor Mabeuf. En el momento del ataque, de la detonación, le con-

movió una sacudida física, y como si despertase se levantó bruscamente, atravesó la sala, y apareció en la puerta de la taberna en el momento en que Enjolras repetía por segunda vez su pregunta:

—¿No se atreve nadie?

La presencia del anciano causó una especie de conmoción en todos los grupos, y se oyeron estos gritos:

—¡Es el votante! ¡El convencional! ¡El representante del pueblo!

Es muy probable qué él no lo oyera.

Dirigióse hacia Enjolras: los insurgentes se apartaban a su paso con religioso temor; cogió la bandera a Enjolras que retrocedió petrificado, y sin que nadie se atreviese a detenerle ni a auxiliarle, aquel anciano de ochenta años, con la cabeza temblorosa y el pie firme, empezó a subir lentamente la escalera de adoquines hecha en la barricada. Era aquello tan sombrío y tan grande, que todos gritaron a su alrededor:

—¡Abajo los sombreros!

A cada escalón que subía, sus cabellos blancos, su faz decrépita, su gran frente calva y arrugada, sus ojos hundidos, su boca asombrada y abierta, con la bandera roja en su envejecido brazo, saliendo de la sombra, engrandeciéndose en la claridad sangrienta de la antorcha, parecía el espectro de 1793 saliendo de la tierra con la bandera del terror en la mano.

Cuando estuvo en lo alto del último escalón, cuando aquel fantasma tembloroso y terrible, de pie sobre aquel montón de escombros, en presencia de mil doscientos fusiles invisibles, se levantó enfrente de la muerte, y como si fuese más fuerte que ella, toda la barricada tomó en las tinieblas un aspecto sobrenatural y colosal.

Hubo ese silencio que sólo producen en su derredor los prodigios.

En medio de este silencio, el anciano agitó la bandera roja, y gritó:

—¡Viva la Revolución! ¡Viva la República! ¡Fraternidad, igualdad y la muerte!

Oyóse desde la barricada un cuchicheo bajo y rápido semejante al de un sacerdote que despacha apresurado una oración. Era probablemente el comisario de policía que hacía las intimaciones legales desde el otro extremo de la calle.

Después, la misma voz vibrante que había dicho ¿quién vive? gritó:

—¡Retiraos!

El señor Mabeuf, pálido, con los ojos extraviados, las pupilas iluminadas con lúgubres fulgores, levantó la bandera por encima de su frente, y repitió:

—¡Viva la República!

—¡Fuego!—dijo la voz.

Una segunda descarga semejante a una metralla cayó sobre la barricada.

El anciano se dobló sobre sus rodillas, después se levantó, dejó escapar la bandera de sus manos, y cayó hacia atrás sobre el suelo, inerte, a todo lo largo, y con los brazos en cruz.

Arroyos de sangre corrieron por debajo de su cuerpo. Su arrugado rostro, pálido y triste, pareció mirar al cielo.

Una de estas emociones superiores al hombre, que le hacen olvidarse aun de su propia defensa, sobrecogió a los insurgentes, y se aproximaron al cadáver con respetuoso espanto.

—¡Qué hombres son estos regicidas!—dijo Enjolras.

Courfeyrac se inclinó al oído de Enjolras.

—No lo digo por ti, y no quiero disminuir tu entusiasmo; pero éste no fué nunca regicida. Lo conocía; se llamaba el señor Mabeuf, y no sé qué tendría hoy, pero era un soberbio tonto; mira su cabeza.

—Cabeza de tonto y corazón de bruto—respondió Enjolras.

Después elevó la voz, y dijo:

—Ciudadanos: este es el ejemplo que los viejos dan a los jóvenes. Estábamos dudando, y se ha presentado; retrocedíamos, y él ha avanzado. ¡Ved aquí lo que los que tiemblan de viejos enseñan a los que tiemblan de miedo! Este anciano es augusto a los ojos de la patria: ha tenido una larga vida, y una magnífica muerte. ¡Retiremos ahora el cadáver, y que cada uno de nosotros defienda a este anciano muerto, como defendería a su padre vivo: que su presencia haga inaccesible nuestra barricada!

Un murmullo de enérgica adhesión siguió a estas palabras.

Enjolras se encorvó, levantó la cabeza del anciano, y le besó con solemni-

dad en la frente; después, separándole los brazos y manejándole con tierna precaución, como si temiese hacerle daño, le quitó la levita, enseñó sus sangrientos agujeros, y dijo:

—¡Esta será nuestra bandera!

III

DONDE VERÁ EL LECTOR QUE GAVROCHE HABRÍA HECHO MEJOR EN TOMAR LA CARABINA DE ENJOLRAS.

Cubrióse al señor Mabeuf con un viejo pañuelo negro de la viuda Hucheloup; seis hombres hicieron con sus fusiles una camilla de campaña, pusieron en ella el cadáver, y lo llevaron con la cabeza desnuda, con solemne lentitud, a la mesa grande de la sala baja.

Aquellos hombres, comprometidos en la sagrada y grave revolución que estaban realizando, no pensaban en su peligrosa situación.

Cuando el cadáver pasó cerca de Javert, que continuaba impasible, Enjolras dijo al espía:

—¡Y tú, en seguida!

Entretanto, el pequeño Gavroche, único que no había abandonado su puesto, quedándose en observación, creía ver algunos hombres que se aproximaban como lobos a la barricada.

De repente gritó:

—¡Desconfiad!

Courfeyrac, Enjolras, Juan Prouvaire, Combeferre, Joly, Bahorel y Bossuet, todos salieron en tumulto de la taberna. Apenas era ya tiempo.

Descubríase un gran espesor de bayonetas ondulando por encima de la barricada.

Los granaderos de la guardia municipal penetraban en ella, unos saltando el ómnibus, otros por la cortadura, empujando al pilluelo, que retrocedía sin huír.

El instante era crítico.

Era aquel primer terrible minuto de la inundación, cuando el río se levanta al nivel de sus barreras, y el agua empieza a infiltrarse por las hendeduras de los diques. Un segundo más, y la barricada estaba perdida.

Bahorel se lanzó sobre el primer guardia, y le mató de un tiro a quema ropa con su carabina; el segundo mató a Bahorel de un bayonetazo. Otro había derribado a Courfeyrac que gritaba:

—¡A mí!

El más alto de todos, una especie de coloso, se dirigía contra Gavroche con la bayoneta calada.

El pilluelo cogió en sus pequeños brazor el enorme fusil de Javert, apuntó resueltamente al gigante, y dejó caer el gatillo; pero el tiro no salió.

El guardia municipal dió una carcajada, y levantó la bayoneta sobre el niño.

Pero antes que hubiera podido tocarle, el fusil se escapó de manos del soldado, y cayó de espaldas herido de un balazo en medio de la frente.

Una segunda bala daba en medio del pecho al otro guardia que había derribado a Courfeyrac.

Era Mario que acababa de entrar en la barricada.

IV

EL BARRIL DE PÓLVORA

Mario, oculto en el recodo de la calle de Mondetour, había asistido a la primera fase del combate, irresoluto y tembloroso. Sin embargo, no había podido resistir mucho tiempo ese vértigo misterioso y soberano, que se podría llamar la atracción del abismo. Ante la inminencia del peligro, ante la muerte del señor Mabeuf, fúnebre enigma, ante Bahorel muerto, ante Courfeyrac gritando: «¡A mí!», ante aquel niño amenazado, ante sus amigos a quienes debía socorrer o vengar, se desvaneció toda vacilación, y se mezcló en la pelea con sus dos pistolas en la mano. Del primer tiro salvó a Gavroche, y del segundo a Courfeyrac.

A los tiros y a los gritos de los guardias heridos la columna había subido al parapeto, en cuya cumbre se veían sobresalir a medio cuerpo y en tumulto guardias municipales, soldados de línea y guardias nacionales de las cercanías con el fusil en la mano.

Cubrían ya más de los dos tercios de la barricada, pero no saltaban dentro, como si dudasen, temiendo algún lazo. Miraban a la barricada obscura como a una cueva de leones: la luz de la antorcha no iluminaba más que las bayo-

netas, las gorras de pelo, y lo alto de los rostros inquietos e irritados.

Mario no tenía ya armas, había tirado sus pistolas descargadas, pero había visto el barril de pólvora en la sala baja cerca de la puerta.

Al volverse un poco mirando hacia este lado, le apuntó un soldado; pero en aquel momento una mano agarró el cañón del fusil, tapándole la boca; era uno que se había lanzado al fusil; el obrero del pantalón de pana. Salió el tiro, le atravesó la mano, y tal vez el cuerpo, porque cayó al suelo, sin que la bala tocase a Mario.

Todo esto sucedió en medio del humo, y fué más bien vislumbrado que visto. Mario, que entraba en la sala baja, apenas lo notó. Sin embargo, había visto confusamente aquel fusil que le apuntaba, y aquella mano que le había tapado; había oído también el tiro; pero en tales momentos, todas las cosas que se ven son vacilantes y precipitadas, y nada nos detiene; todo es sombra, y aun se siente uno impulsado por otra sombra mayor.

Los insurgentes, sorprendidos, pero no asustados, se habían reorganizado. Enjolras había gritado: «¡Esperad! ¡no tiréis al acaso!» porque en la primera confusión podían herirse unos a otros. La mayor parte habían subido a la ventana del primer piso, y a las bohardillas, desde donde dominaban a la tropa. Los más arriesgados, con Enjolras, Courfeyrac, Juan Prouvaire y Combeferre, se habían recostado fieramente en las casas del fondo, a descubierto, y hacían frente a las filas de los soldados y de guardias que coronaban la barricada.

Todo esto se hizo sin precipitación, con esa gravedad extraña y amenazadora que precede al combate. Por ambas partes se apuntaban a quema ropa, estaban tan cerca, que podían hablarse sin elevar la voz. Cuando llegó ese momento en que va a saltar la chispa, un oficial con gola y grandes charreteras, extendió la espada, y dijo:

—¡Rendid las armas!

—¡Fuego!—gritó Enjolras.

Las dos detonaciones partieron al mismo tiempo y todo desapareció en una nube de humo.

Humo acre y sofocante en que se arrastraban dando gemidos débiles y sordos, heridos y moribundos.

Cuando se disipó el humo, se vió por ambos lados a los combatientes, en el mismo sitio, cargando sus armas en silencio.

De repente se oyó una voz tonante que gritaba:

—¡Retiraos, o hago volar la barricada!

Todos se volvieron hacia el sitio de donde salía esta voz.

Mario había entrado en la sala baja, y había cogido el barril de pólvora: después se había aprovechado del humo y de la especie de la obscura niebla que llenaba el espacio cerrado, para deslizarse a lo largo de la barricada hasta el hueco de adoquines en que estaba la luz. Coger ésta, poner en su lugar el barril de pólvora, colocar la pila de adoquines sobre el barril, cuya tapa se había abierto al momento con una especie de obediencia terrible, todo esto había sido para Mario bajarse y levantarse.

En aquel momento, todos, guardias nacionales, municipales, oficiales y soldados, apelotonados en el otro extremo de la calle, le miraban con estupor, con el pie sobre los adoquines, la antorcha en la mano, su altivo rostro iluminado por una resolución fatal, inclinando la llama de la antorcha hacia aquel montón terrible en que se distinguía el barril de pólvora roto, y dando este grito aterrador:

—¡Retiraos, o hago volar la barricada!

Mario en aquella barricada, después del octogenario, era la visión de la juventud revolucionaria después de la aparición de la vejez revolucionaria.

—¡Saltar la barricada!—dijo un sargento—: ¡tú saltarás también!

Mario respondió:

—Y yo también.

Y acercó la luz al barril de pólvora.

Pero ya no había nadie en el parapeto.

Los agresores, dejando sus heridos y sus muertos, se retiraban atropelladamente hacia el extremo de la calle, perdiéndose de nuevo en la obscuridad. Habíase dado el «sálvese quien pueda».

La barricada estaba libre.

V

FIN DE LOS VERSOS DE JUAN PROUVAIRE

Todos rodearon a Mario. Courfeyrac le abrazó.

—¡Tú aquí!

—¡Qué felicidad!—dijo Combeferre.

—¡Has venido a tiempo!—dijo Bossuet.

—¡Si no es por ti, hubiera muerto!—añadió Courfeyrac.

—¡Sin vos, me hubieran comido!—dijo Gavroche.

Mario preguntó:

—¿Quién es el jefe?

—Tú—contestó Enjolras.

Mario había tenido todo el día un volcán en la cabeza; ahora tenía un torbellino que le producía el mismo efecto que si estuviese fuera de él y le arrastrasen; parecía que estaba ya a una distancia inmensa de la vida.

Los dos meses luminosos de amor y de alegría por que había pasado, terminaban en este horrible precipicio.

Cosette perdida para él, la barricada, el señor Mabeuf dando su vida por la República, él convertido en jefe de los insurgentes; todas estas cosas le parecían una monstruosa pesadilla.

Tenía que hacer un esfuerzo de voluntad para convencerse de la realidad de lo que le rodeaba.

Mario había vivido aún muy poco para saber que nada es más inminente que lo posible, y que lo que hay que prever siempre es lo imprevisto. Asistía a su propio drama como a una escena que no se comprende.

En aquella bruma en que estaba sumergido su pensamiento, no conoció a Javert, que atado al poste no había hecho ni un movimento de cabeza durante el ataque de la barricada, y que miraba agitarse la rebelión en su derredor con la resignación de un mártir y la majestad de un juez. Mario ni aun lo vió.

Mientras tanto los agresores no se movían; se les oía andar y hormiguear al fin de la calle, pero no se aventuraban, ya porque estuviesen esperando órdenes, ya porque quisiesen recibir refuerzos antes de atacar aquel inaccesible reducto.

Los insurgentes habían puesto centinelas, y algunos que eran estudiantes de medicina curaban los heridos.

Se habían sacado todas las mesas fuera de la taberna, excepto dos, destinadas a las hilas y a los cartuchos, y otra en que estaba tendido el señor Mabeuf; se habían agregado a la barricada, y habían sido reemplazadas en las sala baja por los colchones de la cama de la tía Hucheloup y de las criadas: en estos colchones se había echado a los heridos.

En cuanto a las tres pobres criaturas que vivían en Corinto, no se sabía qué habían hecho; por último se las encontró ocultas en la cueva — como ahogadas—; según dijo Bossuet, añadiendo:

—¡Mujeres al fin!

Una aguda emoción vino a entristecer la alegría del recobrado parapeto.

Pasóse lista, y faltaba uno de los insurgentes; uno de los más queridos, uno de los más valientes: Juan Prouvaire. Le buscaron entre los heridos, no estaba; entre los muertos, no estaba; sin duda había caído prisionero.

Combeferre dijo a Enjolras:

—Nos han cogido nuestro amigo; tenemos a su agente. ¿Quieres la muerte de ese espía?

—Sí—respondió Enjolras—, pero menos que la vida de Juan Prouvaire.

Esto pasaba en la sala baja cerca del poste de Javert.

—Pues bien—dijo Combeferre—, voy a atar el pañuelo a mi bastón, a presentarme como parlamentario, y a ofrecerles el canje de su hombre por el nuestro.

—Escucha—dijo Enjolras, poniendo su mano sobre el brazo de Combeferre.

Oíase al extremo de la calle un crujido de armas significativo.

Después se oyó una voz vigorosa que gritó:

—¡Viva Francia! ¡viva el porvenir!

Conocieron la voz de Juan Prouvaire.

Pasó un relámpago y sonó una detonación.

Volvió a suceder el silencio.

—¡Le han muerto!—exclamó Combeferre.

Enjolras miró a Javert, y le dijo:

—¡Tus amigos acaban de fusilarte!

VI

LA AGONÍA DE LA MUERTE DESPUÉS DE LA AGONÍA DE LA VIDA

Una particularidad de este género de guerra, es que el ataque de las barricadas se verifica casi siempre de frente, y en general los agresores se abstienen de rodear las posiciones, ya porque teman las emboscadas, ya porque teman meterse en calles tortuosas. Toda la atención de los insurgentes se dirigía, pues, a la gran barricada, que era evidentemente el punto más amenazado, y donde debía empezar infaliblemente la lucha. Mario, sin embargo, pensó en la barricada pequeña ; fué a ella, y la encontró desierta, guardada sólo por la temblorosa lamparilla. La calle Mondetour y las encrucijadas de la pequeña Truanderie y del Cisne estaban profundamente tranquilas.

Cuando Mario se retiraba, después de hacer su visita de inspección, oyó que le llamaban débilmente :

—¡ Señor Mario !

Se estremeció, porque conoció la voz que le había llamado dos horas antes por la verja de la calle Plumet.

Sólo que esta voz parecía ahora un soplo.

Miró en su derredor, y no vió a nadie.

Mario creyó que se había engañado ; que aquella voz era una ilusión que su ánimo había mezclado con las realidades extraordinarias que pasaban ante sus ojos, y dió un paso para salir del profundo recodo en que estaba la barricada.

—¡ Señor Mario !—repitió la voz.

Esta vez no podía dudar ; la había oído claramente ; miró y no vió nada.

—Estoy a vuestros pies—dijo la voz.

Entonces se inclinó, y vió en la sombra un bulto que se arrastraba hacia él : era el que hablaba.

La lamparilla le permitió distinguir una blusa, un pantalón roto, de pana, unos pies descalzos, y una cosa semejante a un mar de sangre. Mario entrevió un rostro pálido que se elevaba hacia él, y que le dijo :

—¿ Me conocéis?

—No.

—Eponina.

Mario se bajó rápidamente. Era, en efecto, aquella desgraciada muchacha : estaba vestida de hombre.

—¿ Cómo estáis aquí? ¿ Qué hacéis ahí?

—¡ Me muero !—dijo ella.

Hay palabras e incidentes que vigorizan al hombre decaído. Mario exclamó sobresaltado :

—¡ Estáis herida ! Esperad ; voy a llevaros a la sala. Allí os curarán. ¿ Es cosa grave? ¿ Cómo he de cogeros para no haceros daño? ¿ Padecéis mucho? ¡ Socorro, Dios mío ! ¿ Pero qué habéis venido a hacer aquí?

Y trató de pasar el brazo por debajo de Eponina para levantarla.

Al levantarla encontró su mano.

Ella dió un débil grito.

—¿ Os he hecho daño? — preguntó Mario.

—Un poco.

—Pero sólo os he tocado en la mano.

Eponina acercó la mano a los ojos de Mario, y le enseñó en ella un agujero negro.

—¿ Qué tenéis en la mano?—le preguntó.

—La tengo atravesada.

—¿ Atravesada?

—Sí.

—¿ De qué?

—De una bala

—¿ Cómo?

—¿ No habéis visto un fusil que os estaba apuntando?

—Sí, y una mano que lo tapó.

—Era la mía.

Mario se estremeció.

—¡ Qué locura ! ¡ Pobre niña ! Pero si es eso, no es nada ; os voy a llevar a una cama y os curarán ; no se muere nadie por tener una mano atravesada.

Ella murmuró :

—La bala ha atravesado la mano, pero ha salido por la espalda : es inútil que me mováis de aquí. Yo os diré cómo podéis curarme mejor que un cirujano : sentaos a mi lado en esta piedra.

Mario obedeció ; ella puso la cabeza sobre sus rodillas, y le dijo sin mirarle :

—¡ Oh, qué placer ! ¡ Qué bien estoy ! ¡ Ya no padezco !

Permaneció un momento en silencio ; después, volvió el rostro haciendo un esfuerzo, y miró a Mario.

—¿ Lo sabéis, señor Mario? Me inco-

modaba que entraseis en aquel jardín; era una tontuna, porque precisamente yo os había enseñado la casa, y además, porque debía conocer que un joven como vos...

Aquí se detuvo; y saltando por las sombrías transiciones que tenía sin duda en su alma, añadió con una triste sonrisa:

—Os parezco fea, ¿no es verdad?

Y continuó:

—¡Ya veis! ¡Estáis perdido! Ahora nadie saldrá de la barricada. Yo os he traído aquí, y vais a morir; lo tenía calculado. Y, sin embargo, cuando vi que os apuntaban, puse mi mano en la boca del fusil. Lo que he hecho es una maldad, pero quería morir antes que vos. Cuando recibí el balazo, me arrastré hasta aquí; no me han visto y no me han recogido. Os esperaba y decía: ¿No ha de venir? ¡Oh! Si supieseis... Mordía la blusa; ¡padecía tanto! Pero ahora estoy bien... ¿Os acordáis de aquel día que entré en vuestro cuarto y me miré al espejo, y del día que os encontré en el bulevar cerca de las mujeres, trabajando? ¡Cómo cantaban los pájaros! No hace mucho tiempo. Me disteis cien sueldos, y os contesté: No quiero vuestro dinero. ¿Recogisteis la moneda? No sois rico y no me acordé de deciros que la cogieseis. Hacía un sol hermoso; no hacía frío. ¿Os acordáis, señor Mario? ¡Oh! ¡Qué feliz soy! ¡Todo el mundo va a morir!

Tenía un aspecto insensato, grave, extraviado. Por entre la blusa desabotonada, se veía su cuello desnudo. Al mismo tiempo que hablaba, apoyaba la mano herida sobre el pecho, donde tenía otro agujero, del cual salía a intervalos una ola de sangre, como sale el vino de un tonel abierto.

Mario contemplaba aquella desgraciada criatura con profunda compasión.

—¡Oh!—dijo la joven de repente—. ¡Me vuelve ya! ¡Me ahogo!

Cogió la blusa y la mordió; sus piernas se estiraban secamente sobre el empedrado.

En aquel momento el grito de gallo de Gavroche resonó en la barricada. El muchacho se había subido sobre una mesa para cargar el fusil, y cantaba alegremente esta canción tan popular en aquella época:

Decían los gendarmes
al ver a Lafayette:
¡Huyamos! ¡Huyamos! ¡Huyamos!

Eponina se levantó y escuchó; después dijo en voz baja:

—¡Él es!

Y volviéndose hacia Mario:

—Ahí está mi hermano. No conviene que me vea, porque me regañaría.

—¿Vuestro hermano? — preguntó Mario, que estaba pensando entre los dolores más amargos, en la obligación que su padre le había dejado respecto de los Thenardier—. ¿Quién es vuestro hermano?

—Ese muchacho.

—¿El que canta?

—Sí.

Mario hizo un movimiento.

—¡Oh! ¡No os vayáis!—le dijo—. Ya no durará esto mucho.

Estaba casi sentada; pero su voz era muy débil y cortada por el hipo unas veces, por el estertor otras. Acercaba todo lo que podía su rostro al de Mario. Después de un momento, dijo con extraña expresión:

—Escuchad: no quiero engañaros. Tengo en el bolsillo una carta para vos desde ayer. Me habían encargado que la echara al correo, y la he guardado porque no quería que la recibierais. ¡Pero tal vez me odiaríais cuando nos veamos dentro de poco! Porque los muertos se vuelven a ver, ¿no es verdad? Tomad la carta.

Cogió convulsivamente la mano de Mario con su mano herida, aunque parecía no sentir dolor, y la puso en el bolsillo de la blusa.

Mario tocó en efecto un papel.

—Cogedle—dijo ella.

Mario cogió la carta.

Entonces Eponina hizo un movimiento de satisfacción y de alegría.

—Ahora, prometedme por mis dolores...

Y se detuvo.

—¿El qué?—preguntó Mario.

—¡Prometédmelo!

—Os lo prometo.

—Prometedme darme un beso en la frente cuando muera. Lo sentiré.

Su cabeza cayó entre las rodillas de Mario; y cerráronse sus párpados.

El creyó que había partido su alma.

Eponina quedó inmóvil; pero de repente, en el momento en que Mario le creía dormida para siempre, abrió lentamente los ojos, apareciendo en ellos la sombría profundidad de la muerte, y le dijo con un acento, cuya dulzura parecía venir del otro mundo:

—Mirad, señor Mario, creo que estaba un poco enamorada de vos.

Trató de sonreírse y expiró.

VII

DONDE SE VE QUE GAVROCHE ERA UN PROFUNDO CALCULADOR DE DISTANCIAS.

Mario cumplió su promesa, y dió un beso en aquella frente lívida, de la cual corría un sudor glacial.

Aquel beso no era una infidelidad a Cosette, era un adiós pensativo y dulce a un alma desgraciada.

Mario no había podido coger sin estremecerse la carta que Eponina le había dado: había comprendido desde luego que encerraba algo grave, y estaba impaciente por leerla.

Así es el corazón del hombre; apenas hubo cerrado los ojos la desgraciada niña, Mario sólo pensó en desdoblar el papel.

Separó suavemente a Eponina dejándola en el suelo y se fué.

Una cosa interior le decía que no podía leer la carta delante del cadáver.

Se acercó a una vela, en la sala baja.

La carta era un billetito doblado y cerrado con ese esmero elegante de una joven.

Las señas, de letra de mujer, eran éstas:

—«Al señor Mario Pontmercy, en casa del señor Courfeyrac, calle de la Verrerie, número 16.»

Abrió el sobre y leyó:

—«Querido mío: ¡Ay! mi padre quiere que marchemos en seguida. Estaremos esta noche en la calle del Hombre-Armado, número 7. Dentro de ocho días iremos a Londres.—COSSETTE.—4 de junio.»

Tal era la inocencia de estos amores que Mario no conocía aún la letra de Cosette.

Lo que había pasado puede decirse en breves palabras. Eponina había sido causa de todo. Desde la noche del 3 de junio tuvo dos proyectos: hacer fracasar el golpe que intentaban dar su padre y los bandidos en la casa de la calle Plumet, y separar a Mario de Cosette. Había cambiado de harapos con el primer pilluelo que encontró, el cual tuvo un placer en vestirse de mujer al mismo tiempo que Eponina se vestía de hombre. Ella era quien había dicho a Juan Valjean en el Campo de Marte la expresiva frase: «Mudaos». Juan Valjean había vuelto a su casa, y había dicho a Cosette: «Nos vamos esta noche a la calle del Hombre-Armado, con Santos; y la semana que viene iremos a Londres».

Cosette, aterrada con este golpe imprevisto, había escrito apresuradamente dos líneas a Mario. Pero, ¿cómo había de echar la carta al correo? Ella no salía sola, y Santos, extrañando tal encargo, de seguro habría enseñado la carta al señor Fauchelevent. En esta ansiedad, Cosette había visto al través de la verja a Eponina, vestida de hombre, que andaba rondando sin cesar alrededor del jardín. Cosette llamó a «aquel aprendiz» y le dió cinco francos y la carta, diciéndole: «Llevadla en seguida a su destino». Eponina se guardó la carta en el bolsillo.

Al día siguiente, 5 de junio, fué a casa de Courfeyrac a preguntar por Mario, no para darle la carta, sino «para ver», paso que comprenderá todo enamorado celoso. Allí esperó a Mario o a Courfeyrac sólo para ver. Y cuando éste le dijo: «vamos a las barricadas», se le ocurrió de repente una idea: buscar aquella muerte como habría buscado otra cualquiera, y precipitar en ella a Mario. Siguió, pues, a Courfeyrac, se informó del sitio en que se construían las barricadas; y como estaba segura de que Mario acudiría, lo mismo que todas las noches, a la cita, porque no había recibido la carta, fué a la calle Plumet, esperó a Mario, y le dió, en nombre de sus amigos, aquel aviso para llevarle a la barricada. Contaba con la desesperación de Mario cuando no encontrase a

Cosette, y no se engañaba. Volvió en seguida a la calle de la Chanvrerie, donde ya hemos visto lo que había hecho. Había muerto con esa alegría trágica, propia de los corazones celosos que arrastran en su muerte al ser amado, diciendo : «¡ Nadie lo poseerá !»

Mario cubrió de besos la carta de Cosette. ¡ Le amaba ! Por un momento creyó que ya no debía morir, pero después se dijo : «se marcha ; su padre la lleva a Inglaterra, y mi abuelo me niega el permiso para casarme : la fatalidad continúa siendo la misma». Comprendió, pues, que le quedaban dos deberes que cumplir : informar a Cosette de su muerte y enviarle un supremo adiós, y salvar de la catástrofe inminente que se preparaba a aquel pobre niño, hermano de Eponina e hijo de Thenardier.

Tenía allí una cartera, la misma en que había escrito tantos pensamientos de amor para Cosette : arrancó una hoja, y escribió con lápiz estas líneas :

«Nuestro casamiento es imposible. He hablado a mi abuelo y se opone ; no tengo nada ni tú tampoco. He ido a tu casa y no te he encontrado ; ya sabes la palabra que te di, la cumplo ; moriré. Te amo ; cuando leas estas líneas mi alma estará cerca de ti sonriendo.»

No teniendo con qué cerrar la carta, dobló sólo el papel, y puso estas señas :

«A la señorita Cosette Fauchelevent, en casa del señor Fauchelevent, calle del Hombre-Armado, núm. 7.»

Doblada la carta, permaneció un momento pensativo, volvió a coger su cartera, la abrió, y escribió con el mismo lápiz en la primera página estas tres líneas :

—«Me llamo Mario Pontmercy. Llévese mi cadáver a casa de mi abuelo el señor Gillenormand, calle de las Hijas del Calvario número 6, en el Marais.»

Guardó la cartera en el bolsillo de la levita, y llamó a Gavroche. El pilluelo acudió a la voz de Mario con su rostro alegre y decidido.

—¿ Quieres hacer una cosa por mí?

—Todo — dijo Gavroche—. ¡ Dios mío ! si no hubiera sido por vos me habrían comido.

—¿ Ves esta carta?

—Sí.

—Tómala. Sal de la barricada al momento (Gavroche, inquieto, empezó a rascarse la oreja), y mañana por la mañana la llevarás a su destino, a la señorita Cosette, en casa del señor Fauchelevent, calle del Hombre-Armado, número 7.

El heroico niño contestó :

—¡ Ah, bien ! pero en este tiempo podrán timar la barricada, y yo no estaré aquí.

—No atacarán la barricada hasta el amanecer, según espero, y no será tomada hasta el mediodía.

El nuevo plazo que los agresores concedían a la barricada se prolongaba en efecto : era una de esas intermitencias frecuentes en los combates nocturnos, que son siempre seguidas de un gran encarnizamiento.

—¿ Y si yo llevase la carta mañana por la mañana?

—Sería tarde. La barricada será probablemente bloqueada : se cerrarán todas las calles y no podrás salir. Ve en seguida.

Gavroche no encontró nada que replicar ; quedó indeciso y rascándose la oreja tristemente.

De repente, con uno de esos movimientos de pájaro que tenía, cogió la carta.

—Está bien—dijo.

Y salió corriendo por la calle Mondetour.

Se le había ocurrido una idea que le había decidido, pero que había callado, temiendo que Mario hiciese alguna objeción.

Esta idea era la siguiente :

—Apenas es media noche : la calle del Hombre-Armado no está lejos ; voy a llevar la carta en seguida, y volveré a tiempo.

LIBRO DÉCIMOQUINTO

La calle del Hombre-Armado.

I

CARTA CANTA

¿Qué son las convulsiones de una ciudad al lado de los motines del alma? El hombre tiene aún más profundidad que el pueblo. Juan Valjean en aquel momento sentía en su interior una conmoción violenta. El abismo se había vuel-

to a abrir para él, y temblaba como París en el umbral de una revolución formidable y obscura. Algunas horas habían bastado para que su destino y su conciencia se cubriesen de opacas sombras. Y podía decirse de él como de París : los dos principios se encuentran uno enfrente del otro : el ángel de la luz y el ángel de la noche van a luchar cuerpo a cuerpo al borde del abismo. ¿Cuál de ellos precipitará al otro? ¿Quién vencerá?

La víspera de aquel día, Juan Valjean, acompañado de Cosette y de Santos, se había instalado en la calle del Hombre-Armado : una nueva peripecia le esperaba allí.

Cosette no había abandonado la calle Plumet sin cierta resistencia. Por primera vez, desde que vivían juntos, la voluntad de Cosette y la de Juan Valjean se habían presentado distintas, y se habían contradicho, si no opuesto : había habido objeciones por un lado, e inflexibilidad por otro. La seca orden «Mudaos», dada por un desconocido a Juan Valjean, le había alarmado, hasta el punto de hacerle absoluto : se creía ya descubierto y perseguido. Cosette había tenido que ceder.

Ambos habían llegado a la calle del Hombre-Armado sin despegar los labios, sin hablar una palabra, absortos cada uno en su meditación personal. Juan Valjean, tan inquieto, que no veía la tristeza de Cosette. Cosette, tan triste, que no veía la inquietud de Juan Valjean.

Juan Valjean había mandado seguirle a Santos, lo que no había hecho nunca en sus ausencias anteriores : preveía tal vez que no había de volver a la calle de Plumet, y no podía, ni dejar a Santos detrás de sí, ni decirle su secreto, aunque la creía fiel y segura ; pero desde la criada a la señora, la traición empieza por la curiosidad. Mas, Santos, como si estuviese predestinada a servir a Juan Valjean, no era curiosa. Se decía en medio de su tartamudeo, en su lenguaje de la provincia de Barrueville : «Yo soy así : yo hago mis cosas y lo demás no me importa».

En aquella mudanza de la calle Plumet, que había sido casi una huída, Juan Valjean no había llevado más que la maletita embalsamada, bautizada por Cosette con el nombre de «inseparable». Otros bultos habrían exigido mozos, y los mozos son testigos : había mandado ir un coche a la puerta de la calle de Babilonia, y en él se habían trasladado.

Solamente Santos consiguió empaquetar, con algún obstáculo, alguna ropa blanca, vestidos, y algunos objetos de tocador. Cosette no había llevado más que su papelera y su cartapacio.

Juan Valjean, para aprovecharse todo lo posible de la soledad, y activar su desaparición, no había querido dejar el pabellón de la calle Plumet hasta que cayese la noche, lo que había dado tiempo a Cosette para escribir la carta a Mario. Cuando llegaron a la calle del Hombre-Armado era ya muy de noche.

Se habían acostado silenciosamente.

La nueva habitación estaba situada en un patio interior ; era un segundo piso compuesto de dos alcobas, un comedor y una cocina, al lado del comedor, y con un camaranchón, en que había una cama de tijera, que se destinó para Santos. El comedor era al mismo tiempo recibimiento, y estaban separadas las dos alcobas : el cuarto tenía todos los muebles necesarios.

La confianza se apodera de nosotros con la misma facilidad que la inquietud ; así es la naturaleza humana.

Apenas llegó Juan Valjean a la calle del Hombre-Armado, se disminuyó su ansiedad, y se fué disipando por grados.

Hay sitios tranquilos que obran como mecánicamente sobre el alma.

La calle era obscura, los vecinos pacíficos, y Juan Valjean sintió una especie de contagio de tranquilidad en aquella callejuela del antiguo París, tan estrecha, que estaba cerrada a los coches por una viga transversal, sostenida por dos estacas ; sorda y muda en medio del rumor de la ciudad, con luz crepuscular en medio del día, e incapaz de emociones, por decirlo así, entre sus dos filas de altas casas seculares, que se callan como viejos.

Hay en aquella calle un olvido silencioso. Juan Valjean respiró, pues. ¿Cómo habían de encontrarle?

Su primer cuidado fué poner el «inseparable» a su lado.

Durmió bien. Dícese que la noche

aconseja, y puede añadirse que tranquiliza.

A la mañana siguiente se despertó casi alegre. Encontró muy bonito el comedor, que era feo, y estaba amueblado con una vieja mesa redonda, un aparador bajo con un espejo inclinado encima, un sofá apolillado, y algunas sillas en que estaban los paquetes que había hecho Santos.

En uno de ellos se descubría, por la abertura, el uniforme de guardia nacional de Juan Valjean.

En cuanto a Cosette, había mandado a Santos que la llevara un caldo a su cuarto; y no se la vió hasta por la tarde.

Hacia las cinco, Santos, que iba y venía muy ocupada en sus quehaceres, puso en la mesa del comedor un ave flambre, que Cosette consiguió mirar por deferencia hacia su padre.

Hecho esto, Cosette pretextando una jaqueca persistente, había dado las buenas noches a Juan Valjean, y se había encerrado en su alcoba.

Juan Valjean había comido un alón con apetito, y puesto de codos sobre la mesa, serenándose poco a poco, iba adquiriendo seguridad.

Mientras hacía esta sobria comida, había oído confusamente dos o tres veces el tartamudeo de Santos, que le decía:

—Señor: hay jarana; están combatiendo en las calles.

Pero, absorto en una porción de combinaciones interiores, no había hecho caso, o por mejor decir, no lo había oído.

Se levantó y empezó a pasear de la puerta a la ventana, y de la ventana a la puerta cada vez más tranquilo.

Con la calma iba volviendo a su imaginación Cosette, que era su único pensamiento. No porque le inquietase aquella jaqueca, crisis nerviosa de poca importancia, disgusto de joven, nube de un momento, que duraría uno o dos días; sino porque pensaba en el porvenir, y como siempre pensaba con dulzura, y no veía ningún obstáculo en que la vida feliz siguiese su curso.

A ciertas horas todo parece imposible; en otras, todo parece fácil.

Juan Valjean atravesaba una de estas horas, que suelen venir después de las horas tristes, como el día después de la noche, por esa ley de sucesión y de contraste que está en la esencia misma de la Naturaleza y que los hombres superficiales llaman antítesis.

En aquella pacífica calle en que se había refugiado Juan Valjean, se desprendía de todo lo que le había turbado por algún tiempo.

Por lo mismo que había visto muchas tinieblas, empezaba a descubrir un poco de luz.

Haber abandonado la calle Plumet sin complicaciones ni incidentes, era un buen paso de hecho. Tal vez sería conveniente salir por algún tiempo, e ir a Londres.

Pues iría; porque lo mismo le daba estar en Francia o en Inglaterra, con tal que tuviese a su lado a Cosette.

Cosette era su patria; bastaba a su felicidad: la idea de que él no fuese suficiente para la felicidad de Cosette, que le había asaltado en otro tiempo, siendo su pesadilla, ni aun se presentaba a su ánimo. Estaba, puede decirse, en el «colapso» de sus pasados dolores; en pleno optimismo.

Estando Cosette a su lado, le parecía ser él mismo, efecto de óptica que todo el mundo ha experimentado.

Arreglaba con toda facilidad la partida para Inglaterra con Cosette; veía su felicidad construirse sin saber cómo en la perspectiva de su pensamiento.

Mientras se paseaba de un lado a otro, lentamente, su mirada se fijó en una cosa extraña.

Vió enfrente de sí, en un espejo inclinado que estaba sobre el parador, estas tres líneas que leyó perfectamente:

—«Querido mío: ¡Ay! mi padre quiere que marchemos en seguida. Estaremos esta noche en la calle del Hombre-Armado núm. 7. Dentro de ocho días iremos a Londres. — COSETTE. — 4 de junio.»

Juan Valjean se detuvo aturdido.

Cosette, al llegar, había puesto el cartapacio sobre el aparador, delante del espejo, y en su dolorosa agonía, lo había olvidado, sin notar que lo dejaba abierto precisamente por la hoja del papel secante que había empleado para secar la carta que había dado al aprendiz que rondaba la calle Plumet. Lo

escrito había quedado marcado en el papel secante.

El espejo reflejaba la escritura.

Resultaba lo que se llama en geometría la imagen simétrica de tal modo, que la escritura al revés sobre el papel se presentaba al derecho en el espejo: así, Juan Valjean tenía delante la carta escrita la víspera por Cosette a Mario.

Esto era una cosa muy sencilla, pero muy terrible.

Juan Valjean se dirigió al espejo, leyó las tres líneas, pero no lo creyó: le parecía que se le presentaba en la luz del delirio: era una alucinación, una cosa imposible que no existía.

Poco a poco fué precisándose su percepción; miró al cartapacio de Cosette, y adquirió el sentimiento de la realidad. Lo cogió y dijo: «Aquí está la causa». Examinó convulsivamente las tres líneas marcadas en el papel secante, pero las letras escritas al revés hacían unos garabatos confusos, y no pudo leerlos. Entonces se dijo: «Esto no significa nada, no hay aquí nada escrito». Y respiró con todo el pecho, con indecible alegría. ¿Quién no ha tenido estos momentos de necia esperanza en momentos terribles? El alma no se entrega a la desesperación sin haber agotado antes todas las ilusiones.

Tenía el cartapacio en la mano y contemplándolo en un estado de feliz estupidez, casi dispuesto a reírse de la alucinación de que había sido víctima. De repente su vista cayó sobre el espejo, y se le presentó de nuevo la visión. Las tres líneas se leían con una claridad inexorable. Esta vez no era ya una ilusión óptica, la reincidencia de una visión es una realidad, era una cosa palpable la escritura reflejada inversamente por el espejo. Todo lo comprendió.

Juan Valjean desfalleció, dejó caer el cartapacio, y se recostó en el viejo sofá, al lado del aparador, con la cabeza caída, la vista vidriosa, extraviado. Se dijo entonces que aquello era evidente, que la luz del mundo se había eclipsado para siempre, que Cosette había escrito aquello a alguno, y oyó que su alma daba en medio de las tinieblas un sordo rugido. ¡Id a quitar al león el perro que tiene en su jaula!

¡Cosa extraña! En aquel momento, Mario no había recibido aún la carta de Cosette, y la traidora casualidad se la había dado ya a Juan Valjean.

Juan Valjean no había sido vencido hasta entonces por ninguna de las pruebas pasadas. Se había visto sometido a ensayos horribles, la desgracia había sido pródiga con él; la ferocidad de la suerte armada con todas las venganzas y con todos los desprecios sociales, le había hecho su víctima encarnizándose en él. Pero Juan Valjean no había retrocedido ni decaído ante nada: había aceptado por necesidad todos los extremos; había sacrificado la inviolabilidad de hombre, reconquistada, entregado su libertad, arriesgado su cabeza; lo había perdido, lo había padecido todo, y había permanecido desinteresado y estoico, hasta el punto de haberle podido considerar fuera de sí mismo como un mártir. Su conciencia aguerrida en todos los asaltos posibles de la adversidad, parecía inaccesible. Pero ahora, cualquiera que hubiera visto su interior, habría podido asegurar que decaía.

Consistía en que de todas las torturas que había sufrido en aquel largo interrogatorio que le hacía el destino, ésta era la más terrible. Nunca había sentido otro tormento igual. Toda la sensibilidad latente se conmovía en su interior; iba sintiendo como el latido de una fibra desconocida. ¡Ah! La prueba suprema o mejor dicho, la prueba única es la pérdida del ser amado.

El pobre anciano no amaba ciertamente a Cosette más que como un padre; pero, según hemos dicho ya, en aquella paternidad había introducido todos los amores la soledad de su vida: amaba a Cosette como hija, como madre, como hermana; y como no había tenido nunca ni amante, ni esposa; como la naturaleza es un acreedor que no acepta ninguna excusa, este sentimiento, el más necesario de todos, se había mezclado con los demás, vagamente, sin conocerlo, puro con toda la pureza de la ceguedad, espontáneo, celestial, angélico, divino; más bien como instinto que como sentimiento, y aún más bien que como instinto, como un atractivo imperceptible e invisible, pero real. El amor, propiamente dicho, es-

taba en su gran ternura para Cosette, como el filón de oro en la montaña, tenebroso y virgen.

Recuérdese la pintura que hemos hecho de esa situación del corazón.

Entre ambos no era posible ninguna unión, ni aun la de las almas, y, sin embargo, sus destinos estaban enlazados.

Exceptuando a Cosette, es decir, una niña, Juan Valjean no tenía en su larga vida nada que amar.

Las pasiones y los amores que se suceden no habían dejado en su vida esos matices sucesivos del verde, ya claros, ya sombríos, que se notan en las hojas que han pasado el invierno, y en los hombres que han pasado los cincuenta años.

En suma, toda esa fusión interior, como hemos dicho varias veces; todo ese conjunto, cuya resultante era una gran virtud, concluía por hacer de Juan Valjean un padre para Cosette; padre extrañamente formado del abuelo, del hijo, del hermano y del marido que había en Juan Valjean: padre en que había hasta una madre; padre que amaba y adoraba a Cosette, y que tenía aquella hija como su luz, su morada, su familia, su patria, su paraíso.

Así, cuando vió que todo estaba concluído, que se le escapaba de las manos; que se deslizaba, que se perdía, que era una nube, una corriente de agua; cuando tuvo ante los ojos esta evidencia terrible, otro es el objeto de su corazón, otro es el deseo de su vida; tiene su amor, y yo no soy más que su padre; yo no existo ya; no pudo dudar cuando se dijo:

—¡Se va fuera de mí!

El dolor que experimentó traspasó los límites de lo posible.

¡Haber hecho todo lo que había hecho para venir a parar en esto!

¡A no ser nada!

Entonces, como acabamos de decir, se estremeció de pies a cabeza, rebelándose: sintió hasta en la raíz de sus cabellos que se despertaba el egoísmo, que el yo alzaba su voz en el abismo de su conciencia.

Hay hundimientos interiores.

La certidumbre de la desesperación no penetra en el hombre sin separar y romper algunos principales elementos, que son alguna vez el hombre mismo.

El dolor, cuando llega a este punto, da el sálvese quien pueda a todas las fuerzas de la conciencia.

Entonces se verifican las crisis fatales, y pocos salen de ellas semejantes a sí mismos, y fuertes en el deber.

Cuando se desborda el límite del padecimiento, se desconcierta hasta la virtud más imperturbable.

Juan Valjean volvió a coger el cartapacio, y se convenció de nuevo, permaneciendo inclinado y como petrificado sobre aquellas tres líneas irrecusables, con la vista fija: formóse en su interior tal nube, que no parecía sino que se derrumbaba toda su alma.

Examinó aquella revolución al través del aumento que le prestaba el delirio, con una tranquilidad aparente y terrible; porque la tranquilidad del hombre nunca es más espantosa que cuando llega a la frialdad.

Midió el gran paso que su destino había dado sin que él lo sospechara; recordó sus temores del verano anterior tan locamente disipados; reconoció el mismo precipicio, con la diferencia de que Juan Valjean no estaba ya a la orilla, sino en el fondo.

Y había caído sin notarlo.

Se había apagado toda la luz de su vida, mientras él creía estar viendo el sol.

Su instinto no dudó un momento.

Reunió algunas circunstancias, algunas fechas, ciertos rubores y palideces de Cosette, y se dijo:

—Es él.

La adivinación del hombre desesperado es una especie de arco misterioso, que siempre da en el blanco.

Desde su primera suposición esperaba encontrarse con Mario: no sabía su nombre, pero lo conocía y lo encontró: descubrió claramente en el fondo de la implacable evocación del recuerdo, al desconocido rondador del Luxemburgo, a aquel miserable buscador de amores, a aquel vagabundo de novela, a aquel imbécil, a aquel cobarde, porque es una cobardía ir a poner buenos ojos a las jóvenes que tienen a su lado un padre que las ama.

Después que se hubo convencido de que era el mismo, Juan Valjean, el hombre regenerado, el hombre que había trabajado tanto por su alma, que

había hecho tantos esfuerzos por convertir toda la vida, toda la miseria, y toda la desgracia en amor, miró dentro de sí mismo, y vió un espectro : el Odio.

Los grandes dolores llevan en sí mismos el decaimiento : desaniman : el hombre en quien penetran, siente retirarse alguna cosa.

En la juventud, su visita es lúgubre ; más tarde, es siniestra.

Cuando la sangre está caliente ; cuando los cabellos son negros ; cuando la cabeza está recta sobre el cuerpo como la llama sobre la antorcha ; cuando la rueda del destino tiene aún casi todo su espesor ; cuando el corazón, lleno de amor, tiene aún latidos que pueden renacer ; cuando se tiene delante tiempo para repararlo ; cuando aún existen para él todas las mujeres, todas las sonrisas, todo el porvenir y todo el horizonte ; cuando la fuerza de la vida está completa, si la desesperación es una cosa terrible, ¿qué será en la vejez cuando los años se precipitan cada vez más pálidos, en esa hora crepuscular, en que se principian a descubrir las estrellas de la tumba?

Mientras que estaba pensando en esto, entró Santos.

Juan Valjean se levantó, y le preguntó :—¿De quién es esto?¿Lo sabéis?

Santos, estupefacta, sólo pudo responderle :

—¿Os gusta?

Juan Valjean respondió :

—¿No me habéis dicho que estaban combatiendo?

—¡Ah! Sí, señor — contestó Santos—. Hacia San Merry.

Hay movimientos maquinales que provienen, a pesar nuestro, del pensamiento más profundo.

Sin duda a impulsos de un movimiento de este género, de que apenas tuvo conciencia Juan Valjean, salió a la calle antes de cinco minutos.

Llevaba la cabeza descubierta ; se sentó en el escalón de la puerta de su casa, y se puso a escuchar.

Era ya de noche.

II

EL PILLUELO ENEMIGO DE LAS LUCES

¿Cuánto tiempo pasó así? ¿Cuáles fueron las ondulaciones de aquella trágica meditación? ¿Se reanimó o permaneció abatido? ¿Había sido encorvado por el dolor hasta la ruptura? ¿Podía levantarse aún y hacer pie sobre alguna cosa sólida en su conciencia?

Ni él mismo hubiera podido decirlo, probablemente.

La calle estaba desierta. Algunos vecinos inquietos, que volvían rápidamente a sus casas, apenas le vieron.

En los momentos de peligro, cada uno miraba sólo para sí.

El farolero vino, como siempre, a encender el farol que estaba colocado precisamente enfrente de la puerta número 7, y se fué.

El que hubiese examinado a Juan Valjean en aquella sombra, no le hubiera creído vivo.

Estaba sentado en el escalón de la puerta, inmóvil como una estatua de hielo ; en la desesperación hay cierta congelación.

Oíanse el toque de rebato y algunos rumores tempestuosos.

En medio de estas convulsiones de la campana que se mezclaba con el motín, el reloj de San Pablo dió las once gravemente, sin apresurarse, porque el toque de rebato es del hombre, la hora de Dios. El sonido del reloj no causó efecto alguno a Juan Valjean ; no se movió.

Pero poco después oyó una violenta detonación por el lado de los Mercados ; al poco rato la siguió otra más violenta aún ; era probablemente el ataque de la barricada de la calle de la Chanvrerie, que, según hemos visto, fué rechazado por Mario.

Al oír estas dos descargas, cuya furia aumentaba con el estupor de la noche, Juan Valjean tembló : levantóse mirando hacia el sitio de donde venía el ruido, y cayó sobre el escalón, cruzó los brazos, y bajó lentamente la cabeza hasta el pecho.

Entonces continuó su tenebroso diálogo consigo mismo.

De repente levantó los ojos ; alguien andaba por la calle ; oía los pasos muy cerca ; miró a la luz del farol, y por el lado de la calle que va a los Archivos, descubrió una figura, lívida, joven y alegre.

Gavroche acababa de entrar en la calle del Hombre-Armado.

Iba mirando al aire, como buscando algo. Veía perfectamente a Juan Valjean, pero no hacía caso alguno de él.

Gavroche, después de haber mirado al aire, miraba al suelo; iba de puntillas, tocando las puertas y las ventanas de los pisos bajos: todas estaban cerradas con barra y cerrojo. Después de haber reconocido cinco o seis puertas cerradas de este modo, el pilluelo se encogió de hombros y dijo:

—¡Pardiez!

Y volvió a mirar al alto.

Juan Valjean, que un momento antes, en la situación de alma en que estaba, no hubiese preguntado ni respondido a nadie, se sintió irresistiblemente impulsado a hablar a aquel muchachillo.

—Niño—le dijo—, ¿qué tienes?

—Hambre—contestó secamente Gavroche, y añadió—: El niño seréis vos.

Juan Valjean metió la mano en el bolsillo, y sacó una moneda de cinco francos.

Pero Gavroche, que pertenecía a la familia de las neveras, y que pasaba con rapidez de un gesto a otro acababa de coger una piedra. Había visto el farol.

—¡Calla!—dijo—. Todavía tenéis aquí faroles; estáis muy atrasados, amigos. Esto es un desorden. Rómpeme ese farol.

Y le tiró la piedra, cayendo los vidrios con tal estrépito, que los vecinos, ocultos detrás de las cortinas de la casa de enfrente, gritaron:

—¡Ya está ahí el noventa y tres!

El farol osciló violentamente, y se apagó: la calle se quedó del todo a obscuras.

—Eso es, vieja calle—dijo Gavroche—; ponte el gorro de dormir.

Y volviéndose hacia Juan Valjean:

—¿Cómo llamáis a ese monumento gigantesco que tenéis al fin de la calle? Los Archivos, ¿no es eso? Me hacían falta algunos pedazos de esas columnas bestiales para hacer una barricada.

Juan Valjean se acercó a Gavroche.

—¡Pobrecillo!—dijo a media voz, y hablando consigo mismo—; tiene hambre.

Y le puso la moneda de cinco francos en la mano.

Gavroche levantó los ojos asombrado de la magnitud de aquella moneda; la miró en la obscuridad y le deslumbró su blancura. Conocía de oídas las monedas de cinco francos, y le gustaba su reputación; quedó, pues, encantado de ver una, y se dijo:—Contemplemos el tigre—, mirándola extasiado por algunos momentos; después se volvió a Juan Valjean, extendió el brazo dándole la moneda, y le dijo majestuosamente:

—Ciudadano: me gusta más romper los faroles. Tomad vuestra fiera; a mí no se me compra; eso tiene cinco garras, pero a mí no me araña.

—¿Tienes madre?—le preguntó Juan Valjean.

Gavroche respondió:

—Tal vez más que vos.

—Pues bien—dijo Juan Valjean—, guarda ese dinero para tu madre.

Gavroche se sintió conmovido. Además había notado que el hombre que le hablaba no tenía sombrero, y esto le inspiraba confianza.

—¿De verdad no es esto para que no rompa los faroles?

—Rompe todo lo que quieras.

—Sois todo un hombre—dijo Gavroche.

Y se guardó el napoleón en el bolsillo.

Aumentándose poco a poco su confianza, preguntó:

—¿Vivís en la calle...?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Podríais enseñarme el número 7?

—¿Para qué quieres saber el núm. 7?

El muchacho se detuvo, temió haber dicho demasiado, y se metió los dedos entre los cabellos, limitándose a contestar:

—Para saberlo.

Una repentina idea atravesó la mente de Juan Valjean: la angustia tiene momentos de lucidez. Dirigiéndose al pilluelo le preguntó:

—¿Eres tú el que trae una carta que estoy esperando?

—¿Vos?—dijo Gavroche—. No sois mujer.

—¿La carta es para la señorita Cosette; no es verdad?

—¿Cosette?—murmuró Gavroche—; sí, creo que es ese endiablado nombre.

—Pues bien—añadió Juan Valjean—; yo debo recibir la carta para dársela. Dámela.

—¿Entonces deberéis saber que vengo de la barricada?

—Sin duda—dijo Juan Valjean.

Gavroche metió la mano en uno de sus bolsillos, y sacó un papel con cuatro dobleces.

Después hizo un saludo militar.

—Respecto al despacho—dijo—, viene del Gobierno Provisional.

—Dámelo—dijo Juan Valjean.

Gavroche tenía el papel en la mano por encima de su cabeza.

—No creáis que es un billete amoroso: es para una mujer, pero es para el pueblo. Nosotros peleamos, pero respetamos el sexo.

—Dámela.

—A la verdad—continuó Gavroche—, me parecéis un buen hombre.

—Dámela pronto.

—¡Tomad!

Y dió el papel a Juan Valjean.

—Y despachaos, señor Cosa, porque la señorita Cosita está esperando.

Gavroche se quedó muy satisfecho después de haber inventado este juego de palabras.

Juan Valjean añadió:

—¿Hay que llevar la respuesta a San Merry?

—Haríais entonces un pan como unas hostias. Esta carta viene de la barricada de la Chevrerie, y allá me vuelvo. Buenas noches, ciudadano.

Y, dicho esto, se fué, o por mejor decir, voló como un pájaro escapado, hacia el sitio de donde había venido. Se sumergió en la obscuridad, como si hiciese en ella un agujero con la rígida rapidez de un proyectil. La callejuela del Hombre-Armado quedó sidenciosa y solitaria en un momento, aquel extraño niño, que participaba de la sombra y del sueño, se metió en la bruma entre aquellas filas de casas negras, perdiéndose como el humo en las tinieblas, y hubiera podido creerse que se había disipado completamente, si algunos minutos después, el ruido de un vidrio roto, y el estruendo de un farol cayendo al suelo, no hubiesen despertado otra vez a los indignados vecinos. Era Gavroche que pasaba por la calle de Chaume.

III

DONDE SE VERÁ LO QUE SUCEDIÓ MIENTRAS DORMÍAN COSETTE Y SANTOS

Juan Valjean entró en su casa con la carta de Mario.

Subió la escalera a tientas, satisfecho de las tinieblas, abrió y cerró suavemente la puerta, escuchó si se oía algún ruido, se aseguró de que, según todas las apariencias, Cosette y Santos dormían; consumió tres o cuatro pajuelas antes de encender luz, ¡tanto le temblaba la mano! porque había algo de robo en lo que acababa de hacer. Por fin encendió la vela, se recostó en la mesa, desdobló el papel y leyó.

En las emociones violentas no se lee, se atropella, por decirlo así, el papel, se le oprime como a una víctima, se le estruja, se le clavan las uñas de la cólera o de la alegría, se corre hacia el fin, se salta al principio; la atención es febril, comprende en conjunto, sobre poco más o menos, lo esencial, se apodera de un punto, y todo lo demás desaparece. En la carta de Mario a Cosette, Juan Valjean no vió más que esto: «...Muero; cuando leas esto, mi alma estará a tu lado».

Al leer estas dos líneas, sintió un deslumbramiento horrible; se quedó un momento como pasmado del cambio de emoción que se verificaba en él, mirabe la carta de Mario con una especie de asombro embriagador; tenía ante sus ojos este esplendor: la muerte del ser aborrecido.

Dió un terrible grito de alegría interior. Todo estaba ya concluído. El desenlace llegaba más pronto de lo que esperaba. El ser que oponía un obstáculo a su destino desaparecía, y desaparecía por sí mismo, libremente, de buena voluntad, sin que él hubiera hecho nada para conseguirlo; sin que fuese culpa suya «aquel hombre» iba a morir, quizá había ya muerto. Aquí empezó a reflexionar su fiebre. «No» se dijo; «aún no ha muerto. Esta carta ha sido escrita indudablemente para que Cosette la lea mañana por la mañana: después de estas dos descargas que he oído entre once y doce no ha habido nada, la barricada no será atacada formalmente hasta el amanecer; pero es igual,

desde el momento en que «ese hombre» se ha metido en la guerra está perdido; será arrastrado por las ruedas». Juan Valjean se sintió libre: iba a encontrarse de nuevo solo con Cosette; cesaba la concurrencia, empezaba el porvenir. No tenía que hacer más que guardar la carta en el bolsillo, y Cosette no sabría nunca lo que había sido de «aquel hombre». «No hay más que dejar que las cosas se cumplan. «Ese hombre» no puede escaparse. Si aún no ha muerto, de seguro va a morir. ¡Qué felicidad!»

Después de decirse todo esto, se puso sombrío; bajó y llamó al portero.

Como una hora después, Juan Valjean salía vestido de guardia nacional y armado. El portero había encontrado fácilmente en la vecindad con qué completar su traje. Llevaba un fusil cargado, y una cartuchera llena de cartuchos. Se dirigió hacia el Mercado.

IV

EL EXCESO DE CELO DE GAVROCHE

Mientras tanto había sucedido una aventura a Gavroche.

Después de haber apedreado el farol de la calle de Chaume, llegó a la de Vieilles-Haudriettes, y no viendo ni «un alma» creyó que era buena ocasión de entonar una de sus canciones.

Su paso, lejos de retardarse con la canción, se aceleraba. Empezó, pues, a cantar mientras seguía la fila de casas dormidas, o aterradas, los siguientes versos:

Murmuraba un pajarillo,
que ayer Atala,
se marchó con un ruso
por la mañana.
Y por la noche
diz que el ruso a su casa
la llevó en coche.

—

Tus ojos hechiceros
tienen un tóxico
capaz de dar a Orfila
veinte soponcios.
Aunque es persona
que en toxicología
no hay quien le tosa.

—

Al mirar las mantillas
de Inés y Petra,
el alma desalada
se enredó en ellas.
¡Vaya unos pliegues!
Cuéntalos, alma mía,
si es que te atreves

—

Cuando el amor reluce
entre la sombra,
la cara de Dolores
pinta de rosas.
Yo ser espero
del jardín de esas rosas
el jardinero.

—

Mi corazón volando
se escapó un día,
mientras Juana al espejo
se componía.
¿Dónde se alberga?
Creo que será Juana
la que le tenga.

—

Una serena noche
miré a una estrella,
la comparé contigo,
dije: ¡Qué fea!
Porque eres, Ana,
más linda que la estrella
de la mañana.

Gavroche, al mismo tiempo que cantaba, prodigaba la pantomima. El gesto es el acento de la canción. Su rostro, inagotable repertorio de máscaras, hacía gestos más convulsivos y más fantásticos que las bocas de un lienzo roto en un gran viento. Desgraciadamente, como estaba solo y era de noche, no era ni visto ni visible. Hay muchas de esas riquezas completamente perdidas.

De repente se detuvo.

—Cortemos la canción—dijo.

Acababa de distinguir en el hueco de una puerta-cochera lo que se llama en pintura un grupo, es decir, un ser y una cosa; la cosa era un carretón de mano, y el ser un auvernés que dormía dentro.

Los brazos de la carreta estaban apoyados en el suelo, y la cabeza del auvernés en la tabla del carretón. Tenía el cuerpo encogido en aquel plano inclinado, tocando el suelo con los pies.

Gavroche, con la experiencia que tenía de las cosas de este mundo, conoció que era un borracho.

Era, sin duda, algún mozo de esquina que había bebido demasiado, y dormía también demasiado.

—Ahí se ve—dijo Gavroche—, para qué sirven las noches de verano. El auvernés se duerme en su carretón, pues cojo el carretón para la república, y dejo al auvernés a la monarquía.

Habíase iluminado de repente su inteligencia con esta idea.

—Este carretón hará muy bien en nuestra barricada.

El auvernés roncaba.

Gavroche sacó suavemente el carretón por detrás, y al auvernés por delante, es decir, por los pies, y en un minuto, el pobre hombre, imperturbable, estaba tendido en el suelo.

El carretón estaba libre.

Gavroche, acostumbrado a hacer frente en todas ocasiones a lo imprevisto, llevaba siempre todo consigo : metió la mano en un bolsillo, y sacó un pedazo de papel y una punta de lápiz rojo, robado a algún carpintero, y escribió :

«*República francesa.*

»Recibí tu carretón.

Y firmó : «GAVROCHE.»

Hecho esto, puso el papel en el bolsillo del chaleco de pana del auvernés, que seguía roncando, cogió el carretón, y partió hacia el Mercado, empujando el carretón al galope y con aire de triunfo.

Esto era peligroso, porque en la imprenta real había un cuerpo de guardia. Gavroche no pensó en ello. Aquella guardia la montaban nacionales de las cercanías, que empezaban a despertar y a levantar la cabeza de las camas de campaña. Los faroles rotos a pedradas, aquella canción a grito pelado, eran cosas demasiado graves en calles tan miedosas, que desean acostarse al ponerse el sol, y que apagan la luz muy temprano. Hacía una hora que el pilluelo metía en el barrio el mismo ruido que un moscardón en una botella. El jefe de la guardia lo escuchaba, y esperaba ; era un hombre prudente.

El estrépito del carretón al rodar, llenó la medida de la expectación, y determinó al sargento a hacer un reconocimiento.

—Viene toda una partida—se dijo— ; vayamos con tiento.

Era claro que la hidra de la anarquía había salido de su agujero, y se paseaba por el barrio.

El sargento se aventuró a salir fuera del cuerpo de guardia sin hacer ruido alguno.

De repente Gavroche, empujando su carretón, en el momento en que iba a desembocar en la calle de Vieilles-Haudriettes, se encontró frente a frente con un uniforme, un chacó, un plumero y un fusil.

Se detuvo por segunda vez.

—¡ Calla !—dijo—, es él ; buenos días, orden público.

El asombro de Gavroche era muy breve, y se pasaba en seguida.

—¿ Adónde vas, tunante?

—Ciudadano—dijo Gavroche—, aún no os he llamado propietario. ¿ Por qué me insultáis?

—¿ Adónde vas, pícaro?

—Caballero—respondió Gavroche—, ayer erais tal vez un hombre de talento, pero lo habéis perdido esta mañana.

—¿ Te pregunto que adónde vas, pillete?

Gavroche respondió :

—Habláis perfectamente : nadie diría la edad que tenéis ; debíais vender vuestros pelos a cien francos por pieza, y tendríais quinientos francos.

—¿ Adónde vas? ¿ Adónde vas? ¿ Adónde vas, bandido?

Gavroche respondió :

—¡ Vaya unas palabras feas ! La primera vez que os den de mamar, deben limpiaros mejor la boca.

El sargento caló la bayoneta.

—¿ Me dirás por fin adónde vas, miserable?

—Mi general—dijo Gavroche—, voy a buscar al comadrón para mi esposa que está de parto.

—¡ A las armas !—gritó el sargento.

Salvarse con lo mismo que ha sido causa de la perdición, es muy propio de los hombres fuertes ; Gavroche midió de un golpe toda la situación : el carretón le había comprometido, el carretón debía protegerle.

En el momento en que el sargento iba a caer sobre Gavroche, el carretón convertido en proyectil, y lanzado con fuerza, caía sobre él, y dándole en medio del vientre, le tiraba boca arriba en el arroyo, al mismo tiempo que se disparaba su fusil al aire.

Al grito del sargento acudieron atropelladamente los que estaban en el cuerpo de guardia ; el tiro fué seguido de una descarga general al acaso, después de la cual cargaron los fusiles y empezaron de nuevo el fuego.

Duró el fuego al aire un buen cuarto de hora, y mató algunos cristales.

Mientras tanto, Gavroche, que había retrocedido corriendo, se detuvo cinco o seis calles más allá, y se sentó sofocado en el guardacantón de la esquina de los Niños Rojos.

Allí escuchó.

Después de haber descansado un momento, se volvió hacia el sitio donde se oía el fuego, levantó la mano izquierda a la altura de la nariz, y la separó tres veces hacia adelante, dándose con la mano derecha en la nuca; gesto soberano en que la pillería parisiense ha condensado toda la ironía francesa, y que es verdaderamente eficaz, porque ha durado medio siglo. Una amarga reflexión turbó esta alegría.

—Sí—dijo—, me muero de risa, reviento de placer, pero pierdo mi camino, y tengo ahora que dar un rodeo. ¡Con tal que llegue a tiempo a la barricada!

Entonces siguió su carrera.

Y dijo corriendo:

—¡Ah! ¿Dónde estaba yo?

Y volvió a entonar su canción, pasando rápidamente por las calles, y perdiéndose en las tinieblas estos versos:

Pero, como hay Bastillas
y otros presidios,
conviene ahora ocuparse
en destruirlos.
¡Que viva el pueblo!
y húndase el viejo mundo
ruinoso y feo.

—

Carlos Diez se ha marchado
al ver la risa
de este pueblo que unánime
le dió una silba.
Sirva de ejemplo,
y hágase nuestro gusto
cuando silbemos.

La alarma del cuerpo de guardia no dejó de tener resultado. El carretón fué conquistado, y el borracho hecho prisionero. El primero se puso en una leñera; el segundo fué después perseguido ante un consejo de guerra como cómplice.

El Ministerio Público de entonces dió pruebas, en estas circunstancias, de su celo por la defensa de la sociedad.

La aventura de Gavroche, que vive en la tradición del barrio del Temple, es uno de los recuerdos más terribles de los antiguos vecinos del Marais, y se titula en su memoria: «Ataque nocturno del cuerpo de guardia de la imprenta real».

QUINTA PARTE

JUAN VALJEAN

LIBRO PRIMERO

La guerra dentro de cuatro paredes.

I

CARIBDIS DEL ARRABAL DE SAN ANTONIO Y SCILA DEL ARRABAL DEL TEMPLE

Las dos barricadas más memorables que es dado al observador de las enfermedades sociales mencionar, no pertenecen al período en que pasa la acción de este libro.

Esas dos barricadas, símbolo ambas, bajo distintos aspectos, de una terrible situación, surgieron durante la fatal insurrección de junio de 1848, la guerra más grande de las calles que ha visto la historia.

Sucede a veces que, aun contra los principios, contra la libertad, la igualdad, y la fraternidad; contra el voto universal, contra el gobierno de todos por todos, desde lo profundo de su angustia, de su desaliento, de su desnudez, de su fiebre, de sus aflicciones, de sus miasmas, de su ignorancia, de sus tinieblas, esa gran desesperada, la canalla, protesta, y el populacho da la batalla al pueblo.

Los mendigos atacan el derecho común: la oclocracia se subleva contra el demos.

Son días lúgubres; porque hay siempre, en esa misma demencia, cierto grado de derecho; hay algo de suicidio en ese duelo, y estas palabras, que se consideran otras tantas injurias, mendigo, canalla, oclocracia, populacho, prueban ¡ay! más bien la culpa de los que reinan, que la de los que padecen; más bien la culpa de los privilegiados, que la de los desheredados.

Nosotros nunca pronunciamos esas palabras, sin dolor ni respeto; porque cuando la filosofía sondea los hechos a que corresponden, encuentra en ellos

frecuentemente muchas grandezas al lado de las miserias.

Atenas era un oclocracia; los mendigos formaron la Holanda; el populacho salvó muchas veces a Roma, y la canalla seguía a Jesucristo.

Ningún pensador ha dejado de contemplar tal cual vez las magnificencias de abajo.

En esa canalla, en esa pobre gente, en todos esos vagabundos, en todos esos miserables, de donde salieron los apóstoles y los mártires, pensaba sin duda San Jerónimo, cuando dijo esta misteriosa frase: «Fex urbis, lex orbis».

La exasperación de esa muchedumbre que padece y que brota sangre; sus violencias contrarias a los principios que constituyen su vida; sus ataques al derecho, sus golpes de Estado populares, deben reprimirse.

El hombre probo se sacrifica a hacerlo y combate a esa muchedumbre por lo mismo que la ama.

Pero, ¡cuán excusable le parece a pesar de combatirla!

¡Cómo la venera, sin embargo de resistirle!

Es uno de esos momentos raros en que, obrando como debe obrarse, se siente algo que desconcierta y casi disuade de seguir adelante.

Preciso es insistir; pero la conciencia, satisfecha y todo, se encuentra triste, complicándose la ejecución del deber con la angustia del drama.

Lo que sucedió en junio de 1848 fué, apresurémonos a decirlo, un hecho aparte, y casi imposible de calificar en la filosofía de la historia.

Todas las palabras que acabamos de escribir están por demás, tratándose de ese motín extraordinario donde se vió la santa ansiedad del trabajo reclamando sus derechos.

Fué necesario combatirle, y era un deber hacerlo porque atacaba a la República; pero en el fondo, ¿qué fué junio de 1848?

Una rebelión del pueblo contra sí mismo.

Mientras no se pierde de vista el asunto, no hay digresión. Así, permítasenos llamar por un momento la atención del lector a las dos barricadas, únicas en su clase, que acabamos de nombrar, y que caracterizaron aquella insurrección.

Una cerraba la entrada del arrabal de San Antonio; otra impedía acercarse al arrabal del Temple. Las personas, delante de cuyas casas surgieron, con un hermoso cielo azul de julio, aquellas dos terribles obras maestras de la guerra civil, jamás las olvidarán.

La barricada de San Antonio era monstruosa. Tenía tres cuerpos, y su anchura no bajaba de setecientos pies. Cerraba de uno a otro ángulo la vasta embocadura del arrabal, es decir, tres calles: abarrancada, dentellada, cortada en pedazos, con una inmensa grieta por almena, con sus puntales a guisa de baluartes, con sus salientes acá y allá, fuertemente apoyada en los dos grandes promontorios de casas del arrabal, elevábase como una calzada ciclópea en el fondo de la terrible plaza que ha visto el 14 de julio. Diez y nueve barricadas se sucedían en la profundidad de las calles, detrás de esta barricada madre.

Con sólo verla, sentíase en el arrabal el inmenso padecimiento agonizante, cuando ha llegado a ese momento de apuro en que la desesperación quiere convertirse en catástrofe. ¿De qué estaba hecha aquella barricada? De los escombros de tres casas de seis pisos, demolidas expresamente, decían unos; del prodigio de todas las cóleras, decían otros. Tenía el lamentable aspecto de todas las construcciones del odio: la ruina. Podía preguntarse: ¿quién ha edificado esto? Era la obra improvisada de la fermentación.—¡Aquí! ¡Esta puerta! ¡Esa reja! ¡Aquel alero! ¡Ese dintel! ¡Ese escalfador roto! ¡Aquella marmita cascada! ¡Dádnoslo todo! ¡Arrojadlo todo! ¡Echad a rodar, tirad, clavad, desmantelad, derribad, demoled todo!—Era la cooperación del empedrado, del morillo, de la viga, de la barra de hierro, del trapo viejo, del piso hundido, de la silla desfondada, del troncho de col, del harapo, de la maldición. Era una mezcla de lo grande y de lo pequeño. Era el abismo parodiado por el barullo. La masa junto al átomo; el lienzo de pared arrancado, y la escudilla rota; la fraternidad amenazadora de todos los escombros; Sísifo había arro-

jado allí su peñasco, y Job su teja. Era, en suma, una cosa terrible. La acrópolis de los descamisados.

Carretas volcadas accidentaban el declive. Un inmenso carromato estaba allí expuesto, de un lado a otro, con el eje hacia arriba, y parecía una cuchillada en aquel frontispicio tumultuoso. Un ómnibus, subido alegremente a fuerza de brazos a la cima de este hacinamiento de cosas, como si los arquitectos de tan horrible construcción hubiesen querido añadir la burla al espanto, ofrecía su lanza a no sabemos qué caballos del aire.

Aquella gigantesca masa, aluvión del motín, figuraba al espíritu el Osa sobre Pelion de todas las revoluciones; 93 sobre 89; el 9 de Termidor sobre el 10 de agosto; el 18 de Brumario sobre el 21 de enero; Vendimiario sobre Pradial; 1848 sobre 1830. El todo valía la pena, y semejante barricada era digna de aparecer en el punto mismo de donde había desaparecido la Bastilla. Si el Océano construyese diques, serían por este estilo. La furia de la ola estaba impresa en aquel inmenso parapeto. Aquí la ola era la muchedumbre. Creíase ver el tumulto petrificado. Creíase oír zumbar, por encima de la barricada, como sobre una colmena, a las enormes abejas tenebrosas del progreso violento. ¿Era aquello un conjunto de malezas? ¿Era una bacanal? ¿Era una fortaleza? El vértigo parecía haberla construído con sus alas. Notábase algo de cloaca en aquel reducto, y algo de olímpico en aquel desorden. Percibíanse, en una mezcolanza llena de desesperación, caballetes de tejados, pedazos de boardillas con su papel pintado, vidrieras enteras esperando el cañón sobre los escombros, chimeneas, armarios, mesas, bancos, ¡desbarajuste horrible! y esas mil cosas, que desecha hasta el mendigo, y que contienen al mismo tiempo el furor y la nada. Habríase dicho que era el harapo de un pueblo; harapo de madera, de hierro, de bronce, de piedra; y que el arrabal de San Antonio lo había lanzado a su puerta con un colosal escobazo, haciendo de su miseria su barricada. Pedruscos parecidos a tajos, cadenas dislocadas, armazones de vigas con forma de horcas, ruedas horizontales saliendo de los escombros, amalgamaban al edificio de la anarquía la sombría figura de los antiguos suplicios sufridos por el pueblo.

La barricada de San Antonio echaba mano de todo; de ella salía cuanto la guerra civil puede arrojar a la cabeza de la sociedad. No era un combate, sino un paroxismo. Las carabinas que defendían el reducto, entre las cuales había algunos trabucos, enviaban pedazos de loza, huesecillos, botones, hasta aldabillas de las mesas de noche, proyectiles peligrosos a causa del cobre.

La barricada estaba furiosa; atronaba los aires con un clamor indecible: en ciertos instantes, provocando al ajército se cubría de gente y de tempestad; coronábala una baraúnda de flamantes cabezas; un hormigueo hervía dentro; tenía una cresta espinosa de fusiles, sables, palos, hachas, picas y bayonetas: una ancha bandera roja crujía al impulso del viento; oíanse los gritos de mando, las canciones de ataque, los redobles del tambor, los sollozos de las mujeres, y las carcajadas tenebrosas de los mendigos. Era descomunal, y parecía estar viva: como del lomo de un animal eléctrico, salía de ella un chisporroteo de rayos.

El espíritu de revolución cubría con su nube aquella cima donde resonaba la voz del pueblo, semejante a la de Dios. ¡Una extraña majestad se desprendía de aquella titánica banasta de escombros! Era al propio tiempo un montón de basura y el Sinaí.

Como hemos dicho antes, atacaba, en nombre de la revolución, ¿a qué? a la revolución. Aquella barricada, el acaso, el desorden, el azoramiento, el error, lo desconocido, tenía frente a sí la Asamblea Constituyente, la Soberanía del Pueblo, el Sufragio Universal, la nación, la República; era la Carmañola retando a la Marsellesa.

Reto insensato, pero heroico, porque este antiguo arrabal es un héroe.

El arrabal y el reducto se auxiliaban mutuamente. El reducto servía de respaldo al arrabal, y el arrabal de arrimo al reducto. Ostentábase la gran barricada como un arrecife, donde iba a estrellarse la estrategia de los generales de Africa. Sus cavernas, sus excrecen-

cias, sus verrugas, sus gibas, gesteaban, digámoslo así, y se reían con mofa bajo el humo. La metralla se perdía en lo deforme; los obuses se sumergían y engolfaban allí; las balas no hacían más que ensanchar los agujeros. ¿Qué valía disparar contra el caos? Y los regimientos, acostumbrados a las más terribles visiones de la guerra, miraban con inquietos ojos aquel reducto, especie de fiera, jabalí en lo erizado, montaña en lo enorme.

A un cuarto de legua de allí, de la esquina de la calle Vieja del Temple, que desemboca en el bulevar, cerca de Chateau d'Eau, si se sacaba atrevidamente la cabeza fuera de la punta formada por la delantera del almacén Dallemagne, se percibía a lo lejos, más allá del canal, en la calle que sube las rampas de Belleville, al fin de la calzada, una pared extraña que llegaba al segundo cuerpo de las fachadas de las casas, especie de guión entre los edificios de la derecha y de la izquierda, como si la calle hubiese doblado por sí misma su pared más alta para cerrarse bruscamente.

Esta pared estaba construída de adoquines, y era recta, perpendicular, nivelada con la escuadra, tirada a cordel. Faltábale sin duda el cimiento; pero como en ciertas paredes romanas, esto no perjudicaba a su rígida arquitectura. Adivinábase la profundidad viendo la elevación. La cornisa era matemáticamente paralela a la base. Distinguíanse de trecho en trecho, sobre la parda superficie, troneras casi invisibles, parecidas a hilos negros, y separadas unas de otras por espacios iguales.

La calle, hasta donde alcanzaba la vista, estaba desierta, y todas las puertas y ventanas cerradas. Surgía en el fondo aquella barrera, que transformaba la calle en callejuela sin salida; pared inmóvil y tranquila, donde no se veía a nadie, ni se oía nada: ni siquiera un grito, el más leve ruido, un soplo. Parecía un sepulcro.

El resplandeciente sol de junio inundaba con su luz aquel objeto terrible.

Era la barricada del arrabal del Temple.

Aun los más atrevidos, desde que llegaban a aquel sitio y la veían, no podían menos de ponerse pensativos ante la misteriosa aparición.

Era una cosa bien proporcionada; las partes ajustaban y encajaban perfectamente; el todo rectilíneo, simétrico y fúnebre. Había allí ciencia y tinieblas. Conocíase que el jefe de la barricada era un geómetra o un espectro. Se la miraba, y se hablaba en voz baja.

De tiempo en tiempo, si alguno, fuese soldado, oficial o representante del pueblo, se aventuraba a atravesar la solitaria calzada, oíase un silbido agudo y débil, y el transeunte caía herido o muerto; o si se libraba, veíase la bala penetrar en algún postigo cerrado, en el hueco entre dos piedras, o en el yeso de la pared.

A veces la bala era de cañón; porque la gente de la barricada había hecho de dos trozos de tubos de bronce de los del gas, tapados en un extremo con estopa y cenizados, cañoncitos. No se gastaba inútilmente la pólvora; casi todos los tiros daban en el blanco. Había acá y allá algunos cadáveres, y charcos de sangre en el empedrado. Me acuerdo de una mariposa blanca que volaba de un lado para otro. El estío no abdica jamás.

En las cercanías, el piso de las puertas cocheras estaba lleno de heridos.

Conocía uno allí que era blanco de algún fusil invisible, y que toda la calle estaba bajo la puntería de las bocas de fuego.

Los soldados de la columna de ataque, amontonados detrás de la especie de albardilla que forma, a la entrada del arrabal del Temple, el puente cintrado del canal, observaban, graves y pensativos, aquel lúgubre reducto, aquel objeto inmóvil, impasible, de donde salía la muerte. Algunos se arrastraban boca abajo, hasta lo alto de la curva del puente, cuidando de que no asomasen sus chacós.

El valiente coronel Monteynard admiraba, estremeciéndose, esta barricada.

—¡Qué bien construída está!—decía a un representante—. No hay una piedra más saliente que la otra. Parece porcelana.

En aquel momento una bala le rompió la cruz que llevaba en el pecho, y cayó.

—¡Cobardes!—se oía gritar—. Pero ¡si no se presentan! ¡Que se les vea a lo menos! ¡No se atreven a presentarse!

La barricada del arrabal del Temple, defendida por ochenta hombres y atacada por diez mil, resistió tres días. Al cuarto, se hizo como en Zaacha y Constantina, se agujerearon las casas, se entró en ellas por los techos, y la barricada fué tomada. Ninguno de aquellos ochenta «cobardes» pensó en huir; todos sucumbieron, excepto el jefe Barthelemy, de quien hablaremos luego.

La barricada de San Antonio era el tumulto de los truenos; la del Temple era el silencio. Entre ambos reductos había la misma diferencia que entre lo formidable y lo siniestro. Uno parecía la boca de una fiera; el otro una máscara.

Admitiendo que la gigantesca y tenebrosa insurrección de Junio estaba compuesta de una cólera y de un enigma, sentíase en la primera barricada al dragón, y detrás de la segunda a la esfinge.

Dos hombres habían edificado aquellas dos fortalezas; el uno llamado Cournet, y el otro Barthelemy. Cournet hizo la barricada de San Antonio, y Barthelemy la del Temple. Cada una era la imagen de su constructor.

Cournet tenía elevada estatura, espaldas anchas, rostro colorado, fuerza colosal, corazón atrevido, alma leal, vista sincera y terrible. Era intrépido, enérgico, irascible, violento; el más cordial de los hombres, el más formidable de los combatientes. La guerra, la lucha, la pelea, eran su aire respirable, y en sus gestos y voz se adivinaba que salía del Océano, y que venía de la tempestad. El huracán le acompañaba en medio de los combates. Sin tener en cuenta el genio, había en Cournet algo de Danton; así como, prescindiendo de la divinidad, había en Danton algo de Hércules.

Barthelemy, flaco, de pobre apariencia, pálido, taciturno, era una especie de pilluelo trágico, que, abofeteado por un municipal, le espió, le aguardó y le mató, habiendo ido a presidio a los diez y siete años. Salió, e hizo esta barricada.

Más adelante, por una complicación fatal, hallándose ambos proscriptos en Londres, Barthelemy mató a Cournet. Fué un duelo fúnebre.

Algún tiempo después, cogido en una de esas misteriosas aventuras donde la pasión se mezcla, catástrofe en que la justicia francesa ve las circunstancias atenuantes, y la justicia inglesa sólo ve la muerte, Barthelemy fué ahorcado.

La sombría construcción social está hecha de manera que, gracias a las privaciones materiales, gracias a la obscuridad moral, aquel desgraciado ser que contenía una inteligencia, firme de seguro, quizá grande, empezó por el presidio en Francia, y acabó por la horca en Inglaterra. Barthelemy, en las ocasiones solemnes, no enarbolaba más que una bandera: la negra.

II

DE CÓMO EN EL ABISMO NO PUEDE HACERSE MÁS QUE HABLAR

Diez y seis años habían pasado en la subterránea educación del motín, y Junio de 1848 sabía más que Junio de 1832. La barricada de la calle de la Chanvrerie era sólo un bosquejo y un embrión, comparada con las dos colosales barricadas que acabamos de describir; mas para su época era formidable.

Los insurrectos bajo la inspección de Enjolras, pues Mario no veía ya nada, habían aprovechado la noche.

La barricada había sido no sólo reparada sino aumentada. Se la había levantado dos pies más. Algunas barras de hierro entre las piedras parecían lanzas en ristre.

Escombros de diferentes clases, traídos de todos lados y añadidos, complicaban la armazón exterior. El reducto había sido restaurado hábilmente, por dentro como pared, y por fuera como maleza.

Habíase recompuesto la escalera de adoquines que permitía subir a él como al muro de una ciudadela.

Se había hecho el arreglo de la barricada; la sala baja estaba libre de estorbos, la cocina convertida en hospital, la cura de los heridos practicada; se había recogido la pólvora esparcida por el suelo y en las mesas, fundido balas, fabricado cartuchos, aprontado hilas, distri-

buído las armas caídas, limpiado el interior del reducto, quitado los escombros, llevado los cadáveres.

A los muertos se les depositó en la callejuela de Mondetour, de la que los insurrectos continuaban siendo dueños. Por tiempo se han visto las sangrientas señales en el empedrado. Entre los muertos había cuatro guardias nacionales de las afueras, cuyos uniformes mandó recoger Enjolras.

Este había aconsejado dos horas de sueño. Un consejo de Enjolras era una consigna, y, sin embargo, sólo se aprovecharon de él tres o cuatro personas. Feuilly empleó aquellas dos horas en grabar esta inscripción en la pared que daba frente a la taberna :

¡VIVAN LOS PUEBLOS!

Estas tres palabras, escritas en la piedra con un clavo, se leían allí aún en 1848.

Las tres mujeres se habían aprovechado de la noche para desaparecer definitivamente ; así quedaban más a sus anchas los insurrectos.

Sin duda, ellas encontrarían medio de refugiarse en alguna casa vecina.

Casi todos los heridos podían y querían aún combatir en la cocina, que, según hemos dicho, hacía veces de hospital, en el que había, sobre una litera formada de colchones y haces de paja, cinco hombres gravemente heridos, entre ellos dos guardias municipales. A estos últimos se les atendió primero.

En la sala baja no quedaron más que Mabeuf, cubierto con el paño negro, y Javert atado en el poste.

—Esta es la sala de los muertos—dijo Enjolras.

En lo interior de esta sala, apenas alumbrada por una vela, hacia el fondo, hallábase la mesa mortuoria detrás del poste, como una barra horizontal ; Javert y Mabeuf, el uno de pie y el otro tendido, figuraban una especie de cruz grande y algo vaga.

La lanza del ómnibus, aunque rota por los disparos de los fusiles, estaba aún en disposición de colgar de ella una bandera, y Enjolras, que tenía la cualidad, propia de un jefe, de ejecutar siempre lo que decía, ató a aquella asta el vestido agujereado y sangriento de Mabeuf.

No era posible preparar comida ninguna, pues no había pan ni carne. Los cincuenta hombres de la barricada, en las diez y seis horas que llevaban de estar allí, habían consumido pronto las mezquinas provisiones de la taberna. En un instante dado, toda barricada que resiste se convierte inevitablemente en la balsa de la Medusa. Fué preciso resignarse a tener hambre. Eran las primeras horas del 6 de junio, de ese día espartano, en que Juana, en la barricada de San Merry, rodeada de insurrectos que pedían pan, respondía a todos aquellos combatientes :

—¿Para qué? Son las tres, y a las cuatro habremos ya muerto.

Como no había qué comer, Enjolras prohibió que se bebiera.

Quitó el vino y puso a ración el aguardiente.

Habíanse encontrado en la cueva quince botellas herméticamente selladas.

Enjolras y Combeferre las examinaron.

El último dijo mientras subía :

—Son efectos viejos del tío Huchelоup, que empezó por ser droguista.

—Esto tiene trazas de verdadero vino—observó Bossuet.—Es una suerte que Grantaire duerma ; pues, si no, esas botellas peligrarían.

Enjolras, a pesar de los murmullos, puso su veto a las quince botellas ; y para que nadie las tocara, y se las considerara como sagradas, las mandó colocar debajo de la mesa donde yacía Mabeuf.

A las dos de la madrugada se contaron los combatientes, y resultó que quedaban aún treinta y siete.

El día empezaba a despuntar.

Acabábase de apagar la antorcha que se había vuelto a colocar en su alvéolo de adoquines.

El interior de la barricada, especie de pequeño patio usurpado a la calle, estaba anegado en tinieblas, y se parecía, al través del vago horror crepuscular, al puente de un buque abandonado.

Los combatientes, yendo y viniendo, se movían allí como formas negras.

Por encima de este horrible nido d

sombras, los pisos de las casas mudas se bosquejaban lívidamente y en la parte superior se veían blanquear las chimeneas.

El cielo ofrecía ese hermoso matiz indeciso entre blanco y azul.

Los pájaros volaban cantando alegremente.

La casa alta que formaba el fondo de la barricada mirando hacia Levante, tenía en su techo un reflejo de color de rosa.

En el ventanillo del tercer piso, el aire de la mañana agitaba los cabellos blancos sobre la cabeza del hombre muerto.

—Me alegro de que hayan apagado la antorcha—decía Courfeyrac a Feuilly. —Me incomodaba verla doblarse a impulso del viento, pues parecía tener miedo. La luz de las antorchas es como la prudencia de los cobardes ; alumbra mal porque tiembla.

El alba despierta los ánimos como despierta a los pájaros.

Todos hablaban.

Joly, al ver a un gato andando por la canal de un tejado, prorrumpió en este arranque filosófico :

—¿Qué es el gato? Una corrección. Después de hacer Dios al ratón, hizo en seguida al gato. El gato es la fe de erratas del ratón. El ratón, más el gato, es la prueba revisada y corregida de la Creación.

Combeferre, rodeado de estudiantes y de obreros, hablaba de los muertos, de Juan Prouvaire, de Bahorel, de Mabeuf, hasta de Le Cabuc, y de la tristeza severa de Enjolras.

Decía :

—Armodio y Aristogiton, Bruto, Quereas, Stephanus, Cromwell, Carlota Corday, Sand, todos han tenido, después de dar el golpe, su momento de angustia. Nuestro corazón es tan propenso a estremecerse, y la vida humana es un misterio tan grande, que, aun en el caso de homicidio cívico, de un homicidio libertador, si los hay, el remordimiento de haber herido a un hombre excede a la alegría de haber servido al género humano.

Y un minuto después, como acontece de ordinario en las conversaciones, por una transición a que dieron margen los versos de Juan Prouvaire, Combeferre se puso a comparar entre sí a los traductores de las Geórgicas, a Raux con Cournand, a Cournand con Delille, indicando los pasajes traducidos por Malulatre, particularmente los prodigios de la muerte de César.

El nombre de César le condujo naturalmente a hablar de Bruto.

—César—decía Combeferre—mereció caer. Cicerón trató con severidad a César, y tenía razón para hacerlo. Aquella severidad no es la diatriba. Cuando Zoilo insulta a Homero ; cuando Mevio insulta a Virgilio ; cuando Visé insulta a Molière ; cuando Pope insulta a Shakespeare ; cuando Freron insulta a Voltaire, se cumple una antigua ley de envidia y de odio ; los genios atraen la injuria ; los grandes hombres son siempre pre zaheridos. Pero Zoilo y Cicerón son dos entidades diferentes. Cicerón hizo con el pensamiento la misma justicia que Bruto con la espada. En cuanto a mí, vitupero esta última justicia ; pero la antigüedad la admitía. César, violador del Rubicón, confiriendo como precedentes de él, las dignidades que procedían del pueblo, no levantándose a la entrada del Senado, observaba, según dice Eutropio, la conducta de un rey, y casi de un tirano, «regia ac pæne tyrannica». Era un grande hombre ; tanto peor, o tanto mejor, pues la lección así es más elevada. Sus veintitrés heridas me afectan menos que la saliva escupida a la frente de Jesucristo. César es inmolado por los puñales de los senadores ; Cristo es abofeteado por los sirvientes. Allí, donde es mayor el ultraje, se siente a Dios.

Bossuet, dominando desde la parte más alta de un montón de adoquines, toda aquella charla, gritaba, carabina en mano :

—¡ Oh, Cidateneo ! ¡ Oh, Mirrino ! ¡ Oh, Probalinto ! ¡ Oh, gracias de la Eántide ! ¿ Quién me dirá que pronuncio los versos de Homero, como un griego de Laurio o de Edapteon?

III

CLARIDAD Y SOMBRA

Enjolras había ido a hacer un reconocimiento, saliendo por la callejuela de

Mondetour y serpenteando a la orilla de las casas.

Los insurrectos estaban llenos de esperanzas. La manera cómo habían rechazado el ataque de la noche, les inducía casi a despreciar de antemano el ataque de la mañana. Aguardábanle sonriéndose, y creían en el triunfo tanto como en las causas que sustentaban.

Por otra parte, iba a llegarles evidentemente un socorro, y contaban con él. Arrastrados por esa facilidad de profecía victoriosa, que es una de las fuerzas del francés en la lucha, dividían en tres fases seguras el día próximo a clarear : a las seis de la mañana, la unión de un regimiento «que estaba ganado» ; a las doce, la insurrección de todo París ; a la puesta del sol, la Revolución.

Oíase la campana de San Merry, que no había cesado ni un solo minuto de tocar a rebato desde la víspera ; lo cual probaba que la otra barricada, la grande, la de Juana, seguía resistiendo.

Todas estas esperanzas se comunicaban de uno a otro grupo en una especie de murmullo, a un tiempo alegre y formidable, que se parecía al zumbido belicoso de una colmena.

Enjolras apareció de nuevo. Volvía de su sombrío paseo de águila en la obscuridad exterior. Escuchó un instante la expresión de aquella alegría, con los brazos cruzados y la mano en la boca. Después, fresco y sonrosado, en medio de la blancura matinal creciente, dijo :

—Todo el ejército de París está sobre las armas. La tercera parte de ese ejército pesa sobre la barricada que defendéis, y además la guardia nacional. He distinguido los chacós del quinto de línea, y las banderas de la sexta legión. Dentro de una hora seréis atacados. En cuanto al pueblo, ha mostrado ayer efervescencia, pero hoy ya no se mueve. No hay nada que esperar ; ni un arrabal, ni un regimiento. Estáis abandonados.

Estas palabras cayeron sobre los bulliciosos grupos causando el efecto de la primera gota de la tempestad que cae sobre un enjambre. Todos quedaron mudos. Hubo un momento de inexplicable silencio, en que se habría oído volar a la muerte. Este momento fué corto.

Una voz, que salió del fondo de los grupos, gritó a Enjolras :

—Bien está. Elevemos la barricada a veinte pies de altura, y muramos todos. Ciudadanos, hagamos la protesta de los cadáveres. Mostremos que, si el pueblo abandona a los republicanos, los republicanos no abandonan al pueblo.

Aquella palabra expresaba, desprendiéndose de la penosa nube de ansiedades individuales, el pensamiento de todos, y así fué acogida con entusiastas aclamaciones.

Jamás se ha sabido el nombre de la persona que habló así ; alguno de esos que visten blusa, ignorado, desconocido, olvidado ; un héroe del momento ; ese grande anónimo que se mezcla siempre en las crisis humanas y en las génesis sociales, y que, en un instante dado, pronuncia con tono sublime la palabra decisiva, desvaneciéndose en las tinieblas, después de representar por un minuto, a la claridad de un relámpago, al pueblo y a Dios.

Esta inexorable resolución era tan unánime entre los sublevados del 6 de junio de 1832, que casi a la misma hora, en la barricada de San Merry, se lanzaba este grito, conservado por la historia, y del cual hace mención el proceso :

—Désenos o no auxilio, ¡ qué importa ! Muramos aquí hasta el último.

Las dos barricadas, según se ve, aunque aisladas materialmente, se comunicaban entre sí.

IV

CINCO MENOS, Y UNO MÁS

Después que el desconocido que decretó «la protesta de los cadáveres» hubo hablado, y dado la fórmula del sentimiento común, brotó de todos los labios un grito de extraña satisfacción ; grito terrible, fúnebre por el sentido, y triunfal por el acento :

—¡ Viva la muerte ! Muramos aquí todos.

—¿Por qué todos?—dijo Enjolras.

—¡ Todos ! ¡ Todos !

—La posición — dijo Enjolras — es buena ; la barricada es excelente. Treinta hombres bastan ; ¿por qué sacrificar cuarenta?

—Porque ninguno querrá marcharse—replicaron todos.

—Ciudadanos—exclamó Enjolras con

cierta vibración, casi de cólera, en la voz ;—la República no es bastante rica en hombres para hacer gastos inútiles. La vanagloria es un despilfarro. Si el deber, respecto de algunos, es marcharse, hay que cumplirlo como otro deber cualquiera.

Enjolras, el hombre-principio, tenía sobre sus correligionarios esa especie de omnipotencia que se desprende de lo absoluto ; y con todo, empezaron a oírse murmullos.

Enjolras, jefe hasta la punta de los dedos, viendo que había quien murmuraba, insistió, y repuso con elevado tono :

—Que los que teman no ser más que treinta lo digan.

Los murmullos se aumentaron.

—Además—observó una voz de entre el grupo,—marcharse es más difícil de lo que se piensa. La barricada está cerrada por todas partes.

—Menos por el lado de los Mercados —dijo Enjolras. — La calle de Mondetour está libre, y siguiendo la de Predicadores, se puede llegar al Mercado de los Inocentes.

—Y allí—añadió otra voz del grupo— no habrá medio de escapar. Se tropezará con alguna patrulla de tropa de línea, o de las afueras, que al ver a un hombre de blusa y gorra, preguntará : ¿De dónde vienes? De la barricada tal vez. Y examinando las manos del fugitivo, y, notando que huelen a pólvora, le fusilarán.

Enjolras, sin responder, tocó a Combeferre en el hombro, y ambos entraron en la sala baja.

Al cabo de un momento salieron. Enjolras traía en sus dos manos los cuatro uniformes que había mandado reservar, y Combeferre le seguía con las correas y los chacós.

—Vistiendo este uniforme—dijo Enjolras,—es fácil mezclarse en las filas y huir. Hay para cuatro personas.

Y arrojó en el suelo desempedrado los cuatro uniformes.

Nadie se movió en aquel estoico auditorio. Combeferre tomó la palabra.

—Vamos—dijo,—es preciso tener algo de lástima. ¿Sabéis de qué se trata aquí? Pues se trata de las pobres mujeres. Veamos. ¿Hay o no esposas, hijos, madres que mecen la cuna con sus pies, y que tienen alrededor de sí montones de chicuelos? Aquel de entre vosotros que no ha sentido jamás el calor del seno materno, levante la mano. ¡Ah! ¿queréis morir? También yo, yo que os hablo ; pero no quiero ver junto a mí espectros de mujeres, torciéndose los brazos en su desesperación. Morid, si lo deseáis, pero no causéis la muerte. Los suicidios como el que va a verificarse aquí, son sublimes ; pero el suicidio debe reducirse a estrechos límites, y en cuanto se extienda a vuestros parientes, toma el nombre de asesinato. Pensad en las cabecitas rubias, pensad en los cabellos blancos. Oíd. Enjolras acaba de decirme que ha visto, hace poco, en la esquina de la calle del Cisne, una ventana de un quinto piso alumbrada, y al través de los vidrios, la vacilante sombra de un cabeza de anciana, que tenía trazas de haber pasado la noche aguardando. Quizá sea la madre de alguno de vosotros. Pues bien : ese que se marche ; que se dé prisa a ir en busca de su madre, y decirle :—¡Madre, aquí estoy!—Y que vaya tranquilo, pues no dejaremos por eso de cumplir nuestro deber. Cuando se sostiene a sus parientes con el trabajo de sus brazos, no hay derecho a sacrificarse, porque equivale a desertar de la familia. Pero, ¡y los que tienen hijos, hermanas! ¿Habéis pensado bien en ello?

»Desafiáis la muerte, morís ; perfectamente. Pero, ¿y mañana? Ahí quedan esas jóvenes sin pan... ¡Porvenir terrible! El hombre mendiga : la mujer vende. ¡Ah! Esos seres hermosos tan llenos de gracia y dulzura, que se adornan la cabeza con gorros de flores, que bañan la casa de castidad, que cantan, que charlan, que son como un perfume vivo, que prueban la existencia de los ángeles en el Cielo con la pureza de las vírgenes en la tierra ; esa Juana, esa Luisa, esa Lola, adorables y honestas criaturas, vuestra bendición y vuestro orgullo... van ¡Dios mío, a tener hambre! ¿Qué queréis que os diga? ¡Hay un mercado de carne humana ; y para alejaros de él no bastarán vuestras manos de espectros, trémulas a su alrededor! Pensad en la calle, pensad en el embaldosado, cubierto de transeuntes ;

pensad en las tiendas, por delante de las cuales pasan y vuelven a pasar mujeres descotadas y sumidas en el fango. También esas mujeres han sido puras. Los que tenéis hermanas, ¡pensad en ellas! La miseria, la prostitución, los municipales, San Lázaro, tales son los abismos que se abren ante esas delicadas y bonitas jóvenes, frágiles maravillas de pudor, donaire y belleza más frescas que las lilas del mes de mayo. ¡Ah! ¡Habéis muerto! ¡No estáis ya a su lado! Perfectamente; habéis querido librar al pueblo de los reyes, ¡y entregáis a la policía vuestras hijas! ¡Amigos, tened, a lo menos, compasión! ¡Se piensa de ordinario tan poco en las mujeres, en las infelices mujeres! Se fía en que no han recibido la educación de los hombres; se les impide leer, pensar, ocuparse en política... Pero, ¿les impediréis que vayan esta tarde a la Morgue, y que conozcan allí vuestros cadáveres? ¡Ea! es preciso que los que tienen familia sean buenos muchachos, nos den un apretón de manos, y se marchen, dejándonos aquí solos con nuestra obra. Comprendo que se necesita valor para marcharse: es difícil; pero cuanta más dificultad, más mérito. Dícese: Tengo un fusil, estoy en la barricada, y me quedo. Son cosas que se dicen pronto; pero, amigos míos, hay un mañana, y ese mañana no amanecerá para vosotros, y sí para vuestras familias. ¡Y cuántos padecimientos!

»¿Sabéis lo que es un lindo niño, sano, con mejillas de rosa, que picotea, y retoza, y ríe, y exhala dulce frescor al besarle, en cuanto se le abandona? He visto uno que apenas levantaba del suelo. Su padre había muerto, y unas pobres gentes le habían recogido por caridad. Pero es el caso que no tenían pan para sí, y el niño estaba siempre con hambre. Era en invierno. No lloraba. Veíasele arrimarse a la estufa donde jamás había lumbre, y cuyo tubo, como sabéis, se pega con betún amarillo. El pobre niño arrancaba con sus deditos un poco de aquel betún y se lo comía. Tenía la respiración ronca, la cara lívida, las piernas flojas, el vientre abultado. No decía nada. Si le hablaban, no respondía. Ha muerto. Le llevaron a morir al hospicio de Necker, y estando yo allí de interno le vi. Ahora, si hay entre vosotros padres, padres que consideran una dicha ir a pasear el domingo, teniendo en su robusta mano la manita de su hijo, figúrense en aquel niño el suyo. ¡Cuitadillo! Me parece aún verle desnudo en la mesa de las disecciones anatómicas, con las costillas asomándole bajo la piel, como las fosas bajo la hierba de un cementerio. Se le encontró una cosa parecida a cieno en el estómago, y ceniza en los dientes. ¡Vamos! Probemos a consolar nuestra conciencia y nuestro corazón. La estadística demuestra que la mortalidad de los niños abandonados es de cincuenta y cinco por ciento. Lo repito; aquí se trata de las esposas, de las madres, de los hijos, de los chiquitines. ¿Se os habla, acaso, de vuestras personas? Harto se sabe lo que valéis; harto se sabe que sois todos unos valientes; ¡pardiez! que os alegráis y envanecéis de dar la vida por la santa causa; que os sentís elegidos para morir útil y magníficamente, y que todos vosotros queréis participar del triunfo. Enhorabuena. Pero no estáis solos en el mundo. Hay otras personas en quienes es preciso pensar, y no debemos ser egoístas.

Todos bajaron la cabeza con un aire sombrío.

¡Extrañas contradicciones del corazón humano en los momentos más sublimes! Combeferre, que hablaba así, no era huérfano. Acordábase de las madres de los otros, y olvidaba la suya. Iba a morir; era egoísta.

Mario, en ayunas, calenturiento, sucesivamente burlado en todas sus esperanzas, encallado en el dolor, el más sombrío de los naufragios, saturado de emociones violentas, y sintiendo aproximarse el fin, estaba cada vez más sumido en ese visionario estupor que precede siempre a la hora fatal, voluntariamente aceptada.

Un fisiólogo hubiera podido estudiar en él los síntomas crecientes de esa absorción febril, conocida y clasificada por la ciencia, y que es, respecto del padecimiento, lo que la voluptuosidad respecto del placer. También la desesperación tiene su éxtasis, y ése era el éxtasis de Mario. Asistía a todo lo que allí pasaba, como si lo contemplase desde

fuera. Según hemos dicho antes, las cosas que sucedían a su vista, se le figuraban lejanas; aunque distinguía el conjunto, no percibía los pormenores. Veía a los que iban y venían al través de un inmenso resplandor. Las voces llegaban a él, como si saliesen del fondo de un abismo.

Esto, sin embargo, le conmovió. Había en aquella escena algo que penetró hasta él, y le despertó. Su única idea era morir, y no quería distraerse de ella un solo instante; pero comprendió en su somnambulismo fúnebre, que por el mero hecho de perderse, no le estaba vedado salvar a alguno. Levantó la voz.

—Enjolras y Combeferre tienen razón—dijo;—nada de sacrificios inútiles. Opino como ellos, y hay que darse prisa. Lo que Combeferre os ha dicho no admite réplica. Entre vosotros se cuentan algunos que tienen familias, madres, hermanos, esposas, hijos. Salgan, pues, de las filas.

Nadie se movió.

—Salgan de las filas los hombres casados, y los que son el sostén de sus familias—repitió Mario.

Su autoridad era grande; pues, si bien se consideraba a Enjolras como jefe de la barricada, mirábase a Mario como su salvador.

—Lo mando—gritó Enjolras.

—Os lo ruego—dijo Mario.

Entonces, conmovidos por el discurso de Combeferre, por la orden de Enjolras y por la súplica de Mario, aquellos hombres heroicos empezaron a denunciarse.

—Cierto—decía un joven a un hombre ya formado,—tú eres padre de familia. Márchate.

—A ti es a quien toca irse—respondía aquel hombre,—pues mantienes a tus dos hermanas.

Empeñóse una lucha inaudita, no queriendo ninguno dejarse de poner a la puerta del sepulcro.

—Despachemos—dijo Combeferre;—dentro de un cuarto de hora ya no será tiempo.

—Ciudadanos—prosiguió Enjolras,—reina aquí la república, y con ella el sufragio universal. Designad vosotros mismos las personas que hayan de marcharse.

Se obedeció esta orden. Al cabo de algunos minutos fueron designados cinco por unanimidad, y salieron de las filas.

—¡Son cinco!—exclamó Mario.

No había más que cuatro uniformes.

—¡Bueno!—dijeron los cinco,—es preciso que se quede uno.

Y empezó de nuevo el generoso certamen, buscando cada cual razones para no marcharse, y para convencer a los demás de que debían hacerlo.

—Tú tienes una esposa que te ama.

—Tú tienes a tu anciana madre.

—Tú no tienes padre ni madre; ¿qué va a ser de tus tres hermanitos?

—Tú eres padre de cinco hijos.

—Tú tienes derecho a vivir, pues sólo cuentas diez y siete años. Morirás demasiado pronto.

Las grandes barricadas revolucionarias eran centros de heroísmo. Lo inverosímil parecía allí sencillo, y aquellos hombres no se admiraban unos de otros.

—Despachad—repitió Courfeyrac.

Desde los grupos gritaron a Mario:

—Designad vos el que deba quedarse.

—Sí—dijeron los cinco;—elegid y obedeceremos.

Mario no se creía capaz de emoción, y, sin embargo, a la idea de elegir un hombre para la muerte, toda su sangre refluyó hacia el corazón. Se hubiera puesto pálido, si le hubiera sido posible aún palidecer.

Dirigióse a los cinco, que le aguardaban con la sonrisa en los labios, y cada cual, brillando en sus ojos esa gran llama que se ve en el fondo de la historia en las Termópilas, le gritaba:

—¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!

Mario los contó como estúpido. No había remedio; ¡eran cinco! Luego fijó la vista en los cuatro uniformes.

En aquel instante, el quinto uniforme cayó como si lo arrojasen del cielo, sobre los otros cuatro.

El quinto hombre se había salvado.

Mario alzó los ojos, y conoció al señor Fauchelevent.

Juan Valjean acababa de entrar en la barricada.

Sea en virtud de aviso recibido, sea por instinto, sea debido a la casualidad, llegaba por la callejuela de Mondetour, y, gracias a su uniforme de guardia nacional, nadie le había puesto obstáculo.

El centinela que los insurrectos apostaron en la calle de Mondetour no creyó deber dar la señal de alarma, tratándose de un guardia nacional solo. Dejóle internarse en la calle, diciendo para sí:

—Probablemente es un refuerzo, y, cuando turbio corra, un prisionero.

El momento era demasiado grave para que el centinela pudiera distraerse de su deber, y separarse de su puesto de observación.

Al entrar Valjean en el reducto, nadie lo advirtió, pues todos los ojos estaban fijos en los cinco individuos elegidos, y en los cuatro uniformes. Juan Valjean había visto y oído todo; y despojándose silenciosamente de su uniforme, lo arrojó, según queda relatado.

La emoción fué indescriptible.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó Bossuet.

—Un hombre que salva a los demás—contestó Combeferre.

Mario añadió con voz grave:

—Le conozco.

No se necesitaba de más fianza.

Enjolras se volvió a Juan Valjean:

—Bien venido seáis, ciudadano.

Y añadió:

—Supongo sabréis que vamos a morir.

Juan Valjean, sin responder, ayudó al insurrecto a quien acababa de salvar a vestirse el uniforme.

V

DONDE SE DIRÁ EL HORIZONTE QUE SE DESCUBRE DE LO ALTO DE LA BARRICADA.

La situación de todos en aquella hora inexorable y en aquel sitio fatal, tenía por resultante y por vértice la suprema melancolía de Enjolras.

Enjolras reunía en su persona la plenitud de la revolución, y, sin embargo, era tan incompleto como lo absoluto puede serlo.

Tenía demasiado de Saint-Just, y no lo bastante de Anacarsis Clootz.

Sin embargo, en la sociedad de los amigos del A. B. C., su espíritu había acabado por experimentar la influencia de las ideas de Combeferre.

Hacía algún tiempo que, saliendo poco a poco de la forma estrecha del dogma, cedía al empuje del progreso, llegando a aceptar, como evolución definitiva y magnífica, la transformación de la gran República francesa en inmensa República humana.

En cuanto a los medios inmediatos, dada una situación violenta, queríalos también violentos; en esta parte no había variado, y permanecía fiel a la escuela épica y formidable, que se resume en este número: 93.

Enjolras estaba de pie en la escalera de adoquines, con un codo apoyado en el cañón de su carabina.

Meditaba, y de vez en cuando se estremecía, como si sintiese pasar un hálito misterioso...

En los parajes que visita la muerte suelen notarse estos efectos de los antiguos trípodes.

De sus pupilas, que reflejaban la mirada interior, salían como especie de llamas comprimidas.

De repente levantó la cabeza; sus cabellos rubios cayeron hacia atrás como los del ángel sobre el carro sombrío de estrellas, y semejantes a la melena de un león, erizada en forma de aureola resplandeciente.

Enjolras habló así:

—Ciudadanos: ¿Os representáis el porvenir? Las calles de las ciudades inundadas de luz, ramas verdes en los umbrales, las naciones hermanas, los hombres justos, los ancianos bendiciendo a los niños, lo pasado amando a lo presente, los pensadores en completa libertad, los creyentes iguales entre sí; por religión, el Cielo, por sacerdote a Dios; la conciencia humana convertida en altar; extinguido el odio; la fraternidad del taller y de la escuela; por penalidad y por recompensa, la notoriedad; el trabajo, el derecho, la paz para todos; no más sangre vertida, no más guerras, ¡las madres dichosas! El primer paso es sojuzgar la materia; el segundo, realizar el ideal. Reflexionad en lo que ha hecho ya el progreso. En otro tiempo, las primeras razas humanas veían con terror pasar ante sus ojos la hidra que soplaba sobre las aguas, el dragón que vomitaba fuego, el grifo, monstruo del aire, que volaba con las alas de un águila y las garras de un tigre; espantosas fieras, colocadas por en-

cima del hombre. Sin embargo, el hombre ha tendido sus redes, las redes sagradas de la inteligencia, y ha acabado por coger en ellas a los monstruos. Hemos domado la hidra, y le hemos dado el nombre de vapor; hemos domado el dragón, llamándole locomotora; estamos a punto de domar el grifo, pues ya ha caído en nuestras manos, y hemos cambiado su nombre en el de globo. El día en que esta obra de Prometeo se concluya, unciendo el hombre definitivamente al carro de su voluntad la triple quimera antigua, la hidra, el dragón y el grifo, ese día será dueño del agua, del fuego y del aire, y vendrá a ser para el resto de la creación animada lo que para él eran en otro tiempo los dioses mitológicos. ¡Valor y adelante! ¿Adónde vamos, ciudadanos? A la ciencia convertida en gobierno; a la fuerza de las cosas erigida en única fuerza pública; a la ley natural con su sanción y su penalidad en sí misma, y promulgada por la evidencia; a una alborada de verdad que corresponda al nacer del día. Caminamos a la unión de los pueblos; caminamos a la unidad del hombre.

»No más ficciones; no más parásitos. Lo real gobernado por lo verdadero, tal es el fin. La civilización celebrará sus juntas en medio de Europa, y luego en el centro de los continentes, en un gran parlamento de la inteligencia. Hase visto ya algo parecido a esto. Los anfictiones tenían diez juntas al año, una en Delfos, mansión de los dioses; otra en las Termópilas, mansión de los héroes. Europa tendrá sus anfictiones, y el globo los tendrá también a su vez. Francia lleva dentro de sí este porvenir sublime. Es la gestación del siglo XIX. Lo que bosquejó Grecia merece ser terminado en Francia. Escúchame, Feuilly, valiente obrero, hombre del pueblo, hombre de los pueblos. ¡Te venero! Sí, tú ves con claridad las futuras edades: sí, tienes razón. Carecías de padre y madre, Feuilly, y has adoptado por madre la humanidad, y por padre el derecho. Vas a morir aquí, esto es, a triunfar. ¡Ciudadanos! Suceda hoy lo que quiera; venzamos, o seamos vencidos, vamos a hacer una revolución. Así como los incendios iluminan toda una ciudad, las revoluciones iluminan todo el género humano. ¿Y qué revolución haremos? Acabo de decirlo: la de la verdad. Desde el punto de vista político, no hay más que un principio: la soberanía del hombre sobre sí mismo. Esta soberanía del yo sobre el yo se llama Libertad. Desde que dos o más de estas soberanías se asocian, empieza el Estado. Pero en esta asociación no hay abdicación. Cada soberanía concede cierta parte de sí misma para formar el derecho común; parte que es igual para todos. Esta identidad de concesiones hechas por los individuos en beneficio de todos, se llama Igualdad. El derecho común no es más que la protección de todos, irradiando sobre el derecho de cada individuo. Esta protección se llama Fraternidad. El punto de intersección de todas estas soberanías que se agregan, es lo que recibe el nombre de Sociedad. Siendo esta intersección una unión, el punto en que se verifica es un nudo. De ahí lo que se denomina Vínculo social. Algunos dicen contrato social, y viene a ser lo mismo, por cuanto la palabra contrato se forma etimológicamente con la idea del vínculo. Entendámonos acerca de la igualdad; pues al paso que la libertad es la cima, la igualdad es la base. La igualdad, ciudadanos, no significa toda la vegetación a nivel; una sociedad de matas grandes y de encinas pequeñas; un conjunto de envidiosos hostilizándose; civilmente, la igualdad significa el camino abierto a todas las aptitudes; políticamente, el mismo peso para todos los votos; religiosamente, el mismo derecho para todas las conciencias. La igualdad tiene su órgano, y este órgano es la instrucción gratuita y obligatoria.

»El derecho al alfabeto; por ahí se debe empezar. La escuela primaria impuesta a todos; la escuela secundaria ofrecida a todos; tal es la ley. De la escuela idéntica sale la sociedad igual. ¡Sí! ¡Enseñanza! ¡Luz! ¡Luz! De la luz emana todo, y todo vuelve a ella. ¡Ciudadanos! el siglo XIX es grande; pero el siglo XX será dichoso. Entonces no habrá nada que se parezca a la antigua historia; no habrá que temer, como hoy, una conquista, una invasión, una usurpación, una rivalidad de naciones a mano armada, un interrupción de civilización por un casamiento de re-

yes ; no habrá que temer un nacimiento en las tiranías hereditarias, un reparto de pueblos acordado en congresos, una desmembración por hundimiento de dinastías, un combate de dos religiones al encontrarse frente a frente ; no habrá ya que temer al hambre, la explotación, la prostitución por miseria, la miseria por falta de trabajo, el cadalso, la cuchilla, las batallas, y todos estos latrocinios del acaso en la selva de los acontecimientos. Casi pudiera decir que no habrá ya acontecimientos. Reinará la dicha. El género humano cumplirá su ley, como el globo terrestre cumple la suya ; la armonía entre el alma y el astro se restablecerá ; el alma gravitará en torno de la verdad, como el astro en torno de la luz. Amigos : la hora en que estamos y en que os hablo, es una hora sombría ; pero tales son las terribles condiciones de la conquista del porvenir. Una revolución es un peaje. ¡ Oh ! el género humano será libertado, sacado de su postración, consolado. Se lo afirmamos desde esta barricada. ¿ De dónde saldrá el grito de amor, sino de lo alto del sacrificio? ¡ Oh, hermanos míos ! Aquí está el vínculo de unión de los que piensan y de los que padecen ; esta barricada no está hecha ni de adoquines, ni de vigas, ni de hierro viejo ; está hecha de dos montones, uno de ideas, otro de dolores. La miseria encuentra en ella a lo ideal. El día se abraza con la noche y le dice : voy a morir contigo, y tú vas a renacer conmigo. Del estrecho abrazo de todas las aflicciones brota la fe. Los padecimientos traen aquí su agonía, y las ideas su inmortalidad. Esta agonía y esta inmortalidad van a mezclarse y a componer nuestra muerte. Hermanos, el que muere aquí, muere en la irradiación del porvenir, y nosotros bajamos a una tumba iluminada por la aurora.

Enjolras se detuvo ; era más bien una interrupción que el fin de un discurso. Sus labios seguían moviéndose en silencio, como si continuase hablando consigo mismo ; y sus compañeros, atentos y ansiosos de recoger aquellas palabras, no apartaban de él la vista. No hubo aplausos, pero se habló en voz baja mucho tiempo.

La palabra es aire, y el estremecimiento de las inteligencias se parece al estremecimiento de las hojas.

VI

MARIO ESQUIVO, Y JAVERT LACÓNICO

Digamos lo que pasaba en el pensamiento de Mario.

Téngase presente el estado de su alma.

Como acabamos de indicar, para él todo se había reducido a visión. Sus ideas estaban confusas. Mario, repitámoslo, se hallaba bajo la sombra de las alas tenebrosas, abiertas sobre los agonizantes. Sentía que había penetrado en el sepulcro, y parecíale que estaba al otro lado de la barrera, no viendo ya las caras de los vivos sino con los ojos de un muerto.

¿ Cómo y por qué se encontraba allí el señor Fauchelevent? ¿ Qué iba a hacer a la barricada? Mario no trató de averiguar nada de esto, pues siendo propio de nuestra desesperación extenderse a cuanto nos rodea, hallaba lógico que todos fuesen a morir a aquel sitio.

Pensó, no obstante, en Cosette con indecible angustia.

Por lo demás, el señor Fauchelevent no le habló, ni aun le miró, y hasta pareció no haber oído cuando Mario, levantando la voz, dijo :—Le conozco.

Esta actitud del señor Fauchelevent aliviaba a Mario de un gran peso, y aun diríamos que le agradaba, si, tratándose de tales impresiones, pudiera emplearse esta palabra. Habíase sentido siempre incapaz de hablar a aquel hombre enigmático, que era para él a la vez equívoco e imponente. Además, hacía mucho tiempo que no le había visto ; lo cual, unido a la índole tímida y reservada de Mario, aumentaba más todavía su retraimiento.

Los cinco hombres designados salieron de la barricada por la callejuela de Mondetour, perfectamente disfrazados de guardias nacionales. Uno de ellos se fué llorando. Todos, antes de partir, dieron un abrazo de despedida a los que se quedaban.

Cuando aquellos cinco hombres, devueltos a la vida, se marcharon, Enjolras pensó en el sentenciado a muerte : y entró en la sala baja. Javert, atado al poste, parecía meditabundo.

—¿Quieres algo? — le preguntó Enjolras.

Javert contestó :

—¿Cuándo me matáis?

—Aguarda. En este momento necesitamos todos nuestros cartuchos.

—Entonces dadme de beber.

Enjolras le presentó un vaso de agua, y como Javert estaba atado, le ayudó a beber.

—¿Quieres algo más?—preguntó de nuevo Enjolras.

—Estoy mal en este poste—respondió Javert.—¡ Habéis tenido alma para dejarme pasar aquí la noche ! Atadme como más os plazca, pero se me figura no habrá inconveniente en que se me tienda como a ese otro, sobre una mesa.

Y con un movimiento de cabeza indicaba el cadáver del señor Mabeuf.

Se recordará que, en el fondo de la sala, había una mesa grande, donde se habían fundido balas y hecho cartuchos. Ahora, bien empleada toda la pólvora, y hechos todos los cartuchos, aquella mesa estaba libre.

Por orden de Enjolras, cuatro insurrectos desataron a Javert del poste, teniendo otro mientras tanto una bayoneta apoyada en su pecho.

Le dejaron las manos atadas atrás, le sujetaron los pies con una cuerda delgada, pero fuerte, de modo que pudiera dar pasos de quince pulgadas, como se hace con los que van a subir al cadalso, y se le condujo hasta la mesa del fondo, tendiéndole allí, y atándole perfectamente por la mitad del cuerpo.

Para mayor seguridad, mediante una cuerda fijada al cuello, se añadió al sistema de ligaduras que le ponía en la imposibilidad de evadirse, esa especie de lazo, llamado en las cárceles gamarra, que partiendo de la nuca, se bifurca en el estómago, y llega a las manos después de haber pasado por entre las piernas.

Mientras amarraban a Javert, un hombre, en el umbral de la puerta, le consideraba con singular atención. La sombra que formaba aquel hombre hizo volver la cabeza a Javert. Alzó los ojos y conoció a Juan Valjean. Sin el menor estremecimiento, los bajó de nuevo con altivez y se limitó a decir :

—Es natural.

VII

DE CÓMO LA SITUACIÓN SE FUÉ AGRAVANDO

El día adelantaba rápidamente ; pero las ventanas y las puertas permanecían cerradas. Era la aurora, no el despertar. Las tropas, como hemos dicho, habían desocupado la extremidad de la calle de Chanvrerie, que a la sazón parecía libre, y que brindaba al transeunte con una tranquilidad siniestra. La calle de San Dionisio estaba muda, como el paseo de las esfinges en Tebas. Ni un solo ser viviente se veía en las encrucijadas que blanqueaba un reflejo de sol. Nada hay tan lúgubre como esa claridad de las calles desiertas.

Aunque no se divisaba a nadie, en cambio se oía. Notábase a cierta distancia un movimiento misterioso. Era evidente que el instante crítico iba a llegar. Como la víspera por la noche, los centinelas se replegaban ; pero esta vez no quedó ninguno.

La barricada estaba más fuerte que en el primer ataque, y desde la partida de los cinco, se la había levantado más aún.

Enjolras, por aviso del centinela a quien tocó observar los Mercados, temeroso de ser sorprendido por aquella parte, adoptó una resolución grave. Mandó hacer otra barricada en la bocacalle de la de Mondetour, que había permanecido libre hasta entonces. Para esto fué preciso desempedrar algunas varas más de calle. De este modo, la barricada, tapiada en tres calles, la de la Chanvrerie por delante, la del Cisne y la pequeña Truanderie a la izquierda, y la de Mondetour a la derecha, era casi inexpugnable ; aunque, en verdad, constituía un fatal encierro. Tenía tres frentes, pero ninguna salida.—Fortaleza y ratonera al mismo tiempo—dijo riéndose Courfeyrac.

Enjolras mandó hacinar junto a la puerta de la taberna unos treinta adoquines, que se habían «arrancado de más», decía Bossuet.

El silencio era tan profundo por el lado de donde debía venir el ataque, que Enjolras hizo que cada cual ocupase de nuevo su respectivo puesto.

Distribuyóse a todos una ración de aguardiente.

Nada hay más curioso que una barricada preparándose a recibir el asalto. Cada cual elige su sitio como en el teatro. Se recuestan, apoyan los codos, se respaldan y hasta algunos forman sillones con los adoquines. Si la esquina de una pared incomoda, todos se alejan de ella; si sobresale un ángulo protector, a él se acogen. Los zurdos hacen buena obra, pues ocupan los sitios que molestan a los demás. Muchos se disponen a combatir sentados, queriendo estar cómodos para matar y para morir.

En la funesta guerra de Junio de 1848, un insurrecto que tenía una puntería terrible, y que hacía fuego desde una azotea, había dispuesto le llevasen un sillón a lo Voltaire, y en él murió de un casco de metralla.

En cuanto el jefe manda el zafarrancho de combate, todos los movimientos desordenados cesan. No más empellones, no más corrillos, no más apartes; todo lo que bulle en los ánimos, converge y se cambia en ansiedad, esperando la embestida. Antes del peligro, una barricada es el caos; en el peligro, es la disciplina. Del peligro nace el orden.

Desde que Enjolras tomó su carabina de dos cañones, y se situó en una especie de almena que se había reservado, todos callaron. Oyóse un ruido de golpes secos resonar confusamente en toda la extensión de la barricada. Era que se montaban los fusiles.

Por lo demás, reinaba allí más grandeza de ánimo, más confianza que nunca. El exceso del sacrificio fortalece; no tenían ya esperanza, pero les quedaba la desesperación. La desesperación, última arma, que a veces da la victoria; Virgilio lo ha dicho. Los recursos supremos emanan de las resoluciones extremas. Embarcarse en la muerte, suele ser a veces el medio de evitar el naufragio, y la tapa del ataúd se convierte en este caso en tabla de salvación.

Como la víspera por la noche, la atención de todos se dirigía, y casi pudiera decirse que se apoyaba, en la extremidad de la calle, ahora clara y visible.

No aguardaron mucho tiempo. El movimiento empezó a oírse distintamente por el lado de San Leu, aunque no se parecía al del primer ataque. Esta vez el crujido de las cadenas, el alarmante rumor de una masa, la trepidación del bronce al saltar sobre el empedrado, especie de ruido solemne, anunciaron que se aproximaba alguna siniestra armazón de hierro. Estremeciéronse las entrañas de aquellas antiguas y tranquilas calles, abiertas y construídas para la fecunda circulación de los intereses y de las ideas, y no para que rodasen por ellas con monstruoso estrépito los carros de guerra.

La fijeza con que las pupilas de todos los combatientes se clavaban en el extremo de la calle, tomó una expresión feroz.

Apareció una pieza de artillería.

Los artilleros la conducían, colocada ya sobre las muñoneras, y sin el avantrén. Dos de aquéllos iban junto al afuste, cuatro empujaban las ruedas, y otros seguían con el arcón. Veíase humear la mecha.

—¡Fuego!—gritó Enjolras.

Toda la barricada hizo fuego, y la detonación fué espantosa: una tempestad de humo envolvía y obscurecía la pieza de artillería y los hombres. Después de algunos instantes se disipó la nube, y el cañón y los hombres reaparecieron. Los artilleros acababan de colocarlo enfrente de la barricada con lentitud, en toda regla, sin precipitación de ningún género. No había ni un herido. En seguida, el jefe, apoyándose en la culata para elevar el tiro, se puso a apuntar el cañón con la gravedad de un astrónomo que asesta el anteojo.

—¡Bravo por los artilleros!—gritó Bosuet.

Y toda la barricada aplaudió.

Un momento después, la pieza, perfectamente situada en medio de la calle, como si dijéramos a caballo sobre el arroyo, estaba ya en batería. Abríase ante la barricada una formidable boca.

—¡Bien, bien!—dijo Courfeyrac.—Aquí viene lo gordo. Después del papirotazo, la puñada. El ejército extiende su garra hacia nosotros. La barricada va a sentirse sacudir seriamente. Los fusiles no hacen más que tantear, el cañón coge.

—Es una pieza de a ocho, del método moderno, y de bronce—añadió Combe-

ferre. — Esa clase de piezas, por poco que se exceda de la proporción de diez partes de estaño en ciento de cobre, están expuestas a reventar. El exceso de estaño las ablanda demasiado, y entonces se forman escarabajos en el oído. Para evitar esto, y poder forzar la carga, tal vez convendría volver al procedimiento del siglo XIV, y circuir exteriormente la pieza con un sistema de anillos de acero sin soldadura, desde la culata hasta los muñones. Entretanto, se remedia ese defecto del mejor modo posible. Para conocer dónde están los escarabajos del oído de un cañón, se hace uso de la sonda ; si bien es preferible emplear la estrella móvil de Gribeauval.

—En el siglo XVI—observó Bossuet—se rayaban los cañones.

—Sí—contestó Combeferre,—eso aumenta la potencia balística, pero disminuye la precisión del tiro. En el tiro, a corta distancia, la trayectoria no tiene la tensión debida, y exagerándose la parábola, el camino del proyectil no es bastante rectilíneo para poder herir los objetos intermedios, a pesar de ser una necesidad del combate, cuya importancia crece con la cercanía del enemigo y la precipitación de los disparos. Esta falta de tensión de la curva del proyectil en los cañones rayados del siglo XVI, consistía en lo escaso de la carga, y las cargas pequeñas ; en las máquinas de que hablamos, son una exigencia de las necesidades balísticas, tales, por ejemplo, como la conservación de los afustes. En suma, el cañón, ese déspota, no puede todo lo que quiere, la fuerza es una gran debilidad. Una bala de cañón no anda más que seiscientas leguas por hora ; la luz recorre setenta mil en un minuto. Tanta es la superioridad de Jesucristo sobre Napoleón.

—Volved a cargar—dijo Enjolras.

¿Cómo iba a recibir el armazón de la barricada el embate de la artillería? ¿Abrirían brecha las balas? Esta era la cuestión.

Mientras que los insurrectos cargaban de nuevo sus fusiles, los artilleros hacían lo propio con el cañón.

La ansiedad era profunda en el reducto.

Salió el tiro, y sonó la detonación.

—¡ Presente !—gritó una voz con alegría.

Y al mismo tiempo que la bala dió contra la barricada vióse a Gavroche lanzarse dentro.

Llegaba por el lado de la calle del Cisne, y había andado listo en saltar la barricada accesoria que estaba en frente del laberinto de la pequeña Truanderie.

Gavroche produjo en la barricada más efecto que la bala.

Habíase perdido ésta en los escombros, logrando, a lo sumo, romper una rueda del ómnibus y acabar con la carreta vieja de Anceau.

Los de la barricada, al ver esto, se echaron a reír.

—Continuad—gritó Bossuet a los artilleros.

VIII

LA COSA SE VA PONIENDO SERIA

Todos cercaron a Gavroche.

Pero Mario, sin darle tiempo para contar nada, le tomó aparte, y estremeciéndose, le dijo :

—¿Qué vienes a hacer aquí?

—¡ Toma !—le respondió el pilluelo.

—¿Y vos?

Y miró fijamente a Mario con su descaro épico.

Sus dos ojos se agrandaban por efecto de la arrogante lucidez que despedían las órbitas.

Mario prosiguió, con severo acento :

—¿Quién te ha dicho que volvieras? Supongo que habrás entregado mi carta.

No dejaba de escocerle algo a Gavroche lo pasado con aquella carta ; pues con la prisa de volver a la barricada, más bien que entregarla, lo que hizo fué deshacerse de ella.

No podía menos de decir en sus adentros que la había confiado con sobrada ligereza a aquel desconocido, cuyo rostro no logró siquiera distinguir, a pesar de tener descubierta la cabeza.

En una palabra, reprendíase interiormente, y temía los cargos que Mario pudiera dirigirle.

Para salir del apuro, eligió el medio más sencillo, que fué el de mentir abominablemente.

—Ciudadano, entregué la carta al

portero. La señora dormía. y se la darán en cuanto despierte.

Mario, al enviar aquella carta, se había propuesto dos cosas : despedirse de Cosette, y salvar a Gavroche. Tuvo que contentarse con la mitad de lo que quería.

El envío de su carta y la presencia del señor Fauchelevent en la barricada, ofrecían cierta correlación, que no dejó de presentarse a su espíritu, y dijo a Gavroche, mostrándole a aquél :

—¿Conoces a ese hombre?

—No—contestó Gavroche.

En efecto, según acabamos de recordarlo, no había visto a Juan Valjean sino de noche.

Las confusas y débiles conjeturas que habían principiado a formarse en el espíritu de Mario, se disiparon. ¿Acaso conocía él las opiniones del señor Fauchelevent? Muy bien podía ser republicano, y de ahí su presencia en el sitio del combate.

Gavroche estaba ya al otro extremo de la barricada, gritando

—¡ Mi fusil !

Courfeyrac mandó que se lo entregasen.

Gavroche advirtió a los «camaradas» (así los llamaba) que el bloqueo de la barricada era cosa hecha ; que a él le había costado mucho trabajo el llegar. Un batallón de línea, cuyos pabellones estaban en la pequeña Truanderie, tenía ocupada la salida de la calle del Cisne ; y, por el lado opuesto, la guardia municipal se había apostado en la calle de Predicadores. Enfrente estaba el grueso del ejército.

Cuando hubo dado estas noticias, añadió Gavroche :

—Os autorizo para que los zurréis de lo lindo.

Entretanto, Enjolras, desde su almena, con el oído atento, espiaba.

Los sitiadores, poco contentos sin duda de su cañón, no le habían vuelto a hacer funcionar.

Una compañía de infantería de línea ocupó la extremidad de la calle, detrás de la pieza. Los soldados desempedraban la calzada, y construían allí con los adoquines una pared baja, especie de parapeto, que apenas excedía de diez y ocho pulgadas de altura, y daba frente a la barricada. En el ángulo izquierdo de este parapeto, se veía la cabeza de un batallón de las afueras, formado en columna cerrada en la calle de San Dionisio.

Enjolras, desde su atalaya, creyó percibir ese ruido particular que se hace al sacar del arcón las cajas de metralla, y vió al jefe cambiar la puntería, e inclinar ligeramente la boca del cañón a la izquierda. Después los artilleros se pusieron a cargar la pieza. El jefe mismo cogió el bota-fuego y lo acercó al oído.

—¡ Bajad la cabeza ! — gritó Enjolras :—¡ todos de rodillas en la barricada !

Los insurrectos, esparcidos delante de la taberna, y que habían dejado su puesto de combate a la llegada de Gavroche, corrieron en pelotón a la barricada ; pero aun no se había ejecutado la orden de Enjolras, cuando se oyó el tiro, con ese ronquido terrible de las descargas de metralla. Lo era efectivamente.

La carga había sido dirigida a la cortadura del reducto, rebotando contra la pared ; y de este espantoso rebote resultaron dos muertos y tres heridos.

Continuando así, la barricada sería pronto destruída. La metralla se abría ancha calle.

Hubo un rumor de consternación.

—Impidamos, a lo menos, el segundo metrallazo—dijo Enjolras.

Y bajando la carabina, apuntó al jefe que en aquel momento, inclinado sobre la culata del cañón, rectificaba y fijaba definitivamente la puntería.

El jefe era un guapo sargento de artillería, joven, rubio, de rostro apacible, con ese aire inteligente propio del arma predestinada y tremenda, que a fuerza de perfeccionarse en el horror, debe concluir por matar la guerra.

Combeferre, de pie junto a Enjolras, consideraba a aquel joven.

—¡ Qué lástima !—dijo :—¡ qué horrible cosa son estas carnicerías ! Por fin, cuando ya no haya reyes no habrá guerras. Enjolras, tú apuntas a ese sargento, pero no le miras. Figúrate un hermoso joven. Que es intrépido no cabe duda ; se le ve que piensa. Son muy instruídos esos artilleros. Tendrá padre, madre, familia, amará probablemente. Representa, a lo sumo, veinticinco años ; pudiera ser tu hermano.

—Lo es—dijo Enjolras.

—Sí—prosiguió Combeferre,—y también mío. No le matemos, pues.

—Déjame. Lo que es preciso, es preciso.

Y una lágrima rodó lentamente por la mejilla de mármol de Enjolras.

Al mismo tiempo oprimió el gatillo de su carabina y salió el tiro. El artillero giró dos veces sobre sí mismo, tendidos los brazos y levantada la cabeza como para aspirar el aire; después cayó de costado sobre la pieza, sin volver a moverse. Salíale de la espalda un arroyo de sangre. La bala le había atravesado el pecho de parte a parte. Estaba muerto.

Fué menester llevarle de allí, y poner a otro en su lugar; con lo que se ganaban, en efecto, algunos minutos.

IX

DONDE SE VERÁ LA MANERA DE EMPLEAR ESE TALENTO DE CAZADOR FURTIVO, Y ESA PUNTERÍA SEGURA, QUE INFLUYÓ EN LA CONDENA DE 1796.

Cruzábanse los avisos en la barricada. La pieza de artillería iba a empezar de nuevo, y con aquella metralla todo habría concluído en un cuarto de hora. Era de absoluta necesidad amortiguar los tiros.

—Es preciso tener ahí un colchón—dijo Enjolras.

—No hay ninguno—respondió Combeferre.—Los ocupan los heridos.

Juan Valjean, sentado aparte en un guardacantón junto a la esquina de la taberna, con el fusil entre las piernas, no había tomado parte hasta entonces en nada de lo que pasaba. Parecía no oír a los combatientes decir, aludiendo a él:—Un fusil inútil.

Al dar Enjolras la orden, Juan Valjean se levantó.

Recordará el lector que cuando llegó el tropel de gente a la calle de la Chanvrerie, una vieja, por miedo a las balas, había colgado de la ventana un colchón. Esta ventana pertenecía a una boardilla, y estaba sobre el techo de una casa de seis pisos, algo fuera de la barricada. El colchón, puesto al través, y apoyado por debajo en dos varas de tender ropa, estaba sostenido por arriba en dos cuerdas, que parecían desde lejos dos hilos, atadas a clavos fijos en el dintel de la boardilla. Veíanse destacarse distintamente las dos cuerdas, como si fuesen dos cabellos.

—¿Hay quien me preste una carabina de dos cañones?—dijo Juan Valjean.

Enjolras, que acababa de cargar de nuevo la suya, se la entregó.

Juan Valjean apuntó a la boardilla, y tiró.

Una de las cuerdas estaba rota, y el colchón no pendía ya más que de un hilo.

Juan Valjean disparó el segundo tiro, y la segunda cuerda golpeó en los vidrios de la boardilla. El colchón resbaló por entre las dos varas, y cayó a la calle.

La barricada aplaudió.

Todos gritaron:

—¡Un colchón! ¡un colchón!

—Sí—dijo Combeferre;—pero ¿quién irá a traerlo?

El colchón había caído, en efecto, por fuera de la barricada, entre los sitiados y los sitiadores; y como la muerte del sargento de artillería había exasperado a la tropa, los soldados, desde algunos momentos antes, se habían tendido boca abajo detrás de la línea de adoquines levantada por ellos; y para suplir el forzoso silencio de la pieza, que callaba hasta reorganizar su servicio, habían roto el fuego contra la barricada. Los insurrectos no respondían a aquella descarga de fusiles, para ahorrar las municiones. La fusilería se estrellaba en la barricada; pero llenaba de balas la calle, que tenía un aspecto terrible.

Juan Valjean salió por la cortadura, entró en la calle, atravesó aquel huracán de balas, fué al colchón, lo cogió, se lo echó a cuestas, y volvió a la barricada.

Él mismo puso el colchón en la cortadura, fijándolo contra la pared, de modo que no lo viesen los artilleros.

Ejecutado esto, se aguardó la descarga de metralla.

No se hizo esperar.

El cañón vomitó con un rugido su carga, pero no hubo rebote. La metralla se amortiguó en el colchón. Habíase logrado el efecto previsto, y la barricada se había salvado.

—Ciudadano—dijo Enjolras a Juan

Valjean—, la República os da las gracias.

Bossuet admiraba y reía.

—¡Es inmoral—exclamó—, que un colchón posea tan gran virtud! ¡Es el triunfo de la debilidad sobre la fuerza! Pero de todos modos, ¡gloria al colchón que anula los cascos de metralla!

X

AURORA

En aquel momento se despertaba Cosette.

Su cuarto era estrecho, aseado, discreto, con una gran ventana a Oriente, que daba al patio interior de la casa.

Cosette no sabía nada de lo que pasaba en París. No estaba allí la víspera, y ya se había retirado a su cuarto cuando la tía Santos dijo:

—Parece que hay alboroto.

Durmió pocas horas, pero bien.

Tuvo dulces sueños, contribuyendo quizá algo a esto la extremada blandura de su cama.

Habíasele aparecido Mario inundado de claridad, y como al despertar le daba el sol en los ojos, se le figuró que seguía soñando.

Su primer pensamiento cuando salió de aquel ensueño, fué de alegría.

Cosette se sintió tranquila.

Experimentaba, como Juan Valjean algunas horas antes, esa reacción del alma que no quiere, bajo concepto alguno, la desgracia; y se puso con todas sus fuerzas a esperar, sin saber por qué.

De improviso le asaltó una angustia indecible.

¡Hacía tres días que había visto a Mario! Pero reflexionó que debía haber recibido su carta, que sabía dónde estaba, y que, hallándose dotado de tanto talento, encontraría medio de acercarse hasta ella, y muy pronto sin duda, quizá aquella misma mañana.

Era ya día claro; pero por la disposición horizontal del rayo de luz, creyó que amanecía.

Había que levantarse, no obstante, para recibir a Mario.

Sentía que le era imposible vivir sin Mario, y parecíale suficiente razón ésta para que viniese.

No había nada que objetar.

El argumento era concluyente.

¡Pues no llevaba ya tres días de padecer! ¡Tres días sin ver a Mario! ¡Atrocidad inaudita!

Dios había querido probarla, pero la prueba había terminado, y Mario iba a llegar, portador de buenas noticias.

Tal es la juventud; se enjuga pronto los ojos, y considerando inútil el dolor, no lo acepta.

La juventud es la sonrisa del porvenir ante un desconocido, ante sí mismo.

Nada para ella más natural que ser dichosa; parece que su respiración está formada de esperanza.

Por lo demás, Cosette no podía recordar lo que Mario le había dicho a propósito de aquella ausencia, que sólo debía durar un día, ni cómo se la había explicado.

Todos habrán advertido la habilidad de una moneda que cae al suelo para ocultarse y atormentar al que la busca.

Hay pensamientos que se divierten de igual modo a nuestra costa, escondiéndose en una celdilla del cerebro.

En vano corremos tras él; la memoria no consigue apoderarse del fugitivo.

Cosette no dejaba de sentir cierto despecho al notar que el recuerdo era el rebelde, pues juzgaba criminal en ella el olvido de las palabras que Mario había pronunciado.

En cuanto dejó el lecho, se apresuró a cumplir con las dos atenciones del alma y del cuerpo, la oración y el tocador.

Puédese, en un caso, introducir al lector en la alcoba nupcial, pero no en el dormitorio de una virgen.

Apenas lo osaría el verso, y no debe de intentarlo siquiera la prosa.

Es el interior de una flor aún cerrada; es una blancura en la sombra; es la célula íntima de un no abierto lirio, que no debe mirar el hombre mientras no lo haya mirado el sol.

La mujer, todavía capullo, es sagrada.

El lecho inocente que se descubre, la adorable semidesnudez que tiene miedo de sí misma, el blanco pie que se refugia en una chinela, la garganta que se ve delante de un espejo, como si el espejo tuviera ojos, la camisa que se apresura a subir y ocultar los hombros

al menor ruido de un mueble que cruje, o de un carruaje que pasa, las cintas atadas, los corchetes abrochados, los cordones atacados, el estremecimiento de frío y de pudor, la especie de susto que denotan todos los movimientos, la inquietud casi aislada donde nada hay que temer, las fases sucesivas del vestido tan bellas como las nubes de la aurora; todas estas cosas no conviene describirlas, y es ya demasiado indicarlas.

La mirada del hombre debe demostrarse aún más religosa ante una joven que sale del lecho, que ante una estrella que aparece en el horizonte. La posibilidad de alcanzar debe convertirse en aumento de respeto.

La pelusa del melocotón, el polvillo de la ciruela, el radiante cristal de la nieve, el ala de la mariposa polvoreada de plumas, son objetos groseros, si se comparan con esa castidad que ni aun sabe que es casta.

La joven es un bosquejo de sueño, y no es todavía una estatua. Ocúltase su alcoba en la parte sombría del ideal. El indiscreto tacto de la mirada materializa esa vaga penumbra. Contemplar, en este caso, es profanar.

No mostraremos, pues, ninguno de esos suaves cuidados femeniles que acompañaron el despertar de Cosette.

Un cuento oriental dice que Dios había hecho blanca la rosa; pero que, habiéndola mirado Adán en el momento de entreabrirse, tuvo vergüenza, y se puso rosada.

Nosotros somos de los que nos sentimos sobrecogidos delante de las jóvenes y de las flores, por juzgarlas dignas de veneración.

Cosette se vistió muy pronto, y se peinó, pues entonces las mujeres no se ahuecaban el pelo con almohadillas, ni se ponían miriñaques en la cabeza. Después abrió la ventana y miró alrededor esperando descubrir algún trozo de calle, una esquina de casa o empedrado, y divisar en ella a Mario.

Pero no se veía nada de lo que pasaba afuera, por hallarse el patio interior rodeado de pared, y sin más salida que a unos jardines.

Cosette declaró que aquellos jardines eran horrorosos, y por la primera vez de su vida le parecieron feas las flores.

Mucho más le habría gustado ver el menor pedazo de calle, y así tomó el partido de dirigir al cielo los ojos, como si se creyese que Mario podía también venir de allí.

De repente empezó a llorar; y no era efecto de la movilidad de su alma; sino consecuencia de las esperanzas agotadas, resultado de su situación. Sintió confusamente un no sé qué horrible, de esas visiones que lleva el aire dentro de sí; y dijo en su interior que no estaba segura de nada; que perderse de vista, era de todos modos perderse; y la idea de que Mario pudiera venir hacia ella del cielo se le representó, no ya con colores agradables, sino lúgubres.

Después ¡nubecillas pasajeras! recobró la calma y la esperanza, luciendo de nuevo en su rostro esa sonrisa candorosa, pero que confía en Dios.

Todos dormían aún en la casa. Reinaba un silencio de provincia, y no se había abierto ningún postigo. La portería estaba cerrada.

La tía Santos no se había levantado, y Cosette supuso naturalmente que sucedería lo propio a su padre. Preciso era todo lo que había padecido, y lo que entonces padecía, para calificar en su interior a éste de malo, por haberla llevado allí; pero contaba con Mario, pues el eclipse de esta luz era imposible de todo punto.

Percibía de vez en cuando, a cierta distancia, como sacudimientos sordos, y decía:

—Es raro que abran y cierren las puertas cocheras tan temprano.

Eran los disparos del cañón contra la barricada.

Había, a unos pocos pies más abajo de la ventana de Cosette, en la antigua cornisa negra de la pared, un nido de golondrinas, algo saliente, de suerte que se podía, desde arriba, ver el interior de aquel pequeño paraíso.

La madre a la sazón cubría con sus alas, en forma de abanico, a sus hijuelos, y el padre revoloteaba, iba, volvía, trayendo en el pico comida y besos. El naciente día doraba aquel dichoso nido: la gran ley Multiplicaos, se veía allí sonriente y augusta, bañando la gloria de la mañana, el dulce misterio. Cosette, con los cabellos inundados de sol, y

el alma llena de quimeras, iluminada, dentro por el amor, y fuera por la aurora, se inclinó como maquinalmente y, casi sin atreverse a confesar que pensaba al mismo tiempo en Mario, se puso a mirar aquellas aves, aquella familia, aquel macho y aquella hembra, aquella madre y aquellos hijos, con esa profunda inquietud que los nidos causan en las vírgenes.

XI

EL TIRO DE FUSIL CERTERO Y QUE NO MATA A NADIE

El fuego de la tropa continuaba, alternando a la fusilería y la metralla, sin gran daño a la verdad. Sólo padecía la parte alta de la fachada de Corinto ; poco a poco iba perdiendo su forma la ventana del primer piso y las bohardillas del tejado, acribilladas de cascos de metralla y de balas.

Los combatientes apostados allí tuvieron que marcharse.

Por lo demás, ésta es la táctica que se observa en el ataque de las barricadas ; se tira por mucho tiempo, a fin de agotar las municiones de los insurrectos, si cometen la falta de contestar a los disparos.

Cuando se conoce, por la disminución de éstos, que no tienen ya balas ni pólvora, se da el asalto. Enjolras no había caído en el lazo, y la barricada no contestaba.

A cada descarga, Gavroche se ahuecaba el carrillo con la lengua en señal de gran desdén.

—Bueno—decía— ; rasgad el lienzo, pues necesitamos hilas.

Courfeyrac interpelaba a la metralla por el poco efecto que producían sus cascos, y decía al cañón :

—Te vuelves difuso, pobre hombre.

En la batalla hay misterios como en el baile de máscaras.

Probablemente el silencio del reducto empezaba a causar inquietud a los sitiadores, y el temor de algún incidente imprevisto excitó en ellos el deseo de ver claro al través de aquel montón de adoquines, y de saber lo que pasaba detrás de aquella pared impasible, que recibía los tiros sin dignarse contestar.

De repente, los insurrectos divisaron un casco que reflejaba los rayos del sol en el tejado de una casa vecina.

Era un bombero que, apoyado en una chimenea, parecía estar allí de centinela, dominando con su vista toda la barricada.

—Es un testigo incómodo—dijo Enjolras.

Juan Valjean había devuelto la carabina a Enjolras, pero tenía su fusil.

Sin decir palabra, apuntó al bombero, y un segundo después el casco, herido por la bala, cayó con estrépito a la calle.

El bombero, asustado, se alejó más que de prisa.

Sucedióle otro observador.

Era oficial.

Juan Valjean, que había vuelto a cargar el fusil, apuntó al recién llegado, y el casco del oficial fué a reunirse al del soldado.

El oficial no insistió más, desapareciendo con igual presteza que el bombero.

Esta vez se comprendió la advertencia, y nadie reemplazó a aquellos dos.

Se había renunciado a espiar la barricada.

—¿Por qué no habéis matado a esos hombres?—preguntó Bossuet a Juan Valjean.

Juan Valjean no respondió.

XII

EL DESORDEN, PARTIDARIO DEL ORDEN

Bossuet dijo por lo bajo a Combeferre :

—No ha contestado a mi pregunta.

—Es un hombre que hace el bien a tiros—observó Combeferre.

Los que conservan algún recuerdo de esta época, ya lejana, saben que la guardia nacional de las afueras combatió con valor contra las insurrecciones. Mostróse particularmente encarnizada e intrépida en las jornadas de junio de 1832.

Los buenos taberneros de París y de los alrededores, cuyos «establecimientos» dejaba el motín sin parroquia, se ponían furiosos ante el espectáculo de su sala de baile desierta, sacrificándose en aras del orden representado por el figón.

En aquel tiempo, vulgar y heroico a la vez, ante las ideas que tenían sus caballeros, se elevaban los intereses con sus paladines. El prosaísmo del móvil, no quitaba nada a la bravura del movimiento. Los banqueros, viendo disminuirse su montón de escudos, entonaban la Marsellesa. Vertíase líricamente la sangre en favor del mostrador, defendiendo con entusiasmo lacedemónico la tienda, ese inmenso diminutivo de la patria.

En el fondo, justo es decirlo, todo era grave allí. Los elementos sociales entraban en la lucha, mientras llegaba para ellos el día de entrar en equilibrio.

Otra de las cosas que caracterizaban aquella época, era la anarquía mezclada con el gubernamentalismo (nombre bárbaro del partido correcto). Defendíase el orden con indisciplina. El tambor tocaba a llamada de repente, por orden y antojo de tal o cual coronel de la guardia nacional ; el capitán Fulano marchaba al combate por inspiración ; el guardia nacional Zutano salía al campo en favor de «su idea», y peleaba por su cuenta. En los momentos de crisis, en las «jornadas», se seguía menos el consejo de los jefes que el de los instintos. Había en el ejército del orden verdaderos guerrilleros : los unos de espada, como Fannicot ; los otros de pluma, como Enrique Fonfréde.

La civilización, representada desgraciadamente en aquella época, más bien por un agregado de intereses, que por un grupo de principios, estaba, o se creía en peligro, y lanzaba el grito de alarma. Todos constituyéndose en centro la defendían, le prestaban auxilio y protección, y el primero que llegaba se imponía la obligación de salvar la sociedad.

A veces, el celo iba hasta el exterminio. Un piquete de guardia nacional se constituía, por autoridad privada, en consejo de guerra, y juzgaba y ejecutaba en cinco minutos a los insurrectos que caían prisioneros. Un tribunal improvisado de esta clase juzgó y condenó a Juan Prouvaire. Feroz ley de Lynch, que ningún partido tiene derecho a echar en cara a los demás, pues así se aplica por la República en América, como por la Monarquía en Europa. Complicábase esta ley de Lynch, con las equivocaciones a que daba margen. Cierto día de motín, un joven poeta, llamado Pablo Amaud Garnier, fué perseguido en la Plaza Real por un soldado con la bayoneta calada, y no pudo evitar la muerte sino refugiándose en la puerta cochera del número seis. Oíase gritar : «¡ A ése, que es Sansimoniano !» y querían matarle. Ahora, bien ; la causa de todo aquello era que llevaba bajo el brazo un tomo de las Memorias del duque de San Simón ; un guardia nacional había leído en el dorso del libro «San Simón», y bastó para que gritase : «¡ Matadle !»

El 6 de junio de 1832, una compañía de guardias nacionales de las afueras, que mandaba el capitán Fannicot, antes mencionado, se hizo diezmar por puro capricho en la calle de la Chanvrerie. El hecho, aunque raro, consta de la sumaria formada a consecuencia de aquella insurrección.

El capitán Fannicot, ciudadano impaciente y osado, especie de guerrillero del orden, de esos que acabamos de caracterizar, fanático e indómito partidario del gobierno, no pudo resistir al gusto de hacer fuego antes de la hora fijada, y a la ambición de tomar la barricada, él solo, esto es : con su compañía.

Exasperado por la aparición sucesiva de la bandera roja y de la levita vieja de Mabeuf, que tomó por la bandera negra, criticaba en voz alta a los generales y a los jefes de los cuerpos, quienes, reunidos en consejo, no creían llegado aún el momento del asalto decisivo, y dejaban, según la célebre frase de uno de ellos, «guisarse la insurrección en su propia salsa». En cuanto a él, parecíale la barricada ya en sazón ; y como es natural, que lo que está en sazón caiga, quiso probar.

Mandaba a hombres tan resueltos como él ; a «furiosos», según el dicho de un testigo. Su compañía, la misma que había fusilado al poeta Juan Prouvaire, era la primera del batallón situado en la esquina de la calle.

Cuando menos se esperaba, el capitán lanzó su gente contra la barricada. Este movimiento, ejecutado con mejor deseo que estrategia, costó caro a la compañía de Fannicot. Antes que lle-

gase a los dos tercios de la calle, una descarga general de la barricada la recibió y cuatro de los más audaces que corrían a la cabeza, fueron muertos a boca de jarro al pie mismo del reducto. Entonces, aquel pelotón de guardias nacionales, valientes, pero sin la tenacidad militar, hubo de replegarse, después de alguna vacilación, dejando tras sí quince cadáveres.

Aquel instante de vacilación dió a los insurrectos tiempo para volver a cargar las armas, y otra descarga, muy mortífera, alcanzó a la compañía antes de que pudiera doblar la esquina de la calle, que era su abrigo. Un momento se vió cogida entre dos metrallas, y recibió el fuego del cañón, que no teniendo orden en contrario, seguía con sus disparos. El intrépido e imprudente Fannicot, fué una de las víctimas de esta metralla. Matóle el cañón, esto es, el orden.

Aquel ataque, más furioso que formal, irritó a Enjolras.

—¡Imbéciles! — dijo—. Envían su gente a morir, y nos hacen gastar las municiones para nada.

Enjolras hablaba como verdadero general de motín. La insurrección que se agota pronto, no tiene sino un número limitado de tiros y de combatientes. Imposible es reemplazar una cartuchera que se vacía, o un hombre que sucumbe. La represión, como cuenta con el ejército no se cuida de los hombres, y como tiene el parque de Vicennes, poco le importa desperdiciar pólvora ni balas. La represión dispone de tantos regimientos como defensores hay en la barricada, y de tantos arsenales como cartucheras poseen los insurrectos.

Son, pues, luchas de uno contra ciento, que terminan siempre por destruir la barricada: a menos que la revolución, surgiendo bruscamente, no venga a arrojar en la balanza su flamígera espada de arcángel.

Esto, a veces, sucede; y entonces el levantamiento es general, los empedrados entran en efervescencia, pululan los reductos populares, París se estremece soberanamente, despréndese el «quid divinum», hay en el aire un 10 de agosto, un 29 de julio, aparece una prodigiosa luz; la boca abierta de la fuerza retrocede, y el ejército, ese león, ve entre sí, de pie y tranquilo, ese profeta: Francia.

XIII

CLARIDADES PASAJERAS

En el caos de sentimientos y pasiones que defienden una barricada, se encuentra de todo: bravura, juventud, pundonor, entusiasmo ideal, convicción, encarnizamiento de jugador, y, más que nada, intermitencias de esperanza.

Una de esas intermitencias, uno de esos vagos estremecimientos de esperanza, se experimentó de improviso y cuando menos se creía, en la barricada de la Chanvrerie.

—Escuchad — exclamó de repente Enjolras desde su atalaya— ¡figúraseme que París se despierta.

Es sabido que en la mañana del 6 de junio la insurrección tuvo, por una o dos horas, cierta recrudescencia. La obstinación de la campana de San Merry reanimó algunas ilusiones. En las calles de Poirier y de Gravilliers, se empezaron a levantar barricadas. Delante de la puerta de San Martín, un joven, armado con una carabina, atacó solo a un escuadrón de caballería. Al descubierto, en medio del bulevar, puso una rodilla en tierra, apuntó, tiró, mató al que mandaba el escuadrón, y se volvió diciendo: «Otro más que no nos hará ya daño». Fué acuchillado.

En la calle de San Dionisio, una mujer situada detrás de una celosía corrida, hacía fuego contra la guardia municipal; a cada tiro se veía temblar las hojas de la celosía. Un chico de catorce años, que llevaba los bolsillos llenos de cartuchos, fué preso en la calle de la Cossonerie. Varios cuerpos de guardia fueron atacados. A la entrada de la calle Bertin-Poirée, un fuego de fusilería muy vivo, y de todo punto imprevisto, acogió a un regimiento de coraceros, a cuya cabeza marchaba el general Cavaignac de Baragne. En la calle Planche-Mibray, se arrojaron de los últimos pisos, sobre la tropa, tiestos de loza vieja y utensilios de cocina, lo cual era mala señal, tanto que, al noticiarse este hecho al mariscal Soult, el veterano de Napoleón, se puso pensativo, acordán-

dose de la frase de Suchet en Zaragoza:

—«Estamos perdidos, cuando las viejas nos vierten sus vasos de noche sobre la cabeza».

Estos síntomas generales que se manifiestan en el momento de creerse localizado el motín, esta fiebre de cólera que volvía a tomar fuerza, estas chispas que volaban acá y allá por encima de las masas profundas de combustible, llamadas los arrabales de París, todo este conjunto alarmó a los jefes militares, que se dieron prisa a apagar aquellos principios de incendio. Aplazóse, para después que estas chispas se extinguieran, el ataque de las barricadas Maubée, Chanvrerie y San Merry, a fin de tener que habérselas con ellas solas, y de concluir de una vez con todo. Lanzáronse columnas a las calles donde había fermentación, barriendo las grandes, registrando las pequeñas, a derecha y a izquierda, ya con precaución y lentitud, ya al paso de carga.

La tropa derribaba las puertas de las casas desde donde se había hecho fuego, y al mismo tiempo piquetes de caballería dispersaban los grupos de los bulevares. No se verificó esta represión sin ruido, sin ese estrépito tumultuoso, propio de los choques del ejército y el pueblo. Esto era lo que percibía Enjolras en los intervalos de la fusilería y la metralla. Había visto, además, pasar por la esquina de la calle heridos en parihuelas, y dijo a Courfeyrac:

—Esos heridos no son de aquí.

La esperanza duró poco; aquella claridad no tardó en eclipsarse. En menos de media hora, lo que había en el aire se desvaneció; fué a modo de un relámpago sin rayo, y los insurrectos sintieron volver a caer sobre ellos esa especie de chapa de plomo que la indiferencia del pueblo arroja sobre los que se obstinan en resistir, ya abandonados.

Había abortado el movimiento general, que pareció bosquejarse vagamente, y así, la atención del ministro de la Guerra y la estrategia de los generales podían concentrarse ya en las tres o cuatro barricadas que aún se sostenían.

El sol subía en el horizonte.

Un insurrecto interpeló a Enjolras:

—Tenemos hambre. ¿De veras vamos a morir aquí sin comer?

Enjolras, siempre apoyado en su almena, y sin apartar los ojos del extremo de la calle, hizo con la cabeza una señal afirmativa.

XIV

DONDE SE LEERÁ EL NOMBRE DE LA QUERIDA DE ENJOLRAS

Courfeyrac, sentado en su adoquín junto a Enjolras, continuaba insultando al cañón, y cada vez que pasaba, con su monstruoso ruido, esa sombría nube de proyectiles que se denominaba la metralla, lanzábale una bocanada de sarcasmos.

—Echa los bofes, infeliz animal; me das lástima; te desgañitas en vano. Eso no es trueno, sino tos.

Y todos reían a su alrededor.

Courfeyrac y Bossuet, cuyo buen humor se aumentaba con el peligro, sustituían, como la señora Scarron, el chiste al alimento, y a falta de vino, escanciaban a todos alegría.

—Admiro a Enjolras—decía Bossuet—. Su impasible temeridad me maravilla. Vive solo, y por lo mismo quizá es algo triste. Enjolras se queja de su grandeza, que le obliga a permanecer viudo. Todos nosotros tenemos, más o menos, queridas que nos vuelven locos, esto es, valientes. Cuando se está enamorado como un tigre, no es extraño que se pelee como un león. Así nos vengamos de las malas pasadas que nos juegan las señoras grisetas. Roldán se hace matar por dar un disgusto a Angélica. Todos nuestros actos heroicos provienen de nuestras mujeres. Un hombre sin mujer es una pistola sin piedra; la mujer es la que hace disparar al hombre. Pues bien: Enjolras no tiene mujer: no está enamorado, y, sin embargo, halla medio de ser intrépido. Es cosa inaudita, poder ser frío como la nieve, y atrevido como el fuego.

Enjolras no parecía escuchar; pero cualquiera que hubiese estado junto a él, le habría oído pronunciar a media voz esta palabra: «Patricia».

No había cesado aún de reírse Bossuet, cuando Courfeyrac gritó:

—¡Novedad!

Y con la voz de un portero en el acto de anunciar, añadió:

—Me llamo Pieza de a Ocho.

En efecto, un nuevo personaje acababa de salir a la escena. Era otro cañón.

Los artilleros, maniobrando con rapidez, colocaron en batería la segunda pieza al lado de la primera.

Con esto empezaba ya a bosquejarse el desenlace.

Algunos instantes después, las dos piezas, perfectamente servidas, tiraban de frente contra el reducto, y las descargas cerradas del batallón de línea y del de las afueras sostenían la artillería.

Oíanse también cañonazos a cierta distancia; y era que, al mismo tiempo que estas dos piezas se encontraban en la barricada de la calle de la Chanvrerie, otras dos bocas de fuego, una en la calle de San Dionisio y otra en la de Aubry-le-Boucher, acribillaban el reducto de San Merry. Los cuatro cañones hacían eco lúgubremente. Los perros sombríos de la guerra se respondían mutuamente con sus ladridos.

De las dos piezas asestadas ahora contra la barricada de la calle de la Chanvrerie, una tiraba con metralla y otra con bala.

Esta última tenía la puntería un poco más alta, y el tiro estaba calculado de manera que la bala hiriese en la extremidad de la arista superior de la barricada, la derribase, y arrojase pedazos de adoquines sobre los insurrectos, como si fuesen cascos de metralla.

Esta dirección del tiro tenía por objeto alejar a los combatientes de la cima del reducto, obligándolos a agruparse en lo interior; es decir, que esto anunciaba el asalto.

Una vez ahuyentados los combatientes de lo alto de la barricada por las balas, y de las ventanas de la taberna por la metralla, las columnas de ataque podrían adelantarse por la calle, sin que les apuntaran, y quizá hasta sin ser vistas, escalar repentinamente el reducto, como la noche anterior, y tal vez tomarlo por sorpresa.

—Es absolutamente preciso disminuir el daño que nos hacen esas piezas —dijo Enjolras; y gritó—: ¡Fuego contra los artilleros!

Todos estaban prontos. La barricada, que por tanto tiempo se había mantenido silenciosa, hizo fuego desesperadamente, sucediéndose siete u ocho descargas con una especie de rabia mezclada de alegría; la calle se llenó de humo espesísimo; y al cabo de algunos minutos, por entre aquella bruma rayada de llamaradas, se pudo distinguir confusamente a las dos terceras partes de los artilleros tendidos bajo las ruedas de los cañones. Los que quedaban en pie continuaban en el servicio de las piezas con severa tranquilidad, pero el fuego se había amortiguado.

—Vamos bien — dijo Bossuet a Enjolras—. ¡Victoria!

Enjolras, meneando la cabeza, contestó.

—Con un cuarto de hora más que dure esta victoria, no se encontrarán arriba de diez cartuchos en la barricada.

Parece que Gavroche oyó esto último.

XV

GAVROCE FUERA DE LA BARRICADA

De improviso, Courfeyrac vió un bulto en la barricada, fuera de la calle, bajo las balas.

Gavroche había tomado de la taberna una cesta de esas que sirven para poner botellas, y saliendo por la cortadura, se ocupaba tranquilamente en vaciar en su cesta las cartucheras de los guardias nacionales muertos en el declive del reducto.

—¿Qué haces ahí?—dijo Courfeyrac.

Gavroche levantó la cabeza.

—Ciudadano, lleno mi cesta.

—¿No ves la metralla?

Gavroche respondió:

—Es igual; está lloviendo. ¿Qué más?

Gritóle Courfeyrac:

—¡Entra!

—Al instante.

Y de un salto se internó en la calle.

Recordará el lector que la compañía de Fannicot, al retirarse, había dejado detrás de sí un rastro de cadáveres.

Como unos veinte de éstos yacían acá y allá en toda la longitud de la calle, sobre el empedrado; eran veinte cartucheras para Gavroche, y una provisión de cartuchos para la barricada.

El humo formaba en la calle como una niebla. Cualquiera que haya visto

una nube en una garganta de montañas entre dos alturas perpendiculares, puede figurarse aquel humo encerrado y como condensado por dos sombrías líneas de altas casas. Subía lentamente y se renovaba sin cesar, resultando así una obscuridad gradual, que empañaba la luz del sol en mediodía. Los combatientes se distinguían apenas de un extremo a otro de la calle, no obstante lo corta que ésta era.

Aquella obscuridad, probablemente prevista y calculada por los jefes que debían dirigir el asalto de la barricada, fué útil a Gavroche.

Bajo los pliegues de aquel velo de humo, y gracias a su pequeñez, pudo avanzar por la calle sin que le viesen, y desocupar las siete u ocho primeras cartucheras sin gran peligro.

Arrastrábase boca abajo, andaba a gatas, cogía la cesta con los dientes, se retorcía, se deslizaba, ondulaba, serpenteaba de un cadáver a otro, y vaciaba la cartuchera como un mono abre una nuez.

Desde la barricada, a pesar de estar aún bastante cerca, no se atrevían a gritarle que volviese, por miedo de llamar la atención hacia él.

En el bolsillo del cadáver de un cabo encontró un frasco de pólvora.

—Para la sed—dijo guardándoselo.

A fuerza de seguir avanzando, llegó adonde la niebla de la fusilería se volvía transparente, tanto que los tiradores de la tropa de línea, apostados detrás de su parapeto de adoquines y los del batallón de las afueras, en el ángulo de la calle, notaron que se movía algo entre el humo.

En el momento en que Gavroche vaciaba la cartuchera de un sargento que yacía cerca de un guardacantón, una bala hirió al cadáver.

—¡Diablo!—dijo Gavroche—. Me matan a mis muertos.

Otra bala arrancó chispas del empedrado junto a él. La tercera volcó el cesto. Gavroche miró, y vió que el fuego procedía de los guardias nacionales de las afueras.

Púsose en pie, con los cabellos esparcidos al viento, las manos en jarra, la vista fija en los guardias nacionales, y cantó:

Si uno es feo en Nanterre,
la culpa es de Voltaire;
si es bruto en Palaiseau,
la culpa es de Rousseau

En seguida cogió la cesta, volvió a ella, sin perder ni uno, los cartuchos que habían caído al suelo, y, sin miedo a los tiros, marchó a desocupar otra cartuchera.

La cuarta bala no le acertó tampoco Gavroche cantó:

Notario voy a ser
por culpa de Voltaire;
y si lo soy o no,
la culpa es de Rousseau.

La quinta bala no produjo más efecto que el de inspirarle la tercera copla:

La alegría es mi ser,
por culpa de Voltaire·
si tan pobre soy yo,
la culpa es de Rousseau.

Así continuó por algún tiempo.

El espectáculo era a la vez espantoso y entretenido.

Gavroche, blanco de las balas, se burlaba de los fusiles.

Parecía divertirse mucho.

Era el gorrión picoteando a los cazadores. A cada descarga respondía con una copla.

Le apuntaban sin cesar, y no le acertaban nunca.

Los guardias nacionales y los soldados se reían al apuntarle.

Echábase en el suelo, volvía a levantarse, se ocultaba en el ángulo de una puerta; después saltaba, desaparecía, tornaba a aparecer, huía, presentábase de nuevo, respondía a la metralla poniéndose el pulgar en la nariz y extendiendo los demás, y, entretanto, robaba los cartuchos, vaciaba las cartucheras, y llenaba su cesto.

Los insurrectos, sin casi respirar, le seguían con la vista.

La barricada temblaba mientras él cantaba.

No era un niño, ni un hombre; era un hada en forma de pilluelo; diríase el enano invulnerable de la pelea.

Las balas corrían tras él, pero él era más listo que ellas.

Jugaba una especie de terrible juego al escondite con la muerte: y cada vez

que el espectro acercaba su faz desnuda, el pilluelo le daba un papirotazo.

Sin embargo, una bala, mejor dirigida o más traidora que las demás, acabó por alcanzar a aquel chico, especie de fuego fatuo.

Vióse vacilar a Gavroche, y luego caer.

Toda la barricada lanzó un grito.

Pero había algo de Anteo en aquel pigmeo; para el pilluelo, tocar el empedrado, es como para el gigante tocar la tierra.

Gavroche no había caído sino para volver a levantarse.

Incorporóse; una larga línea de sangre le rayaba la cara.

Alzó los dos brazos al aire, miró hacia el punto de donde había salido el tiro, y se puso a cantar:

Si acabo de caer,
la culpa es de Voltaire
si una bala me dió,
la culpa es ..

No pudo acabar.

Otra bala del mismo tirador cortó la frase en su garganta.

Esta vez cayó con el rostro contra el suelo, y no se movió más.

La grande alma de aquel niño había volado.

XVI

DONDE SE VERÁ QUE EL HERMANO PUEDE CONVERTIRSE EN PADRE

Había a la sazón en el jardín del Luxemburgo (pues la mirada del drama debe extenderse a todas partes), dos niños que iban cogidos de la mano. Uno podría contar siete años, y el otro cinco. Mojados por la lluvia, habían elegido los pasos donde daba el sol. El mayor conducía al más pequeño; ambos estaban cubiertos de harapos y pálidos.

El más pequeño decía:

—Tengo hambre.

El mayor, con sus ínfulas ya de protección, conducía al otro de la mano izquierda, y en la derecha llevaba una varita.

Encontrábanse solos en el jardín, pues la policía había mandado cerrar las verjas de éste, a causa de la insurrección, y estaba desierto. Las tropas que habían pasado en él la noche, habían marchado al combate.

¿Cómo estaban allí aquellos chicos? Quizá se hubiesen evadido de algún cuerpo de guardia entreabierto; quizá en las cercanías, en la barrera del Infierno, en la explanada del Observatorio, o en la vecina encrucijada que domina el frontón, donde se lee: *Invenerunt parvulum pannis involutum*, hubiese alguna barraca de saltimbanquis, de la cual habían huído; quizá la víspera por la tarde, burlando la vigilancia de los inspectores del jardín al tiempo de cerrar la verja, se hubiesen quedado y pasado la noche en una de esas garitas donde se leen los periódicos. El hecho es que vagaban por allí, y que parecían libres. Vagar y parecer libre, es estar perdido; y en efecto, aquellos pobres niños lo estaban.

Eran los mismos cuya suerte había tenido inquieto a Gavroche, y que el lector recordará. Los hijos de Thenardier que vivían en la tía Magnón, atribuídos al señor Gillenormand, y ahora hojas caídas de todas esas ramas sin raíces, y que rodaban por tierra a impulsos del viento.

Sus vestidos, propios del tiempo de la tía Magnón, y que le servían de prospecto para con el señor Gillenormand, estaban hechos jirones.

Estos dos seres pertenecían ya a la estadística de los niños abandonados, que la policía registra, recoge, extravía y vuelve a encontrar en las calles de París.

Sólo un día de tanta confusión se comprende que aquellos miserables chicos estuviesen en el jardín del Luxemburgo. Si los inspectores los hubiesen visto, habrían arrojado de allí a tales harapos. Los niños pobres no entran en los jardines públicos; sin embargo, de que, como niños que son, debería pensarse que tienen derecho a las flores.

Estos se encontraban allí, gracias a haberse mandado cerrar la verja. Estaban de contrabando. Habíanse escurrido en el jardín y se quedaron dentro. Los inspectores no dejan de vigilar aunque se cierre la verja; se supone que continúan funcionando; pero la vigilancia es menor, y hasta nula. Los inspectores, aquel día, participando de la

pública ansiedad, y más ocupados en lo exterior que en lo interior, no se cuidaban del jardín, y así no vieron a los dos delincuentes.

La víspera había llovido, y un poco también por la mañana; pero en junio, los chaparrones no calan la tierra. Apenas se conoce, una hora después de la tormenta, que tan hermoso y sonrosado día ha vertido lágrimas. El suelo se seca tan pronto como la mejilla de un niño.

En este instante de solsticio, la luz del mediodía es, digámoslo así, punzante. Se apodera de todo. Se duplica y se superpone a la tierra con una especie de succión. Diríase que el sol tiene sed. Un chaparrón es un vaso de agua. La lluvia es bebida en el momento. Por la mañana todos sus arroyos que corren, por la tarde, polvo que se levanta. Nada hay tan admirable como el verdor que la lluvia lava y el sol seca; es como sentir el ambiente a la vez fresco y cálido. Los jardines y las praderas, con el agua en sus raíces y el sol en sus flores, se convierten en braserillos de incienso, y exhalan a un tiempo todos sus perfumes. Todo sonríe, canta y se ofrece. Se siente uno dulcemente embriagado. La primavera es un paraíso provisional, y el sol ayuda al hombre a tener paciencia hasta que llega el definitivo.

Hay seres que no piden más; que, teniendo el azul del cielo, dicen: ¡basta! Pensadores absortos ante el prodigio, que, idólatras de la Naturaleza, se muestran indiferentes al bien y al mal; contempladores del Cosmos, que, en medio de tanta magnificencia, se olvidan de sus semejantes, y no comprenden haya quien fije la atención en el hambre de unos, en la sed de otros, en la desnudez del pobre durante el invierno, en la curvatura linfática de una pequeña espina dorsal, en el jergón, en la bohardilla, en el calabozo, en los harapos de las jóvenes que tiritan de frío, cuando se puede meditar a la sombra de los árboles; espíritus tranquilos y terribles e implacablemente satisfechos. ¡Cosa rara! el infinito les basta.

Ignoran esa grande necesidad del hombre, lo infinito, que admite el enlace. No se acuerdan de lo finito, que admite el progreso, el trabajo sublime. Huye de su mente lo indefinido, que nace de la combinación humana y divina de lo infinito y de lo finito. Con tal de ponerse frente a frente de la inmensidad, se sonríen. Para ellos no hay alegría, sino éxtasis. Abismarse, tal es su vida. En su concepto, la historia de la humanidad no es más que un plano dividido en fracciones, donde no se halla el Todo; el verdadero Todo está fuera. ¿A qué acordarse de ese pormenor, el hombre? Decís que el hombre padece, y no tiene nada de imposible; pero en cambio, ved cómo se eleva Aldebaran. Decís que a la madre se le ha agotado la leche, que el recién nacido se está muriendo: no sé una palabra, pero en cambio, considerad ese admirable rosetón que forma la albura del abeto, examinada con el microscopio. ¡Considerad a esto el más rico encaje! Esos pensadores se olvidan de amar. Es tanto lo que influye en ellos el zodíaco, que les impide ver al niño que llora. Dios les eclipsa el alma. Es una familia de inteligencias, a la vez pequeñas y grandes, Horacio se contaba en el número, y Gœthe, y quizá también Lafontaine. Magníficos egoístas del infinito, espectadores tranquilos del dolor, que no ven a Nerón si hace buen tiempo, a quienes el sol oculta la hoguera, que mirarían guillotinar buscando en el suplicio un efecto de luz; que no oyen ni el grito, ni el sollozo, ni el estertor, el toque de alarma, para los cuales todo se encuentra bien, puesto que hay el mes de mayo, que se declaran satisfechos mientras luzcan sobre su cabeza nubes de púrpura y oro, y que están decididos a ser felices en tanto que los astros brillen, y que canten las aves.

Se le compararía a cuerpos tenebrosos que despiden rayos de luz. No sospechan siquiera que son dignos de lástima; y, sin embargo, lo son, porque el que no llora no ve. Es preciso admirarlos y compadecerlos, como se compadecería y admiraría a un ser a la vez noche y día, que no tuviese ojos bajo las cejas, y en medio de cuya frente brillase un astro.

Según algunos, la indiferencia de esos pensadores es una filosofía superior. Concedido; pero en esa seguridad hay

imperfección. Se puede ser inmortal y cojo; testigo Vulcano. Se puede ser más que hombre y menos que hombre. Lo incompleto inmenso está en la Naturaleza. ¿Quién sabe si el sol no es ciego?

Mas entonces, ¿de quién fiarse? «¿Sólem quis dicere falsum audeat?» ¿Cómo han de engañarse ciertos genios, ciertos altísimos en forma humana, ciertos hombres-astros? ¿Cómo lo que está a tan grande elevación, en la cima, en la cúspide, en el cenit; lo que envía a la tierra tanta claridad, ha de ver poco, ha de ver mal, no ha de ver? ¿No es esto para desesperar? No. ¿Pues qué hay por encima del sol? Dios.

El 6 de junio de 1832 a las once de la mañana, el Luxemburgo, solitario y despoblado, estaba hermoso. Los arriates y los parterres se enviaban, en medio de la luz, perfumes y resplandores; las ramas, locas con la claridad del mediodía, parecían querer abrazarse. Había en los sicomoros una batahola de currucas; los gorriones trepaban por los castaños, picoteando en los agujeros de la corteza. La platabanda aceptaba la legítima monarquía de los lirios. El más augusto de los perfumes es el que sale de la blancura.

Respirábase el olor aromático de los claveles. Las viejas cornejas de María de Médicis sentían el amor sobre los altos árboles. El sol doraba, teñía de púrpura y encendía los tulipanes, que no son otra cosa que todas las variedades de la llama hechas fuego. En torno de los bancos de tulipanes remolineaban las abejas, chispas de aquellas flores-llamas. Todo era gracia y alegría, hasta la próxima lluvia; ésta, reincidente, de que debían aprovecharse los lirios y las madreselvas, no tenía nada de alarmante; las golondrinas hacían la graciosa amenaza de volar bajo. El que estaba allí respiraba felicidad; la vida olía bien; toda aquella naturaleza exhalaba el candor, el socorro, la asistencia, la paternidad, la caricia, la aurora. Los pensamientos que caían del cielo eran dulces como la manita de un niño que se besa.

Las estatuas, bajo los árboles, desnudas y blancas, tenían ropajes de sombra, agujereados de luz; eran diosas con harapos de sol, pues los rayos les colgaban de todas partes. Alrededor del estanque grande la tierra estaba ya seca, y hasta caliente. Se movía bastante viento para levantar acá y allá pequeños remolinos de polvo; y algunas hojas amarillas, restos del último otoño, se perseguían alegremente, como los pilluelos en sus juegos.

La abundancia de la claridad tenía no sé qué de tranquilizadora. La vida, la savia, el calor, los efluvios se desbordaban; sentíase bajo la creación lo enorme del manantial; en todos aquellos soplos penetrados del amor, en aquel vaivén de reverberaciones y de reflejos, en aquella prodigiosa expendición de rayos, en aquel derrame indefinido de oro flúido, se sentía la prodigalidad de lo inagotable; y detrás de tanto esplendor, como detrás de una cortina de llamas, se entreveía a Dios, ese millonario de estrellas.

Gracias a la arena, no había una mancha de lodo; gracias a la lluvia, no había un grano de ceniza. Los ramilletes acababan de lavarse; todo el terciopelo, todo el raso, todos los barnices, todo el oro que sale de la tierra en forma de flores, se ofrecían a la vista en su mayor pureza. Toda aquella magnificencia respiraba el aseo. El gran silencio de la Naturaleza dichosa llenaba el jardín. Silencio celeste, compatible con mil músicas, arrullos de los nidos, zumbidos de los enjambres, palpitaciones del viento. Toda la armonía de la estación se completaba en un agradable conjunto. Las entradas y salidas de la primavera se verificaban en el orden regular; concluían las lilas, y empezaban los jazmines; algunas flores se retrasaban; y, al contrario, adelantábanse algunos insectos; la vanguardia de las mariposas encarnadas de junio fraternizaba con la retaguardia de las mariposas blancas de mayo. Los plátanos mudaban la piel. La brisa formaba ondulaciones en los magníficos grupos de castaños. El espectáculo era espléndido. Un veterano del cuartel vecino que miraba al través de la verja decía:

—Es la primavera vestida de todas armas, y con su uniforme de gala.

Toda la Naturaleza se desayunaba; la Creación se había sentado a la mesa, pues era la hora. El gran mantel azul estaba tendido en el cielo, y el gran

mantel verde en la tierra. El sol alumbraba «a giorno». Dios servía el banquete universal. Cada ser tenía su alimento o su pasta. La paloma zurita encontraba cañamones; el pinzón, mijo, el jilguero, anagálida; el pitirrojo, gusanos; la abeja, flores; la mosca, infusorios; el chotacabras, moscas. Comíanse también de cuando en cuando los unos a los otros; tal es el misterio del mal mezclado con el bien; pero ni un solo animal tenía el estómago vacío.

Los dos niños abandonados habían llegado junto al estanque; y, como si les asustase toda aquella luz, procuraban esconderse; instinto del pobre y del débil ante la magnificencia, aun impersonal; y se pusieron detrás de la cabaña de los cisnes.

Por intervalos, cuando corría viento, se oían confusamente gritos, un ruido, especie de estertor tumultuoso, que era el fuego de los fusiles, y golpes sordos, que eran los cañonazos. Percibíase humo sobre los tejados por el lado de los mercados, y sonaba a lo lejos una campana, que parecía llamar.

Los chicos no daban indicios de notar nada de esto. El más pequeño repetía de tiempo en tiempo a media voz:

—Tengo hambre.

Casi a la par que los dos niños, arrimábase otra pareja al estanque. Era un honrado vecino de cincuenta años, que conducía de la mano a otro honrado vecino de seis; sin duda el padre en compañía del hijo. El honrado vecino de seis años tenía un enorme bollo.

En aquella época, ciertas casas ribereñas, en la calle Madame y en la del Infierno, poseían una llave del Luxemburgo, de que disfrutaban los inquilinos cuando estaban cerradas las verjas; tolerancia que después se ha suprimido. Aquel padre y aquel hijo salían indudablemente de una de esas casas.

Los dos pobrecillos vieron venir a «aquel señor», y se ocultaron algo más.

Era éste un ciudadano; tal vez el mismo que Mario un día, en medio de su amorosa fiebre, había oído junto al propio estanque, aconsejar a su hijo «que evitase el exceso». Tenía el aire afable y altivo, y su boca, no cerrándose jamás, se sonreía siempre. Esa sonrisa mecánica, producida por demasiada mandíbula y poca miel, muestra, más bien que el alma, los dientes. El niño, con su bollo mordido, sin seguir comiéndole, parecía disgustado. Llevaba el uniforme de guardia nacional, seguramente a causa del motín, y el padre iba vestido de paisano, por prudencia.

Detuviéronse el padre y el hijo junto al estanque donde se refocilaban los cisnes. Aquel ciudadano parecía profesar una admiración especial a estos animales. Asemejábase a ellos en el modo de andar.

A la sazón los cisnes nadaban; éste es su principal talento; y estaban magníficos.

Si los dos pobrecillos se hubiesen puesto a escuchar, y hubieran tenido edad para comprender, habrían podido recoger las palabras de un hombre grave. El padre decía al hijo:

—El sabio se contenta con poco. Toma ejemplo en mí. No me gusta el fausto. Jamás se me ve con vestidos adornados de oro y piedras preciosas. Dejo ese falso brillo para las almas mal organizadas.

En aquel instante los gritos profundos que procedían del lado de los Mercados estallaron con un aumento de campanas y de algazara.

—¿Qué es eso?—preguntó el niño.

El padre respondió:

—Son saturnales.

De repente vió a los dos chicos haraposos, que seguían inmóviles detrás de la casita verde de los cisnes.

—Ese es el principio—dijo.

Y añadió tras un corto silencio:

—La anarquía entra en este jardín.

Entretanto el hijo volvió a morder el bollo, escupió el pedazo, y se echó a llorar bruscamente.

—¿Por qué lloras?—preguntó el padre.

—No tengo más ganas—respondió el niño.

El padre tomó un aspecto serio.

—No es preciso tener ganas para comer un bollo.

—Me repugna el bollo. Es duro.

—¿No lo quieres?

—No.

El padre le mostró los cisnes.

—Arrójalo a esos palmípedos.

El niño vaciló. Aunque no se quiera un bollo, no es razón para darlo.

—Sé humano. Es preciso tener lástima de los animales.

Y tomando el bollo de manos de su hijo, lo tiró al estanque.

El bollo cayó bastante cerca de la orilla.

Los cisnes estaban lejos, en medio del estanque, ocupados con alguna presa; así, no habían visto al ciudadano ni el bollo.

El ciudadano, conociendo que este último corría peligro de perderse, y pesaroso de un naufragio inútil, se entregó a una agitación telegráfica, que acabó por llamar la atención de los cisnes.

Divisaron algo que sobrenadaba, viraron de bordo, como barcos que son, y se dirigieron hacia el bollo lentamente, con esa augusta majestad que conviene a animales blancos.

—Los cisnes comprenden las señales —dijo el ciudadano muy satisfecho con esta muestra de su ingenio (1).

En aquel momento el tumulto lejano de la ciudad se aumentó repentinamente. Esta vez tenía algo de siniestro. Hay bocanadas de viento que hablan con más claridad que otras. La que soplaba a la sazón trajo hasta allí distintamente redobles de tambor, gritos, descargas cerradas, y las lúgubres respuestas de la campana y del cañón. Coincidió esto con una nube negra que ocultó el sol de improviso.

Aun los cisnes no habían llegado al bollo.

—Volvámonos—dijo el padre—; atacan las Tullerías.

Tomó de nuevo la mano de su hijo. Después prosiguió:

—De las Tullerías al Luxemburgo, no hay más distancia que la que separa la dignidad del rey de la dignidad de par. No es grande. Los fusilazos van a llover.

Miró la nube.

—Y quizá también a descargar la lluvia. El cielo se mezcla en todo esto. La rama segunda está condenada. Volvámonos a prisa.

—Quisiera ver a los cisnes comerse el bollo—dijo el niño.

El padre respondió:

—Sería una imprudencia.

Y se llevó a su ciudadanito.

El hijo, sintiendo dejar los cisnes, volvió la cabeza hacia el estanque, hasta que un grupo de árboles se lo ocultó.

Entretanto, y al mismo tiempo que los cisnes, los chicos vagabundos se habían acercado al bollo. Flotaba éste sobre el agua.

Mientras el más pequeño no apartaba los ojos del bollo, dirigía el mayor la vista al ciudadano.

El padre y el hijo entraron en el laberinto de paseos que conduce a la escalera grande del grupo de árboles, por el lado de la calle Madame.

En cuanto se perdieron de vista, el mayor se tendió prontamente boca abajo en el borde redondeado del estanque, y aferrándose a él con la mano izquierda, inclinado sobre el agua, casi expuesto a caer, extendió con la mano derecha su varita hacia el bollo. Los cisnes, viendo al enemigo, se dieron prisa, y al apresurarse produjeron un efecto de pecho útil al pescadorcito.

El agua refluyó delante de ellos, y una de sus blandas ondulaciones concéntricas empujó suavemente el bollo hacia la varita del niño. Esta tocaba el bollo al mismo tiempo que llegaban los cisnes; el muchacho dió un golpe vivo, lo atrajo hacia sí, asustó a los cisnes, lo cogió, y se levantó. El bollo estaba mojado, pero los chicos tenían hambre y sed. El mayor lo dividió en dos partes, una grande y otra pequeña; tomó la pequeña para sí, dió la grande a su hermanito, y le dijo:

—Echate eso al coleto.

XVII

MORTUUS PATER, FILIUM MORITURUM ESPECTAT

Habíase lanzado Mario fuera de la barricada, seguido de Combeferre, pero era tarde. Gavroche estaba ya muerto.

Combeferre se encargó del cesto con los cartuchos, y Mario del chico.

¡Ay! pensaba que lo que el padre de Gavroche había hecho por su padre, él lo hacía por el hijo, sólo que Thenar-

(1) El juego de palabras del original es intraducible. Dice así: Les *cygnes* comprenent les *signes*.

dier había traído a su padre aún vivo, y él traía al chico muerto.

Cuando Mario entró en el reducto con Gavroche en los brazos, tenía, como el pilluelo, el rostro inundado de sangre.

En el instante de bajarse para coger a Gavroche, una bala le había pasado rozando el cráneo, sin que él lo advirtiese.

Courfeyrac se quitó la corbata, y vendó la frente de Mario.

Púsose a Gavroche en la misma mesa que a Mabeuf, y sobre ambos cuerpos se tendió el paño negro.

Hubo bastante para el anciano y el niño.

Combeferre distribuyó los cartuchos del cesto que había traído.

Esto suministraba a cada hombre quince tiros más.

Juan Valjean seguía en el propio sitio, sin moverse. Cuando Combeferre le presentó sus quince cartuchos, sacudió la cabeza.

—¡Qué hombre tan raro!—dijo en voz baja Combeferre a Enjolras—. Halla medio de no combatir en esta barricada.

—Lo que no le impide defenderla—contestó Enjolras.

—El heroísmo tiene sus originales—repuso Combeferre.

Y Courfeyrac, que había oído, añadió:

—Es un género distinto del tío Mabeuf.

Es curioso notar que el fuego que se hacía contra la barricada apenas turbaba los ánimos en el interior. Los que no han formado nunca parte del remolino que constituye esta clase de guerra, no pueden imaginar los singulares momentos de tranquilidad que se mezclan a tan terribles convulsiones. Se va y viene, se habla, se dicen chistes, se pasa el tiempo. Una persona a quien conocemos, oyó decir a un combatiente, en medio de la metralla: «Estamos aquí como en una comida de amigos».

El reducto de la calle de la Chanvrerie, lo repetimos, parecía muy tranquilo en el interior. Todas las peripecias y todas las fases habían sido, o iban a ser agotadas. La posición, de crítica que era, habíase convertido en amenazadora, e iba probablemente a volverse desesperada. A medida que la situación se obscurecía, la luz heroica teñía de púrpura más y más la barricada. Enjolras, grave, la dominaba, en la actitud de un joven espartano, consagrando su espada desnuda al sombrío genio Epidotas.

Combeferre, con el mandil atado a la cintura, curaba a los heridos; Bossuet y Feuilly hacían cartuchos con la pólvora del frasco que Gavroche encontró en el bolsillo del cabo; y Bossuet decía a Feuilly:

—Vamos pronto a tomar el pasaporte para otro planeta.

Courfeyrac, sentado en los adoquines que se había reservado junto a Enjolras, disponía y arreglaba todo un arsenal, su bastón de estoque, su fusil, dos pistolas de arzón y los puños, todo con el cuidado de una joven que pone en orden sus avíos de tocador.

Juan Valjean, mudo, miraba la pared que tenía enfrente.

Un obrero se sujetaba a la cabeza con una cuerda un gran sombrero de paja de la tía Hucheloup, «por miedo de los rayos del sol», decía. Los jóvenes de la tía Cogourde de Aix, departían alegremente unos con otros, como si tuviesen prisa de hablar patuá por última vez. Joly, que había descolgado el espejo de la viuda Hucheloup, examinaba en él su lengua. Algunos combatientes, habiendo descubierto mendrugos de pan, casi mohosos, en una gaveta, se los comían con ansia. Mario se sentía inquieto, pensando en lo que su padre iba a decirle.

XVIII

EL BUITRE CONVERTIDO EN PRESA

Insistamos en un hecho psicológico propio de las barricadas. Nada de lo que caracteriza esa sorprendente guerra de las calles, debe omitirse.

Cualquiera que sea la extraña tranquilidad interior de que acabamos de hablar, la barricada para los que están dentro, sigue siendo como una visión.

Hay algo de apocalipsis en la guerra civil; todas las brumas de lo desconocido se mezclan a esos terribles resplandores; las revoluciones son esfinges y

cualquiera que ha estado en una barricada, cree haber tenido un ensueño.

Lo que se siente en tales sitios es, como ya hemos indicado a propósito de Mario y veremos luego las consecuencias, más y menos que la vida.

Ya fuera de la barricada, no se sabe lo que se ha presenciado allí. Ha estado uno terrible, y lo ignora. Ha estado uno circuido de ideas que combatían, que tenían rostros humanos, y la cabeza del patriota se ha iluminado con la claridad del porvenir. Había allí cadáveres tendidos, y fantasmas en pie. Las horas eran colosales, y parecían horas de eternidad. Hase vivido en la muerte. Hanse visto pasar sombras. ¿Qué era aquello? Había allí manos ensangrentadas; un espantoso ruido, y también un horrible silencio; bocas abiertas que gritaban, y otras bocas abiertas que no decían palabra; se estaba en medio del humo, de la noche quizá.

Créese haber tocado el siniestro borde de las profundidades desconocidas, y se mira uno a las uñas, donde aparecen como manchas encarnadas. Hase olvidado todo.

Volvamos a la calle Chanvrerie.

De repente, entre dos descargas, se oyó el sonido lejano de la hora.

—Son las doce—dijo Combeferre.

Aun no habían acabado de dar las doce campanadas, cuando Enjolras, poniéndose en pie, dijo con voz tonante desde lo alto de la barricada:

—Subid adoquines a la casa, y colocadlos en el borde de la ventana y de las bohardillas. La mitad de la gente a los fusiles, y la otra mitad a las piedras. No hay que perder un minuto.

Una partida de zapadores bomberos, con el hacha al hombro, acababa de aparecer, en orden de batalla, al extremo de la calle.

Aquello tenía que ser la cabeza de una columna. ¿Y de cuál? De la de ataque evidentemente. Los zapadores bomberos, encargados de demoler la barricada, deben preceder siempre a los soldados que han de escalarla.

No cabía duda de que se iba a llegar ya al instante, denominado en 1832 por el señor de Clermont-Tonnerre «coup de collier» (pechugón.)

La orden de Enjolras fué ejecutada con la diligente exactitud, propia de los buques y de las barricadas, los dos únicos sitios de combate de donde es imposible evadirse.

En menos de un minuto, las dos terceras partes de adoquines que Enjolras había hecho amontonar en la puerta de Corinto, fueron subidos al primer piso y a la bohardilla, y antes de que transcurriese otro minuto, aquellos adoquines, colocados artísticamente uno sobre otro, tapiaban, hasta la mitad de su altura, la ventana del uno y los tragaluces de la otra. Feuilly, principal constructor, tuvo cuidado en dejar algunos intervalos para los cañones de los fusiles.

Esta especie de parapeto en las ventanas pudo formarse con tanta mayor facilidad, cuanto que la metralla había cesado. Las dos piezas tiraban ahora con bala al centro del reducto, a fin de abrir un agujero y si era posible, una brecha para el asalto.

Cuando los adoquines, destinados a la defensa, estuvieron en su sitio, Enjolras mandó llevar al primer piso las botellas que había colocado debajo de la mesa donde estaba Mabeuf.

—¿Quién, pues, beberá esto?—preguntó Bossuet.

—Ellos—contestó Enjolras.

Se tapió en seguida la ventana del piso bajo, y se aprontaron los travesaños de hierro que servían para cerrar de noche por dentro la puerta de la taberna.

La fortaleza estaba completa. La barricada era el baluarte, y la taberna el torreón.

Con los adoquines que quedaron se cerró la cortadura.

Como los defensores de una barricada se ven siempre obligados a economizar las municiones, y los sitiadores lo saben, éstos combinan su plan con una especie de calma irritante, exponiéndose antes de la hora al fuego, aunque más en apariencia que en realidad, y tomándose todo el tiempo que necesitan. Los preparativos de ataque se hacen siempre con cierta lentitud metódica; después viene el rayo.

Esta lentitud permitió a Enjolras revisarlo y perfeccionarlo todo. Conocía que, ya que semejantes hombres iban a morir, su muerte debía ser obra maestra.

Dijo a Mario:

—Somos los dos jefes. Voy adentro a dar algunas órdenes; quédate fuera tú, y observa.

Apostóse Mario de vigía en la cúspide de la barricada.

Enjolras mandó clavar la puerta de la cocina, que, como se recordará, servía de hospital.

—Que no lleguen las salpicaduras a los heridos—dijo.

Dió las últimas instrucciones en la sala baja con voz breve, pero profundamente tranquila; Feuilly escuchaba y respondía en nombre de todos.

—Aprontad hachas en el primer piso para cortar la escalera. ¿Las hay?

—Sí—dijo Feuilly.

—¿Cuántas?

—Dos hachas y un merlín.

—Está bien. Somos veintisiete hombres aptos para el combate. ¿Cuántos fusiles hay?

—Treinta y cuatro.

—Sobran ocho. Tened a mano esos ocho fusiles cargados como los demás. En el cinto los sables y las pistolas. Veinte hombres en la barricada. Seis emboscados en las boardillas y en la ventana del primer piso para hacer fuego contra los sitiadores por las troneras de los adoquines. Ni un solo trabajador inútil. Luego, cuando el tambor toque a degüello, que los veinte de abajo se precipiten a la barricada; los que primero lleguen se colocarán mejor.

Dadas estas órdenes, se volvió a Javert, y le dijo:

—No creas que te olvido.

Y poniendo sobre la mesa una pistola, añadió:

—El último que salga de aquí levantará la tapa de los sesos a ese espía.

—¿Aquí mismo?—preguntó una voz.

—No; no mezclemos ese cadáver con los nuestros. Se puede atravesar la pequeña barricada de la callejuela de Mondetour. No tiene sino cuatro pies de alta. El hombre está bien amarrado. Se le conducirá y ejecutará allí.

En aquel momento había una persona de las presentes más impasible que Enjolras, y era Javert.

Presentóse Juan Valjean.

Estaba confundido en el grupo de los insurrectos. Salió y dijo a Enjolras:

—¿Sois el jefe?

—Sí.

—Me habéis dado gracias hace poco.

—En nombre de la República. La barricada tiene dos salvadores: Mario Pontmercy y vos.

—¿Creéis que merezco recompensa?

—Sin duda.

—Pues bien, os pido una.

—¿Cuál?

—La de permitirme levantar la tapa de los sesos a ese hombre.

Javert alzó la cabeza, vió a Juan Valjean, hizo un movimiento imperceptible y dijo:

—Justo es.

Enjolras se había puesto a cargar de nuevo la carabina; y miró alrededor.

—¿No hay quién reclame?

Y dirigiéndose a Juan Valjean, le dijo:

—Os entrego el polizonte.

Juan Valjean, en efecto, se apoderó de Javert sentándose al extremo de la mesa. Cogió la pistola y un débil ruido seco anunció que acababa de montarla.

Casi al mismo instante se oyó el sonido de una corneta.

—¡Alerta!—gritó Mario en lo alto de la barricada.

Javert se puso a reír con esa risa sorda que le era propia, y mirando fijamente a los insurrectos, les dijo:

—No gozáis de mejor salud que yo.

—¡Todos fuera!—gritó Enjolras.

Los insurrectos se lanzaron en tropel, y al salir recibieron por la espalda (permítasenos la frase) estas palabras de Javert:

—Hasta luego.

XIX

LA VENGANZA DE JUAN VALJEAN

Cuando Juan Valjean se quedó solo con Javert, desató la cuerda que sujetaba al prisionero por mitad del cuerpo, y cuyo nudo estaba hecho debajo de la mesa. En seguida le indicó que se levantase.

Javert obedeció con esa indefinible sonrisa en que se condensa la supremacía de la autoridad encadenada.

Juan Valjean tomó a Javert de la zamarra, como se tomaría a una acémila de la rienda, y arrastrándole en pos

de sí, salió de la taberna con lentitud, porque Javert, a causa de las trabas que tenía puestas en las piernas, no podía dar sino pasos muy cortos.

Juan Valjean llevaba la pistola en la mano.

Atravesaron de este modo el trapecio interior de la barricada. Los insurrectos, todos atentos al ataque que iba a sobrevenir, tenían vuelta la espalda.

Sólo Mario, ladeado en la extremidad izquierda del parapeto, los vió pasar. Aquel grupo del paciente y del verdugo se iluminó con la luz sepulcral de su alma.

Juan Valjean, aunque con algún trabajo, hizo escalar a Javert, atado y todo, sin soltarle un instante, la pequeña trinchera de la callejuela de Mondetour.

Una vez pasado este parapeto, se encontraron solos en la calle. Nadie los veía. El ángulo que formaban las casas les ocultaba a los ojos de los insurrectos. A algunos pasos de allí, estaban hacinados los cadáveres traídos de la barricada.

En el montón de los muertos se distinguía un rostro lívido, una cabellera suelta, una mano agujereada, y un seno de mujer medio desnudo : era Eponina.

Javert consideró de través aquel cuerpo, y dijo a media voz, profundamente tranquilo :

—Paréceme que conozco a esa muchacha.

Después se volvió hacia Juan Valjean.

Juan Valjean colocó la pistola bajo el brazo, y fijó en Javert una mirada que no necesitaba palabras para decir : Javert, soy yo.

Javert respondió :

—Desquítate.

Juan Valjean sacó una navaja del bolsillo, y la abrió.

—¡ Una sangría !—exclamó Javert.—Tienes razón. Te conviene más.

Juan Valjean cortó la gamarra que Javert tenía al cuello ; en seguida cortó las cuerdas de las muñecas, y, por último, bajándose, ejecutó lo mismo con la de los pies. Luego, poniéndose otra vez derecho, le dijo :

—Estáis libre.

Javert no era hombre que se asombraba fácilmente. Sin embargo, a pesar de ser tan dueño de sí mismo, no pudo menos de sentirse conmovido. Se quedó con la boca abierta e inmóvil.

Juan Valjean continuó :

—No creo salir de aquí. No obstante, si por casualidad saliese, vivo con el nombre de Fauchelevent, en la calle del Hombre-Armado, número 7.

Javert experimentó un sacudimiento de tigre, que le hizo entreabrir los labios y murmurar entre dientes :

—Ten cuidado.

—Idos—dijo Juan Valjean

Javert repuso :

—¿Has dicho Fauchelevent, en la calle del Hombre-Armado?

—Número 7.

Javert replicó a media voz :

—Número 7.

Abrochóse la levita, tomó cierta actitud militar, dió media vuelta, cruzó los brazos, apoyando la barba en una de las manos, y se puso a caminar en la dirección de los Mercados. Juan Valjean le seguía con la vista. Después de dar algunos pasos, Javert se volvió y gritó a Juan Valjean :

—Me fastidiáis. Mejor es que me matéis.

Javert, sin advertirlo, no tuteaba ya a Juan Valjean.

—Idos—dijo Juan Valjean.

Javert se alejó poco a poco. Un momento después había doblado la esquina de la calle de Predicadores.

Cuando Javert hubo desaparecido, Juan Valjean descargó la pistola al aire.

En seguida entró de nuevo en la barricada, y dijo :

—Ya no hay remedio.

Veamos lo que había pasado entretanto.

Mario, más ocupado en lo de afuera que en lo de adentro, no había mirado hasta entonces con atención el espía amarrado en el fondo obscuro de la sala baja.

Cuando le vió a la luz del día, atravesando la barricada camino de la muerte, le conoció. Asaltóle un recuerdo repentino. Se acordó del inspector de la calle de Pontoise, y de las dos pistolas que le había entregado, y de las que se había servido en esta misma barricada ; y no sólo se acordó del rostro, sino hasta del nombre.

Sin embargo, era un recuerdo nebu-

loso y confuso, como todas sus ideas. No fué una afirmación, sino una pregunta que se dirigió a sí mismo :—¿No es ese el inspector de policía que me dijo se llamaba Javert?

Quizá era aún tiempo de intervenir en favor de aquel hombre ; pero, ante todo, había que cerciorarse de si era Javert.

Mario interpeló a Enjolras, que acababa de situarse al otro extremo de la barricada :

—¡ Enjolras !

—¿Qué?

—¿Cómo se llama ese hombre?

—¿Quién?

—El agente de policía. ¿Sabes su nombre?

—Sin duda. Nos lo ha dicho.

—¿Cómo se llama?

—Javert.

Mario se levantó.

En aquel momento se oyó el pistoletazo.

Juan Valjean volvió a aparecer, y gritó :

—Hemos concluído.

Un frío glacial penetró en el corazón de Mario.

XX

DONDE SE VERÁ QUE LOS MUERTOS NO TIENEN MENOS RAZÓN QUE LOS VIVOS

La agonía de la barricada iba a empezar.

Todo contribuía a aumentar la trágica majestad de aquel momento supremo ; mil ruidos misteriosos en el aire, el soplo de las masas armadas que se movían en las calles ocultas a la vista, el galope intermitente de los caballos, el sacudimiento de las piezas de artillería en marcha, las descargas cerradas y los cañonazos cruzándose en el laberinto de París, el humo dorado de la batalla subiendo por encima de los tejados, gritos lejanos, vagos, terribles, relámpagos amenazadores en todas partes, la campana de San Merry que ahora parecía sollozar, la dulzura de la estación, el esplendor del cielo lleno de sol y de nubes, la hermosura del día y el espantoso silencio de las casas.

Porque, desde la víspera, las dos hileras de casas de la calle de la Chanvrerie se habían convertido en murallas, y murallas de aspecto feroz.

Las puertas, las ventanas, los postigos, todo estaba cerrado.

En aquellos tiempos, tan distintos de los actuales, cuando había llegado la hora en que el pueblo quería derrocar una situación demasiado larga, o acabar con una carta otorgada, o con un país legal ; cuando la cólera universal se difundía en la atmósfera ; cuando la ciudad consentía en la sublevación de sus adoquines ; cuando la insurrección hacía sonreír a la clase media susurrándole el santo y seña al oído ; entonces el habitante, penetrado, digámoslo así, de motín, auxiliaba al combatiente, y la casa fraternizaba con la fortaleza improvisada, a que servía de apoyo.

Cuando la situación no había aún madurado ; cuando la insurrección no era consentida decididamente ; cuando la masa rechazaba el movimiento, ¡ ay de los combatientes ! La ciudad se convertía en desierto alrededor de los sublevados, las almas se helaban, los asilos se cerraban, y la calle se cambiaba en desfiladero para ayudar al ejército a tomar la barricada.

No se hace andar a un pueblo por sorpresa más aprisa de lo que él quiere. ¡ Desgraciado del que acude a medios violentos ! Un pueblo no se deja manejar. Entonces abandona la insurrección a sí misma, y mira a los insurrectos como apestados, y la casa es una escarpa, la puerta una repulsa, la fachada un muro ; pero un muro que ve, oye, y se hace el sordo. Pudiera entreabrirse y salvaros. No. Ese muro es un juez. Os mira y os condena. ¡ Qué sombrío aspecto el de esas casas cerradas ! Parecen muertas, y están vivas. La vida, que se encuentra allí como en suspensión, persevera. Nadie ha salido de allí hace veinticuatro horas, pero tampoco falta nadie. Dentro de aquella roca van, vienen, se acuestan, se levantan ; se vive en familia, beben, comen, tienen miedo. El miedo ¡ cosa terrible ! excusa semejante compartimiento inhospitalario ; y el susto que se siente es una circunstancia atenuante.

A veces se han visto ejemplos de ello, el miedo se convierte en pasión ; el susto puede cambiarse en furia, como la

prudencia en rabia. De ahí esta palabra tan profunda : «Esos moderados rabiosos.» Hay resplandores de supremo espanto, de donde sale, como un humo lúgubre, la cólera. — ¿Qué quiere esa gente? No están nunca contentos. Comprometen a los hombres pacíficos. ¡ Como si no tuviésemos ya revoluciones de sobra ! ¿Qué han venido a hacer aquí? Que busquen medio de salvarse, y si no lo encuentran, peor para ellos ; suya es la culpa. Merecido les está. Nada de eso nos atañe. Pues, ¿y nuestra pobre calle? ¡ Como nos la han acribillado de balas ! Es un hato de perdidos. Sobre todo, no abráis la puerta.—Y la casa toma el aspecto de una tumba. El insurrecto agoniza delante de aquella puerta ; ve llegar la metralla y los sables desnudos ; si grita, se sabe que le escuchan, pero que no vendrán a abrirle. Hay allí paredes que podrían protegerle ; hay allí hombres que podrían salvarle ; y son paredes con oídos de carne, y hombres con entrañas de piedra.

¿A quién acusar?

A nadie y a todos.

A los tiempos incompletos en que vivimos.

La utopía se transforma siempre de su cuenta y riesgo en insurrección, pasando de protesta filosófica a protesta armada, de Minerva a Palas. La utopía que se impacienta y se vuelve motín, sabe lo que le aguarda ; lo común es que llegue con demasiada anticipación. Entonces se resigna, y acepta estoicamente, en lugar del triunfo, la catástrofe. Sirve, sin quejarse, y hasta disculpa a los que reniegan de ella ; su magnanimidad es consentir en el abandono. Es indomable contra el obstáculo, e indulgente para con la ingratitud.

¿Y es, en efecto, ingratitud?

Sí, desde el punto de vista del género humano.

No, desde el punto de vista del individuo.

El progreso es el modo de ser del hombre. La vida general de la especie humana, se llama el Progreso. El progreso marcha ; hace el gran viaje humano y terrestre hacia lo celestial y lo divino ; tiene sus momentos de reposo en que reune el rebaño que se había retardado ; tiene sus estaciones en que medita, ante alguna tierra de Canaán espléndida que descubre de improviso su horizonte ; tiene sus noches en que duerme ; y una de las más dolorosas ansiedades del pensador es ver la sombra en el alma humana, y tocar, en medio de las tinieblas, sin lograr despertarlo, el progreso dormido.

El que desespera hace mal. El progreso se despierta infaliblemente ; y, en suma, pudiera decirse que marcha, aun dormido, a causa de su desarrollo. Cuando se le vuelve a ver en pie, se le encuentra más alto. Estar siempre sereno no depende del río ni del progreso. No elevéis ninguna barrera, no arrojéis ninguna roca, porque el obstáculo hace espumear y hervir a la humanidad. De ahí los disturbios ; pero después de estos disturbios se conoce cuánto camino se ha andado. Hasta que el orden, que no es otra cosa que la paz universal, se halle restablecido ; hasta que la armonía y unión reinen, el progreso tendrá por etapas las revoluciones.

¿Qué es, pues, el progreso? Acabamos de decirlo : La vida permanente de los pueblos.

Ahora bien, algunas veces sucede que la vida momentánea de los individuos resiste a la vida eterna del género humano.

Confesémoslo sin pena ; el individuo tiene su interés distinto, y puede, sin crimen, estipular en favor de ese interés y defenderlo. El presente posee su cantidad excusable de egoísmo ; la vida momentánea tiene su derecho, y no está obligada a sacrificarse sin cesar por el porvenir. La generación, a quien toca actualmente dar la vuelta al mundo, no se halla constituída en el deber de abreviar su viaje por otras generaciones que, bien considerado todo, son iguales a ella, y cuyo turno llegará más adelante.—Existe—murmura esa entidad que se denomina Todo.—Soy joven, y estoy enamorado ; soy viejo, y quiero descansar ; soy padre de familia, trabajo, prospero, emprendo buenos negocios, poseo casas de alquiler, cobro dinero del Estado, soy feliz, tengo mujer e hijos, amo a todas estas cosas, deseo vivir, dejadme tranquilo.—De ahí, en ciertas horas esa profunda indiferencia hacia la magnánima vanguardia del género humano.

Por otra parte, la utopía, preciso e

convenir en ello, sale de su radiosa esfera cuando apela a las armas. Siendo la verdad de mañana, toma prestada a la mentira de ayer su regla de conducta : la batalla. Siendo el porvenir, obra como el pasado. Siendo la idea pura, se convierte en vía de hecho. Complica su heroísmo con una violencia, de que es justo responda ; violencia de ocasión y de recurso, contraria a los principios, y por la que es castigada fatalmente.

La utopía, una vez insurrección, combate, llevando en la mano el antiguo código militar, fusila a los espías, ejecuta a los traidores, suprime seres vivientes, y los arroja en las tinieblas desconocidas. Se sirve de la muerte ¡ cosa siempre grave ! Parece que la utopía ha perdido la fe en la irradiación, que es su fuerza irresistible e incorruptible. Maneja la espada, y como toda espada tiene dos filos, al herir con el uno se hiere en el otro.

Hecha esta salvedad, sin consideración de ninguna especie, nos es imposible dejar de admirar, triunfen o no, a los gloriosos combatientes del porvenir, a los mártires de la utopía. Aun cuando pierdan, son venerables ; y quizá su majestad es mayor en este último caso. La victoria, en el sentido del progreso, merece el aplauso de los pueblos ; pero una derrota heroica merece su simpatía. La una es magnífica y la otra sublime. Para nosotros, que preferimos el martirio al triunfo, Juan Brown es más grande que Wáshington, y Picasane más grande que Garibaldi.

Preciso es que alguien esté por los vencidos.

El mundo es injusto con esos grandes ensayadores del porvenir, cuando no triunfan.

Acúsase a los revolucionarios de sembrar el miedo. Toda barricada parece un atentado. Se acriminan sus teorías, se recela de su objeto, se teme su segunda intención, se denuncia su conciencia. Se les hecha en rostro que elevan, construyen y acumulan contra el hecho social reinante un montón de miserias, dolores, iniquidades, agravios, desesperación, y que arrancan de las hondonadas pedruscos de tinieblas para formar parapetos y combatir desde ellos. Grítaseles : ¡ Desempedráis el infierno ! Pudieran contestar : Por eso nuestra barricada está hecha de buenas intenciones.

Lo mejor, sin duda, es la solución pacífica. En suma, confesémoslo ; cuando se ve el empedrado, se piensa en el oso, y es una buena voluntad de que la sociedad se asusta. Pero de la sociedad depende salvarse a sí misma ; y a su propia buena voluntad apelamos nosotros. Ningún remedio violento es necesario. Estudiar el mal amigablemente, hacerle constar y luego curarle : a esto la invitamos.

Como quiera que sea, aun caídos, sobre todo caídos, son augustos esos hombres que, en todos los puntos del Universo, la vista fija en Francia, luchan por la grande obra con la inflexible lógica del ideal. Dan su vida gratuitamente por el progreso ; cumplen la voluntad de la Providencia ; ejecutan un acto religioso. A la hora señalada, con tanto desinterés como un actor a quien llega su turno, obedeciendo al maestro de escena divino, bajan a la tumba y aceptan ese combate sin esperanza, esa desaparición estoica para conducir a sus espléndidas y supremas consecuencias universales el magnífico movimiento humano, irresistiblemente empezado el 14 de Julio de 1789 ; esos soldados son sacerdotes. La Revolución Francesa es un gesto de Dios.

Por lo demás, hay (conviene añadir esta distinción a las ya indicadas en otro capítulo) las insurrecciones aceptadas que se llaman revoluciones, y las insurrecciones rechazadas que se llaman motines. Una insurrección que estalla, es una idea que sufre su examen ante el pueblo. Si el pueblo deja caer la bola negra, la idea es un fruto seco ; la insurrección es una planta agostada.

Combatir a cada intimación, y siempre que la utopía lo desea, no es propio de los pueblos. Las naciones no tienen a todas horas el temperamento de los héroes y de los mártires.

Son positivas. A priori, la insurrección les repugna : primero, porque frecuentemente su resultado es una catástrofe ; segundo, porque siempre su punto de partida es una abstracción.

Pues siempre, y esto es hermoso, los que se sacrifican lo hacen por el ideal, por el ideal sólo. Una insurrección es un

entusiasmo. El entusiasmo puede montar en cólera, y tal es el motivo de que se eche mano de las armas. Pero toda insurrección que apunta a un gobierno o a un régimen, pone la mira más alto.

Así, por ejemplo, insistamos en ello: lo que combatían los jefes de la insurrección de 1832, y en particular los jóvenes entusiastas de la calle de la Chanvrerie, no era precisamente a Luis Felipe. Los más de ellos, cuando hablaban con toda franqueza, hacían justicia a las cualidades de aquel rey, punto medio entre la monarquía y la revolución; ninguno le odiaba. Pero atacaban la rama segunda del derecho divino en Luis Felipe como habían atacado la rama primogénita de Carlos V; y lo que querían derrocar derrocando el trono de Francia era, lo hemos explicado antes, la usurpación del hombre por el hombre y del derecho en el Universo entero por privilegio. El resultado de París sin rey, es el mundo sin déspota. De este modo raciocinaban; y su objeto, lejano sin duda, vago quizá, era, sin embargo, grande.

Así es, en efecto. Sacrifíquese uno por esos fantasmas que, para los sacrificados, son ilusiones casi siempre; pero ilusiones a las que, en suma, se mezcla toda la certidumbre humana. El insurrecto poetiza y dora la insurrección. Lánzase en esos trágicos acontecimientos embriagándose con lo que va a hacerse. ¿Quién sabe? Tal vez se triunfe. Son los menos; tienen contra sí todo un ejército; pero defienden el derecho, la ley natural, la soberanía del individuo sobre sí mismo, cuya abdicación es imposible, la justicia, la verdad, y si llega el caso, mueren como los trescientos espartanos.

No se piense en don Quijote, sino en Leónidas.

Y siguen adelante; y una vez comprometidos, ya no retroceden. Precipítanse de cabeza, siendo su esperanza una victoria inaudita, la revolución consumada, el progreso libre, el engrandecimiento del género humano, la emancipación universal, y, en último caso, las Termópilas.

Con frecuencia, esos combates en favor del progreso se frustran, y acabamos de decir por qué. La muchedumbre se muestra reacia al impulso de los paladines. Las masas pesadas, las multitudes, frágiles por su peso mismo, temen las aventuras, y hay algo de aventura en lo ideal.

Por otra parte, no debe olvidarse que entran también en juego los intereses poco amigos de lo ideal y de lo sentimental. A veces el corazón es paralizado por el estómago.

La grandeza y hermosura de Francia se deben a que cría menos vientre que los demás pueblos; sujétase más fácilmente la cintura. Es la primera que se despierta y la última que se duerme. Marcha hacia adelante. Gusta de descubrir terreno.

Esto depende de que es artista.

Lo ideal no es más que el punto culminante de la lógica, así como la belleza no es más que la cima de la verdad. Los pueblos artistas son también los pueblos consecuentes. Amar la belleza es ver la luz. Por eso la antorcha de Europa, es decir, de la civilización, fué llevada primero por Grecia, que la traspasó a Italia, y ésta, a su vez, ejecutó lo mismo con Francia. ¡Divinos pueblos, radiantes de luz! «Vital lampada tradunt».

¡Cosa admirable! La poesía de un pueblo es el elemento de su progreso. La cantidad de civilización se mide por la cantidad de imaginación. Pero un pueblo civilizador debe conservarse varonil. Corinto, sí; Sibaris, no. El que se afemina, es invencible. Ni «dilettante» ni «virtuoso», sino artista. En materia de civilización, no ha de buscarse el refinamiento, sino lo sublime. Con tal condición, se da al género humano el modelo de lo ideal.

El ideal moderno tiene su tipo en el arte, y su medio en la ciencia. Con el auxilio de la ciencia se realizará esa visión augusta de los poetas: la belleza social. Se reconstruirá el Edén con A por B. Al punto a que ha llegado la civilización, lo exacto es un elemento necesario de lo espléndido, y el órgano científico no sólo sirve, sino que completa el sentimiento artístico. La fantasía debe calcular. El arte, que es quien conquista, debe tener por punto de apoyo, la ciencia, que es quien marcha. La solidez de la montura importa. El espíritu moderno es el genio de la Grecia

con el genio de la India por vehículo : Alejandro sobre el elefante.

Las razas petrificadas en el dogma, o desmoralizadas por el lucro, son impropias para dirigir la civilización. La genuflexión ante el ídolo o ante el escudo, atrofia el músculo que anda y la voluntad que va. La absorción hierática o comercial aminora el radio de un pueblo, baja su horizonte al bajar su nivel, y le retira el conocimiento, a la vez humano y divino, del fin universal, que constituye las naciones misioneras. Babilonia no tiene ideal, ni Cartago tampoco. Atenas y Roma tienen y conservan, aun al través de la espesa noche de los siglos, aureolas de civilización.

Francia es un pueblo con las mismas cualidades que Grecia e Italia. Es ateniense por el amor a lo bello, y romana por el amor a lo grande. Además, es buena, y se entrega sin recelo. Está de humor para la abnegación y el sacrificio con mucha más frecuencia que los otros pueblos.

Pero ese humor, tan pronto como lo coge, lo deja. Y de ahí el gran peligro para los que corren cuando ella no quiere sino andar, o para los que andan cuando desea estarse quieta.

Francia tiene sus recaídas de materialismo, y en ciertos instantes las ideas que obstruyen ese cerebro sublime, no muestran nada que recuerde la grandeza francesa, y son las dimensiones de un Missouire, o de una Carolina del Sur. ¿Qué remedio? El gigante representa el papel del enano. La inmensa Francia tiene sus caprichos de pequeñez. A esto se reduce todo.

Paciencia. Los pueblos, como los astros, tienen el derecho de eclipse. No importa, con tal que la luz vuelva, y que el eclipse no degenere en noche. Alba y resurrección son sinónimos. La reaparición de la luz es idéntica a la perseverancia del yo.

Hagamos constar estos hechos con calma. La muerte en la barricada o la tumba en el destierro, es una necesidad aceptable para el sacrificio... El verdadero nombre del sacrificio es desinterés. Que los abandonados se dejen abandonar, que los desterrados se dejen desterrar, y limitémonos a suplicar a los grandes pueblos que no retrocedan demasiado lejos, cuando retrocedan. No se debe, so pretexto de volver a la razón, avanzar demasiado en el descenso.

La materia existe, y el minuto y los intereses y el vientre existen asimismo ; pero no se deben oír los del vientre, como los únicos sabios. La vida momentánea tiene su derecho ; concedido : pero la vida permanente tiene también el suyo. ¡ Ay ! el haber subido no impide el caer. Ejemplos de esto, más de los que se quisieran, se encuentran en la historia. Una nación es ilustre, toma el gusto a lo ideal, y luego muerde en el fango y le sale bien. Si se le pregunta cómo es que deja a Sócrates, por Falstaff, responde :—Porque me gustan los hombres de Estado.

Una palabra más antes de volver a la pelea.

Una batalla como la que referimos en este momento, no es otra cosa que una convulsión hacia lo ideal. El progreso con trabas es enfermizo, y padece esta clase de epilepsias trágicas. Hemos debido tropezar con la guerra civil, esa enfermedad del progreso. Es una de las fases fatales, a la vez acto y entreacto de este drama, cuyo eje es un condenado social, cuyo verdadero título es : «el progreso».

¡ El progreso !

Este grito, que lanzamos con frecuencia, encierra todo nuestro pensamiento ; y en el punto del drama a que hemos llegado, teniendo que experimentar aún más de una prueba la idea que abraza, quizá nos sea permitido, si no descorrer el velo, a lo menos dejar entrever claramente la luz.

El libro que el lector tiene a la vista es, de un extremo a otro, en su conjunto y en sus pormenores, cualesquiera que sean las intermitencias, las excepciones o las debilidades, la marcha del mal al bien, de lo injusto a lo justo, de lo falso a lo verdadero, de la noche al día, del apetito a la conciencia, de la podredumbre a la vida, de la bestialidad al deber, del infierno al cielo, de la nada a Dios. Punto de partida, la materia. Punto de llegada, el alma. Al principio, la hidra ; al fin, el ángel.

XXI

LOS HÉROES

De repente el tambor dió la señal del ataque.

La embestida fué el huracán. La víspera, en medio de la obscuridad, los sitiadores se habían aproximado a la barricada silenciosamente, como una boa. Ahora, a la luz del día, en aquella ancha calle, la sorpresa era de todo punto imposible; además, la viva fuerza estaba desenmascarada; el cañón había empezado a rugir, y el ejército se precipitaba sobre el reducto. Al presente, la furia era habilidad. Una poderosa columna de infantería de línea, cortada a intervalos iguales por guardia nacional y municipal de a pie, y apoyada en masas profundas, a las que se oía sin verlas, desembocó en la calle al paso de carga, tocando tambores y clarines, con las bayonetas caladas y los zapadores a la cabeza, e imperturbable bajo los proyectiles, cayó sobre la barricada con el peso de una viga de bronce sobre un muro.

El muro se mantuvo firme.

Los insurrectos hicieron fuego impetuosamente, y el reducto escalado ostentó una cabellera de relámpagos.

El asalto fué tan furibundo, que por un momento se vió la barricada llena de sitiadores; pero sacudió de sí a los soldados, como el león a los perros, y no se cubrió de combatientes sino como el arrecife de espuma, para reaparecer luego escarpada, negra y formidable.

La columna, teniendo que replegarse, permaneció formada en la calle, al descubierto, pero terrible; y respondió al reducto con una espantosa descarga de fusilería. Todo el que ha visto fuegos artificiales recordará la manga de cohetes voladores, que denomina canastillo.

Represéntese el lector ese canastillo o ramillete, no vertical, sino horizontal, con una bala de fusil o de cañón en la punta de cada tallo de fuego, y lanzando la muerte al deshacerse sus racimos de rayos. La barricada estaba debajo.

De ambas partes había igual resolución. El valor era casi bárbaro, complicándose con una especie de ferocidad heroica, que empezaba por el sacrificio de sí mismo. Era la época en que un guardia nacional combatía con un zuavo. La tropa quería acabar pronto; la insurrección quería luchar. La aceptación de la agonía en toda la fuerza de la juventud y de la salud, convierte la intrepidez en frenesí. Cada cual tenía allí el engrandecimiento de la hora suprema. La calle se cubrió de cadáveres.

En uno de los extremos de la barricada estaban Enjolras, y en el otro Mario. Enjolras, que llevaba toda la barricada dentro de su cabeza, se reservaba y se ponía al abrigo de las balas; tres soldados cayeron uno tras otro al pie de su almena sin haberle visto siquiera.

Mario combatía al descubierto, constituyéndose en blanco de los fusiles enemigos, pues más de la mitad de su cuerpo sobresalía por encima del reducto. No hay mayor pródigo que un avaro que se entrega al despilfarro, ni hay nadie más terrible en la pelea que el hombre pensador. Mario aparecía formidable y meditabundo. Estaba en la batalla como en un sueño. Diríase un fantasma disparando tiros.

Agotábanse los cartuchos; pero no los sarcasmos de los sitiados. En aquel remolino del sepulcro en que se encontraban, se reían.

Courfeyrac estaba con la cabeza descubierta.

—¿Qué has hecho del sombrero?—le preguntó Bossuet.

Courfeyrac respondió:

—Han logrado quitármelo a cañonazos.

O bien decían cosas de orden más elevado.

—¡Cómo comprender—gritaba con amargura Feuilly—a esos hombres (y citaba los nombres, nombres conocidos, y hasta célebres, algunos del antiguo ejército) que habían ofrecido unírsenos, jurando ayudarnos, que se habían comprometido bajo su palabra, que son nuestros generales y que nos abandonan!

Combeferre se limitaba a contestar con una grave sonrisa:

—Hay personas que observan las reglas del honor como se hace con las estrellas: de muy lejos.

El interior de la barricada estaba tan lleno de cartuchos rotos, que parecía haber nevado.

Los sitiadores tenían la ventaja del

número; los insurrectos la de la posición. De lo alto de una muralla hacían fuego a boca de jarro contra los soldados, quienes tropezaban con los muertos y heridos, enredándose en la escarpa.

Aquel reducto, construído como estaba, y admirablemente apuntalado, era en verdad una de esas posiciones donde un puñado de hombres resisten a una legión. No obstante, la columna de ataque reclutada sin cesar, y agrandándose bajo la lluvia de balas, se acercaba inexorablemente; y ahora el ejército, poco a poco, paso a paso, pero con seguridad, estrechaba la barricada, como el husillo la prensa del lagar.

Sucediéronse los asaltos. El horror iba en aumento.

Entonces empezó en aquel montón de adoquines, en aquella calle de la Chanvrerie, una lucha digna de la muralla de Troya.

Aquellos hombres macilentos, harapos, cansados, que no habían comido hacía veinticuatro horas, que tampoco habían dormido, que sólo contaban con unos cuantos tiros más, que se tentaban los bolsillos vacíos de cartuchos, heridos casi todos, vendados la cabeza o el brazo con un lienzo mohoso y negruzco, de cuyos calzones agujereados corría sangre, armados apenas de malos fusiles y de sables viejos mellados, se convirtieron en titanes. Diez veces fué atacado y escalado el reducto, y ninguna se consiguió tomarlo.

Para formar idea de esta lucha, convendría figurarse el fuego prendido a un montón de valores terribles y que se contempla el incendio. No era un combate, sino el interior de un horno; las bocas respiraban llamas; los rostros tenían algo de extraordinario. La forma humana parecía allí imposible; los combatientes resplandecían, y era monstruoso ver ir y venir por entre el rojizo humo, aquellas salamandras de la pelea.

Renunciamos a pintar las escenas sucesivas y simultáneas de aquella grandiosa carnicería. Sólo la epopeya tiene derecho a llenar doce mil versos con una batalla.

Habríase dicho el infierno del brahmanismo, el más formidable de los diez y siete abismos, que Veda llama la Selva de las Espadas.

Se combatía cuerpo a cuerpo, palmo a palmo, a pistoletazos, a sablazos, a puñadas, de lejos, de cerca, de arriba, de abajo, de todas partes, de los tejados de la casa, de las ventanas de la taberna, de los respiraderos de las bodegas adonde se habían retirado algunos. Eran uno contra sesenta. La fachada de Corinto, a medio demoler, estaba horrible. La ventana, tatuada de metralla, había perdido vidrios y marcos, y no era más que un enorme agujero, precipitadamente tapado con adoquines. Bossuet fué muerto, y lo mismo Feuilly, Joly y Courfeyrac. Combeferre, atravesado el pecho por tres bayonetazos en el momento en que levantaba a un soldado herido, no tuvo tiempo más que para mirar al cielo, y expiró.

Mario, combatiendo siempre, estaba tan acribillado de heridas, particularmente en la cabeza, que el rostro desaparecía en la sangre, y se hubiera dicho que lo llevaba cubierto con un pañuelo encarnado.

Enjolras era el único que se conservaba ileso. Cuando no tenía arma, extendía la mano a derecha e izquierda, y un insurrecto le daba una cualquiera. No le quedaba sino un pedazo de cuatro espadas, una más que Francisco I en Marignan.

Homero dice: «Diómedes degüella a Axilo, hijo de Teutránide, que habitaba en la feliz Arisba: Eurílalo, hijo de Meristeo, extermina a Dresos y Ofeltios, a Esepo y a Redaso, el que la náyade Abarbarea concibió del irreprensible Bucolionte; Ulises derriba a Pidites de Perusa; Antíloco a Ablero; Polipetes a Astalio; Polidamas a Otos de Cilene, y Teucro a Aretaonte. Merantios muere atravesado por la pica de Eurípiles. Agamenón, rey de los héroes, arroja en tierra a Elatos, oriundo de la escarpada ciudad que baña el sonoro río Satnois.» En nuestros antiguos poemas, Esplandián ataca con un hacha de fuego al gigante marqués de Swantibore, el cual se defiende apedreando al caballo con las torres que encuentra a mano. Nuestros antiguos frescos murales nos muestran a los dos duques de Bretaña y de Borbón, armados, con sus escudos de guerra, a caballo, y acercándose uno a otro, empuñada el hacha de combate,

con máscara, botas y manoplas de hierro, el uno caparazonado de armiño y el otro de azul ; Bretaña con el león entre los dos cuernos de la corona, y Borbón con un casco de visera que figuraba una monstruosa flor de lis.

Mas, para estar arrogante, no se necesita llevar, como Ivon, el morrión ducal, ni tener en la mano, como Esplandián, una llama viva, ni haber traído de Epiro, como Files, padre de Polidamas, una buena armadura, regalo del rey de los hombres, Eufetes ; basta dar la vida por una convicción o por una lealtad. ¿Veis ese soldado sencillo, ayer aldeano de Beauce o del Limosin, que ronda, con el machete al costado, alrededor de las niñeras en el Luxemburgo? ¿Veis ese estudiante pálido, inclinado sobre un estuche de anatomía, o sobre un libro, rubio adolescente que se corta las barbas con tijeras? Tomad a ambos ; inspiradles el soplo del deber : ponedlos cara a cara en la encrucijada de Boucherat, o en la callejuela sin salida de Planche-Mibray ; que el uno combata por su bandera, y el otro por su ideal ; que imaginen los dos que combaten por la patria ; la lucha será colosal, y la sombra que harán en el gran campo épico donde lucha la humanidad, ese currutaco y ese estudiantillo, igualará a la sombra que proyecta Megarionte, rey de la Licia, llena de tigres, luchando cuerpo a cuerpo con el inmenso Ayax, rival de los dioses.

XXII

PALMO A PALMO

Cuando no quedaron vivos más jefes que Enjolras y Mario en los dos extremos de la barricada, el centro, que habían sostenido tanto tiempo Courfeyrac, Joly, Bossuet, Feuilly y Combeferre, cedió. El cañón, sin abrir una brecha practicable, había ensanchado bastante la parte media del reducto. El borde superior de la pared había desaparecido, desmoronándose a impulso de las balas ; y los escombros que caían, ya interior, ya exteriormente, acabaron por formar, amontonándose a ambos lados, dos declives ; uno dentro y otro fuera. El declive exterior presentaba a los sitiadores un plano inclinado.

Intentóse por allí un asalto decisivo, y esta vez salió bien. La masa erizada de bayonetas, marchando al paso gimnástico, llegó con irresistible empuje, y el espeso frente de batalla de la columna de ataque apareció entre el humo, en lo alto de la escarpa. Entonces no hubo ya remedio. El grupo de insurrectos que defendía el centro, retrocedió en desorden.

Despertóse a la sazón en algunos el sombrío amor a la vida. Viéndose blanco de aquella selva de fusiles, no querían ya morir. Es un minuto en que el instinto de la conservación lanza alaridos y en que el animal reaparece en el hombre.

Estaban arrimados a la casa de seis pisos que servía de fondo al reducto. Esta casa podía ser para ellos la salvación. Hallábase barreada y como tapiada de arriba abajo. Antes de que la tropa de línea estuviese en el interior del reducto, tenía tiempo de abrirse y cerrarse una puerta ; para esto bastaba la duración de un relámpago ; y la puerta de la casa, entreabierta de improviso y cerrada en seguida, era la vida para aquellos desesperados. Por detrás de la casa había calles, la fuga posible, el espacio. Pusiéronse a pegar con la culata de los fusiles y con el pie contra la puerta, llamando, gritando, suplicando, juntando las manos. Nadie abrió. La cabeza muerta los miraba desde el ventanillo del tercer piso.

Pero Enjolras, Mario y siete u ocho más que los seguían, corrieron a protegerlos. Enjolras había gritado a los soldados : ¡ Deteneos ! y como un oficial no obedeciese la intimación, Enjolras le dejó muerto en el acto. Encontrábase ahora en el pequeño patio interior del reducto, respaldado en la casa de Corinto, con la espada en una mano y la carabina en la otra, teniendo abierta la puerta de la taberna, que impedía pasar a los sitiadores. Desde allí gritó a los desesperados :

—No hay más que una puerta abierta. Esta.

Y cubriéndolos con su cuerpo, y haciendo él solo cara a un batallón, les dió tiempo para que pasasen por detrás.

Todos se precipitaron dentro. Enjolras, ejecutando con su carabina, de la

que se servía como si fuera un bastón, lo que los peritos llaman molinete, paró los golpes de los bayonetazos alrededor y delante de sí, y entró el último. Hubo un instante horrible, queriendo penetrar los soldados y cerrar los insurrectos. La puerta se cerró, al fin, con tal violencia, que al encajar en el quicio, dejó ver cortados y pegados al dintel los cinco dedos de un soldado que se había asido de ella.

Mario se quedó afuera ; una bala acababa de romperle la clavícula, y se sintió desmayar y caer. En aquel momento, ya cerrados los ojos, experimentó la conmoción de una vigorosa mano que le cogía, y su desmayo le permitió apenas este pensamiento en que se mezclaba el supremo recuerdo de Cosette :

—Soy hecho prisionero, y me fusilarán.

Enjolras, no viendo a Mario entre los que se refugiaron en la taberna, tuvo la misma idea. Pero habían llegado al punto en que no restaba a cada cual más tiempo que el de pensar en su propia suerte. Enjolras sujetó la barra de la puerta, echó el cerrojo, dió dos vueltas a la llave, ejecutó lo mismo con el cadenado, mientras que por la parte de afuera atacaban furiosamente los soldados con las culatas de los fusiles, y los zapadores con sus hachas. Empezaba el sitio de la taberna.

Los soldados, preciso es decirlo, estaban encendidos de cólera.

La muerte del sargento de artillería los había irritado ; y lo que era aún más terrible, en las pocas horas anteriores al ataque, había circulado entre ellos la noticia de que los insurrectos mutilaban a los prisioneros, y que se veía en la taberna el cadáver de un soldado sin cabeza. Esta clase de rumores fatales acompaña de ordinario a las guerras civiles, y uno por el estilo causó más adelante la catástrofe de la calle de Trasnonain.

Cuando la puerta estuvo barreada, Enjolras dijo a los suyos :

—Vendámonos caros.

Después se acercó a la mesa donde estaban tendidos Mabeuf y Gavroche. Veíanse bajo el paño negro dos formas derechas y rígidas, una grande y otra pequeña, y las dos caras se bosquejaban vagamente bajo los pliegues fríos del sudario. Una mano asomaba por debajo del paño, colgando hacia el suelo. Era la del anciano.

Enjolras se inclinó y besó aquella mano venerable, lo mismo que el día antes había besado la frente.

Fueron los dos únicos besos que dió en su vida.

Para abreviar : la barricada había luchado como una puerta de Tebas ; la taberna luchó como una casa de Zaragoza. Semejantes resistencias son feroces. Nada de cuartel. Nada de capitulación. Se quiere morir con tal de matar. Cuando Suchet dice :

—Capitulad.

Palafox responde :

—Después de la guerra del cañón, la del cuchillo.

Nada faltó a la toma por asalto de la taberna de Hucheloup ; ni los adoquines lloviendo de la ventana y el tejado sobre los sitiadores, y exasperando a los soldados con aplastamientos horribles ; ni los disparos desde las cuevas y las boardillas ; ni el furor del ataque ; ni la rabia de la defensa ; ni, al fin, cuando cedió la puerta, la frenética demencia del exterminio.

Los sitiadores, al precipitarse dentro de la taberna, con los pies enredados en los tableros de la puerta rota y derribada, no encontraron un solo combatiente. La escalera en espiral, cortada a hachazos, yacía en medio de la sala baja ; algunos heridos acababan de expirar ; los que aun vivían estaban en el piso principal ; y allí, por el agujero del techo que había servido de encaje a la escalera, empezó un espantoso fuego Eran los últimos cartuchos. Una vez quemados, sin pólvora ya ni balas, aquellos formidables agonizantes, tomó cada cual en la mano dos de las botellas reservadas por Enjolras, que hemos mencionado antes, e hicieron frente el enemigo con estas mazas horriblemente frágiles. Eran botellas de agua fuerte.

Referimos los hechos lúgubres de la matanza tales cuales son. El sitiado ¡ay ! echa mano de todo. El fuego griego no ha deshonrado a Arquímedes, ni la pez derretida a Bayardo. La guerra es todo espanto, y no hay en ella nada que elegir.

La fusilería de los sitiadores, aunque con la molestia de tener que dirigirse de abajo arriba, era mortífera. Pronto el borde del agujero del techo se vió rodeado de cabezas de muertos, de donde corría la sangre en rojos y humeantes hilos. El ruido era indecible ; un humo espeso y ardiente esparcía casi la noche sobre aquel combate. Faltan palabras para expresar el horror cuando ha llegado a este punto. No había ya hombres en aquella lucha, ahora infernal. No eran gigantes contra colosos. Parecíase más aquello a Milton y a Dante que a Homero. Demonios atacaban, y espectros resistían.

Era el heroísmo monstruo.

XXIII

ORESTES EN AYUNAS Y PÍLADES EBRIO

En fin, subiéndose unos sobre otros, ayudándose con el esqueleto de la escalera ; trepando por las paredes, asiéndose del techo, acuchillando al borde mismo de la trampa a los últimos que resistían, unos veinte de los sitiadores, entre soldados, guardias nacionales y guardias municipales, desfigurados la mayor parte por heridas recibidas en el rostro al verificar aquella terrible ascensión, cegados por la sangre, furiosos, salvajes, se precipitaron en la sala del piso principal. No quedaba allí más que un hombre en pie : Enjolras. Sin cartuchos ni espada, no tenía en la mano más que el cañón de su carabina, cuya culata había roto sobre la cabeza de los que entraban. Se había situado de manera que el billar le separase de sus enemigos, retrocediendo al ángulo de la sala ; y allí, con la mirada altiva, la cabeza erguida y aquel trozo de arma en la mano, inspiraba aún bastante temor para que nadie osara acercársele. Oyóse gritar :

—Es el jefe. Es el que mató al artillero. Ya que se ha puesto ahí, está perfectamente. Que se quede. Fusilémosle en ese mismo sitio.

—Fusiladme—dijo Enjolras.

Y arrojando el trozo de su carabina, y cruzando los brazos, presentó el pecho.

La audacia de una muerte heroica conmueve siempre a los hombres.

En cuanto Enjolras cruzó los brazos, aceptando el fin que se le preparaba, el ruido atronador de la lucha cesó en la sala, y aquel caos se convirtió repentinamente en una especie de solemnidad sepulcral. Parecía que la amenazadora majestad de Enjolras, desarmado e inmóvil, pesaba sobre el tumulto, y que, con sólo la autoridad de su tranquila mirada, aquel joven, el único que no había sido herido, magnífico, ensangrentado, hermoso, indiferente como si fuera invulnerable, obligase a aquella siniestra gente a matarlo con respeto. Su belleza, realzada en aquel momento por la altivez, despedía un vivísimo brillo, y como si el cansancio, lo mismo que las heridas, no tuviera poder sobre él, después de las horribles veinticuatro horas que acababan de transcurrir, estaba fresco y sonrosado. Quizá se refiriese a Enjolras el testigo que dijo luego ante el consejo de guerra :

—Había un insurrecto a quien oí llamar Apolo.

Un guardia nacional que le apuntaba bajó el cañón del fusil, diciendo :

—Paréceme que voy a fusilar una flor.

Doce hombres se formaron en el ángulo opuesto a Enjolras, y montaron los fusiles en silencio.

En seguida un sargento gritó :

—¡ Apunten !

Intervino un oficial.

—Esperad—dijo.

Y añadió, dirigiéndose a Enjolras :

—¿Queréis que os venden los ojos?

—No.

—¿Sois vos, en efecto, quien mató al sargento de artillería?

—Sí.

Hacía unos instantes que se había despertado Grantaire.

Grantaire, como recordará el lector, dormía desde la víspera en la sala alta de la taberna, sentado en una silla, y recostada la parte superior del cuerpo sobre una mesa.

Realizaba en toda su energía la antigua metáfora : difunto de taberna. El horrible filtro de aguardiente, cerveza y ajenjo le había aletargado. Como la mesa que tenía delante era pequeña y no podía servir para la barricada, se la dejaron. Seguía en la misma postura, con el pecho doblado y la cabeza apoyada en el brazo, cercado de vasos, chopes

y botellas. Dormía con ese sueño profundo del oso entorpecido o de la sanguijuela ya harta. Ni el fuego de los fusiles, ni del cañón, ni la metralla que penetraba por la ventana en la sala donde estaba, ni la inmensa baraúnda del asalto le despertaron. Sólo de vez en cuando respondía al cañón con un ronquido. Parecía esperar allí a que una bala le ahorrase el trabajo de abrir de nuevo los ojos. En torno de él yacían algunos cadáveres, y a primera vista no se le distinguía de los que estaban entregados al profundo sueño de la muerte.

El ruido no despierta a un borracho, y sí el silencio. Es una observación que se ha hecho más de una vez. La caída de todo, alrededor de Grantaire, aumentaba su letargo como si fuese un arrullo; pero la especie de alto que hizo el tumulto delante de Enjolras, fué un sacudimiento para aquel pesado sueño. Efecto parecido al de un carruaje a galope, que se detiene de improviso. Los que dormían dentro del coche se despiertan entonces.

Grantaire levantó la cabeza sobresaltado, estiró los brazos, se frotó los ojos, miró, bostezó y comprendió.

La embriaguez que concluye se asemeja a una cortina que se corre. Vese en conjunto y de una sola vez cuanto ocultaba. Todo se ofrece de repente a la memoria, y el borracho, que no sabe nada de lo que ha pasado hace veinticuatro horas, no ha acabado aún de abrir los párpados cuando ya está al cabo de todo. Las ideas le ocurren con súbita lucidez; la opacidad de la embriaguez, especie de lejía que obscurece el cerebro, se disipa, y da lugar a la clara y distinta percepción de la realidad.

Retirado como estaba Grantaire en un rincón y al abrigo de la mesa de billar, los soldados que no separaban la vista de Enjolras, no habían reparado en él; y ya el sargento se preparaba a repetir la orden ¡apunten! cuando oyó de improviso gritar con voz robusta:

—¡Viva la República! Aquí estoy yo.

Grantaire se había levantado.

La inmensa claridad del combate, a que él no había asistido, apareció en la brillante mirada del borracho transfigurado.

Repitiendo ¡viva la República! atravesó la sala con paso firme, y fué a colocarse delante de los fusiles, en pie, junto a Enjolras.

—Matad a dos de un golpe—dijo.

Y volviéndose a Enjolras, añadió con timidez:

—¿Lo permites?

Enjolras le estrechó la mano sonriéndole.

No había acabado de sonreirse, cuando sonó la detonación.

Enjolras, atravesado por ocho tiros, quedó arrimado a la pared, como si las balas le hubiesen clavado allí. No hizo más que inclinar la cabeza.

Grantaire cayó a sus pies como herido del rayo.

Unos instantes después, los soldados desalojaban a los últimos insurrectos, que se habían refugiado en lo alto de la casa. Tiraban dentro de las boardillas, al través de un enrejado de madera. Se combatía en el tejado. Se arrojaban cuerpos por las ventanas, algunos todavía vivos. Dos cazadores que intentaban poner en pie el ómnibus hecho pedazos, fueron víctimas de dos tiros de carabina disparados en las boardillas. Un hombre de blusa, a quien precipitaron desde aquella altura, traspasado el vientre de un bayonetazo, se revolcaba en el suelo con el estertor de la agonía. Un soldado y un insurrecto resbalaban juntos por el declive del tejado, sin querer desasirse, y caían fuerte y ferozmente abrazados. En la cueva, una lucha por el estilo. Gritos, tiros, pataleo espantoso, y luego el silencio. Se había tomado la barricada.

Los soldados empezaron el registro de las casas vecinas y la persecución de los fugitivos.

XXIV

PRISIONERO

Mario era prisionero, en efecto. Prisionero de Juan Valjean.

La mano que le había asido por detrás en el momento de caer, y cuya presión había sentido al desmayarse, era la de Juan Valjean.

Juan Valjean no había tomado más parte en el combate que la de exponer su vida. Sin él, en aquella fase suprema de la agonía, nadie hubiera pensado en

los heridos. Gracias a él, presente como una providencia en todos lados durante la matanza, los que caían eran levantados, trasladados a la sala baja y curados. En los intervalos reparaba la barricada. Pero nada que pudiera parecerse a un golpe, a un ataque, ni siquiera a una defensa personal, salió de sus manos. Se callaba y socorría. Por lo demás, apenas tenía algunos rasguños. Las balas le habían respetado. Si el suicidio entró por algo en el plan que se propuso al dirigirse a aquella tumba, el éxito no le había favorecido. Pero dudamos que hubiese pensado en el suicidio, acto irreligioso.

Juan Valjean, en medio de la densa niebla del combate, no aparentaba ver a Mario, siendo así que no le perdía de vista un solo instante. Cuando un balazo derribó a Mario, Juan Valjean saltó con la agilidad de un tigre, se arrojó sobre él como si se tratara de una presa, y se lo llevó.

El remolino del ataque estaba entonces concentrado tan violentamente en Enjolras y en la puerta de la taberna, que nadie vió a Juan Valjean sosteniendo en sus brazos a Mario sin sentido, atravesar el suelo desempedrado de la barricada, y desaparecer detrás del ángulo de la casa de Corinto.

El lector recordará este ángulo, que forma una especie de cabo en la calle, y protegía contra las balas, la metralla y hasta las miradas, algunos pies de terreno. Hay a veces en los incendios una habitación que no arde, y en los mares más alborotados, detrás de un promontorio, o al fin de una serie de escollos, un rinconcito tranquilo. En esta especie de repliegue del trapecio interior de la barricada había agonizado Eponina.

Allí se detuvo Juan Valjean, puso en el suelo a Mario, se respaldó contra la pared, y miró en derredor.

La situación era espantosa.

Por el momento, y quizá durante dos o tres minutos, aquel lienzo de pared era un abrigo; pero, ¿cómo salir y librarse de la matanza? Acordábase de la angustia que había experimentado ocho años antes, en la calle de Polonceau, y de qué manera había conseguido salir del apuro; pero, si entonces era difícil, ahora era imposible. Tenía ante sí aquella casa sorda e implacable de seis pisos, que no parecía habitada más que por el hombre muerto del ventanillo; a la derecha estaba la barricada bastante baja que cerraba la pequeña Truanderie; y aunque no ofrecía mayor dificultad salvar este obstáculo, distinguíase por cima del parapeto una hilera de puntas de bayonetas. Era la tropa de línea, situada al otro lado de la barricada, y en acecho. No cabía duda de que atravesar el parapeto equivalía a ir a buscar una descarga cerrada, y de que toda cabeza que se atreviera a mostrarse en lo alto de la pared de adoquines serviría de blanco a sesenta tiros de fusil. A la izquierda estaba el campo del combate. Detrás del ángulo de la pared estaba la muerte.

¿Qué partido tomar?

Sólo un pájaro hubiera podido salir de allí.

Y era preciso decidirse en el momento, hallar un recurso, adoptar una resolución. A algunos pasos de aquel sitio se combatía, y por fortuna todos se encarnizaban en un punto único, en la puerta de la taberna; pero si se le ocurría a un soldado, a uno no más, dar vuelta a la casa, o atacarla por el flanco, todo habría concluído.

Juan Valjean miró la casa de enfrente, luego la barricada de la derecha, y, por último, el suelo, con la violencia de la angustia suprema, desesperado y como si hubiese querido abrir un agujero con los ojos.

A fuerza de mirar, bosquejóse y llegó a adquirir forma ante él una cosa vagamente perceptible en tal agonía, como si la vista tuviera poder para hacer brotar el objeto pedido. Vió a los pocos pasos, y al pie del pequeño parapeto, con tanto rigor custodiado y vigilado por fuera, bajo un hundimiento de adoquines que la ocultaban en parte, una reja de hierro colocada de plano y al nivel del piso. Esta reja, compuesta de fuertes barrotes transversales, tenía unos dos pies cuadrados. El marco de adoquines que la sostenía había sido arrancado, y estaba como desencajada. Al través de los barrotes se entrevefa una abertura obscura, parecida al cañón de una chimenea o al cilindro de una cisterna. Abalanzóse Juan Valjean. Su

antigua ciencia de las evasiones le iluminó el cerebro, como una claridad. Apartar los adoquines, levantar la reja, echarse a cuestas a Mario inerte como un cuerpo muerto, bajar con esta carga, sirviéndose de los codos y de las rodillas, a aquella especie de pozo, felizmente poco profundo, volver a dejar caer la pesada trampa de hierro, que los adoquines, derrumbándose, cubrieron de nuevo, asentar el pie en una superficie embaldosada a tres metros del suelo, todo esto fué ejecutado como lo que se hace con el delirio, con la fuerza de un gigante y la rapidez de un águila ; apenas empleó unos cuantos minutos.

Encontróse Juan Valjean, con Mario siempre desmayado, en una especie de corredor largo y subterráneo.

Reinaba allí una paz profunda, silencio absoluto, noche.

Se le vino a las mientes la impresión que había experimentado en otro tiempo cuando saltó de la calle al convento. Sólo que ahora no llevaba consigo a Cosette, sino a Mario.

Apenas oía encima de su cabeza como un vago murmullo ; era el formidable tumulto de la taberna tomada por asalto.

LIBRO SEGUNDO

El intestino de Leviatán.

I

LA TIERRA EMPOBRECIDA POR EL MAR

París arroja anualmente veinticinco millones al agua. Y cuenta que no hablamos en estilo metafórico. ¿Cómo y de qué manera? Día y noche. ¿Con qué objeto? Con ninguno. ¿Con qué idea? Sin pensar en ello. ¿Para qué? Para nada. ¿Por medio de qué órgano? Por medio de su intestino. ¿Y cuál es su intestino? La alcantarilla.

Veinticinco millones ; tal es el más moderado de los guarismos aproximados que dan los cálculos de la ciencia especial.

La ciencia, después de haber andado a tientas por mucho tiempo, sabe hoy que el más fecundo y eficaz de los abonos es el humano. Los chinos, digámoslo para nuestra vergüenza, lo sabían antes que nosotros. Ningún labrador chino (así lo dice Eckeberg) vuelve de la ciudad sin traer en los extremos de su bambú, dos cabos llenos de lo que nosotros llamamos inmundicias. Merced al abono humano, la tierra está aún en China tan joven como en tiempo de Abraham. El trigo chino da hasta ciento ventiocho granos por uno. No hay grano comparable en fertilidad al «detritus» de una capital. Una gran ciudad es el mejor de los estercoleros. Emplear la ciudad en abonar la llanura, sería asegurarse un éxito infalible. Si nuestro oro es estiércol, en cambio, nuestro estiércol es oro.

¿Qué se hace de ese oro-estiércol? Se le arroja al abismo.

Envíanse con grandes costes convoyes de buques para recoger en el polo austral el excremento de los petreles y pingüinos, y se tira al mar el incalculable elemento de opulencia que se tiene cerca de sí. Todo el abono humano y animal que el mundo pierde, devuelto a la tierra en vez de echarlo al mar, bastaría para alimentar el mundo.

Esos montones de las inmundicias de las esquinas y guardacantones, esos carros de basura que se zangolotean por la noche en las calles ; esos horribles toneles del muladar, esos fétidos arroyos de fango que el empedrado oculta, ¿sabéis lo que son? Son la pradera florida, la hierba verde, el serpol, el tomillo, la salvia ; son la caza, el ganado, el mugido de satisfacción de los bueyes por la tarde ; son heno oloroso, trigo caliente en vuestra mesa, sangre caliente en vuestras venas ; son salud, alegría, vida. Así lo quiere esa creación misteriosa, que es la transformación en la tierra, y la transfiguración en el cielo.

Devolved todo eso al gran crisol, y saldrá de él vuestra abundancia. La nutrición de las llanuras forma el alimento de los hombres.

Dueños sois de perder esta riqueza, y de juzgarme además ridículo. Será la obra maestra de vuestra ignorancia.

La estadística ha calculado que Francia sola vierte todos los años en el Atlántico, por boca de sus ríos, quinientos millones. Con estos quinientos millones, notadlo bien, se cubriría la cuarta parte del presupuesto ; y, sin embargo, es tal la habilidad del hombre, que prefiere desprenderse de ellos, regalándolos al arroyo. La substancia misma del

pueblo, aquí gota a gota, allá a oleadas, se la llevan tras de sí ese miserable derramamiento de nuestra alcantarillas en los ríos, y ese gigantesco desagüe de nuestros ríos en el Océano. Cada hipo de nuestras cloacas nos cuesta mil francos. Dos son los resultados: la tierra empobrecida y el agua apestada. El hambre saliendo del surco y la enfermedad del río.

Sábese hoy, a no dudarlo, que el Támesis envenena a Londres.

En cuanto a París, ha sido preciso en estos últimos tiempos hacer que la mayor parte de las alcantarillas río abajo desemboquen por el puente último.

Un doble aparato tubular, provisto de válvulas y esclusas, aspirante y expelente, un sistema de drenaje elemental, sencillo como el pulmón del hombre y que funciona ya en varios pueblos de Inglaterra, bastaría para atraer a nuestras ciudades el agua pura de los campos, y llevar a nuestros campos el agua rica de las ciudades, y de este modo aprovecharíamos los quinientos millones que se tiran. Se piensa en otras cosas.

El procedimiento actual perjudica queriendo beneficiar. La intención es buena, pero el resultado es triste. Créese purificar la ciudad, y se enferma a los habitantes. Una alcantarilla es una equivocación. Cuando en todas partes el drenaje, con su doble función, restituyendo lo que toma, haya reemplazado a la alcantarilla, simple lavado empobrecedor, entonces, combinándose esto con los datos de una nueva economía social, el producto de la tierra será décuplo y el producto de la miseria se atenuará considerablemente. Añádase la supresión de los parasitismos y quedará resuelto.

Entretanto, la riqueza pública se marcha al río, y la merma sigue. La merma, sí. Europa se arruina por consunción.

Hemos dicho lo que pierde Francia. Ahora bien; conteniendo París la vigésima quinta parte de la población francesa total, y siendo el guano de París el más rico de todos, no se llega todavía al guarismo verdadero evaluando en veinticinco millones la parte que corresponde a la capital en los quinientos que Francia desecha anualmente. Estos veinticinco millones, empleados en socorros, y en goces, doblarían el esplendor de París. La ciudad los consume en cloacas. Así, puede decirse, que la prodigalidad de París, sus maravillosos festejos, sus locuras de Beaujon, sus orgías, su oro derramado a manos llenas, su fausto, su lujo, su magnificencia, es su alcantarilla.

De esta suerte, en la ceguedad de una mala economía política, se anega y deja arrastrar por la corriente y perderse en los abismos del Océano el bienestar de todos. Convendría que hubiese redes en Saint-Cloud para la riqueza pública.

Económicamente, el hecho puede resumirse así: París manirroto.

París, esa ciudad modelo, patrón de las capitales bien construídas, y de la que cada pueblo procura tener una copia, metrópoli de lo ideal, augusta patria de la iniciativa, del impulso y del ensayo, centro y mansión de las inteligencias, ciudad-nación, colmena del porvenir, admirable mezcla de Babilonia y de Corinto, hace, bajo el punto de vista que acabamos de considerar, encogerse de hombros a un labrador de Fo-Kian.

Imitad a París, y os arruinaréis.

Por lo demás, particularmente en ese despilfarro inmemorial e insensato, el mismo París imita.

Esas sorprendentes inepcias no son nuevas; la necedad en el presente caso viene de muy atrás. Los antiguos obraban como los modernos. «Las cloacas de Roma, dice Liebig, han absorbido todo el bienestar del labrador romano». Cuando la campiña de Roma fué arruinada por la alcantarilla romana, Roma, agotó los recursos de Italia; y una vez vaciada Italia en su cloaca, ejecutó lo propio con Sicilia, Cerdeña y Africa. La alcantarilla de Roma se ha tragado el mundo. Esa cloaca ofrecía sus tragaderas a la ciudad y al Universo. «Urbi et Orbi». Ciudad eterna. Albañal insondable.

En éstas, como en otras cosas, Roma da el ejemplo; y París lo sigue, con la tontería propia de las ciudades de talento.

Para las necesidades de la operación de que hemos hablado, París tiene debajo de sí otro París. Un París de al-

cantarillas, con sus calles, encrucijadas, plazas, callejuelas sin salida; con sus arterias y circulación, que es fango, faltando sólo la forma humana.

Porque no debe adularse a nadie, ni siquiera a un gran pueblo. Donde hay de todo, se encuentra la ignominia junto a la sublimidad; y si París contiene a Atenas, la ciudad de las luces; a Tiro, la ciudad potente; a Esparta, la ciudad virtuosa; a Nínive, la ciudad de los prodigios, contiene a Lutecia, la ciudad del cieno.

Por otra parte, el sello de su poder está también allí impreso; la titánica sentina de París realiza, en medio de los monumentos, ese ideal extraño realizado en la humanidad por algunos hombres, tales como Maquiavelo, Bacon y Mirabeau: lo grandioso abyecto.

El suelo subterráneo de París, si la vista pudiera penetrar su superficie, presentaría el aspecto de una madrépora colosal. La esponja no tiene más boquetes y pasillos que el pedazo de tierra, de seis leguas de circuito, donde descansa la antigua gran ciudad. Sin hablar de las catacumbas, que son una bóveda aparte; sin hablar del confuso enverjado de las cañerías del gas; sin contar el vasto sistema de tubos que distribuyen el agua a las fuentes públicas, las alcantarillas por sí solas forman, en las dos riberas, una prodigiosa red subterránea; laberinto cuyo hilo es la pendiente.

Allí se descubre en la húmeda niebla al ratón, que parece el producto del parto de París.

II

HISTORIA ANTIGUA DE LA ALCANTARILLA

Si imaginamos a París levantado como una tapa, la red subterránea de las alcantarillas, vista a vuelo de pájaro, bosquejará en las dos orillas una especie de tallo grueso, injerto en el río. En la orilla derecha, el albañal del centro será el tronco de este tallo; los conductos secundarios serán las ramas, y los callejones sin salida las ramitas.

Esta figura es abreviada y no del todo exacta; pues el ángulo recto, que es el ángulo habitual de este género de ramificaciones subterráneas, es muy raro en la vegetación.

Nos formaremos una imagen más adecuada de este extraño plano geométrico, figurándonos ver en el suelo, sobre un fondo de tinieblas, algún extraño alfabeto, oriental, en desorden, y cuyas letras disformes estuviesen soldadas unas con otras, como a la ventura, ora por sus ángulos, ora por sus extremidades.

Las sentinas y los albañales representaban un gran papel en la Edad Media, en el bajo Imperio y el antiguo Oriente. La peste nacía en ellos, y los déspotas iban allí a morir. Las multitudes miraban casi con temor religioso esos lechos de podredumbre, cunas monstruosas de la muerte. El foso de los gusanos de Benarés no era menos vertiginoso que el de los Leones de Babilonia. Teglat-Falasar, según los libros rabínicos, juraba por la sentina de Nínive. Del albañal de Munster hacía salir Juan de Leide su falsa luna, y del pozo-cloaca de Negscheb, su menecmo oriental. Mokanná, el profeta encubierto del Korasan, hacía salir su famoso sol.

La historia de los hombres se refleja en la historia de las cloacas. Las gemonías eran los fastos de Roma. La alcantarilla de París ha sido una antigualla formidable, sirviendo ya de sepulcro, ya de asilo. El crimen, la inteligencia, la protesta social, la libertad de conciencia, el pensamiento, el robo, todo lo que las leyes humanas persiguen o han perseguido, se ha ocultado en ese agujero; los «maillotins» (1) en el siglo XIV, los capeadores en el XV, los hugonotes en el XVI, los iluminados de Morin en el XVII, los «chauffeurs» (2) en el XVIII. Hace cien años, de allí salía la puñalada nocturna, y allí se deslizaba el ratero para salvarse del peligro. El bosque tenía la caverna, y París la alcantarilla. El truhán, ese pilluelo galo, aceptaba la alcantarilla como sucursal de la corte de los Milagros, y por la no-

(1) Nombre que se dió a los hombres del pueblo de París, que para oponerse al pago de los impuestos, en 1831, se armaron de mazas, y asesinaron a los encargados de cobrar las contribuciones.

(2) Nombre de unos ladrones que quemaban los pies a las personas a quienes iban a robar, para obligarlas a confesar donde tenían el dinero.

che, ruin y feroz, entraba en el vomitorio Maubuée como en una alcoba.

Era natural que los que tenían por punto de faena cotidiana el callejón sin salida de Vide-Gousset (limpia bolsillos), o la calle de Coupe-Gorge (cortapescuezos) tuviesen por domicilio nocturno el puentecillo del Chemin-Vert (camino-verde), o la huronera Hurepoix. De aquí provienen multitud de recuerdos. Fantasmas de todas clases frecuentan esos largos corredores solitarios; en todas partes la podredumbre y el miasma; acá y allá un respiradero, donde Villon, desde adentro, habla con Rabelais, situado afuera.

La alcantarilla, en el antiguo París, es el punto de reunión de todos los aniquilamientos y de todos los ensayos. La economía política ve en ellos un «detritus», y la filosofía social un resultado.

El albañal es la conciencia de la población. Todo se dirige a él, y allí se coteja. En ese lugar lívido hay tinieblas, pero no secretos. Cada cosa tiene allí su forma verdadera, o a lo menos su forma definitiva. El montón de inmundicias puede alegar en su favor que no es mentiroso. La ingenuidad se ha refugiado allí. En él se encuentra la máscara de Basilio; pero vese el cartón y el bramante, lo interior y lo exterior aparecen, y con el realce de un honrado cieno. Cerca está la nariz postiza de Scapin. Todas las porquerías de la civilización, cuando ya no sirven, caen en ese foso de verdad, adonde va a parar el inmenso derrame social. Se sumergen en él, pero se ponen al mismo tiempo de manifiesto. Aquella mezcla es una confesión. No más falsas apariencias; ya no hay afeite ni disfraz posibles; la basura se quita la camisa; desnudez absoluta, disipación de ilusiones; lo que es, nada más que lo que es, con la siniestra figura de lo que acaba. Realidad y desaparición. Allí una botella rota confiesa los excesos de la embriaguez; el asa de una cesta refiere los lances del servicio doméstico; el corazón de manzana que ha tenido opiniones literarias, vuelve a ser corazón de manzana; la efigie del cuento se cubre de orín francamente; el salivazo de Caifás se encuentra con el vómito de Falstaff; el luis de oro que sale del garito, choca con el clavo de donde cuelga el extremo de la cuerda del suicidio; el feto lívido rueda con las lentejuelas que bailaron el último martes de Carnaval en la Opera; el bonete que ha juzgado a los hombres, se revuelca cerca del harapo que fué la basquiña de la mujer galante; pasa de fraternidad y es tuteo. Todo lo que antes se acicalaba, ahora se empuerca. El último velo se ha arrancado. Una alcantarilla es un cínico. Lo dice todo.

Esta sinceridad de la inmundicia tiene algo de bueno y alivia el alma. Cuando se ha vivido teniendo que soportar el espectáculo de la grande importancia que se arrogan en la tierra la razón de Estado, el juramento, la sabiduría política, la justicia humana, la probidad profesional, las austeridades de situación, las togas incorruptibles, consuela entrar en una alcantarilla y ver el fango a que se ha reducido todo eso.

Además, enseña. Acabamos de decirlo: la historia pasa por la alcantarilla. Las matanzas como la de la noche de San Bartolomé, filtran gota a gota por entre los adoquines. Los grandes asesinatos públicos, las carnicerías políticas y religiosas atraviesan ese subterráneo de la civilización, y arrojan en él sus cadáveres. Para el pensador, todos los asesinos políticos están allí, en la horrible penumbra, de rodillas, con un pedazo de sudario por delantal, lavando lúgubremente con la esponja las manchas de sus crímenes.

Luis XI estaba allí en compañía de Tristán. Francisco I y Duprat, Carlos IX y su madre, Richelieu y Luis XIII, Louvois, Letellier, Hebert y Maillard, arañan las piedras por si consiguen que desaparezcan las huellas de sus acciones. Bajo las bóvedas se oye la escoba de los espectros. Respírase en ellas la enorme fetidez de las catástrofes sociales. Vense en las esquinas reflejos rojizos. Corre allí un agua terrible donde se han lavado manos sangrientas.

El observador social debe entrar en esos parajes sombríos, pues forman parte de su laboratorio. La filosofía es el microscopio del pensamiento. Todo quiere huir de ella, pero nada se libra de su examen. Inútil es tergiversar. ¿Qué lado es el que se pone al público cuando se tergiversa? El de la vergüen-

za. La filosofía persigue con su leal mirada al mal, y no le permite que se desvanezca en la nada. En el eclipse de las cosas que se extinguen, todo lo conoce. Adivina la púrpura por el jirón, y la mujer por el harapo. Con su cloaca reconstruye la ciudad y con el cieno las costumbres. Del tiesto deduce el ánfora o el cántaro. Conoce por la marca de una uña en el pergamino, la diferencia entre la judería de Judengasse, y la judería de Ghetto. En lo que se encuentra, lo que ha sido ; el bien, el mal, lo falso, lo verdadero, la mancha de sangre del palacio, el borrón de tinta de la caverna, la gota de sebo del lupanar, las pruebas sufridas, las tentaciones, las orgías, el pliegue de los caracteres al doblegarse, la huella de la prostitución en las almas groseras, y en el traje de los mozos de cordel de Roma la señal de los codazos de Mesalina.

III

BRUNESEAU

La alcantarilla de París era en la Edad Media asunto de leyendas. En el siglo XVI Enrique II intentó un reconocimiento que salió mal. No hace cien años, según testifica Mercier, que la cloaca quedó abandonada a sí misma, y llegó a ser lo que buenamente pudo.

El antiguo París estaba entregado a las disputas, a las indecisiones y a los ensayos. Fué por mucho tiempo bastante torpe. Después vino el 89 a mostrar cómo recobran el talento las ciudades. Pero antiguamente la capital tenía poco entendimiento ; no sabía desempeñar sus negocios ni moral ni materialmente, y lo mismo ignoraba cómo había de barrer las inmundicias, que cómo había de extirpar los abusos. Dondequiera había de encontrar un obstáculo ; de todo surgía la disputa. Por ejemplo, la alcantarilla era refractaria a todo itinerario. No llegaba a orientarse mejor en el muladar que a entenderse en la ciudad : arriba lo ininteligible, abajo lo intrincado ; la confusión de las lenguas sobre la confusión de los subterráneos ; Babel sobre Dédalo.

A veces se le ocurría a la alcantarilla de París desbordarse, como si ese desconocido Nilo montase de repente en cólera. Había, y esto era infame, inundaciones de albañal. Por momentos este estómago de la civilización digería mal ; la cloaca refluía a la garganta de la ciudad, y París tenía el resabor de su fango. Estas semejanzas de la alcantarilla con el remordimiento eran buenas, en cuanto eran otros tantos avisos ; pero se recibían mal, pues la ciudad se indignaba de que su cieno mostrase tal audacia, y no se avenía con aquel gustillo a basura. El remedio era digerirla mejor.

La inundación de 1803 es uno de los actuales recuerdos de los parisienses octogenarios. El fango se derramó por la plaza de las Victorias, donde está la estatua de Luis XIV, entró en la calle de San Honorato por las dos esclusas de los Campos Elíseos, en la calle de San Florentino por el albañal del mismo nombre ; en la calle de Pierre a Oissón por el de la Sonnerie, en la calle de Ponpincourt por el de Chemin-Vert, en la calle de la Roquette por el de la calle de Loppe ; cubrió los adoquines de la calle de los Campos Elíseos hasta la altura de treinta y cinco centímetros, y al mediodía, funcionando el vomitorio del Sena en sentido inverso, penetró en la calle de Mazarino, en la del Echaudé (torta) y en la del Marais (pantano), donde se detuvo a una distancia de ciento nueve metros, precisamente a pocos pasos de la casa que había habitado Racine, respetando en el siglo XVII al poeta más que al rey.

Llegó al máximum de profundidad en la calle de San Pedro, donde se elevó tres pies por encima de las baldosas de la esclusa, y al máximum de la extensión en la calle de Sabino, donde se ostentó en una longitud de doscientos treinta y ocho metros.

Al principio del siglo actual, la alcantarilla de París era un lugar misterioso. El cieno no puede nunca gozar de buena reputación ; pero en este caso la mala fama llegaba hasta a causar pavor. París sabía confusamente que tenía debajo de sí un subterráneo horrible.

Hablábase de él como de ese monstruoso charco de Tebas donde pululaban escolopendras de quince pies de largo, y que hubiera podido servir de baño a Behemot. Las grandes botas de los

poceros no se aventuraban más allá de los puntos conocidos. Estaba aún muy próximo el tiempo en que los carros de la basura, de lo alto de los cuales Sainte-Froix fraternizaba con el marqués de Crequi, se vaciaban simplemente en la alcantarilla. En cuanto a la limpieza, confiábase este cuidado a los chaparrones que en vez de barrer acumulaban más basura.

Roma, a lo menos, dejaba alguna poesía a su cloaca, dándole el nombre de gemonías; París insultaba la suya, llamándola el agujero hediondo. La ciencia y la superstición marchaban esta vez de acuerdo. El agujero hediondo no repugnaba menos a la higiene que a la leyenda.

El fantasma, el coco, surgía bajo el fétido arco de la alcantarilla de Mouffetard; los cadáveres de los Marmousets habían sido arrojados en el albañal de la Barillerie; Fagon atribuyó la terrible fiebre maligna de 1685 a la gran hendedura de la alcantarilla del Marais, que permaneció abierta hasta 1843 en la calle de San Luis, casi frente a la muestra del Mensajero Galante.

La escuela de la calle de la Mortellerie era célebre por las pestes que de allí salían; con su reja de hierro, cuyas puntas se asemejaban a una hilera de dientes, parecía en esa fatal calle una boca de dragón que lanzaba su hálito infernal sobre los hombres.

La imaginación popular realzaba el sombrío vertedero parisiense con cierta horrible mezcla de infinito.

El albañal carecía de fondo. Era el báratro. La idea de explorar esas regiones leprosas no se le ocurrió siquiera a la policía. ¿Quién había de atreverse con aquel desconocido? ¿Quién osaría echar la sonda en aquellas tinieblas, o emprender un viaje de exploración en semejante abismo? Era espantoso. Presentóse, sin embargo, una persona. La cloaca tuvo su Cristóbal Colón.

Un día (corría el año de 1805), en una de esas raras apariciones que el Emperador hacía en París, el ministro de lo Interior fué a verle. Oíase en el Carrousel el ruido de los sables de todos aquellos soldados extraordinarios de la gran República y del grande Imperio; había un agolpamiento de héroes a la puerta de Napoleón; hombres del Rhin, del Escalda, del Adige y del Nilo; compañeros de Jouvert, de Desaix, de Marceau, de Hoche, de Kleber; aeróstatas de Fleurs, granaderos de Maguncia, pontoneros de Génova, húsares, a quienes habían visto las Pirámides, artilleros, a quienes habían salpicado las balas de Junot; coraceros, de los que tomaron por asalto la escuadra fondeada en el Zuiderzée; quién había seguido a Bonaparte al puente de Lodi; quién acompañado a Murat a la trinchera de Mantua, y no faltaban algunos de los que precedieron a Lannes en el barranco de Montebello.

Todo el ejército de la época se encontraba allí, en el patio de las Tullerías, representado por partidas, y custodiando a Napoleón, que a la sazón descansaba. Era la brillante época en que el grande ejército tenía tras de sí a Marengo, y ante sí a Austerlitz.

—Señor—dijo el ministro de lo Interior a Napoleón—, he visto ayer al hombre más intrépido de vuestro Imperio.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó bruscamente el Emperador—, ¿y qué ha hecho?

—Quiere hacer una cosa, señor.

—¿Cuál?

—Visitar las alcantarillas de París.

Este hombre existía, y se llamaba Bruneseau.

IV

PORMENORES IGNORADOS

Verificóse la visita. Fué una formidable campaña; una batalla nocturna contra la peste y la asfixia. Fué al mismo tiempo un viaje de exploración. Una de las personas que asistieron, obrero inteligente, muy joven a la sazón, refería aún, hace algunos años, los curiosos pormenores que Bruneseau creyó deber omitir en su informe al prefecto de policía, como indignos del estilo administrativo.

Los procedimientos desinfectantes estaban todavía en aquella época muy a los principios. Apenas Bruneseau hubo pasado las primeras articulaciones de la red subterránea, cuando de veinte trabajadores, ocho se negaron a seguir adelante.

La operación era complicada; para hacer la visita era preciso ir limpiando; había, pues, que limpiar y fijar cada punto al mismo tiempo. Había que anotar los desagües, contar las rejas y las bocas, ir señalando los empalmes, indicar las corrientes en los puntos de división, reconocer las circunscripciones respectivas de los vastos depósitos, sondar los pequeños albañales que están como injertados en el principal, medir la altura de cada pasillo y el ancho, lo mismo en el arranque de la bóveda, que en el zampeado; determinar, en fin, las ordenadas de la nivelación de cada desagüe, sea desde el zampeado de la alcantarilla, sea desde el piso de la calle.

Adelantábase penosamente, y más de una vez las escalas de descanso se sumergieron en una vara de fango. Las linternas agonizaban en los miasmas. De tiempo en tiempo había que llevarse a un pocero desmayado. Tropezábase en algunos parajes con algún precipicio, y era que el suelo se había hundido, que el embaldosado había venido abajo, transformándose el albañal en pozo con el fondo de arena. No se encontraba el punto sólido; y habiendo desaparecido bruscamente un hombre, costó mucho sacarle. Por consejo de Fourcroy, se encendían de trecho en trecho, en los lugares suficientemente saneados, grandes cestas llenas de estopas en resina. La pared, de vez en cuando, estaba cubierta de excrecencias disformes, que pudieran llamarse tumores, pues hasta las piedras parecían enfermas en aquel sitio sin ventilación.

Bruneseau procedió en su exploración de arriba abajo. En el punto divisorio de las dos cañerías del Grand-Hurleur, consiguió leer en una piedra saliente esta fecha: 1550. Era el límite donde se había detenido Filiberto Delorme, encargado por Enrique II de visitar el muladar subterráneo de París. Aquella piedra señalaba el siglo XVI en la alcantarilla. Bruneseau descubrió la mano de obra del siglo XVII en el conducto de Ponceau, y en el de la calle vieja del Temple, cuyas bóvedas se habían construído en 1600 y 1650; y la mano de obra del siglo XVIII en la sección al oeste del canal colector, encajonada y abovedada en 1740. Estas dos bóvedas, sobre todo la menos antigua, la de 1740, estaban más rajadas y decrépitas que la mampostería del albañal del centro, construído en 1412, época en que el arroyo de agua de Menilmontant fué elevado a la dignidad de alcantarilla principal de París, ascenso análogo al de un aldeano que fuese nombrado primer ayuda de cámara del rey; Gros-Jean convertido en Lebel.

Creyóse reconocer acá y allá, en particular bajo el Palacio de Justicia, alvéolos de antiguos calabozos practicados en la misma alcantarilla. Horribles «in pace». Una argolla de hierro colgaba de uno de esos alvéolos. Se les cerró con paredes. Entre las cosas que se hallaron, las había rarísimas; por ejemplo, el esqueleto de un orangután que desapareció del Jardín Botánico en 1800, desaparición probablemente relacionada con la famosa e incontestable aparición del diablo en la calle de los Bernardos el último año del siglo XVIII. El pobre diablo concluyó ahogándose en la alcantarilla.

Debajo del largo pasillo cimbrado que conduce a Arche-Marion, se encontró una canasta de trapero, muy conservada, que dejó admirados a los inteligentes. Por todas partes el cieno que los poceros habían ido a manejar con singular arrojo, abundaba en objetos preciosos, en alhajas de oro y plata, en pedrerías y monedas.

Un gigante que hubiese hecho pasar por el tamiz aquella cloaca, habría acumulado la riqueza de los siglos. En el punto divisorio de los dos empalmes de la calle del Temple y de la calle de San Avoye, se recogió una medalla hugonota de cobre, que tenía en una cara un cerdo con birrete de cardenal y en la otra un lobo con la tiara en la cabeza.

El hallazgo más sorprendente fué a la entrada de la alcantarilla principal. Esta entrada se había cerrado en otro tiempo con una reja de que sólo quedaban los goznes. De uno de los goznes pendía una especie de harapo informe y sucio que, sin duda, detenido allí al caer, flotaba en la sombra, y acababa de hacerse trizas. Bruneseau acercó la linterna y lo examinó. Era finísima batista, y se distinguía en una de las puntas, menos gastada que las demás, el resto

de una corona heráldica, con estas siete letras bordadas encima: LA VBESP. La corona era de marqués, y las siete letras significaban «Laubespine». Se vino en conocimiento de que se tenía a la vista un pedazo del sudario de Marat.

Marat, cuando joven, había corrido sus aventuras amorosas; sobre todo mientras formaba parte de la casa del conde de Artois, como veterinario. De esos amores con una señora principal, históricamente comprobados, le había quedado aquella sábana; si en calidad de desperdicio o de recuerdo, lo ignoramos. Cuando fué muerto, como era el único lienzo fino que había en su casa, se le enterró envuelto en él. Las viejas amortajaron al trágico Amigo del Pueblo en la sábana, teatro un día de sus voluptuosidades. Bruneseau pasó adelante. Dejóse el harapo donde estaba, sin tocarle siquiera. ¿Fué desprecio o respeto? Marat merecía ambas cosas. Además de que el destino había impreso allí su sello suficientemente, y no debía mezclarse ninguna mano extraña. Por otra parte, debe dejarse a las cosas del sepulcro el sitio que eligen. En suma, la reliquia era singularísima. Una marquesa había dormido allí, y Marat, envuelto en ella, pasó por el Panteón para ir a servir de pasto a las ratas de la alcantarilla. Aquel andrajo de alcoba, cuyos pliegues hubiera dibujado en otro tiempo alegremente Watteau, había concluído por ser digno de que en él se fijase la mirada de Dante.

La visita total del muladar de París duró siete años, desde 1805 hasta 1812. De paso, Bruneseau proyectaba, dirigía y ponía fin a trabajos considerables; en 1808 bajó el zampeado del Ponceau, y creando en todas partes nuevas líneas, hizo avanzar la alcantarilla en 1809, por debajo de la calle de San Dionisio hasta la puerta de los Inocentes; en 1810 por debajo de la calle de Froidmanteau y de la Salpetrière; en 1811 por debajo de la calle nueva de los Petits-Péres, de la del Mail, de la de Echarpe, de la Plaza Real; y en 1812 por debajo de la calle de la Paz y de la calzada de Antin. Al mismo tiempo hacía desinfectar y sanear toda la red. Desde el segundo año, Bruneseau se proporcionó un auxiliar en su yerno Nargaud.

De este modo la vieja sociedad limpió a principios de este siglo su fondo interior, y vistió de gala su alcantarilla. El aseo ganó en ello.

Tortuoso, lleno de grietas, desempedrado, cuarteado, cortado de hondonadas, zangoloteado por codos extraños, subiendo y bajando sin lógica, fétido, salvaje, feroz, sumido en obscuridad, con cicatrices sobre sus baldosas y cuchilladas en sus paredes, espantoso; tal era, visto retrospectivamente, el antiguo albañal de París. Ramificaciones en todos sentidos, cruzamientos de zanjas, empalmes, patas de ganso, estrellas como en las zapas, «coecums», callejones sin salida, bóvedas salitrosas, sumideros infectos, rezumos cayendo de los techos, tinieblas; nada igualaba al horror de esa antigua cripta exuptoria, aparato digestivo de Babilonia; antro, foso, abismo atravesado de calles, ratonera titánica donde el espíritu creía ver vagar, en medio de la sombra, entre inmundicias que fueron esplendor, ese enorme topo ciego: lo pasado.

Esto, lo repetimos, era en otro tiempo.

V

PROGRESO ACTUAL

Hoy la alcantarilla está limpia, fría; sus líneas son rectas, su estado es correcto. Casi realiza el ideal de lo que se entiende en Inglaterra por la palabra «respetable». No se aparta de las reglas, tiene el color pardusco, hállase tirada a cordel; íbamos a decir que está de veinticinco alfileres. Aseméjase a un proveedor convertido en consejero de Estado. Se ve en ella casi claro. El fango se porta con decencia.

A primera vista se la tomaría por uno de esos corredores subterráneos tan comunes en lo antiguo, y tan útiles para las fugas de los monarcas y de los príncipes, en aquel buen tiempo «en que el pueblo amaba a sus reyes».

La alcantarilla actual es hermosa; reina en ella el estilo más puro; el alejandrino clásico rectilíneo que, expulsado de la poesía, parece haberse refugiado en la arquitectura, como que quiere mezclarse en todas las piedras de esa larga bóveda tenebrosa y blanquecina; cada abismo es una arcada; la

calle de Rívoli es artística hasta en la cloaca.

Por lo demás, en ninguna parte está más en su lugar la línea geométrica que en la zanja que recibe el estiércol de una gran ciudad. Allí todo debe subordinarse al camino más corto.

La alcantarilla ha tomado hoy cierto aspecto oficial. La misma policía, en sus informes, no le falta al respeto. Las palabras que la caracterizan en el lenguaje administrativo son dignas y elevadas. Lo que antes se llamaba tripa, se denomina hoy galería ; lo que antes llevaba el nombre de agujero, hoy lleva el de atabe. Villon no conocería ya su antigua morada, «in extremis». Esa red de subterráneos tiene siempre, se supone, su inmemorial población de roedores, más numerosa que nunca ; de vez en cuando una rata vieja asoma la cabeza por la alcantarilla, y examina a los parisienses ; pero aun esa inmundicia se domestica, encontrándose satisfecha de su abovedado palacio.

No queda nada a la cloaca de su primitiva ferocidad.

La lluvia, que emporcaba el albañal antiguo, lava el moderno. Sin embargo, no hay que fiarse demasiado. Los miasmas lo habitan aún. Es antes hipócrita que irreprensible. Por más que se empeñe la Prefectura de Policía y la Junta de Sanidad, a pesar de todos los procedimientos empleados, exhala siempre cierto olorcillo vago y sospechoso, como Tartufo después de la confesión.

Preciso es convenir, no obstante, en que, como la limpieza, es un homenaje que el albañal tributa a la civilización, y como, desde este punto de vista, la conciencia de Tartufo es un progreso, si se compara con el establo de Augias, la alcantarilla de París ha mejorado.

Es más que progreso ; es una transformación. Entre la antigua alcantarilla y la actual, media una revolución.

¿Quién ha hecho esta revolución?

El hombre a quien todos tienen olvidado, y que acabamos de nombrar: Bruneseau.

IV

PROGRESO FUTURO

La construcción de la alcantarilla de París no ha sido una obra insignificante. Los últimos diez siglos han trabajado en ella sin poder terminarla, como tampoco han podido acabar a París. La alcantarilla sigue paso a paso el desarrollo de París. Es, en la tierra, una especie de pólipo tenebroso de mil arterias, que crece debajo al mismo tiempo que la ciudad crece encima. Siempre que la ciudad abre una nueva calle, el albañal alarga el brazo. La vieja monarquía no había construído sino veintitrés mil trescientos metros de alcantarilla : a ese punto había llegado París el 1.° de enero de 1806.

Partiendo de esa época, de la que volveremos a hablar luego, la obra ha sido útil y enérgicamente reformada y continuada.

Napoleón ha construído (los guarismos no dejan de ser curiosos) cuatro mil ochocientos treinta y seis ; Luis Felipe, ochenta y nueve mil veinte ; la República de 1848, veintitrés mil trescientos ochenta y uno ; el actual gobierno, setenta mil quinientos ; total hasta el día, doscientos veintiséis mil seiscientos diez metros. Setenta leguas de alcantarilla : entrañas enormes de París. Ramificación obscura y jamás en descanso ; construcción ignorada e inmensa.

Resulta, pues, que el laberinto subterráneo de París es hoy más que décuplo de lo que era al principio del siglo. Da pena figurarse la perseverancia y los esfuerzos que han sido menester para conducir esa cloaca al punto de perfección relativa en que se encuentra ahora. Con ímprobo trabajo habían podido el viejo prebostazgo monárquico, y, en los últimos años del siglo XVIII, el corregimiento revolucionario, llegar a construir las cinco leguas del albañal que existían antes de 1806. Obstáculos de todo género embarazaban tal operación ; los unos, propios de la naturaleza del terreno ; los otros, inherentes a las preocupaciones mismas de la población laboriosa de París.

Hállase París edificado sobre un terreno que se resiste a la azada, al hacha, a todo trabajo humano. Nada más difícil que perforar y penetrar esa formación geológica a la que se superpone la maravillosa formación histórica llamada París. En cuanto la mano de obra,

bajo una forma cualquiera, se empeña y aventura en ese terreno de aluvión, las resistencias abundan. Es arcilla líquida; son manantiales vivos, duras rocas, légamo blando y profundo que la ciencia especial designa con el nombre de mostaza. El pico adelanta dificultosamente en las capas calcáreas, que alternan con hilos de greda muy delgados y capas muy esquistosas de hojas incrustadas de conchas de ostras, contemporáneas de los Océanos preadamitas.

Ya es un arroyo que hace reventar de improviso una bóveda principiada, e inunda a los trabajadores; ya es una irrupción de marga que se abre camino y se precipita con la furia de una catarata, rompiendo como vidrio los más fuertes maderos. Recientemente, en Villette, cuando fué preciso, sin interrumpir la navegación ni variar el cauce, hacer pasar la alcantarilla colectora por debajo del canal de San Martín, se abrió una grieta en el depósito principal, cayendo de repente el agua en el subterráneo, sin que bastasen las bombas a detener la inundación. Hubo que apelar a un buzo, el cual con mucho trabajo logró al fin tapar la grieta que estaba en el mismo boquete del depósito.

Cerca del Sena, y también bastante lejos de este río, como por ejempo en Belleville, en la calle Grande y el pasaje Luniére, hay arenas sin fondo, donde un hombre puede deslizarse y desaparecer a ojos vistas. Agréguese a todo esto, la asfixia causada por los miasmas, los derrumbamientos que sepultan en vida y los hundimientos repentinos, Agréguese también el tifus, de que los trabajadores se impregnan lentamente.

En nuestros días, después de abierta la galería de Clichy, con banqueta para recibir una cañería del Ourcq, trabajo ejecutado en zanja, a diez metros de profundidad; después de haber, a pesar de los derrumbamientos, y con ayuda de las excavaciones, muchas veces pútridas, y de los apuntamientos, formado la bóveda de la Biévre desde el bulevar del Hospital hasta el Sena; después de haber, con objeto de libertar a París de las aguas torrenciales de Montmartre, y dar salida a esa charca fluvial de nueve hectáreas que se corrompía junto a la barrera de los Mártires; después de haber, repetimos, construído la línea de alcantarilla de la barrera Blanca al camino de Aubervilliers, en cuatro meses, día y noche, a la profundidad de once metros; después de haber, ¡cosa no vista hasta entonces! hecho subterráneamente un albañal en la calle Bare-du-Bec, sin zanja, a seis metros debajo del suelo, el conductor Monnot murió. Después de haber hecho tres mil metros de alcantarillas en todos los puntos de la ciudad, desde la travesía de San Antonio a la calle de la Orcine; después de haber, por medio del empalme de la Arbaléte, aliviado de las inundaciones pluviales la encrucijada Censier-Moufetard; después de haber construído la alcantarilla de San Jorge sobre cimientos de rocas y con hormigón en arenas movedizas; después de haber dirigido el temible descenso de zampeado del ramal de Nuestra Señora de Nazaret, el ingeniero Duleau murió también.

No hay boletines para estos actos de bravura, más útiles, sin embargo, que la brutal carnicería de los campos de batalla.

Las alcantarillas de París estaban lejos de ser en 1822 lo que son hoy. Bruneseau había dado el impulso; pero se necesitaba el cólera para determinar la vasta construcción que después se ha llevado a efecto.

Sorprende oír decir, por ejemplo, que, en 1821, parte del albañal del centro, llamado el Canal Grande, como en Venecia, se corrompía aún al aire libre, en la calle de Gourdes (Calabazas). En 1823 fué cuando la ciudad de París encontró en sus bolsillos los doscientos sesenta y seis mil ochenta francos y seis céntimos necesarios para cubrir semejante inmundicia. Los tres pozos absorbentes del Combate, de la Cunette y de San Mandé con sus abismos, aparatos, pozos perdidos y ramales depuratorios, no alcanzan más que a 1836. El muladar de París ha sido hecho de nuevo, y, como ya lo hemos dicho, se ha decuplado con mucho de veinticinco años a esta parte.

Treinta años hace, en la época de la insurrección de 5 y 6 de junio, era aún, en bastantes sitios, casi la alcantarilla antigua. Muchas calles que hoy forman comba, eran entonces calzadas con grie-

tas. A menudo se veían, en el punto donde iban a parar las vertientes de una calle o de una encrucijada, grandes rejas cuadradas y provistas de gruesos barrotes, cuyo hierro lucía bruñido por los pasos de la multitud, peligrosos y resbaladizos por las caballerías de los carruajes.

En 1832, la antigua cloaca gótica mostraba aún cínicamente sus bocas en muchas calles, a saber : la Estrella, San Luis, El Temple, Vieja del Temple, Nuestra Señora de Nazareth, Folié Mericourt, Quai (muelle) de las Flores, Petit-Musc, Normandía, Pont-aux-Biches, Marais, San Martín, Nuestra Señora de las Victorias, Montmartre, Grange Batalière, Campos Elíseos, Jacob y Tournon. Eran enormes aberturas de piedra, a veces rodeadas de guardacantones, con una imprudencia monumental.

París, en 1806, no tenía casi más alcantarillas que en 1663 ; cinco mil trescientas veintiocho toesas. Después de Bruneseau, el 1.° de enero de 1832 tenía cuarenta mil trescientos metros. De 1806 a 1831 se habían construído anualmente, por término medio, setecientos cincuenta metros. En los años posteriores ha tocado a cada uno de ocho a diez mil metros de galerías, todo de mampostería, con baño de cal hidráulica y cimientos de hormigón. A doscientos francos el metro, las sesenta leguas de alcantarilla del París actual representan un capital de cincuenta y ocho millones.

Además del progreso económico que al principio hemos indicado, asócianse graves problemas de higiene pública a esta inmensa cuestión : la alcantarilla de París.

París está entre dos capas : una de agua y otra de aire. La capa de agua, extendida a una profundidad bastante grande, pero que ha sido ya sondeada dos veces, proviene de la capa de asperón verde, situada entre la creta y la calcárea jurásica, que puede representarse por un disco, cuyo radio mida veinticinco leguas. Multitud de ríos y de riachuelos que rezuman allí ; en un vaso de agua del pozo de Grevelle se bebe el Sena, el Marne, el Yonne, el Oise, el Aisne, el Cher, el Vienne y el Loira. La capa de agua es saludable ; viene primero del cielo, y luego de la tierra. La capa de aire es malsana : viene de la alcantarilla. Todos los miasmas de la cloaca se mezclan a la respiración de la ciudad ; de ahí el mal aliento. El aire que se respira junto a un estercolero, está probado científicamente, es más puro que el aire que se respira en París. En un tiempo dado, con la ayuda del progreso, después que se perfeccione el mecanismo, y que la luz se difunda, se empleará la capa de agua en purificar la capa de aire ; es decir, en lavar la alcantarilla. Sábese que por esta palabra «lavar la alcantarilla» entendemos : restituir el fango a la tierra, el estiércol al suelo, el abono a los campos. Resultará de este solo hecho, para toda la comunidad social, la diminución de la miseria y el aumento de la salud. Hoy por hoy, la irradiación de las enfermedades de París se extiende a cincuenta leguas en derredor del Louvre, tomado como centro de ese círculo contagioso.

Pudiera decirse, que desde hace diez siglos, la cloaca es la enfermedad de París. La alcantarilla es el vicio que la ciudad tiene en la sangre. El instinto popular no se ha engañado nunca. El oficio de pocero era en otro tiempo casi tan peligroso y casi tan repugnante al pueblo, como el de descuartizador, reputado tan horrible durante mucho tiempo, y que se dejaba al verdugo. Necesitábase el incentivo de una paga crecida para que el albañil se decidiese a bajar a ese fétido abismo ; poníase la escalera de mala gana, y era corriente el dicho «bajar a la alcantarilla es como entrar en la fosa». Leyendas de todas clases, según llevamos relatado, cubrían el espanto ese vertedero colosal ; temible sentina donde aparece la huella, así de las revoluciones del globo, como de las revoluciones de los hombres, y en la cual se encuentran vestigios de todos los cataclismos, desde las conchas diluvianas, hasta el harapo de Marat.

LIBRO TERCERO

A un tiempo lodo y alma.

I

LA CLOACA Y SUS SORPRESAS

Encontrábase Juan Valjean en la alcantarilla de París.

Otra semejanza de París con el mar. El buzo puede desaparecer allí, como desaparece en el Océano.

La transición era inaudita. En medio mismo de la ciudad, Juan Valjean había salido de ella, y en un abrir y cerrar de ojos, en el tiempo preciso para levantar una tapa y volverla a dejar caer, había pasado de la luz a las tinieblas, del mediodía a la media noche, del ruido al silencio, del torbellino de los truenos al estancamiento de la tumba, y por una peripecia mucho más prodigiosa que la de la calle Polonceau, del mayor peligro a la seguridad más absoluta.

Caída repentina en una cueva; desaparición en los calabozos de París. Dejar aquella calle, donde en todos lados veía la muerte, por una especie de sepulcro, donde debía encontrar la vida, fué un extraño instante. Permaneció algunos segundos como aturdido, escuchando estupefacto. Habíase abierto de improviso ante sus pies la trampa de salvación, cogiéndole, digámoslo así, por traición, la bondad celeste. ¡Adorables emboscadas de la Providencia!

Entretanto el herido no se movía, y Juan Valjean ignoraba si lo que había traído consigo a aquella fosa era un vivo o un muerto.

Su primer sensación fué la de que estaba ciego. Repentinamente no vió nada. Parecióle también que en un minuto se había puesto sordo. No oía el menor ruido. El frenético huracán de sangre y de venganza que se desencadenaba a algunos pasos de allí no llegaba a él, ya lo hemos dicho, gracias al espesor de la tierra que le separaba del teatro de los acontecimientos, sino apagado y confuso, como un rumor en una profundidad. Lo único que conoció fué que pisaba en parte sólida; pero le era suficiente con esto. Extendió un brazo, luego otro, y tocó la pared a ambos lados, de donde infirió que el pasillo era estrecho. Resbaló, y dedujo que la baldosa estaba mojada. Adelantó un pie con precaución, temiendo encontrar un agujero, un pozo perdido, algún precipicio, y así se cercioró de que el embaldosado se prolongaba. Una bocanada de aire fétido le indicó cuál era su mansión actual.

Al cabo de algunos instantes no estaba ya ciego. Un poco de luz caía del respiradero por donde había entrado, y ya su mirada se había acostumbrado a la cueva. Empezó a distinguir alguna cosa. El pasillo donde se había soterrado (ninguna otra palabra expresa mejor la situación) estaba cerrado con pared a su espalda. Era uno de esos callejones sin salida que la lengua especial llama empalmes. Tenía delante de sí otra pared; pared de tinieblas. La claridad del respiradero concluía a diez o doce pasos del punto en que se encontraba Juan Valjean, y apenas reflejaba una blancura pálida a algunos metros de la húmeda pared de la alcantarilla. Más allá la opacidad era maciza; parecía horrible penetrar en ella, y la entrada tenía visos de inmersión.

Sin embargo, podía penetrarse en aquella pared de bruma, y hasta era preciso darse prisa a hacerlo. Juan Valjean calculó que aquella reja que él había visto debajo de los adoquines, era posible la viesen también los soldados. Todo pendía de esta casualidad, pues nada impedía que los soldados bajasen también al pozo, y le registrasen.

No había que perder un minuto. Recogió a Mario del suelo, se le echó a cuestas, y se puso en marcha, penetrando resueltamente en aquella obscuridad.

La verdad es, que estaban menos en salvo de lo que Juan Valjean creía. Aguardábanles quizá peligros de otro género, y de no menor tamaño. Después del torbellino fulgurante de la lucha, la caverna de los miasmas y de las emboscadas; después del caos, la cloaca. Juan Valjean había caído de un círculo del infierno a otro.

Cuando hubo andado cincuenta pasos, tuvo que detenerse. Ofrecíase una duda. El pasillo iba a parar a otro ramal con el que tropezaba transversalmente. Presentábanse allí dos caminos. ¿Cuál elegiría? ¿El de la derecha o el de la izquierda? ¿Cómo orientarse en aquel negro laberinto? El hilo de este laberinto, según dijimos antes, es la pendiente; siguiéndola se va al río.

Juan Valjean lo comprendió desde luego.

Pensó que estaba probablemente en la alcantarilla de los Mercados: que si

tomaba a la izquierda y seguía la pendiente llegaría antes de un cuarto de hora a alguna boca junto al Sena, entre el Pont-au-Change y el Puente Nuevo, es decir: que aparecería en medio del día en el punto más concurrido de París, tal vez en una encrucijada. Los transeuntes al ver salir del suelo, bajo sus pies, dos hombres ensangrentados, se asustarían; acudirían los municipales; luego los soldados del cuerpo de guardia vecino y antes de estar fuera se les habría ya echado mano. Era preferible internarse en el laberinto, fiarse de la obscuridad, y encomendarse a la Providencia para la salida.

Subió la pendiente, y tomó a la derecha.

Cuando hubo doblado el ángulo de la galería, la lejana claridad del respiradero desapareció, la cortina de tinieblas volvió a caer ante él, y de nuevo quedó ciego. Continuó, sin embargo, avanzando, y tan rápidamente como le fué posible. Los dos brazos de Mario rodeaban el cuello de Juan Valjean, y sus pies colgaban por detrás. Juan Valjean tenía los brazos con una mano, y con la otra iba tentando la pared. La mejilla de Mario tocaba y se pegaba a la suya, a causa de la sangre. Sentía correr por encima de él y penetrar sus vestidos un arroyo tibio que procedía de Mario. Sin embargo, la sensación de calor húmedo en la oreja próxima a la boca del herido, indicaba que éste respiraba, y de consiguiente que vivía. El pasillo por donde caminaba ahora Juan Valjean era menos estrecho que el primero. Costábale trabajo andar. La lluvia del día anterior no se había aún desaguado, y formaba un pequeño torrente en el centro del zampeado, de suerte que le era preciso arrimarse a la pared para no meter los pies en el agua. Iba de este modo en medio de las tinieblas. Se parecía a los seres nocturnos que marchan a tientas en lo invisible, perdidos subterráneamente en las venas de la sombra.

No obstante, poco a poco, sea que otros respiraderos lejanos enviasen alguna luz flotante a aquella opaca bruma, sea que sus ojos se acostumbrasen a la obscuridad, empezó a entrever confusamente, ora la pared a que iba arrimado, ora la bóveda por debajo de la cual pasaba.

La pupila se dilata en las tinieblas, y concluye por percibir claridad, del mismo modo que el alma se dilata en la desgracia, y acaba por entrar en ella Dios.

Era difícil dirigir el rumbo.

El trazado de las alcantarillas refleja, digámoslo así, el de las calles superpuestas. Había en el París de aquella época dos mil doscientas calles. Imagínese debajo esa selva de tenebrosas ramas que se denomina el albañal. El sistema de alcantarillas existente a la sazón, colocado punta con punta, hubiera medido una longitud de once leguas. Hemos dicho antes que la red actual, gracias a la actividad especial de los últimos treinta años, no cuenta menos de sesenta leguas.

Juan Valjean empezó por engañarse. Creyó estar debajo de la calle de San Dionisio, y no era así por desgracia. Hay debajo de esa calle una alcantarilla vieja de piedra que pertenece al tiempo de Luis XIII y va en derechura al albañal colector de la alcantarilla grande, con un solo ángulo a la derecha, a la altura de la antigua corte de los Milagros, y un solo ramal, la alcantarilla de San Martín, cuyos cuatro brazos se cortan en cruz. Pero el ramal de la pequeña Truanderie, cuya entrada estaba próxima a la taberna de Corinto, no se ha comunicado nunca con el subterráneo de la calle de San Dionisio; va a parar a la alcantarilla Montmartre, que era donde se había internado Juan Valjean. Abundaban allí las ocasiones de extraviarse. La alcantarilla Montmartre es una de las más intrincadas de la antigua red.

Felizmente Juan Valjean había dejado detrás de sí la alcantarilla de los Mercados, cuyo plano geométrico figura una multitud de masteleros de juanete entretejidos; pero tenía delante de sí más de un encuentro embarazoso, y más de una esquina de calle (porque son calles en efecto), que aparecían en la obscuridad como puntos de interrogación.

Primero, a su izquierda, la vasta alcantarilla Platiére, especie de macana china, que conduce y enreda sus caos de T y de Z por debajo de la Casa de

Postas y de la rotonda de la alhóndiga hasta el Sena, donde termina en Y. Segundo, a su derecha, el corredor en línea curva de la calle del Cuadrante, con sus tres dientes, que son otros tantos callejones sin salida. Tercero, a su izquierda el ramal de Mail, complicado, casi a la entrada, por una especie de horquilla, y yendo de zig-zag en zig-zag, a parar a la gran cripta exutoria del Louvre, partida y ramificada en todos sentidos; en fin, a su derecha, el callejón sin salida de la calle de los Jeuneurs (ayunadores, sin contar pequeños retretes acá y allá, antes de llegar a la alcantarilla del centro, que era la única capaz de conducirle a alguna salida bastante lejana para podei considerarla segura.

Si Juan Valjean hubiese tenido una ligera noción de todo lo que acabamos de indicar, habría conocido pronto, con sólo tocar la pared, que no estaba en la galería subterránea de la calle de San Dionisio. En lugar de la piedra sillar vieja, en lugar de la arquitectura antigua, altiva y recia hasta en la alcantarilla, con zampeado y cimientos de granito, y con mortero de cal gorda, que costaba a ochocientos francos la toesa, hubiera sentido al tacto la baratura contemporánea, el recurso económico, la piedra de molino con baño de mortero hidráulico sobre una capa de hormigón, que cuesta a doscientos francos el metro, la mampostería plebeya denominada «de pequeños materiales»; pero no sabía una palabra de esto.

Seguía adelante, con ansiedad, pero con calma, sin ver ni saber nada, a la ventura, es decir, en manos de la Providencia.

Gradualmente, confesémoslo, cierto horror se apoderaba de él. La sombra que le envolvía penetraba en su espíritu. Caminaba en medio de un enigma. El acueducto de la cloaca es formidable; crúzanse sus cañerías vertiginosamente. Tiene algo de lúgubre verse sumido en ese París de tinieblas. Juan Valjean estaba obligado a encontrar, y casi a inventar, su camino sin verlo. En aquel paraje desconocido, cada paso que daba podía ser el último de su vida. ¿Cómo salir de allí? ¿Hallaría por dónde? Y en ese caso, ¿llegaría a tiempo? Aquella colosal esponja subterránea con alvéolo de piedra, ¿se dejaría penetrar y horadar? ¿Tropezaría con algún nudo inesperado de obscuridad? ¿Aguardábale lo enmarañado e insuperable? ¿Morirían allí, Mario de hemorragia, y él de hambre? ¿Acabarían por extraviarse ambos, quedando reducidos a esqueletos en aquellos lóbregos sitios? Lo ignoraba. A ninguna de estas preguntas, que él se hacía, sabía qué responder. El intestino de París es un precipicio. Estaba, como el profeta, en el vientre de un monstruo.

De repente se sintió sorprendido. Cuando menos lo esperaba, y sin haber cesado de caminar en línea recta, notó que ya no subía; el agua del arroyo le daba en los talones y no en la punta de los pies. La alcantarilla bajaba ahora. ¿Por qué? ¿Iba, pues, a llegar de improviso al Sena? Este peligro era grande pero era mayor el que resultaría en retroceder. Siguió avanzando.

No se dirigía al Sena. La albardilla que forma el suelo de París en la orilla derecha, vacía una de sus vertientes en el Sena, y otra en el albañal grande. La cima de esta albardilla, que determina la división de las aguas, traza una línea muy caprichosa. El punto culminante, sitio en que se dividen los desagües, está en la alcantarilla de San Aboye, más allá de la calle de Michel-le-Comte, en la alcantarilla del Louvre. cerca de los bulevares, y en la alcantarilla Montmartre, cerca de los Mercados. A ese punto culminante había llegado Juan Valjean. Dirigíase al albañal del centro, y estaba en buen camino, aunque sin saberlo.

Cada vez que encontraba un ramal buscaba a tientas los ángulos, y si la abertura que se ofrecía ante él era menos ancha que el corredor donde estaba, seguía sin hacer caso; juzgando, con razón, que toda senda más estrecha le llevaría a un callejón sin salida, lo que equivaldría a alejarle del objeto principal, que era salir de la alcantarilla. Así evitó el cuádruple lazo que le tendían en la obscuridad los cuatro laberintos mencionados.

Un momento después conoció que se separaba del París petrificado por el motín, donde las barricadas habían suprimido la circulación, y que iba por de-

bajo del París vivo y normal. De repente oyó sobre su cabeza como el ruido de un trueno lejano, pero continuo. Eran los carruajes que rodaban.

Según sus cálculos, hacía media hora, poco más o menos, que caminaba, y no había pensado aún en descansar, contentándose con mudar la mano que sostenía a Mario. La obscuridad era más profunda que nunca; pero esta obscuridad le tranquilizaba.

De improviso vió su sombra delante de sí. Destacábase sobre un rojo claro que teñía vagamente el zampeado y la bóveda, y que resbalaba, a derecha e izquierda, por las dos paredes viscosas del corredor. Volvióse lleno de asombro.

Detrás de él, en la parte del pasillo que acababa de dejar, a una distancia que le pareció inmensa, resplandecía, rayando las tinieblas, una especie de astro horrible que parecía mirarle.

Era la lúgubre estrella de la policía que se levantaba en el albañal.

Detrás de la estrella se movían confusamente ocho o diez formas negras, rectas, vagas y terribles.

II

EXPLICACIÓN

El 6 de junio se dispuso una batida de las alcantarillas.

Temíase que los vencidos se refugiasen en ellas, y el prefecto Gisquet fué encargado de registrar el París oculto, mientras que el general Bugeaud barría el París público; doble operación que exigió una doble estrategia de la fuerza pública representada arriba por el ejército, y abajo por la policía. Tres partidas de agentes y de poceros exploraron el muladar subterráneo de París; la primera orilla derecha, la segunda la izquierda, y la tercera la «Cité».

Los agentes estaban armados de carabinas, macanas, espadas y puñales.

Lo que en aquel momento reflejaba la luz sobre Juan Valjean era la linterna de la ronda de la orilla derecha.

Esta ronda acababa de visitar la galería curva y los tres callejones sin salida que se encuentran debajo de la calle del Cuadrante.

Mientras la ronda registraba estos callejones, Juan Valjean había tropezado con la entrada de la galería, y viendo que era más estrecha que el pasillo principal, no penetró en ella, sino pasó adelante. Los de la policía, al dejar la galería del Cuadrante, habían creído oír ruido de pisadas en la dirección del albañal del centro. Eran, en efecto, las pisadas de Juan Valjean. El sargento que mandaba la ronda levantó la linterna, y todos se pusieron a mirar, en medio de las nieblas, hacia el lado de donde procedía el ruido.

Para Juan Valjean fué aquel un minuto de indecible angustia.

Felizmente, aunque él veía bien la linterna, ésta le veía a él mal. La linterna era la luz y él la sombra. Hallábase él muy lejos y confundido en el fondo obscuro del subterráneo. Arrimóse a la pared, y se detuvo.

Por lo demás, Juan Valjean no tenía cabal idea de lo que se movía a su espalda. El insomnio, la falta de alimento, las emociones le habían hecho pasar también a él al estado de visionario. Veía un resplandor, y junto a este resplandor, larvas. ¿Qué significaba aquello? No lo comprendía.

Habiéndose detenido Juan Valjean, el ruido cesó.

Los hombres de la ronda escuchaban y no oían; miraban y no veían. Consultaron entre sí.

Había entonces en aquel punto de la alcantarilla de Montmartre una especie de encrucijada llamada «de servicio», que se ha suprimido luego a causa del pequeño lago interior formado allí por las aguas llovedizas en las recias tormentas. La ronda pudo agruparse en esa encrucijada.

Juan Valjean vió aquel corro de larvas, cuyas cabezas de sabuesos se acercaban, y parecían cuchichear.

El resultado de la conferencia celebrada por los perros de guardia fué decidir que se habían engañado, que no había habido ruido, que no había allí nadie, que era inútil internarse en el albañal del centro, que sería perder el tiempo; pero que convendría darse prisa a ir a San Merry, pues si había algo que hacer y algún «bousin got» (republicano) que rastrear, era hacia aquella parte.

De vez en cuando los partidos echan

nuevas suelas a sus antiguas injurias. En 1832, la palabra «bousin got» era el punto de enlace entre la palabra «jacobino», ya olvidada, y la palabra «demagogo», casi inusitada a la sazón, y que después ha servido tan bien.

El sargento dió la orden de torcer a la izquierda, dirigiéndose a la vertiente del Sena. Si les hubiese ocurrido dividirse en dos partidas y marchar en opuestos sentidos, Juan Valjean habría caído en sus manos. Esto pendió de un hilo. Es probable que las instrucciones de la prefectura, previendo el caso de un combate, y suponiendo a los insurrectos en gran número, prohibiesen a la ronda fraccionarse. Los sabuesos, pues, volvieron a ponerse en marcha, dejando tras de sí a Juan Valjean. De todo aquel movimiento éste no percibió más que el eclipse de la linterna, que se ocultó repentinamente.

Antes de irse el sargento, para tranquilidad de la conciencia de la policía, descargó la carabina en la dirección del sitio que ocupaba Juan Valjean. La detonación rodó de eco en eco por la cripta titánica. Un pedazo de yeso que cayó en el arroyo, e hizo saltar el agua a pocos pasos de Juan Valjean, le advirtió que la bala había caído en la bóveda encima de su cabeza.

Pisadas lentas y a compás resonaron por algún tiempo en el zampeado, desvaneciéndose a medida que se aumentaba la distancia; en seguida el grupo de formas negras se perdió en la sombra; una luz osciló bosquejando en la bóveda un arco rojizo que decreció, y luego desapareció. El silencio volvió a ser profundo, la obscuridad completa, la ceguedad y la sordera se posesionaron otra vez de las tinieblas, y Juan Valjean, no osando moverse, permaneció bastante tiempo respaldado contra la pared, con el oído atento, la pupila dilatada, mirando alejarse aquella patrulla de fantasmas.

III

LA DOBLE CAZA

Preciso es hacer a la policía de aquel tiempo la justicia de decir, que aun en las circunstancias públicas más graves, cumplía imperturbablemente su deber de inspección y vigilancia. Un motín no era a sus ojos un pretexto para aflojar la rienda a los malhechores, y descuidar la sociedad por la razón de que el gobierno estaba en peligro.

El servicio ordinario se desempeñaba, no obstante las tareas extraordinarias y sin resentirse lo más mínimo.

En medio de un incalculable acontecimiento político, ya principiado, bajo la presión de una revolución posible, no distraído por la insurrección ni por la barricada, el agente seguía la pista al ladrón.

Algo parecido a esto sucedía por la tarde del 6 de junio a orillas del Sena, en el ribazo de la izquierda, un poco más allá del puente de los Inválidos.

Hoy ya no hay allí ribazo. El aspecto de aquellos parajes ha cambiado.

En el ribazo, dos hombres, separados por cierta distancia, parecían observarse, evitándose mutuamente.

A medida que el que iba delante procuraba alejarse, ponía el que iba detrás empeño en vigilarlo más de cerca.

Era a modo de una partida de ajedrez que se jugase de lejos y silenciosamente. No parecían hostigarse; los dos caminaban despacio, como si cada cual temiese, apresurándose demasiado, que su compañero avivase el paso.

Hubiérase dicho un apetito tras una presa, sin mostrar intención deliberada. La presa era socarrona, y estaba sobre aviso.

Observábanse las proporciones debidas entre la garduña perseguida y el perro perseguidor. El que procuraba eclipsarse tenía mala traza y una figura raquítica; y el que quería echarle el guante era de elevada estatura y duro aspecto, y denotaba ser sumamente huraño.

El primero, como más débil, evitaba encontrarse con el segundo; pero al mismo tiempo, estaba furioso; los que hubieran podido examinarlo de cerca, habrían visto en sus ojos la sombría hostilidad de la fuga y la amenaza del miedo.

El ribazo se encontraba desierto; no pasaba nadie por allí, ni siquiera se veía al barquero ni al descargador de leña en los barcos chatos amarrados acá y allá.

No se podía distinguir bien aquellos dos hombres sino desde el muelle de enfrente, y contemplados así, el que iba

delante hubiera aparecido como un ser erizado, haraposo y oblicuo, inquieto, tiritando bajo una blusa remendada, y el otro como un personaje clásico y oficial, con la levita de la autoridad, abrochada hasta la barba.

El lector conocería quizá a estos dos hombres si los mirase más de cerca.

¿Qué fin se proponía el último?

Probablemente suministrar al primero ropa de abrigo.

Cuando un hombre vestido por el Estado persigue a otro hombre andrajoso, es con el objeto de convertirle en hombre vestido también por el Estado. El traje azul se considera glorioso; el encarnado es desagradable.

Hay una púrpura que procede de abajo.

Sin duda, algún disgusto, alguna púrpura de este género es lo que el primero deseaba evitar.

Si el otro le permitía ir delante y no se apoderaba de él aún, era, según las apariencias, con la esperanza de verle dirigirse a alguna cita significativa y a algún grupo que fuese buena presa. Designase esta difícil operación con la frase: seguir a la deshilada.

Lo que hace probable esta conjetura, es que el hombre de la levita abrochada, divisando desde el ribazo un coche de alquiler que iba vacío, indicó algo al cochero. Este comprendió, y conociendo evidentemente con quién se las había, cambió de dirección, y se puso a seguir poco a poco desde lo alto del muelle a aquellos dos hombres. De esto no se impuso el personaje de mala traza que caminaba delante.

El coche iba junto a los árboles de los Campos Elíseos, y por encima del parapeto se veía pasar el busto del cochero con la fusta en la mano.

En una de las instrucciones secretas de la policía a los agentes, se lee este artículo: «Tener siempre pronto un carruaje de plaza por si se necesita.»

Maniobrando cada cual por su parte con una estrategia irreprensible, acercábanse aquellos dos individuos a una rampa del muelle que descendía del ribazo, y permitía a los cocheros, a su vuelta de Passy, llevar al río los caballos para que bebiesen. Esta rampa se ha suprimido después por exigirlo así la simetría. Los caballos se mueren de sed, pero se recrea la vista.

Era de suponer que el hombre de blusa subiría por la rampa, a fin de intentar evadirse en los Campos Elíseos, sitio lleno de árboles, pero, en cambio, muy frecuentado por agentes de policía, y donde el otro hallaría fácilmente quien le ayudase.

Este punto del muelle dista muy poco de la casa traída de Moret a París en 1824 por el coronel Brack, y denominada casa de Francisco I. Cerca hay un cuerpo de guardia.

Con gran sorpresa del que le observaba, aquel hombre no tomó por la rampa del abrevadero, sino que continuó avanzando por el ribazo, junto al muelle.

Evidentemente su posición se iba poniendo muy crítica.

¿Qué haría, a menos de no arrojarse al Sena?

Ya no había forma de volver a subir al muelle; ni rampa, ni escalera; y estaban próximos al sitio, señalado por el ángulo del río hacia el puente de Jena, donde el ribazo, cada vez más estrecho, acababa en lengua delgada, y se perdía debajo del agua. Allí iba inevitablemente a encontrarse bloqueado entre el muro perpendicular a la derecha, el río a la izquierda, y enfrente y detrás la autoridad.

Es verdad que la conclusión del ribazo estaba oculta a la vista por un montón de escombros de seis a siete pies de altura, producto de no se sabe qué demolición. Pero, ¿esperaba aquel hombre poder esconderse útilmente en un sitio donde, para descubrirle, bastaba dar la vuelta al montón? El medio hubiera sido pueril. Ni podía pensar en ello, pues la inocencia de los ladrones no llega a tanto.

Aquella aglomeración de ruinas formaba al borde del agua una especie de eminencia que se extendía como un promontorio hasta la muralla del muelle.

El hombre perseguido llegó a la pequeña colina y la dobló, cesando entonces el otro de verle.

Este último aprovechó el momento en que ni veía ni era visto, y, dejando a un lado todo disimulo, se puso a caminar con rapidez. Pronto estuvo junto a los escombros, y dió la vuelta al mon-

tón, deteniéndose en seguida asombrado. El hombre a quien perseguía no estaba allí.

Eclipse total del hombre de blusa.

El ribazo apenas contaba, desde el montón de escombros, unos treinta pasos ; sumergíase luego en el agua que se estrellaba contra la muralla del muelle.

El fugitivo no hubiera podido arrojarse al Sena, ni escalar el muelle sin que le viese su perseguidor. ¿Qué se había hecho, pues?

El hombre de la levita abrochada caminó hasta la extremidad del ribazo y permaneció allí un momento pensativo, con los puños apretados, y registrándolo todo con los ojos. De improviso se dió un golpe en la frente, pues acababa de percibir, en el punto donde concluía la tierra y empezaba el agua, una reja de hierro, gruesa y baja, cimbrada y provista de una enorme cerradura y de tres goznes macizos. Aquella reja, especie de puerta en la parte inferior del muelle, daba al río, lo mismo que al ribazo. Por debajo pasaba un arroyo negruzco que iba a desaguar en el Sena.

Al otro lado de los pesados y mohosos barrotes se distinguía una especie de corredor abovedado y obscuro.

El hombre cruzó los brazos, y miró la reja con el aire de una persona que se echa en cara algo.

Como no bastaba mirar, trató de empujarla, la sacudió, y la reja resistió tenazmente. Era probable que acabasen de abrirla, aunque no se hubiese oído ruido alguno, cosa rara tratándose de una reja tan llena de herrumbre ; en todo caso, no quedaba duda de que la habían vuelto a cerrar, y esto probaba que la persona para quien había girado sobre los goznes, tenía, no una ganzúa, sino una llave

Pronto esta evidencia asaltó el espíritu del hombre que se forzaba en violentar la reja, pues prorrumpió indignado en el siguiente epifonema :

—¡ Esto pasa de la raya ! ¡ Una llave del gobierno !

Luego, calmándose inmediatamente, expresó todo un mundo interior de ideas con esta bocanada de monosílabos, pronunciados casi irónicamente :

—¡ Ta ! ¡ ta ! ¡ ta ! ¡ ta !

Dicho esto, esperando, no se sabe si ver salir al de la blusa, o entrar otros, se puso en acecho detrás del montón de ruinas, con la paciente rabia del perro de muestra.

Por su parte, el carruaje de plaza, que seguía todas sus evoluciones, se paró junto al parapeto. El cochero, previendo que no sería cosa de uno ni de dos minutos, ató el saco de avena al hocico de sus caballos ; ese saco tan conocido de los parisienses, a quienes los gobiernos, sea dicho de paso, suelen ponérselo. Las pocas personas que atravesaban el puente de Jena, volvían la cabeza, antes de alejarse, para mirar un momento aquellos dos pormenores del paisaje inmóviles : el hombre en el ribazo y el coche en el muelle.

IV

CON LA CRUZ A CUESTAS

Juan Valjean emprendió de nuevo su marcha, y ya no volvió a detenerse.

Era una marcha que se hacía cada vez más embarazosa. El nivel de las bóvedas varía ; la elevación media es de unos cinco pies y seis pulgadas, y ha sido calculada para la estatura de un hombre. Juan Valjean se veía obligado a doblarse, por miedo de que Mario diese contra la bóveda. A cada momento le era preciso bajarse, luego se volvía a levantar e iba sin cesar tentando la pared. La humedad de las piedras y la viscosidad del zampeado constituían malos puntos de apoyo, fuese para la mano o para el pie. Tropezaba en el horrible estercolero de la ciudad. Los reflejos intermitentes de las cerceras no parecían sino con larguísimos intervalos, y tan débiles, que el sol en su mayor fuerza se tomaba por la luna. Lo demás era niebla, miasma, opacidad.

Juan Valjean tenía hambre y sed ; sed sobre todo ; y allí, como en la mar, había abundancia de agua no potable. Su fuerza prodigiosa, como es sabido, y muy poco debilitada por la edad, gracias a una vida casta y sobria, empezaba, sin embargo, a abandonarle. Sobrevenía le la fatiga, y a medida que perdía vigor, aumentábase el peso de la carga. Mario, muerto quizá, pesaba, como pesan los cuerpos inertes. Juan Valjean lo sostenía de manera que el pecho que-

dase holgado, y que la respiración pudiese pasar siempre lo mejor posible. Sentíase deslizarse las ratas por entre sus piernas. Una se asustó hasta el punto de querer morderle. De tiempo en tiempo, llegaban hasta él ráfagas de aire fresco, procedentes de las bocas de la alcantarilla, que le infundían nuevo ánimo.

Podrían ser las tres de la tarde cuando entró en el albañal del centro.

Al principio le sorprendió aquel ensanche repentino. Encontróse bruscamente en una galería cuyas dos paredes no tocaba con los brazos extendidos, y bajo una bóveda mucho más alta que él. En efecto, la alcantarilla grande tiene ocho pies de ancho por siete de elevación.

En el punto en que el albañal Montmartre se une con el del centro, otras dos galerías subterráneas, la de la calle de Provenza y la del Abbatoir (matadero) forman una encrucijada. Entre estas cuatro vías, uno menos sagaz hubiera vacilado. Juan Valjean eligió la más ancha ; es decir, el albañal del centro. Pero renovábase la duda sobre si valdría más subir que bajar, o al contrario. Calculó, sin embargo, que la situación era apurada, y que necesitaba, a todo trance, llegar al Sena, o lo que equivalía a lo mismo, bajar. Torció, pues, a la izquierda.

Fué una suerte para él ; porque yerra quien cree que el arrabal del centro tiene dos salidas, una hacia Derry, y otra hacia Passy. La alcantarilla grande, que no es sino el antiguo arroyo Menilmontant, va a parar, subiendo, a un callejón sin salida, esto es, a su antiguo punto de partida, a su origen, al pie del cerrillo Menilmontant. No se comunica directamente con el ramal que recoge las aguas de París en el barrio de Popincourt, y desemboca en el Sena por la alcantarilla Amalot, más arriba de la antigua isla de Louviers. Este ramal que completa el albañal colector, se halla separado de él, bajo la calle misma de Menilmontant, por un macizo, que indica el punto de división de las aguas río abajo y río arriba. Si Juan Valjean hubiera optado por subir, habría llegado, después de mil esfuerzos, muerto de fatiga, a las tinieblas, a una pared, y estaba perdido.

En rigor, retrocediendo un poco, internándose en el pasillo de las Monjas del Calvario, a condición de no titubear en la pata de ganso subterránea de la encrucijada Boucherat ; tomando por el corredor de San Luis, después a la izquierda, por el ramal de San Gil, y torciendo luego a la derecha, con cuidado de evitar la galería de San Sebastián, hubiera podido llegar al albañal de Amelot, y desde allí, con tal de no extraviarse en la especie de F que hay debajo de la Bastilla, salir al Sena junto al Arsenal. Pero para esto es indispensable conocer a fondo en todas sus ramificaciones y aberturas, la enorme madrépora de la alcantarilla. Ahora bien : Juan Valjean, volvemos a repetirlo, ignoraba la disposición del horrible muladar por donde a la sazón iba, y si le hubiesen preguntado dónde se encontraba, hubiera respondido que en la noche.

Su instinto le guió perfectamente. Bajar era, en efecto, la única salvación posible.

Dejó a la derecha los dos pasillos que se ramifican en figura de grifo bajo la calle Laffitte y la de San Jorge, y el largo corredor bifurcado de la calzada de Antín.

Algo más allá de un afluente que era, al parecer, el ramal de la Magdalena, se detuvo. Estaba muy cansado. Un respiradero bastante ancho, probablemente el de la calle de Anjou, daba una luz casi viva. Juan Valjean, con la suavidad de movimientos que emplearía un hermano respecto de su hermano herido, colocó a Mario en la banqueta de la alcantarilla. El rostro ensangrentado del joven apareció a la luz pálida del respiradero como si estuviera en el fondo de una tumba. Tenía los ojos cerrados, los cabellos pegados a las sienes, como pinceles secos en color rojo, las manos caídas y muertas, los miembros fríos, la sangre coagulada en los hoyos de la boca. Un cuajarón de sangre se había formado en el lazo de la corbata ; la camisa se introducía en las heridas, y el paño del vestido rozaba la carne viva.

Juan Valjean, cogiendo con la punta de los dedos la ropa y separándola, le

puso la mano en el pecho, y vió que el corazón latía aún. Rasgó la camisa, vendó las heridas lo mejor que pudo y restañó la sangre que corría; después, inclinándose sobre Mario, que continuaba sin conocimiento, y casi sin respiración, le miró a la dudosa claridad de la tercera con un odio indecible.

Al desabrochar el vestido de Mario, había encontrado en su bolsillo dos cosas: el pan que yacía en él olvidado desde la víspera, y la cartera del joven. Se comió el pan, y abrió la cartera. En la primera página vió las cuatro líneas escritas por Mario. Decían, como se recordará:

«Me llamo Mario Pontmercy. Condúzcase mi cadáver a casa de mi abuelo, el señor Gillenormand, calle de las Monjas del Calvario, número 6, en el Marais.»

Juan Valjean leyó estas cuatro líneas, y permaneció un momento como absorto en sí mismo, repitiendo a media voz: calle de las Monjas del Calvario, número 6, señor Gillenormand. Volvió a colocar la cartera en el bolsillo de Mario. Había comido y se sentía reanimado. Cargó otra vez con el joven, le apoyó cuidadosamente la cabeza en su hombro derecho, y continuó bajando por la alcantarilla.

El albañal grande, dirigido según el «thalweg» del valle del Menilmontant, tiene cerca de dos leguas de largo, y está embaldosado en mucha parte de su trayecto.

La antorcha del nombre de las calles de París con que mostramos al lector la marcha subterránea de Juan Valjean, no la poseía éste. No sabía ni la zona de la ciudad que atravesaba, ni el camino que había andado. Sólo por la palidez creciente de los rayos de luz que de tiempo en tiempo le alumbraban, venía en conocimiento de que el sol se retiraba del empedrado, y de que el día no tardaría en declinar.

Además, como el ruido de los carruajes era cada vez menos perceptible, y luego cesó casi, dedujo de ahí que no estaba ya debajo del París central, y que se acercaba a alguna región solitaria, próxima a los bulevares exteriores, o a los últimos muelles. Donde hay menos casas y calles, el albañal tiene menos respiraderos. Condensábase la obscuridad alrededor de Juan Valjean; pero así y todo, siguió avanzando a tientas en la sombra.

Repentinamente aquella sombra tomó un carácter terrible.

V

DE CÓMO CIERTA CLASE DE FINURA, ASÍ EN LA ARENA COMO EN LA MUJER, ES PÉRFIDA.

Juan Valjean conoció que entraba en el agua, y que tenía debajo de los pies, no baldosas, sino cieno.

Sucede a veces, en ciertas costas de Bretaña o de Escocia, que un hombre, viajero o pescador, caminando durante la marea baja por el arenal, a alguna distancia de la orilla, nota de improviso que hace rato anda penosamente. La playa está como resinosa; péganse a ella las suelas de los zapatos; no parece arena, sino liga. La arena no presenta señal de humedad, y, sin embargo, a cada paso, desde que ha levantado el pie, el hueco que deja se llena de agua.

Por lo demás, la vista no ha advertido ningún cambio. La inmensa playa está tranquila; la arena conserva el mismo aspecto; nada distingue el suelo sólido del no sólido; la alegre nubecilla de los pulgones de mar continúa saltando tumultuosamente sobre los pies del transeunte.

El hombre sigue su camino, siempre hacia adelante, pisando con fuerza y procurando acercarse a la costa. No está inquieto. ¿Por qué ha de estarlo? Sólo siente como si la pesadez de sus pies se aumentase a cada paso que da. De repente se hunde... dos o tres pulgadas. Es que no va por el buen camino. Se detiene para orientarse. Se mira a los pies: los pies han desaparecido bajo la arena. Sácalos, quiere retroceder, retrocede y se hunde más. La arena le llega al tobillo. Con un esfuerzo se arranca de allí y se dirige a la izquierda: la arena le llega a las corvas. Entonces conoce con indecible terror que se ha metido en un arenal movedizo, en ese medio espantoso donde no puede caminar el hombre ni nadar el pez. Si lleva alguna carga la arroja, como el buque cuando

le acosa la tormenta, pero ya no es tiempo : la arena le pasa de las rodillas.

Llama, agita el sombrero o el pañuelo : la arena sube más cada vez. Si el arenal está desierto, si la tierra se halla demasiado distante, si el banco de arena con su mala fama ahuyenta a los transeuntes, si no hay héroes en los alrededores, se acabó, queda sepultado en vida. Vese condenado a ese espantoso hundimiento largo, infalible, implacable, imposible de retardar ni de apresurar, que dura algunas horas, que no acaba ; que le coge de pie, libre, en completa salud, y tira de él hacia abajo ; que a cada esfuerzo que hace, a cada grito que lanza, le atrae a sí un poco más ; que parece castigar su resistencia aumentando la presión ; que le introduce lentamente en la tierra, dejándole tiempo sobrado para mirar el horizonte, los árboles, la verde campiña, el humo de las aldeas en la llanura, las velas de los buques en el mar, los pájaros que vuelan y que cantan, el sol, el cielo. Esta clase de hundimiento es el sepulcro convertido en marea, que sube desde el fondo de la tierra hacia un ser vivo. Cada minuto es una sepultura inexorable. El desdichado trata de sentarse, de echarse, de arrastrarse, y estos varios movimientos ayudan a enterrarle más pronto. Incorpórase y se hunde ; se siente bajar... Grita, implora, se tuerce los brazos, se desespera. La arena le llega al vientre ; la arena le llega al pecho ; es un busto. Eleva las manos, lanza gemidos furiosos, encaja las uñas en el suelo, como para asirse de aquella ceniza, se apoya en los codos, queriendo librarse de aquel estuche resbaladizo, solloza frenéticamente : la arena sube siempre. Le llega a los hombros, luego al pescuezo ; no se le ve ya más que el rostro. Su boca se abre para gritar, llénase de arena. Silencio. Aun miran los ojos, y la arena los ciega. Noche. Después la frente va decreciendo ; un resto de cabellos se estremece sobre la arena ; sale una mano, escarba la superficie, se agita y desaparece. Siniestro eclipse de un hombre.

A veces el jinete se hunde con el caballo, o el carretero con su vehículo : todo zozobra allí. Es el naufragio fuera del agua. Es la tierra ahogando al hombre. La tierra penetrada por el Océano, se convierte en lazo. Ofrécese a la vista como una llanura, y se abre como la ola. El abismo tiene traiciones de este género.

La fúnebre aventura que antecede, siempre posible en tal o cual playa del mar, lo era también, hace treinta años, en la alcantarilla de París.

Antes de los importantes trabajos empezados en 1833, el muladar subterráneo de París estaba expuesto a hundimientos repentinos.

Infiltrábase el agua en ciertos terrenos subyacentes, y en sumo grado desmoronables ; el zampeado, fuese de baldosa, como en las alcantarillas antiguas, o de cal hidráulica y hormigón, como en las galerías modernas, careciendo ya de punto de apoyo, cedía ; y en un piso de esta clase, ceder es rajarse, es hundirse. El zampeado desaparecía en cierta extensión. La grieta que se formaba, boca de un abismo de cieno, tenía en el lenguaje técnico el nombre de «fontis» (hundimiento). ¿Qué viene a ser un «fontis»? Es la arena movediza de las orillas del mar que se encuentra de repente debajo de la tierra ; es el arenal del monte de San Miguel en una alcantarilla. El suelo humedecido está como en fusión ; todas sus moléculas se encuentran suspendidas en un medio blando ; ni es tierra, ni es agua. La profundidad suele ser muy grande, y nada hay más terrible que semejante encuentro. Si el agua domina, la muerte es rápida a causa de la inmersión ; si domina la tierra, la muerte es lenta, verificándose por hundimiento.

¿Concíbese el horror de una muerte por el estilo? Si desaparecer es espantoso en la arena del mar, ¿que será en la cloaca? En lugar del aire libre, de la claridad del día, del brillante horizonte, del ruido, de esas nubes que esparcen la vida, de esos barcos que se ven de lejos, de la esperanza bajo todas las formas, de los transeuntes probables, del socorro posible hasta el postrer minuto ; en lugar de todo eso, la sordera, la ceguedad, una bóveda negra, una fosa ya abierta, la muerte en el fango bajo una tapa ; la sofocación lenta por la inmundicia, una caja de piedra donde la asfixia os coge con su garra de cieno, la

fetidez mezclada al estertor, el légamo en vez de la arena, el hidrógeno sulfúreo en vez del huracán, la basura en vez del Océano.

¡ Y el tormento de llamar, de rechinar los dientes, de torcerse, de agitarse, de agonizar, con esa enorme ciudad encima, ajena a todo !

¡ No cabe horror que supere al de morir así !

La muerte halla a veces la compensación de su atrocidad en cierta dignidad terrible. Se puede ser grande en la hoguera y en el naufragio ; es posible una actitud sublime, así en medio de las llamas como en medio de las olas ; allí, al abismarse, hay transfiguración. Aquí, no. Aquí la muerte es sucia. Humilla el expirar. Las supremas visiones flotantes son abyectas.

El lodo es sinónimo de vergüenza. Es pequeño, feo, infame. Morir en un tonel de Malvasía, como Clarence, pase ; pero morir en la fosa del pocero, como Escoubleau, ¡ ah ! es horrible. Agonizar en el cieno ¡ qué asco ! Al mismo tiempo que se muere, se chapotea.

Hay tinieblas bastantes para figurarse el infierno, y fango de sobra para figurarse un lodazal ; de suerte que el moribundo no sabe si va a convertirse en espectro o en sapo.

En las demás partes, el sepulcro es siniestro ; aquí disforme.

La profundidad de los hundimientos variaba, como también su longitud y densidad, en razón de la más o menos mala calidad del terreno. Ora tenía tres o cuatro pies de profundidad, ora ocho o diez, ora no se encontraba el fondo. Unas veces el fango era casi sólido, otras casi líquido.

En el hundimiento de Luniere, un hombre hubiera tardado un día en desaparecer, mientras que habría sido devorado en cinco minutos por el lodazal de Phelippeaux.

El fango sostiene más o menos, según es más o menos denso.

Un niño se salva donde un hombre se pierde. La primera ley de salvación es despojarse de toda clase de carga.

El pocero que sentía ceder el suelo bajo sus pies, arrojaba el saco con las herramientas del oficio, o la banasta o el cubo.

Los «fontis» provenían de diferentes causas : friabilidad del suelo ; algún derrumbamiento a una profundidad fuera del alcance de un hombre ; los violentos chaparrones del verano ; la oleada incesante del invierno ; la lluvia menuda y continua.

El peso de las casas vecinas en un terreno margoso o arenoso hacía ladearse las bóvedas de las galerías subterráneas ; o bien sucedía que el zampeado estallaba y se abría con el terrible empuje.

De este modo, el aplanamiento del Panteón destruyó, hace un siglo, parte de las bóvedas de Santa Genoveva.

Cuando una alcantarilla se hundía bajo la presión de las casas, el desorden, en ciertas ocasiones, subía a la calle por una especie de grietas, como dientes de sierra entre los adoquines ; grietas que formaban una línea serpenteada en toda la longitud de la bóveda hendida.

Acontecía a menudo que el destrozo interior no se revelaba por ninguna hendedura exterior. Entonces, ¡ pobres poceros ! porque, entrando sin precaución en la alcantarilla, estaban dispuestos a eclipsarse.

Los antiguos registros hacen mención de algunos eclipses de esta clase, y hasta citan los nombres de las víctimas ; entre otros, el del pocero que desapareció en el hundimiento debajo de la calle de Careme Prenat, llamado Blas Poutrain, hermano de Nicolás Poutrain, el último sepulturero del cementerio conocido por el Osario de los Inocentes en 1785, época en que este cementerio tuvo fin.

Sucedió una cosa análoga al joven y elegante vizconde de Escoubleau, citado antes, que fué uno de los héroes en el sitio de Lérida, donde se dió el asalto con medias de seda y una banda de violines a la cabeza.

Escoubleau, sorprendido una noche en casa de su prima, la duquesa de Sourdis, se ahogó en el hundimiento de la alcantarilla de Bautreillis, donde se había refugiado, huyendo del duque. La señora de Sourdis, cuando le contaron esta muerte, pidió su pomito : y se olvidó de llorar a fuerza de respirar sales. En tales casos, no hay amor que resista el aliento de la cloaca. Hero se niega a lavar el cadáver de Leandro. Tisbe se

tapa la nariz delante de Píramo, y dice: ¡Puf!

VI

EL CENAGAL

Encontrábase Juan Valjean junto a un abismo de cieno.

Esta clase de derrumbamientos eran entonces muy frecuentes en la alcantarilla de los Campos Elíseos, que se sometía con dificultad a los trabajos hidráulicos, y conservaba poco las construcciones subterráneas, por la excesiva fluidez del suelo. Esta fluidez deja atrás la inconsistencia de las arenas mismas del barrio de San Jorge, que han necesitado cimientos de roca en hormigón, y de las capas gredosas infectadas por el gas del barrio de los Mártires, tan líquidas que no han podido pasarse por debajo de la galería del mismo nombre, sino mediante un tubo de fundición.

Cuando en 1836 se demolió en el arrabal de San Honorato, para volverse a construir, la antigua alcantarilla de piedra, donde vemos ahora a Juan Valjean, la arena movediza que constituye el suelo interior de los Campos Elíseos hasta el Sena, se opuso, e hizo durar la operación seis meses, con gran escándalo de los ribereños, sobre todo de los ribereños que tienen palacios y carruajes. Las obras, además de difíciles, fueron peligrosas; aunque es verdad que hubo cuatro meses y medio de lluvia, y tres crecidas del Sena.

El hundimiento que encontró Juan Valjean provenía del chaparrón de la víspera. El empedrado, mal sostenido por la arena subyacente, se había rebajado, dando lugar a que se estancase allí el agua. Siguióse la filtración, y luego el derrumbamiento. El zampeado, arrancado de su sitio, se sumergió en el cieno. ¿Hasta qué extensión? Imposible decirlo. En aquel punto la obscuridad era más espesa que en todos los demás. Era un agujero de lodo en una caverna de noche.

Juan Valjean sintió que le faltaban las baldosas, y entró en aquel fango. Agua en la superficie, légamo en el fondo. Pero había que pasar. Retroceder era de todo punto imposible. Mario estaba expirante, Juan Valjean extenuado. Por otra parte, ¿adónde iría? Juan Valjean siguió adelante; tanto más, cuanto que el hoyo parecía al principio poco profundo. Pero, a medida que avanzaba, sumergíanse sus pies. Pronto el cieno le llegó a media pierna, y el agua por encima de las rodillas. Continuó, sin embargo, y con los brazos levantados sostuvo a Mario sobre el agua. El cieno le pasaba ya de las corvas, y el agua de la cintura. Imposible retroceder. Hundíase cada vez más, y aquel fango, bastante blando para el peso de un hombre, no podía sostener dos. Trabajo habría costado a Mario y a Juan Valjean salir de allí, aun aisladamente.

Juan Valjean continuó avanzando, con aquel moribundo, que tal vez fuese un cadáver, a cuestas.

El agua le llegaba a los sobacos. Conocía que iba a zozobrar, y apenas podía moverse en el hoyo de cieno donde estaba. La densidad, que era el sostén, era también el obstáculo. Tenía levantado siempre a Mario sobre el agua, y con esfuerzos inauditos seguía adelante; pero no sin sumergirse más, hasta no quedarle visibles sino la cabeza y los brazos que sostenían al joven. En los antiguos cuadros del diluvio, hay una madre que hace esto mismo con su hijo.

Todavía continuó hundiéndose; y para librarse del agua y poder respirar, echaba hacia atrás la cara. Quien le hubiese visto en aquella obscuridad, habría creído ver una máscara flotante en la sombra. Divisaba vagamente por encima de él la cabeza colgando y el rostro lívido de Mario. Hizo un esfuerzo desesperado, y lanzó el pie adelante. El pie tropezó en una cosa sólida, en un punto de apoyo; ya era tiempo.

Afirmóse con una especie de furia en aquel punto de apoyo, lo cual le produjo el efecto del primer peldaño de una escalera para subir de nuevo a la vida.

El punto de apoyo que el fango le ofreció en el momento supremo era el principio de la otra vertiente del zampeado, que había cedido sin romperse, encorvándose debajo del agua como una tabla de una sola pieza. Los enlosados bien construídos forman bóveda, y tienen esta clase de firmeza. El fragmento del zampeado, en parte sumergido, pero sólido, era una verdadera rampa; la

vida estaba en salvo. Juan Valjean subió por aquel plano inclinado, y pronto estuvo al otro lado del cenagal.

Al salir del agua, tropezó en una piedra y cayó de rodillas. Le pareció justo, y permaneció allí algún tiempo, con el alma abismada en la contemplación divina.

Levantóse tiritando, helado, infecto, doblándose bajo el peso del moribundo que llevaba consigo, cubierto de fango, y con el alma inundada de una extraña claridad.

VII

EL NAUFRAGIO A LA VISTA DEL PUERTO

Púsose otra vez en camino.

Por lo demás, aunque no dejó la vida en el cenagal, parecía haber dejado la fuerza. Habíale agotado aquel supremo sacrificio; y era tal su fatiga que, a cada tres o cuatro pasos, tenía que cobrar aliento y apoyarse en la pared. Una vez le fué preciso sentarse en la banqueta para cambiar de posición a Mario, y creyó no volver a levantarse. Pero, si el vigor había muerto en él, no así la energía. Se levantó.

Caminó desesperadamente, casi de prisa; andaba de este modo unos cien pasos, sin alzar la cabeza, sin respirar casi; y de repente tropezó en la pared. Había llegado a un ángulo de la alcantarilla con la cabeza baja y de ahí el choque. Alzó los ojos y en la extremidad del subterráneo, delante de él, lejos, muy lejos, percibió la claridad. Esta vez no era la claridad terrible, sino la claridad buena y blanca: el día.

Juan Valjean veía la salida.

Un alma condenada, que en medio de las llamas divisase de repente la salida del infierno, experimentaría lo que experimentó Juan Valjean. Volaría desatinadamente con sus quemadas alas hacia la puerta. Juan Valjean no sintió ya fatiga, no sintió ya el peso de Mario; recobró sus piernas de acero y se puso a correr más bien que a caminar.

A medida que se aproximaba distinguía mejor la salida. Era un arco cimbrado, menos alto que la bóveda, la cual por grados iba decreciendo, y menos ancho que la galería que iba estrechándose mientras la bóveda bajaba. El túnel concluía en forma de embudo, conclusión viciosa, imitada de las prisiones, lógica en una cárcel, ilógica en un albañal, y que después se ha corregido.

Juan Valjean llegó a la puerta.

Allí se detuvo.

Era la salida, pero no se podía salir.

Estaba cerrado el arco con una fuerte reja, y la reja que, al parecer, giraba muy pocas veces sobre sus oxidados goznes, estaba sujeta al dintel de piedra por una gruesa cerradura, llena de herrumbre, que parecía un enorme ladrillo. Veíase el agujero de la llave, y el macizo pestillo profundamente encajado en la chapa de hierro. La cerradura era de dos vueltas, como las que el antiguo París acostumbraba usar en la Bastilla.

Al otro lado de la reja, el aire libre, el río, el día, el ribazo muy estrecho, pero suficiente para marcharse. Los muelles lejanos; París, ese abismo donde es tan fácil esconderse, el vasto horizonte, la libertad. A la derecha, río abajo, se distinguía el puente de Jena, y a la izquierda, río arriba, el puente de los Inválidos. El sitio hubiera sido a propósito para esperar la noche y evadirse. Era uno de los puntos más solitarios de París; el ribazo enfrente del Gros-Caillou. Las moscas entraban y salían al través de los barrotes de la verja.

Serían las seis y media de la tarde. El día iba a desaparecer.

Juan Valjean colocó a Mario junto a la pared, en la parte seca del zampeado; después se dirigió a la reja, y cogió con sus dos manos los barrotes. El sacudimiento fué frenético; la conmoción nula. La reja no se movió. Juan Valjean los fué probando uno después de otro, por ver si podía arrancar el menos sólido, y convertirlo en palanca para levantar la puerta, o para romper la cerradura. Ningún barrote cedió. Los dientes del tigre dentro de sus alvéolos no tienen mayor solidez. El obstáculo era invencible. No había medio de abrir la puerta.

¿Qué partido adoptaría? ¿Todo debía terminar para él allí? En cuanto a retroceder, en cuanto a desandar el horrible camino ya recorrido, no se sentía con fuerzas para ello.

Por otra parte, ¿cómo atravesar de nuevo aquel cenagal, de donde había sa-

lido por milagro? Y, pasado el cenagal, ¿no estaba allí la ronda de policía, de la cual no era fácil librarse dos veces? ¿Y dónde iría luego? ¿Qué dirección tomaría? Siguiendo la pendiente no llegaría al fin propuesto. Y aun en la suposición de que encontrase otra puerta, ¿no estaría también cerrada con verja o de otro modo? Todas las salidas se hallaban indudablemente lo mismo que aquélla. La casualidad había hecho que estuviese abierta la reja por donde había entrado; pero era evidente que todas las demás bocas de la alcantarilla estarían cerradas. Sólo había logrado evadirse para caer en una prisión.

No quedaba más arbitrio que pudrirse allí. Cuanto había hecho Juan Valjean era inútil. Después de tanta fatiga, el aniquilamiento.

Ambos estaban cogidos en la sombría e inmensa tela de la muerte, y Juan Valjean sentía correr por sus negros hilos, estremeciéndose en las tinieblas, la espantosa araña.

Volvió la espalda a la reja y se dejó caer en el suelo cerca de Mario, que continuaba inmóvil. Hundió luego la cabeza entre las rodillas. No había medio de salir. Era la última gota de la amargura.

¿En qué pensaba en aquel profundo abatimiento? Ni en sí mismo, ni en Mario. Pensaba en Cosette.

VIII

EL FALDÓN DE LA LEVITA ROTO

En medio de tal postración, una mano se apoyó en su hombro, y una voz que hablaba bajo le dijo:

—Partamos.

¿Quién podía ser en aquel lóbrego sitio? Nada se parece más al sueño que la desesperación, y Juan Valjean creyó estar soñando. No había oído pasos. ¿Era sueño o realidad? Levantó los ojos.

Un hombre estaba delante de él.

Iba vestido de blusa y descalzo. Llevaba los zapatos en la mano izquierda, pues sin duda se los había quitado para llegar hasta Juan Valjean sin ser oído.

Juan Valjean no vaciló un momento. A pesar de cogerle tan de improviso, conoció al hombre. Era Thenardier.

Aunque despertase, digámoslo así, de sobresalto, Juan Valjean, acostumbrado a vivir alerta, y práctico en los golpes imprevistos que era preciso parar pronto, recobró al instante toda su presencia de ánimo.

Además de que la situación no podía empeorar, pues hay angustias que no tienen aumento posible, y ni el mismo Thenardier añadiría lobreguez a aquella tenebrosa noche.

Hubo un momento de espera.

Thenardier, levantando la mano derecha a la altura de la frente en forma de pantalla, encogió las cejas y guiñó los ojos, lo cual, acompañado de un ligero fruncimiento de boca, caracterizaba la atención sagaz de un hombre que quería conocer a otro. No lo consiguió.

Como hemos dicho antes, Juan Valjean volvía la espalda a la claridad, y estaba además, tan desfigurado, tan lleno de fango y de sangre, que ni aun en medio del día le hubiera conocido nadie. Al contrario de Thenardier; éste, alumbrado el rostro por la luz de la reja, lívida, es verdad, pero fija, saltó, como dice la enérgica metáfora vulgar, en seguida a los ojos de Juan Valjean.

Esta desigualdad de posiciones bastaba para dar alguna ventaja a Juan Valjean en el misterioso duelo que iba a empeñarse.

El encuentro era entre Juan Valjean con disfraz, y Thenardier sin él.

Juan Valjean advirtió inmediatamente que Thenardier no le conocía.

Se consideraron un momento en la penumbra, y como si tratasen de medirse. Thenardier habló primero.

—¿Qué traza vas a darte para salir?

Juan Valjean no contestó.

Thenardier continuó:

—Es imposible abrir la puerta, y sin embargo, tienes que marcharte.

—Cierto—dijo Juan Valjean.

—Pues bien, partamos las ganancias.

—¿Qué quieres decir?

—Has matado a ese hombre: bueno. Yo tengo la llave.

Thenardier indicaba con el dedo a Mario.

—No te conozco—prosiguió—, pero quiero ayudarte. Debes ser un camarada.

Juan Valjean empezó a comprender.

Thenardier le tomaba por un asesino.

—Escucha—volvió a decir Thenardier—. No habrás matado a ese hombre sin mirar lo que tenía en el bolsillo. Dame la mitad y te abro la puerta.

Sacando entonces a medias una enorme llave de debajo de su agujereada blusa, añadió:

—¿Quieres ver lo que ha de proporcionarte la salida? Pues míralo.

Juan Valjean se quedó atónito, no atreviéndose a creer en la realidad de lo que veía. Era la Providencia en formas horribles; era el ángel bueno que surgía ante él en figura de Thenardier.

Thenardier metió la mano en su ancho bolsillo que llevaba oculto debajo de la blusa, sacó una cuerda, y la alargó a Juan Valjean.

—Toma—dijo—, te doy además la cuerda.

—¿Para qué?

—También necesitas una piedra; pero afuera la hallarás. Junto a la reja las hay de sobra.

—¿Y para qué necesito esa piedra?

—Imbécil, si arrojases el cadáver al río sin atarle una piedra al pescuezo, flotaría sobre el agua.

Juan Valjean tomó maquinalmente la cuerda, como cualquiera habría hecho en su caso.

Thenardier hizo castañetear sus dedos, como si le hubiese asaltado de repente una idea.

—Pero, camarada, ¿cómo has podido desembarazarte del cenagal? Yo no he osado entrar en él. ¡Puf! hueles mal.

Después de una breve pausa, añadió:

—Te dirijo una pregunta tras otra, y haces bien en no contestarme. Es un ensayo para cuando comparezcas ante el juez. Además de que el que calla no dice nada. ¡Bah! Porque no vea tu cara ni conozca tu nombre, no te figures que ignoro lo que eres y lo que quieres. ¡Claro! Has estropeado a ese mozo, y ahora desearías ocultarle en algún sitio, por ejemplo, en el río, que es el grande escóndelo-todo. Voy a sacarte del apuro. Me gusta ayudar a la gente de pro.

Al mismo tiempo de aprobar el silencio de Juan Valjean, se ve que trataba de excitarle a que hablase. Empujóle en el hombro, de suerte que, ladeándose, pudiera examinarle de perfil; y, siempre a media voz, dijo:

—Ahora que me acuerdo, eres un animal. ¿Por qué no arrojaste en el cenagal a ese hombre?

Juan Valjean no desplegó los labios.

Thenardier, levantando hasta la nuez de la garganta el harapo que le servía de corbata, gesto que completa el aire de importancia de un hombre grave, continuó:

—Bien puede ser que obrases cuerdamente; porque mañana los obreros, al venir a tapar el hueco, habrían tropezado con el cadáver, e hilo por hilo, hebra por hebra, quizá llegaran hasta ti. Alguien ha entrado en la alcantarilla. ¿Quién? ¿Por dónde ha salido? ¿Se le ha visto salir? La policía tiene talento. La alcantarilla es desleal, y denuncia. Semejante hallazgo es una rareza, y llama la atención; pocas personas se valen de la alcantarilla para sus negocios, mientras que el río es de todos. El río es la verdadera sepultura. Al cabo de un mes se pesca al hombre con las redes de Saint-Cloud. ¿Y qué importa? Está hecho una lástima. ¿Quién le ha matado? París. Y ni siquiera interviene la justicia. Has obrado a las mil maravillas.

Cuando más locuaz era Thenardier, más mudo se volvía Juan Valjean. Thenardier le puso de nuevo la mano sobre el hombro.

—Terminemos nuestro asunto. Partamos. Has visto mi llave; muéstrame tu dinero.

Thenardier estaba huraño, feroz, con sus puntas de amenazador, y, sin embargo, el tono era amistoso.

Notábase una cosa extraña. Los modales de Thenardier no tenían nada de sencillos. Estaba como violento. Aunque sin afectar misterio, hablaba bajo, y de vez en cuando ponía el dedo en la boca, diciendo: ¡Chitón!

No era fácil adivinar la causa. Encontrábanse solos, y Juan Valjean supuso que habría más bandidos ocultos en algún rincón, no muy lejos, y que Thenardier no querría partir con ellos.

—Acabemos — dijo Thenardier —, ¿cuánto tenía ese mozo en los bolsillos?

Juan Valjean metió la mano en los suyos. Sábese que su costumbre era lle-

varlos siempre bien provistos; así lo exigía la vida de recursos repentinos a que se veía condenado. Esta vez, sin embargo, le cogió desprevenido. Al ponerse, la víspera por la noche, el uniforme de guardia nacional, se había olvidado, sumido como estaba en lúgubres pensamientos, de llevarse la cartera. Sólo tenía unas cuantas monedas en el bolsillo del chaleco lleno de fango. Lo vertió en el zampeado, y eran un luis de oro, dos napoleones y cinco o seis sueldos. Thenardier alargó el labio inferior con una contorsión de pescuezo significativa.

—Le has matado casi de gracia—dijo.

Y se puso a tentar con toda familiaridad los bolsillos de Juan Valjean y los de Mario. Juan Valjean, empeñado principalmente en que no le diese la claridad en el rostro, le dejaba que registrase. Al mismo tiempo de andar en el vestido de Mario, Thenardier, con la destreza de un escamoteador, halló medio de arrancar, sin que Juan Valjean lo notase, un pedazo, y ocultarle debajo de la blusa, calculando, sin duda, que podría servirle algún día para conocer al hombre asesinado y al asesino.

En cuanto al dinero, no encontró más de los treinta sueldos.

—Es verdad—dijo—, eso es todo.

Y, olvidándose de sus palabras de introducción «¡partamos!», se lo guardó todo.

Hizo como que vaciló al llegar a los sueldos; pero, después de reflexionar, los cogió también, acompañando la acción con estas palabras:

—¡No importa! ¡Es despachar demasiado barato a las gentes!

En seguida sacó otra vez la llave.

—Ahora, amigo mío, es menester que te vayas. Aquí como en la feria, se paga a la salida. Has pagado, sal.

Y se echó a reír.

Que al proporcionar a un desconocido el auxilio de aquella llave, y al abrirle la reja, le guiase la intención pura y desinteresada de salvar a un asesino, hay más de un motivo para dudarlo.

Juan Valjean, con la ayuda de Thenardier, colocó de nuevo a Mario sobre sus hombros, y luego el segundo se dirigió a la reja de puntillas, indicando al primero que le siguiese; miró hacia fuera, se puso el dedo en la boca, y permaneció algunos segundos como escuchando.

Satisfecho de su observación, introdujo la llave en la cerradura.

El pestillo se deslizó, y la puerta giró sobre sus goznes, sin hacer el menor ruido, muy poco a poco. Conocíase que la reja y los goznes, dados con aceite, se abrían más a menudo de lo que se hubiera pensado. Era una suavidad siniestra, en la que se presentían las idas y venidas furtivas, las entradas y salidas silenciosas de los hombres nocturnos, y las pisadas del hombre del crimen.

Evidentemente la alcantarilla estaba confabulada con alguna banda misteriosa. Aquella taciturna reja era una encubridora.

Thenardier entreabrió la puerta lo suficiente para que saliese Juan Valjean, volvió a cerrar, dió dos vueltas a la llave en la cerradura, y se hundió otra vez en las tinieblas, sin hacer más ruido que si fuese un soplo.

Parecía andar con las patas afelpadas del tigre.

Un momento después, esta providencia de mala catadura desaparecía en lo invisible.

Juan Valjean se encontró fuera.

IX

DE CÓMO MARIO PARECE MUERTO A UNA PERSONA QUE LO ENTIENDE

Colocó a Mario en un ribazo.

¡Estaban fuera!

Detrás quedaban los miasmas, la obscuridad, el horror; inundábalos ahora el aire libre, puro, lleno de vida, impregnado de alegría, respirable. En derredor, el silencio; pero era el apacible silencio del sol, oculto ya bajo azulados horizontes.

La hora del crepúsculo había pasado, y se acercaba a toda prisa la noche, libertadora y amiga de cuantos necesitan un manto de sombra para salir de alguna angustiosa situación. El cielo se ofrecía por todas partes como una calma enorme. El río llegaba hasta los pies de Juan Valjean con el blando susurro de un beso. Oíase el diálogo aéreo de los nidos que se daban las buenas noches en los olmos de los Campos Elíseos. Al-

gunas estrellas, salpicando débilmente el pálido azul del cenit, y visibles sólo a la meditación, formaban en la inmensidad cortos e imperceptibles resplandores. La noche desplegaba sobre la cabeza de Juan Valjean todas las dulzuras del infinito.

Era la hora indecisa y delicada, que no dice ni sí ni no. Había ya bastante obscuridad para poder eclipsarse a cierta distancia, y bastante día aun para conocerse de cerca.

Durante algunos segundos se sintió Juan Valjean vencido irresistiblemente por toda aquella serenidad augusta y halagüeña. Hay ciertos minutos de olvido en que el padecimiento cesa de oprimir al miserable ; en que todo se abisma en la idea ; en que la paz, cual si fuese la noche, cubre al pensador, y bajo el crepúsculo que irradia, y a imitación del cielo que se ilumina, el alma se llena de estrellas.

Juan Valjean no pudo menos de contemplar la sombra inmensa y vaga que por encima de él se extendía ; y, pensativo, tomaba en el majestuoso silencio del eterno cielo un baño de éxtasis y de oración. Después, vivamente, como si el sentimiento del deber le asaltase, se inclinó hacia Mario, y cogiendo agua en el hueco de la mano, le salpicó el rostro con algunas gotas. Los párpados de Mario no se movieron, y, sin embargo, su boca entreabierta respiraba.

Juan Valjean iba a introducir de nuevo la mano en el río, cuando de improviso sintió ese embarazo que siente al tener detrás de sí alguna persona sin verla.

En otra parte hemos indicado ya esta impresión, conocida de todos.

Se volvió.

Como poco antes, había, en efecto, una persona detrás de Juan Valjean.

Era un hombre de elevada estatura, envuelto en una levita larga, con los brazos cruzados, y llevando en la mano derecha una macana con un puño de plomo. Estaba de pie, a corta distancia del grupo que formaban Juan Valjean y Mario.

Con el auxilio de la sombra, ofrecíase a la vista como una aparición. Un hombre sencillo se hubiera asustado a causa del crepúsculo, y un hombre de reflexión, a causa de la macana.

Juan Valjean conoció a Javert.

El lector habrá, sin duda, adivinado que el perseguidor de Thenardier era Javert.

Javert, después de su inesperada salida de la barricada, se dirigió a la prefectura de policía, dió cuenta de todo verbalmente al prefecto en persona, y continuó luego su servicio, que implicaba, según la nota que se le encontró, cierta inspección del ribazo de la orilla derecha en los Campos Elíseos, la cual hacía tiempo que despertaba la atención de la policía. Allí vió a Thenardier, y se puso a seguirle. Se sabe lo demás.

Compréndese también que el abrir tan obsequiosamente aquella reja a Juan Valjean, era una habilidad de Thenardier. Thenardier sentía siempre allí a Javert. El hombre espiado tiene un olfato que no le engaña. Era preciso arrojar algo que roer a aquel sabueso. Un asesino ¡qué hallazgo! No conviene desaprovechar tales fortunas. Thenardier, haciendo salir en su lugar a Juan Valjean, proporcionaba una presa a la policía, que así desistiría de perseguirle, y le olvidaría ante un asunto de mayor importancia ; recompensaba a Javert de su espera, lo que lisonjea siempre a un espía, ganaba treinta francos, y se prometía entretanto una fácil evasión.

Juan Valjean había pasado de un escollo a otro.

Aquellos dos encuentros seguidos, caer de Thenardier en Javert, era duro a la verdad.

Javert no conoció a Juan Valjean, quien, como hemos dicho, no se parecía a sí mismo. Sin separar los brazos, aseguró mejor la macana por un movimiento imperceptible, y dijo con voz seca y tranquila :

—¿Quién sois?

—Yo.

—¿Quién?

—Juan Valjean.

Javert cogió la macana entre los dientes, dobló las corvas, inclinó el cuerpo, colocó en los hombros de Juan Valjean sus dos robustas manos, que se encajaron allí como si fuesen dos tornillos, le examinó y le conoció. Casi se tocaban sus rostros. La mirada de Javert era terrible.

Juan Valjean permaneció inerte bajo la presión de Javert, como un león que consintiese la garra de un lince.

—Inspector Javert—dijo—, estoy en vuestras manos. Por otra parte, desde esta mañana me juzgo prisionero vuestro. No os he dado las señas de mi casa para tratar luego de evadirme. Apoderaos de mí. Sólo os pido una cosa.

Javert parecía no escuchar. Tenía clavadas en Juan Valjean sus pupilas. La barba fruncida empujaba los labios hacia la nariz, señal de meditación feroz. En fin, soltó a Juan Valjean, se levantó de golpe, cogió de nuevo la macana, y, como en un sueño, murmuró, más bien que pronunció, esta pregunta:

—¿Qué hacéis ahí? ¿Quién es ese hombre?

Seguía sin tutear ya a Juan Valjean.

Juan Valjean contestó, y el tono de su voz pareció despertar a Javert.

—Cabalmente de él quería hablaros. Disponed de mi persona lo que os plazca; pero antes ayudadme a llevarle a su casa. Es todo lo que os pido.

El rostro de Javert se contrajo, como le sucedía siempre que alguien parecía creerle capaz de una concesión. Sin embargo, no respondió negativamente.

Inclinóse de nuevo, sacó del bolsillo un pañuelo que humedeció en el agua, y limpió la frente ensangrentada de Mario.

—Este hombre estaba en la barricada —dijo a media voz y como hablando consigo mismo—. Es el que designaban con el nombre de Mario.

Conocíase en esto al espía por excelencia, que lo había observado, oído, entendido y recogido todo, creyendo morir; que espiaba hasta en la agonía, y que con el pie en la primera grada del sepulcro, había tomado notas.

Cogió la mano de Mario y le pulsó.

—Es un herido—dijo Juan Valjean.

—Es un muerto—dijo Javert

Juan Valjean respondió:

—No. Todavía...

—¿Le habéis traído aquí desde la barricada?—observó Javert.

Necesitábase que su preocupación fuese muy profunda para no insistir en aquella fuga al través de la alcantarilla, ni siquiera notar el silencio de Juan Valjean después de su pregunta.

Juan Valjean, por su parte, parecía no tener más que un pensamiento.

—Vive—continuó—en el Marais, calle de las Monjas del Calvario, en casa de su abuelo... No me acuerdo cómo se llama.

Juan Valjean registró la levita de Mario, sacó la cartera, la abrió en la página donde Mario había escrito con lápiz, y se la mostró así a Javert.

Había aún en el aire suficiente claridad flotante para que se pudiera leer; además de que los ojos de Javert poseían la fosforescencia felina de las aves nocturnas. Leyó las pocas líneas escritas por Mario, y dijo entre dientes:—Gillenormand, calle de las Monjas del Calvario, número 6.

Luego gritó:—¡Cochero!

No se habrá olvidado el carruaje de plaza que esperaba para un caso de necesidad.

Javert se guardó la cartera de Mario.

Un momento después, el carruaje, bajando por la rampa del abrevadero, estaba en el ribazo. Mario fué colocado en el asiento del fondo, y Javert y Juan Valjean ocuparon el asiento delantero.

Una vez cerrada la portezuela, alejóse el coche rápidamente, subiendo por los muelles en dirección de la Bastilla.

Dejaron los muelles y entraron en las calles. El cochero, perfil negro en el pescante, arreaba a sus escuálidos caballos. Silencio glacial dentro del carruaje. Mario, inmóvil, con el cuerpo apoyado en una de las esquinas, la cabeza caída sobre el pecho, los brazos colgando y las piernas tiesas, parecía no aguardar ya más que el ataúd. Diríase que Juan Valjean estaba hecho de sombra, y Javert de piedra; y en aquel tenebroso carruaje, cuya puerta interior, cada vez que pasaba por delante de un farol, se teñía de una luz lívida cual si proviniera de un relámpago intermitente, la casualidad había reunido y como situado una frente a otra, las tres inmovilidades trágicas: el cadáver, el espectro y la estatua.

X

LA VUELTA DEL HIJO PRÓDIGO DE SU VIDA

A cada vaivén del carruaje una gota de sangre caía de los cabellos de Mario.

Era noche cerrada cuando llegaron al número 6 de la calle de las Monjas del Calvario.

Javert fué el primero que bajó, y después de cerciorarse de que aquella era la casa que buscaba, levantó el pesado aldabón de hierro de la puerta cochera, que figuraba, según el castillo antiguo, un macho cabrío y un sátiro frente a otro, y lo dejó caer con fuerza. Entreabrióse apenas la puerta, y Javert la empujó. El portero apareció a medias, bostezando, entre dormido y despierto, con una vela en la mano.

Todos dormían en la casa. En el Marais se acuestan temprano, sobre todo en los días de motín. Aquel bueno y vetusto barrio, asustado por la revolución, se refugia en el sueño, así como los niños cuando oyen que viene el Coco, se cubren la cabeza con las sábanas de la cama.

Juan Valjean y el cochero sacaron a Mario del carruaje, sosteniéndole el primero por los sobacos y el segundo por las corvas.

Mientras así lo conducían, Juan Valjean introdujo la mano bajo los vestidos rotos del joven, le tocó el pecho, y se cercioró de que el corazón latía aún, y hasta de que latía con alguna menos debilidad, como si el movimiento del coche hubiera determinado en él cierta renovación de la vida.

Javert interpeló al portero, con el tono propio de los dependientes del gobierno, tratándose del portero de un faccioso.

—¿Vive aquí uno que se llama Gillenormand?

—Vive. ¿Qué le queréis?

—Le traemos a su hijo.

—¡Su hijo!—dijo el portero atónito.

—Está muerto.

Juan Valjean, que venía detrás de Javert, haraposo y sucio, y a quien el portero miraba con algún horror, le indicó que no con la cabeza.

El portero no pareció comprender las palabras de Javert ni la señal de Juan Valjean. Javert continuó :

—Fué a la barricada y ahí le tenéis.

—¡A la barricada!—exclamó el portero.

—Se dejó matar. Id a despertar a su padre.

El portero no se movía.

—¡Id de una vez!

Y añadió :

—Mañana habrá aquí entierro.

Para Javert, los incidentes habituales del servicio público estaban clasificados por categorías, lo cual es el principio de la previsión y de la vigilancia ; y cada eventualidad tenía su especial distribución. Los hechos posibles se encontraban en cierto modo dentro de gavetas, de donde salían, llegado el caso, en cantidades variables. Clasificaba así los sucesos de la calle : ruido, motín, carnaval, entierro.

El portero se limitó a despertar a Vasco, Vasco despertó a Nicolasa y Nicolasa despertó a la señorita Gillenormand. En cuanto al abuelo, dejósele dormir, calculando que sabría harto pronto aquella desgracia.

Subióse a Mario al primer piso, sin que nadie se impusiese de ello en las demás partes de la casa, y se le colocó en un canapé viejo de la antecámara del señor Gillenormand. Mientras que Vasco iba a buscar un médico, y Nicolasa abría los armarios de la ropa blanca, Juan Valjean sintió que Javert le tocaba en el hombro. Comprendió, y bajó seguido del inspector de policía.

El portero les vió partir como los había visto llegar, con una somnolencia estúpida.

Entraron en el carruaje, y el cochero ocupó su asiento.

—Inspector Javert—dijo Juan Valjean—, concededme otra cosa.

—¿Cuál?—preguntó con dureza Javert.

—Dejad que entre un instante en mi casa. Después haréis de mí lo que os acomode.

Javert permaneció algunos segundos en silencio, con la barba hundida en el cuello de su levita ; luego corrió el cristal de delante, y dijo :

—Cochero, calle del Hombre-Armado, número 7.

XI

CONMOCIÓN EN LO ABSOLUTO

No volvieron a despegar los labios en todo el camino.

¿Qué quería Juan Valjean? Acabar

lo que había principiado ; advertir a Cosette ; decirle dónde estaba Mario, darle quizá alguna otra indicación útil, tomar, si podía, ciertas disposiciones supremas. En cuanto a él, en cuanto a lo que le concernía personalmente, era asunto concluído ; habíale cogido Javert, y no se resistía. Otro cualquiera, en semejante situación, hubiera pensado tal vez vagamente en la cuerda de Thenardier y en los barrotes del primer calabozo donde entrase ; pero desde lo que le sucedió con el obispo, había en Juan Valjean, tratándose de un atentado, aun siendo contra sí mismo, bueno es repetirlo, una profunda vacilación religiosa.

El suicidio, misteriosa vía de hecho en lo desconocido, que puede contener, hasta cierto punto, la muerte del alma, era imposible en Juan Valjean.

A la entrada de la calle del Hombre-Armado, el coche se detuvo por no permitir lo estrecho de aquélla el tránsito de los carruajes. Javert y Juan Valjean se apearon.

El cochero observó humildemente al «señor inspector» que el terciopelo de Utrecht de su carruaje estaba manchado de sangre del hombre asesinado y de lodo del asesino. Esto era lo único que había comprendido. Y añadió que se le debía indemnizar. Sacando al mismo tiempo su cuaderno, suplicó al señor inspector tuviese la bondad de escribirle en él unas cuantas palabras laudatorias.

Javert rechazó el cuaderno que le alargaba el cochero, y dijo :

—¿Cuánto te debo, contando el tiempo de la parada y la carrera?

—Han sido siete horas y cuarto—respondió el cochero—, y el terciopelo estaba nuevo. Ochenta francos, señor inspector.

Javert sacó del bolsillo cuatro napoleones, y despidió el carruaje .

Juan Valjean supuso que la intención de Javert era conducirle a pie al cuerpo de guardia de los Blancs-Manteaux (mantos blancos), o al de los Archivos, que está cerca.

Internáronse en la calle, que, como de costumbre, se hallaba desierta. Javert seguía a Juan Valjean. Llegaron al número 7 ; Juan Valjean llamó y se abrió la puerta.

—Está bien—dijo Javert— ; subid.

Y añadió con extraña expresión, y como si le costase esfuerzo hablar así :

—Os aguardo.

Juan Valjean miró a Javert. Aquel modo de obrar desdecía de los hábitos del inspector de policía ; pero, resuelto como se mostraba Juan Valjean a entregarse y acabar de una vez, no debía sorprenderle mucho que Javert tuviese en aquel caso cierta confianza altiva : la confianza del gato que concede al ratón una libertad de la longitud de su garra. Empujó la puerta, entró en la casa, gritó al portero que estaba ya acostado :—¡ Soy yo !—y subió al primer piso.

Una vez allí, hizo una corta pausa. Todas las vías dolorosas tienen sus estaciones. La ventana de la escalera, que era de una sola pieza, estaba corrida. Como en muchas casas antiguas, la escalera tenía vistas a la calle. El farol situado enfrente de la casa número 7, comunicaba alguna claridad a los escalones, lo que equivalía a un ahorro de alumbrado.

Juan Valjean, sea para respirar, sea maquinalmente, sacó la cabeza por la ventana, y miró toda la calle que es corta, y que recibía la luz del farol de un extremo a otro. Juan Valjean se quedó atónito ; no se veía a nadie.

Javert se había marchado.

XII

EL ABUELO

Vasco y el portero habían llevado al salón a Mario, que seguía tendido e inmóvil en el canapé donde se le colocó a su llegada. El médico estaba ya allí. La señorita Gillenormand se había levantado.

La señorita Gillenormand iba y venía asustada, uniendo las manos e incapaz de hacer otra cosa que decir :—¡ Es posible, Dios mío ! — De vez en cuando añadía :—¡ Todo va a mancharse de sangre !

Cuando el primer horror hubo pasado, cierta filosofía de la situación se abrió camino hasta su espíritu, revelándose en la exclamación :—¡ Esto debía acabar así !—Si bien no completó el pensamiento con la frase «¡ Bastante lo había dicho !» usada en tales casos.

Por orden del médico, habíase arreglado una cama de cordeles junto al canapé. El médico examinó a Mario, y, después de cerciorarse de que continuaban los latidos del pulso, de que el joven no tenía en el pecho ninguna herida profunda, y de que la sangre de los labios provenía de las fosas nasales, le hizo colocar en la cama, sin almohada, con la cabeza a nivel del cuerpo, y aun algo más baja, y el busto desnudo, a fin de facilitar la respiración. La señorita Gillenormand, viendo que iban a desnudar a Mario, se retiró, y se puso a rezar el rosario en su cuarto.

El cuerpo no había recibido ninguna lesión interior; una bala, amortiguada al dar en la cartera, se había desviado, y corriéndose por las costillas, había abierto una grieta de horrible aspecto, pero sin profundidad, y de consiguiente sin peligro. El largo paseo subterráneo había acabado de dislocar la clavícula rota, y esto presentaba serias complicaciones. Tenía los brazos acuchillados; pero ningún tajo desfiguraba su rostro. Sin embargo, la cabeza estaba cubierta de heridas. ¿Serían peligrosas estas heridas? ¿Detenían se en la superficie? ¿Llegaban al cráneo? No se podía decir aún. Era un síntoma grave que hubiesen producido el desmayo, y no siempre se despierta de los desmayos de esta clase. Además, la hemorragia había debilitado al herido. De la cintura abajo habíale protegido la barricada.

Vasco y Nicolasa se ocupaban en rasgar lienzo y preparar vendajes. Nicolasa los cosía, y Vasco los enrollaba. Como no había hilas, el médico había restañado provisionalmente la sangre de las heridas con algodón en rama. Sobre una mesa, al lado de la cama, había tres bujías encendidas, y el estuche de cirugía estaba allí abierto. El médico lavó el rostro y los cabellos de Mario con agua fría. En un instante el cubo quedó teñido de rojo. El portero alumbraba.

El médico parecía meditar tristemente. De tiempo en tiempo hacía una señal negativa con la cabeza, como si respondiese a alguna pregunta interior. Estos misteriosos diálogos del médico consigo mismo son mala señal para el enfermo.

En el momento en que el médico limpiaba el rostro y tocaba apenas con el dedo los párpados siempre cerrados de Mario, la puerta del fondo se abrió, apareciendo en el umbral una figura alta y pálida. Era el abuelo.

El motín hacía dos días que traía muy inquieto, indignado y preocupado al señor Gillenormand. La noche anterior no había podido dormir, y en todo el día no se había visto libre de fiebre. Por la noche se acostó temprano, recomendando que se echase el cerrojo a todo en la casa, y abrumado de fatiga concluyó por quedarse dormido.

Los ancianos tienen el sueño ligero; el cuarto del señor Gillenormand estaba contiguo al salón; y así, a pesar de las precauciones que se tomaron, el ruido le despertó. Sorprendido de ver la luz al través de las rendijas de la puerta, dejó el lecho, y dirigióse a tientas hacia el salón.

Estaba en el umbral, con la mano apoyada en la puerta a medio abrir, la cabeza un poco inclinada hacia adelante, el cuerpo envuelto en una bata blanca y estirada como un sudario, atónito; y tenía el aspecto de un fantasma mirando el interior de un sepulcro.

Vió la cama, y sobre el colchón a aquel joven ensangrentado, blanco como la cera, con los ojos cerrados, la boca abierta, los labios descoloridos, desnudo hasta la cintura, lleno de heridas, inmóvil y rodeado de luces.

El abuelo sintió de los pies a la cabeza el estremecimiento que son capaces de experimentar miembros osificados; sus ojos, cuya córnea estaba amarilla a causa de la vejez, se velaron con una especie de reflejo vítreo; toda su cara tomó en un instante las formas terrosas de una cabeza de esqueleto: sus brazos cayeron como si les hubiera faltado el resorte que los mantenía suspendidos; manifestóse el estupor en la separación de los dedos de sus trémulas manos, y sus rodillas formaron un ángulo, permitiendo entrever por la abertura de la bata las pobres piernas desnudas del anciano, erizadas de blanco vello. Se le oyó decir con un susurro:

—¡Mario!

—Señor — dijo Vasco—, acaban de traer al señorito. Estaba en la barricada, y...

—¡ Ha muerto !—gritó el anciano con voz terrible—. ¡ Ah, bandido !

Entonces una especie de transfiguración sepulcral dió a aquel centenario la firme apostura de un joven.

—Caballero—dijo—, sois el médico, y vais a empezar por hablarme francamente. Está muerto, ¿no es así?

El médico, en el colmo de la ansiedad, guardó silencio.

El señor Gillenormand se torció las manos, prorrumpiendo en una carcajada espantosa.

—¡ Está muerto ! ¡ Está muerto ! ¡ Se ha dejado matar en las barricadas... por odio a mí ! ¡ por vengarse de mí ! ¡ Ah, sanguinario ! ¡ Ved cómo vuelve a casa de su abuelo ! ¡ Miserable de mí ! ¡ Está muerto !

Se dirigió a la ventana, abrió las dos hojas como si se ahogase, y de pie ante la sombra, se puso a hablar en la calle con la noche :

—¡ Traspasado, acuchillado, degollado, exterminado, cortado en trozos, ¿no lo veis? ¡ tunante ! ¡ Sabía que le esperaba, que había hecho arreglar su cuarto y colgar a la cabecera de mi cama su retrato de cuando era niño ! ¡ Sabía que no tenía más que volver, y que no he cesado de llamarle en tantos años, y que todas las noches me sentaba a la lumbre, con las manos en las rodillas, no sabiendo qué hacer, y que por él me había convertido en imbécil ! ¡ Sabías esto ! ¡ sabías que con sólo entrar y decir soy yo, eras el amo, y yo te obedecería, y dispondrías a tu antojo del bobalicón de tu abuelo ! Lo sabías, y has dicho : ¡ No ; es un realista, y no iré ! ¡ Y te has marchado a las barricadas, y te has dejado matar por maldad ! Para vengarte de lo que te dije a propósito del señor duque de Berry. ¡ Es una conducta infame ! ¡ Y luego, acuéstese uno y duerma tranquilo para encontrarse al despertar con que su nieto ha muerto !

El médico, que empezaba a alarmarse por los dos, dejó un momento a Mario, y yendo a la ventana, cogió al señor Gillenormand del brazo.

Volvióse el abuelo, le miró con ojos que parecían agrandarse y brotar sangre, y le dijo con calma :

—Caballero, os doy las gracias. Estoy tranquilo, soy un hombre ; he visto la muerte de Luis XVI, y sé sobrellevar las desgracias. Lo terrible para mí es pensar que vuestros periódicos tienen la culpa de todo. Escritorzuelos, abogados, oradores, tribunos, discusiones, progresos, luces, derechos del hombre, libertad de imprenta, poseeréis todo esto, y en cambio, ved cómo os traerán a casa a vuestros hijos. ¡ Ah, Mario ! ¡ Es abominable ! ¡ Matado ! ¡ Muerto antes que yo ! ¡ Y en una barricada ! ¡ Ah, bandido ! Oíd, doctor. Me parece que vivís en nuestro barrio. Sí ; os conozco perfectamente. Desde mi ventana veo pasar vuestro coche. Oíd. Haríais mal en creer que estoy irritado. No es posible irritarse contra un muerto. Sería una estupidez. Es un niño a quien he criado. Yo había entrado ya en años, cuando él todavía era pequeñito. Jugaba en las Tullerías con su carretoncillo, y para que los inspectores no gruñesen, iba yo tapando con mi bastón los agujeros que él hacía en la tierra. Un día gritó : ¡ Abajo Luis XVIII ! y se fué. No es culpa mía. Era sonrosado y rubio. Su madre ha muerto. ¿No habéis notado que todos los niños son rubios? ¿En qué consistirá eso? Es hijo de uno de esos bandidos del Loira ; pero los niños no pueden responder de los crímenes de sus padres. Me acuerdo cuando era así tan chiquitín. ¡ Qué trabajo le costaba pronunciar la d ! En la dulzura del acento se le hubiera creído un pájaro. Un día, delante del Hércules Farnesio, se formó un corro para admirarle, ¡ tan hermoso era ! Su cabeza se parecía a las que se ven en los cuadros. Yo engrosaba la voz, y le metía miedo con el bastón ; pero él sabía que no estaba enfadado de veras. Por la mañana, cuando entraba en mi cuarto, solía refunfuñar, pero su presencia me producía el efecto del sol. No hay defensa contra esos mocosos. Una vez que os han cogido, ya no os vuelven a soltar. La verdad es que no había cosa más querida que ese niño. ¡ Venidme ahora a hablar de vuestros Lafayette, de vuestros Benjamín Costant y de vuestro zapatero Simón que me le asesinan ! Esto no puede quedar así.

Acercóse a Mario, que seguía lívido

e inmóvil, y a cuyo lado había vuelto el médico, y empezó de nuevo a torcerse los brazos.

Los blancos labios del anciano se agitaban como maquinalmente, y de ellos salían, a modo de soplo en el estertor, palabras inconexas, que se oían apenas:

—¡Ah! ¡Desalmado! ¡Clubista! ¡Septembrista!

Eran reconvenciones en voz baja dirigidas por un agonizante a un cadáver.

Poco a poco, según acontece en todas las tempestades interiores, el encadenamiento de las palabras se restableció; mas parecía que el abuelo no tenía ya fuerzas para pronunciarlas, y su voz estaba tan sorda y apagada como si viniese del otro lado de un abismo.

—¡Me es indiferente, pues yo también voy a morir! ¡Y cuando pienso que no hay en París una mujer que no se hubiera alegrado de labrar la felicidad de ese miserable! ¡Un imbécil, que en vez de convertirse y de disfrutar de la vida, ha ido a combatir, y se ha dejado ametrallar! ¿por quién? ¡por la República! ¡En vez de ir a bailar a la Chaumiére, como deben hacer los jóvenes! Para mucho le ha valido tener veinte años. ¡La República! tejido de necedades. ¡Pobres madres, parid, pues, hermosos chicos! Vaya, está muerto. Serán dos entierros en la puerta cochera. ¡Te has dejado poner de ese modo por amor al general Lamarque! ¿Qué favores te había dispensado ese general Lamarque? ¡Un matachín! ¡Un charlatán! Es para volverse loco. ¿Comprendéis esto a los veinte años? ¡Y sin mirar atrás, a ver si en el mundo quedaban personas que le necesitasen! ¡Ah! ¡Ahora los pobres viejos habrán de morirse solos! ¡Revienta ahí en ese rincón, buho! Pues bien, mejor que mejor; lo esperaba, voy a morir sin remedio. Soy demasiado viejo, tengo cien años, mil años... Desde hace mucho tiempo nadie puede disputarme el derecho de morir. Con este golpe todo se acabó. Todo se acabó, ¡qué felicidad! ¿Para qué ese amoníaco y ese montón de drogas? ¡Trabajo perdido, médico imbécil! Idos, está muerto, completamente muerto. Lo digo yo, que entiendo en eso; yo que también estoy muerto. El miserable no ha hecho las cosas a medias. ¡Sí; la época actual es infame, infame, infame; y así pienso de vosotros, de vuestras ideas, de vuestros sistemas, de vuestros maestros, de vuestros oráculos, de vuestros doctores, de vuestros escritorzuelos, de vuestros filosofastros, y de todos las revoluciones que espantan de sesenta años a esta parte las nubes de cuervos de las Tullerías! ¡Y ya que has sido implacable dejándote matar así, yo no tendré siquiera el disgusto de tu muerte! ¿Oyes, asesino?

En aquel momento abrió Mario lentamente los párpados, y su mirada, velada aún por el asombro letárgico, se fijó en el señor Gillenormand.

—¡Mario!—gritó el anciano—. ¡Mario! ¡Niño de mi alma! ¡Hijo de mis entrañas! ¡Abres los ojos, me miras, estás vivo; gracias!

Y cayó desmayado.

LIBRO CUARTO

Javert desorientado.

I

JAVERT DESORIENTADO

Javert se alejó lentamente de la calle del Hombre-Armado.

Caminaba con la cabeza baja por la primera vez de su vida, y también por la primera vez de su vida con las manos cruzadas atrás.

Hasta entonces Javert, de las dos actitudes de Napoleón, sólo había adoptado la que denota un ánimo resuelto, los brazos cruzados sobre el pecho; érale desconocida la que denota incertidumbre; esto es, las manos cogidas atrás. Habíase verificado en él un gran cambio; toda su persona, lenta y sombría, llevaba el sello de la ansiedad.

Internóse en las calles más silenciosas.

Sin embargo, seguía una dirección.

Tomó por el camino más corto hacia el Sena, llegó al muelle de los Olmos, le costeó, dejó tras de sí la Gréve, y se detuvo a alguna distancia del cuerpo de guardia del Chatelet, en el ángulo del puente de Nuestra Señora. El Sena, entre el puente de Nuestra Señora y el Pont-au-Change a un lado, y los muelles de la Mégisserie y de las Flores al otro, forma una especie de lago cuadrado que atraviesa un remolino.

Este punto del Sena es muy temido de los marineros. Nada hay más peligroso que ese remolino, cuya furia aumentaban en aquella época las estacas del molino del puente, hoy demolido. Los dos puentes, tan próximos uno a otro, contribuyen a que sea mayor el peligro, y el agua se precipita de una manera formidable por debajo de los arcos. Acumulándose allí, forcejea contra los postes, como para arrancarlos con gruesas cuerdas líquidas. Los hombres que caen en aquel remolino no vuelven a aparecer; ahóganse allí los más diestros nadadores.

Javert apoyó los dos codos en el parapeto, la barba en las dos manos, y mientras que sus uñas se contraían maquinalmente en las pobladas patillas, se puso a meditar.

En el fondo de su alma acababa de pasar algo nuevo, una revolución, una catástrofe, y había materia para entregarse a un profundo examen.

Javert padecía horriblemente.

Hacía algunas horas que la unidad de objeto había cesado en él. Sentíase turbado; aquel cerebro, tan límpido en su misma ceguedad, había perdido la transparencia; empañaba aquel cristal una nube. Javert conocía que su deber era mostrarse al descubierto, y no cabía ya disimulo. Cuando encontró tan impensadamente a Juan Valjean en el ribazo del Sena, hubo en él algo del lobo que se apodera de nuevo de su presa, y del perro que vuelve a hallar a su amo.

Ante sí veía dos sendas, ambas igualmente rectas; pero eran dos, y esto le aterraba, pues en toda su vida no había conocido sino una sola línea recta. Y para colmo de angustia, aquellas dos sendas eran contrarias y se excluían mutuamente. ¿Cuál sería la verdadera?

Su situación era inexplicable.

Deber la vida a un malhechor; admitir y reembolsar esta deuda; estar a pesar de sí mismo, mano a mano, con una persona perseguida por la justicia, y pagarle un servicio con otro servicio; dejar que le dijesen: márchate, y decir a su vez: sé libre; sacrificar a motivos personales el deber, esta obligación general, y sentir en aquellos motivos personales algo de general también, y quizá algo de superior; vender la sociedad por ser fiel a su conciencia; la realización de tales absurdos y su acumulación en él, en su individuo, esto le aterraba.

Habíale admirado una cosa, y era que Juan Valjean le perdonase; y petrificábale la idea de que él, Javert, hubiese perdonado a Juan Valjean.

¿Qué era de su personalidad? Buscábase y no se encontraba.

¿Qué había de hacer ahora? Si malo le parecía entregar a Juan Valjean, no menos malo se le figuraba que era dejarle libre. En el primer caso, el hombre de la autoridad descendía más que el hombre del presidio; en segundo, un presidario se sobreponía a la ley, y la pisoteaba. En ambos casos, el deshonor era para él. En cualquier partido que adoptase, había descenso. El destino tiene ciertas extremidades perpendiculares a lo imposible, más allá de las cuales la vida no es más que un precipicio. Javert estaba en una de esas extremidades.

Afligíale tener que pensar. La misma violencia de todas estas emociones contradictorias le obligaban a ello. ¡El pensamiento! Cosa inusitada para él, y que le causaba un dolor indecible.

Hay siempre en el pensamiento cierta cantidad de rebelión interior, e irritábale sentirla en sí.

El pensamiento, sobre cualquier asunto, ajeno al estrecho círculo de sus funciones, hubiera sido para él, en todos los casos, una inutilidad y una fatiga; pero, versando sobre el día que acababa de pasar, era un tormento. Sin embargo, había que examinar la conciencia, después de tales sacudimientos, y erigirse en juez de sí mismo.

Estremecíase al considerar lo que había hecho, decidiendo, contra todos los reglamentos de policía, contra toda la organización social y judicial, contra el Código entero, poner en libertad a un hombre.

Habíale convenido esto; había sustituído sus negocios particulares a los negocios públicos. ¿No era incalificable tal conducta? Cada vez que fijaba la mente en aquella acción sin nombre, acometíale un temblor general. ¿Qué resolución debía tomar? Un solo recurso le quedaba; volver apresuradamente

a la calle del Hombre-Armado, y apoderarse de Juan Valjean. Claro estaba que no debía hacer sino eso. Con todo, no podía. Algo le cerraba el camino por aquel lado.

¿Y qué era ese algo? ¿Hay en el mundo una cosa distinta de los tribunales, de las sentencias ejecutorias, de la policía y de la autoridad? Las ideas de Javert se confundían.

¡Un presidario sagrado! ¡Un presidario que se emancipaba de la justicia por causa de Javert!

¿No era horrible que Javert y Juan Valjean, el hombre hecho para el rigor y el hombre hecho para el padecimiento, ambos sujetos a la ley, hubiesen llegado al extremo de sobreponerse a ella?

¡Cómo! ¡Sucedían atrocidades por el estilo, y nadie sería castigado! ¡Juan Valjean más fuerte que todo el orden social, se vería libre, y Javert continuaría comiendo el pan del gobierno.

Poco a poco su meditación tomaba un carácter terrible.

También hubiera podido dirigir a su conciencia algún cargo con motivo del insurrecto conducido a la calle de las Monjas del Calvario, pero no pensaba en él. La falta menor se perdía en la mayor. Por otra parte, tratábase de un hombre evidentemente muerto, y con la muerte concluye la persecución legal.

Juan Valjean era el preso que abrumaba su espíritu.

Juan Valjean le desconcertaba. Los axiomas que habían sido los puntos de apoyo de toda su vida, caían por tierra ante aquel hombre. La generosidad usada con él le tenía agobiado. Recordaba hechos que en otro tiempo había calificado de mentiras y locuras, y que ahora le parecían realidades. La figura del señor Magdalena se bosquejaba por detrás de Juan Valjean, superponiéndose ambas, y no formando más que una, que era venerable. Javert sentía penetrar en su alma alguna cosa horrible: la admiración hacia un presidario. Pero, ¿se concibe que se respete a un presidario? No, y a pesar de ello, él le respetaba. Por más esfuerzos que hacía, tenía que confesar en su fuero interno la sublimidad de aquel miserable. Esto era odioso.

Un malhechor benéfico, un presidiario compasivo, dulce, clemente, recompensando el mal con el bien, el odio con el perdón, la venganza con la piedad; prefiriendo perderse a perder a su enemigo; salvando al que le había herido, de rodillas en lo más culminante de la virtud, más cerca del ángel que del hombre; era un monstruo cuya existencia no podía ya negar Javert.

Imposible que esto continuase así.

Preciso es convenir en que él no se había rendido de buen grado a aquel monstruo, a aquel ángel infame, a aquel héroe terrible, que le causaba tanta indignación como asombro. Veinte veces, cuando iba en el carruaje en compañía de Juan Valjean, el tigre legal había rugido en él. Veinte veces había sentido tentaciones de arrojarse sobre Juan Valjean, cogerle y devorarle, esto es, sorprenderle: ¿Había nada más sencillo? Con gritar delante del primer cuerpo de guardia: —¡Un presidario que se ha fugado!—Y luego llamar a los gendarmes, y decirles:—Os entrego ese hombre—; marchándose y dejándole allí, sin volver a ocuparse en la suerte del criminal, todo estaba concluído; la ley podía disponer del preso como estimase mejor. ¿Qué cosa más justa? Javert había pensado todo esto, había querido ponerlo en ejecución, prender a aquel hombre; y entonces, lo mismo que ahora, tropezó con una barrera insuperable; cada vez que la mano del inspector de policía se levantaba convulsivamente para coger a Juan Valjean por el cuello, aquella mano, como si tirase de ella un peso enorme, había vuelto a caer, y en el fondo de su pensamiento oía una voz, una voz extraña que le gritaba: «Bueno. Entrega a tu salvador, y en seguida haz traer la jofaina de Poncio Pilatos, y lávate».

Después se examinaba a sí mismo, y, junto a Juan Valjean ennoblecido, contemplaba a Javert degradado.

¡Un presidiario era su bienhechor!

—Pero, ¿por qué había permitido que aquel hombre le perdonase la vida? Tenía derecho a morir en la barricada, y hubiera debido usar de este derecho. Hubiera debido llamar a los demás insurrectos en su auxilio contra Juan Valjean, y haber hecho que le fusilasen: valía más así.

Su angustia mayor era la desaparición de la certidumbre. Sentía como si le faltasen las raíces. El Código no era más que un papel mojado en su mano. Acometíanle escrúpulos de una especie desconocida. Efectuábase en él una revelación sentimental enteramente distinta de la afirmación legal, su medida única hasta entonces. No le bastaba ya permanecer en la honradez antigua. Un orden de hechos inesperados surgía y le subyugaba. Era para su alma un mundo nuevo: el beneficio aceptado y devuelto, la abnegación, la misericordia, la indulgencia, las violencias hechas por la piedad a la austeridad, la acepción de personas; no más sentencias definitivas, no más condenas; la posibilidad de una lágrima en los ojos de la ley; cierta justicia, según Dios, contraria a la justicia, según los hombres. Divisaba en las tinieblas la imponente salida de un sol moral desconocido, y experimentaba al mismo tiempo el horror y el deslumbramiento de semejante espectáculo. Buho obligado a dirigir miradas de águila.

¡Conque era verdad que había excepciones, que la autoridad podía desconcertarse, que la regla podía retroceder ante un hecho, que todo no cabía en el texto de la ley, que lo imprevisto se hacía obedecer, que la virtud de un presidario podía tender un lazo a la virtud de un empleado público, que lo monstruoso podía ser divino, que el destino tenía emboscadas de esta clase, y que el mismo Javert no estaba al abrigo de una sorpresa!

Veíase en la necesidad de reconocer con desesperación, que la bondad existía. Aquel presidiario había sido bueno; y también él, ¡cosa inaudita! acababa de serlo. Ibase, pues, depravando.

Se conceptuaba cobarde, y tenía horror de sí mismo.

El ideal para Javert no era ser humano, grande, sublime; era ser irreprensible. Ahora bien; acababa de cometer una falta.

¿Cómo había podido cometerla? ¿Cómo había pasado todo aquello? Ni él mismo lo sabía. Se cogía la cabeza con ambas manos; pero, a pesar de sus esfuerzos, no alcanzaba a explicárselo.

El, sin duda, había tenido siempre intención de poner a Juan Valjean a disposición de la ley, de que era cautivo, y de la cual él, Javert, era esclavo. Jamás, mientras le tuvo en sus manos, le había ocurrido el pensamiento de dejarle ir. Hízolo, pues, en cierto modo, contra su voluntad, y sin saber lo que hacía.

¡Interrogatorio tremendo! Dirigíase preguntas, daba respuestas, y estas respuestas le aterraban. Preguntábase: ¿qué ha hecho ese presidario, a quien he perseguido sin cesar, que me ha tenido bajo sus pies, que podía y debía vengarse, tanto por rencor como por seguridad, dejándome la vida, perdonándome? ¿Su deber? No. Algo más. Y yo perdonándole a mi vez, ¿qué he hecho? ¿Mi deber? No. Algo más. ¿Hay, pues, algo por encima del deber? Al llegar aquí se asustaba; dislocábase su balanza; uno de los platillos caía en el abismo, el otro se elevaba al cielo; y Javert sentía el mismo terror por el que subía como por el que bajaba. Sin haber en él nada de lo que se llama volteriano, o filósofo, o incrédulo; lleno, al contrario, instintivamente de respeto hacia la Iglesia establecida, no la conocía, sin embargo, sino como un fragmento augusto del edificio social. El orden era su dogma y le bastaba. Desde que tuvo edad de hombre y empezó a desempeñar su cargo, cifró en la policía casi toda su religión. Consideraba (y cuenta que empleamos aquí las palabras sin la menor ironía, en la acepción más formal) el espionaje como un sacerdocio. Tenía un superior, que era el señor Gisquet; apenas había pensado hasta aquel día en ese otro superior: Dios.

¡Dios! sentíale dentro de sí inesperadamente, y experimentaba cierto malestar.

El hecho predominante para él era, que acababa de cometer una espantosa infracción. Había dado libertad a un criminal reincidente, a un presidiario. Había robado a las leyes un hombre que les pertenecía. Nada menos que esto había hecho, y no se comprendía a sí mismo.

Ni siquiera concebía las razones de su modo de obrar. Agitábale una especie de vértigo. Hasta entonces había

vivido con la fe ciega que engendra la probidad tenebrosa. Abandonábale esta fe; faltábale esta probidad. Todas sus creencias se desvanecían. Algunas verdades, que no quería escuchar, le asediaban inexorablemente.

En adelante era preciso ser otro hombre. Padecía los extraños dolores de una conciencia ciega, bruscamente devuelta a la luz. Veía lo que le repugnaba ver. Encontrábase vacío, inútil, segregado de su pasada vida, destruído, disuelto. En él había muerto la autoridad, y no tenía ya razón de ser.

¡Situación terrible la de sentirse conmovido!

¡Ser de granito y dudar! ¡Ser la estatua del castigo fundida de una vez en el molde de la ley, y hallar de repente que bajo el pecho de bronce hay algo de absurdo y de rebelde que se asemeja casi a un corazón! ¡Pagar un bien con otro bien, aunque hasta allí se hubiese creído que aquel bien era el mal! ¡Ser el perro de guardia y lamer! ¡Ser el hielo, y derretirse! ¡Ser la tenaza, y convertirse en mano! ¡Sentir de improviso que los dedos se abren para soltar la presa! ¡Horrible situación!

¡El hombre proyectil sin saber ya el camino, y retrocediendo!

No había sino dos maneras de salir de tan violento estado. Una, ir resueltamente a casa de Juan Valjean y prender al reo. Otra...

Javert dejó el parapeto, e irguiendo su cabeza, se dirigió con paso firme al cuerpo de guardia indicado por un farol en una de las esquinas de la plaza del Chatelet.

Miró por el ventanillo, y viendo que estaba dentro un municipal, entró. Los empleados de policía se conocen entre sí en el modo como empujan la puerta de un cuerpo de guardia.

Javert dijo su nombre, mostró su tarjeta al municipal, y se sentó junto a una mesa, sobre la cual había pluma, tintero y papel, por si se ofrecía formar alguna sumaria eventual, y también para escribir los partes de las rondas nocturnas.

La mesa del cuerpo de guardia, con su correspondiente silla de paja, es una especie de institución; existe en todos los puestos de policía; sus constantes adornos son: un platillo de boj lleno de serrín, y una caja de cartón con obleas encarnadas. Es el piso bajo del estilo oficial. Por ella empieza la literatura del Estado.

Javert tomó la pluma y un pliego de papel, y se puso a escribir lo siguiente:

ALGUNAS OBSERVACIONES

PARA BIEN DEL SERVICIO

«Primero. Suplico al señor prefecto que pase la vista por estas líneas.

»Segundo: Los detenidos que vienen de la sala de Audiencia se quitan los zapatos, y permanecen descalzos en el piso de ladrillos mientras se les registra. Muchos tosen cuando se les conduce al encierro. Esto ocasiona gastos de enfermería.

»Tercero. Es bueno seguir la pista, relevándose los agentes de distancia en distancia; pero convendría que en las ocasiones importantes, dos agentes, por lo menos, no se perdieran de vista, con objeto de que, si por cualquier causa un agente afloja en el servicio, el otro le vigile y haga sus veces.

»Cuarto. No se comprende por qué el reglamento especial de la cárcel de las Maledonetas prohibe al preso que tenga una silla, aun pagándola.

»Quinto. En la cantina de las Maledonetas no hay más que dos barrotes, y esto permite a la cantinera dejarse tocar la mano por los detenidos.

»Sexto. Los detenidos, llamados ladradores, porque llaman a los otros a la reja, exigen dos sueldos de cada preso por pregonar su nombre con voz clara. Es un robo.

»Séptimo. Por un hilo corredizo se retienen diez sueldos al preso en el taller de los tejedores. Es un abuso del contratista, pues no es menos bueno el lienzo sin eso.

»Octavo. No parece bien que los que van a visitar la Fuerza, tengan que atravesar por el patio de los raterillos para ir al locutorio de Santa María Egipciaca.

»Noveno. Es cierto que diariamente se oye a los gendarmes referir en el patio de la Prefectura los interrogatorios de los detenidos. En un gendarme, que debiera ser sagrado, semejante revelación es una grave falta.

»Décimo. La señora Henry es una buena mujer; su cantina está muy aseada; pero no es conveniente que una mujer pueda disponer del secreto del calabozo. Esto no es digno de la Conserjería de una gran civilización.»

Javert trazó las anteriores líneas con mano firme y escritura correcta, no omitiendo una sola coma, y haciendo crujir el papel bajo su pluma. Al pie firmó:

«JAVERT

»*inspector de primera clase.*

»En el cuerpo de guardia de la plaza del Châtelet.

»7 de junio de 1832, a eso de la una de la madrugada.»

Secó la tinta fresca, dobló el papel en forma de carta, le puso una oblea, y escribió encima: «Nota para la administración»; lo dejó sobre la mesa, y salió del cuerpo de guardia. La puerta se cerró tras él.

Cruzó de nuevo diagonalmente la plaza del Châtelet, llegó al muelle, y fué a situarse con una exactitud automática en el punto mismo que había dejado hacía un cuarto de hora. Los codos, como antes, sobre el parapeto; la actitud idéntica. Parecía no haberse movido.

Obscuridad completa. Era el momento sepulcral que sigue a la media noche.

Nubes espesas ocultaban las estrellas. El cielo tenía un aspecto siniestro. No se veía una sola luz en las casas de la «Cité»; no pasaba nadie; las calles y los muelles adonde la vista podía alcanzar, estaban desiertos; Nuestra Señora y las torres del Palacio de Justicia parecían lineamentados de la noche. Un farol alumbraba el pretil del muelle. Los perfiles de los puentes iban desapareciendo en las tinieblas unos tras otros. El río había crecido con las lluvias.

El paraje en que se había apoyado Javert estaba, como se recordará, situado por encima del remolino del Sena, perpendicularmente a la formidable espiral de las olas que se desatan y vuelven a atar como un tornillo sin fin.

Javert inclinó la cabeza y miró. Todo estaba negro. No se distinguía nada. Oíase el ruido de la espuma, pero no se veía el río. Por instantes aparecía en aquella profunda vorágine una luz que serpenteaba vagamente. Es virtud que tiene el agua de coger la luz, no se sabe de dónde, en medio de la noche más completa, y convertirla en culebra. La claridad no tardaba en disiparse, y todo volvía a quedar confuso y negro. La inmensidad parecía estar allí abierta. Debajo no era aquello agua, sino abismo. La muralla del muelle, recta, confusa, mezclada con el vapor, y ocultándose en seguida, producía el efecto de una muralla del infinito

No se veía nada; pero se sentía la frialdad hostil del agua, y el olor especial de las piedras mojadas. Subía del abismo un hálito salvaje. La crecida del río que se adivinaba más bien que se percibía, el trágico murmullo de las olas, la enorme lobreguez de los arcos del puente, la caída imaginable en aquel sombrío precipicio, todo estaba lleno de horror.

Javert permaneció algunos minutos inmóvil, mirando aquel abismo de tinieblas. Consideraba lo invisible con una fijeza que tenía algo de atención. El único ruido era el del agua.

De repente se quitó el sombrero y lo puso en el pretil del muelle. Poco después apareció de pie sobre el parapeto una figura alta y negra, que a lo lejos cualquier transeunte retardado hubiera podido tomar por un fantasma; se inclinó hacia el Sena, volvió a enderezarse, y cayó luego a plomo en las tinieblas.

Hubo un estremecimiento sordo, y únicamente la sombra estuvo en el secreto de las convulsiones de aquella forma obscura que desapareció bajo las aguas.

LIBRO QUINTO

El nieto y el abuelo.

I

DONDE SE VUELVE A VER EL ÁRBOL CON EL PARCHE DE CINC

Algún tiempo después de los acontecimientos que acabamos de referir, el señor Boulatruelle experimentó una conmoción muy viva.

Como el lector recordará, el señor

Boulatruelle es aquel peón caminero de Montfermeil, bosquejado ya en las partes tenebrosas de este libro.

Ocupábase en diferentes cosas, a cual más turbia. Rompía piedras y desvalijaba a los viajeros en el camino real. Picapedrero y ladrón, soñaba sin cesar con tesoros enterrados en el bosque de Montfermeil, y esperaba el día menos pensado encontrar dinero al pie de algún árbol. Buscábalo entretanto en el bolsillo de los transeuntes.

Por el momento, sin embargo, era prudente. Acababa de librarse de una buena; pues, según en otro lugar hemos dicho, le cogieron en la boardilla de Jondrette con los demás bandidos. Pero como para algo ha de servir tener un vicio, su borrachera le había salvado. No se pudo averiguar si estaba allí en clase de robado o de ladrón; de donde resultó la providencia de «no ha lugar», fundada en su notorio estado de embriaguez aquella terrible noche. Marchóse en seguida a su camino de Gany y Ligny para ocuparse en echar piedra, bajo la vigilancia del Estado, abatido, meditabundo, disgustado del robo que estuvo a pique de perderle, y cada vez con más cariño al vino, su salvador.

En cuanto a la viva emoción que experimentó al poco tiempo de haber vuelto a su choza de peón caminero, vamos a decir la causa.

Una mañana que Boulatruelle se dirigía, como de costumbre, a su trabajo, y quizá al sitio desde donde acechaba, divisó entre las ramas a un hombre que estaba de espaldas hacia él, pero cuya traza, por lo que pudo juzgar desde lejos y a la luz del crepúsculo, no le era del todo desconocida. Boulatruelle, aunque borracho, tenía excelente memoria; arma defensiva indispensable a todo el que se pone en lucha con el orden legal.

—¿Dónde diablos he visto yo algo parecido a ese hombre?—dijo para sí.

Pero la única respuesta que se le ocurrió fué, que se asemejaba a una persona, cuya imagen medio confusa tenía en la mente.

Por lo demás, Boulatruelle, prescindiendo de la identidad que no le fué posible fijar, hizo comparaciones y formó cálculos. Aquel hombre no era del país, y acababa de llegar a pie evidentemente, pues ningún carruaje público iba a tales horas a Montfermeil. Había andado toda la noche. ¿De dónde venía? La distancia no debía ser muy grande, pues no llevaba mochila ni lío. Sin duda venía de París. ¿Por qué estaba en aquel bosque y a semejante hora? ¿Qué objeto le traía allí?

Boulatruelle pensó en el tesoro. A fuerza de atormentar su memoria, recordó vagamente haber tenido ya, muchos años antes, otra alerta por el estilo con motivo de un hombre que se le figuró podría muy bien ser aquel mismo.

Mientras meditaba, había bajado la cabeza, como cediendo a la presión del pensamiento, lo cual, aunque natural, fué poco hábil. Cuando la levantó no vió casi nada. El hombre había desaparecido en el bosque y en las dudosas tintas del crepúsculo.

—¡Diablo!—dijo Boulatruelle—, yo le husmearé. Yo descubriré la parroquia de ese parroquiano. Yo sabré qué viene a buscar aquí ese paseante de Patrón Minette. En mi bosque no tiene nadie un secreto sin que no procure yo averiguarlo.

Cogió su pico, que era muy puntiagudo, y murmuró entre dientes:

—Hay aquí con qué registrar la tierra y a ese hombre.

Y después de estudiar lo mejor que pudo el itinerario del desconocido, se puso en marcha a través de los árboles.

A los cien pasos, el día, que empezaba a aclarar, le ayudó. Pisadas impresas acá y allá en la arena, hierbas tronchadas, motorrales rotos, tiernas ramas dobladas y que volvían a enderezarse con la graciosa lentitud de una linda joven que estira sus brazos al despertar, le indicaron una pista. La siguió, pero no tardó en perderla.

Entretanto el tiempo pasaba.

Internóse en el bosque, y llegó a una especie de eminencia. Un cazador madrugador que cruzaba a lo lejos de un lado a otro, silbando el aire de Guillery, le inspiró la idea de trepar sobre un árbol. Aunque viejo, era ágil. Había allí una corpulenta haya, digna de Titiro y de Boulatruelle, y el peón caminero subió a una de sus más altas ramas.

La idea era buena. Al explorar aquel sitio por el lado donde el bosque es más

bravío, Boulatruelle vió de repente a su hombre.

En seguida se perdió de vista.

El desconocido entró, o más bien se deslizó en un claro bastante lejano, oculto por grandes árboles, pero que Boulatruelle conocía perfectamente a causa de haber notado allí, cerca de un gran montón de piedras de molino, un castaño enfermo, con un parche de cinc adherido a la corteza. Este claro es el mismo llamado en otro tiempo el predio Blaru. El montón de piedras, cuyo destino ignoramos, y que estaba en aquel paraje hace treinta años, continuará allí sin duda. No hay longevidad como la de un montón de piedras, a no ser la de una empalizada de tablas, y más si reune la circunstancia de provisional. ¡Qué razón más fuerte para perpetuarse!

Boulatruelle, con la rapidez que da la alegría, se dejó caer en vez de bajar del árbol. Había encontrado la guarida, y sólo se trataba ahora de apoderarse de la fiera. El famoso tesoro, objeto de sus sueños, estaba allí probablemente.

No era obra fácil llegar al claro. Por los senderos trillados, llenos de zigzags, se necesitaba algo más de un cuarto de hora. En línea recta por el monte, allí sumamente espeso, espinoso y agresivo, había que emplear una media hora larga. Boulatruelle no lo comprendió. Creyó en la línea recta; ilusión de óptica respetable, pero que pierde a muchas personas. El monte, erizado y todo, le pareció el mejor camino.

—Tomemos por la calle Rívoli-de-los-Lobos—dijo.

Boulatruelle, acostumbrado a caminar siempre torcido, cometió esta vez la falta de ir en derechura.

Internóse resueltamente entre las malezas.

Tuvo que habérselas con acebos, ortigas, espinos, agavanzos, cardos y zarzas, quedando arañado en extremo.

Al pie del barranco había agua, que le fué preciso atravesar.

Llegó al cabo de cuarenta minutos al predio Blaru, sudando, mojado, jadeante, feroz.

No vió a nadie.

Boulatruelle corrió al montón de piedras. El montón estaba allí; nadie se lo había llevado.

En cuanto al hombre, ni su sombra. Habíase evadido. Pero, ¿por qué lado? ¿hacia dónde? Imposible adivinarlo.

Lo más doloroso era que detrás del montón de piedras, al pie del árbol con el parche de cinc, se notaba la tierra removida, y había un azadón olvidado o abandonado, y un agujero.

El agujero estaba vacío.

—¡Ladrón!—gritó Boulatruelle levantando y apretando los puños.

II

DE CÓMO MARIO, SALIENDO DE LA GUERRA CIVIL, SE DISPONE PARA LA GUERRA DOMÉSTICA.

Mario permaneció mucho tiempo entre la muerte y la vida. Durante algunas semanas tuvo fiebre acompañada de delirio, y síntomas cerebrales de alguna gravedad, causados más bien por la conmoción de las heridas en la cabeza, que por las heridas mismas.

Repitió el nombre de Cosette noches enteras en medio de la locuacidad lúgubre que da la fiebre, y con la sombría obstinación del agonizante. Lo ancho de ciertas lesiones fué un peligro serio, pues la supuración de las llagas podía siempre reabsorberse y matar al enfermo, existiendo ciertas influencias atmosféricas. A cada mutación del tiempo, al menor huracán, el médico se asustaba.

—Sobre todo, procurar que el herido no experimente ninguna emoción—, repetía.

Las curas eran complicadas y difíciles, pues en aquella época no se conocía aún el modo de fijar los aparatos y vendajes con el espadrapo. Nicolasa gastó en hilas una sábana «del tamaño del techo» decía. Trabajo costó para que las lociones del cloro y el nitrato de plata impidiesen la gangrena.

Mientras duró el peligro, el señor Gillenormand, a la cabecera del lecho de su nieto, estaba como Mario, ni muerto ni vivo.

Todos los días una, y hasta dos veces, un caballero con el pelo blanco y decentemente vestido (tales eran las señas del portero), venía a saber del enfermo y dejaba para las curas un gran paquete de hilas.

Por fin, el 7 de septiembre, al cabo

de cuatro meses, día por día, contados desde la fatal noche en que le habían traído moribundo a casa de su abuelo, el médico declaró que respondía de Mario.

Empezó la convalecencia.

Sin embargo, tuvo que permanecer aún más de dos meses tendido en un sillón, a causa de los accidentes producidos por la fractura de la clavícula. Hay siempre una llaga, la última, que no quiere cerrarse, y que eterniza la curación con gran fastidio del paciente.

En cambio, aquella larga enfermedad y la no menos larga convalecencia, le libraron de las pesquisas judiciales. En Francia no hay cólera, aun siendo pública, que no se extinga a los seis meses. En el estado actual de la sociedad todos tienen su parte de culpa en los motines, y por lo mismo todos sienten la necesidad de cerrar los ojos.

Bueno será añadir que el incalificable edicto de Gisquet, mandando a los médicos que denunciasen a los heridos, indignó de tal modo al público, y al rey en primer lugar, que los heridos se encontraron cubiertos y protegidos por aquella indignación. Excepto los que habían sido cogidos en el sitio del combate, ninguno se vió inquietado por los consejos de guerra. Dejóse, pues, a Mario tranquilo.

El señor Gillenormand padeció al principio todas las angustias para experimentar luego todos los éxtasis. Costó mucho impedirle que pasase las noches enteras junto al herido. Mandó colocar su colosal sillón al lado de la cama de Mario, y exigió que su hija emplease el mejor lienzo de la casa en hacer compresas y vendajes.

La señorita Gillenormand, obrando como persona prudente, y ya mayor, halló medio de economizar el lienzo fino, dejando al abuelo en la creencia de que le obedecían. El señor Gillenormand no permitió que le probasen que se sacan mejores hilas del lienzo burdo que de la batista, y del usado que del nuevo.

Asistía a todas las curas que el pudor vedaba a la señorita de Gillenormand presenciar. Cuando se cortaban las carnes muertas con las tijeras, exclamaba: «¡ay! ¡ay!» Nada más interesante que verle dar al herido con trémula mano una taza de tisana.

Abrumaba al médico con preguntas, sin advertir que no hacía más que repetir siempre las mismas.

El día en que el facultativo le anunció que Mario estaba fuera de peligro, faltó poco al buen anciano para volverse loco.

Dió tres luises de gratificación al portero. Por la noche, al entrar en su cuarto, bailó una gavota, imitó las castañuelas con los dedos pulgar e índice, y cantó las siguientes endechas:

Juana es el nombre
de la pastora,
que ciego adora
mi corazón.

En sus pupilas,
en su garganta,
hasta en su planta
vive el amor.

De allí sus dardos
el Dios asesta,
y esto me presta
para cantar.

La sal y el garbo
con que a Diana
mi hermosa Juana
venciendo está.

Arrodillóse luego sobre una silla, y Vasco, que le veía desde la puerta a medio cerrar, no tuvo duda de que oraba.

Hasta entonces no había creído verdaderamente en Dios.

A cada nueva fase de la convalecencia, que iba notándose más y más, el abuelo hacía mil locuras. Ejecutaba multitud de acciones maquinales impregnadas de alegría; subía y bajaba las escaleras sin saber por qué.

Una vecina, no mal parecida por cierto, se quedó asombrada al recibir por la mañana un gran ramo de flores: el señor Gillenormand se lo había enviado, y el marido, ardiendo en celos, tuvo una explicación con su mujer.

El señor Gillenormand se empeñó dos o tres veces en sentar a Nicolasa sobre sus rodillas. Llamaba a Mario señor Barón, y gritaba:

—¡Viva la República!

A cada instante preguntaba al médico:

—¿No es verdad que ya no hay peligro?

Miraba a Mario con ojos de abuela. Cuando comía, le contemplaba alelado. No se conocía, no hacía mérito de sí mismo para nada.

Mario era el dueño de la casa; en el colmo de su júbilo había abdicado, viniendo a ser el nieto de su nieto.

Era el más venerable de los niños. Por miedo de fatigar o de importunar al convaleciente, se ponía por detrás para prodigarle sus sonrisas. Estaba contento, gozoso, fuera de sí; había rejuvenecido. Sus cabellos blancos realzaban con suave majestad la lúcida alegría que brotaba de su rostro. Cuando la gracia se mezcla con las arrugas, es verdaderamente adorable.

Hay no sabemos qué aurora en las dulces expansiones de la vejez.

En cuanto a Mario, mientras se dejaba curar y cuidar, no tenía más que una idea fija: Cosette.

Desde que estaba sin fiebre, y por consiguiente sin delirio, no había vuelto a pronunciar este nombre, parecía que no pensaba ya en él, y precisamente su silencio provenía de lo contrario.

Toda su alma se concentraba en este pensamiento: Cosette.

No sabía qué había sido de ella; los sucesos de la calle de la Chanvrerie vagaban como una nube en su memoria; los confusos nombres de Eponina, Gavroche, Mabeuf, los Thenardier y todos sus amigos envueltos lúgubremente en el humo de la barricada, flotaban en su espíritu; la extraña aparición del señor Fauchelevent en aquella sangrienta aventura le causaba el efecto de un enigma en una tempestad; no comprendía su propia vida; no sabía cómo ni por quién había sido salvado; tampoco lo sabían las personas que le rodeaban.

Todo lo que pudieron decirle es que le habían traído de noche en un carruaje de alquiler a la calle de las Monjas del Calvario.

Pasado, presente, porvenir: nieblas, ideas vagas en su entendimiento; pero en medio de aquella bruma había un punto inmóvil, una línea clara y precisa, una cosa de granito, una resolución, una voluntad: encontrar a Cosette.

Para él la idea de la vida no era distinta de la idea de Cosette; y había decretado en el fondo de su corazón, que no aceptaría lo uno sin lo otro. Su decisión definitiva e invariable consistía en exigir de cualquiera que quisiese obligarle a continuar viviendo, de su abuelo, de la suerte, hasta del infierno, la restitución de su Edén perdido.

No ignoraba las dificultades con que iba a luchar.

Hay un pormenor que no debemos pasar en silencio, y es que los cuidados y cariños de su abuelo no lo cautivaban, y apenas le conmovían. Por de pronto, no estaba en el secreto de todos; y luego, en sus meditaciones de convaleciente, aún calenturientas quizá, desconfiaba de aquella solicitud como de una cosa extraña y nueva, encaminada a sojuzgarle. Manteníase, pues, frío. El abuelo prodigaba en vano sus octogenarias sonrisas. Mario decía para sí que el anciano seguiría tan complaciente mientras el joven no hablase; pero que, en cuanto se tratara de Cosette, todo cambiaría de aspecto, y la verdadera actitud del señor Gillenormand aparecería sin halagüeños disfraces. Entonces el choque tendría que ser violento; recrudescencia de las cuestiones de familia, cotejo de posiciones, todos los sarcasmos y todas las objeciones a la vez: Fauchelevent, Coupelevent, la fortuna, la pobreza, la miseria, el último apuro, el porvenir. Resistencia tenaz, y, por conclusión, la negativa. Mario procuraba parapetarse de antemano.

Y luego, a medida que iba cobrando fuerzas, renacían sus antiguos agravios, abríanse de nuevo las envejecidas úlceras de su memoria, pensaba en el pasado, el coronel Pontmercy se interponía entre él y el señor Gillenormand, y el resultado era, que ningún bien podía esperar de quien había sido tan injusto y tan duro con su padre. Su salud y la aspereza hacia su abuelo seguían la misma proporción. El anciano lo notaba, y sufría sin despegar los labios.

El señor Gillenormand observaba también, aunque nada decía, que Mario, desde su vuelta al techo paterno, no había pronunciado una sola vez la palabra «padre». Es verdad que no sustituía la de «señor», pero hallaba medio de no decir ni lo uno ni lo otro, dando cierto giro a las frases.

No cabía duda de que se aproximaba una crisis.

Como sucede siempre en tales casos, Mario a fin de probar sus fuerzas, intentó una escaramuza antes de empeñar la batalla.

Esto se llama reconocer el terreno.

Aconteció una mañana que el señor Gillenormand, a propósito de un periódico que le vino a mano, habló ligeramente de la Convención, y lanzó un epifonema realista contra Dantón, Saint-Just y Robespierre.

—Los hombres del 93 eran gigantes —dijo Mario con severidad.

El anciano se calló, y no volvió a chistar en todo el día.

Mario, que tenía presente siempre al inflexible abuelo de sus primeros años, vió en aquel silencio una profunda concentración de cólera, auguró una lucha encarnizada, y aumentó en lo recóndito de su pensamiento los preparativos de combate.

En caso de negativa, se arrancaría los aparatos, dislocaría su clavícula, dejaría al descubierto las llagas que aún estaban sin cerrarse, y rechazaría todo alimento. Las heridas eran sus municiones. Cosette o la muerte.

Aguardó el momento favorable con la paciencia propia de los enfermos.

Este momento llegó.

III

MARIO ATACA

Un día el señor Gillenormand, mientras que su hija arreglaba los frascos y las tazas en el mármol de la cómoda, inclinado sobre Mario, le decía con la mayor ternura:

—Mira, querido mío, en tu lugar preferiría ahora la carne al pescado. Un lenguado frito es bueno al principio de la convalecencia; pero después, al irse ya a levantar el enfermo, no hay como una chuleta.

Mario, que había recobrado ya casi todo su vigor, hizo un esfuerzo, se incorporó en la cama, apoyó las manos en la colcha, miró a su abuelo de frente, tomó un aire terrible, y dijo:

—Esto me pone en camino de participaros una cosa.

—¿Cuál?

—Que quiero casarme.

—Lo había previsto—dijo el abuelo soltando una carcajada.

—¿Cómo previsto?

—Sí, previsto. Tendrás tu chiquilla.

Mario, atónito y sin saber qué pensar, se sintió acometido de un temblor.

El señor Gillenormand, continuó:

—Sí; verás colmados tus deseos; tendrás esa preciosa niña. Ella viene todos los días, bajo la forma de un señor ya anciano, a saber de ti. Desde que estás herido pasa el tiempo en llorar y en hacer hilas. Me he informado, y resulta que vive en la calle del Hombre-Armado número 7 ¡Ah! ¿Conque la quieres? Perfectamente; la tendrás. Esto destruye todos tus planes. Habías formado tu conspiracioncilla, diciendo para ti:—Voy a significar mi voluntad: sin andarme en rodeos, crudamente, a ese abuelo, a esa momia de la Regencia y del Directorio, a ese antiguo pisaverde, a ese Dorante convertido en Geronte. También él ha tenido sus ligerezas, sus amoríos, sus grisetas, sus Cosettes. También él ha arrullado y arrastrado el ala y comido el pan de los veinte años; será preciso que se acuerde—. Vamos a verlo. Batalla: ¡Ah! Te has llevado chasco, y merecido. Te ofrezco una chuleta y me respondes que quieres casarte. Golpe de efecto. Contabas de seguro con que habría escándalo, olvidándote de que soy un viejo cobarde. ¿Qué dices ahora? Estás con la boca abierta. No esperabas encontrar al abuelo más borrico que tú, y pierdes así el discurso que debías dirigirme. Vamos, señor abogado, esto es para desesperar. Pues bien, peor que peor, rabia. He seguido la corriente de tu deseo. ¡Imbécil! Escucha. He tomado informes, pues también yo tengo mis puntas de socarrón, y sé que es hermosa y formal. Lo del lancero es pura invención. Ha hecho un montón de hilas, vale un Perú, te adora, y si hubieras muerto, habríamos sido tres; su ataúd hubiera acompañado al mío. Desde que te vi mejor, se me ocurrió traértela, así, de buenas a primeras, a la cabecera del lecho; pero sólo en las novelas se introduce de ese modo a las jóvenes en las alcobas donde yacen sus galanes heridos. En la vida real no existe tal cos-

tumbre. ¿Qué hubiera dicho tu tía? La mayor parte del tiempo estabas desnudo. Pregunta a Nicolasa que no se ha separado de ti un momento, si era posible que una mujer se acercase a tu cama. Y además, ¿qué hubiera dicho el médico? Una joven bonita no es el mejor remedio contra la fiebre. Por último, ¿a qué hablar más de eso? Es negocio concluído; tómala. ¿Te parezco feroz? He visto que no me querías, y he dicho para mis adentros: ¿qué podría hacer para que ese animal me quisiese? Darle su Cosette, y entonces será preciso que me quiera algo. ¡Ah! Te figurabas que el abuelo iba a incomodarse, a dar voces, a gritar, ¡no! a empañar con su cólera toda esa aureola de felicidad. Nada de eso. Cosette y el amor: convencido. Yo no deseo otra cosa. Caballero, tomaos la molestia de casaros. ¡Sé dichoso, hijo de mi alma!

Dicho esto, el anciano prorrumpió en sollozos.

Cogió la cabeza de Mario, la estrechó contra su pecho, y los dos se pusieron a llorar.

El llanto es una de las formas de la suprema dicha.

—¡Padre mío!—exclamó Mario.

—¡Ah! ¡Conque me quieres! — dijo el anciano.

Hubo un momento de inefable expansión, en que se ahogaban sin poder hablar.

Por fin, el abuelo tartamudeó:

—Vamos, ya estás desenojado, ya has dicho padre mío.

Mario desprendió su cabeza de los brazos del anciano, y dijo alzando apenas la voz:

—Pero, padre mío, ahora que estoy bueno, me parece que podría verla.

—También lo tenía previsto. La verás mañana.

—¡Padre mío!

—¿Qué?

—¿Por qué no hoy?

—Sea hoy; concedido. Me has dicho tres veces «padre mío», y váyase lo uno por lo otro. En seguida te la traerán. Lo tenía previsto, créeme. Esto ha sido ya puesto en verso. Es el desenlace de la elegía del «Enfermo» de Andrés Chenier, a quien degollaron los malva... los gigantes del 93.

Figurósele al señor Gillenormand percibir un ligero fruncimiento de cejas en Mario, quien, a la verdad, ya no le escuchaba, sumido en amoroso éxtasis y pensando mucho más en Cosette que en 1793.

El abuelo, temeroso de haber introducido tan fuera de tiempo a Andrés Chenier en el diálogo, repuso con precipitación:

—Degollaron, no es la palabra propia. El hecho es que los grandes genios revolucionarios, que no eran malvados; esto es incontestable; que eran héroes, ¡pardiez! conocían que Andrés Chenier les molestaba un poco, y le hicieron guillot... Es decir, que esos grandes hombres, el 7 de termidor, por interés del bien público, suplicaron a Andrés Chenier que se dejase...

El señor Gillenormand, cogido, como quien dice, entre dos fuegos por su propia frase, no pudo continuar.

No acertando a concluir ni a retractarse, aprovechó el instante en que su hija arreglaba la almohada de Mario, y trastornado con tan vivas emociones, se lanzó tan aprisa como se lo permitieron sus años, fuera de la alcoba, cerró la puerta tras de sí, y encendido el rostro, sofocado, echando espumarajos por la boca, desencajados los ojos, se encontró cara a cara con el buen Vasco que limpiaba las botas en la antecámara, le cogió del cuello y le gritó furioso:

—¡Por todos los diablos del infierno! ¡Sí! ¡Le asesinaron esos bandidos!

—¿A quién, señor?

—A Andrés Chenier.

—Sí, señor—se apresuró a decir Vasco todo asustado.

IV

DONDE SE VERÁ QUE LA SEÑORITA GILLENORMAND SE CONFORMÓ AL FIN CON QUE EL SEÑOR FAUCHELEVENT ENTRASE LLEVANDO UN BULTO DEBAJO DEL BRAZO.

Cosette y Mario se volvieron a ver.

Renunciamos a describir la entrevista. Hay cosas que no son del dominio de la pintura; el sol por ejemplo.

Toda la familia, inclusos Vasco y Nicolasa, estaba reunida en el cuarto de Mario, cuando entró Cosette.

Apareció en el umbral ; diríase que la rodeaba una aureola.

Precisamente en aquel instante iba a sonarse el anciano, y se quedó parado, cogida la nariz, y mirando a Cosette por encima del pañuelo.

—¡ Adorable !—exclamó.

Después se sonó estrepitosamente.

Cosette estaba embriagada de placer, medio asustada, en el cielo. Tenía ese azoramiento que da la felicidad. Balbuceaba, ya pálida, ya encendida, queriendo echarse en brazos de Mario, y sin atreverse. Avergonzábase de amar delante de tanta gente No hay compasión para los amantes dichosos ; se está junto a ellos cuando más desearían verse solos. ¿A qué necesitan de todas esas personas?

Detrás de Cosette había entrado un hombre de cabellos blancos, grave y sin embargo sonriente, aunque su sonrisa tenía cierto tinte vago y doloroso. Era el señor Fauchelevent ; era Juan Valjean.

Estaba «vestido decentemente», como había dicho el portero, de negro y de nuevo, y con corbata blanca.

El portero no podía, ni remotamente figurarse, en aquella persona bien vestida, en aquel notario probable, al horrible individuo que surgió ante él la noche del 7 de junio, harapiento, lleno de fango, asqueroso, con antifaz de sangre y cieno, llevando en brazos a Mario sin sentido ; y sin embargo, su olfato de portero estaba excitado. Cuando el señor Fauchelevent llegó con Cosette, no pudo menos de decir por lo bajo a su mujer :

—No sé por qué, pero se me antoja que he visto otra vez esa cara.

El señor Fauchelevent, en el cuarto de Mario, permanecía como aparte y junto a la puerta. Llevaba bajo el brazo un paquete bastante parecido a un tomo en octavo, con cubierta de papel verde, algo mohoso.

—¿Llevará siempre ese caballero libros bajo el brazo?—preguntó en voz baja a Nicolasa la señorita Gillenormand, poco amiga de libros.

—¡ Y qué !—respondió en el mismo tono el señor Gillenormand, que la había oído— ; será algún sabio. ¿Qué tiene eso de particular? ¿Es culpa suya? El señor Bouland, a quien conocí, no salía nunca sin un libraco, así como lo lleva el señor.

Y saludando, dijo en voz alta :

—Señor Tranchelevent...

El señor Gillenormand no lo hizo adrede, pues la poca atención a los nombres propios era en él estilo aristocrático.

—Señor Tranchelevent, tengo el honor de pediros para mi nieto, el señor barón Mario de Pontmercy, la mano de esta señorita.

El «señor Tranchelevent» se inclinó en señal de asentimiento.

—Negocio concluído—dijo el abuelo.

Y volviéndose hacia Mario y Cosette, con los dos brazos extendidos, en actitud de bendecir, les gritó :

—Se os permite adoraros.

No dieron lugar a que se les repitiese, pues en seguida empezó el susurro. Se hablaban en voz baja, Mario recostado en el sillón y Cosette de pie junto a él.

—¡ Dios mío ! — decía Cosette—, os vuelvo a ver. ¡ Eres tú ! ¡ Sois vos ! ¡ Haber ido a combatir de ese modo ! ¿Y por qué? Es horrible. En cuatro meses no he vivido. ¡ Oh ! ¡ qué maldad haber tomado parte en esa batalla ! ¿Qué os había yo hecho? Os perdono, pero con la condición de que será la última vez. Ahora mismo, cuando se nos avisó que viniésemos, creí de nuevo que iba a morir, pero era de alegría. ¡ Estaba tan triste ! No me detuve a vestirme ; y así debo parecerte horrorosa. ¡ Qué dirán vuestros padres al reparar que traigo el cuello tan estrujado ! Pero ¡ hablad ! Seguimos viviendo en la calle del Hombre-Armado. ¡ Conque tan honda herida tenías en el hombro ! Me han asegurado que cabía dentro un puño. Además, parece que ha habido carne cortada con tijeras. Esto sí que causa horror. He llorado hasta agotarse el raudal de mis lágrimas. No comprendo cómo se puede sufrir tanto. ¡ Qué aire de bondad es el de vuestro abuelo ! No os molestéis, no os apoyéis en el codo, vais a haceros daño. ¡ Oh ! ¡ qué feliz soy ! Ha acabado para nosotros la desgracia. Soy una tonta. Quería deciros cosas que no sé. ¿Me amáis como antes? Vivimos en la calle del Hombre-Armado. Allí no hay jardín. Mi pensamiento consistía en hacer

hilas. Aquí tenéis, caballero; mirad cómo por culpa vuestra se me ha formado en este dedo una callosidad.

—¡Ángel!—exclamó Mario.

«Ángel» es la sola palabra del idioma que no se gasta nunca. Ninguna otra resistiría al incesante empleo que hacen de ella los enamorados.

Después, como había gente delante, cesaron de hablar, contentándose con estrecharse suavemente las manos.

El señor Gillenormand se volvió a los que estaban en el cuarto, y les dijo:

—Vamos, hablad alto, meted ruido, ¡qué diablo! para que estos muchachos puedan charlar a gusto.

Y acercándose a Mario y Cosette, les dijo por lo bajo:

—Tuteaos. No os violentéis.

La señorita Gillenormand contemplaba con cierto estupor esta irrupción de claridad en su interior de solterona. Pero aquel estupor no tenía nada de agresivo; no era por ningún concepto la mirada gazmoña y envidiosa de una vieja zorra corrida; era la mirada imbécil de una pobre inocente de cincuenta y siete años; era la vida sin objeto contemplando el amor, ese triunfo.

—Yo te lo tenía anunciado—le dijo su padre—; no podía dejar de sucederte esto.

Permaneció un instante en silencio, y luego añadió:

—Mira la dicha de los demás.

Dirigiéndose entonces a Cosette, exclamó:

—¡Es preciosa! ¡Preciosa! Es una obra de Greuze. ¿Y vas tú solo a poseer semejante tesoro, pilluelo? ¡Ah, bribón! De buena te libras. Si yo tuviera quince años menos, nos la disputaríamos a sablazos. Señorita, estoy enamorado de vos, y no tiene nada de extraño que lo esté, pues tal es vuestro derecho. ¡Y qué boda, qué monísima boda vamos a celebrar! Nuestra parroquia es San Dionisio del Santísimo Sacramento; pero obtendré una dispensa para que os caséis en San Pablo, que es mejor iglesia. La construyeron los jesuítas. Os parecerá lindísima. Está mirando a la fuente del cardenal de Birague. La obra maestra de la arquitectura jesuítica se encuentra en Namur. Será preciso ir a verla cuando estéis casados. Vale la pena el viaje. Señorita, coincido enteramente con vuestro modo de pensar; quiero que las jóvenes se casen, pues para eso las ha criado Dios. Quedarse soltera es meritorio, pero frío. La Biblia dice: multiplicaos. Para salvar al pueblo se necesita de Juana de Arco; mas para que no se concluya la especie, se necesita de la tía Antonia. Casaos, pues, hermosas. ¿De qué sirve permanecer solteras? Sé muy bien que se tiene una capilla aparte en la iglesia, y que todos se inclinan ante la cofradía de la Virgen; pero ¡vive Dios! un buen marido, mozo guapo y de provecho, y al cabo de un año un chiquitín rollizo y rubio, que mame por cuatro, cuyos muslos no quepan en las manos de gordos, y que juegue con los piececitos rosados en el seno materno, riéndose con la sonrisa de la aurora; esto vale más que llevar un cirio en la iglesia, y cantar: «¡Turris Eburnea!»

El abuelo ejecutó una pirueta sobre sus talones de ochenta años, y en seguida se puso de nuevo a hablar como movido de un resorte:

Así limitando el curso
De cavilaciones tantas,
Alcipo, no cabe duda,
Dentro de poco te casas.

—A propósito.

—¿Qué, padre mío?

—¿No tenías un amigo íntimo?

—Sí, Courfeyrac.

—¿Qué se ha hecho de él?

—Ha muerto.

—Más vale así.

Sentóse junto a ellos, hizo sentar a Cosette, y tomando sus cuatro manos en las suyas arrugadas por la edad, dijo:

—Es bocado exquisito esta picarona. ¡Es una obra maestra esta Cosette! Muy niña y muy señora al mismo tiempo; lástima que no lleve más título que el de baronesa, pues ha nacido para marquesa. ¡Y qué pestañas tiene! Hijos míos, convenceos de que es verdad lo que pasa a vuestro alrededor y dentro de vosotros. Amaos hasta embobeceros. El amor es la tontería de los hombres y el talento de Dios. Adoraos. Pero—añadió, poniéndose triste de repente—, ¡qué lástima! ahora caigo en ello. Más

de la mitad de mis rentas son vitalicias. Mientras yo viva, todo marchará bien; pero, después que muera, de aquí a unos veinte años ¡ah, pobrecillos! no tendréis un cuarto. Esas bonitas y blancas manos, señora baronesa, se verán quizá obligadas a dedicarse a faenas que no son de vuestra clase.

Oyóse, al llegar aquí, una voz grave y tranquila, que decía:

—La señorita Eufrasia Fauchelevent tiene seiscientos mil francos.

Era la voz de Juan Valjean.

No había desplegado aún los labios; nadie parecía cuidarse siquiera de que estuviese allí, y él permanecía de pie e inmóvil detrás de todos aquellos seres dichosos.

—¿Quién es la señorita Eufrasia?—preguntó el abuelo como asustado.

—Soy yo—respondió Cosette.

—¡Seiscientos mil francos!—repuso el señor Gillenormand.

—Menos catorce o quince mil quizá—dijo Juan Valjean.

Y colocó en la mesa el paquete que la señorita Gillenormand había tomado por un libro.

Juan Valjean lo abrió en seguida; era un legajo de billetes de Banco. Los contó, y había quinientos billetes de mil francos, y ciento sesenta y ocho de quinientos. Total: quinientos ochenta y cuatro mil francos.

—¡Buen libro!—dijo el señor Gillenormand.

—¡Quinientos ochenta y cuatro mil francos!—murmuró entre dientes la tía.

—Esto allana muchas cosas, ¿no es verdad, señorita Gillenormand mayor?—preguntó el abuelo—. ¡Ese diablo de Mario que ha ido a tropezar en la región de los sueños con una griseta millonaria! ¡Fiaos ahora en los amoríos de los jóvenes! Los estudiantes ¡ahí es nada! encuentran gangas de seiscientos mil francos. Ni Rothschild.

—¡Quinientos ochenta y cuatro mil francos!—repetía a media voz la señorita Gillenormand—. ¡Quinientos ochenta y cuatro! Poco falta para los seiscientos mil. ¡Oh!

En cuanto a Mario y Cosette, no hacían en todo este tiempo más que mirarse, prestando apenas atención a aquel incidente.

V

DONDE SE PRUEBA QUE ES MÁS SEGURO DEPOSITAR EL DINERO EN CIERTOS BOSQUES QUE EN MANOS DE CIERTOS NOTARIOS.

El lector debe haber comprendido, sin que necesitemos explicárselo latamente, que Juan Valjean, después del resultado obtenido en lo de Champmathieu, pudo, gracias a su primera evasión de algunos días, ir a París, y retirar a tiempo de la casa de Laffitte la suma que había ganado, bajo el nombre del señor Magdalena, en M.—a orillas del M.—, y que temeroso de que le cogiesen, lo que no tardó en suceder, había ocultado aquella suma, enterrándola en el bosque de Montfermeil, donde dicen el predio Blaru. La cantidad, consistente en seiscientos treinta mil francos, toda en billetes de Banco, abultaba poco y cabía en una caja; sólo que, para preservar ésta de la humedad, la había colocado en un cofrecito de encina, lleno de virutas de castaño. En el mismo cofrecito guardó otro tesoro; los candelabros del obispo. Se recordará que llevó consigo estos candelabros al evadirse de M.

El hombre a quien Boulatruelle vió una noche por primera vez, era Juan Valjean. Luego, cada vez que Juan Valjean necesitaba dinero, iba a buscarlo al claro Blaru; de ahí las ausencias de que hemos hablado.

Tenía oculto un azadón entre los matorrales, en un paraje de él solo conocido.

Cuando vió a Mario convaleciente, presintiendo que se acercaba la hora en que aquel dinero podía ser útil, fué a buscarlo. Ya se habrá colegido cómo y por qué le volvió a divisar Boulatruelle en el bosque, aunque esta vez de madrugada y no de tarde. Boulatruelle heredó el azadón.

La cantidad verdadera ascendía a quinientos ochenta y cuatro mil francos, Juan Valjean tomó para sí los quinientos francos.

—Después veremos—dijo en su interior.

La diferencia entre esta suma y los seiscientos treinta mil francos retirados de la casa de Laffitte, representaba el

gasto de diez años, de 1823 a 1833. Los cinco que permaneció en el convento no habían costado más que cinco mil francos.

Juan Valjean colocó los dos candelabros de plata sobre la chimenea, donde los contemplaba con grande admiración la tía Santos.

Por lo demás, Juan Valjean sabía que nada tenía ya que temer de Javert. Había oído contar, y lo vió confirmado en el *Monitor*, el caso de un inspector de policía, llamado Javert, al que encontraron ahogado debajo de un barco chato de lavandera, entre el Pont-du-Change y el Puente Nuevo. Un escrito que había dejado el tal inspector, hombre por otra parte irreprensible y apreciadísimo de sus jefes, inducía a creer en un acceso de enajenación mental como causa inmediata del suicidio.

—En efecto—pensó Juan Valjean—, debía estar loco cuando, teniendome en su poder, me dejó ir libre.

VI

DONDE SE VERÁ CÓMO LOS DOS ANCIANOS PROCURAN LABRAR, CADA UNO A SU MANERA, LA FELICIDAD DE COSETTE.

Se dispuso todo para el casamiento.

Habiéndose consultado al médico, declaró que podría verificarse en el mes de febrero.

Corría el mes de diciembre.

Algunas semanas de perfecta e inefable dicha se pasaron.

El abuelo no era el menos feliz.

Empleaba sus buenos cuartos de hora contemplando a Cosette.

—¡Qué admirable niña! — decía—. ¡Y qué aire tan dulce y candoroso tiene! En toda mi vida he visto muchacha más preciosa. Más adelante poseerá virtudes con olor a violeta. Es una de las gracias. Hay por necesidad que vivir noblemente con semejante criatura. Mario, hijo mío, eres barón y rico, déjate de defender pleitos; yo te lo ruego.

Cosette y Mario habían pasado repentinamente del sepulcro al paraíso.

La transición había sido tan inesperada, que sólo el derrumbamiento les impidió perder el sentido.

—¿Comprendes algo de todo esto?—preguntaba Mario a Cosette.

—No—respondía Cosette—; pero me parece que Dios nos está mirando.

Juan Valjean hizo, aplaudió, concilió y facilitó todo, apresurando la dicha de Cosette con tanta solicitud y alegría, a lo menos en la apariencia, como la joven misma.

La circunstancia de haber sido corregidor, le ayudó a resolver un problema delicado, cuyo secreto le pertenecía a él solo: el estado civil de Cosette. Decir secamente su origen ¿quién sabe? tal vez fuese un obstáculo para el casamiento.

Él supo allanar todas las dificultades, arreglando a Cosette una familia de personas ya difuntas, lo cual era el mejor medio de evitar reclamaciones. Cosette era el último vástago de un tronco ya seco. Debía el nacimiento, no a él, sino a otro Fauchelevent, hermano suyo.

Los dos hermanos habían sido jardineros en el convento de la calle de Postas.

Las buenas monjas dieron excelentes informes. Poco aptas y sin inclinación a sondear las cuestiones de paternidad, no supieron nunca fijamente de cuál de los dos Fauchelevent era hija Cosette.

Dijeron lo que se quiso, y lo dijeron con celo.

Extendióse un acta de notoriedad, y Cosette fué, ante la ley, la señorita Eufrasia Fauchelevent, huérfana de padre y madre.

Juan Valjean hizo de modo que se le designase, bajo el nombre de Fauchelevent, por tutor de Cosette, con el señor Gillenormand en clase de tutor sustituto.

En cuanto a los quinientos ochenta y cuatro mil francos, era un legado hecho a Cosette por una persona, ya difunta, y que deseaba permanecer desconocida.

El legado primitivo había sido de quinientos noventa y cuatro mil francos; pero se gastaron diez mil en la educación de la señorita Eufrasia; la mitad pagada al indicado convento.

Este legado depositado en manos de un tercero, debía entregarse a Cosette en siendo mayor de edad, o cuando se casase.

Todo esto era muy aceptable como se ve desde luego, y más apoyándose en

la firme base de medio millón y pico de francos.

Había esparcidas acá y allá algunas singularidades; pero se hizo la vista gorda.

Uno de los interesados tenía los ojos vendados por el amor, y los demás por los seiscientos mil francos.

Cosette supo que no era hija de aquel anciano, a quien había llamado padre tanto tiempo.

Era sólo un pariente, y su verdadero padre el señor Fauchelevent.

En otra cualquier ocasión esto la habría lastimado; pero en aquellos momentos supremos de inefable felicidad, fué apenas una sombra, una nubecilla, que el exceso de la alegría disipó pronto. Tenía a Mario.

Al mismo tiempo de desvanecerse para ella la personalidad del anciano, surgía la del joven. Esta es la vida.

Cosette, por otra parte, estaba habituada hacía muchos años a ver en torno suyo enigmas; todo ser que ha tenido una infancia misteriosa, se halla siempre dispuesto a ciertas privaciones.

Continuó, sin embargo, llamando «padre» a Juan Valjean.

Cosette, en su amoroso éxtasis, se sentía entusiasmada por el señor Gillenormand, aunque él verdaderamente le colmaba de madrigales y de regalos. Mientras que Juan Valjean construía a Cosette una situación normal en la sociedad, y un estado al abrigo de todos los ataques, el señor Gillenormand cuidaba del canastillo de boda. Nada le divertía tanto como mostrarse espléndido. Dió a Cosette un vestido de guipur de Binche que había llevado su abuela.

—Las modas antiguas vuelven a usarse—decía—, y las jóvenes de mi ocaso se visten como las viejas de mi oriente.

Vaciaba sus respetables cómodas de laca de Coromandel, que en muchos años no habían sido abiertas.

—Confesemos a estas centenarias—exclamaba—, a ver qué es lo que tienen en la tripa.

Abría con ruido gavetas panzudas llenas de trajes y adornos de todas sus mujeres, de todas sus queridas y de todas sus abuelas. Pequines, damascos, lustrinas, moirés de colores, vestidos de gro, de Tours flameado, pañuelos de la India bordados de un oro que puede lavarse, delfina al revés en piezas, puntilla de Génova y de Alenzón, joyas de antigua fecha; cajitas de marfil para dulces con dibujos microscópicos de batallas, cintas de infinitas clases, todo se lo regalaba a Cosette; y Cosette, sorprendida, penetrada de amor hacia Mario, y de reconocimiento hacia el señor Gillenormand, soñaba con una felicidad sin límites entre rasos y terciopelos. Su canastillo de boda se le aparecía sostenido por los serafines. Su alma se perdía en el azul del cielo con alas de encaje de Malinas.

La embriaguez de los enamorados no era igualada, lo hemos dicho, más que por el éxtasis del abuelo. Había como un concierto de trompetas y clarines en la calle de las Monjas del Calvario.

Cada mañana, nueva ofrenda del abuelo a Cosette. Todos los falbalás imaginables se ostentaban espléndidamente a su alrededor.

Un día Mario, que aprovechaba con gusto la ocasión de decir cosas graves en medio de su felicidad, dijo a propósito de no sé qué incidente:

—Los hombres de la Revolución son tan grandes que tienen ya el prestigio de los siglos, como Cantón y Focion, y cada uno de ellos parece una antigua memoria. «Une memoire antique.»

—¡Muer-antic! (Moiré antique)—exclamó el anciano—. Gracias, Mario. Precisamente andaba buscando esa idea.

Y al día siguiente, un magnífico vestido de muerantic, color de te, se añadió al canastillo de Cosette.

De todo este ajuar deducía reflexiones el abuelo.

—Bueno es el amor, pero con estos apéndices. La felicidad necesita de lo superfluo, pues ella, por sí sola, no es más que lo necesario, y conviene sazonarla con artículos de mero lujo. Un palacio y su corazón. Su corazón y el Louvre. Su corazón y las fuentes de Versalles. Dadme la pastora de mi alma, y procurad que sea duquesa. Traedme a Filis coronada de flores, y dotadla con cien mil francos de renta. Una bucólica, sea; pero bajo columnas de mármol y de oro. La felicidad a secas se parece al pan a secas. Se come, y basta. Yo quie-

ro lo superfluo, lo inútil, lo extravagante, lo demasiado, lo que de nada sirve. Acuérdome de haber visto en la catedral de Strasburgo un reloj tan alto como una casa de tres pisos, que señalaba la hora, que tenía la bondad de señalar la hora, pero cuyo aspecto no indicaba que tal fuese su destino, y que después de haber dado las doce del día o de la noche, esto es, la hora del sol y del amor, o la que gustéis, mostraba la luna y las estrellas, la tierra y el mar, las aves y los peces, Febo y Febé, y una caterva de cosas que salían de un nicho, y los doce apóstoles y el emperador Carlos V, y Eponina y Sabino, sin contar un montón de figurillas doradas tocando la trompeta. Pues todavía le sobraba una multitud de campanas que echaba al vuelo a cada instante sin saberse por qué. ¿Qué vale en comparación de tantas maravillas, un mal reloj, capaz sólo de señalar las horas? Soy del mismo dictamen que el gran reloj de Strasburgo, y lo prefiero al de la Selva Negra.

El señor Gillenormand desbarraba, especialmente al tratarse de la boda, y todo el ajuar del siglo XVIII hallaba cabida en sus ditirambos.

—Vosotros ignoráis el arte de las fiestas. En estos tiempos no sabéis pasar un día de buen humor. Vuestro siglo XIX es liviano, y no conoce la riqueza ni la nobleza. Está raso en todo. Vuestra clase media es insípida, incolora, inodora e informe. Sueños de personas vulgares que se establecen, como dicen: un bonito gabinete con adornos, aun frescos, de madera pintada, e indiana. ¡Plaza! ¡plaza! el señor Grigou se casa con la señorita Grippesou. ¡Qué suntuosidad! ¡Qué esplendor! Un luis de oro, pegado a un cirio. Tal es la época. Me voy más allá de los Sármatas.

»¡Ah! desde 1787, el día que vi al duque de Rohan, príncipe de León, duque de Chabot, duque de Mombason, marqués de Soubise, vizconde de Thouars, par de Francia, ir a Longchamps en una carraca, predije todo esto. El resultado no podía ser otro. En el siglo actual se hacen negocios, se juega a la Bolsa, se gana dinero, y son los hombres miserables. Pulir y barnizar la superficie es el objeto predominante. Las personas se ponen de veinticinco alfileres, se lavan y se enjabonan, se peinan, se alisan, se frotan, se cepillan, se charolan; el exterior está como un espejo; y al mismo tiempo ¡mal pecado! hay en el fondo de la conciencia estercoleros y cloacas capaces de hacer retroceder a una vaquera que se suena con los dedos. Decreto a la época actual esta divisa: Limpieza sucia. Mario, no te enojes, permíteme hablar. Yo no hablo mal de tu pueblo, como ves; al contrario, se me llena la boca al mentarle; pero en cuanto a la clase media ¡oh! déjame sacudirle el polvo un poquito. Es evidente que el que bien ama, mejor zurra. Lo digo y lo repito; hoy se casa la gente, pero no sabe hacerlo. Sí; mucho que sí: echo de menos la gentileza de las antiguas costumbres. Todo lo echo de menos: aquella elegancia, aquella caballerosidad, aquellos modales tan corteses y graciosos, aquel lujo, la música formando parte de la boda; arriba la sinfonía, abajo el tamboril; los bailes, los alegres festines, los madrigales alambicados, las canciones, los fuegos artificiales, la risa sin doblez; el diablo y su comitiva, los lazos de cintas. Echo de menos la liga de la novia. La liga de la novia es prima del ceñidor de Venus. ¿Sobre qué gira la guerra de Troya? Pardiez, sobre la liga de Elena. ¿Por qué se combate; por qué el divino Diomedes rompe en la cabeza de Merioneo el gran casco de bronce de diez puntas; por qué Aquiles y Héctor cruzan sus picas? Porque Elena ha dejado que Paris le ate la liga. Homero haría la Iliada con la liga de Cosette. Introduciría en su poema un viejo charlatán como yo, y le llamaría Néstor. Amigos míos, en otro tiempo, en mi época, los casamientos se celebraban en regla; primero un buen contrato y luego una suculenta comida. Desde que salía Cuyacio entraba Gamache. Porque ¡diantre! el estómago es un animal que pide lo que le pertenece de derecho, y quiere tener también su boda. Se cenaba bien, sentándose a la mesa junto a una mujer hermosa, sin griñón y descotada. ¡Oh! ¡Y qué bocas bonitas y risueñas! ¡Qué alegría reinaba en mis tiempos! La juventud era un ramillete; toda joven terminaba por un ramo de lilas o de rosas. El guerrero se convertía en pastor, y si era

casualmente capitán de dragones, encontraba medio de llamarse Florián. Había empeño en estar lindo, abundando los bordados en el traje y el colorete en el rostro. El simple ciudadano tenía aire de flor, y el marqués de piedra preciosa. No se usaban botas. Y así, rozagantes y lustrosos, presumidos y pisaverdes, llevaban espada al costado. Era el colibrí con pico y uñas. Era el tiempo de las «Indias galantes». Delicadeza y magnificencia los dos caracteres de aquel siglo. Y ¡cuerpo de Dios! nos divertíamos. Hoy predomina la seriedad. El ciudadano es avaro, y la ciudadana gazmoña. ¡Qué desgraciado es vuestro siglo! Se expulsaría de él a las Gracias por encontrarlas demasiado desnudas. ¡Ay! Ocúltase la hermosura como si fuese un defecto. Desde la Revolución, todos usan pantalones, hasta las bailarinas. Las alumnas de Terpsícore deben ser graves, vuestros rigodones son doctrinarios. La majestad ante todo. El gran tono es llevar la barba metida dentro de la corbata. El ideal de un mozalbete de veinte años que se casa, consiste en parecerse a Royer-Collard. ¿Y sabéis lo que se consigue con esta majestad exagerada? Empequeñecerse. Tened por cierto que la alegría no es solamente alegre, sino grande. Pero, a lo menos, sed amantes de buen humor, ¡qué diablo! ¡Casaos, ya que os caséis, con la fiebre, el atolondramiento y el bullicio de la felicidad! En la iglesia gravedad: concedido. Pero, concluída la ceremonia, ¡con mil de a caballo! sería preciso envolver en un sueño mágico a la novia. Un casamiento debe ser regio y quimérico, pasándose el ceremonial de la catedral de Reims a la pagoda de Chanteloup. Me inspira horror una boda prosaica. ¡Cuerpo de Cristo! ese día, por lo menos, subid al Olimpo y convertíos en dioses. ¡Ah! pudierais ser silfos, juegos, risas, argiráspidas, ¡y sois simples horteras! Amigos míos, todo recién casado debe ser el príncipe Aldobrandini. Aprovechad ese minuto, único en la vida, para volar al Empíreo con los cisnes y las águilas, aunque hayáis de volver a caer al día siguiente en el prosaísmo de las ranas. No os andéis en economías con el himeneo; no le escatiméis sus brillantes rayos.

»¡La boda no es el gobierno de la casa. ¡Oh! Si manejase a mi gusto ésta, sería magnífica. Se oirían violines en los árboles. Ved mi programa: cielo azul y dinero. Mezclaría en la fiesta las divinidades campestres; convocaría las dríadas y las nereidas. La boda de Anfitrite, una nube rosada, ninfas con elegantes peinados y desnudas, un académico dedicando coplas a la diosa, y una carroza tirada por monstruos marinos.

> Iba delante Triton,
> y sacaba de su concha
> los agradables sonidos
> que a las ninfas enamoran.

»Si este no es un magnífico programa de fiesta, confieso que no lo entiendo ¡con todos los diablos!

Mientras que el abuelo, en medio de su lírica efusión, se escuchaba a sí mismo, Cosette y Mario, mirándose con entera libertad, sentían una dulce embriaguez.

La señorita Gillenormand consideraba todo esto con su impasibilidad habitual. En cinco o seis meses no había cesado de recibir emociones; Mario de vuelta, Mario cubierto de sangre, Mario traído de una barricada, Mario muerto y luego vivo, Mario reconciliado, Mario casándose con una pobre, Mario casándose con una millonaria. Los seiscientos mil francos fueron su última sorpresa, y en seguida recobró su indiferente calma. Iba, como antes, a los oficios, rezaba el rosario, leía su eucólogo, acompañaba con el murmullo de sus «Aves Marías» el otro murmullo de los «J'love you» (yo te amo), y veía vagamente a Mario y a Cosette como dos sombras. La sombra era ella.

Hay cierto estado de ascetismo inerte, en que el alma, neutralizada por el entorpecimiento, extraña a lo que pudiera llamarse la tarea de vivir, no percibe, si se exceptúan los temblores de tierra y las catástrofes, ninguna de las impresiones humanas, ni las impresiones agradables, ni las penosas. Esa devoción, decía el señor Gillenormand a su hija, se asemeja al romadizo de cabeza. Tú no conoces nada de la vida. No respiras malos olores, pero tampoco los respiras buenos.

Por lo demás, los seiscientos mil fran-

cos habían fijado la indecisión de la anciana señora. Su padre estaba tan acostumbrado a prescindir de ella, que no la consultó sobre el casamiento de Mario. Había cedido al primer ímpetu, como hacía siempre, no teniendo, convertido de déspota en esclavo, más que un pensamiento : satisfacer a Mario. De la tía no se había acordado para nada, y esto, monótona y todo, como la señorita Gillenormand era, no dejó de lastimarla.

Algo ofendida en su fuero interno, pero extremadamente impasible, había dicho para su sayo :—Mi padre resuelve la cuestión del casamiento sin mí ; yo resolveré la cuestión de la herencia sin él.

En efecto ; la señorita Gillenormand era rica, y su padre no lo era. No comunicó, pues, a nadie su decisión ; y es probable que si el casamiento hubiese sido pobre, pobre lo hubiera dejado.—Tanto peor para mi sobrino. Se casa con una pordiosera ; pues que mendigue.

Pero el medio millón de francos de Cosette agradó a la tía, y cambió su manera de pensar respecto de aquel par de enamorados. Seiscientos mil francos es una suma que merece consideración, y la señorita Gillenormand no podía menos de estar en favor de aquellos jóvenes, por lo mismo que no necesitaban de su herencia.

Se dispuso que los esposos habitasen en casa del abuelo. El señor Gillenormand quiso absolutamente cederles su cuarto por ser el más hermoso de la casa.

«—Esto me rejuvenecerá — decía—. Es un antiguo proyecto. Había tenido siempre la idea de convertir mi cuarto en cámara nupcial.»

Lo amuebló con cierta galantería antigua, y lo hizo techar y alfombrar con una tela de extraordinario mérito, que conservaba en pieza, y que creía era de Utrech ; tenía el fondo de raso, y por adorno flores de terciopelo.

—De esta tela—decía—era el cobertor de la cama de la duquesa de Anville, en la Rocheguyon.

Colocó en la chimenea una figurilla de Sajonia que tenía un manguito sobre el desnudo vientre.

La biblioteca del señor Gillenormand se transformó en despacho de abogado para Mario.

VII

EFECTOS DE SUEÑO MEZCLADOS CON LA FELICIDAD

Los amantes se veían diariamente. Cosette iba a casa de Mario con el señor Fauchelevent.

—Es al revés de todas las cosas—decía la señorita Gillenormand—, la futura viene al domicilio del novio para que éste le haga la corte.

La convalecencia de Mario lo había exigido así ; y los sillones de la calle de las Monjas del Calvario, mejores para los diálogos amorosos que las sillas de paja de la calle del Hombre-Armado, habían contribuido a que se arraigase esta costumbre.

Mario y el señor Fauchelevent se veían, pero no se hablaban. Parecía plan convenido. Toda joven necesita un rodrigón. Cosette no hubiera podido ir a casa de Mario sin el señor Fauchelevent ; de modo que éste, para Mario, era la condición de Cosette, condición que él aceptaba.

Al discutir sobre política, aunque vagamente y sin determinar nada, desde el punto de vista de la mejora general de la suerte de todos, llegaban a decirse algo más que sí y no.

Una vez, con motivo de la enseñanza, que Mario quería que fuese gratuita y obligatoria, multiplicada bajo todas las formas, prodigada a todos como el aire y el sol ; en una palabra, respirable al pueblo entero, fueron del mismo dictamen, y casi entraron en conversación. Mario notó entonces que el señor Fauchelevent hablaba bien, y hasta con cierta elevación de lenguaje. Faltábale, sin embargo, no se sabe qué. El señor Fauchelevent tenía alguna cosa de menos que el hombre de mundo, y alguna cosa de más.

Mario, interiormente y en el fondo de su pensamiento, dirigía todo género de preguntas mudas a aquel señor Fauchelevent, que era para él simplemente benévolo y frío. Ocurríanle de vez en cuando dudas sobre sus propios recuerdos. Había en su memoria un agujero,

un punto negro, un abismo abierto por cuatro meses de agonía, y en él se habían perdido muchas cosas. Preguntábase si estaba bien seguro de haber visto al señor Fauchelevent, a un hombre tan grave y tan sereno en la barricada.

Y no era éste el único estupor que las apariciones y desapariciones del pasado le habían dejado en el espíritu ; ni debe creerse que estuviese libre de esas insistencias de la memoria que nos obligan, aun siendo dichosos, aun hallándonos satisfechos, a mirar melancólicamente hacia atrás. La cabeza que no se vuelve a contemplar los horizontes ya desvanecidos, no encierra ni pensamiento ni amor.

A veces Mario se cogía la cara entre las manos, y el vago y tumultuoso pasado empañaba el crepúsculo que tenía en el cerebro. Veía de nuevo caer a Mabeuf, oía a Gavroche cantar bajo la metralla, sentía en sus labios el frío de la frente de Eponina, las sombras de todos sus amigos, Enjolras, Courfeyrac, Juan Prouvaire, Combeferre, Bossuet, Grantaire, surgían ante él, disipándose en seguida. Aquellos seres queridos, impregnados de dolor, valientes, ya graciosos, ya trágicos, ¿eran creaciones de su fantasía? ¿habían existido realmente? El motín se lo había llevado todo en su humo. Las grandes fiebres originan estos sueños. Interrogábase, palpábase, y agitábale el vértigo de todas estas realidades desvanecidas. ¿Dónde estaban, pues, aquellos seres? ¿Habían muerto, sin quedar uno solo? Una caída en las tinieblas, de la que él era el único que se había salvado. Parecíale la desaparición que se verifica al correr el telón de un teatro. Hay de estas bajadas de telón en la vida. Dios pasa al acto siguiente.

Y en cuanto a él, ¿era la misma persona que antes? Pobre entonces, ahora rico, abandonado hacía poco, tenía ya una familia ; desesperado recientemente, iba a casarse dentro de unos días con Cosette. Figurábasele que había cruzado al través de un sepulcro, penetrando en él negro, y saliendo blanco. Los demás se habían quedado en la sombra.

En ciertos instantes, aquellos seres del pasado, apareciéndosele, formaban un círculo alrededor de él, y le obscurecían ; pero pensaba en Cosette, volvía a estar tranquilo ; necesitaba de esa felicidad para borrar de su memoria semejante catástrofe.

El señor Fauchelevent figuraba casi en aquella comitiva de muertos. Costábale trabajo a Mario creer que el Fauchelevent de la barricada fuese el mismo personaje que el Fauchelevent de carne y hueso, tan gravemente sentado junto a Cosette. El primero era quizá una de esas pesadillas que se sucedían en las horas de su delirio.

Por lo demás, atendida la diferencia de índoles, no había posibilidad de que Mario dirigiese ninguna pregunta al señor Fauchelevent. Ni era fácil que le ocurriese tal idea. Hemos hecho alusión antes de ahora a ese pormenor tan característico.

Dos hombres poseedores de un secreto, y que por una especie de tácito convenio no hablan de él una palabra, es menos raro de lo que se cree.

Una vez sola intentó Mario romper aquel silencio. Hizo intervenir en la conversación la calle de la Chanvrerie, y volviéndose al señor Fauchelevent, le dijo :

—Conocéis perfectamente esa calle, ¿no es verdad?

—¿Qué calle?

—La de la Chanvrerie.

—No tengo ninguna idea del nombre de esa calle—contestó el señor Fauchelevent con el tono más natural del mundo.

La respuesta, que se refería al nombre de la calle, y no a la calle misma, pareció a Mario más concluyente de lo que en sí era.

—Decididamente—pensó—, he soñado. Ha sido una alucinación. Alguno que se le parecía sin duda. El señor Fauchelevent no estaba allí.

VIII

INVESTIGACIONES INÚTILES

El encanto, aunque grande, no consiguió borrar en el espíritu de Mario otros cuidados.

Mientras se disponía el casamiento y llegaba la época fijada, se dedicó a hacer difíciles y escrupulosas indagaciones retrospectivas.

Tenía contraídas deudas de gratitud

con varias personas, tanto en nombre de su padre, como en nombre suyo.

Una era la de Thenardier, y otra la del desconocido que le había llevado a casa de su abuelo, el señor Gillenormand.

Mario deseaba encontrar a estos dos hombres, pues no podía conciliar la idea de casamiento y felicidad con la de olvidarlos, pareciéndole que esas deudas de reconocimiento, no pagadas, proyectarían una sombra en su vida, tan luminosa en adelante. Érale imposible dejar tras de sí tales partidas en descubierto; y quería, antes de entrar alegremente en el porvenir, recibir el finiquito del pasado.

El que Thenardier fuese un infame, no impedía que hubiese salvado al coronel Pontmercy. Thenardier era un bandido para todos, excepto para Mario, que ignoraba la verdadera escena del campo de batalla de Waterloo, y no sabía, por lo tanto, que su padre, aun que debía la vida a Thenardier, no le debía, en atención a las circunstancias particulares de aquel hecho, ninguna gratitud.

Los varios agentes que empleó Mario no llegaron a descubrir la pista de Thenardier. Por parte de este individuo, el eclipse parecía completo. La Thenardier había muerto en la cárcel durante el proceso.

Thenardier y su hija Acelma, únicos personajes que quedaban de aquel deplorable grupo, habían desaparecido de nuevo en las tinieblas.

El abismo social de lo desconocido se había vuelto a cerrar silenciosamente sobre su cabeza, y ni siquiera se veía en la superficie ese estremecimiento, ese temblor, esos obscuros círculos concéntricos que anuncian que ha caído algo, y que se puede echar la sonda.

La muerte de Thenardier, la absolución de Boulatruelle y la fuga de Suenadinero y de los principales acusados, habían hecho abortar, o poco menos, el proceso referente a la emboscada de la casuca Gorbeau.

Aquel asunto quedó cubierto de cierta obscuridad.

El tribunal había tenido que contentarse con dos subalternos. Panchaud (a) Primaveral (a) Colmenero y Demiliars (a) Dosmillares, que fueron condenados a diez años de presidio, siéndolo a cadena perpetua sus cómplices fugados y contumaces.

Contra Thenardier, como jefe y autor de la trama, recayó también por contumacia, sentencia de muerte.

Esta sentencia era lo único que quedaba acerca de Thenardier, y su siniestra claridad esparcida sobre este nombre causaba el efecto de una vela alumbrando un ataúd.

Por lo demás, la pena capital, lanzando a lo último del abismo a Thenardier, quien naturalmente quería burlar la vigilancia de la justicia, espesaba todavía más las tinieblas en que caminaba envuelto.

En cuanto al otro, esto es, al individuo que había salvado a Mario, las indagaciones dieron al principio algún resultado, y luego cesaron de darlo de ninguna clase.

Consiguióse hallar el carruaje que había traído a Mario a la calle de las Monjas del Calvario, la noche del 6 de junio.

El cochero declaró que el 6 de junio, de orden de un agente de policía, se había situado, desde las tres de la tarde hasta la noche, en el muelle de los Campos Elíseos por encima de la salida de la alcantarilla grande; que a eso de las nueve de la noche, la reja de la alcantarilla que da al ribazo se había abierto, saliendo por ella un hombre con otro a cuestas, el cual parecía estar muerto; que el agente, colocado allí en acecho, había preso a ambos, y que los tres entraron en el carruaje con dirección a la calle de las Monjas del Calvario, donde se dejó al muerto; que este muerto era el mismísimo Mario, a quien conocía perfectamente, aunque ahora vivo; que luego se habían vuelto a poner en marcha, mandándole parar a pocos pasos de la puerta de los Archivos, y que allí, en medio de la calle, le pagaron y despidieron, llevándose el agente al otro individuo.

Esto era cuanto sabía, y añadió que la noche estaba muy obscura.

Mario, ya lo hemos dicho, no recordaba nada. Sólo hacía memoria de que le habían cogido por detrás con mano enérgica en el momento de caer al suelo; lo demás no existía para él.

Recobró el conocimiento en casa del señor Gillenormand.

Perdíase en conjeturas.

No podía dudar de su identidad. ¿Cómo se comprendía, sin embargo, que habiendo caído en la calle de la Chanvrerie, el agente de policía le recogiese en el ribazo del Sena, junto al puente de los Inválidos?

Alguien le había trasladado desde el barrio de los Mercados a los Campos Elíseos. ¿Y cómo? Al través de la alcantarilla. ¡Inaudita abnegación!

¿Y quién era ese alguien?

A descubrirle se dirigían todas las pesquisas de Mario; y hasta la fecha ni el menor indicio, ni el más leve rastro acerca de ese hombre, su salvador.

Mario, aunque teniendo que guardar en esta parte mucha reserva, acudió a la misma Prefectura de Policía.

Allí, lo propio que en otros puntos, los datos que se recogieron no aclaraban nada.

La Prefectura sabía menos que el cochero.

No se tenía allí noticia de ninguna aprehensión verificada el 6 de junio en la reja de la alcantarilla grande; no se había recibido parte alguno, y así se consideraba aquel hecho mera fábula, atribuyendo su invención al automedonte.

Un cochero a caza de propinas es capaz hasta de tener imaginación.

Sin embargo, el hecho era cierto, y Mario no podía ponerlo en duda sin dudar al mismo tiempo de su identidad, como acabamos de decir.

Todo, en este extraño enigma, era inexplicable.

¿Qué había sido de aquel hombre, personaje misterioso, a quien el cochero vió salir de la alcantarilla grande, con Mario desmayado a cuestas, y que el agente, colocado en acecho, prendió en el acto de querer salvar a un insurrecto? ¿Qué había sido también del agente? ¿Por qué este agente había guardado silencio? ¿Habría logrado evadirse aquel hombre? ¿Habría corrompido al agente? Y, en tal caso, ¿cómo no daba señal de vida, acudiendo a Mario que se lo debía todo?

El desinterés no era menos prodigioso que la abnegación. ¿Por qué no se presentaba? Tal vez no se necesite de recompensa; pero la gratitud del beneficiado no está nunca de más al bienhechor. ¿Habría muerto? ¿Qué clase de hombre era? ¿Qué figura tenía? Nadie podía decirlo. El cochero se limitaba a responder, que la noche estaba muy obscura, Vasco y Nicolasa, en su azoramiento, no habían fijado la vista sino en el señorito cubierto de sangre. El cochero, cuya vela había alumbrado la trágica llegada de Mario, era el único que recordaba algo del individuo en cuestión; pero sus señas no se extendían más allá de esta frase: «Era un hombre espantoso.»

Esperando que lo ayudarían en sus investigaciones, hizo Mario conservar los vestigos ensangrentados que tenía puestos cuando le trajeron a casa de su abuelo, y al examinar la levita, se notó que uno de los faldones estaba roto. Faltábale un pedazo.

Una tarde hablaba Mario delante de Cosette y de Juan Valjean, de toda esta singular aventura, de la multitud de datos que había recogido, y de la inutilidad de sus esfuerzos. Impacientábale el rostro frío del señor Fauchelevent, y exclamó con una vivacidad que casi tenía la vibración de la cólera:

—Sí, ese hombre, quienquiera que sea, ha estado sublime. ¿Sabéis qué ha hecho? Ha intervenido como el arcángel. Ha sido preciso que se arrojase en medio del combate, que me arrebatase de allí, que abriese la alcantarilla, que bajase a ella conmigo. Ha tenido que andar más de legua y media por horribles galerías subterráneas, encorvado en medio de las tinieblas, al través de las cloacas. ¡Más de legua y media, señor, con un cadáver a cuestas! ¿Y con qué objeto? Sin otro objeto que salvar aquel cadáver. Y el cadáver era yo. Dijo sin duda entre sí: quizá en ese miserable haya todavía un resto de vida, y para salvar esa pobre chispa voy a aventurar mi existencia. ¡Y no la arriesgó una vez, sino veinte! Cada paso era un peligro. La prueba es que le prendieron al salir de la alcantarilla. ¿Sabéis que ese hombre ha hecho todo esto? Y sin esperar ninguna recompensa. ¿Qué era yo? Un insurrecto, un vencido. ¡Oh! si los seiscientos mil francos de Cosette fuesen míos...

—Son vuestros — interrumpió Juan Valjean.

—Pues bien—continuó Mario—, los daría por encontrar a ese hombre.

Juan Valjean guardó silencio.

LIBRO SEXTO

La noche toledana.

I

EL 16 DE FEBRERO DE 1833

La noche del 16 de febrero de 1833 fué una noche bendita. Sobre sus tinieblas veíase sonreír el cielo. Fué la noche de boda de Mario y Cosette.

El día se había pasado en el colmo de la felicidad.

No había sido la fiesta imaginada por el abuelo; esto es, una hechicería con grupos de querubines y de Cupidos sobre la cabeza de los novios; un casamiento digno de figurar en la muestra de una puerta; pero había sido un día apacible y risueño.

En 1833 la moda de los casamientos no era lo que hoy. Francia no había tomado aún de Inglaterra esa exquisita delicadeza de llevarse a su mujer, de huir al salir de la iglesia, de ocultarse avergonzados de la dicha, y de combinar la conducta del que ha hecho bancarrota con las delicias del cántico de los cánticos. Aun no se había comprendido cuánta castidad y decencia hay en zangolotear su paraíso en una silla de posta, en interrumpir su misterio con los chasquidos del látigo del postillón, en elegir para lecho nupcial una mala cama de posada, y en dejar tras de sí, en la vulgar alcoba, a tanto por noche, el más sagrado de los recuerdos de la vida, confundido con las conversaciones del conductor de la diligencia y la Maritornes de la posada.

En la segunda mitad del siglo XIX en que estamos, no bastan el corregidor con su banda, el sacerdote con su casulla, la ley y Dios; se necesita, para que la ceremonia sea completa, el postillón de Longjumeau, con chaqueta azul de vueltas encarnadas, y botones de cascabel con brazaletes de cuero, pantalón de piel verde, galones falsos, sombrero charolado, pelo negro y lleno de polvo, látigo enorme, botas de tres suelas, y unos cuantos votos a los caballos normandos de cola recogida, para armonizar el conjunto. Francia, es verdad, no lleva aún la elegancia hasta arrojar, como la nobleza inglesa, sobre la silla de posta de los novios, una granizada de chinelas rotas y zapatos viejos, recuerdo de Churchill, desde el tiempo en que Marlborough o Malbruck se vió atacado el día de su casamiento por la cólera de una tía, a cuyo ataque debió su fortuna; pero esperemos que, yendo en aumento el buen gusto, ese progreso no tardará en realizarse.

Tengamos paciencia, recordando que en 1833 no se conocía aún el casamiento en silla de posta.

En aquella época se creía ¡cosa extraña! que el casamiento es una fiesta íntima y social; que un banquete patriarcal no echa a perder una solemnidad doméstica; que la alegría, aun siendo excesiva, con tal de no traspasar los límites del decoro, no perjudica a la felicidad, y que, por último, es bueno, y excita la veneración el ver que la fusión de los dos destinos de donde ha de salir una familia empiece en la casa, y que la cámara nupcial sea en el porvenir como un testigo de la fe jurada.

Teníase, pues, el poco pudor de casarse en su casa.

El casamiento de Mario y Cosette, siguiendo esta moda, hoy abolida, se efectuó en casa del señor Gillenormand.

A pesar de lo natural y trillado de la materia, las amonestaciones, el arreglo de papeles, las diligencias en la parte civil, los trámites en la parte eclesiástica, ofrecen siempre alguna complicación. No pudo estar todo pronto antes del 16 de febrero.

Ahora bien: por el puro placer de ser exactos, diremos que el 16 de febrero era martes de Carnaval, lo cual dió lugar a vacilaciones y escrúpulos, en particular de la señorita Gillenormand.

—¡Martes de Carnaval!—exclamó el abuelo.—Tanto mejor. Hay un refrán que dice:

Si en Carnaval te casas
no habrá ingratos en tu casa.

Pero basta de día 16. Por ventura, ¿quieres que se aplace la boda, Mario?

—De ninguna manera—respondió el enamorado joven.

—Casémonos, pues—dijo el abuelo.

Efectuóse el casamiento el 16, a pesar de la alegría pública. Llovía; pero el cielo tiene siempre un rinconcito azul al servicio de la felicidad, que los amantes ven, aun estando el resto de la Creación bajo un paraguas.

Juan Valjean había entregado la víspera a Mario, en presencia del señor Gillenormand, los quinientos ochenta y cuatro mil francos.

Habiéndose verificado el casamiento bajo el régimen de la municipalidad, los trámites fueron sencillos.

La tía Santos era en adelante inútil a Juan Valjean, por cuya razón Cosette se quedó con ella, y la promovió al grado de doncella suya.

En cuanto a Juan Valjean, había en la casa del señor Gillenormand un bonito cuarto amueblado expresamente para él, y Cosette le dijo con irresistible acento:

—Padre, aceptadlo; os lo ruego.

Juan Valjean le ofreció ir a habitarlo.

Unos días antes del fijado para el casamiento, sucedió a Juan Valjean un fracaso.

Habíase lastimado el dedo pulgar de la mano derecha; y, sin ser cosa grave, como que no permitió que nadie le curase, ni que nadie viese siquiera en qué consistía la lastimadura, tuvo que envolverse la mano en un lienzo, y llevar el brazo suspendido de un pañuelo, por lo cual no le fué posible firmar. Hízolo en su lugar el señor Gillenormand, como tutor sustituto de Cosette.

No conduciremos al lector ni al correrregimiento ni a la iglesia.

No se sigue hasta allí a dos enamorados, y la costumbre es volver la espalda al drama desde que se adorna con el ramo de novio.

Nos limitaremos, pues, a tomar nota de un incidente que, sin advertirlo la comitiva nupcial, acaeció en el tránsito de la calle de las Monjas del Calvario a la iglesia de San Pablo.

Reparábase a la sazón la extremidad del norte de la calle de San Luis, y estaba interceptada a partir de la calle del Parque Real, no pudiendo, por tanto, los coches ir directamente a San Pablo.

Hubo que cambiar de itinerario y lo más sencillo era torcer por el bulevar.

Uno de los convidados observó que, siendo martes de Carnestolendas, habría allí grande acumulación de carruajes.

—¿Por qué?—preguntó el señor Gillenormand.

—Por las máscaras.

—Perfectamente—dijo el abuelo—. Vamos por ese lado. Estos jóvenes, casándose, entrarán en la parte seria de la vida, y bueno es que se preparen viendo antes las máscaras.

Se siguió el camino del bulevar.

En la primera berlina iban Cosette y la señora Gillenormand, con el señor Gillenormand y Juan Valjean.

En la segunda iba Mario, separado todavía, conforme al uso establecido, de la novia.

La comitiva nupcial, saliendo de la calle de las Monjas del Calvario, tuvo que formar parte de la larga procesión de coches que rodaba de la Magdalena a la Bastilla y de la Bastilla a la Magdalena.

Las máscaras abundaban en el bulevar, no obstante que llovía por intervalos.

París, con el buen invierno de 1833, se había disfrazado de Venecia.

Hoy no se ven martes de Carnaval por el estilo.

Como en el día todo es puro Carnaval, no hay ya Carnavales.

Las travesías estaban llenas de gente, y las ventanas de curiosos. Veíanse coronadas de espectadores las azoteas de los peristilos de los teatros. Además de las máscaras, se miraba aquel desfile, propio del martes de Carnaval lo mismo que de Longchamps, de vehículos de todas clases más o menos lujosos, que iban ordenadamente, uno tras otro, como embutidos en los railes de un camino de hierro, obedeciendo sumisos los reglamentos de policía.

Los que ocupan estos vehículos son a la vez actores y espectadores.

Algunos municipales, colocados en los extremos, cuidaban de que no se interrumpieran las dos interminables filas paralelas que se movían en sentido contrario, los dos arroyos de carruajes que corrían, uno hacia arriba y otro hacia abajo, uno buscando la calzada de Antin y otro el arrabal de San Antonio.

Los coches con escudos de armas,

pertenecientes a pares de Francia y embajadores, caminaban por el centro de la calzada, yendo y viniendo sin que nadie se lo estorbase. Disfrutaban igual privilegio ciertas comparsas magníficas, en particular la del Buey Gordo.

En medio de aquella alegría parisiense, Inglaterra hacía chasquear su látigo; la silla de posta de lord Seymour, hostigada por los apodos del populacho, pasaba metiendo gran ruido.

En las dos filas que los guardias municipales de a caballo recorrían como mastines, había muchas berlinas de familia, llenas de tías y abuelas, con graciosos grupos de niños de ambos sexos y de seis a siete años de edad, disfrazados, los cuales parecían conocer que formaban oficialmente parte de la alegría pública, penetrados de la dignidad de su disfraz y graves como otros tantos funcionarios.

De tiempo en tiempo sobrevenía un obstáculo en la procesión de los vehículos, deteniéndose una de las filas hasta que el tropiezo desaparecía. El embarazo de un solo coche bastaba a paralizar toda la línea. Luego se ponían de nuevo en marcha.

Los carruajes de la boda estaban en la fila que se dirigía a la Bastilla por el lado derecho del bulevar. En el punto más alto de la calle de Pont-aux-Choux hubo una parada. Casi al mismo instante, en el otro extremo, la otra fila que iba hacia la Magdalena, se detuvo también. Había allí un carruaje lleno de máscaras.

Estos carruajes o, mejor dicho, estas carretas de máscaras, son harto conocidas de los parisienses. No pueden suprimirse en un martes de Carnaval o a la mitad de la Cuaresma, sin que se entre en sospechas, y se diga :—Aquí hay gato encerrado. Probablemente va a cambiar el ministerio.

Una multitud de casandras y arlequines, todos los géneros grotescos posibles, desde el turco hasta el salvaje; varios Hércules sosteniendo marquesas, rabaneras que obligarían a Rabelais a taparse los oídos, así como las bacantes harían bajar los ojos a Aristófanes; pelucas de lino, fajas rosadas, sombreros de ala larga, anteojos encubridores, tricornios, gritos a la gente de a pie, brazos en jarra, la impudencia desbocada, un caos de desvergüenzas conducido por un cochero adornado de flores; tal es esta institución.

Grecia necesitaba la carreta de Tespis, y Francia necesitaba el carruaje de Vadé. Todo se presta a parodiarse, hasta la misma parodia.

La saturnal, esa fisonomía de la antigua belleza, va aumentándose progresivamente hasta llegar el martes de Carnaval; y la bacanal, en otro tiempo coronada de pámpanos, inundada de sol, mostrando un seno de mármol en una semidesnudez divina, hoy envuelta en los harapos húmedos del Norte, ha acabado por convertirse en la careta.

La tradición de los carruajes de máscaras se remonta a los más remotos tiempos de la monarquía. En las cuentas de Luis XI se asignan al bailío del palacio «veinte sueldos torneses para tres coches de mojigangas».

Hoy esa multitud de personas de buen humor ocupa algún antiguo vehículo, en cuya imperial se colocan de preferencia, o abruman con su peso, en tumultuoso grupo, un landó descubierto. Veinte se introducen en un carruaje para seis individuos, no perdonando ni el pescante, ni la bigotera, ni la lanza. Están de pie, echados, sentados, con las piernas, ya cruzadas, ya colgando fuera del coche. Las mujeres ocupan las rodillas de los hombres. Se ven desde lejos, por encima de innumerables cabezas, estas pirámides de furiosos; montañas de alegría en medio de la batahola. De ellas han brotado Collé, Panard y Piron, enriquecidos, de caló. El catecismo de las rabaneras desciende de allí, y sus lecciones se esparcen por el pueblo. Así cargado desmesuradamente, el carruaje tiene cierto aire de conquista. En él se vocifera, se vocaliza, se aúlla, se ruge, se patalea en el colmo de la dicha; la alegría es feroz, el sarcasmo se reparte a derecha e izquierda, la jovialidad deslumbra como una púrpura; dos matalones tiran de la comparsa; es la apoteosis del descaro; es el carro triunfal de la risa.

Risa demasiado cínica para ser franca. Risa sospechosa, y cuya misión es probar a los parisienses la verdad del Carnaval.

Aquellos carruajes de gente sin pudor, donde se ve como una capa de tinieblas, hacen meditar al filósofo. Dentro se percibe algo que tiene cierta semejanza con el gobierno, y se toca con el dedo una afinidad misteriosa entre los hombres públicos y las mujeres públicas.

Triste es pensar que de tantas torpezas resulte un total de alegría ; que escalonando la ignominia sobre el oprobio se engolosine al pueblo ; que el espionaje, sirviendo de cariátide a la prostitución, divierta a la chusma ; que la multitud guste de ver pasar sobre las cuatro ruedas de un carruaje a ese monstruoso grupo vivo, mitad oropel, mitad harapos, brillo y basura, que ladra y que canta ; aplaudiendo un espectáculo, una gloria compuesta de todas las vergüenzas ; triste es pensar que no hay fiesta para la muchedumbre si la policía no saca a relucir esas especies de hidras de la alegría, con veinte cabezas. Pero, ¿qué remedio? Esos carros de fango, adornados de cintas y flores, son insultados y amnistiados por la risa pública. La risa de todos es cómplice de la degradación universal.

Ciertas fiestas malsanas convierten al pueblo en populacho ; y el populacho, como los tiranos, necesita bufones. El rey tiene a Roquelaure, y la multitud a Payaso. París es la ciudad loca, siempre que deja de ser la ciudad sublime. En París, el Carnaval forma parte de la política. París, confesémoslo, consiente que le diviertan, aunque los medios sean infames.

No pide a sus señores (cuando los tiene) más que una cosa : que le den el fango con colorete.

Roma era lo mismo. Amaba a Nerón, ese histrión titánico.

La casualidad quiso, como dijimos antes, que uno de esos disformes grupos de mujeres y de hombres con máscara, arrastrado en una gran calesa, se detuviese a la izquierda del bulevar, mientras que la comitiva nupcial lo hizo a la derecha. De un lado del bulevar al otro el carruaje de las máscaras alcanzó a ver al de la novia.

—¡Tate! — dijo una máscara —, es una boda.

—Una boda fingida—observó otro—. En nuestro carruaje va la verdadera.

Y hallándose demasiado lejos para poder interpelar a los novios, y temerosas, por otra parte, de llamar la atención de los municipales, las dos máscaras dirigieron la vista a otro lado.

Al cabo de un instante, la multitud comenzó a perseguir con rechiflas, según la antigua costumbre, a la comparsa ; y las dos máscaras que acababan de hablar, en unión de sus compañeros, entablaron una lucha de garganta con el pueblo, agotando todos los proyectiles del repertorio de los Mercados.

Entretanto, otras dos máscaras del mismo carruaje, un español de descomunal nariz, con enormes bigotes negros, y una rabanera flaca, aun en la flor de la edad, con antifaz, habían fijado la atención en la boda y durante aquella granizada de insultos, hablaron en voz baja.

Su diálogo se perdía en medio del tumulto. La lluvia había mojado el carruaje ; y añadido esto al viento de febrero, que nada tiene de apacible, era causa de que la joven, descotada como estaba, tiritase y tosiese, mientras respondía al español. He aquí el diálogo :

—Dime.

—¿El qué, padre?

—¿Ves ese viejo?

—¿Qué viejo?

—Aquel que va en el primer carruaje de la boda, a este lado.

—¿El que lleva el brazo metido en el pañuelo negro?

—El mismo.

—¿Y qué?

—Estoy seguro de conocerlo.

—¡Ca!

—Que me ahorquen si no le conozco. ¿Puedes ver a la novia inclinándote un poco?

—No.

—¿Y al novio?

—En ese carruaje no va ningún novio.

—Que sí.

—A menos que no sea el otro viejo.

—Procura ver a la novia inclinándote más.

—No puedo.

—Lo mismo da. Te digo que conozco al del brazo vendado.

—¿Y qué ganas con conocerlo?

—No sabemos.

—Poco me agradan a mí los viejos.
—¡ Lo conozco !
—Conócelo cuantas veces quieras.
—¿Cómo diablos asiste a la boda?
—También nosotros asistimos.
—¿De dónde viene esa boda?
—¿Acaso lo sé yo?
—Escucha.
—¿Qué?
—Deberías hacer una cosa.
—¿Cuál?
—Bajar de nuestro carruaje y seguir esa boda.
—¿A qué bueno?
—Para saber adónde se dirige y lo qué es. Despáchate, corre, hija, tú que eres joven.
—No puedo dejar el carruaje.
—¿Y la razón?
—Que estoy alquilada.
—¡ Ah ! ¡ diantre !
—Debo un día de verdulera a la prefectura.
—Es verdad.
—Si salgo del coche, el primer inspector que me vea me atrapará. Bien lo sabes.
—En efecto.
—Hoy me paga el gobierno.
—De todos modos, ese viejo me apesta.
—¿Sí? Pues tú no eres ningún niño.
—Está en el primer carruaje.
—¿Y qué?
—En el carruaje de la novia.
—¿Qué más?
—De consiguiente es su padre.
—¿Y qué me importa a mí eso?
—Te repito que es su padre.
—Concedido.
—Escucha.
—Escucho.
—Yo no puedo salir sino con máscara. No se me conoce. Vivo oculto. Mañana no se permiten ya máscaras, como que es miércoles de Ceniza, y corro peligro de que me echen el guante. Fuerza es que me vuelva a mi agujero. Tú estás libre.
—No del todo.
—Más que yo a lo menos.
—Bien. ¿Qué es lo que quieres?
—Que averigües adónde ha ido esa boda.
—¿Adónde va?
—Sí.
—Lo sé.
—¿Adónde, pues?
—Al Cuadrante Azul.
—No es ese el camino.
—A la Rapée.
—O a otra parte.
—Como que es libre. ¿Acaso las bodas no son libres?
—Hay más todavía. Es preciso que me averigües qué boda es ésa, y dónde viven los novios.
—No es mala gaita la de encontrar a los ocho días una boda que ha circulado por París el martes de Carnestolendas. Un alfiler en un granero lleno de paja. ¿Por ventura es posible?
—Séalo o no, habrá que intentarlo. ¿Oyes, Acelma?

Las dos filas continuaron de nuevo a los dos lados del bulevar su movimiento en sentido inverso, y el carruaje de las máscaras perdió de vista el coche de la novia.

II

JUAN VALJEAN CONTINÚA ENFERMO

¿A quién es dado realizar su sueño? Para esto habrá elecciones en el Cielo; nosotros, sin saberlo, somos los candidatos, y los ángeles votan.

Cosette y Mario habían sido elegidos.

Cosette en el corregimiento y en la iglesia estuvo radiante de hermosura y de amor. La había vestido la tía Santos, ayudada de Nicolasa.

Sobre una saya de tafetán blanco, llevaba puesto el vestido de guipur de Binche, realzando su belleza un velo de punto de Inglaterra, un collar de perlas finas y una corona de azahares, todo blanco. Era un candor exquisito dilatándose y transfigurándose en claridad. Hubiérase dicho una virgen próxima a convertirse en diosa.

Los hermosos cabellos de Mario estaban lustrosos y perfumados; entreveíanse acá y allá, bajo los bucles, líneas pálidas, que eran las cicatrices de la barricada.

El abuelo, con la cabeza erguida, magnífico, amalgamando más que nunca en su traje y en sus maneras toda la elegancia del tiempo de Barras, conducía a Cosette. Reemplazaba a Juan Valjean, el cual, por el inconveniente

del brazo, no podía dar la mano a la novia.

Juan Valjean, vestido de negro, y con la sonrisa en los labios, les seguía.

—Señor Fauchelevent—decía el abuelo—, ved qué día tan hermoso. Voto por el fin de las aflicciones y de los pesares. En lo sucesivo no debe haber tristeza en ningún lado. ¡ Pardiez ! decreto que reine la alegría. El mal no tiene derecho a existir. Es una vergüenza para el azul del cielo que haya hombres desgraciados. El mal no proviene del hombre, pues éste, en el fondo, es bueno. Todas las miserias humanas radican en el infierno, llamado también las Tullerías del Diablo. Ya veis, que no economizo hoy las frases demagógicas ; si bien mis opiniones políticas se reducen ahora a desear que todos los hombres sean ricos, es decir, felices.

Cuando al finalizar las ceremonias, después de haber pronunciado delante del corregidor y del sacerdote todos los «sí» posibles, después de haber firmado en los registros civiles y eclesiásticos, después del cambio de los anillos, después de haber estado de rodillas codo con codo bajo el yugo de muer blanco, entre nubes de incienso, llegaron asidos de la mano, admirados y envidiados de todos, Mario de negro y Cosette de blanco, precedidos del pertiguero con charreteras de coronel, cuya maza sonaba en las baldosas, atravesando por en medio de dos hileras de personas, maravilladas, a las puertas de la iglesia, abiertas de par en par, y se dispusieron a subir al coche, la joven apenas se atrevía a creer en la realidad de su dicha. Miraba a Mario, miraba aquella multitud de gente reunida, miraba al cielo, pareciendo como temerosa de despertarse, y así, atónita e inquieta, estaba aún más linda.

A la vuelta, entraron juntos en el primer carruaje, colocándose Mario al lado de Cosette, y enfrente el señor Gillenormand y Juan Valjean. La señorita Gillenormand ocupó el segundo coche

—Hijos míos—les decía el abuelo—, sois ya el señor barón y la señora baronesa, con treinta mil francos de renta.

Cosette, arrimándose cuanto pudo a Mario, acarició su oído con este susurro angélico :

—¡ Conque es verdad ! ¡ Conque llevo tu nombre ! ¡ Conque soy tuya !

Estos dos seres resplandecían. Encontrábanse en el minuto irrevocable y único, en el deslumbrante punto de intersección de toda la juventud y de toda la alegría. Realizábanse los versos de Juan Prouvaire. No componían entre los dos cuarenta años.

Era la idealización del matrimonio ; los dos jóvenes parecían dos lirios. No se veían, sino que se contemplaban. Cosette divisaba a Mario en una aureola, y Mario a Cosette en un altar ; y sobre aquel altar y aquella aureola, mezclándose las dos apoteosis en el fondo, no se sabe cómo, detrás de una nube para Cosette y en un resplandor para Mario, estaba lo ideal, lo verdadero, la cita del ósculo y el sueño, el nupcial tálamo.

Todos los tormentos pasados se convertían para ellos en presentes goces. Parecíales que los disgustos, los insomnios, las lágrimas, las angustias, los terrores, la desesperación, transformándose en caricias y rayos de luz, hacían aún más agradable la agradable hora que se aproximaba. ¡ Qué bueno es haber sufrido ! Sin las desgracias anteriores fuera menos grande ahora su felicidad. La prolongada agonía de su amor había tenido una ascensión por término.

El mismo encanto inundaba aquellas dos almas, con cierto matiz de voluptuosidad en Mario, y de pudor en Cosette.

Decíanse por lo bajo : «Volveremos a ver juntos nuestro jardinillo de la calle de Plumet». Los pliegues del vestido de Cosette descansaban sobre Mario.

Semejante día es una mezcla inefable de sueños y de realidad. Se posee y se forman suposiciones. Hay aún bastante tiempo para adivinar. ¡ Indecible emoción la de un día en que a media mañana se piensa en la media noche !

Las delicias de aquellos dos corazones rebosaban, esparciéndose por la multitud, y comunicando su alegría a los transeuntes.

En la calle de San Antonio, delante de San Pablo, se detenía la gente para ver, al través del ventanillo del coche, temblar los azahares sobre la cabeza de Cosette.

Entraron luego en la calle de las Monjas del Calvario. Mario, sin separarse de Cosette, subió con aire de triunfo, la misma escalera por donde le habían llevado moribundo. Los pobres, agrupados delante de la puerta y repartiéndose las limosnas, los bendecían.

En todas partes no se veían más que flores. La casa estaba tan perfumada como la iglesia; después del incienso, las rosas.

Creían oír voces en el infinito; tenían a Dios en el corazón; el destino se les aparecía como una techumbre de estrellas; sobre su cabeza divisaban la claridad del naciente sol.

De repente sonó el reloj. Mario miró el gracioso brazo de Cosette, y su rosada garganta entrevelada por los encajes del vestido, y la joven, reparando en la mirada de su esposo, sintió el rubor subírsele hasta la frente.

Habían isdo convidados muchos antiguos amigos de la familia Gillenormand, y todos se agolpaban alrededor de Cosette, llamándola a porfía señora Baronesa.

El oficial Teodulo Gillenormand, ya capitán, había venido de Chartres, donde se hallaba de guarnición, para asistir a la boda de su primo Pontmercy. Cosette no le conoció.

Tampoco él, acostumbrado a que las mujeres le encontrasen bonito, se acordaba de Cosette ni de ninguna otra.

—¡Qué bien he hecho en no creer aquel cuento del oficial de lanceros!—decía el señor Gillenormand.

Cosette no había mostrado nunca más cariño a Juan Valjean; y mientras el señor Gillenormand expresaba su alegría por medio de aforismos y de máximas, ella exhalaba el amor y la bondad con un perfume. Es propio de las personas felices desear que las demás también lo sean.

Buscaba, para hablar, a Juan Valjean, inflexiones de voz del tiempo en que era niña, y le acariciaba con su sonrisa.

Habíase preparado un banquete en el comedor.

El alumbrado «a giorno» es la sazón necesaria de una grande alegría. Las personas dichosas no aceptan la bruma ni la obscuridad. No consienten en estar negras. La noche, sí; las tinieblas, no. A falta de sol, es menester proporcionarse uno.

El comedor esparcía rayos de luz por todas partes. En el centro, sobre la mesa blanca y resplandeciente, una araña de Venecia con toda clase de pájaros de colores, azules, violados, rojos, verdes, posados en medio de las bujías. Alrededor de la araña, guirnaldas; en la pared, espejos; cristalería, vajilla, porcelana, loza, cubiertos y candelabros de plata, todo deslumbraba con su brillo. Los huecos entre los candelabros estaban ocupados por ramos, con tal profusión, que donde faltaba una luz había una flor.

En la antecámara una flauta, dos violines y un violoncello con sordina ejecutaban cuartetos de Haydn.

Juan Valjean se había sentado en el salón detrás de la puerta, cuya hoja casi le ocultaba. Algunos momentos antes de sentarse a la mesa, Cosette le hizo un gran saludo, cogiendo entre los dedos la saya de su vestido de novia, y le preguntó si estaba contento.

—Sí—contestó Juan Valjean.

—Pues entonces reíos.

Juan Valjean se sonrió.

Poco después anunció Vasco que estaba servida la sopa.

Los convidados, precedidos del señor Gillenormand, que daba el brazo a Cosette, entraron en el comedor, y se fueron colocando en torno de la mesa.

Dos grandes sillones figuraban a derecha e izquierda de la novia, el primero para el señor Gillenormand, y el segundo para Juan Valjean. El señor Gillenormand se sentó; pero el otro sillón permaneció vacío.

Buscóse con la vista al señor Fauchelevent.

No estaba allí.

El señor Gillenormand interpeló a Vasco.

—¿Sabes dónde está el señor Fauchelevent?

—Señor—respondió Vasco—, precisamente acaba de salir, encargándome dijese al amo, que padecía un poco de la mano que tiene enferma, lo cual le impedía comer con el señor barón y la

señora baronesa. Que rogaba se le dispensase, y que vendría mañana a primera hora.

Aquel sillón vacío entibió un instante la efusión del banquete nupcial, pero si el señor Fauchelevent se había ausentado, el señor Gillenormand se encontraba allí, y el abuelo valía por dos.

Dijo que el señor Fauchelevent hacía bien en acostarse temprano, si la mano le molestaba, y que no merecía la pena de afligirse. Esta declaración bastó. Además, ¿qué es un ángulo obscuro en medio de tal irradiación de alegría? ¿Cosette y Mario se hallaban en uno de esos momentos egoístas y dichosos en que todas las facultades se concentran en la percepción de la felicidad?

Al señor Gillenormand se le ocurrió una buena idea.

—¡Pardiez! supuesto que está vacío ese sillón, pasa tú a él, Mario. Tu tía, aunque le asista derecho para retenerte a su lado, te lo permitirá. El sillón es tuyo. La ley y el amor así lo disponen. Fortunato junto a Fortunata.

Hubo un aplauso general. Mario ocupó al lado de Cosette el sitio destinado a Juan Valjean; y las cosas se arreglaron de manera que Cosette, al principio triste por la ausencia de aquél, acabó alegrándose del cambio. Con tal de reemplazarle Mario, Cosette no hubiera echado de menos ni al mismo Dios. Puso su lindo pie, calzado de raso blanco, sobre el pie de Mario.

Una vez ocupado el sillón, se olvidó al señor Fauchelevent; y al cabo de cinco minutos, como si nadie faltase, la risa y el júbilo reinaban de un extremo al otro de la mesa.

En los postres, el señor Gillenormand, de pie, con una copa de champaña, en la mano, medio llena para que el temblor de los noventa y dos años no la hiciese verter, brindó por los novios.

—No os libraréis de dos sermones— exclamó—. Por la mañana habéis oído el del cura, esta noche oiréis el del abuelo. Escuchadme; voy a daros un consejo: adoraos. Yo no me ando con rodeos, sino que voy desde luego al grano: ¡sed dichosos! En la Creación no hay más sabios que las tórtolas. Los filósofos dicen: Moderad vuestra alegría. Yo digo: Soltadle la rienda. Prendaos uno de otro furiosamente, como diablos. Los filósofos desbarran. Quisiera hacerles tragar su filosofía. ¿Acaso en la vida pueden sobrar nunca los perfumes, los botones de rosa entreabiertos, los ruiseñores cantando, las hojas verdes, la aurora? ¿El amor puede estar nunca de más? ¿En agradarse mutuamente puede haber exceso? ¡Cuidado, Estela, que eres demasiado linda! ¡Cuidado, Nemoroso, que eres demasiado guapo! ¡Disparates! ¡Como si por mucho que se disfrute no fuese siempre poco! ¡Como si la vida no pareciera siempre corta, y lo mismo la felicidad!... ¡Moderad vuestra alegría! ¡Váyanse al diablo todos los filósofos! La sabiduría consiste en divertirse. Divertíos, divirtámonos. ¿Somos felices porque somos buenos, o somos buenos porque somos felices? ¿El Sancy lleva este nombre porque ha pertenecido a Harlay de Sancy, o porque pesa ciento seis quilates? No lo sé; abundan en la vida estos problemas; pero lo que importa es poseer el Sancy, la felicidad. Seamos dichosos, sin meternos en cuestiones. Obedezcamos ciegamente al sol. ¿Qué es el sol? El amor; y quien dice amor, ha dicho mujer. ¡Ah! ¡ah! la mujer es omnipotente. Preguntad a ese demagogo de Mario si no es esclavo de esa tiranuela de Cosette. ¡Y de buen grado, el pícaro! ¡La mujer! No hay ningún Robespierre capaz de resistirle. La mujer reina. De hoy más no soy realista sino de ese trono. ¿Qué es Adán? El reino de Eva. Para Eva no hay 89. La Revolución hizo pedazos, como si fuesen de paja, el cetro real coronado de una flor de lis, el cetro imperial coronado de un globo, el cetro férreo de Carlomagno, el cetro de oro de Luis el Grande; todo se acabó, todo rodó por el suelo; pero, ¡sublevaos contra ese pañuelito bordado que huele a pachulí! Me holgara de veros. Intentadlo. ¿De dónde proviene su solidez? De qué es un pedazo de trapo. ¡Ah! ¡Sois el siglo XIX! ¿Y qué? ¡Noostros éramos el siglo XVIII, tan imbéciles como vosotros! No os figuréis que el Universo haya progresado mucho, porque vuestro mata-gente se llame el cólera morbo, y vuestro baile la cachucha; en el fondo siempre habrá que amar a las

mujeres. Os desafío a que salgáis de este círculo. Esas picaruelas son nuestros ángeles. Sí; el amor, la mujer y el beso, es un círculo del que, repito, os desafío a salir. En cuanto a mí, de buena gana volvería a entrar en él. ¿Quién de vosotros ha visto elevarse en el infinito, apaciguando todo a sus pies, la estrella de Venus, la gran coqueta del abismo, la Celimena del Océano? ¡El Océano! ¡Terrible Alcestes! Pues bien, en vano se alborota; porque aparece Venus, y tiene que sonreírse. Con ser fiera, se somete. Así somos todos. ¡La cólera rompe el cauce, y no se oyen más que gritos, maldiciones; la casa va a venir al suelo; pero se presenta una mujer, brilla una estrella en el tempestuoso horizonte, y todos se postran! Mario combatía hace seis meses, y hoy se casa. Perfectamente. Mario, Cosette, sí, tenéis razón. Existid el uno para el otro, embobeceos amándoos, hacednos reventar de envidia por no poder imitaros; idolatraos. Tomad en vuestros dos picos todas las ramitas de felicidad que hay en la tierra, y construíos un nido para toda la vida. ¡Pardiez! Amar, ser amado. ¡Qué placer cuando uno es joven! No creáis que habéis inventado esto. También yo he soñado, también yo he suspirado, también yo he tenido alma, radiante de luz. El amor es un niño de seis mil años, con derecho a una gran barba blanca. Matusalén es un chiquitín al lado de Cupido. El hombre y la mujer aman desde hace sesenta siglos. El diablo, como maligno que es, se ha puesto a aborrecer al hombre, y el hombre, más maligno que el diablo, se ha puesto a amar a la mujer. De donde le ha resultado un bien mayor que el mal que le ha hecho el diablo. El amor es tan antiguo como el paraíso terrenal. La invención, amigos míos, es vieja, y sin embargo conserva toda su novedad. Aprovechaos. Sed Dafnis y Cleo, mientras llega el tiempo de que seáis Filemón y Baucis. Conducíos de manera que, cuando estéis juntos, nada os falte, y que Cosette sea el sol para Mario, y Mario el universo para Cosette. Cosette, que la sonrisa de vuestro marido sea el buen tiempo, Mario, que las lágrimas de tu mujer sean la lluvia, y que no llueva jamás en vuestra casa. Habréis robado a la lotería el buen número, el amor en el sacramento; tenéis el premio gordo, guardadlo bajo llave; no lo malgastéis; adoraos, y no os cuidéis de lo demás. Creedme. El sano juicio os habla por mi boca, y el sano juicio no miente. Sed el uno para el otro una religión. ¡Amigos míos, que viva la mujer! Soy viejo, según dicen; pero admira el ver estos humos de joven que en mí siento. Quisiera ir a oír las zampoñas en los bosques. Me embriaga el espectáculo de esos jóvenes hermosos y felices. Me casaría de buena gana si encontrase con quién. Es imposible imaginar que Dios nos haya destinado a otra cosa que a idolatrar, a arrullar, a galantear, a ser palomo, a ser gallo, a picotear a su amada desde por la mañana hasta la noche, a mirarse en su mujercita, a enorgullecerse, a triunfar, a cuchichear; tal es el objeto de la vida. Así pensábamos nosotros cuando éramos jóvenes. ¡Por vida de! ¡Y qué preciosas mujeres había en aquella época! ¡Qué palmitos! ¡Qué pimpollos de flores! Eran mi viña. Ea, pues, amaos. Si los jóvenes no se amasen, no sé de qué serviría la primavera; por mi parte rogaría a Dios que encerrase las maravillas que nos pone de manifiesto, que nos privase de verlas, que volviese a su caja las flores, las aves y las muchachas bonitas. Hijos míos, recibid la bendición de vuestro abuelo.

La noche se pasó alegremente. El buen humor del anciano dió el tono a la fiesta, y todos trataron de corresponder a aquella cordialidad casi centenaria. Se bailó un poco, se rió mucho; fué una boda al uso antiguo. El uso antiguo estaba allí representado en la persona del señor Gillenormand.

Hubo ruido, y luego silencio.

Los novios desaparecieron.

Un poco después de media noche, la casa del señor Gillenormand se transformó en un templo.

Nos paramos aquí. En el umbral de la noche de boda hay un ángel en pie, sonriéndose, con el dedo sobre los labios.

El alma se hunde en la contemplación ante el santuario, donde se celebra la fiesta del amor.

Debe haber resplandores encima de esas casas. La alegría que contienen debe pasar al través de las paredes, convertida en claridad, e irradiar vagamente en las tinieblas. Imposible que esta fiesta sagrada y fatal no envíe celestes rayos al infinito. El amor es el crisol sublime donde se verifica la fusión del hombre y de la mujer; de él sale el ser uno, el ser triple, el ser final, la trinidad humana. Ese nacimiento de dos almas en una debe causar emoción a la sombra. El amante es sacerdote, la virgen enajenada se asusta. Alguna parte de esta alegría sube hasta Dios. Donde hay realmente matrimonio, es decir, amor, hay idealismo. Un tálamo nupcial es un matiz de aurora en las tinieblas.

Si fuese dado a la pupila material percibir las visiones, ya terribles, ya agradables de la vida superior, probablemente vería las formas de la noche, los desconocidos alados, los viajeros azules de lo invisible, inclinar satisfechos sus cabezas sombrías alrededor de la casa luminosa, mostrándose unos a otros y bendiciendo a la tímida y virginal esposa, y con el reflejo de la felicidad humana en sus divinos rostros. Si en esa hora suprema, los esposos, deslumbrados por el deleite, y que se creen solos, escuchasen, oirían en su cuarto un ruido confuso de alas. La perfecta dicha supone la solidaridad de los ángeles. La obscura alcoba tiene por techo todo el cielo. Cuando dos bocas, santificadas por el amor, se aproximan para crear, es imposible que no responda al inefable ósculo un dulce estremecimiento en el inmenso misterio de las estrellas.

Estas felicidades son las únicas verdaderas. No hay alegría fuera de estas alegrías. El amor es el solo éxtasis. Todo lo demás llora.

Amar o haber amado: basta. No pidáis más. No hay otra perla que buscar en los piélagos tenebrosos de la vida. Amar es una consumación.

III

LA INSEPARABLE

¿Qué se había hecho de Juan Valjean?

Inmediatamente después de haberse sonreído, cediendo a la graciosa intimación de Cosette, Juan Valjean aprovechó un instante en que nadie le miraba, salió del salón y entró en la antecámara. Era la misma antecámara donde, ocho meses antes, había entrado cubierto de cieno, de sangre y de polvo, trayendo al nieto a casa de su abuelo. La antigua ensambladura estaba adornada con hojas y flores, y los músicos ocupaban el sofá en que se había depositado a Mario. Vasco, vestido de negro, con el calzón corto y las medias y los guantes blancos, colocaba guirnaldas de rosas alrededor de las fuentes que iban a servirse.

Juan Valjean le mostró su brazo en cabestrillo, y se marchó, encargándole explicase el motivo de su ausencia.

Las ventanas del comedor daban a la calle. Juan Valjean permaneció algunos minutos de pie e inmóvil en la obscuridad, delante de aquellas ventanas iluminadas. Estaba escuchando. El confuso ruido del banquete llegaba hasta él. Oía la voz alta y magistral del abuelo, los violines, el sonido de los platos y los vasos, las carcajadas, y en medio de todo aquel alegre rumor, distinguía la dulce voz de Cosette.

Dejó la calle de las Monjas del Calvario y se dirigió a la del Hombre-Armado, tomando por las de San Luis, Santa Catalina y Mantos Blancos.

Aunque más largo el camino, era el mismo por donde, hacía tres meses, para evitar los escombros y el lodo, de la calle Vieja del Temple, acostumbraba ir todos los días con Cosette, desde la calle del Hombre-Armado hasta la de las Monjas del Calvario.

Esta última circunstancia le eximía de escoger ningún otro itinerario.

Juan Valjean entró en su casa. Encendió la vela y subió. La habitación estaba vacía; hasta faltaba la tía Santos. Las pisadas de Juan Valjean hacían en los cuartos más ruido que de ordinario. Todos los armarios estaban abiertos.

Penetró en el cuarto de Cosette. La cama, sin hacer, ofrecía a sus ojos el espectáculo de colchones arrollados, y almohadas sin funda, dando a entender que nadie debía volver a acostarse en aquel lecho.

Los pequeños objetos femeninos que

apreciaba Cosette habían sido llevados, quedando sólo los muebles grandes y las cuatro paredes. La cama de la tía Santos presentaba el mismo aspecto de desamparo, una sola cama estaba hecha, y parecía esperar a alguien ; la de Juan Valjean.

Juan Valjean miró las paredes ; cerró las puertas de algunos armarios, y visitó los cuartos uno tras otro.

Encontróse luego en el suyo, y puso la vela sobre la mesa.

Había sacado el brazo del pañuelo, y se servía de la mano derecha como si nada padeciese.

Acercóse a la cama, y sus ojos, no sabemos si por casualidad o de intento, se fijaron en la «inseparable», que había dado celos a Cosette, en la maleta, de que no se separaba jamás. El 5 de junio, al llegar a la calle del Hombre-Armado, la había colocado en un velador, junto a su cabecera.

Dirigióse al velador con cierta precipitación, tomó una llave del bolsillo y abrió la maleta.

Fué sacando de ella poco a poco los vestidos con que diez años antes había partido Cosette de Montfermeil ; primero el traje negro, después el pañuelo también negro, en seguida los zapatos de niña, tan grandes, que casi podrían servir aún a Cosette, por lo diminuto de su pie, el justillo de media, el delantal y las medias de lana. Estas últimas, donde se veía aún señalada la forma de una pierna infantil, excedían apenas el tamaño de la mano de Juan Valjean. El era quien había llevado a Montfermeil estos vestidos de luto para Cosette.

A medida que los sacaba de la maleta, iba poniéndolos en la cama.

Sus pensamientos eran otros tantos recuerdos.

En invierno, en diciembre, con más frío que de costumbre, estaba tiritando la niña medio desnuda, apenas envuelta en harapos, con los pies amoratados y metidos en unos malos zuecos, y él la había hecho dejar aquellos andrajos para vestirse de luto. La madre debió alegrarse en la tumba al ver a su hija de luto por ella, y sobre todo, al verla vestida y abrigada.

Pensaba en la selva de Montfermeil, que había atravesado en compañía de Cosette. Pensaba en lo crudo del tiempo, en los árboles sin hojas, en el bosque sin pájaros, en el cielo sin sol ; pues así y todo había sido su embeleso.

Colocó en orden las prendas de vestir sobre la cama, el pañuelo junto a la saya, las medias cerca de los zapatos, el justillo al lado del traje, y las contempló una tras otra, diciendo para sí : —Este era su tamaño ; tenía la muñeca en los brazos, había guardado el luis de oro en el bolsillo de este delantal, se reía, íbamos los dos asidos de la mano, sólo contaba conmigo en el mundo.

Al llegar aquí su blanca y venerable cabeza cayó sobre el lecho : aquel viejo corazón estoico pareció romperse ; su rostro se hundió, por decirlo así, en los vestidos de Cosette, y si alguien hubiera entonces andado en la escalera, habría oído terribles sollozos.

IV

INMORTALE JECUR

La antigua y formidable lucha, de la que hemos visto ya varias fases empezó de nuevo.

¡ Jacob no luchó con el ángel más que una noche ! ¡ Ay ! ¡ Cuántas veces hemos visto a Juan Valjean luchando en medio de las tinieblas a brazo partido con su conciencia !

¡ Combate inaudito !

En ciertos instantes el pie se desliza, en otros el suelo se hunde.

¡ Cuántas veces la conciencia, precipitándole hacia el bien, le había comprimido y abrumado !

¡ Cuántas veces la verdad inexorable le había hincado la rodilla en el pecho !

¡ Cuántas veces, derribado a impulso de la luz, había implorado de ella el perdón !

¡ Cuántas veces aquella luz implacable, encendida en él y sobre él por el obispo, le había deslumbrado, mientras deseaba ser ciego !

¡ Cuántas veces, en lo más crudo de la lucha, se había vuelto a levantar, asiéndose de la roca, apoyándose en el sofisma, arrastrándose por el polvo, ya señor, ya esclavo de esa conciencia !

¡ Cuántas veces, después de un equívoco, después de un razonamiento trai-

dor y especioso del egoísmo, había oído a la conciencia gritarle :

—¡ Zancadilla ! ¡ Miserable !

¡ Cuántas veces su pensamiento refractario se había agitado convulsivamente bajo la evidencia del deber !

Resistencia a Dios. Sudores fúnebres. ¡ Qué de heridas secretas, que él sólo veía destilar sangre ! ¡ Qué de llagas en su lamentable existencia !

¡ Cuántas veces se había erguido sangriento, magullado, destrozado, iluminado, con la desesperación en el corazón y la serenidad en el alma ! Vencido, se sentía vencedor.

La conciencia, después de haberle atormentado, formidable, luminosa, tranquila, le decía :

—¡ Ahora, ve en paz !

Pero, ¡ ay ! ¡ qué lúgubre paz, después de una lucha tan sombría !

La conciencia es, pues, infatigable e invencible.

Sin embargo, Juan Valjean conoció que aquella noche empeñaba su postrer combate.

Presentábase una cuestión dolorosa.

Las predestinaciones no van siempre en derechura ; no se desarrollan siempre en línea recta ante el predestinado, sino que tienen callejones sin salida, travesías obscuras, encrucijadas alarmantes por la dificultad de la elección.

Juan Valjean se había detenido en la más peligrosa de estas encrucijadas.

Había llegado al supremo punto en que se cortan las sendas del bien y del mal. Tenía a la vista esta tenebrosa intersección.

Como le había sucedido en otras peripecias dolorosas, dos caminos se abrían ante él, uno lleno de atractivos, otro de terrores.

¿Por cuál debería decidirse?

Señalábale el segundo ese misterioso dedo indicador, que todos percibimos cuando fijamos la vista en la sombra.

Juan Valjean tenía que escoger una vez más entre el terrible puerto y la sonriente emboscada.

¿Es, pues, cierto, que habiendo cura para el alma, no la hay para la suerte? ¡ Cosa horrible ! ¡ Un destino incurable !

La cuestión era ésta :

¿De qué manera iba a conducirse Juan Valjean ante la felicidad de Cosette y de Mario?

El era quien había querido, quien había hecho aquella felicidad, por más que le destrozase las entrañas ; y a la sazón, contemplándola, podía sentir la satisfacción que sentiría un armero al reconocer la marca de su fábrica en un cuchillo, sacándoselo humeante del pecho.

Cosette y Mario estaban unidos por indisoluble lazo, tenían hasta riqueza. Y era obra suya.

Pero una vez formada, una vez existente aquella dicha, ¿qué le correspondía hacer a Juan Valjean? ¿Imponérsele y tratarla como cosa que le pertenecía? Cosette ya era de otro ; pero, ¿retendría Juan Valjean todo lo que podía retener de la joven? ¿Continuaría siendo la especie de padre que había sido hasta allí? ¿Se introduciría tranquilamente en la casa de Cosette? ¿Uniría sin decir palabra su pasado a aquel porvenir?

¿Presentaríase, como asistido de un derecho, para sentarse, velado el rostro, junto a aquel luminoso hogar? ¿Cogería, sonriéndose la mano de aquellos inocentes en sus dos manos trágicas?

¿Pondría a calentar en la chimenea del señor Gillenormand sus pies, que arrastraban en pos de sí la infamante sombra de la ley?

¿Entraría a participar de la suerte reservada a Cosette y Mario? ¿Espesaría la obscuridad sobre su propia frente, e iría a esparcir una nube en la de aquellos jóvenes, a intercalar su catástrofe en aquellas dos felicidades?

¿Persistiría en su silencio? En una palabra, ¿sería, al lado de aquellos dos seres dichosos, el siniestro mudo del destino?

Es preciso estar habituado a los golpes de la fatalidad para atreverse a alzar los ojos, cuando ciertas cuestiones se presentan en su horrible desnudez. El bien o el mal se hallan detrás de este severo punto de interrogación. ¿Qué vas a hacer? pregunta la esfinge.

Juan Valjean tenía el hábito de la prueba, y miró fijamente la esfinge.

Examinó el terrible problema en todas sus fases.

Cosette, divina criatura, era la tabla de salvación de aquel náufrago. ¿Qué debía hacer? ¿Asirse fuertemente a ella o soltarla?

Si lo primero, le libraba del desastre, tornaba a ver la luz, el agua salada se escurría de sus vestidos y de sus cabellos; se había salvado, vivía.

Si lo segundo, entonces el abismo.

Aconsejábase de este modo dolorosamente con su pensamiento.

Mejor dicho, combatía furioso, dentro de sí mismo, ya con su voluntad, ya con sus convicciones.

Fué una dicha para Juan Valjean haber podido llorar.

Esto quizá le iluminó.

Al principio, no obstante, la tempestad tomó un aspecto horrible, desencadenándose con más violencia que la que le impulsó hacia Arras.

El pasado reaparecía ante él; comparaba y sollozaba. Una vez abierta la esclusa de las lágrimas, aquel desesperado se sintió como detenido.

¡Ay! en el pugilato entre el egoísmo y el deber, cuando retrocedemos así, paso a paso, ante nuestro ideal inconmutable, extraviados, encarnizados, exasperados por tener que ceder, disputando el terreno, esperando una fuga posible, buscando una salida, ¡qué brusca y siniestra resistencia al del pie de la muralla que surge detrás de nosotros!

¡Sentir el obstáculo de la sagrada sombra!

¡La obsesión inexorable de lo invisible!

La conciencia no desiste jamás.

Bruto, Catón, adoptad el partido que queráis.

La conciencia no tiene límites, siendo, como es, Dios.

Se arroja en ese pozo el trabajo de toda la vida, la fortuna, la riqueza, los triunfos, la libertad, la patria, el bienestar, el reposo, la alegría.

¡Es poco, es poco aún! ¡Vaciad el vaso! ¡Verted la urna! Aún es poco.

Será preciso que acabéis por arrojar el corazón.

En la espesa bruma del infierno antiguo hay un tonel parecido a este pozo.

¿No es digno de perdón el que al fin sucumbe?

¿Puede haber derecho en lo inagotable? Las cadenas que no concluyen nunca, ¿son acaso compatibles con la fuerza humana? ¿Quién vituperaría el que Sisifo y Juan Valjean gritasen: basta?

La obediencia de la materia está limitada por el frotamiento.

¿No habrá un límite a la obediencia del espíritu? Si el movimiento perpetuo es imposible, ¿por qué ha de exigirse la abnegación perpetua?

El primer paso no es nada; el último es el difícil. ¿Qué era lo de Champmathieu al lado del casamiento de Cosette y sus consecuencias? ¿Qué valía lo de volver a presidio en comparación con la nada en que ahora iba a sumirse?

¡En el descenso, la primera grada es sombría, la segunda es negra!

¿Cómo no apartar entonces el rostro?

El martirio es una sublimación; sublimación corrosiva. Es un tormento que santifica. Puede consentirse en él al principio; sentarse en el trono de hierro candente, ceñirse la corona de hierro candente, aceptar el globo de hierro candente; pero aun falta vestir el manto de llamas; ¿y no llega un momento en que la carne miserable se rebela, y en que abdica el suplicio?

Juan Valjean entró por último en la calma de la postración.

Pensó, meditó, consideró las alternativas de la misteriosa balanza de la luz y la sombra.

Imponer su presidio a aquellos dos hermosos jóvenes, o consumar su irremediable anonadamiento. A un lado el sacrificio de Cosette; al otro el suyo.

¿Cuál fué su resolución?

¿Cuál fué la respuesta definitiva que dió en su interior al incorruptible interrogatorio de la fatalidad? ¿Qué puerta se decidió a abrir? ¿Qué parte de su vida resolvió condenar? Entre aquellos abismos insondables que le rodeaban, ¿cuál fué su elección?

Su meditación vertiginosa duró toda la noche.

Permaneció hasta el alba en la misma actitud, doblado sobre aquel lecho, prosternado bajo el enorme peso del destino, anonadado tal vez, ¡ay! con las manos contraídas y los brazos extendidos en ángulo recto, como un crucifijo desclavado, y colocado allí boca abajo.

Así estuvo doce horas, las doce horas de una larga noche de invierno, sin alzar la cabeza ni pronunciar una palabra, inmóvil como un cadáver, mientras que su pensamiento rodaba por el suelo o subía a las nubes, ya hidra, ya águila.

Viéndole sin movimiento se le habría creído difunto; de improviso se estremeció convulsivamente, y su boca, pegada a los vestidos de Cosette imprimió besos en ellos, señal de que aún vivía.

Unico testigo de aquel inmenso dolor era el Ser que ve en las tinieblas.

LIBRO SÉPTIMO

La última gota del cáliz de la amargura.

I

EL SÉPTIMO CÍRCULO Y EL OCTAVO CIELO

Las tornabodas son solitarias. Respétase el recogimiento de los novios, y algo también su sueño retardado. La baraúnda de las visitas y de las felicitaciones no empieza hasta después. El 17 de febrero, pasaba de las doce cuando Vasco, con la servilleta y el plumero bajo el brazo, ocupado en asear la antecámara, oyó un ligero golpe en la puerta. No habían tirado de la campanilla, conducta discreta en semejante día.

Vasco abrió, y vió al señor Fauchelevent. Introdújosele en el salón, donde todo estaba aún revuelto, y que ofrecía el aspecto del campo de batalla de la fiesta de la víspera.

—¡Diantre!—observó Vasco—, nos hemos despertado tarde.

—¿Se ha levantado vuestro amo?—preguntó Juan Valjean.

—¿Cómo está el brazo del señor?—preguntó Vasco a su vez.

—Mejor. ¿Se ha levantado vuestro amo?

—¿Cuál? ¿El antiguo o el nuevo?

—El señor de Pontmercy.

—¿El señor barón?—dijo Vasco, con sus puntas de vanidoso.

Los criados gustan de recalcar sobre los títulos, como si recogiesen algo para sí, las salpicaduras de cieno, como las llamaría un filósofo.

Mario, digámoslo de paso, republicano militante, según acababa de probarlo, era ahora barón a pesar suyo. Había-se verificado en la familia una revolucioncilla acerca de este título; el señor Gillenormand y Mario habían trocado de papeles, el primero argumentaba en pro y el segundo en contra. Sin embargo, el coronel Pontmercy había escrito que su hijo llevaría su título, y Mario obedeció.

Además, Cosette, en quien empezaba a despuntar la mujer, se alegraba de oírse llamar señora baronesa.

—¿El señor barón?—repitió Vasco—. Voy a ver. Le diré que el señor Fauchelevent le está aguardando.

—No. No le digáis que soy yo. Decidle que hay una persona que desea hablarle en particular, y no pronunciéis ningún nombre.

—¡Ah!—exclamó Vasco.

—Quiero causarle una sorpresa.

—¡Ah!—repitió el criado, pretendiendo explicar con esta segunda interjección el sentido de la primera.

Y salió.

Juan Valjean quedó solo.

Acabamos de decir que el salón estaba todo revuelto. Parecía que, aplicando el oído, se hubiera escuchado aún el vago rumor de la boda.

En el suelo se veían flores de todas clases, desprendidas de las guirnaldas que adornaban las fuentes y del peinado. Las bujías, enteramente consumidas, añadían a los cristales de las arañas estalactitas de cera. Ningún mueble estaba en su sitio. En los rincones, tres o cuatro sillas, aproximadas y formando círculo, como si quisieran seguir una conversación. El conjunto era risueño.

Los restos de una fiesta conservan aún cierta gracia.

La alegría había reinado allí. En aquellas sillas sin orden, en medio de aquellas flores marchitas, a la luz de aquellos candelabros ahora apagados, la imaginación había construído mágicos palacios. El sol sucedía a la araña, y sus rayos penetraban alegremente en el salón.

Pasaron algunos minutos. Juan Valjean permanecía inmóvil en el sitio donde lo había dejado Vasco. Estaba muy pálido y tenía los ojos tan hundidos bajo las órbitas a causa del insomnio, que casi desaparecían. Las arrugas

de la levita negra mostraban que había pasado la noche sin dormir. Veíase en los codos esa pelusa blanca, que se adhiere al paño con el frotamiento del lienzo. Juan Valjean miraba a sus pies la ventana bosquejada en el pavimento por los rayos del sol.

Al ruido que hizo la puerta levantó los ojos.

Mario entró, con la cabeza erguida, la boca risueña, el rostro inundado de luz, la frente dilatada, la mirada triunfante. Tampoco él había dormido.

—¡Sois vos, padre!—exclamó viendo a Juan Valjean—, ¡y ese imbécil de Vasco con su aire misterioso! Pero venís demasiado temprano. Apenas son las doce y media. Cosette está durmiendo.

La palabra «padre», dicha al señor Fauchelevent por Mario significaba felicidad suprema. Había existido siempre entre ambos tibieza y embarazo; hielo que romper o que derretir; y Mario se encontraba en ese punto de embriaguez en que las dificultades desaparecen, en que el hielo se disuelve, siendo el señor Fauchelevent para él, como para Cosette, un padre.

Continuó con esa superabundancia de palabras propia de los divinos paroxismos de la alegría:

—¡Qué contento estoy de veros! ¡Si supieseis cómo os hemos echado de menos ayer! Buenos días, padre. ¿Cómo va esa mano? Mejor, ¿no es verdad?

Y satisfecho de la respuesta que se daba a sí mismo, prosiguió:

—Hemos hablado mucho de vos. ¡Cosette os quiere tanto! No vayáis a olvidaros de que tenéis aquí vuestro cuarto. Basta de calle del Hombre-Armado. Basta. ¿Cómo os determinasteis por esa calle tan vieja y tan fea, con una barrera donde hace frío y donde no se puede entrar? Vendréis a instalaros aquí, y desde hoy, o se enfadará Cosette. Ella se propone llevarnos a todos de la barba, os lo prevengo. Ya habéis visto vuestro cuarto; está junto al nuestro, y da a los jardines. Se ha arreglado la cerradura, la cama está pronta; no falta sino que vengáis. Cosette ha puesto cerca de la cama una butaca antigua, forrada de terciopelo de Utrech, a la que ha dicho: Tiéndele los brazos, Todas las primaveras un ruiseñor anida en el grupo de acacias que hay delante de nuestras ventanas. Allí estará dentro de dos meses. Tendréis su nido a la derecha y el nuestro a la izquierda. Por la noche cantará el ruiseñor, y por el día hablará Cosette. Vuestro cuarto mira a Oriente, Cosette colocará en él vuestros libros, el viaje del capitán Cook, el de Vancouver, y los demás efectos que os pertenecen. Hay una maletita que me han dicho apreciáis en alto grado; pues bien, le he destinado un sitio de honor. Habéis conquistado a mi abuelo, le agradáis sobremanera. Viviremos todos juntos. ¿Sabéis jugar al whist? En tal caso, mi abuelo hallará en vos cuanto desea. Los días que yo vaya al tribunal sacaréis a paseo a Cosette, la llevaréis del brazo, como hacíais en otro tiempo en el Luxemburgo. Estamos decididos a ser muy dichosos; y vos entraréis a la parte en nuestra felicidad. ¿Oís, padre? Supongo que hoy almorzaréis con nosotros.

—Señor—dijo Juan Valjean—, tengo que comunicaros una cosa. Soy un antiguo presidiario.

El límite de los sonidos agudos perceptibles, puede estar lo mismo fuera del alcance del espíritu que de la materia. Estas palabras: «Soy un antiguo presidiario», al salir de los labios del señor Fauchelevent y al estrar en el oído de Mario, iban más allá de lo posible. Mario, pues, no oyó. Parecióle que acababan de decirle algo, pero no supo qué. Se quedó con la boca abierta.

Entonces advirtió que aquel hombre estaba espantoso. En su feliz enajenamiento no había notado aún la palidez terrible de aquella cara.

Juan Valjean desató su pañuelo negro que sostenía su brazo, se quitó la ligadura de la mano, descubrió el dedo pulgar, y dijo mostrándoselo a Mario:

—No tengo nada en la mano.

Mario miró el dedo.

—Ni he tenido jamás nada—añadió Juan Valjean.

En efecto, no se veía allí señal de ninguna herida.

Juan Valjean prosiguió:

—Convenía que no asistiese a vuestro casamiento, y me he ausentado de él todo lo más que he podido. He fingi-

do esta herida para evitar falsedades; para no invalidar los contratos matrimoniales, para no tener que firmar.

—¿Qué significa esto? — preguntó Mario entre dientes.

—Esto significa — respondió Juan Valjean—, que he estado en presidio.

—¡Vais a volverme loco!—exclamó Mario aterrado.

—Señor de Pontmercy—dijo Juan Valjean—, he estado diez y nueve años en presidio por robo. Luego se me condenó a cadena perpetua, también por robo, como reincidente, y a estas horas ando prófugo.

Mario hacía vanos esfuerzos por retroceder ante la realidad, por resistir a la evidencia; preciso era ceder a ella. Empezó a comprender, y como sucede siempre en casos análogos, traspasó el límite de lo verdadero, y entrevió en el porvenir un horrible destino.

—¡Decidlo todo, todo!—exclamó—. ¡Sois el padre de Cosette!

Y dió dos pasos hacia atrás con un movimiento de horror indecible.

Juan Valjean irguió la cabeza con actitud tan majestuosa, que pareció tocar el techo.

—Es necesario que me creáis, señor, aunque nuestro juramento no se admita en juicio...

Aquí se detuvo, y luego, con una especie de autoridad soberana y sepulcral, añadió, articulando lentamente, y apoyando en cada sílaba:

—Me creeréis. ¡Padre de Cosette yo! En nombre de Dios os juro que no. Señor barón de Pontmercy, soy un aldeano de Faverolles. Ganaba la vida podando árboles. No me llamo Fauchelevent, sino Juan Valjean. Ningún parentesco me une a Cosette. Tranquilizaos.

—¿Y quién me prueba...?—balbuceó Mario.

—Yo. Yo, puesto que lo digo.

Mario miró a aquel hombre; estaba lúgubre y tranquilo. La mentira no podía salir de semejante calma. Lo glacial es sincero. La verdad se sentía en aquella frialdad sepulcral.

—Os creo—dijo Mario.

Juan Valjean inclinó la cabeza como en testimonio de esta frase, y continuó:

—¿Qué soy para Cosette? Un extraño. Hace diez años que ignoraba si existía. La quiero mucho, es cierto. Cuando uno, ya viejo, ha visto crecer a esos ángeles, es natural que los quiera. Los viejos se creen abuelos de todos los niños. Supongo que no iréis a considerarme desprovisto enteramente de corazón. Era huérfana. No tenía padre ni madre. Me necesitaba, y por eso le he consagrado todo mi cariño. Los niños son tan débiles, que cualquiera, aun siendo un hombre de mi clase, puede servirles de protector. He cumplido ese deber con Cosette. No creo que esto merezca el nombre de buena acción; pero, si lo merece, yo la he ejecutado. Anotad esta circunstancia atenuante. Hoy Cosette deja mi casa, con lo cual nuestros dos caminos se separan, y en lo sucesivo no puedo hacer nada por ella. Cosette es ya la señora de Pontmercy. Su providencia ha cambiado, ganando sin duda en el cambio. En cuanto a los seiscientos mil francos, aunque no me habléis de ellos, me anticipo a vuestro pensamiento. Es un depósito. ¿Cómo se hallaba en mis manos ese depósito? Poco importa. Devuelvo el depósito, y no se me debe exigir más. Completo la restitución diciendo mi verdadero nombre. Así me conviene. Sabéis ya quién soy.

Y Juan Valjean clavó la vista en Mario.

Lo que Mario experimentaba era tumultuoso e incoherente. Ciertas ráfagas del destino, forman esas olas en nuestra alma.

Todos hemos tenido momentos así: momentos de confusión en que las ideas se dispersan, y en que decimos lo primero que se nos ocurre, y que no es siempre lo más oportuno. Hay revelaciones repentinas que no se pueden resistir, y que embriagan como un vino funesto. Mario estaba atónito con la nueva situación que ante él surgía, y se puso a hablar a aquel hombre como si se tratase de una persona impulsada por el odio a hacerle tal confesión.

—Pero, en fin—exclamó—, ¿por qué me decís todo esto? ¿Quién os obligaba a descubrir el arcano de vuestra vida? Podíais guardároslo. Nadie os ha denunciado. No se os persigue. No se sabe vuestro paradero. Sin duda tenéis alguna razón que os mueve a poneros así de manifiesto. Acabad. Hay más aquí

de lo que parece. ¿Por qué me habéis hecho esa revelación? ¿Qué motivo os ha inducido a ello?

—¿Qué motivo?—respondió Juan Valjean con una voz tan baja y tan sorda, que se hubiera dicho hablaba consigo mismo más bien que con Mario—. ¿Qué motivo ha obligado al presidario a decir: soy un presidario? Pues bien, el motivo es extraño, en efecto. Me ha inducido a ello la honradez. Mi mayor desgracia, sabedlo, es un hilo que está prendido en mi corazón, y con ligadura fuertísima. Esos hilos nunca son más sólidos que cuando uno es viejo. Toda la vida se quiebra en derredor; ellos resisten. Si hubiera podido arrancar ese hilo, romperle, desatar el nudo o cortarlo, irme lejos, muy lejos, estaba en salvo; con partir de aquí bastaba. Diligencias hay en la calle de Bouloy. Sois felices y me marcho. He tratado de romper ese hilo, tirando de él, y ha resistido y no se ha roto; me arrancaba el corazón al mismo tiempo. Entonces dije: No es posible que viva en otra parte. Necesito quedarme. Pero tenéis razón, soy un imbécil; ¿por qué no quedarme, olvidándolo todo? Me ofrecéis un cuarto en vuestra casa; la señora de Pontmercy me quiere mucho; ha dicho a ese sillón: ¡Tiéndele los brazos! Vuestro abuelo desea mi compañía, habitaremos todos bajo el mismo techo, comeremos juntos, daré el brazo a Cosette... a la señora de Pontmercy, perdón, es la costumbre... La misma casa, la misma mesa, el mismo hogar, la misma chimenea, en el invierno; el mismo paseo en el verano, ¡qué deliciosa perspectiva! ¡qué feliz existencia! Viviremos en familia. ¡En familia!

Al pronunciar esta palabra, Juan Valjean tomó un aspecto feroz. Cruzó los brazos, fijó la vista en el suelo como si quisiese horadarlo, abrir a sus pies un abismo, y exclamó con voz tonante:

—¡En familia! No. No tengo familia. No pertenezco a la vuestra. No pertenezco a la familia de los hombres. Estoy de sobra en las casas donde se vive en común. Hay familias, mas no para mí. Soy el desgraciado, el espurio Ajenas sé si he tenido padres. El día en que he casado a esa niña todo ha concluído; la he visto dichosa, la he visto unida al hombre a quien ama, y cerca de ambos a ese buen anciano; reunión de dos ángeles bajo el alegre techo de esta casa, y he dicho para mí: Tú no debes entrar. Fácil me era mentir, no cabe duda, y seguir engañándoos bajo el nombre del señor Fauchelevent. Mientras ha sido para bien de ella, he callado; pero hoy que se trata sólo de mi bien, no debía continuar en silencio. Bastaba no desplegar los labios, y las cosas hubieran marchado como hasta aquí. Me preguntáis quién me ha obligado a hablar. Os contesto que la conciencia. Ya conoceréis cuán fácil me era callarme. He pasado la noche esforzándome en persuadirme a hacerlo. ¡Imposible! es tan extraordinaria mi conducta, que no me admira la sorpresa que os causa. Sí, he pasado la noche buscando razones; se me han ocurrido algunas excelentes; pero no he logrado, ni romper el hilo que aprisiona mi corazón, ni imponer silencio a ese que me habla por lo bajo cuando estoy solo. Por esto he venido a descubrírosloo todo, o casi todo; pues lo que concierne únicamente a mi individuo me lo guardo. Sabéis lo esencial. Os he revelado mi secreto. El misterio que me envolvía ha dejado de serlo para vos. Bastante me ha costado decidirme, he luchado toda la noche. ¡Ah! ¿Pensáis que no he hecho la reflexión de que se trataba de un asunto como el de Champmathieu, de que, ocultando mi nombre, a nadie perjudicaba, de que este nombre de Fauchelevent me autorizó a llevarlo el verdadero Fauchelevent, en recompensa de un servicio, de que podía muy bien seguir usándolo, y ser dichoso en el cuarto que me ofrecéis, sin molestar a nadie, con la mera idea de que, mientras vos poseíais a Cosette, yo vivía bajo el mismo techo que ella? Cada cual hubiera tenido su felicidad proporcionada. Con seguir siendo el señor Fauchelevent, todo se arreglaba. Todo, excepto mi alma. Alrededor mío, alegría; en el fondo de mi alma, tinieblas. No basta ser dichoso, es preciso estar contento. ¡Cómo había de continuar siendo el señor Fauchelevent, y esconder mi verdadero rostro, y encerrar un enigma ante vuestra inocencia, y arrastrar conmigo la sombra en medio de

vuestra irradiación, y en vuestro hogar, sin daros siquiera aviso, introducir el presidio, y sentarme a vuestra mesa con el pensamiento de que, si llegabais a saber quién era, me echaríais a la calle, y permitir me sirviesen criados, que al conocerme, gritarían : ¡ Qué horror ! ¡ Ah ! ¡ Cómo había de consentir en rozaros con mi codo, y en hurtaros vuestros apretones de manos. ¡ En vuestra casa el respeto se hubiera dividido entre cabellos blancos, que son venerables, y cabellos blancos, que tienen impresa una mancha ! En vuestras horas más íntimas, en esos momentos de efusión de los corazones, estando juntos los cuatro, vuestro abuelo, vosotros dos y yo, habría allí un desconocido ! ¡ Y compartiendo vuestra existencia, mi único cuidado tendría que ser el que no se levantase la tapa de mi terrible pozo ! ¡ Yo, un muerto, me impondría a vosotros, que estáis llenos de vida ! Equivaldría a condenaros conmigo. ¡ Vos, Cosette y yo habríamos sido tres cabezas con el gorro verde ! ¿ No os estremecéis? Así no soy sino el más infeliz de los hombres, en el otro caso hubiera sido el más monstruoso. ¡ Cometer todos los días el mismo crimen ! ¡ Mentir todos los días ! ¡ Anublar de continuo vuestra dicha ! ¡ Comunicaros constantemente mi afrenta ! ¡ A vosotros, mis queridos, mis inocentes hijos !... ¿ Conque callar es fácil? ¿ Conque guardar silencio es cosa sencilla? No, no es cosa sencilla. Hay un silencio que miente. ¡ Y había de mentir, ser embustero, indigno, vil, traidor, en el salón, en la mesa, en el hogar, en todas partes, de noche, de día, mirando cara a cara a Cosette, y respondiendo a la sonrisa del ángel con la sonrisa del condenado ! ¿ Para qué? ¡ Para ser feliz ! ¡ Para ser feliz, yo ! ¿ Acaso tengo ese derecho? No pertenezco al gremio de los vivientes, señor.

Juan Valjean se detuvo. Mario seguía escuchando. No puede interrumpirse tal encadenamiento de ideas y de angustias.

Juan Valjean bajó la voz de nuevo ; pero no era ya la voz sorda, era la siniestra.

—Me preguntáis por qué hablo, cuando ni me denuncian, ni me persiguen. ¡ Ah ! ¡ Estoy denunciado, sí ! Estoy perseguido ! ¡ Sí ! ¿ Por quién? Por mí. Yo mismo me he cerrado el paso. Yo me comunico el impulso, yo me echo los grillos, yo me ejecuto. No hay mejor carcelero que uno mismo.

Y cogiendo su levita entre las manos, continuó :

—Mirad. ¿ No os parece que estas manos son capaces de retener fuertemente el cuello de esta levita, sin que haya medio de que lo suelten? ¡ Pues bien ! La garra de la conciencia es mucho más dura. Para ser feliz, señor, se necesita no comprender el deber, porque, una vez comprendido, es implacable. Diríase que castiga al que le comprende, cuando le recompensa, poniéndole en el infierno, donde siente junto a sí a Dios. Las entrañas se desgarran, pero la paz interior viene en seguida.

Y con indecible acento añadió :

—Señor de Poutmercy : esto no tiene sentido común ; soy un hombre honrado. Degradándome a vuestros ojos, me elevo a los míos. Otra vez me ha sucedido una cosa análoga ; pero aquello no fué nada en comparación. Sí, un hombre honrado. No lo sería, si por mi culpa hubieseis continuado estimándome ; ahora que me despreciáis, lo soy. Tengo la fatalidad de que, no pudiendo jamás poseer sino una consideración robada, esa consideración me humilla y agobia interiormente, necesitando, para el respeto propio, el desprecio de los demás. Entonces alzo la frente. Soy un presidiario que obedece a su conciencia ; caso raro, lo sé. Pero, ¿ qué remedio? He contraído compromisos conmigo mismo, y los cumplo. Hay encuentros que nos ligan, y casualidades que nos impulsan por el camino del deber. Señor de Pontmercy, me han sucedido de esas cosas en la vida.

Juan Valjean hizo otra pausa, tragando la saliva con esfuerzo, como si sus palabras tuviesen un sabor amargo, y luego prosiguió :

—Cuando se horroriza uno de sí mismo hasta ese extremo, no tiene derecho para hacer a los demás partícipes, sin saberlo, de su horror, para comunicarles su peste, para lanzarlos en su precipicio, para cubrirlos con su casaquilla encarnada, para embarazar solapadamente con su miseria la felicidad del

prójimo. Es odioso acercarse a los que están sanos, y tocarlos en la sombra con la úlcera invisible. En vano Fauchelevent me prestó su nombre ; no me asiste derecho para llevarlo, y aunque él haya podido dármelo, yo no he podido admitirlo. Un nombre es la personalidad. Ya veis, señor, que he pensado y leído algo, siendo, como soy, un simple labriego, y veis también que sé explicarme, y que me doy cuenta de las cosas. Me he proporcionado una educación a mi manera. Sí, substraer un nombre, y cubrirse con él está mal hecho. Tan gran delito es robar letras del alfabeto, como robar un bolsillo o un reloj. ¡ Ser una firma falsa en carne y hueso, una llave falsa viva ; entrar en casa de las personas honradas falseando la cerradura ; no mirar nunca sino de través, encontrarme infame en el fondo de mi corazón ! ¡ No, no, y no ! Vale más padecer ; brotar sangre, llorar, arrancarse la piel de la carne con las uñas, pasar las noches en las convulsiones de la agonía, roerse el vientre y el alma. Por eso os he contado lo que acabáis de oír. De propósito, como decís.

Respiró penosamente, y pronunció después esta última frase :

—En otro tiempo, para vivir, robé un pan ; hoy para vivir no quiero robar un nombre.

—¡ Para vivir !—dijo Mario—. ¿ Acaso necesitáis de ese nombre para vivir?

—¡ Ah ! yo me entiendo—respondió Juan Valjean, levantando y bajando la cabeza lentamente muchas veces seguidas.

Hubo un silencio. Los dos callaban, hundido cada cual en un abismo de pensamientos. Habíase sentado Mario junto a una mesa, y apoyaba el ángulo de la boca en uno de sus dedos doblados. Juan Valjean iba y venía. Detúvose delante de un espejo, y se quedó inmóvil. Luego, como si respondiese a un razonamiento interior, dijo, mirando aquel espejo, donde no se veía :

—¡ Mientras que ahora me siento aliviado !

Se puso de nuevo a andar, dirigiéndose al otro extremo del salón.

En el momento de moverse, notó que Mario le miraba caminar, y le dijo con un acento indescriptible :

—Arrastro un poco la pierna. Ya comprenderéis por qué.

Volvióse del todo, y continuó :

—Y ahora, figuraos que nada he dicho, que soy el señor Fauchelevent, que vivo en vuestra casa, que soy de la familia, que tengo mi cuarto, que os acompaño a almorzar de bata, que por la tarde vamos los tres al teatro, que acompaño a la señora de Pontmercy a las Tullerías y a la Plaza Real ; en una palabra, que me creéis igual a vos ; y el día menos pensado, cuando estemos juntos, oís pronunciar el nombre de Juan Valjean, y veis salir de la sombra la mano espantosa de la policía que me arranca bruscamente de vuestro lado.

Callóse de nuevo ; Mario se había levantado con un estremecimiento.

Juan Valjean prosiguió :

—¿ Qué decís?

Mario no acertó a desplegar los labios.

—Veis que he tenido razón en hablar. Sed dichosos, vivid en el cielo, sed el ángel de otro ángel, y contentaos con eso, sin cuidaros del medio que un pobre condenado ha elegido para desgarrarse el pecho y cumplir con su deber. Tenéis delante de vos, señor, a un hombre miserable.

Mario cruzó lentamente el salón, y cuando estuvo junto a Juan Valjean le tendió la mano ; pero como la de éste no se alargase a cogerla, hubo de hacerlo él, y le pareció que estrechaba en la suya una mano de mármol.

—Mi abuelo tiene amigos—dijo Mario— ; yo haré que os consiga el perdón.

—Es inútil — respondió Juan Valjean—. Se me cree muerto, y basta. Los muertos no están sometidos a la vigilancia de la policía. Se les deja pudrirse tranquilamente. La muerte equivale al perdón.

Y retirando su mano de la de Mario, añadió con una especie de dignidad inexorable :

—Además de que no he de acudir a otro amigo que al cumplimiento de mi deber. No necesito más que un perdón : el de mi conciencia.

En aquel momento, la puerta se entreabrió poco a poco al extremo opuesto del salón, y se dejó ver la cabeza de Cosette.

Sólo se percibía su cándido semblan-

te ; estaba admirablemente despeinada, y tenía los párpados hinchados aún por el sueño.

Hizo el movimiento de un pájaro que saca la cabeza fuera del nido ; miró primero a su esposo, luego a Juan Valjean, y les gritó riendo :

—¡ Apostaría a que habláis de política ! ¡ Qué necedad ! ¡ En vez de estar conmigo !

Era una sonrisa en el fondo de una rosa. Juan Valjean se estremeció.

—Cosette...—tartamudeó Mario, y se detuvo.

Parecían dos criminales.

Cosette, radiante de felicidad y de hermosura, seguía mirándolos. Había en sus ojos como emanaciones de paraíso.

—Os he cogido infraganti—dijo Cosette—. Acabo de oír al través de la puerta las palabras de mi padre Fauchelevent : La conciencia... el cumplimiento de mi deber... No cabe duda. Hablabais de política, y no quiero eso. ¡ Hablar de política al día siguiente de la boda ! No me parece justo.

—Te engañas, Cosette — respondió Mario—. Hablábamos de negocios. Buscábamos el medio mejor de colocar tus seiscientos mil francos, y...

—Pues si no es más que eso—interrumpió Cosette—, aquí me tenéis. ¿ Se me admite ?

Y atravesando resueltamente el umbral entró en el salón.

Llevaba puesto un gran peinador blanco de mil pliegues con mangas anchas, el cual, partiendo del cuello, le caía hasta los pies.

En los cielos dorados de los antiguos cuadros góticos hay ángeles así vestidos.

Contemplóse de pies a cabeza en un espejo de cuerpo entero, y exclamó con una explosión de éxtasis inefable :

—Había una vez un rey y una reina. ¡ Oh ! ¡ qué contenta estoy !

Dicho esto, saludó a Mario y a Juan Valjean.

—Ya veis—continuó—, voy a instalarme cerca de vosotros en un sillón ; dentro de media hora almorzaremos ; hablaréis cuanto queráis ; ya sé yo que los hombres tienen que tratar muchas cosas ; seré prudente.

Mario la tomó del brazo, y le dijo con dulzura :

—Hablamos de negocios.

—A propósito—respondió Cosette—, he abierto mi ventana, y acaba de llegar al jardín una bandada de gorriones. ¿ Creísteis que iba a decir de máscaras ? No, que es miércoles de Ceniza. Felizmente no hay miércoles de Ceniza para los pájaros.



—Te repito que hablamos de negocios : vamos, mi querida Cosette, déjanos un instante. Son guarismos y te fastidiarías.

—¡ Qué bonita corbata te has puesto hoy, Mario ! Estás guapísimo, monseñor. No, no me fastidiaré.

—Te aseguro que sí.

—Que no. Habláis vosotros, y me basta. Os escucharé, aunque no os comprenda. Cuando uno oye las voces de las personas que ama, no necesita comprender sus palabras. Estar juntos, es todo lo que quiero, y me quedaré con vosotros, ¿ por qué no ?

—Amor mío, imposible.

—¿ Imposible ?

—Sí.

—Muy bien—repuso la joven—. ¡ Os hubiera dicho tantas cosas ! Por ejemplo, que el abuelo duerme aún, que la tía se ha ido a misa, que la chimenea del cuarto de mi padre Fauchelevent echa humo ; que Nicolasa ha llamado al desollinador, que la tía Santos y Nicolasa han empezado ya a gruñir, que Nicolasa se burla de la tartamudez de la tía Santos. Pues bien, no sabréis nada. ¿ Conque es imposible ? También yo a mi vez, gritaré : es imposible. ¿ Quién perderá en el juego ? Ea, Mario, querido mío, deja que me quede con vosotros.

—Te juro que necesitamos estar solos.

—¿ Acaso soy yo alguien ?

Juan Valjean no pronunciaba una palabra. Cosette se volvió hacia él :

—Lo primerito que quiero, padre, es que me deis un abrazo. ¿ Cómo calláis así, en vez de tomar mi partido ? ¡ Vaya un singular padre ! Ya veis que soy muy desgraciada en mi nuevo estado. Mi Mario me casca. Ea, un abrazo y un beso, pronto.

Juan Valjean se acercó.

Cosette se volvió a Mario :

—A vos esta mueca.

En seguida alargó su frente a Juan Valjean.

Juan Valjean dió un paso hacia ella.

Cosette retrocedió, exclamando:

—¡Qué pálido estáis, padre! ¿Os duele el brazo?

—Está ya bueno.

—¿Habéis dormido mal?

—No.

—¿Estáis triste?

—No.

—¡Vaya, un beso! Si os sentís bien, si dormís mejor, si estáis contento, no os reñiré.

Y le presentó de nuevo la frente.

Juan Valjean besó aquella frente, donde brillaba un celestial reflejo.

—Sonreíos ahora.

Juan Valjean obedeció. Diríase la sonrisa de un espectro.

—Ya es tiempo de que me defendáis contra mi marido.

—Cosette...—empezó a tartamudear Mario.

—Padre, enfadaos. Decidle que debo quedarme; que delante de mí bien se puede hablar. ¡Pues no me creéis poco tonta! ¡Y sobre todo me gusta el pretexto! Negocios, colocar dinero en un Banco, ¡gran cosa! Los hombres fingen misterios para darse tono. Sí, señor, quiero quedarme. Mario, mírame, ¿no me encuentras hoy bonita?

Y con un movimiento de hombros adorable, y cierto aire exquisito de desquite, fijó los ojos en Mario. Hubo como un relámpago entre aquellos dos seres. Poco importaba que no estuviesen solos.

—¡Te amo!—dijo Mario.

—¡Te adoro!—exclamó Cosette.

Y sin serles dable resistir, se abrazaron estrechamente.

—Ahora—repuso Cosette al mismo tiempo que arreglaba un doblez del peinador con airecillo de triunfo—, me quedo.

—Eso no—replicó Mario con tono suplicante—. Tenemos que terminar cierto asunto.

—¿Conque no?

Mario tomó una inflexión de voz grave.

—Cosette, te aseguro que es imposible.

—¡Ah! me habláis con ese acento, caballero. ¡Está bien! Me marcho. Padre, no me habéis apoyado. Señor marido, señor papá, sois unos tiranos. Se lo voy a contar al abuelo. Si creéis que voy a volver y a deciros necedades, os equivocáis. Aquí donde me veis, tengo mi poquito de orgullo. Os espero. Ya os convenceréis de que sin mí vais a fastidiaros. Me marcho, y hago perfectamente.

Salió. Al cabo de dos segundos la puerta se abrió de nuevo, su lindísima cabeza asomó por entre las hojas, y les gritó:

—Estoy furiosa.

La puerta se volvió a cerrar, y todo quedó otra vez en tinieblas.

Fué a manera de un rayo de sol extraviado en los senderos de la noche.

Mario se cercioró de que la puerta estaba bien cerrada.

—¡Pobre Cosette! — murmuró—, cuando sepa...

A estas palabras, Juan Valjean se estremeció y clavó en Mario la vista.

—¡Cosette! ¡Ah! Sí, es verdad, se lo vais a decir todo; justo. No había pensado en ello. Se tienen fuerzas para una cosa y faltan para otra. Os lo suplico, señor, os lo ruego por lo más sagrado, dadme palabra de no decirle nada. ¿No basta que vos lo sepáis? Nadie me ha obligado a delatarme, lo he hecho de buen grado; me delataría al Universo, ¿qué me importa? Pero ella ignora estas cosas, y se asustaría. ¡Un forzado! Habría que explicárselo; habría que decirle: es un hombre que ha estado en presidio. Ella vió pasar un día la cadena. ¡Oh, Dios mío!

Se dejó caer en un sillón, y ocultó el rostro entre las manos. No se le oía, pero por el movimiento de los hombros se conocía que lloraba. Lágrimas silenciosas; lágrimas terribles.

En el sollozo hay algo de sofocación. Con un movimiento convulsivo se respaldó en el sillón, como para respirar, y Mario pudo ver su rostro bañado en llanto, y le oyó decir tan bajo que su voz parecía salir de un abismo sin fondo:

—¡Oh! ¡quisiera morir!

—Serenaos—dijo Mario—; guardaré vuestro secreto para mí solo.

Y menos enternecido quizá de lo que debiera, pero obligado hacía una hora a familiarizarse con aquella horrible

revelación; viendo gradualmente convertirse al señor Fauchelevent en un presidiario; cautivado poco a poco por aquella realidad lúgubre, y conducido por la pendiente natural de la situación a medir el intervalo que a ambos separaba añadió:

—Me es imposible no deciros algo sobre el depósito que tan fiel y honradamente habéis entregado. Es un acto de probidad. Merecéis que se os recompense. Fijad vos mismo la cantidad, y no temáis que sea muy crecida.

—Gracias—respondió Juan Valjean con dulzura.

Permaneció pensativo un momento, pasando maquinalmente la yema del dedo índice por la uña del pulgar; luego alzó la voz:

—Todo ha concluído, o poco menos. Una sola cosa me queda...

—¿Cuál?

Juan Valjean experimentó como una suprema vacilación, y sin voz, casi sin aliento, balbuceó:

—Ahora que lo sabéis todo, ¿creéis, señor, pues sois el dueño, que no debo volver a ver a Cosette?

—Sería lo más acertado—respondió fríamente Mario.

—No volveré a verla—dijo Juan Valjean.

Y se dirigió hacia la puerta.

Puso la mano en la cerradura, el pestillo cedió, entreabrióse la puerta lo bastante para que pasase Juan Valjean, se quedó un segundo inmóvil, luego cerró de nuevo y se encaró con Mario.

No estaba ya pálido sino lívido. Sus ojos no tenían ya lágrimas, sino una especie de luz trágica. Su voz había cobrado cierta extraña serenidad.

—Si lo permitís, señor, vendré a verla. Os aseguro que lo deseo muchísimo. Sin eso, sin la necesidad de ver a Cosette, no os habría hecho esta confesión. Hubiera partido meramente... Pero queriendo permanecer en el pueblo donde vive Cosette, y continuar viéndola, me ha parecido que debía descubríroslo todo. ¿Me comprendéis, no es cierto? Es razonable lo que digo. Nueve años hace que no nos separamos; nuestra primera habitación fué esa casuca del bulevar, luego el convento, en seguida junto al Luxemburgo. Allí la visteis por primera vez. Recordaréis su sombrero de felpa azul. Después nos trasladamos al barrio de los Inválidos, donde había una reja y un jardín a la calle Plumet. Desde mi habitación la oía tocar el piano. Tal ha sido mi vida. El uno sin el otro, jamás. Nueve años y algunos meses ha durado esto. Era para ella un padre, y se creía mi hija. No sé si me comprenderéis, señor Pontmercy; pero os aseguro que me sería difícil marcharme ahora y no volverla a ver, no hablarle más, quedarme sin nada en el mundo. Si no os pareciera mal, vendría de vez en cuando a ver a Cosette. No lo haría con frecuencia, ni permanecería aquí mucho tiempo. Daríais orden de que se me recibiese en la salita del primer piso, y hasta entraría por la puerta trasera, la de los criados, si no fuese reparable. Valdría más, se me figura, que entrase por donde entran todos. Lo esencial es, señor, que desearía ver alguna vez a Cosette, tan pocas como queráis. Poneos en mi lugar. Además de que, si no volviese, lo extrañarían. Lo que podré hacer es venir por la tarde cuando empiece ya a obscurecer.

—Vendréis todas las tardes — dijo Mario—, y Cosette os aguardará.

—¡Qué bueno sois!—respondió Juan Valjean.

Mario le saludó; la felicidad acompañó hasta la puerta a la desesperacin, y aquellos dos hombres se separaron.

II

TRAS LA REVELACIÓN LA DUDA

Mario estaba trastornado.

La especie de antipatía que había sentido siempre hacia el supuesto padre de Cosette estaba ya explicada. Encontraba en aquel personaje un no sé qué enigmático, de que le advertía su instinto, y el enigma era la peor de las vergüenzas, el presidio. El señor Fauchelevent era el presidiario Juan Valjean.

Hallar de improviso semejante secreto en medio de su dicha, equivalía a descubrir un escorpión en un nido de tórtolas.

En adelante la felicidad de Mario y de Cosette, ¿no podría prescindir de aquel testigo? ¿Era éste un hecho consumado? ¿Formaba parte de su casamiento la aceptación de Juan Valjean? ¿No había ya remedio? ¿Se había casado también Mario con el prófugo de presidio?

Por más que se ciña una corona de luz y alegría, por más que se saboree la hora más feliz de la existencia, el triunfo del amor, los sacudimientos de esta clase harían estremecerse al mismo arcángel en su éxtasis, al mismo semidiós en su gloria.

Como acontece siempre con los cambios de situación por el estilo del que acabamos de relatar, preguntábase Mario si no tendría algo que echarse en cara. ¿Su previsión, su prudencia habrían sufrido un voluntario eclipse? Tal vez. ¿Habríase empeñado, sin la necesaria precaución, sin aclarar bien las circunstancias de la persona, en la aventura amorosa, cuyo término era el casamiento con Cosette? Conocía (y por esta serie de estudios sucesivos del hombre sobre sí propio, es como la vida nos proporciona alguna enseñanza), conocía, decimos, el lado quimérico y visionario de su naturaleza; especie de nube interior propia de muchas organizaciones, que en los excesos de la pasión y del dolor se dilata por alterarse la temperatura del alma, e invade al hombre hasta el punto de convertirle en una conciencia bañada por la bruma.

Más de una vez hemos indicado este elemento característico de la individualidad de Mario. Recordaba que en la embriaguez de su amor, durante las seis o siete semanas de éxtasis que había pasado en la calle de Plumet, ni siquiera habló a Cosette del drama de la casuca Gorbeau, donde la víctima guardó tan extraño silencio, en medio de la lucha, fugándose al ser aprehendidos los criminales. ¿Cómo se concibe que no hubiese dicho una palabra de esto a Cosette, y más siendo un acontecimiento tan reciente y terrible? ¿Cómo se concibe que no hubiese nombrado ni aun a los Thenardier, sobre todo el día que encontró a Eponina?

Trabajo le costaba explicarse ahora el silencio de entonces.

Explicábaselo, sin embargo, recordando su aturdimiento, su embriaguez al lado de Cosette, el amor absorbiéndolo todo, aquel arrobamiento mutuo en lo ideal, y quizá también como la cantidad imperceptible de razón mezclada con aquel estado violento, aunque agradable del alma, un vago y sordo instinto de ocultar y de abolir en su memoria la horrible aventura cuyo contacto temía, en la que le repugnaba representar ningún papel, y de la cual no podía ser cronista ni testigo sin ser al mismo tiempo acusador.

Por otra parte, aquellas pocas semanas habían pasado como un relámpago, sin dejarle espacio más que para amarse.

En fin, pasado y analizado todo, resultaba que, aun en el caso de haber referido la asechanza de la casuca Gorbeau a Cosette, de nombrarle a los Thenardier, y hasta de haber descubierto que Juan Valjean era un presidiario, ¿hubiera bastado esto para que él cambiase? ¿para que cambiase Cosette? ¿Hubiera él retrocedido? ¿La hubiera adorado menos? ¿Hubiera desistido del casamiento? No.

Nada tenía, pues, que sentir ni que echarse en cara.

Hay un Dios para esos beodos que se llaman los enamorados. Mario había seguido ciego, el camino que hubiera elegido con la vista clara. El amor le había vendado los ojos para conducirle: ¿adónde? al paraíso.

Pero aquel paraíso debía ir rodeado desde entonces de un resplandor infernal.

La antipatía de Mario hacia el señor Fauchelevent, transformado en Juan Valjean, mezclábase ahora con ideas terribles, entre las cuales justo es decirlo, había algo de lástima, y hasta de sorpresa.

El ladrón, y ladrón reincidente, había restituído un depósito: ¿y qué depósito? Seiscientos mil francos, de los que sólo él tenía noticia, y que pudo muy bien guardarse. Había hecho todo lo contrario.

Además, era delator de sí mismo. ¿Quién le obligaba a delatarse? Si se sabía su verdadero nombre, es porque él lo había dicho. Con aquella confesión Juan Valjean aceptaba, no únicamente

la humillación, sino también el peligro. Para el condenado, la máscara no es la máscara; es un abrigo. Un nombre falso es la seguridad, y él había renunciado al que le encubría. Podía, siendo presidiario, ocultarse para siempre en el seno de una familia honrada, y había resistido a esta tentación. ¿Y por qué? Por escrúpulo de conciencia. Sus palabras explicativas tenían el irresistible acento de la realidad.

En suma, quienquiera que fuese aquel hombre, incontestablemente se le debía considerar como una conciencia que se despertaba. Había en él cierta misteriosa rehabilitación, aun en sus principios: y, según todas las apariencias, hacía mucho tiempo que el escrúpulo dominaba en su alma. Tales accesos de lo justo y de lo bueno no son propios de naturalezas vulgares. El despertar de la conciencia indica un alma grande.

Juan Valjean era sincero. Esta sinceridad visible, palpable, irrefragable y aún evidente por el dolor que le causaba, hacía inútiles las pesquisas. ¡Inversión extraña de las situaciones! ¿Qué brotaba para Mario del señor Fauchelevent? La desconfianza. ¿Y de Juan Valjean? La confianza.

En el misterioso balance que Mario formaba de aquel individuo, comparando el debe y el haber, quería llegar a un resultado; pero sentíase como envuelto en un torbellino. Esforzábase en deducir una idea clara de Juan Valjean, y persiguiéndole, por decirlo así, en el fondo de su pensamiento, le perdía y no volvía a encontrarle sino en una bruma fatal.

El depósito restituído honradamente y la probidad de la confesión, eran acciones meritorias y producían como un resplandor en la nube; ésta en seguida se ponía otra vez negra.

Aunque los recuerdos de Mario fuesen confusos, explicábase ahora ciertas escenas antes incontestables.

¿Qué venía a ser la aventura del desván de Jondrette? ¿Por qué a la llegada de la justicia, aquel hombre, en lugar de querellarse, había huído? Mario encontraba esta vez la respuesta: Porque aquel hombre era un forzado que andaba prófugo.

Otra pregunta:

¿Por qué había ido aquel hombre a la barricada? Pues Mario veía ahora aparecer distintamente este recuerdo al impulso de sus emociones, como la tinta simpática cuando se arrima al fuego. Aunque estaba allí no combatía. ¿Qué había ido, pues, a hacer? Ante esta pregunta surgía un espectro y daba la contestación. Era Javert.

Mario recordaba perfectamente la fúnebre visión de Juan Valjean arrastrando fuera de la barricada a Javert, atado, y oía aún detrás del ángulo de la callejuela Mondetour el horrible pistoletazo. Existía, sin duda, odio entre el espía y el presidiario. El uno molestaba al otro; y Juan Valjean había ido a la barricada por vengarse. Llegó tarde.

Probablemnte sabía que Javert había sido hecho prisionero.

La venganza corsa ha penetrado en ciertas hondonadas y domina aún: es tan sencilla que no asusta a las almas convertidas al bien de una manera incompleta; y tal es la índole de esa clase de personas, que un criminal, en vía de arrepentimiento, puede tener escrúpulo de robar y no vengarse.

Juan Valjean había matado a Javert, o a lo menos parecía evidente.

Ultima pregunta, a la cual no encontraba qué responder, sin embargo de sentirla como unas tenazas:

¿Por qué la existencia de Juan Valjean había corrido tanto tiempo unida a la de Cosette ¿Qué significaba la obra sombría de la Providencia al poner aquella niña en contacto con semejante hombre? ¿Se forjan en el cielo cadenas dobles, y Dios se complace en juntar al ángel con el demonio? ¿Pueden ser compañeros de cuarto, en el misterioso presidio de la miseria, un crimen y una inocencia? ¿Pueden, en el desfiladero de condenados que se llama el destino humano, pasar tocándose dos frentes, la una cándida, y la otra formidable; la una bañada en los divinos matices del alba, la otra para siempre pálida con el siniestro brillo de un eterno relámpago? ¿Quién había determinado aquella unión inexplicable? ¿Cómo, por qué prodigio se había establecido tal comunidad de vida entre la celestial niña y el viejo presidiario? ¿Quién había liga-

do el cordero al lobo, y lo que era aún más incomprensible, el lobo al cordero? Porque el lobo amaba al cordero; porque el ser feroz adoraba al débil; porque, durante nueve años, el ángel había tenido por punto de apoyo al monstruo.

La infancia y la adolescencia de Cosette, su virginal desarrollo de vida y de luz, habían econtrado abrigo en aquella abnegación disforme.

Aquí las cuestiones se esfoliaban, por decirlo así, en enigmas innumerables, los abismos se abrían en el fondo de los abismos, y al querer Mario sondear a Juan Valjean sentía vértigos.

¿Qué era, pues, aquel hombre erizado de precipicios?

Los antiguos símbolos del Génesis son eternos. En la sociedad humana, tal como existe, y hasta el día en que una claridad mayor la altere, habrá siempre dos hombres, uno superior, y otro subterráneo; uno caminando hacia el bien, Abel; otro torciéndose hacia el mal, Caín.

Pero, ¿cómo definir a aquel Caín sensible? ¿Aquel bandido, religiosamente absorto, en la adoración de una virgen, velando por ella, educándola, custodiándola, dignificándola y envolviéndola, siendo él impuro, en pureza? ¿Juan Valjean formando el corazón de Cosette? ¿La figura tenebrosa dedicándose exclusivamente a preservar de toda sombra y de toda nube la salida de un astro?

Este era el secreto de Juan Valjean y también de Dios.

Ante estos dos secretos, Mario retrocedía. En cierta manera, el uno le tranquilizaba acerca del otro. La Providencia, en aquella aventura, era tan visible como Juan Valjean. Dios tiene sus instrumentos y se sirve de la herramienta que quiere. No es responsable ante el hombre. ¿Conocemos nosotros las misteriosas vías de la Providencia? Juan Valjean había trabajado en la perfección de Cosette, contribuyendo un poco a formar su alma: esto era incontestable. ¿Y qué? De un obrero horrible había resultado una obra admirable.

Dios hace los milagros como mejor le cuadra.

Le plugo emplear a un hombre de los antecedentes de Juan Valjean en el desenvolvimiento de la graciosa niña.

Pero, aunque fuese extraño el colaborador, ¿qué cuenta tenemos que pedirle? ¿Es la primera vez que el estiércol ayuda a la primavera a hacer la rosa?

Mario se respondía a sí mismo, y calificaba de buenas sus respuestas.

No había osado insistir con Juan Valjean sobre los puntos que acabamos de indicar, aunque guardándose bien de reconocer que le faltaba atrevimiento para ello.

Adoraba a Cosette, la poseía; Cosette era pura como los ángeles. ¿Qué otra aclaración necesitaba?

Cosette era una luz, y la luz lleva consigo la claridad. Mario lo tenía todo. ¿Qué podía desear? ¿Acaso «todo» no es «bastante»?

Los negocios personales de Juan Valjean no le incumbían, principalmente desde la declaración solemne del miserable: «No soy nada de Cosette. Hace diez años ignoraba su existencia».

Juan Valjean era un simple transeunte, como había dicho él mismo.

Pasaba, pues, y quienquiera que fuese, su papel había concluído.

En lo sucesivo Mario cumpliría las funciones de la Providencia junto a Cosette.

Cosette había encontrado en las regiones etéreas a su igual, a su amante, a su esposo, a su celestial compañero.

Al remontarse a las alturas, alada y transfigurada, dejaba tras de sí en la tierra su crisálida vacía y horrible. Juan Valjean.

En cualquier círculo de ideas que girase Mario, siempre se reproducía su horror hacia Juan Valjean.

Horror sagrado quizá; porque, según hemos insinuado, sentía cierto «quid divinum» en aquel hombre.

Sin embargo, por más atenuaciones que buscase, preciso le era siempre acabar por aquello de: es un presidiario; es decir, el ser que en la escala social carece hasta de sitio, por no ocupar siquiera el pie.

Después del último de los hombres está el presidiario.

El presidiario no figura, digámoslo así, entre los vivientes.

La ley lo ha privado de toda la cantidad de humanidad que puede quitar a un hombre. Mario en las cuestiones

penales, admitía, aunque demócrata, el sistema inexorable, y tenía acerca de los que la ley hiere, todas las ideas de la ley. No había hecho aún, preciso es decirlo, todos los progresos.

No era aún capaz de distinguir entre lo escrito por el hombre y lo escrito por Dios; entre la ley y el derecho.

No había examinado y pesado el derecho que se toma el hombre de disponer de lo irrevocable y de lo irreparable. No le irritaba la palabra «vindicta». Parecíale natural que ciertas infracciones de la ley escritas fuesen seguidas de penas eternas, y aceptaba como procedimiento de civilización la condena social.

Lo cual no significa que más adelante dejase de avanzar infaliblemente, pues su índole era buena, y estaba compuesta, en el fondo, de progreso latente.

En las ideas que entonces profesaba, Juan Valjean era para él disforme y repugnante. Era el réprobo, el presidiario.

Esta voz le causaba el efecto de la trompeta del juicio final, y después de haber considerado por mucho tiempo a Juan Valjean, su último gesto fué volver la cabeza. «Vade retro».

Mario, fuerza es reconocerlo e insistir en ello, aunque interrogase a Juan Valjean hasta el punto de decirle éste: «Me confesáis», no le había dirigido dos o tres preguntas decisivas: y no porque no se le ocurriesen, que sí se le habían ocurrido; pero inspirábanle cierto pavor.

¿El desván de Jondrette? ¿La barricada? ¿Javert? ¿Quién sabe adónde habrían llegado las revelaciones? Juan Valjean no parecía hombre de retroceder. ¿Y quién sabe si Mario, después de empujarle, no hubiera deseado retenerle? ¿No nos ha sucedido a todos en circunstancias supremas, hacer una pregunta y taparnos luego los oídos para no oír la contestación?

Estas flaquezas son propias sobre todo de enamorados.

No es prudente interrogar hasta lo último a las personas colocadas en situaciones siniestras, en especial cuando la parte indisoluble de nuestra vida se encuentra fatalmente mezclada con ellas.

De las explicaciones desesperadas de Juan Valjean podría brotar alguna luz espantosa.

¿Y quién sabe si esa horrible claridad no se extendería hasta Cosette, esparciendo una especie de matiz infernal sobre la frente de aquel ángel? La fatalidad tiene de esas solidaridades, en que la marca del crimen se graba en la misma inocencia por la sombría ley de los reflejos colorantes. Las más cándidas figuras pueden conservar para siempre la reverberación de una vecindad horrible.

Con razón o sin ella, Mario había tenido miedo. Sabía ya demasiado, y más bien quería aturdirse que ilustrarse. En el colmo de la desesperación, llevaba a Cosette en sus brazos, cerrando los ojos por no ver a Juan Valjean.

Este hombre era la noche; noche palpitante y terrible. ¿Cómo atreverse a buscar el fondo? Es atroz dirigir preguntas a la sombra. ¿Quién sabe lo que va a responder? El alba pudiera perder eternamente su blancura.

En tal situación de espíritu, era para Mario una perplejidad dolorosa pensar que aquel hombre se rozaría en lo sucesivo, aunque apenas, con Cosette. Reprendíase ahora no haberle hecho esas formidables preguntas, ante las cuales había retrocedido, y de las que hubiera podido resultar una decisión implacable y definitiva. Encontrábase demasiado bueno y generoso; en una palabra, demasiado débil; debilidad que le indujo a consentir en una imprudencia. Se había dejado conmover; suya era la culpa. Debió pura y simplemente alejar de su casa a Juan Valjean.

Indignábase contra sí mismo, contra el torbellino de emociones que le había aturdido, cegado y arrastrado.

¿Qué haría ahora? Las visitas de Juan Valjean le repugnaban profundamente. ¿Qué significaba aquel hombre en su casa? Esta pregunta le ponía de nuevo al borde del abismo, que no osaba profundizar; hasta temía sondearse a sí propio. Había ofrecido en un momento de conmoción, de debilidad; y es preciso cumplir la palabra que se da, aunque se dé, y sobre todo si se da a un presidiario. Sin embargo, su principal

deber era hacia Cosette. En suma, existía en él una repulsión que lo dominaba todo.

Mario resolvía este confuso agrupamiento de ideas en su cerebro, pasando de una a otra, y sobresaltándole todas. De donde resultaba para él una agitación profunda; agitación que le costó mucho ocultar a Cosette; pero el amor, que es un talento, le ayudó a conseguirlo.

Por lo demás, hizo sin objeto aparente algunas preguntas a Cosette, cándida como una paloma, y sin recelar nada. Le habló de su infancia y de su juventud, convenciéndose cada vez más de que el presidiario había sido respecto de Cosette todo lo bueno, paternal y respetable que cabe en una criatura humana. Cuando Mario había entrevisto y supuesto era verdad. Aquella ortiga siniestra había amado y protegido a aquel lirio.

LIBRO OCTAVO

El crepúsculo de la tarde.

I

EL PRIMER PISO

Al día siguiente, cuando empezaba a obscurecer, Juan Valjean llamó a la puerta cochera de la casa del señor Gillenormand. Vasco le recibió encontrándose allí como ex profeso y por orden de alguno. A veces basta con decir a un criado :—Espera a Fulano.

Vasco, sin guardar a que Juan Valjean se adelantase hacia él, le dirigió la palabra :

—El señor barón me ha encargado que os preguntase si queréis subir o quedaros abajo.

—Quedarme abajo—respondió Juan Valjean.

Vasco, respetuoso como siempre, abrió la puerta de la sala, y dijo :

—Voy a avisar a la señora.

La habitación en que Juan Valjean entró era un primer piso abovedado y húmedo, que servía a veces de bodega, y que daba a la calle, con el suelo de ladrillos encarnados, y una mala ventana que permitía apenas el paso a unos míseros rayos de luz al través de los barrotes de hierro.

No era este cuarto de los que el zorro, el plumero y la escoba molestan. El polvo yacía allí tranquilo. Las arañas campeaban libremente. Una hermosa tela desplegada con lujo, muy negra y con adornos de moscas muertas, giraba alrededor de uno de los vidrios de la ventana. La sala, pequeña y baja de techo, estaba amueblada con unas cuantas botellas vacías, amontonadas en un rincón. La pared, revocada de amarillo, se iba descascarillando a toda prisa. Veíase en el fondo una chimenea de madera, pintada de negro y encendida, lo cual indicaba que se había contado con la respuesta de Juan Valjean :—Abajo.

A cada lado de la chimenea había un sillón, y entre los dos sillones, a modo de alfombra, una manta de cama, vieja, mostrando más hebra que lana.

El alumbrado de la habitación consistía en la llama de la chimenea y el crepúsculo de la ventana.

Juan Valjean se sentía fatigado, pues llevaba algunos días sin comer ni dormir, y se dejó caer en uno de los sillones.

Vasco vino, puso sobre la chimenea una bujía encendida y se retiró, sin que Juan Valjean, con la cabeza inclinada hasta tocar el pecho, hubiese notado lo más mínimo.

De repente se levantó como sobresaltado.

Cosette estaba detrás de él. No la había visto entrar, pero había sentido que entraba. Se volvió y la contempló con éxtasis. Estaba adorablemente hermosa; pero lo que él miraba de aquella suerte no era la hermosura material, sino el alma.

—Padre—exclamó Cosette—, sabía vuestras rarezas, pero jamás me hubiera figurado que llegasen a tanto. ¡Vaya una idea! Dice Mario que os habéis empeñado en que os reciba aquí.

—Sí, me he empeñado.

—Ya esperaba esa respuesta. Está bien. Os prevengo que voy a armar un escándalo. Empecemos por el principio. Padre, besadme.

Y le presentó la mejilla.

Juan Valjean permaneció inmóvil.

—No os movéis. Declaro que vuestra actitud es de una persona que se en-

cuentra culpada. Os perdono, sin embargo. Jesucristo ha dicho: Presentad la otra mejilla. Aquí la tenéis.

Y le presentó la otra mejilla.

Juan Valjean no se movía; parecía clavado en el suelo.

—Esto se pone serio—dijo Cosette—. ¿Qué os he hecho? Me declaro ofendida, y me debéis una satisfacción. Comeréis con nosotros.

—He comido ya.

—No es verdad. Haré que el señor Gillenormand os riña. Los abuelos están encargados de reñir a los padres. Vamos, subid conmigo al salón. Pronto.

—Imposible.

Al llegar aquí, Cosette perdió algún terreno. Cesó de mandar y pasó a las preguntas.

—¡Imposible! ¿Por qué? ¡Y escogéis para verme, el cuarto más feo de la casa! Aquí se está muy mal.

—Sabes...

Juan Valjean se detuvo, y luego continuó, como corrigiéndose a sí propio:

—Sabéis, señora, que soy raro, que tengo mis caprichos.

Cosette dió una palmada.

—¡Señora!... ¡Sabéis!... ¿Cuántas novedades! ¿Qué significa esto?

Juan Valjean la miró con la sonrisa dolorosa a que recurría de vez en cuando.

—Habéis querido ser señora y lo sois.

—Para vos no, padre.

—Cesad de llamarme padre.

—¿Cómo?

—Llamadme señor Juan, Juan si gustáis.

—¡No sois ya padre, ni yo soy Cosette! ¡Que os llame señor Juan! ¿Qué significan estos cambios? ¿Qué revolución es ésta? ¿Qué ha pasado? Miradme a la cara. ¡Y no aceptáis un cuarto en esta casa! ¡El cuarto que os tenía destinado! ¿Qué mal os he hecho? ¿En qué os he ofendido? ¿Ha ocurrido algo?

—Nada.

—¿Y entonces?

—Todo sigue lo mismo.

—¿Por qué mudáis de nombre?

—También vos habéis mudado el vuestro.

Sonrióse como antes, y añadió:

—Siendo vos la señora de Pontmercy, muy bien puedo yo ser el señor Juan.

—No comprendo una jota. Esto raya en estupidez. Pediré permiso a mi marido para que seáis el señor Juan, y espero que no consentirá. Me disgustáis en extremo. Los caprichos no deben ir hasta ocasionar pesadumbre a su niña, a su Cosette. No tenéis derecho a ser malo, vos que sois tan bueno.

Juan Valjean no respondió.

Tomóle ella vivamente las dos manos, y con un movimiento irresistible, levantándolas al nivel de su rostro, las estrechó contra su cuello por debajo de la barba; profunda señal de cariño.

—¡Oh!—le dijo—, ¡sed bueno!

Y prosiguió:

—Ved lo que yo llamo ser bueno; mostrándoos amable, venid a vivir con nosotros; aquí hay pájaros como en la calle Plumet; dejad ese agujero en la calle del Hombre-Armado; no queráis que adivine charadas; sed como todos, almorzad, comed en nuestra compañía, sed mi padre.

El retiró las manos.

—No necesitáis ya de padre; tenéis marido.

Cosette se incomodó.

—¡Conque no necesito de padre! No hay sentido común en lo que decís.

—Si la tía Santos estuviese aquí—repuso Juan Valjean como el que busca testigos porque tiene que asirse hasta de un cabello—, sería la primera que convendría en que soy hombre antojadizo. Nada nuevo hay en todo esto. Siempre me ha gustado a mí un rincón.

—¡Pero si aquí hace frío; si apenas se ve! Es abominable antojo el de querer que os llame señor Juan. Me opongo resueltamente a que me digáis vos.

—Cuando venía—respondió Juan Valjean—, vi en la calle de San Luis un bonito mueble. Es una casa de un ebanista. Si yo fuese mujer y linda, no dejaría de adquirirlo. Un tocador a la moda de palo de rosa, e incrustado, con un espejo bastante grande y varios cajones. Mueble de gusto.

—¡Oh qué ruindad!—replicó Cosette.

Y con exquisito donaire, apretando los dientes y separando los labios, sopló contra Juan Valjean. Era una Gracia imitando a un gato.

—Estoy furiosa—prosiguió—. Desde ayer me hacéis todos rabiar. No comprendo una palabra. Vos no me defendéis de Mario, ni Mario me sostiene contra vos; estoy sola. Arreglo mi cuarto, poniendo en la obra mis cinco sentidos, y me dejáis desairada. Encargo a Nicolasa una comida de familia, y se me responde que no acepta. ¡Y mi padre Fauchelevent quiere que le llame señor Juan, y que le reciba en una vieja y húmeda cueva, cuyas paredes tienen barbas, y donde en vez de cristales hay botellas vacías, y en vez de cortinas telarañas! Sois un hombre raro, convengo en ello; es vuestro carácter; pero, ¿no ha de haber alguna tregua para los que se casan? No parecen bien esas rarezas, así de seguida. Vais, pues, a vivir muy contento en vuestra abominable calle del Hombre-Armado. ¡No he pasado yo en ella pocos malos ratos! ¿Qué resentimientos tenéis de mí? Me causáis mucha pena, ¡vaya!

Y formalizándose de repente, clavó la vista en Juan Valjean, y añadió:

—¿Os pesa que sea dichosa?

La candidez sin saberlo, penetra a veces en lo más hondo. Esta pregunta, sencilla para Cosette, era profunda para Juan Valjean. Cosette quería sólo arañar y destrozaba.

Juan Valjean se puso pálido. Permaneció un momento sin responder: luego, con acento indescriptible, y hablando consigo mismo, murmuró:

—Tu felicidad era el objeto de mi vida. Dios, al presente, puede quitármela sin que haga falta a nadie. Cosette, eres dichosa, y mi misión ha terminado.

—¡Ah! ¡Me habéis dicho eres!—exclamó Cosette.

Y se arrojó en sus brazos.

Juan Valjean, desvanecido, la estrechó contra su pecho, pareciéndole casi que la recobraba.

—¡Gracias, padre! —dijo Cosette.

Aquel arrebato iba a volverse doloroso para Juan Valjean. Desprendióse con dulzura de los brazos de Cosette, y tomó el sombrero.

—¿Adónde vais?—preguntó Cosette.

Juan Valjean respondió:

—Me retiro, señora; os aguardan.

Y desde el umbral añadió:

—Os he tuteado. Decid a vuestro marido que no volverá a sucederme. Perdonadme.

Juan Valjean salió dejando a Cosette atónita con aquel adiós enigmático.

II

DE MAL EN PEOR

Juan Valjean volvió al día siguiente a la misma hora.

Cosette no le hizo preguntas, ni mostró admiración, ni dijo que sentía frío, ni habló mal de la sala; evitó al mismo tiempo llamarle padre y señor Juan; dejó que la tratase de vos y de señora. Notóse, sin embargo, que estaba menos alegre. Hasta triste hubiera estado, pero no le era posible.

Probablemente habría tenido con Mario una de esas conversaciones en que el hombre amado dice lo que quiere, y sin explicar nada, satisface al objeto de su cariño. La curiosidad de los enamorados no se extiende a menudo más que a su amor.

La sala baja estaba algo más elegante. Vasco había suprimido las botellas, y Nicolasa las arañas.

Las visitas continuaron siendo diarias. Juan Valjean no tuvo valor para ver en las palabras de Mario otra cosa que la letra. Mario, por su parte, se ingenió de manera que siempre se hallaba ausente cuando Juan Valjean iba. Las personas de la casa se acostumbraron a aquel nuevo capricho del señor Fauchelevent. La tía Santos contribuyó a ello, repitiendo que «su amo había sido siempre así». El abuelo decretó que «era un extravagante».

Esto bastó. Además de que a los 90 años no son posibles ya las relaciones amistosas; todo es yuxtaposición; un recién venido es una molestia. No hay sitio para él; todos los hábitos están adoptados. El señor Gillenormand se alegró de verse libre del señor Fauchelevent o Tranchelevent, y añadió:

—Ese género de extravagantes es muy común. Ejecutan toda clase de rarezas sin motivo. El marqués de Canaples era peor aún, pues compró un palacio para vivir en las bohardillas. Son apariencias fantásticas de ciertas gentes.

Nadie entrevió la siniestra realidad.

Mas, ¿quién había de adivinar semejante cosa? Hay pantanos así en la India. El agua presenta un aspecto extraordinario, inexplicable, estremeciéndose sin que la impulse el viento, mostrando agitación, cuando debiera estar tranquila. Se mira su superficie, y no se ve la hidra que se arrastra en el fondo.

Muchos hombres tienen también un monstruo secreto, un mal que alimentan, un dragón que los roe, una desesperación que habita en su noche. Ese individuo se asemeja a los demás; va y viene, ignorándose que lleva dentro de sí un horrible dolor; parásito que le devora con sus mil dientes, hasta dejarle muerto. Desde este punto de vista, el hombre es a manera de un remolino, donde el agua, aunque estancada, tiene gran profundidad. De vez en cuando se nota cierta conmoción incomprensible en la superficie. Fórmase una onda misteriosa, que se desvanece y vuelve luego a aparecer. Una burbuja de aire sube y revienta. Es la respiración del animal desconocido.

Algunas costumbres extrañas; por ejemplo, llegar a la hora en que los demás se marchan, ocultarse cuando los demás se dejan ver, no abandonar nunca la capa de tristeza, buscar el paseo solitario, preferir la calle desierta, no mezclarse en las conversaciones, evitar los sitios concurridos y las fiestas, parecer que se está bien y vivir pobremente, tener, aunque rico, la llave de su casa en el bolsillo y la vela en la portería, entrar por la puerta falsa, subir por la escalera secreta; todas estas singularidades insignificantes, ondas, burbujas de aire, pliegues fugitivos en la superficie, provienen muchas veces de un fondo formidable.

Varias semanas transcurrieron así. Poco a poco entró Cosette en una vida nueva; el matrimonio crea relaciones; las visitas son su necesaria consecuencia, y el cuidado de la casa ocupa gran parte del tiempo. En cuanto a los placeres de la nueva vida, no eran costosos para Cosette, pues se reducían a uno sólo: estar con Mario. Su principal gloria era salir con él y no separarse de su lado. Ambos sentían un placer cada vez mayor en pasearse asidos del brazo, a la vista de todos, los dos solos.

Cosette experimentó una contrariedad. La tía Santos no hizo buenas migas con Nicolasa y se marchó. En cuanto al abuelo, su salud era excelente; Mario defendía de tiempo en tiempo algunas causas; la señorita Gillenormand pasaba agradablemente junto a la nueva familia la vida lateral que parecía bastarle. Juan Valjean iba todos los días.

Substituído el vos al tú, y las expresiones señora y señor Juan a las de su trato familiar antiguo, encontrábale Cosette distinto de lo que antes era. Hasta el empeño que había tomado en separarla de él, le salía bien, pues Cosette se mostraba cada vez más alegre y menos cariñosa. Sin embargo, queríalo siempre mucho, y Juan Valjean lo conocía.

—Erais mi padre, y no lo sois ya; erais mi tío, y habéis cesado de serlo; erais el señor Fauchelevent, y sois el señor Juan. ¿Quién sois, pues? No me gustan estas cosas. Si no os conociese, os tendría miedo.

Continuaba viviendo en la calle del Hombre-Armado, porque no podía resolverse a alejarse del barrio donde habitaba Cosette.

Al principio no permanecía al lado de Cosette sino unos cuantos minutos, y luego se marchaba.

Poco a poco se fué acostumbrando a alargar sus visitas, como si aprovechase la autorización de los días, que iban también creciendo. Llegaba más temprano, y se despedía más tarde.

Cierto día Cosette le dijo maquinalmente: «¡Padre!» y un relámpago de alegría iluminó el sombrío rostro de Juan Valjean.

—Llamadme Juan—fué su única respuesta.

—¡Ah! es verdad—dijo Cosette riéndose—: señor Juan.

—Eso, eso—replicó aquel desgraciado, volviéndose para que ella no le viera enjugarse los ojos.

III

UN RECUERDO DEL JARDÍN DE LA CALLE PLUMET

Fué la última vez. Después de aquella claridad, verificóse la extinción ab

soluta. No más familiaridad, no más buenos días acompañados de un beso, no más esa palabra tan dulce: ¡Padre mío!

Veíase, pidiéndolo él mismo, despojado sucesivamente de todas sus felicidades, y su mayor miseria consistía en que, después de haber perdido a Cosette de golpe en un solo día, le era preciso perderla ahora otra vez paso a paso.

La vista acaba por habituarse a la obscuridad de una habitación. La aparición de Cosette todos los días, ¿qué más necesitaba? Concentrábase su existencia en aquella hora, empleándola en estar sentado junto a ella, en mirarla sin desplegar los labios, o bien en hablarle de los años transcurridos, de su infancia, del convento y de sus amiguitas de otra época.

Una tarde... Era uno de los primeros días de abril en que el calor alterna con la frescura. El sol desplegaba aún toda su pompa; los jardines que circuían las ventanas de Mario y de Cosette experimentaban la emoción de despertar; la oxiacanta iba a florecer, los alelíes adornaban las viejas paredes, las bocas de lobo sonreían en las hendiduras de las piedras, empezaban a asomar entre las hierbas las belloritas y los ranúnculos, las mariposas blancas del año salían a la escena, y el viento, ese trovador de la eterna boda, ensayaba en los árboles el preludio de la gran sinfonía matinal que se llama la primavera.

Mario dijo a Cosette:

—Hemos ofrecido hacer una visita a nuestro jardín de la calle Plumet. Vamos, pues. No debemos ser ingratos.

Y volaron como dos golondrinas en busca del cielo primaveral.

El jardín de la calle Plumet les producía el efecto del alba. Tenían ya detrás de sí en la vida algo que era como la primavera de su amor. La casa de la calle Plumet pertenecía aún a Cosette, por no haber concluído el plazo del arriendo. Allí los recuerdos del pasado les hicieron olvidar el presente.

Cuando obscurecía, a la hora de siempre, Juan Valjean fué a la calle de las Monjas del Calvario.

—La señora ha salido, con el señor barón, y aún no ha vuelto—le dijo Vasco.

Sentóse en silencio, y esperó una hora.

Cosette no volvía.

Bajó la cabeza y se marchó.

Hallábase Cosette tan embriagada con aquel paseo a «su jardín», y tan contenta de haber «vivido un día en el pasado», que la tarde siguiente no habló de otra cosa. Ni siquiera advirtió que no había visto a Juan Valjean.

—¿Cómo habéis ido?—le preguntó éste.

—A pie.

—¿Y cómo habéis vuelto?

—En un coche de alquiler.

Juan Valjean observaba hacía algún tiempo la estrechez con que vivían los esposos, y esto le indujo a cavilar. La economía de Mario era rigurosa, y Juan Valjean tomaba esta palabra en sentido absoluto.

Aventuró una pregunta:

—¿Por qué no tenéis coche propio? Una bonita berlina no os costará más de quinientos francos al mes. Sois ricos.

—No sé—respondió Cosette.

—Lo mismo ha sucedido con la tía Santos—continuó Juan Valjean—. Se ha ido y no la habéis reemplazado. ¿Por qué?

—Basta con Nicolasa.

—Pero no tenéis doncella.

—¿No tengo a Mario?

—Casa propia, criados, carruaje, palco en la Opera, todo esto deberíais poseer, pues nada es demasiado hermoso para vos. ¿Por qué no sacar provecho de la riqueza? Seríais doblemente dichosa.

Cosette no respondió nada.

Las visitas de Juan Valjean no se abreviaban, antes por el contrario. Cuando el corazón es el que se desliza, nada hay que detenga al hombre en la pendiente.

Siempre que Juan Valjean deseaba prolongar su visita y hacer olvidar la hora, escogía por tema de conversación el elogio de Mario, encontrándole guapo, noble, valeroso, lleno de ingenio, elocuente, bueno. Cosette encarecía, y Juan Valjean volvía a empezar, sin que se agotase el asunto. Había volúmenes enteros en estas cinco letras: Mario.

Obrando de esta suerte lograba Juan

Valjean permanecer allí bastante tiempo. ¡Le era tan dulce ver a Cosette, y olvidarlo todo a su lado! Unica medicina para su llaga. Varias veces tuvo Vasco que repetir este recado: «El señor Gillenormand me envía a recordar a la señora baronesa que la sopa espera en los platos.

Cuando sucedía esto, Juan Valjean se marchaba muy pensativo.

¿Había, pues, algo de verdad en la comparación de la crisálida que se le ocurrió a Mario? ¿Era, en efecto, Juan Valjean una crisálida persistente en visitar a su mariposa?

Un día se quedó más tiempo aún de lo que acostumbraba a estarse otras veces. Al día siguiente notó que no había lumbre en la chimenea; y para explicar esta falta, hizo la reflexión de que, hallándose en abril, los fríos habían cesado.

—¡Dios mío! ¡qué frío se siente aquí!—exclamó Cosette al entrar.

—¡Ca!—dijo Juan Valjean.

—¿Sois vos el que habéis dado orden a Vasco de que no encienda?

—Sí. Pronto va a llegar mayo.

—Pero si se pone lumbre hasta junio. Y en esta cueva se necesita todo el año.

—Me ha parecido que era inútil.

—¡Una de tantas rarezas!—respondió Cosette.

Al otro día no faltaba la lumbre; pero los dos sillones estaban colocados en el extremo opuesto de la sala, cerca de la puerta.

—¿Qué significa esto?—pensó Juan Valjean.

Tomó los sillones y los puso en el sitio de siempre, junto a la chimenea.

Reanimóse un poco al ver de nuevo la lumbre; y prolongó la visita más de lo regular. Cuando se levantaba para irse, le dijo Cosette:

—Mi marido me propuso ayer una cosa que me ha hecho gracia.

—¿Cuál?

—Me dijo:—Cosette, tenemos treinta mil francos de renta, veintisiete mil tuyos, y tres mil que me ha asignado mi abuelo—. Treinta mil, bueno—le contesté—, ¿y qué?—¿Te atreverías a vivir sólo con los tres mil?—me preguntó—. Sí—le respondí—, y con nada también, siempre que sea a tu lado—. Le pregunté a mi vez luego—: ¿Por qué me dices eso?—Y contestó: —Para mi gobierno.

Juan Valjean no pronunció una palabra. Cosette aguardaba de él probablemente alguna explicación; pero la oyó sumido en lóbrego silencio. Marchóse a la calle del Hombre-Armado, siendo tal la absorción de su entendimiento, que equivocó la puerta, y en lugar de entrar en su puerta, entró en la casa vecina, no advirtiéndolo hasta que llegó al piso segundo.

Empezó a hacer conjeturas. Era evidente que Mario tenía duda acerca del origen de los seiscientos mil francos, y que alimentaba temores sobre la pureza de su procedencia. ¿Quién sabe? Tal vez hubiese descubierto que provenían de él, de Juan Valjean, y le repugnase aceptar una riqueza sospechosa, prefiriendo vivir pobres a disfrutar de un caudal que suponía mal adquirido.

Además, Juan Valjean empezaba a conocer vagamente que le despedían.

Al día siguiente experimentó al entrar en la sala baja como un sacudimiento. Los sillones habían desaparecido. No se veía una silla siquiera.

—¿Qué es esto?—dijo Cosette en cuanto entró—, no hay sillones. ¿Dónde están los sillones?

—Se los han llevado—respondió Juan Valjean.

—¡Pues esto pasa de la raya!

Juan Valjean balbuceó:

—Yo he dicho a Vasco que se los lleve.

—¿Por qué?

—Porque no voy a estar más que un momento.

—No es razón para pasarlo en pie.

—Se me figura que Vasco necesitará los sillones.

—¿Para qué?

—Para el salón. Tendréis gente esta noche.

—A nadie.

Juan Valjean no pudo articular una palabra más. Cosette se encogió de hombros.

—¡Hacer quitar los sillones! ¡No os bastaba con la supresión de la lumbre! ¡Qué raro sois!

—Adiós—murmuró Juan Valjean.

No dijo : Adiós, Cosette ; pero le faltaron fuerzas para decir : Adiós, señora.

Salió abrumado de dolor.

Esta vez había comprendido.

Al día siguiente no fué. Cosette no lo notó hasta la noche.

—¡ Vaya !—dijo—, el señor Juan no ha venido hoy.

Sintió como una ligera opresión de corazón ; pero un beso de Mario la distrajo en seguida.

Tampoco fué al otro día.

Cosette apenas se cuidó de ello ; pasó bien la velada, durmió perfectamente, como tenía por costumbre, y sólo al levantarse pensó en aquella ausencia. ¡ Era tan dichosa !

Envió a Nicolasa a casa del señor Juan para saber si estaba enfermo, y por qué no había venido la víspera.

Nicolasa trajo la respuesta del señor Juan.

No estaba enfermo, sino muy ocupado. Ya volvería, y pronto ; lo más pronto que le fuera posible. Le avisaba que iba a emprender un viajecito, costumbre antigua suya, como la señora no ignoraba, concluyendo por suplicarle que depusiera todo temor, y que no pensase en él.

Nicolasa, al entrar en casa del señor Juan, le había repetido las mismas palabras de su ama. «La señora enviaba a saber por qué el señor Juan no había ido la víspera».

—Hace dos días que no he ido—observó Juan Valjean con dulzura.

Pero Nicolasa no comprendió el sentido de la observación, y nada dijo a Cosette.

IV

LA ATRACCIÓN Y LA EXTINCIÓN

En los últimos meses de la primavera y los primeros del verano de 1833, los pocos transeuntes del Marais, los tenderos, y los ociosos que se paraban en las puertas, observaban a un anciano aseadamente vestido de negro, que todos los días, a la misma hora, antes de obscurecer, salía de la calle del Hombre-Armado, por el lado de la calle de Santa Cruz de la Bretonnerie, pasaba por delante de la de los Mantos Blancos, llegaba a la de Santa Catalina, y una vez en la de Echarpe, torcía a la izquierda, y entraba en la de San Luis.

Allí caminaba a paso lento, con el cuello estirado, sin ver ni oír nada, fija siempre la vista en un punto invariable, que parecía para él estrellado, y que no era otro que el ángulo de la calle de las Monjas del Calvario.

Cuanto más se acercaba a aquella esquina, más brillo había en sus ojos, y una especie de alegría iluminaba sus pupilas como una aurora interior ; tenía cierto aire de fascinación y de ternura ; sus labios se movían, como si hablasen a una persona sin verla ; se sonreía vagamente, y andaba muy despacio. Hubiérase dicho que, aunque deseaba llegar, lo temía al mismo tiempo.

Cuando no había sino unas cuantas casas entre él y la calle que así parecía atraerle, aflojaba el paso hasta el punto de creérsele inmóvil. La vacilación de la cabeza y la dirección fija de la pupila recordaban la aguja que busca el polo.

Pero por más empeño que pusiese en retardar la llegada, ésta tenía que verificarse. En tocando la calle de las Monjas del Calvario se detenía, temblaba, pasaba la cabeza con una especie de timidez sombría más allá de la esquina, y miraba con ansiedad trágica alguna cosa semejante al descubrimiento de lo imposible, y a la reverberación de un paraíso cerrado. Luego una lágrima, que poco a poco se había condensado en el ángulo de los párpados, bastante pesada ya para caer, resbalaba por su mejilla, yendo a parar alguna vez a la boca, donde el anciano sentía su sabor amargo.

Permanecía de aquel modo unos pocos minutos, cual si fuera de piedra, y después se volvía por el propio camino y con igual lentitud, apagándose su mirada a medida que se alejaba.

Gradualmente el anciano cesó de ir hasta la esquina de las Monjas del Calvario. Deteníase a la mitad del camino en la calle de San Luis, ora más lejos, ora más cerca.

Un día se quedó en la esquina de la calle de Santa Catalina, y miró desde allí la de las Monjas del Calvario. Luego movió silenciosamente la cabeza

de derecha a izquierda, para indicar que no debía hacer alguna cosa, y retrocedió.

A poco no pudo llegar siquiera hasta la calle de San Luis. En la calle Pavée sacudía la cabeza y se volvía.

Pronto no le fué posible pasar de los Tres Pabellones.

En seguida tuvo que contentarse con llegar a la de los Mantos Blancos. Parecía un péndulo cuyas oscilaciones, por falta de cuerda, van acortándose hasta que al fin se para.

Todos los días salía de su casa a la misma hora, emprendía el mismo trayecto, pero no lo acababa ya; y tal vez sin conciencia de ello, lo iba abreviando incesantemente. Su semblante expresaba esta idea irónica: ¿Para qué? La pupila se había apagado, y también la lágrima estaba agotada. Ya no se condensaba en el ángulo de los párpados; aquellos ojos meditabundos permanecían secos.

El anciano estiraba siempre la cabeza; la barba solía moverse, y daba pena ver las arrugas de su descarnado pescuezo.

Cuando el tiempo estaba malo, llevaba bajo el brazo un paraguas, que no abría. Las buenas mujeres del barrio decían: «Es un inocente». Los chicos le seguían, riéndose.

LIBRO NOVENO

Suprema sombra, suprema aurora.

I

COMPASIÓN PARA LOS DESGRACIADOS, E INDULGENCIA PARA LOS DICHOSOS

¡Terrible cosa es la felicidad! En medio de sus goces, en medio de las satisfacciones que produce la posesión de ese falso objeto de la vida, induce a olvidar el verdadero, que es el deber.

Sin embargo, se haría mal en acusar a Mario.

Mario, lo hemos dicho, antes de casarse, no había preguntado nada al señor Fauchelevent, y después temió preguntar a Juan Valjean. Sintió la promesa a que se dejó arrastrar por la lastimosa situación de éste, y repetidas veces dijo para sí que había obrado mal concediendo aquella gracia a la desesperación. Limitóse, pues, a alejar poco a poco a Juan Valjean de su casa, y a borrar, en lo posible, su recuerdo del espíritu de Cosette. Procuró, en cierto modo, colocarse siempre entre Cosette y Juan Valjean, seguro de que así la joven, no viéndole, cesaría de pensar en él. Era más que la extinción, era el eclipse.

Mario hacía lo que juzgaba necesario y justo. Creía que le asistían, para alejar a Juan Valjean, sin dureza, pero también sin debilidad, graves razones, algunas de las cuales ya se han indicado, y otras se indicarán a su tiempo.

La casualidad le puso en contacto, durante la prosecución de uno de sus pleitos, con un antiguo empleado de la casa de Laffite, y adquirió sin buscarlas, misteriosas noticias que, si bien no pudo profundizar, por consideración al secreto que se le había confiado, y a la peligrosa situación de la persona interesada, le constituían, a la luz de su criterio, en el deber de restituir los seiscientos mil francos a su dueño. Buscábale, al efecto, con toda discreción, absteniéndose entretanto de tocar a lo que miraba como un depósito.

Cosette no estaba en tales interioridades, pero también merece disculpa.

Existía de Mario a ella un terrible magnetismo, que la obligaba a ejecutar por instinto, y casi maquinalmente los deseos de su esposo. Sentía, en la parte relativa al «señor Juan» un deseo de Mario, y se conformaba con él. Su marido no necesitaba decirle nada; ella sufría la presión vaga, pero clara, de sus tácitas intenciones, y obedecía ciegamente. En este caso, su obediencia era no acordarse de lo que Mario olvidaba, y hacíalo sin esfuerzo, ignorando por qué, y sin que deba condenársela. Su alma se había hasta tal punto confundido con la de su marido, que lo que se cubría de sombra en el pensamiento de Mario, obscurecíase también en el de Cosette.

No obstante, justo es decir que, respecto de la persona de Juan Valjean, este olvido y esta extinción no eran más que superficiales.

Cosette estaba aturdida más que otra cosa. En el fondo quería mucho al que había llamado por tanto tiempo padre,

pero quería más a su esposo. Esto era lo que había falseado algo la balanza de aquel corazón, inclinándola a un lado sólo.

Si sucedía que Cosette hablaba de Juan Valjean como admirándose, Mario la tranquilizaba, diciéndole:

—Está ausente, supongo. ¿No avisó que iba a emprender un viaje?

—Cierto—pensaba Cosette—. Tal ha sido siempre su costumbre, pero nunca ha tardado tanto.

Dos o tres veces envió a Nicolasa a la calle del Hombre-Armado, para que preguntase si el señor Juan había vuelto de su viaje; y de orden de Juan Valjean se le contestó que no.

Cosette no inquirió más; pues para ella en la tierra no había ahora más que una necesidad: Mario.

Por otra parte, los dos jóvenes habían estado ausentes. Habían ido a Vernon, pues Mario quiso que Cosette le acompañase en la visita al sepulcro de su padre.

Mario consiguió poco a poco separar a Cosette de Juan Valjean. La esposa no opuso resistencia al esposo.

Digamos, para concluir, que lo que en ciertos casos se denomina, con demasiada dureza, ingratitud de los hijos, no es siempre tan reprensible como se cree. Es la ingratitud de la Naturaleza. La Naturaleza, lo hemos dicho en otro lugar, «mira hacia adelante». La Naturaleza divide a los vivientes en seres que vienen y seres que se van. Los que se van dirigen la vista hacia la sombra, y los que vienen la dirigen hacia la luz. De ahí cierto desvío, fatal en los viejos, involuntario en los jóvenes. Este desvío, insensible al principio, se aumenta lentamente como toda separación de ramas.

Las ramas, sin desprenderse del tronco, se alejan. No es culpa suya. La juventud va donde está la alegría; a las fiestas, a los parajes luminosos, a los amores; la vejez al término de la carrera. No se pierden de vista, pero no existe ya el lazo estrecho. Los jóvenes sienten el frío de la vida, y los ancianos el de la tumba.

No acusemos, pues, a los jóvenes.

II

ÚLTIMAS PALPITACIONES DE LA LÁMPARA SIN ACEITE

Un día Juan Valjean bajó la escalera, dió tres pasos en la calle, se sentó en un trascantón, en el mismo trascantón donde Gavroche, en la noche del 5 al 6 de junio, le había encontrado pensativo; se detuvo allí tres minutos, y luego volvió a subir.

Fué la última oscilación del péndulo.

Al día siguiente no salió, y al otro día guardó cama.

La portera, que le preparaba su parco alimento, consistente en algunas coles o patatas con un poco de tocino, miró el plato de loza ordinaria, y exclamó:

—¡Pero si no habéis comido ayer, buen hombre!

—Sí he comido—respondió Juan Valjean.

—El plato está como lo dejé.

—Mirad el jarro del agua. Está vacío.

—Lo que prueba que habéis bebido, no que habéis comido.

—No tenía ganas más que de agua.

—Cuando se siente sed y no se come al mismo tiempo, es señal de que hay fiebre.

—Mañana comeré.

—O el año que viene. ¿Por qué no coméis ahora? ¿A qué dejarlo para mañana? ¡Hacer tal desaire a mi comida! ¡Despreciar mis patatas tan bien aderezadas!

Juan Valjean tomó la mano de la vieja, y le dijo con bondadoso acento:

—Os prometo comerlas.

—Me tenéis enojada—contestó la portera.

Juan Valjean no veía casi otra criatura humana que aquella buena mujer.

Hay en París calles por donde nadie pasa, y casas adonde no va nadie. Tal era la calle del Hombre-Armado, y la casa de Juan Valjean.

En el tiempo en que aún salía compró un crucifijo de cobre, y lo colocó enfrente del lecho. La vista del crucificado es siempre un alivio para el alma.

Transcurrió una semana sin que Juan Valjean diese un paso por el cuarto. Estaba de continuo sobre la cama.

La portera dijo a su marido:

—El buen hombre de arriba no se levanta ya ni come. No tirará largo. ¡Los disgustos, los disgustos!... Nadie me quitará de la cabeza que su hija se ha casado mal.

El portero replicó con el acento de la soberanía marital:

—Si es rico, que llame a un médico, si no lo es, que no lo llame. Si no tiene médico, se morirá.

—¿Y si tiene uno?

—También morirá—dijo el portero.

La portera se puso a escarbar con un cuchillo viejo la hierba que crecía en lo que llamaba su empedrado, y entre tanto, se la oía murmurar:

—¡Qué lástima! ¡Un anciano tan limpio! Está como un pollo de flaco.

Divisó en el extremo de la calle a un médico del barrio, que pasaba, y acudió a él suplicándole que subiese.

—Es en el piso segundo—le dijo—. Entrad sin inconveniente, pues como el infeliz no se mueve de la cama, la llave está siempre en la puerta.

El médico vió a Juan Valjean y le habló.

Cuando bajó, la portera fué a preguntar por el paciente.

—Está muy grave—dijo el doctor.

—¿Qué es lo que tiene?

—Todo y nada. Es un hombre que, según las apariencias, ha perdido a una persona querida. Algunos mueren de eso.

—¿Qué os ha dicho?

—Que se sentía bueno.

—¿Volveréis?

—Sí—respondió el doctor—; aunque más le conviniera un médico para el alma.

III

DONDE SE VERÁ QUE EL QUE LEVANTÓ LA CARRETA DE FAUCHELEVENT, NO PUEDE LEVANTAR UNA PLUMA.

Una tarde Juan Valjean, apoyándose con trabajo en el codo, se tomó la mano y no halló el pulso; su respiración era corta, y se interrumpía a cada momento; conoció que estaba más débil que nunca. Entonces, bajo la presión sin duda, de alguna idea suprema, hizo un esfuerzo, se incorporó y se vistió.

Púsose el traje de obrero, pues no saliendo ya, lo prefería a los otros. Tuvo que pararse repetidas veces, y le costó sudar mucho antes de introducir los brazos en las mangas de la blusa.

Desde que estaba solo había colocado la cama en la antesala para habitar lo menos posible aquel desierto cuarto.

Abrió la maleta, sacó el ajuar de Cosette y lo extendió sobre la cama.

Los candelabros del obispo estaban en su sitio, en la chimenea. Sacó de un cajón dos velas de cera y las puso en ellos. Después, aunque no hubiese obscurecido aún, como que era en verano, las encendió. Vense, en medio del día, hachas así encendidas en la habitación donde hay algún difunto.

Cada paso, yendo de un mueble a otro, lo extenuaba, y se veía obligado a sentarse. No era la fatiga ordinaria que supone, tras el consumo de fuerza, su renovación; era el resto de los movimientos posibles; era la vida agotándose en abrumantes esfuerzos que no debían reproducirse.

Una de las sillas donde se dejó caer estaba colocada enfrente del espejo, tan fatal para él y tan providencial para Mario, donde había leído la carta de Cosette.

Se miró a aquel espejo y no se conoció.

Tenía ochenta años; antes del casamiento de Mario sólo representaba cincuenta; de suerte que, en tan corto plazo, había envejecido treinta años más.

Lo que en su frente se veía no eran las arrugas de la edad; era la señal misteriosa de la muerte, la cavidad de la implacable garra. Sus mejillas pendían; el color terroso de su cara anunciaban ya la proximidad de la fosa; los dos ángulos de la boca se hundían como en la máscara que los antiguos esculpían sobre los sepulcros.

Miraba al cielo en ademán de queja; se le hubiera tomado por uno de esos grandes seres trágicos, víctimas del destino inexorable.

Encontrábase en la última fase de la agonía, fase en que ya el dolor no corre, sino que está, por decirlo así, cuajado; hay sobre el alma como un coágulo de desesperación.

Había cerrado la noche. Arrastró

con mucho trabajo una mesa y el viejo sillón junto a la chimenea, y puso en la mesa pluma, tintero y papel.

Hecho esto se desmayó. Cuando hubo recobrado los sentidos, tenía sed, y no pudiendo levantar el jarro, lo inclinó y bebió un sorbo.

Volvióse después hacia la cama, y sentado siempre, porque no podía permanecer en pie, clavó los ojos en el trajecito negro y en los demás objetos que le eran tan queridos.

Las contemplaciones de esta clase duran horas que parecen minutos. De improviso sintió un temblor, y figurándose que iba a morir, se apoyó en la mesa que alumbraban los candelabros del obispo, y cogió la pluma.

Como ni la pluma ni la tinta habían servido en mucho tiempo, los puntos de la primera estaban encorvados, y la segunda estaba seca; por cuanto le fué preciso levantarse y poner algunas gotas de agua en el tintero; lo que ejecutó deteniéndose y sentándose dos o tres veces; y luego tuvo que escribir con el dorso de la pluma. De tiempo en tiempo se enjugaba la frente.

Temblábale la mano. Véanse las líneas que escribió poco a poco:

«Cosette, te bendigo. Voy a explicártelo todo. Tu marido ha tenido razón en darme a entender que debía marcharme; aunque se haya equivocado algo en lo que ha creído, ha tenido razón. Es excelente. Amale siempre mucho cuando yo no exista. Señor de Pontmercy, amad siempre a mi querida niña. Cosette, este papel será encontrado y en él verás los guarismos, si tengo fuerzas para recordarlos. Escucha; ese dinero es tuyo. Lo vas a saber todo. El azabache blanco viene de Noruega; el azabache negro de Inglaterra; los abalorios negros de Alemania. El azabache es más ligero, más precioso, más caro. En Francia pueden hacerse imitaciones como en Alemania. Se necesita un pequeño yunque de dos pulgadas cuadradas y una lámpara de espíritu de vino para ablandar la cera. La cera en otro tiempo se elaboraba con resina y negro de humo, y costaba a cuatro francos la libra. Se me ocurrió hacerla con goma-laca y trementina. Cuesta sólo treinta sueldos, y es preferible. Las hebillas se hacen con vidrio violado que se pega, mediante esta cera, en una planchita de hierro negro. El vidrio ha de ser violado para las alhajas de hierro, y negro para las de oro. España compra en gran cantidad. Es el país del azabache...»

No le fué posible seguir. La pluma se le cayó de los dedos; le acometió uno de esos sollozos desesperados que subían por intantes desde lo más hondo de su pecho. El desgraciado se cogió la cabeza entre las manos, y se hundió en la meditación.

—¡Oh!—exclamaba en sus adentros (gritos lamentables oídos sólo de Dios), —todo ha acabado para mí. No la veré más. Es una sonrisa que ha pasado sobre mí. Voy a sepultarme en la noche sin volverla a ver siquiera. ¡Oh! ¡un minuto, un instante, oír su voz, tocar su ropa, mirarla, a ella, al ángel mío, y luego morir! La muerte no es nada; pero ¡morir sin verla! ¡Es horrible! Una sonrisa, una palabra suya. ¿Puede esto perjudicar a alguien? No, todo ha acabado para mí, todo. Solo para siempre. ¡Dios mío! ¡Dios mío! No la volveré a ver.

En aquel momento llamaron a la puerta.

IV

DONDE SE VERÁ QUE HAY BOTELLAS DE TINTA BUENAS PARA QUITAR LAS MANCHAS.

El mismo día, mejor dicho, la misma tarde, cuando Mario dejaba la mesa y entraba en su gabinete para examinar unos asuntos, le entregó Vasco una carta, diciéndole: «la persona que ha escrito espera en la antesala».

Cosette se había cogido del brazo del abuelo, y daba una vuelta por el jardín.

Hay cartas que, lo mismo que ciertos hombres, tienen mala catadura. Papel basto, manera tosca de cerrarlas, con sólo ver algunas misivas, repugnan.

La carta que había traído Vasco pertenecía a esta clase.

Mario la tomó y le dió olor a tabaco, despertando en él una serie de recuerdos.

Miró el sobre : «Al señor barón Pontmercy. En su casa.» Conocido el tabaco, fácil le fué conocer la letra. Pudiera decirse que del asombro se desprenden a veces relámpagos.

Uno de estos relámpagos iluminó a Mario.

El olfato, misterioso auxiliar de la memoria, acababa de hacer revivir en él todo un mundo. Era el mismo papel, la propia manera de doblarlo, el color idéntico de la tinta, la conocida letra ; sobre todo, no cabía equivocación en el tabaco.

Presentábase a sus ojos la boardilla de Jondrette.

Así ¡extraña casualidad! Una de las dos pistas que había buscado tanto, que últimamente le había hecho trabajar con tal ahinco, que creía perdida para siempre, se le aparecía cuando menos esperaba.

Abrió ansiosamente la carta, y leyó lo que sigue :

«Señor barón :

»Si el Ser Supremo me hubiese dado talento, hubiera podido ser el barón Thenard, miembro del Instituto (academia de Siencias) ; pero no lo soy. Me llamo solamente como él ; feliz si este recuerdo me recomienda a la excelencia de vuestras vondades. El veneficio con que me honrréis será recíproco. Poseo un secreto que concierne a un indibiduo, y este indibiduo os concierne. El secreto está a vuestra disposición, deseando el honor de seros útil. Os proporcionaré un modo sencillo de arrojar de vuestra dina familia a ese individuo, que no tiene derecho a estar en ella ; pues la señora baronesa pertenece a una clase elevada. El santuario de la virtú no puede coavitar más tiempo con el crimen sin mancharse.

»Espero en la antesala las órdenes del señor barón.

»Soy, con el mayor respecto.»

La firma de la carta era «THENARD.»

Firma verdadera, aunque abreviada.

Por lo demás, el estilo y la ortografía completaban la revelación.

El certificado de origen no podía estar más evidente. No era posible dudar.

La emoción de Mario fué profunda. Después del movimiento de sorpresa, experimentó un movimiento de felicidad.

Si lograba encontrar ahora al otro a quien buscaba, a su salvador, era cuanto podía apetecer.

Abrió un cajón de su papelera, cogio algunos billetes de Banco, los guardó en el bolsillo, volvió a cerrar, y tiró de la campanilla. Vasco asomó la cabeza.

—Haced que pase—dijo Mario

Vasco anunció :

—El señor Thenard.

Entró un hombre y la sorpresa de Mario fué grande, pues le era totalmente desconocido.

El personaje introducido por Vasco, de edad avanzada, tenía abultada la nariz, la barba sumida en la corbata, anteojos verdes y dobles, el pelo traído sobre la frente hasta el nacimiento de las cejas, como la peluca de los cocheros ingleses de la gente de gran tono.

El pelo era cano.

Estaba vestido de negro, de pies a cabeza ; ropa bastante gastada, pero limpia ; del bolsillo le salían unas cuantas baratijas, con pretensiones de sello de reloj. Llevaba en la mano un sombrero viejo. Iba algo encorvado, y la curvatura de su espalda se aumentaba con lo profundo del saludo.

Lo que a primera vista sorprendía era que la levita de este personaje, demasiado ancha, aunque cuidadosamente abotonada, no parecía hecha para él.

Permítasenos una breve digresión.

Vivía en París por aquella época, en la calle de Beautreillies, cerca del Arsenal, un ingenioso judío, cuya profesión era convertir a un pícaro en hombre honrado, durante un día o dos, a razón de treinta sueldos diarios, proporcionándole un vestido que se pareciese lo más posible al que usan los hombres honrados.

Este alquilador de ropas se llamaba «el cambista», nombre que le habían dado los rateros parisienses, no conociéndole por otro.

Tenía un vestuario completo, adecuado a las diferentes clases de personas.

De cada clavo de su almacén pendía, gastada y ajada, una condición social ; aquí el vestido de magistrado ; allí el de cura ; allá el de banquero ; en un rincón el uniforme de militar retirado ; en

otro el traje de literato; más lejos el de hombre de Estado. El cambista era el guardarropa del inmenso drama que los pícaros representan en París.

Su casa era la decoración de donde salía el robo, y por donde entraba la estafa.

Un bribón iba cubierto de harapos, dejaba treinta sueldos, y elegía, según el papel que se había propuesto ejecutar, el traje a propósito.

Cuando el tunante bajaba la escalera ya tenía visos de persona decente.

Al siguiente día devolvía la ropa, y el cambista, que lo confiaba todo a ladrones, no era robado jamás.

Estos trajes tenían un inconveniente, a saber: que no estando hechos para los que los llevaban, venían a uno anchos, a otro estrechos, a ninguno bien.

Todo tunante que excedía de la estatura media, o que era demasiado gordo o demasiado flaco, estaba mal con las ropas del cambista, quien sólo se había propuesto complacer a los hombres ordinarios.

Midió la especie por el patrón del primer pícaro que le vino a mano, el cual no era ni grueso ni delgado, ni grande ni pequeño.

De ahí las dificultades de adaptar los trajes a los parroquianos.

¡Tanto peor para las excepciones!

El hombre de Estado, por ejemplo, negro de arriba abajo, hubiera sido demasiado ancho para Pitt, y demasiado estrecho para Castelcicala.

El traje de hombre de Estado se hallaba designado del modo siguiente en el catálogo del cambista; es copia:

«Levita de paño negro, pantalones negros de lanilla, chaleco de seda, botas y ropa blanca.»

Al margen decía: «antiguo embajador», y había una nota que copiamos igualmente:

«En una caja por separado, una peluca bien rizada, anteojos verdes, sellos de reloj, y dos cañones de pluma de una pulgada de largos, envueltos en algodón.»

Todo esto pertenecía al hombre de Estado, antiguo embajador.

Hallábase el traje, si es permitida la expresión, extenuado; las costuras blanqueaban, por uno de los codos quería asomar ya el forro; además de que faltaba a la levita uno de los botones del pecho, lo cual era poco importante, pues la mano del hombre de Estado, colocada de ordinario sobre el corazón, se encargaba de disimular aquella falta.

Si Mario hubiera conocido las instituciones ocultas de París, no le habría costado trabajo descubrir en el extraño personaje que Vasco acababa de anunciar, el traje de hombre de Estado del almacén del cambista.

El disgusto experimentado por Mario, viendo entrar a un hombre distinto del que esperaba, recayó sobre el recién venido.

Lo examinó de pies a cabeza, durante su saludo, y le preguntó secamente:

—¿Qué se os ofrece?

El personaje contestó, sonriéndose como pudiera haberlo hecho un cocodrilo capaz de sonreírse:

—Me parece imposible que no haya tenido antes de ahora el honor de ver al señor barón. Figúraseme haberle encontrado, hace algunos años, en casa de la señora princesa Bagration, y en los salones de su señoría el vizconde Dombray, par de Francia.

Es una buena táctica en los pícaros aparentar que se conoce a las personas desconocidas.

Mario escuchaba con atención a aquel hombre, espiando el acento y el gesto, pero nada le decía su pronunciación gangosa, en todo diferente del sonido de voz agrio y seco que imaginó iba a oír. Estaba desorientado.

—No conozco — dijo—, a la señora princesa Bagration ni al señor vizconde de Dombray. En mi vida he puesto los pies en sus casas.

La respuesta era contundente; sin embargo, nuestro hombre, sonriéndose de nuevo, añadió:

—Entonces fué en casa de Chateaubriand. ¡Ah! sí; conozco mucho a Chateaubriand. Es muy afable. En una ocasión me dijo: «Pero, Thenard, amigo mío, ¿no me acompañas a beber una copa?»

La frente de Mario se iba poniendo cada vez más severa.

—Jamás he tenido el honor de visitar al señor de Chateaubriand. En fin, ¿qué queréis?

El personaje, notando que el tono era más duro, saludó más profundamente.

—Señor barón, dignaos oírme. Hay en América, en un país que confina con Panamá, una aldea llamada Joya. Compónese de una sola casa de tres pisos, construída de ladrillos cocidos al sol; cada costado tiene de largo quinientos pies, y cada piso se retira del inferior doce, a fin de dejar ante sí una azotea que da vuelta al edificio. En el centro hay un patio donde están los víveres y las municiones. En lugar de ventanas, troneras; nada de puerta principal; se sirven de escala para subir del suelo a la primera azotea, y de ésta a la segunda y a la tercera; lo mismo para bajar al patio interior; las puertas de los cuartos son trampas. Por la noche se cierran estas trampas, se quitan las escalas, las bocas de las carabinas asoman por las troneras, y la entrada es imposible. De día casa, de noche ciudadela. Ochocientos habitantes: tal es la aldea de Joya. ¿Por qué tantas precauciones? Porque el país es peligroso, a causa de los antropófagos de que está lleno. Entonces, ¿por qué van allí? Porque es un país maravilloso; porque se encuentra oro en él.

—¿Qué intención es la vuestra?—preguntó Mario, a quien la contrariedad había vuelto impaciente.

—Oíd, señor barón. Soy un antiguo diplomático y quiero probar a vivir entre salvajes.

—¿Qué más?

—Señor barón, el egoísmo es la ley del mundo. La labradora que trabaja en un campo que le pertenece no se muda. El perro del pobre ladra tras el rico, y el perro del rico tras el pobre. Cada uno para sí. El blanco de los hombres es el interés, y el imán el oro.

—¿Qué más? Concluíd.

—Quisiera ir a establecerme en Joya. Somos tres; tengo esposa e hija, una hija muy linda. El viaje es largo y caro, y necesito algún dinero.

—¿Y qué me importa eso?—preguntó Mario.

El desconocido sacó el pescuezo fuera de la corbata, ademán propio del buitre, y replicó sonriéndose otra vez:

—¿No ha leído el señor barón mi carta?

Había algo de verdad en esto porque el hecho era que Mario, fijándose tan sólo en la letra, apenas había atendido a lo que decía la carta. No recordaba nada. Hacía un minuto que las palabras esposa e hija, habían vuelto a anudar el hilo de sus conjeturas, y tenía clavada en aquel individuo una mirada penetrante, como la del juez sobre el presunto reo. Limitóse a responder:

—Sed más explícito.

El desconocido metió las manos en los bolsillos del pantalón, irguió la cabeza sin enderezar la espina dorsal, y examinó a su vez a Mario por entre el cristal verde de sus anteojos.

—Está bien, señor barón. Voy a ser más explícito. Tengo un secreto que venderos.

—¡Un secreto!

—Un secreto.

—¿Qué secreto es ése?

Mario no cesaba de sondear a su interlocutor mientras le oía.

—Empiezo gratis—dijo el desconocido—. Vais a convenceros de que soy un hombre interesante.

—Hablad.

—Señor barón, tenéis en vuestra casa a un ladrón, que es al mismo tiempo asesino.

Mario se estremeció.

—¿En mi casa? No.

El desconocido, imperturbable, pasó el codo por su sombrero, y continuó:

—Asesino y ladrón. Cuenta, señor barón, que no hablo de hechos antiguos, anulados por la prescripción ante la ley, y por el arrepentimiento ante Dios. Hablo de hechos recientes, de hechos actuales, de hechos ignorados aún de la justicia. Continúo. Ese sujeto se ha introducido en vuestra confianza, y casi en vuestra familia, con un nombre falso. Voy a deciros el nombre verdadero. Os lo voy a decir de balde.

—Escucho.

—Se llama Juan Valjean.

—Lo sé.

—Voy a deciros, también de balde, quién es.

—Decidlo.,

—Un antiguo presidiario.

—Lo sé.

—Lo sabéis desde que he tenido el honor de decíroslo.

—No. Lo sabía antes.

El tono frío de Mario, aquella réplica por dos veces, «lo sé», su laconismo que repugnaba el diálogo, despertaron en el desconocido una cólera sorda. Asestó a Mario, a hurtadillas, una mirada furiosa, que sólo duró un instante; pero rápida y todo, era de esa clase de miradas que se conocen habiéndolas visto una vez, y no se le escapó al joven. Ciertos resplandores no pueden emanar sino de ciertas almas. La pupila, ventana del pensamiento, los refleja, y de nada sirven los anteojos. Sería como poner un cristal al infierno.

El desconocido prosiguió, siempre sonriéndose:

—No me atrevo a desmentir al señor barón. En todo caso debéis conocer que estoy al cabo de la calle. Ahora lo que tengo que revelaros sólo yo lo sé, e importa a la señora baronesa. Es un secreto extraordinario, que vale dinero. A vos os lo ofrezco antes que a nadie, y barato. Veinte mil francos.

—Sé ese secreto como sé los demás—dijo Mario.

El personaje sintió la necesidad de rebajar algo.

—Señor barón, dadme diez mil francos, y hablo.

—Os repito que no tenéis que tomaros ese trabajo. Sé lo que queréis decirme.

Los ojos de aquel hombre chispearon de nuevo; luego exclamó:

—Con todo; fuerza es que yo coma hoy. Insisto en que el secreto vale la pena. Señor barón, voy a hablar. Hablo. Dadme veinte francos.

Mario le miró fijamente.

—Conozco vuestro secreto extraordinario, lo mismo que sabía el nombre de Juan Valjean y que sé vuestro nombre.

—¿Mi nombre?

—Sí.

—No es difícil, señor barón, pues he tenido el honor de escribíroslo y decíroslo, Thenar...

—Dier.

—¿Cómo?

—Thenardier.

—¿Quién os ha...?

En el peligro, el puerco espín se eriza, el escarabajo se finge muerto, la guardia veterana forma el cuadro; nuestro hombre se echó a reír. Después sacudió de un papirotazo un poco de polvo que había en la manga de su levita.

Mario continuó:

—Sois también el obrero Jondrette, el comediante Fabautou, el poeta Genflot, el español Alvarez y la tía Balizard.

—¿La tía qué?

—Y habéis tenido un figón en Montfermeil.

—¡Un figón! Jamás.

—Y os digo que sois Thenardier.

—Lo niego.

—Y que sois un miserable. Tomad.

Mario sacó del bolsillo un billete de Banco, y se lo arrojó a la cara.

—¡Gracias! ¡Perdón! ¡Quinientos francos! ¡Señor barón!

Y aquel hombre, atónito, saludando y cogiendo el billete, lo examinó.

—¡Quinientos francos!—repitió absorto.

Luego exclamó con un movimiento repentino:

—Pues bien, sea. Fuera disfraces.

Y con la prontitud de un mono, echándose hacia atrás los cabellos, arrancándose los anteojos, sacando de la nariz y escamoteando los dos cañones de pluma, nombrados hace poco, y que se han visto figurar en otra página de este libro, se quitó el rostro como se quitaría cualquiera el sombrero.

Sus ojos se inflamaron; la frente desigual, agrietada, con protuberancias en varios sitios, horriblemente arrugada en la parte superior, se manifestó por entero: la nariz volvió a ser aguda como un pico; reapareció el perfil feroz y sagaz del hombre de rapiña.

—El señor barón es infalible—dijo con voz clara y sin ganguear—: soy Thenardier.

Y enderezó la espina dorsal.

Thenardier, porque era él, se había quedado sorprendido, y hasta se hubiera turbado, a ser capaz de ello. Quiso causar asombro, y era él quien debía asombrarse. Valíale esta humillación quinientos francos, y en último caso la aceptaba; pero no por eso estaba menos aturdido.

Veía por primera vez al barón Pontmercy, y a pesar de su disfraz, este barón le había conocido, y conocido a fondo. Para mayor sorpresa suya, no

sólo estaba el barón Pontmercy al cabo de su historia, sino de la de Juan Valjean. ¿Quién era, pues, aquel joven casi imberbe, tan glacial y tan generoso, que sabía todos sus nombres, que le abría su bolsillo, que trataba a los bribones como un juez, y les daba dinero como una víctima?

Se recordará que Thenardier, aunque en otro tiempo vecino de Mario, no lo había visto nunca, lo cual es muy frecuente en París. Había oído hablar a sus hijas vagamente de un joven muy pobre, llamado Mario, que vivía en la casa; y le había escrito sin conocerle, la carta que sabe el lector. Ninguna relación podía existir para él, entre el Mario de aquella época y el señor barón Pontmercy.

Por lo demás, su hija Acelma, a quien encargó que buscase la pista de los novios el 16 de febrero, y sus propias investigaciones, le aclararon muchas cosas, y desde el fondo de las tinieblas que le envolvían, había logrado coger más de un misterioso hilo. A fuerza de industria, consiguió descubrir, o por lo menos a fuerza de inducciones adivinar quién era el hombre que había encontrado cierto día en la alcantarilla grande. Del hombre le costó poco llegar al nombre. Sabía que la señora baronesa Pontmercy era Cosette; pero en esta parte, se proponía obrar con toda discreción. Tampoco le quedaba otro recurso, siendo así que ignoraba el verdadero origen de la joven. Entreveía, es cierto, algún nacimiento bastardo, pues la historia de Fantina le había parecido siempre llena de ambigüedades; pero, ¿qué sacaría con hablar? ¿que le pagasen caro su silencio? Poseía, o creía poseer, un secreto de mucho más valor; y según las apariencias, eso de descolgarse con decir al barón Pontmercy sin el apoyo de ninguna prueba: «Vuestra esposa es hija bastarda», no produciría otro resultado que el de atraerse la cólera del marido, expresada en puntapiés aplicados sobre sus caderas.

En la mente de Thenardier, la conversación con Mario no había empezado todavía. Se vió obligado a retroceder, a modificar su estrategia, a abandonar una posición y cambiar de frente; pero nada esencial se hallaba aún comprometido, y tenía ya quinientos francos en el bolsillo. Quedábanle por revelar cosas decisivas, y se sentía fuerte hasta contra aquel barón Pontmercy, tan resignado; y que esgrimía tan buenas armas. Para los hombres de la índole de Thenardier todo diálogo es un duelo. ¿Cuál era su situación en el que iba a empeñarse? No sabía a quién hablaba, pero sí de lo que hablaba. Pasó rápidamente esta revista interior, de sus fuerzas, y después de haber dicho «soy Thenardier», aguardó.

Mario meditaba. Al cabo tenía delante a Thenardier, al hombre que tanto había deseado encontrar, y podía cumplir el encargo del coronel Pontmercy. Humillábale que este héroe debiera algo a aquel bandido, y que la letra de cambio girada desde el fondo de la tumba por su padre contra él, estuviese aún en descubierto. Parecíale también, en la situación compleja de su espíritu respecto de Thenardier, que se le presentaba la ocasión de vengar al coronel de la desgracia de haber sido salvado por un individuo tan vil y tan perverso. De todos modos, sentíase contento, pues iba al fin a libertar la sombra del coronel de aquel acreedor indigno, lo cual se le figuraba equivalente a sacar la memoria de su padre de la prisión por deudas.

A este deber agregábase otro; el de averiguar, si era factible el origen de la fortuna de Cosette. La ocasión parecía venírsele a las manos. Tal vez Thenardier supiese algo. Tal vez fuese útil sondear el interior de este hombre. Por aquí empezó.

Thenardier, después de guardarse el billete de Banco, miraba a Mario con aire bondadoso y casi tierno.

Mario rompió el silencio:

—Thenardier, os he dicho vuestro nombre. Ahora, ¿queréis que os diga el secreto que pretendéis descubrirme? También he reunido yo datos, y os convenceréis de que sé más que vos. Juan Valjean, como dijisteis, es asesino y ladrón. Ladrón, porque robó a un rico fabricante siendo causa de su ruina: el señor Magdalena. Asesino, porque dió muerte al agente de policía Javert.

—No comprendo, señor barón—dijo Thenardier.

—Vais a comprenderme. Escuchad. Vivía en un distrito del Paso de Calais, por los años de 1822, un hombre que había tenido no sé qué antiguo choque con la justicia, y que bajo el nombre del señor Magdalena, se había corregido y rehabilitado. Este hombre era, en toda la fuerza de la expresión, un justo. Con una industria, la fábrica de abalorios negros, labró la fortuna de toda la ciudad. Por su parte, aunque secundariamente, y en cierto modo, por acaso, reunió también una riqueza considerable. Era el padre de los pobres. Fundaba hospitales, abría escuelas, visitaba a los enfermos, dotaba a las jóvenes, sostenía a las viudas, adoptaba a los huérfanos: era como el tutor del país. Se negó a admitir la cruz, y le nombraron alcalde. Un presidiario cumplido sabía el secreto de una pena en que había incurrido en otro tiempo aquel hombre; le denunció, fué causa de que le prendiesen, y aprovechándose de su prisión para venir a París, logró que el banquero Laffitte (lo sé de boca del mismo cajero) le entregase, en virtud de una firma falsa, una suma de más de medio millón perteneciente al señor Magdalena. El presidiario que robó al señor Magdalena, es Juan Valjean. En cuanto al otro hecho, nada necesitáis tampoco decirme. Juan Valjean mató al agente Javert de un pistoletazo. Yo, que os hablo, estaba allí.

Thenardier miró a Mario con el ademán soberano de la persona derrotada que se repone y vuelve a ganar en un minuto el terreno perdido.

Pero no tardó en sonreírse nuevamente.

El inferior delante del superior, debe saber disimular su triunfo: y Thenardier se limitó a decir a Mario:

—Señor barón, equivocamos el camino.

Y subrayó esta frase, haciendo girar de una manera expresiva las baratijas que le salían del chaleco.

—¿Cómo?—replicó Mario—: ¿negáis esto? Son hechos.

—Son quimeras. La confianza con que me honra el señor barón me impone el deber de decírselo. Ante todo la verdad y la justicia. No me gusta ver acusar a nadie injustamente. Señor barón, Juan Valjean no ha robado al señor Magdalena, ni ha matado a Javert.

—¡Ahí es nada! ¿En qué fundáis vuestro aserto?

—En dos razones.

—¿Cuáles? Hablad.

—Primero: no ha robado al señor Magdalena, porque el señor Magdalena y Juan Valjean son uno mismo.

—¡Qué me contáis!

—Segunda: no ha asesinado a Javert, porque Javert, y no Juan Valjean, es el autor de su muerte.

—¿Qué quréis decir?

Javert se suicidó.

—¡Probadlo, probadlo!—gritó Mario fuera de sí.

Thenardier repuso, midiendo sus palabras como si se tratase de un alejandrino antiguo:

—El agen-te de policí-a Ja-vert se le en-contró aho-gado debajo de u-na barca del Pont-du-Change.

—Pero, ¡probadlo!

Thenardier sacó del bolsillo del pecho una ancha cubierta de papel obscuro, que parecía contener pliegos doblados de diferentes tamaños.

—Tengo mi legajo—dijo con calma.

Y añadió:

—Señor barón por interés vuestro he querido conocer a Juan Valjean. Repito que Juan Valjean y el señor Magdalena son uno mismo y que Javert ha muerto a manos de Javert; cuando así me expreso, es porque me sobran pruebas. No pruebas manuscritas, que pudieran ser sospechosas, sino pruebas impresas.

Mientras hablaba, extraía Thenardier de su legajo dos números de periódicos amarillos, estrujados y oliendo a tabaco. Uno de los números, roto por los dobleces y casi deshaciéndose, parecía mucho más antiguo que el otro.

—Dos hechos, dos pruebas — dijo Thenardier.

Y alargó a Mario los dos periódicos.

El lector los conoce. Uno, el más antiguo era un número de la «Bandera Blanca» del 25 de julio de 1823, cuyo texto ha podido verse en la página 205 del primer tomo de esta obra, y probaba la identidad del señor Magdalena y de Juan Valjean. El otro era un «Monitor» del 15 de julio de 1832,

donde se refería el suicidio de Javert, añadiéndose que resultaba de un informe verbal del agente al prefecto, que hecho prisionero en la barricada de la calle de la Chanvrerie, había debido su vida a la magnanimidad de un insurrecto, el cual, teniéndole al alcance de su pistola, en lugar de levantarle la tapa de los sesos, había disparado al aire.

Mario leyó. No cabía duda; la fecha era cierta, la prueba irrefragable; aquellos dos periódicos no se habían impreso expresamente para apoyar los asertos de Thenardier. La nota del «Monitor» había sido comunicada oficialmente por la Prefectura de Policía.

Mario no podía dudar. Las noticias del dependiente de Laffitte eran falsas, y él, él mismo se había equivocado. Juan Valjean engrandeciéndose repentinamente salía de la nube. Mario no pudo contener un grito de alegría:

—¡Entonces ese desgraciado es un hombre admirable! ¡Entonces ese caudal era verdaderamente suyo! ¡Es Magdalena, la providencia de todo un país! ¡Es Juan Valjean, el salvador de Javert! ¡Un héroe! ¡Un santo!

—Ni un santo, ni un héroe—dijo Thenardier—. Es un asesino y un ladrón.

Y añadió con el tono del que empieza a sentir que vale:

—Tranquilicémonos.

Ladrón, asesino: estas palabras, que Mario creía habían desaparecido, y que entraban de nuevo en escena, cayeron sobre él como un témpano de hielo.

—¿Todavía?—preguntó.

—Siempre—contestó Thenardier—. Juan Valjean no ha robado al señor Magdalena, pero es un ladrón; no ha muerto a Javert, pero es un asesino.

—¿Queréis hablar—repuso Mario—, de ese miserable robo de hace cuarenta años, expiado, como resulta de vuestros mismos periódicos, por toda una vida de arrepentimiento, de abnegación y de virtud?

—Digo asesinato y robo, señor barón. Repito que hablo de los hechos actuales. Lo que os voy a revelar es absolutamente desconocido. Es inédito. Quizá descubráis en ello el origen del caudal hábilmente ofrecido por Juan Valjean a la señora baronesa. Digo hábilmente, porque no prueba torpeza de su parte eso de introducirse, mediante tal donativo, en una familia honrada, participando de sus comodidades, y al propio tiempo ocultar su crimen, disfrutar de lo robado, hacer desaparecer su nombre.

—Pudiera interrumpiros aquí—observó Mario—; pero continuad.

—Señor barón, voy a decirlo todo; dejo la recompensa a vuestra generosidad. El secreto vale oro macizo. Me preguntaréis: ¿por qué no te has dirigido a Juan Valjean? Por una razón muy sencilla. Sé que se ha despropiado en vuestro favor, y la combinación me parece ingeniosa; pero así y todo, no tiene un cuarto; de suerte que me enseñaría las manos vacías; y como necesito algún dinero para emprender mi viaje a Joya, os he preferido, pues sois rico, a él que nada tiene ya. Estoy algo fatigado; permitidme tomar una silla.

Mario se sentó. y le indicó que se sentase.

Thenardier lo hizo en un muelle sillón con aire satisfecho, cogió sus dos periódicos, los puso dentro de la cubierta, y dijo refiriéndose a la «Bandera Blanca»:

—Trabajo me ha costado hallar éste.

Luego cruzó las piernas y se respaldó; actitud propia de las personas seguras de lo que van a decir; entrando en materia del modo siguiente, con voz grave y acentuada:

—Señor barón: el 6 de junio de 1832, hace cosa de un año, el día del motín, estaba un hombre en la alcantarilla grande de París, por el lado donde desemboca en el Sena, entre el puente de Jena y el de los Inválidos.

Mario acercó bruscamente su silla a la de Thenardier. Este notó el movimiento, y continuó con la lentitud de un orador que es dueño de sus oyentes, y que siente la palpitación del adversario a cada una de sus palabras.

—Ese hombre, obligado a ocultarse por razones ajenas a la política, había elegido la alcantarilla para su domicilio, y tenía una llave de la reja. Era, repito, el 6 de junio, a las ocho, poco más o menos de la noche. El hombre oyó ruido en la alcantarilla. Bastante

sorprendido se ocultó y espió. Era ruido de pasos, alguien caminaba en medio de las tinieblas adelantándose hacia él. Había en la alcantarilla otro hombre. La reja de salida no estaba lejos, y la escasa claridad que entraba por ella le permitió conocer al recién venido, y ver que traía algo a cuestas. Andaba doblado. Era un antiguo presidiario, y llevaba a cuestas un cadáver. Flagrante delito de asesinato, si lo hubo. En cuanto al robo, es cosa corriente ; no se mata a un hombre gratis. El presidiario iba a arrojar aquel cadáver al río. Es digno de notar, que antes de llegar a la reja de salida, el presidiario que venía de un punto lejano de la alcantarilla, debió necesariamente tropezar con un cenagal espantoso, donde parece que hubiera podido dejar el cadáver ; pero al día siguiente los poceros, trabajando en el cenagal, habrían descubierto al hombre asesinado, lo cual no quería sin duda el asesino. Prefirió atravesar el pantano con su carga, costándole inmensos esfuerzos, y arriesgando de una manera increíble su propia existencia. No comprendo cómo acertó a salir de allí vivo.

La silla de Mario se acercó más, y Thenardier aprovechó este segundo movimiento para respirar largamente. Luego prosiguió :

—Señor barón, la alcantarilla no es el Campo de Marte. Allí falta todo, hasta sitio. Así, cuando la ocupan dos hombres, menester es que se encuentren. Esto fué lo que sucedió. El domiciliado y el transeunte tuvieron que darse las buenas noches, uno y otro sin malditas ganas. El transeunte dijo al domiciliado : «Ves lo que llevo a cuestas ; es preciso que salga de aquí : tienes la llave ; dámela». El presidiario era hombre de extraordinarias fuerzas, y no había medio de resistirle. Sin embargo, el que poseía la llave parlamentó. únicamente para ganar tiempo. Examinó al muerto ; mas sólo pudo averiguar que era joven, de buena apostura, con aire de persona rica, y que estaba todo desfigurado por la sangre. Mientras hablaba, halló medio de romper y arrancar sin que el asesino lo advirtiese, un pedazo de faldón de la levita que vestía el hombre asesinado. Documento justificativo como comprenderéis ; hilo para descubrir el ovillo y probar el crimen al criminal. Guardóse en el bolsillo el documento. y abriendo la reja, dejó salir al presidiario con su pesada carga. Después cerró de nuevo, y se puso en salvo, importándole poco el desenlace de la aventura, y sobre todo no conviniéndole estar allí cuando el asesino arrojase el cadáver al río. Ahora veréis claro. El conductor del cadáver era Juan Valjean ; el que tenía la llave os habla en este momento ; y el pedazo de la levita...

Thenardier acabó la frase sacando del bolsillo y sosteniendo a la altura de los ojos, cogido entre los dos pulgares y los índices, un jirón, de paño negro, todo lleno de manchas obscuras.

Habíase levantado Mario, pálido, respirando apenas, con la vista fija en el pedazo de paño negro ; y sin pronunciar una palabra, sin apartar los ojos de aquel jirón, retrocedió hacia la pared, buscando detrás de sí con la mano derecha, a tientas una llave que estaba en la cerradura de una alacena, junto a la chimenea. Encontró la llave, abrió la alacena e introdujo el brazo sin volver el rostro ni separar la vista de Thenardier. Entretanto éste continuaba :

—Señor barón, me asisten grandes razones para creer que el joven asesinado era un opulento extranjero, atraído por Juan Valjean a una emboscada, y portador de una suma enorme.

—El joven era yo, y aquí está la levita—gritó Mario, arrojando en el suelo una levita negra y vieja, manchada de sangre.

En seguida, arrancando el jirón de manos de Thenardier, se bajó y lo ajustó en el faldón roto. Adaptábase perfectamente ; el jirón completaba la levita.

Thenardier quedó petrificado, y dijo para sí : «Me he lucido».

Mario, levantándose tembloroso, desesperado, radiante, metió la mano en el bolsillo, y se dirigió fuera de sí hacia Thenardier con el puño, que apoyó casi en el rostro del bandido, lleno de billetes de quinientos y de mil francos.

—¡ Sois un infame ! ¡ Sois un embustero ! ¡ Un calumniador ! ¡ Un malvado ! ¡ Veníais a acusar a ese hombre y le habéis justificado : queríais perderle y ha-

béis conseguido tan sólo glorificarle! ¡Vos sois el ladrón! ¡Vos sois el asesino! Yo os he visto, Thenardier, Jondrette, en el chiribitil del bulevar del Hospital. Sé de vos lo suficiente para enviaros a presidio, y más lejos aún, si quisiera. Tomad esos mil francos, bribonazo.

Y arrojó un billete de mil francos a los pies de Thenardier.

—¡Ah, Jondrette, Thenardier, vil e indigno! ¡Que os sirva esto de lección, chalán de secretos, mercachifle de misterios, desenterrador de huesos, miserable! ¡Tomad además esos quinientos francos, y salid de aquí! Waterloo os protege.

—¡Waterloo! — murmuró Thenardier, guardándose los quinientos francos al mismo tiempo que los mil.

—¡Sí, asesino! Habéis salvado en esa batalla la vida a un coronel...

—A un general—dijo Thenardier alzando la cabeza.

—¡A un coronel!—replicó Mario furioso—. No daría un ochavo por un general. ¡Y veníais aquí a cometer infamias! Os digo que sobre vos pesan todos los crímenes. ¡Marchaos! ¡Desapareced! Sed dichoso, es cuanto os deseo. ¡Ah, monstruo! Tomad también esos tres mil francos. Mañana, mañana mismo, os iréis a América con vuestra hija, porque vuestra mujer ha muerto, abominable embustero. Cuidaré de vuestra partida, bandido, y en el momento de marchar os entregaré veinte mil francos más. ¡Id a que os ahorquen en otra parte!

—Señor barón — respondió Thenardier inclinándose hasta el suelo—, gratitud eterna.

Y Thenardier salió sin comprender una palabra, atónito y contento de verse abrumado bajo sacos de oro, y herido en la cabeza por aquella granizada de billetes de Banco.

Hubiera sentido mucho hallarse provisto de pararrayos contra semejantes chispas eléctricas.

Acabemos desde ahora con este personaje. Dos días después de los sucesos que estamos refiriendo, salió, merced a Mario, para América, mudándose el nombre y en compañía de su hija Acelma. Mario, según le había ofrecido giró sobre Nueva York a su favor una letra de veinte mil francos. La miseria moral de Thenardier era irremediable; así, fué en América lo que había sido en Europa. El contacto de un hombre perverso basta a veces para bastardear una buena acción, y que salga de ella una cosa mala. Con el dinero de Mario, Thenardier se hizo negrero.

En cuanto se retiró Thenardier, Mario corrió al jardín donde Cosette estaba aún paseando.

—¡Cosette! ¡Cosette!—exclamó—. ¡Ven! ¡ven pronto! Marchemos. Vasco, un coche. Ven, Cosette. ¡Ah, Dios mío! ¡El es quien me había salvado la vida!... ¡No perdamos un minuto! Ponte el chal.

Cosette creyó que se había vuelto loco, y obedeció.

Mario no respiraba, y ponía la mano sobre su corazón para comprimir los latidos. Iba y venía a grandes pasos, y abrazaba a Cosette, diciendo:

—¡Ah! ¡Qué desgraciado soy!

En el arrebato de su imaginación, Mario empezaba a entrever en Juan Valjean una elevada y sombría figura. Una virtud inaudita se aparecía ante él, suprema y dulce, humilde en su inmensidad. El presidiario se transfiguraba en Cristo. Mario estaba deslumbrado con aquel prodigio. No sabía precisamente lo que veía, pero sí que era grande.

El coche no tardó en llegar.

Mario hizo subir a Cosette, y se lanzó en seguida dentro.

—Cochero — dijo—, calle del Hombre-Armado, número 7.

El coche partió.

—¡Ah, qué felicidad!—exclamó Cosette—. A la calle del Hombre Armado. No me atrevía a hablarte de eso. Vamos a ver al señor Juan.

—A tu padre, ¡Cosette! A tu padre, pues lo es hoy más que nunca. Cosette, todo lo adivino. Me has dicho que no recibiste la carta que te mandé con Gavroche. Cayó sin duda en sus manos, y fué a la barricada para salvarme. Como su misión es ser un ángel, de paso salvó a otras personas, salvó a Javert. Me extrajo de aquel abismo para entregarme a ti. Me llevó sobre sus hombros al través de la alcantarilla. ¡Ah!

¡soy el mayor de los ingratos! Cosette, después de haber sido tu providencia, fué la mía. Figúrate que había allí un espantoso cenagal donde ahogarse cien veces, donde ahogarse en lodo, Cosette, y lo atravesó conmigo a cuestas. Yo estaba desmayado; no veía, no oía, no podía saber nada de mi propia aventura. Vamos a traerle a casa, a tenerle entre nosotros, quiera o no; no volverá a separarse de nuestro lado. Si es que le encontramos, si es que no ha partido. Pasaré lo que me resta de vida venerándole. Habrá pasado cual te he dicho, ¿no es verdad, Cosette? Gavroche le entregaría mi carta. Todo se explica. ¿Comprendes?

Cosette no comprendía una palabra.

—Tienes razón—fué su respuesta.

Entretanto, el coche seguía rodando.

V

NOCHE QUE DEJA ENTREVER EL DÍA

Oyendo llamar a la puerta, Juan Valjean se volvió, y dijo con voz débil:

—Adentro.

Abrióse la puerta y aparecieron Cosette y Mario.

Cosette se precipitó en el cuarto.

Mario permaneció en el umbral, de pie y apoyado contra los largueros de la puerta.

—¡Cosette!—dijo Juan Valjean, y se levantó con los brazos abiertos y trémulos, lívido, siniestro, mostrando una alegría inmensa en los ojos.

Cosette, ahogada por la emoción, cayó sobre el pecho de Juan Valjean, exclamando:

—¡Padre!

Juan Valjean fuera de sí, tartamudeaba:

—¡Cosette! ¡Es ella! ¡Sois vos, señora! ¡Eres tú! ¡Ah, Dios mío!

Y sintiéndose estrechar por los brazos de Cosette, añadió:

—¡Ers tú, sí! ¡Me perdonas, pues!

Mario, bajando los párpados para detener el raudal de sus lágrimas, dió un paso, y murmuró entre sus labios contraídos convulsivamente para que no brotasen los sollozos:

—¡Padre mío!

—¡Y vos también me perdonáis!—dijo Juan Valjean.

Mario no encontraba palabras, y aquél añadió:

—Gracias.

Cosette se quitó el chal y el sombrero, y arrojó ambas cosas en la cama.

—Me molestan—dijo.

Y sentándose en las rodillas del anciano, separó sus cabellos blancos con un movimiento adorable, y le besó la frente.

Juan Valjean, extasiado, no se opo*nía*.

Cosette, no comprendiendo sino muy confusamente los motivos de este cambio, redoblaba sus caricias, como si quisiese pagar la deuda de Mario.

Juan Valjean, balbuceaba:

—¡Qué ignorantes somos! Creía no volverla a ver. Figuraos, señor de Pontmercy, que en el mismo momento en que entrabais, decía: ¡Todo se acabó! Ahí está su trajecito, soy un miserable, y no veré más a Cosette. Decía esto mientras subíais la escalera. ¿No es verdad que me había vuelto idiota? ¡Hasta qué grado es uno estúpido! Se cuenta sin la bondad infinita de Dios. Dios dijo: «¿Crees que te van a abandonar, idiota? No. No puede ser eso. Ese pobre viejo necesita de su ángel», ¡y el ángel vino, y he vuelto a ver a mi Cosette, a mi querida Cosette! ¡Ah! ¡Qué desgraciado era!

Estuvo un instante sin poder hablar; luego continuó:

—A la verdad, yo necesitaba ver a Cosette un rato de tiempo en tiempo. Un corazón necesita de un hueso que roer. Sin embargo, conocía que estaba de sobra, y decía en mis adentros: «No han menester de ti, quédate en tu rincón, nadie tiene derecho a eternizarse». ¡Ah, Dios de mi alma! ¡La he vuelto a ver! ¿Sabes, Cosette, que tu marido es un guapo mozo? ¡Ah! Llevas un bonito cuello bordado. Perfectamente. El dibujo me gusta. Lo ha elegido tu esposo, ¿no es verdad? Será preciso que te compres chales de cachemira. Señor de Pontmercy, permitidme que la tutee; será por poco tiempo.

Cosette, a su vez, le dijo:

—¡Qué ruindad dejarnos de ese modo! ¿Adónde, pues, habéis ido? ¿Por qué habéis estado ausente tanto tiempo? Antes, vuestros viajes apenas dura-

ban tres o cuatro días. He enviado a Nicolasa, y le respondían siempre: Está fuera. ¿Desde cuándo habéis vuelto? ¿Por qué no nos avisasteis? ¿Sabéis que estáis muy trastornado? ¡Mal padre! ¡Enfermo y sin decírnoslo! Ten, Mario, toma su mano y verás qué fría está.

—Habéis venido, señor de Pontmercy; ¡conque me perdonáis! —repitió Juan Valjean.

A estas palabras, los sentimientos que se agolpaban al corazón de Mario hallaron una salida, y el joven exclamó:

—Cosette, ¿no le oyes? ¿No le oyes, que me pide perdón? ¿Sabes lo que me ha hecho, Cosette? Me ha salvado la vida. Más aún: te ha entregado a mí. Y después de salvarme, y después de entregarte a mí, Cosette, ¿sabes lo que ha hecho de su persona? Se ha sacrificado. Tal es su conducta. ¡Y a mí, que he sido ingrato, olvidadizo, cruel, hasta criminal, me dice: ¡Gracias! Cosette, aunque pase todo lo que me resta de vida a los pies de este hombre, no será bastante expiación. La barricada, la alcantarilla, ese horno, esa cloaca, todo lo ha atravesado por mí, por ti, Cosette, preservándome de mil muertes, que alejaba de mí y que aceptaba para él. En él se encuentran todas las clases de valor, de virtud, de heroísmo. ¡Cosette, ese hombre es el ángel!

—¡Silencio! ¡Silencio!—murmuró apenas Juan Valjean—. ¿A qué decir todo eso?

—¡Pero vos! —exclamó Mario, con cierta cólera llena de veneración—, ¿por qué no lo habéis dicho? Es culpa vuestra también. ¡Salváis la vida a las personas y lo tenéis oculto! ¡Y bajo pretexto de quitaros la máscara, os calumniáis! Es horrible.

—He dicho la verdad —respondió Juan Valjean.

—No—replicó Mario—; la verdad es toda la verdad, y no habéis dicho sino parte. Erais el señor Magdalena, ¿por qué callarlo? Habíais salvado a Javert, ¿por qué callarlo? Yo os debía la vida, ¿por qué callarlo?

—Porque pensaba como vos, y conocía que tenías razón, que era preciso que me fuese. Si os hubiera referido lo de la alcantarilla, me habríais detenido a vuestro lado. Debía, pues, callarme. Hablando, todo se contrariaba.

—¡Se contrariaba! ¡Todo! ¿Qué es lo que se contrariaba? —repuso Mario—. ¿Por ventura os figuráis que os vamos a dejar aquí? No. Os llevamos con nosotros. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuando pienso que por casualidad he sabido estas cosas! Os llevamos con nosotros. Formaréis parte de nosotros mismos. Sois su padre y el mío. No pasaréis un día más en esta horrible casa. Mañana ya no estaréis aquí.

—Mañana—dijo Juan Valjean—, no estaré aquí, ni tampoco en vuestra casa.

—¿Qué queréis decir?—replicó Mario—. Se acabarán los viajes. No os volveréis a separar de nosotros. Nos pertecéis, y no os soltaremos.

—Esta vez es de buen grado —añadió Cosette—. Abajo espera el coche. Os llevo de aquí. Si es menester emplearé la fuerza.

Y riéndose, hizo ademán de coger al anciano en sus brazos.

—Vuestro cuarto está como estaba—continuó—. ¡Si supieseis qué bonito se ha puesto ahora el jardín! ¡Cuántas flores! Los paseos cubiertos de arena del río, donde se ven algunas conchillas violadas. Comeréis mis fresas. Yo las riego. Y no más señora ni señor Juan. Viviremos en república; todos nos hablaremos de «tú». ¿No es verdad, Mario? Se ha cambiado el programa. Padre, ¡si supieseis qué disgusto! Un pitirrojo había hecho su nido en un agujero de la pared, y un horrible gato me le ha comido. ¡Mi pobre pitirrojo, que sacaba la cabeza, de su agujero para mirarme! Lloré sí, señor, y de buena gana hubiera matado al gato. Pero al presente nadie llora, todos ríen, todos ríen. Vais a venir con nosotros. ¡Cómo va a alegrarse el abuelo! Tendréis vuestro cuadro en el jardín y lo cultivaréis, y veremos si vuestras fresas valen tanto como las mías. Una vez en casa, haré cuanto queráis, y me obedeceréis. ¿Verdad que sí?

Juan Valjean la escuchaba sin oírla. Percibía la música de su voz sin casi comprender el sentido de sus palabras, y una de esas gruesas lágrimas, sombrías perlas del alma, se formaban lentamente en sus ojos.

—¡Dios es bueno!—murmuró.

—¡Padre mío!—dijo Cosette.

Juan Valjean prosiguió:

—No hay duda que sería delicioso vivir juntos. Tenéis árboles llenos de pájaros. Me pasearía con Cosette. ¡Es grato pasar la vida en compañía de las personas que se quieren, darles los buenos días, oírse llamar en el jardín! Desde por la mañana se disfruta de su presencia. Cada cual cultivaría un pequeño trozo. Ella me haría comer sus fresas, y yo le haría coger mis rosas. Sería delicioso; pero...

Se detuvo, y luego dijo bajando más la voz:

—No hay remedio.

La lágrima no cayó, sino que entró de nuevo en la órbita, y Juan Valjean la reemplazó con una sonrisa.

Cosette tomó las dos manos del anciano entre las suyas.

—¡Dios mío!—exclamó—. Vuestras manos me parecen más frías que antes. ¿estáis malo? ¿Padecéis?

—¿Yo? No—respondió Juan Valjean—, me siento bien. Sólo que...

Se detuvo.

—¿Sólo qué?...

—Me voy a morir en seguida.

Cosette y Mario se estremecieron.

—¡A morir!—exclamó Mario.

—Sí—dijo Juan Valjean.

Respiró, y sonriéndose repuso:

—Cosette, ¿no estabas hablando? Continúa, háblame más. ¿Conque el gato se comió tu pitirrojo? Habla: ¡que oiga yo tu voz!

Mario, petrificado, miraba al anciano.

Cosette lanzó un grito desgarrador.

—¡Padre! ¡Padre mío! Viviréis, sí, viviréis. Yo quiero que viváis. ¿Oís?

Juan Valjean alzó los ojos y los fijó en ella con adoración.

—¡Oh, sí, prohíbeme que muera! ¿Quién sabe? Tal vez te obedezca. Iba a morir cuando los dos entrasteis, y la muerte detuvo su golpe. Me pareció que renacía.

—Estáis lleno de fuerza y de vida—observó Mario—. ¿Acaso imagináis que se muere tan fácilmente? Habéis tenido disgustos y no volveréis a tenerlos. ¡Os pido perdón de rodillas! Vais a vivir, y con nosotros y por largo tiempo. Os recobramos. ¡Somos dos cuyo único pensamiento en lo sucesivo será labrar vuestra dicha!

Juan Valjean continuaba sonriéndose.

—Señor de Pontmercy, aunque me recobraseis, ¿me impediría eso que fuese lo que soy? No; Dios ha pensado como vos y como yo, y él no cambia de dictamen. Es útil que parta. La muerte lo arregla todo. Dios sabe mejor que nosotros lo que nos conviene. Que seáis dichosos, que el señor de Pontmercy posea a Cosette, que la juventud se despose con la mañana, que haya en torno vuestro, hijos míos, lilas y ruiseñores, que vuestra vida sea un hermoso césped iluminado por el sol, que los encantos del cielo inunden vuestra alma, y que yo, que para nada sirvo, me muera; todo esto se armoniza perfectamente. Vaya, seamos razonables; no hay remedio ya; conozco que no hay remedio. Hace una hora tuve un desmayo, y después, esta noche pasada, me he bebido todo ese jarro de agua. ¡Qué bueno es tu marido, Cosette! Con él te va mejor que conmigo.

Se oyó un ruido en la puerta.

Era el médico que entraba.

—Buenos días y adiós, doctor—dijo Juan Valjean—. Ved a mis pobres niños.

Mario se acercó al médico, y le dirigió esta sola palabra:

—Caballero...

Mas en la manera de pronunciarla, había una pregunta completa.

El médico respondió con una expresiva mirada.

—Porque las cosas desagraden—dijo Juan Valjean—, no es razón para que seamos injustos con Dios.

Hubo un silencio.

Todos los pechos estaban oprimidos.

Juan Valjean se volvió hacia Cosette y se puso a contemplarla como si quisiera atesorar recuerdos para una eternidad.

En la profunda sombra donde ya había descendido, aún le era posible el éxtasis mirando a Cosette. La reverberación de aquel dulce rostro iluminaba su pálida faz.

En el sepulcro puede haber también deslumbramientos.

El médico le tomó el pulso.

—¡Ah! ¡Necesitaba de vosotros! — dijo dirigiéndose a Cosette y a Mario.

E inclinándose al oído del último, añadió muy bajo:

—Es demasiado tarde.

Juan Valjean, sin apartar casi los ojos de Cosette, consideró al médico y a Mario con serenidad.

Se oyó salir de su boca esta frase apenas articulada:

—Nada importa, pero el no vivir es horrible.

De repente se levantó.

Estas renovaciones de fuerza son a veces señal de la agonía.

Caminó con paso firme hacia la pared, desvió a Mario y al médico que querían ayudarle, descolgó el crucifijo de cobre, volvió a sentarse con toda libertad de movimiento de una persona en completa salud, y dijo, alzando la voz y colocando el crucifijo sobre la mesa:

—Este es el gran mártir.

Después su pecho se rindió; sintió que le vacilaba la cabeza, como si le acometiese el vértigo en la tumba, y apoyadas las manos en las rodillas, se puso a escarbar con las uñas el pantalón.

Cosette le sostenía los hombros y sollozaba, procurando inútilmente hablarle.

Distinguíanse entre las palabras, mezcladas con esa saliva lúgubre que acompaña al llanto, frases por el estilo de éstas:

—¡Padre! No nos abandonéis. ¿Es posible que no nos hayamos encontrado sino para perderos?

Pudiera decirse que la agonía serpenteaba.

Hay algo de titubeo en el acto de morir.

Va, viene, se adelanta hacia el sepulcro y retrocede hacia la vida.

Juan Valjean después de aquel medio síncope, se serenó, sacudió la frente como para disipar las tinieblas que se iban allí aglomerando, y recobró casi una completa lucidez.

Tomó la manga del vestido de Cosette y la besó.

—¡Vuelve en sí, doctor, vuelve en sí! —gritó Mario.

—Ambos sois buenos — dijo Juan Valjean—. Voy a explicaros lo que me ha causado viva pena. Señor de Pontmercy, me la ha causado el que no hayáis querido tocar a ese dinero. Ese dinero es de vuestra mujer. Esta es una de las razones, hijos míos, por la que me he alegrado más de veros. El azabache negro viene de Inglaterra y el azabache blanco de Noruega. En el papel que veis ahí, consta todo esto. Para los brazaletes inventé sustituir los colgantes simplemente enlazados a los colgantes soldados. Es más bonito, mejor y menos caro. Ya comprenderéis cuánto dinero puede ganarse. Así, el caudal de Cosette es suyo, legítimamente suyo. Os refiero estos pormenores para que os tranquilicéis.

Cosette, con mucha suavidad, le puso una almohada bajo el cuerpo.

Juan Valjean continuó:

—Señor de Pontmercy, no temáis nada, os lo suplico. Los seiscientos mil francos son de Cosette. Si no disfrutaseis de ellos, resultaría perdido todo el trabajo de mi vida. Habíamos conseguido fabricar con singular perfección los abalorios, y rivalizábamos con los de Berlín.

Cuando va a morir una persona que nos es querida, las miradas se fijan en ella como para retenerla. Los dos jóvenes, mudos de angustia, no sabiendo qué decir a la muerte, desesperados y trémulos, estaban en pie delante del anciano. Cosette daba la mano a Mario.

Juan Valjean declinaba por instantes. Se le veía descender y acercarse al horizonte de tinieblas. Su respiración era ya intermitente e interrumpida por un poco de estertor. Le costaba trabajo cambiar de posición el antebrazo, y los pies habían perdido todo movimiento. Al mismo tiempo que la miseria de los miembros y la postración del cuerpo crecían, toda la majestad del alma brillaba, desplegándose sobre su frente. La luz del mundo desconocido era ya visible en sus pupilas.

Su rostro se ponía pálido, pero continuaba siempre sonriente. No era aquella la vida, era otra cosa. El aliento caía, al paso que la mirada se sublimaba. Diríase un cadáver con alas.

Hizo señas a Cosette de que se aproximase, y luego a Mario. Era, sin duda, el último minuto de su última hora, y

se puso a hablarles con una voz tan baja que parecía venir de lejos, como si en aquel momento hubiese ya una pared divisoria entre ellos y él.

—Acércate; acercaos los dos. Os quiero mucho. ¡Oh! ¡Qué placer morir así! Tú también me quieres, Cosette. Yo sabía que te quedaba siempre algún cariño para tu viejo. ¡Cuánto te agradezco, niña mía, esta almohada! Me llorarás, ¿no es verdad? Pero que no sea con demasía. No quiero que tengas verdaderos disgustos. Divertíos mucho, mis amados hijos. Se me olvidaba deciros que las hebillas sin clavillos producían más que todo. La gruesa, las doce docenas, costaban diez francos, y se vendían en sesenta. No debéis, pues, admiraros de los seiscientos mil francos, señor de Pontmercy. Es dinero ganado honradamente. Podéis ser ricos sin repugnancia alguna. Será preciso que compréis un carruaje, que vayáis de vez en cuando a los teatros. Cosette, para ti bonitos vestidos de baile, para vuestros amigos buenas comidas. Sed dichosos. Me ocupaba hace poco en escribir a Cosette; ya encontrará mi carta. Le lego los dos candeleros que están sobre la chimenea. Son de plata; mas para mí son de oro, de diamantes, y convierten las velas en cirios. No sé si el que me los dió está satisfecho de mí en el Cielo. He hecho lo que he podido. Hijos míos, no olvidéis que soy un pobre, y os encargo que me hagáis enterrar en el primer rincón de tierra que haya a mano, con sólo una piedra por lápida. Es mi voluntad. Sobre la piedra no grabéis ningún nombre. Si Cosette quisiese ir allí alguna vez se lo agradeceré. Vos también, señor Pontmercy. Debo confesaros que no siempre os he tenido afecto; os pido perdón. Ahora ella y vos no sois más que uno para mí. Os estoy muy reconocido, pues veo que haréis feliz a Cosette. ¡Si supieseis, señor Pontmercy, cuánto ha sido mi cariño hacia ella! Sus hermosas mejillas rosadas eran mi alegría; en cuanto la veía un poco pálida ya estaba triste. Hay en la cómoda un billete de quinientos francos. Es para los pobres, Cosette. ¿Ves tu trajecito allí sobre la cómoda? ¿Lo conoces? No hace más de diez años de eso. ¡Cómo pasa el tiempo! Hemos sido muy dichosos. Hijos míos, no lloréis, que no me voy muy lejos; desde allí os veré. Con sólo que miréis cuando sea de noche, mi sonrisa se os aparecerá. Cosette, ¿te acuerdas de Montfermeil? Estabas en el bosque y tenías miedo. ¿Te acuerdas cuando yo cogí el asa del cubo lleno de agua? Fué la primera vez que toqué tu pobre manita. ¡Y qué fría estaba! Entonces vuestras manos, señorita, tiraban a rojas, hoy brillan por su blancura. ¿Y la muñeca? ¿te acuerdas? ¡Qué de veces me hiciste reír, ángel mío! Cuando había llovido echabas en el arroyo granzones de paja, y los mirabas correr. Un día te di una raqueta de mimbre y un volante con plumas amarillas, azules y verdes. Te has olvidado, de seguro. ¡Eras tan traviesa! No hacías más que jugar. Te colgabas las guindas de las orejas. Son cosas pasadas. Los bosques que uno ha atravesado con su amada niña, los árboles que les han resguardado del sol, los conventos que les han resguardado de los hombres, las inocentes risas de la infancia; todo no es más que sombra. Se me figuró que esas cosas me pertenecían, y ahí estuvo el mal. Los Thenardier han sido muy perversos; pero es menester perdonarlos. Cosette, ha llegado el momento de decirte el nombre de tu madre. Se llamaba Fantina. Retén este nombre: Fantina. Arrodíllate cada vez que lo pronuncies. Ella padeció mucho, y te quería con extremo. Su desgracia fué tan grande como es grande tu felicidad. Dios lo dispuso así. Dios nos ve desde el Cielo a todos, y sabe, en medio de sus brillantes estrellas, lo que hace. Me voy, pues, mis queridos niños. Amaos siempre mucho. En el mundo casi no hay otra cosa que hacer. Pensaréis alguna vez en el pobre viejo que ha muerto aquí. Cosette mía, no tengo yo la culpa de no haberte visto en tanto tiempo. El corazón se me desgarraba. Iba hasta la esquina de la calle, sin que me importase el juicio que debían formar de mí los transeuntes; estaba como loco; una vez me fuí sin sombrero. Hijos míos, empiezo a ver turbio; aún tenía que deciros muchas cosas, pero es igual. Pensad un poco en mí. Sois seres benditos. No sé lo que siento, pero me parece que veo claridad. Acer-

caos más. Muero dichoso. Dadme vuestras cabezas amadas, muy amadas, para poner encima mis manos.

Cosette y Mario, fuera de sí, cayeron de rodillas, inundando de lágrimas las manos de Juan Valjean; manos augustas que habían cesado de moverse.

Estaba echado hacia atrás, de modo que la luz de los candelabros le iluminaba el pálido rostro, dirigido hacia el Cielo.

Cosette y Mario cubrían sus manos de besos. Estaba muerto.

Junto a él se veía la noble figura del sacerdote, que, avisado por la portera, sólo había llegado a tiempo de recoger su último suspiro.

La obscuridad de la noche era tal, que no se divisaban las estrellas.

Sin duda en la sombra algún ángel inmenso, de pie y con las alas desplegadas, estaba esperando el alma.

VI

LA HIERBA OCULTA, Y LA LLUVIA BORRA

Hay en el cementerio del Padre Lachaise, en las cercanías del hoyo común, lejos del barrio elegante de la ciudad de los sepulcros, lejos de todas esas tumbas, hijas del capricho, que ostentan, al borde de la eternidad, las horribles modas de la muerte, en un ángulo desierto, al pie de una antigua pared, bajo un gran tejado por el cual trepan las enredaderas de campanillas, en medio de la grama y del musgo, una piedra.

Esta piedra no se halla menos expuesta que las demás a la lepra del tiempo, a los efectos de la humedad, del liquen y de las inmundicias de los pájaros. El agua la pone verde y el aire negra. No está próxima a ninguna senda, ni agrada ir por aquel lado a causa de la altura de la hierba, y porque en seguida se mojan los pies. Cuando la bañan los rayos del sol, se suben a ella los lagartos. Alrededor se estremecen las balluecas, agitadas por el viento, y en la primavera cantan en el árbol las currucas.

La piedra está desnuda. Al cortarla, únicamente se pensó en las necesidades de la tumba, esto es, en que fuese bastante larga y bastante estrecha para cubrir una persona.

Ningún nombre se lee en ella.

Sólo hace muchos años, una mano escribió allí con lápiz estos cuatro versos que se fueron volviendo poco a poco ilegibles a causa de la lluvia y del polvo, y que probablemente no existirán ya:

Duerme: La suerte persiguiòle ruda:
murió al perder la prenda de su alma
Larga la expiación, la pena aguda
fué; y así obtuvo la celeste palma.

FIN

INDICE

LIBRO SÉPTIMO

El patrón Minette

CAPS. PÁGS.

I.—Las minas y los mineros. 5
II.—El bajo fondo. 6
III.—Babet, Traga-mar, Suena-dinero y Montparnase. 7
IV.—Composición de la compañía. 8

LIBRO OCTAVO

El mal pobre

I.—De cómo Mario buscando una joven de sombrero, encuentra un hombre de gorra. ... 10
II.—Hallazgo. 11
III.—Cuadrifronte. 12
IV.—Una rosa en la miseria. 14
V.—El ventanillo de la Providencia. 17
VI.—El hombre fiera en su cueva. 19
VII.—Estrategia y táctica. 21
VIII.—El rayo de sol en la cueva. 23
IX.—Jondrette casi llora. 24
X.—Tarifa de los carruajes de alquiler: dos francos por hora. 26
XI.—Ofertas de servicio de la miseria al dolor. 28
XII.—Empleo de la moneda de cinco francos del señor Blanco. 29
XIII.—Solus cum solo, in loco remoto, non cogitabuntur orare pater noster. 31
XIV.—Donde un agente de policía da dos cachorrirrillos a un abogado. 33
XV.—Jondrette hace sus compras. 35
XVI.—Donde se volverá a hallar la canción de música inglesa que estaba en moda en 1832. 36
XVII.—Empleo del Napoleón de Mario. 38
XVIII.—Las dos sillas de Mario se encuentran frente a frente. 40
XIX.—Mirar bien a lo obscuro. 41
XX.—La emboscada. 43
XXI.—De cómo se debería comenzar por prender a las víctimas. 56
XXII.—El niño que lloraba en la segunda parte. ... 58

CUARTA PARTE

El idilio de la calle Plumet y la epopeya de la calle de San Dionisio.

LIBRO PRIMERO

Algunas páginas de historia

I.—Bien cortado. 59
II.—Mal cosido. 62
III.—Luis Felipe. 64
IV.—Grietas en los cimientos. 67
V.—Hechos de donde sale la historia, ignorados por la historia. 71
VI.—Enjolras y sus tenientes. 77

LIBRO SEGUNDO

Eponina

I.—El Campo de la Alondra. 79
II.—Formación embrionaria de los crímenes de la incubación de las cárceles. 82
III.—Aparición del señor Mabeuf. 85
IV.—Aparición a Mario. 87

LIBRO TERCERO

La casa de la calle Plumet

I.—La casa del secreto. 89
II.—Juan Valjean guardia nacional. 92
III.—Follíis ac frondibus 93
IV.—Cambio de reja. 95
V.—La rosa descubre que es una máquina de guerra. 98
VI.—Empieza la batalla. 100
VII.—A tristeza, tristeza y media. 102
VIII.—La cadena. 104

LIBRO CUARTO

Socorros de abajo, que no pueden ser socorros de arriba

I.—Herida por fuera, curación por dentro. 109
II.—De cómo la tía Plutarco no encontraba dificultades para explicar un fenómeno. 111

LIBRO QUINTO

Cuyo fin no se parece al principio

CAPS. PÁGS.

I.—La soledad y el cuartel combinados. 115
II.—Miedos de Cosette. 115
III.—Enriquecido con comentarios de la tía Santos. 117
IV.—Un corazón debajo de una piedra. 119
V.—Cosette después de la carta. 121
VI.—Los viejos han nacido para salir a propósito. 122

LIBRO SEXTO

El niño Gavroch

I.—Travesuras del viento. 124
II.—En que se verá cómo Gavroche supo sacar partido de Napoleón el Grande. 125
III.—Las peripecias de la evasión. 137

LIBRO SÉPTIMO

El caló

I.—Origen. 144
II.—Raíces. 149
III.—Caló que llora y caló que ríe. 153
IV.—Los dos deberes: velar y esperar. 156

LIBRO OCTAVO

El encanto y la desolación

I.—Plena luz. 158
II.—El aturdimiento de la felicidad completa. ... 161
III.—Principio de sombra. 162
IV.—Cab roule en inglés, y tamburó en caló. ... 164
V.—Cosas de la noche. 167
VI.—Mario desciende a la realidad, hasta el punto de dar las señas de su casa a Cosette. ... 168
VII.—Dos corazones, uno viejo y otro joven, frente a frente. 171

LIBRO NOVENO

¿Adónde van?

I.—Juan Valjean. 177
II.—Mario. 178
III.—El señor Mabeuf. 179

LIBRO DÉCIMO

El 5 de junio de 1832

I.—La superficie de la cuestión. 181
II.—El fondo de la cuestión. 183
III.—Un entierro: ocasión de renacer. 186
IV.—El fervor de otro tiempo. 189
V.—Originalidad de París. 192

LIBRO UNDÉCIMO

El átomo fraterniza con el huracán

I.—Algunas aclaraciones sobre los orígenes de la poesía de Gavroche. Influencia de un académico en esta poesía. 194
II.—Brujas antes, y porteras hoy. 195
III.—Justa indignación de un peluquero. 197
IV.—El niño admira al viejo. 198
V.—El anciano. 198
VI.—Reclutas. 199

LIBRO DUODÉCIMO

Corinto

I.—Historia de Corinto desde su fundación. ... 200
II.—Alegría preparatoria. 203
III.—La noche empieza a dominar a Grantaire. ... 207
IV.—Courfeyrac trata de consolar a la viuda Hucheloup. 209
V.—Los preparativos. 211
VI.—La espera. 212
VII.—El hombre reclutado en la calle de Billettes. 213
VIII.—Varias preguntas con motivo de un tal Le Cabuc, que probablemente no se llamaba Le Cabuc. 215

LIBRO DÉCIMOTERCIO

Mario entra en la sombra

CAPS. PÁGS.

I.—Desde la calle Plumet al barrio de San Dionisio. ... 217
II.—París a vista de buho. ... 218
III.—La orilla extrema. ... 220

LIBRO DÉCIMOCUARTO

La grandeza de la desesperación

I.—La bandera roja derribada. ... 223
II.—La bandera roja izada. ... 224
III.—Donde verá el lector que Gavroche habría hecho mejor en tomar la carabina de Enjolras. ... 226
IV.—El barril de pólvora. ... 226
V.—Fin de los versos de Juan Prouvaire. ... 228
VI.—La agonía de la muerte después de la agonía de la vida. ... 229
VII.—Donde se ve que Gavroche era un profundo calculador de distancias. ... 231

LIBRO DÉCIMOQUINTO

La calle del Hombre Armado

I.—Carta canta. ... 232
II.—El pilluelo enemigo de las luces. ... 237
III.—Donde se verá lo que sucedió mientras dormían Cosette y Santos. ... 239
IV.—El exceso de celo de Gavroche. ... 240

QUINTA PARTE

Juan Valjean.

LIBRO PRIMERO

La guerra dentro de cuatro paredes

I.—Caribdis del arrabal de San Antonio, y Scila del arrabal del Temple. ... 242
II.—De cómo en el abismo no puede hacerse más que hablar. ... 246
III.—Claridad y sombra. ... 248
IV.—Cinco menos, y uno más. ... 249
V.—Donde se dirá el horizonte que se descubre en lo alto de la barricada. ... 253
VI.—Mario esquivo, y Javert lacónico. ... 255
VII.—De cómo la situación se fué agravando. ... 256
VIII.—La cosa se va poniendo seria. ... 258
IX.—Donde se verá la manera de emplear ese talento de cazador furtivo, y esa puntería segura, que influyó en la condena de 1796. 260
X.—Aurora. ... 261
XI.—El tiro de fusil certero y que no mata a nadie. ... 263
XII.—El desorden, partidario del orden. ... 263
XIII.—Claridades pasajeras. ... 265
XIV.—Donde se leerá el nombre de la querida de Enjolras. ... 266
XV.—Gavroche fuera de la barricada. ... 267
XVI.—Dónde se verá que el hermano puede convertirse en padre. ... 269
XVII.—Mortuus pater, filium moriturum espectat. ... 273
XVIII.—El buitre convertido en presa. ... 274
XIX.—La venganza de Juan Valjean. ... 276
XX.—Donde se verá que los muertos no tienen menos razón que los vivos. ... 278
XXI.—Los héroes. ... 283
XXII.—Palmo a palmo. ... 285
XXIII.—Orestes en ayunas, y Pílades ebrio. ... 287
XXIV.—Prisionero. ... 288

LIBRO SEGUNDO

El intestino de Leviatán

I.—La tierra empobrecida por el mar. ... 290
II.—Historia antigua de la alcantarilla. ... 292
III.—Bruneseau. ... 294
IV.—Pormenores ignorados. ... 295
V.—Progreso actual. ... 297
VI.—Progreso futuro. ... 298

LIBRO TERCERO

A un tiempo lodo y alma

CAPS. PÁGS.

I.—La cloaca y sus sorpresas. ... 300
II.—Explicación. ... 304
III.—La doble caza. ... 305
IV.—Con la cruz a cuestas. ... 307
V.—De cómo cierta clase de finura, así en la arena, como en la mujer, es pérfida. ... 309
VI.—El cenagal. ... 312
VII.—El naufragio a la vista del puerto. ... 313
VIII.—El faldón de la levita roto. ... 314
IX.—De cómo Mario parece muerto a una persona que lo entiende. ... 316
X.—La vuelta del hijo pródigo de su vida. ... 318
XI.—Conmoción en lo absoluto. ... 319
XII.—El abuelo. ... 320

LIBRO CUARTO

Javert desorientado

I.—Javert desorientado. ... 323

LIBRO QUINTO

El nieto y el abuelo

I.—Donde se vuelve a ver el árbol con el parche de zinc. ... 328
II.—De cómo Mario, saliendo de la guerra civil, se dispone para la guerra doméstica. ... 330
III.—Mario ataca. ... 333
IV.—Dónde se verá que la señorita Gillenormand se conformó, al fin, con que el señor Fauchelevent entrase llevando un bulto debajo del brazo. ... 334
V.—Donde se prueba que es más seguro depositar el dinero en ciertos bosques que en manos de ciertos notarios. ... 337
VI.—Donde se verá cómo los dos ancianos procuran labrar, cada uno a su manera, la felicidad de Cosette. ... 338
VII.—Efectos de sueños mezclados con la felicidad. 341
VIII.—Investigaciones inútiles. ... 343

LIBRO SEXTO

La noche toledana

I.—El 16 de febrero de 1833. ... 348
II.—Juan Valjean continúa enfermo. ... 350
III.—Lo inseparable. ... 353
IV.—Inmortal jecur. ... 356

LIBRO SÉPTIMO

La última gota del cáliz de la amargura

I.—El séptimo círculo y el octavo cielo. ... 359
II.—Tras la revelación, la duda. ... 367

LIBRO OCTAVO

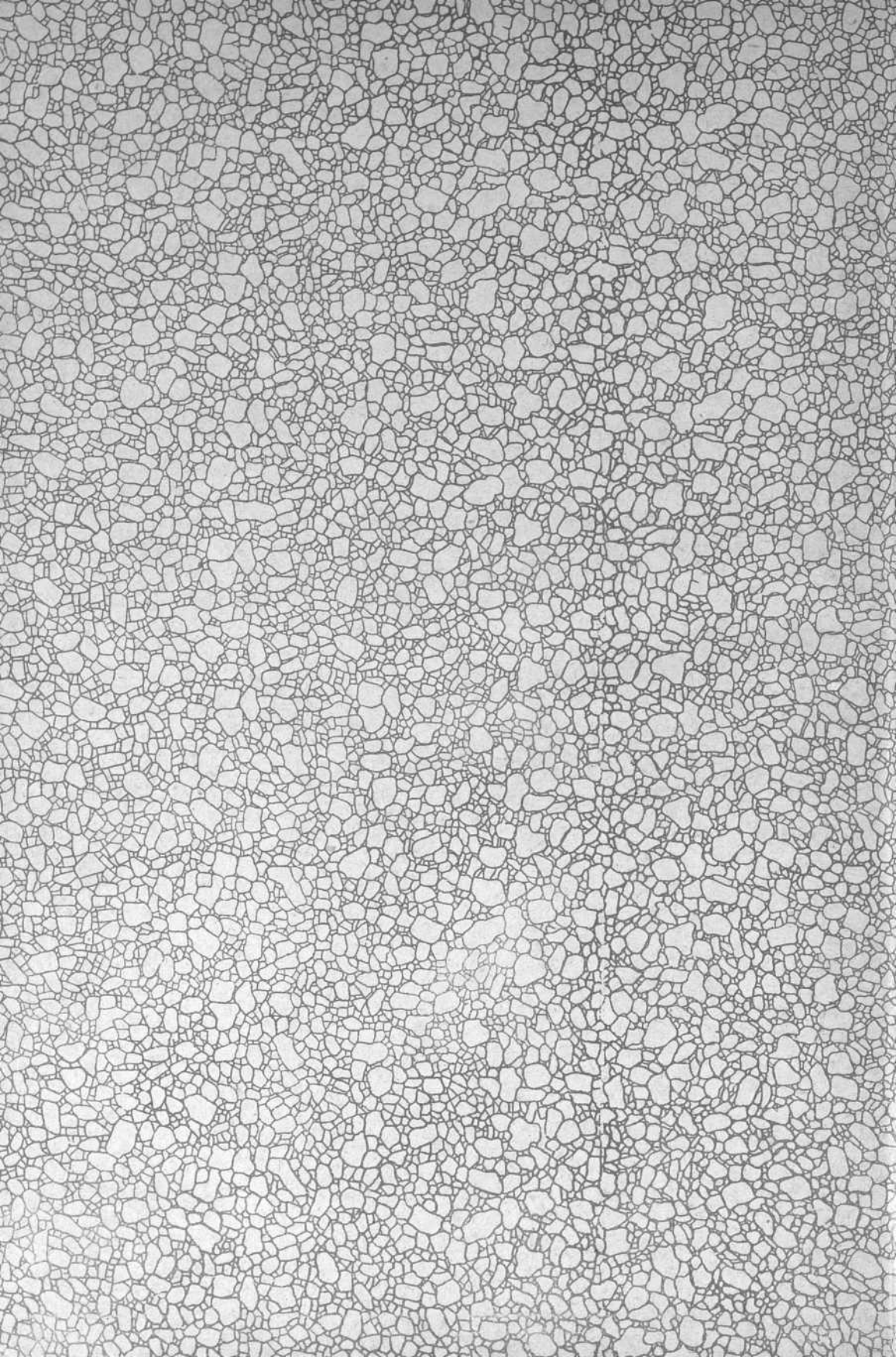
El crepúsculo de la tarde

I.—El primer piso. ... 372
II.—De mal en peor. ... 374
III.—Un recuerdo del jardín de la calle Plumet. 375
IV.—La atracción y la extinción. ... 378

LIBRO NOVENO

Suprema sombra, suprema aurora

I.—Compasión para los desgraciados, e indulgencia para los dichosos. ... 379
II.—Ultimas palpitaciones de una lámpara sin aceite. ... 380
III.—Donde se verá que el que levantó la carreta de Fauchelevent no puede levantar una pluma. ... 381
IV.—Dónde se verá que hay botellas de tinta buenas para quitar las manchas. ... 382
V.—Noche que deja entrever el día. ... 392
VI.—La hierba oculta y la lluvia borra. ... 397



VICTOR HUGO

LOS MISERABLES

8-4-3

D-2
14753